

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 3

8 de diciembre de 1881 – 20 de marzo de 1884

Elena G. de White

Contenido

8 de diciembre de 1881	7
15 de diciembre de 1881	12
22 de diciembre de 1881	17
5 de enero de 1882	20
12 de enero de 1882	23
12 de enero de 1882	27
19 de enero de 1882	30
19 de enero de 1882	33
26 de enero de 1882	39
26 de enero de 1882	44
2 de febrero de 1882	47
2 de febrero de 1882	49
9 de febrero de 1882	53
16 de febrero de 1882	59
23 de febrero de 1882	64
2 de marzo de 1882	67
9 de marzo de 1882	74
16 de marzo de 1882	79
16 de marzo de 1882	83
20 de abril de 1882	87
4 de mayo de 1882	90
4 de mayo de 1882	94
18 de mayo de 1882	98
25 de mayo de 1882	105
25 de mayo de 1882	109
8 de junio de 1882	116
15 de junio de 1882	122

22 de junio de 1882	126
29 de junio de 1882	131
13 de julio de 1882	136
20 de julio de 1882	141
27 de julio de 1882	146
3 de agosto de 1882	152
10 de agosto de 1882	155
17 de agosto de 1882	159
24 de agosto de 1882	162
31 de agosto de 1882	167
14 de septiembre de 1882	171
2 de noviembre de 1882	176
7 de diciembre de 1882	179
4 de enero de 1883	182
11 de enero de 1883	187
18 de enero de 1883	193
25 de enero de 1883	198
1 de febrero de 1883	203
8 de febrero de 1883	207
15 de febrero de 1883	211
22 de marzo de 1883	216
5 de abril de 1883	221
5 de abril de 1883	224
12 de abril de 1883	226
19 de abril de 1883	232
10 de mayo de 1883	237
17 de mayo de 1883	241
31 de mayo de 1883	249
7 de junio de 1883	255

14 de junio de 1883	259
21 de junio de 1883	265
28 de junio de 1883	269
12 de julio de 1883	273
19 de julio de 1883	277
26 de julio de 1883	281
2 de agosto de 1883	286
9 de agosto de 1883	290
16 de agosto de 1883	295
23 de agosto de 1883	299
23 de agosto de 1883	303
30 de agosto de 1883	305
6 de septiembre de 1883	310
20 de septiembre de 1883	314
27 de septiembre de 1883	318
4 de octubre de 1883	323
11 de octubre de 1883	329
18 de octubre de 1883	334
25 de octubre de 1883	338
1 de noviembre de 1883	344
15 de noviembre de 1883	348
15 de noviembre de 1883	353
22 de noviembre de 1883	353
29 de noviembre de 1883	355
6 de diciembre de 1883	359
13 de diciembre de 1883	364
20 de diciembre de 1883	369
3 de enero de 1884	373
10 de enero de 1884	379

17 de enero de 1884	384
24 de enero de 1884	388
31 de enero de 1884	392
7 de febrero de 1884	395
28 de febrero de 1884	399
6 de marzo de 1884	402
13 de marzo de 1884	406
20 de marzo de 1884	409

SECABIP

8 de diciembre de 1881

El juicio de Dios sobre el pecado

EGW

La misericordia inmerecida, no menos que la estricta justicia, se manifestaron de manera sorprendente en los tratos del Señor con la casa de Elí. A pesar de los crímenes temerarios de los hijos impíos y de la negligencia pecaminosa del padre indulgente, el Señor esperó mucho tiempo hasta que se apartaran de sus malos caminos. Entonces envió a un profeta para denunciar sus pecados y advertirles del juicio inminente. Sin temor ni favor, este mensajero escogido de Dios expuso los altos honores que el Altísimo les había conferido, y su vil ingratitud al degradar de tal modo su santo oficio:

"Así dice el Señor: ¿Acaso me aparecí claramente a la casa de tu padre cuando estaban en Egipto, en casa del faraón? ¿Y lo elegí de entre todas las tribus de Israel para que fuera mi sacerdote, para que ofreciera sobre mi altar, quemara incienso y vistiera efod delante de mí? ¿Y di yo a la casa de tu padre todas las ofrendas encendidas de los hijos de Israel? ¿Por qué dais coces a mi sacrificio y a mi ofrenda que yo he mandado en mi morada, y honráis a vuestros hijos por encima de mí, para engordaros con la mayor de todas las ofrendas de Israel mi pueblo? Por eso el Señor, Dios de Israel, dice: En verdad dije que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí para siempre; pero ahora el Señor dice: Lejos de mí; porque yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poca estima."

Salvo en su negligencia para refrenar y controlar a sus hijos, Elí había desempeñado fielmente los deberes de su cargo. Pero su incapacidad de mantener el honor de Dios reprimiendo el pecado con mano imparcial, dio origen a una larga serie de males que trajeron crimen y angustia a toda una nación. En la historia de Elí y sus hijos hay una solemne advertencia para todos los ministros de Cristo: una exhortación a guardar sus propios corazones con diligencia, a santificar todos los requerimientos de Dios, para que su bendición descansa sobre los obreros, y para que la obra lleve el sello del Cielo. También debe inculcarles su deber de reprender el pecado en los miembros de la iglesia, sean altos o bajos, ricos o pobres. Ni siquiera nuestros amigos más queridos deben interponerse entre nosotros y nuestra lealtad a Dios. No debemos esperar recibir la bendición divina hasta que todo lo que le queda por hacer al hombre se haga para corregir el error y reprimir el pecado. Descuidar este deber, o ser

perezoso y descuidado en su cumplimiento, es desobedecer a Dios, sancionar el pecado y atraer su ira sobre su pueblo.

El ejemplo de los ministros debe ser tal que infunda en el pueblo reverencia a Dios y temor de ofenderle. Deben honrar al Señor en todo momento, reconociendo siempre que por sí mismos no pueden hacer nada, que su fuerza y sabiduría deben venir de Dios, y que toda la gloria le pertenece a él. Aquellos que ocupan puestos de responsabilidad, en los que, si estuvieran conectados con Dios, podrían hacer mucho bien, y que, sin embargo, abusan de estos privilegios satisfaciendo el apetito o una pasión ilícita, serán castigados con la ira de Dios según los dones que hayan pervertido.

Está escrito claramente en el corazón no renovado y en un mundo caído: Todos buscan lo suyo. El egoísmo es la gran ley de nuestra naturaleza degenerada. El egoísmo ocupa en el alma el lugar donde Cristo debiera sentarse entronizado. Nunca realiza Satanás su obra más eficazmente que controlando las mentes y los corazones de los que ministran en las cosas sagradas. Transformándose en ángel de luz, no se discierne su verdadero carácter. ¡Ay, cuántos de los agentes del gran engañador se encuentran en el santo oficio del ministerio! Pueden poseer capacidad intelectual, estudian, predicán y oran, y se les considera hombres piadosos porque se dedican a una obra sagrada. Luego, aprovechándose de la confianza depositada en ellos, llevan a las almas a la ruina y a la muerte. Hay hombres en cargos sagrados hoy que son similares en carácter a Ofni y Finees. Dan rienda suelta a la pasión, y disfrazan su depravación bajo un manto de religión. Cuando por fin su verdadero carácter es detectado y expuesto, la fe del pueblo recibe una sacudida que a menudo destruye su confianza en la religión. Imperceptiblemente queda en la mente una desconfianza hacia todos los que profesan enseñar la palabra de Dios. El mensaje del verdadero siervo de Cristo es recibido con duda. Constantemente surge la pregunta: "¿No resultará este hombre ser como aquel que creíamos tan santo y encontramos tan corrupto?". Así la palabra de Dios pierde su poder sobre las almas de los hombres. Estos falsos pastores son de la clase que en el día de Dios dirán: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre? y en tu nombre hemos echado fuera demonios? y en tu nombre hemos hecho muchas obras maravillosas?". Es a tales hombres a quienes nuestro Señor declarará: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad."

Dijo el gran apóstol: "Yo sojuzgo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser un náufrago". Vivimos en una época en la que abunda lo falso; pero, gracias a Dios, existe lo verdadero,

o no habría falsificación. Que todos los que quieran contarse entre los pocos fieles, procuren seguir el ejemplo del abnegado apóstol.

Las palabras de reprensión a Elí son también una reprensión a todos los padres que siguen un curso similar. La indulgencia de las inclinaciones caprichosas de la juventud está registrada en los libros del Cielo como un pecado. Si un ministro del Evangelio descuida su deber como padre, su culpa es tanto mayor que la de los demás cuanto que su posición es de mayor responsabilidad. Está mostrando desprecio por la autoridad de Dios. Mientras enseña su palabra a otros, él mismo la desprecia. Ese padre no puede tener un verdadero sentido del valor de las almas, si permite que sus hijos crezcan sin freno, saliendo de su hogar con sus corazones enemistados con Dios y su ley, para infundir esa enemistad en los corazones de los demás.

Los comienzos mismos del mal, las primeras manifestaciones de insubordinación, deben ser resueltamente controlados. La indulgencia del apetito y de la pasión debe ser refrenada con seriedad y decisión. Cuando los padres descuidan esta obra, permiten que espinos y cardos ocupen los jardines del corazón que Dios les ha ordenado sembrar con preciosa semilla y labrar con esmero, para que se produzca una cosecha de vida eterna. Dios ciertamente visitará a los transgresores con juicio. Tanto los padres como los hijos deben recoger la cosecha sembrada.

En los hijos de Elí podemos ver a los hijos de muchos padres que profesan ser cristianos. Nadie es más obstinado y perverso, ni menos susceptible a la influencia del Espíritu Santo, que muchas de estas víctimas de la indulgencia paterna. No hay clase que ejerza una influencia más perniciosa que esa juventud impía. Por su conducta inconsecuente, proporcionan a los enemigos de Dios argumentos contra el cristianismo. Hay escépticos y aun ateos que a veces se turban y casi se persuaden a creer en la existencia de Dios y en la verdad de las Escrituras. Satanás teme perderlos de sus filas, y llama su atención sobre los hijos perversos e inmorales de los que profesan ser cristianos, como fruto de la creencia en Dios y en la Biblia. Los descuidados encuentran en su curso una excusa para no entregarse a Cristo, y muchos que realmente desean hacerse cristianos, se desaniman. Estos jóvenes descarriados son exitosos agentes de Satanás. La impiedad y la inmoralidad siguen su camino, y el crimen de pervertir y contaminar muchas almas recae sobre ellos, y sobre los padres cuyo descuido del deber los convirtió en lo que son.

Los cristianos profesos, por su conducta incoherente, han hecho más daño a la causa de Cristo del que pueden hacer sus opositores abiertos. El mundo en general juzga al cristianismo por el proceder de sus defensores. Si esto es malo, el sistema mismo es rechazado. Cuando un misionero instó una vez a un jefe indio a que fuera cristiano, "el emplumado salvaje se irguió en la conciencia de una rectitud superior, y con la indignación temblándole en el labio y destellando en su ojo de águila, replicó: 'Cristiano miente; cristiano engaña; cristiano roba, bebe, asesina; cristiano me roba mis tierras, y mata a mi tribu'; añadiendo mientras giraba altivamente sobre su talón: 'No seré cristiano'". Lamentablemente, este incidente representa verdaderamente el proceder de algunos que son considerados por el mundo como los representantes de Cristo.

Elí sabía que la maldad de sus hijos y la iniquidad que por su influencia se había extendido por todo Israel, debían hacer caer sobre su familia y sobre la nación los juicios de Dios. Recordaba con qué prontitud se había castigado en el pasado a infractores semejantes. En los días de Josué, el pecado de un hombre trajo el desastre y la derrota sobre toda la nación. Cuando, contraviniendo el mandato de Dios, Acán tomó de los despojos de sus enemigos, y ocultó el codiciado tesoro en su tienda, la presencia divina se retiró de Israel, hasta que el crimen fue eliminado por la muerte del delincuente. El Señor dio a entender a Josué que el pecado de un solo hombre atraería la ira divina sobre toda la congregación.

Había trabajado tanto para el magistrado como para el pueblo, para mantener el campamento libre de iniquidad. Debían tener cuidado vigilante, no sólo de sí mismos, sino también unos de otros, para que no prevaleciera el pecado y se deshonrara el nombre del Señor.

El carácter de Dios no cambia. Era el mismo en tiempos de Elí que en los de Josué. La iniquidad señaladamente castigada en la historia primitiva de Israel no podía tolerarse en años posteriores. Los crímenes de los hijos de Elí fueron mucho mayores que el pecado de Acán. Y su culpabilidad era mayor por la mayor luz que habían recibido; conocían la historia de su pecado y su terrible castigo, y habían gozado de ventajas superiores para la educación y la formación religiosas. A pesar de la indulgencia del Señor para con ellos, habían continuado obstinadamente en el pecado, y ahora el profeta del Señor pronunciaba su destino:

"Y esto te será por señal que vendrá sobre tus dos hijos, sobre Ofni y Finees; en un día morirán ambos. Y yo me suscitaré un sacerdote fiel que haga conforme

a lo que está en mi corazón y en mi mente; y le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido para siempre."

El hombre puede ser engañado por la apariencia externa; pero el Señor mira el corazón. Aquellos que roban la librea del Cielo para atraer a las almas a la muerte, recibirán con tanta seguridad la justicia retributiva como lo hicieron Acán, Ofni y Finees. Cada hombre está sembrando la semilla que producirá una cosecha que él recogerá más adelante. Todos estamos acumulando provisiones para la eternidad. Los justos acumulan riquezas eternas; los impíos acumulan ira para el día de la ira. Mientras adquiere bienes en la tierra, el pecador, por su transgresión de la ley de Dios, acumula para sí angustia y amargura. Puede ser honrado por los hombres, pero, dice el Señor: "Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán menospreciados". El registro de cada acto de injusticia, de crueldad o de libertinaje, está pasando al Cielo para ser inscrito en el libro del recuerdo de Dios. Hoy el tesoro de la ira es mayor que ayer; y mañana el pecador aumentará la cantidad. Cada alma que su influencia ha ayudado a descarriar, aumenta el tesoro que ha acumulado, la venganza de Dios, acumulándose, profundizándose, oscureciéndose.

En la reprensión de Elí a sus hijos hay palabras de solemne y temible significado, palabras que todos los que se ocupan de cosas sagradas harían bien en meditar. "Si un hombre peca contra otro, el juez lo juzgará; pero si un hombre peca contra el Señor, ¿quién rogará por él? Si sus crímenes hubieran herido sólo a sus semejantes, el juez podría haber hecho la reconciliación imponiendo una pena y exigiendo restitución; y así los ofensores podrían haber sido perdonados. O si hubiesen pecado ignorantemente, el sacerdote podría haber presentado una ofrenda por el pecado por ellos, y asegurado su perdón. Pero sus pecados estaban tan entremezclados con su ministerio como sacerdotes del Altísimo, al ofrecer sacrificios por el pecado; la obra de Dios estaba tan profanada y deshonrada ante el pueblo, que no podía aceptarse ninguna expiación por ellos. Su propio padre, aunque era sumo sacerdote, no se atrevía a interceder por ellos; no podía protegerlos de la ira de un Dios santo. Que aquellos cuyos corazones están entregados al servicio del pecado y de Satanás, tengan cuidado de cómo contaminan el sagrado oficio del ministerio. Cuídense de que, siendo en el fondo agentes de Satanás, se atrevan a presentarse ante el pueblo como embajadores de Cristo. En el día del Juicio, la condenación de Ofni y Finees será la suya.

15 de diciembre de 1881

El mensaje de Dios a Samuel

EGW

Mientras el corazón de Elí estaba lleno de ansiedad y remordimiento por el mal proceder de sus hijos, encontró alivio y consuelo en la integridad y devoción del joven Samuel. Su pronta ayuda e invariable fidelidad aligeraron las cargas del agobiado sacerdote. Elí amaba a Samuel, porque veía que la gracia y el amor de Dios descansaban sobre él. No era costumbre que los levitas comenzaran sus servicios peculiares hasta los veinticinco años de edad. Pero Samuel había sido una excepción a esta regla. Cada año se le encomendaban funciones más importantes y, siendo todavía un niño, se le colocó un efod de lino como señal de su consagración a la obra del santuario.

A medida que Samuel crecía, la ansiedad de sus padres por él se hacía más intensa. Muchas fueron las súplicas ofrecidas para que no se contaminara con la maldad relatada acerca de los hijos de Elí. "Y el niño Samuel crecía, y gozaba del favor del Señor y también de los hombres".

Cuando sólo tenía doce años, el hijo de Ana recibió un encargo especial del Altísimo. Las circunstancias de esa llamada se relatan mejor en el lenguaje sencillo y conmovedoramente bello del escritor sagrado: "La palabra del Señor era preciosa en aquellos días; no había visión abierta. Y aconteció en aquel tiempo, cuando Elí estaba acostado en su lugar, y sus ojos empezaron a oscurecerse, que no podía ver; y antes que la lámpara de Dios se apagase en el templo de Jehová, donde estaba el arca de Dios, y Samuel se acostase a dormir, Jehová llamó a Samuel". Suponiendo que la voz era la de Elí, el niño se apresuró a acudir a la cabecera del anciano sacerdote, diciendo: "Heme aquí, pues tú me has llamado". La respuesta fue: "No te he llamado, hijo mío, vuelve a acostarte". Tres veces fue llamado Samuel, y tres veces respondió de la misma manera; y entonces Elí se convenció de que la misteriosa llamada era la voz de Dios. ¡Qué sentimientos debieron de agitar el corazón del sumo sacerdote en aquella hora! Dios había pasado por alto a su siervo elegido, el hombre de los cabellos canos, para estar en comunión con un niño. Esto en sí mismo era una amarga aunque merecida reprimenda para Elí y su casa.

Ningún espíritu de envidia o celos se despertó en el corazón de Elí. Se sometió humildemente a la voluntad de Dios, y ordenó a Samuel que respondiera, si se le llamaba de nuevo: "Habla, Señor, que tu siervo oye". Una vez más oyó el

niño la voz misteriosa, y respondió: "Habla, que tu siervo oye". Tan sobrecogido estaba ante la idea de que el gran Dios le hablara, que no podía recordar las palabras exactas que Elí le había ordenado decir.

"Y Jehová dijo a Samuel: He aquí, yo haré una cosa en Israel, ante la cual hormigearán los oídos de todo el que la oyere. En aquel día yo ejecutaré contra Elí todas las cosas que he dicho acerca de su casa. Cuando comience, también pondré fin. Porque le he dicho que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad que él conoce; porque sus hijos se envilecieron, y él no los refrenó. Por eso he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será purgada con sacrificios ni ofrendas para siempre."

Las Escrituras afirman que antes de recibir este mensaje de Dios, "Samuel no conocía aún al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor". No estaba desprovisto del conocimiento de Dios, ni era extraño a la influencia de la gracia divina; pero no estaba familiarizado con tales manifestaciones directas de su presencia, como fueron concedidas a los profetas. Sin embargo, era el propósito del Señor revelarse de una manera inesperada, para que Elí se enterase por la sorpresa y la curiosidad del joven.

Samuel no ignoraba la perversa conducta de los hijos de Elí, pero estaba lleno de temor y asombro de que el Señor le confiara un mensaje tan terrible. Se levantó por la mañana y se dedicó a sus deberes como de costumbre, pero con una pesada carga sobre su joven corazón. ¡Cuánto anhelaba la simpatía y el consejo de sus padres en aquella hora difícil! El Señor no le había ordenado revelar la temible denuncia al sacerdote ni a sus hijos; por eso permaneció en silencio, evitando en lo posible la presencia de Elí. Temía que alguna pregunta le obligara a declarar los juicios divinos contra alguien a quien tanto amaba y reverenciaba.

Elí estaba seguro de que el mensaje se refería a él mismo. Sentía que alguna gran calamidad estaba a punto de caer sobre él y su casa. Llamó a Samuel y le encargó solemnemente que relatara fielmente lo que el Señor le había revelado. El joven obedeció, y cuando el venerable hombre oyó la atroz sentencia, se inclinó en mansa sumisión:

"Es el Señor; que haga lo que le parezca bien". La fe de Elí en la sabiduría y la justicia de Dios era inquebrantable. Confesó su propia culpa y la culpa de sus hijos; y mientras esperaba el terrible resultado, reconoció que se lo merecía todo: "Es el Señor; ¿quién se levantará en juicio contra él? Siempre lo he

encontrado misericordioso, paciente, santo y justo. Que haga lo que le parezca bien".

Año tras año, el Señor, por amor a Elí, retrasaba sus juicios amenazadores. ¡Cuánto podría haberse hecho en aquellos años para redimir los fracasos del pasado! Pero el anciano sacerdote no tomó ninguna medida eficaz para evitar la fatalidad que se cernía sobre él y su casa. La paciencia de Dios hizo que Ofni y Finees endurecieran sus corazones y se volvieran aún más audaces y desafiantes en la transgresión. Pero el día del castigo se acercaba con paso firme y seguro. Cada advertencia despreciada, cada día de prueba malgastado, aumentaba su castigo y hacía más segura su perdición.

Dios soporta mucho tiempo la perversidad y la obstinación de los hombres. Con advertencias y reproches les muestra su verdadera condición. Una y otra vez los llama al arrepentimiento. Aunque las multitudes se envanezcan en el pecado, pisoteando su misericordia y desafiando su justicia, Él derrama sus bendiciones sobre ellas. ¡Oh, cuán infinitamente más allá de la comprensión humana están la misericordia y la paciencia del Señor hacia los hijos de los hombres! Sin embargo, hay un límite, más allá del cual los hombres no pueden continuar en el pecado. Cuando se alcanza la plenitud de la iniquidad, como en el caso de los amorreos y de los hijos de Israel que cayeron en el desierto, la ira de Dios se abate sobre los transgresores de su ley.

Hay muchos que enseñan que el hombre puede violar impunemente la ley de Dios. Estos hombres tratan de ocultar el carácter espantoso del pecado, revistiéndolo con ropajes de justicia. Pueden observar todas las formas de la religión, pero sus corazones están enemistados con Dios. Consideran su ley como un yugo de esclavitud, porque les prohíbe satisfacer sus deseos pecaminosos. "No harás", colocado en cada avenida del pecado, es la restricción del justo y santo. Los que, como Ofni y Finees, hacen caso omiso de los mandamientos de Dios e inducen a otros a transgredirlos, son agentes de Satanás para destruir las almas. Dicen al pecador: "Te irá bien," cuando Dios dice: "Castigaré al transgresor con mi ira, lo arrebataré en mi ardiente desagrado."

Dios puede soportar mucho tiempo los pecados de los hombres, pero a su debido tiempo vindicará su autoridad. Aunque el impío diga: "Mi camino está oculto al Señor", cuando sea necesaria su intervención, demostrará que contempla todas las obras de los hijos de los hombres. En los días de Noé, la maldad del hombre llegó a ser tan grande que fue necesario que Dios afirmara su autoridad y castigara a los transgresores de su ley. Había llegado una crisis, y el Señor

declaró los límites de su indulgencia hacia aquella raza culpable. Envío a su fiel siervo con un mensaje de advertencia, dándoles ciento veinte años para que se convirtieran de sus pecados. Rechazaron y despreciaron el amor de Dios, y cuando la medida de su iniquidad llegó a su colmo, cuando se sobrepasaron los límites de la misericordia divina, el Señor barrió de la tierra a aquella raza impía con las aguas del diluvio.

Cuando los hombres volvieron a crecer, se apartaron del Señor, y entonces Abraham fue hecho depositario de la ley de Dios. Cuando los israelitas, por su larga esclavitud en Egipto, habían perdido en gran parte el conocimiento de esa ley, el Señor mismo la proclamó desde el Sinaí, a oídos de todo el pueblo. Las naciones de la tierra estaban entregadas a la idolatría; fue para preservar a los hijos de los hombres de la apostasía total, que el Señor manifestó su poderoso poder al sacar a los israelitas de Egipto y establecerlos en la tierra de Canaán.

Cuando la autoridad de Dios había sido dejada de lado, y su culto descuidado y despreciado, se hizo necesario que él interviniera, para que el honor de su nombre se mantuviera en la tierra. Tal necesidad existía en los días de Elí. Sólo un poder divino podía librar el culto y las ordenanzas de Dios de la corrupción y el desorden producidos por la conducta de Ofni y Finees. La mano de Dios debía ser claramente reconocida; los agentes de la apostasía de Israel debían ser destruidos, pero la nación no debía extinguirse. El servicio de Dios debía ser purificado del pecado y de los pecadores, y el culto mismo honrado y exaltado.

El pueblo de Dios había estado clamando a él con humillaciones y ayunos, para que se pusiera fin a la maldad de los impíos. Y mientras manifestaba su poder como vengador de los malvados, aparecería también como protector de los justos. Aunque durante mucho tiempo sus oraciones parecieron desoídas, a su debido tiempo vieron que Dios había escuchado sus súplicas y les había respondido con cosas terribles y justas.

En todas las épocas, los juicios de Dios se han abatido sobre la tierra porque los hombres transgredieron su ley. ¿Qué, pues, hemos de esperar al contemplar la maldad que prevalece en la actualidad? Un pueblo ingrato, olvidadizo del cuidado de Dios, de su larga paciencia y de sus innumerables bendiciones, muestra desprecio por su santa ley. Muchos de los líderes reconocidos en la iglesia y en la nación, quebrantan y enseñan a otros a quebrantar esa ley, tan sagrada para Dios como su propio trono y nombre. Es hora de que el Señor mismo afirme su autoridad en la tierra. Y lo está haciendo con incendios,

inundaciones y tempestades. Retira su cuidado protector y providencial, e impone sus juicios a los hijos de los hombres.

En estos días de peligro, ¿mostraremos menos devoción a la verdad de Dios y menos ferviente apego a su ley que en años anteriores? Existe la misma condición de cosas que Cristo declaró que habría, antes de su segunda venida en poder y gloria. La impiedad reinante tiende a paralizar y aun a destruir la verdadera fe y piedad. Pero éste es precisamente el tiempo en que el oro de la integridad cristiana brillará más, en contraste con la escoria de la hipocresía y la corrupción. Ahora es el momento de que los elegidos de Cristo muestren su devoción a su servicio, el momento de que todos sus seguidores den el más noble testimonio de su Maestro manteniéndose firmes contra la corriente prevaleciente del mal.

Al ver los resultados que han seguido a la desobediencia de la ley de Dios - honestidad, robo, libertinaje, embriaguez y asesinato- estamos preparados para decir con el salmista: "Amo tus mandamientos más que al oro; sí, más que al oro fino"; "en guardarlos hay gran recompensa". Cuando se deja de lado la ley divina, se produce la mayor miseria, tanto para las familias como para la sociedad. Nuestra única esperanza de cosas mejores se encuentra en una fiel adhesión a los preceptos de Jehová. La infiel Francia intentó una vez el experimento de rechazar la autoridad de Dios. ¡Qué escenas de horror siguieron! Los hombres desecharon la ley divina como un yugo de esclavitud, y en su jactanciosa libertad se pusieron bajo el gobierno del tirano más vergonzoso. La anarquía y el derramamiento de sangre reinaron en aquel terrible día. Se demostró entonces al mundo que la manera más segura de socavar los cimientos del orden y del gobierno, es anular la ley de Dios.

Recordemos que "por la ley es el conocimiento del pecado". Los mandamientos de Dios condenan al pecador de su culpa; pero esa ley perfecta ha sido obedecida por Cristo en nuestro lugar, y por la fe en él somos liberados de nuestra gran deuda, y somos colocados donde, en su fuerza, podemos rendir obediencia a Dios. En lugar de sentir que ahora somos excusables en el más mínimo grado en futuras transgresiones, nos daremos cuenta como nunca antes de la justicia de las demandas de Dios sobre nosotros, y del carácter sagrado de su ley, ya que Cristo debe morir para mantener su autoridad.

Pronto los obedientes verán los benditos resultados que siguen al cumplimiento de todos los mandamientos de Dios, y los transgresores de su ley cosecharán la recompensa de sus obras. El Juez de toda la tierra vindicará su autoridad

insultada. Ya vemos sus juicios en la tierra. Y el fin aún no ha llegado. Trabajaré hasta que el pecado y los pecadores sean destruidos de la tierra.

22 de diciembre de 1881

La gloria se alejó de Israel

EGW

"Samuel crecía, y el Señor estaba con él, y no dejaba caer a tierra ninguna de sus palabras. Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, supo que Samuel estaba establecido como profeta del Señor". De un extremo a otro de la tierra, las pretensiones de Samuel al oficio profético quedaron establecidas, y recibió más revelaciones de la voluntad de Dios en el tabernáculo de Silo.

Los mensajes de advertencia y reprensión a la casa de Elí fueron dados a conocer por él a toda la nación. Con ello esperaba contrarrestar, en alguna medida, la mala influencia de su negligencia pasada. Pero estas advertencias fueron desatendidas por el pueblo, como lo habían sido por los sacerdotes. También las naciones circundantes, que no ignoraban las iniquidades abiertamente practicadas en Israel, se volvieron aún más audaces y decididas en su propio curso de idolatría y crimen. No se sentían culpables de sus pecados, como se habrían sentido si los israelitas hubieran conservado su integridad.

De nuevo los filisteos reunieron sus fuerzas para la guerra. E Israel, sin pedir consejo al Señor, sin la concurrencia de Elí ni de Samuel, salió precipitadamente a la batalla. Pero la mano de Dios no estaba con ellos, y en el primer enfrentamiento fueron derrotados, con una pérdida de cuatro mil de sus efectivos. Cuando el pueblo regresó descorazonado a sus tiendas, los ancianos de Israel dijeron: "¿Por qué nos ha herido hoy el Señor delante de los filisteos?". La nación estaba madura para los juicios de Dios, pero tan cegada por su incredulidad y rebelión que no podían ver en su desastre una señal del desagrado del Señor.

En lugar de confesar y abandonar los pecados que les habían llevado a la derrota, se pusieron a idear otros medios para obtener la victoria. Entonces pensaron en el arca de Dios. ¡Qué maravillas se habían obrado cuando los sacerdotes la llevaron al Jordán delante del pueblo! ¡Cómo se separaron sus aguas, dejando un camino seguro para aquella inmensa compañía! Recordaron también cómo fue llevada alrededor de la ciudad de Jericó durante siete días en

solemne silencio, y luego, cuando sonaron las trompetas y el pueblo lanzó un gran grito, las enormes murallas se derrumbaron sobre la tierra.

El recuerdo de estos gloriosos triunfos inspiró a todo Israel nueva esperanza y valor, e inmediatamente enviaron a Silo por el arca, "para que cuando venga entre nosotros", dijeron, "nos salve de la mano de nuestros enemigos". No consideraron que era la ley de Dios la única que daba al arca su carácter sagrado, y que su presencia sólo les traería prosperidad si obedecían esa ley. Mientras hablaban del "arca del pacto del Señor", ignoraban el verdadero significado del título. Un pacto es un acuerdo entre partes, basado en condiciones. Si Israel obedecía la ley divina y cumplía así las condiciones de su pacto con Dios, éste verificaría las promesas que le había hecho. Pero, ¿qué presunción por su parte esperar una bendición mientras violaban las condiciones bajo las cuales sólo podía ser concedida!

Sin embargo, vemos una ceguera y falta de atención similares por parte de muchos en la actualidad. Conociendo la ley de Dios, se muestran confiados y jactanciosos, como si fueran especialmente favorecidos por el Cielo, mientras no obedecen de corazón sus preceptos. Dios ha dado al Israel moderno advertencias, consejos y reprensiones, para llevarlo al arrepentimiento y a la reforma de vida. Pero con demasiada frecuencia estas advertencias sólo producen una impresión momentánea. Las personas advertidas vuelven pronto a sus propios caminos. Se lisonjean de que porque tienen una forma de piedad serán aceptados por el Señor, y siguen presuntuosamente ideando y ejecutando planes de acuerdo con su propio juicio finito, y prestando poca atención a las manifestaciones especiales de la providencia divina. Una cosa es reconocer las exigencias de la ley de Dios, y otra muy distinta rendir obediencia fiel y voluntaria a todos sus requisitos. Y recordemos que sólo a los obedientes se cumplirán las promesas de bendición, apoyo y guía.

Los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, accedieron con entusiasmo a la propuesta de llevar el arca al campamento. Sin el consentimiento del sumo sacerdote, se aventuraron presuntuosamente en el lugar santísimo y tomaron de allí el arca de Dios. Llenos de orgullo y eufóricos por la esperanza de una rápida victoria, la llevaron al campamento. Y el pueblo, al ver, como pensaban, la señal de la presencia de Jehová, "gritó con gran júbilo, de modo que la tierra volvió a resonar".

Pasaron por alto la distinción entre la presencia divina concedida a un pueblo obediente y creyente, y el arca, que no era más que un símbolo de esa presencia.

De ahí que confiaran en el arca para obtener las bendiciones que sólo Dios podía conceder. No veían el gran contraste entre la condición de Israel cuando el Señor obró tan poderosamente en su favor, y su estado presente.

Caminaban entonces en obediencia a Dios. El arca era llevada por hombres santos de acuerdo con su mandato expreso, y el Capitán del ejército del Señor iba delante del depositario de su ley. Entonces su brazo les trajo la liberación. Pero ahora seguían sus propios planes, en oposición al consejo y la autoridad divinos. El arca era llevada por hijos de Belial que estaban condenados a la destrucción. Sin embargo, el pueblo estaba tan infatuado por Satanás como para imaginar que podían inducir a Dios a luchar por ellos, ¡cuando la ley bajo el propiciatorio los condenaba a la derrota, al desastre y a la muerte!

Los filisteos consideraban el arca como el dios de los hebreos. Atribuyeron a su poder todas las maravillas que Jehová había hecho en favor de Israel. Cuando oyeron los gritos de alegría y de triunfo al acercarse, se preguntaron: "¿Qué significa este gran grito en el campamento de los hebreos?" Y entendieron que el arca del Señor había entrado en el campamento. Y los filisteos tuvieron miedo, porque dijeron: Dios ha venido al campamento. Y dijeron: ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses poderosos? Estos son los dioses que hirieron a los egipcios con todas las plagas en el desierto."

Los filisteos temían por su nación; pero aun así confiaban en el poder de Dagón, su dios, y trataban de fortalecer el valor del pueblo: "Esforzaos, y dejad de ser como hombres, oh filisteos, para que no seáis siervos de los hebreos, como ellos lo han sido de vosotros: dejad de ser como hombres, y combatid". Bien sabían cuán amarga era la servidumbre que Israel había soportado cuando estaba en su poder, y la idea de convertirse ellos mismos en esclavos para soportar una opresión semejante los enervaba con el valor de la desesperación.

Un feroz asalto contra Israel resultó en su derrota con una gran matanza. Treinta mil hombres yacían muertos en el campo, y el arca de Dios fue tomada, habiendo caído los dos hijos de Elí mientras luchaban por defenderla.

El Señor castigó duramente a su pueblo Israel, revelando su hipocresía y reprendiendo su presunción, y así dejó en las páginas de la historia el testimonio para todas las edades futuras, de que las iniquidades de su pueblo profeso no quedarán impunes. Cuanto mayor es el conocimiento de la voluntad de Dios, mayor es el pecado de los que la ignoran. Dios no depende de los hombres para que su nombre sea temido y honrado en la tierra. Acepta los trabajos de los que caminan con fidelidad y humildad ante él, pero rechazará a todos los que

profesan servirle y, sin embargo, siguen el camino de los injustos. Dios puede llevar adelante su obra en la tierra sin la cooperación de los que quieren pervertirla o deshonrarla.

Mientras el ejército de Israel salía a la batalla, Elí, ciego y anciano, permanecía en Silo. Sentado a la puerta del tabernáculo, esperaba ansiosamente noticias del campo de batalla, "porque su corazón temblaba por el arca de Dios". Siguieron días de agonizante suspense. Por fin llegó a sus oídos un lamento procedente de la ciudad. Pronto se acercó un mensajero, con la ropa rasgada y polvo sobre la cabeza, y repitió al sumo sacerdote sus tristes noticias:

"Israel ha huido ante los filisteos, y también ha habido una gran matanza entre el pueblo, y también tus dos hijos, Ofni y Finees, han muerto". Elí pudo soportar todo esto, por terrible que fuera, pues lo había esperado. Pero cuando el mensajero añadió: "Y el arca de Dios ha sido tomada," una expresión de indecible angustia pasó por su rostro. La idea de que su pecado había deshonrado así a Dios y le había hecho retirar su presencia de Israel, era más de lo que podía soportar; se le fueron las fuerzas, se tambaleó sobre su asiento y cayó, "y se le quebró la cerviz, y murió".

La esposa de Finees, a pesar de la impiedad de su marido, era una mujer temerosa del Señor. La muerte de su suegro y de su marido, y sobre todo las terribles noticias de que el arca de Dios estaba en cautividad, causaron su muerte. Ella sintió que ahora la última esperanza de Israel se había ido, y llamó al niño, nacido en esta hora de adversidad, Ichabod, o inglorioso; con su último aliento repitiendo las palabras: "La gloria se ha ido de Israel, porque el arca de Dios ha sido tomada".

5 de enero de 1882

Feliz Año Nuevo

EGW

Otro año de vida ha quedado atrás. Un nuevo año se abre ante nosotros. ¿Cuál será su balance? ¿Qué inscribiremos cada uno de nosotros en sus páginas inmaculadas? La forma en que pasemos cada día decidirá esta cuestión. Padres y madres, mientras deseáis a vuestros hijos un Feliz Año Nuevo, ¿os esforzaréis en el temor de Dios para que sea un año feliz? ¿Intentaréis conducir a vuestros seres queridos a la verdadera fuente de la paz y la alegría? ¿Consagraréis vuestros corazones a Dios para ejercer una influencia santificadora sobre

vuestros hijos? ¿Los separaréis del pecado y de los pecadores, y los uniréis a Dios por una fe viva?

La obra de todo padre debe ser cultivar todo lo que es bueno, verdadero y noble en sus hijos. Es su deber corregir sus faltas, refrenar su rebeldía, así como el Señor exigió a Elí que refrenara a sus hijos. Padres y madres, haced de la palabra de Dios vuestra guía en la educación de vuestros hijos, considerando siempre lo que será para su bien futuro, más que lo que es para vuestra conveniencia presente. La madre puede dar a sus hijas una educación que será inestimable, capacitándolas para soportar su parte de las cargas familiares. El padre puede dar a sus hijos un capital más valioso que el oro o las tierras, enseñándoles a amar el empleo útil, en vez de buscar la felicidad en diversiones ociosas o en la disipación. Padres, ahora es el momento de formar en vuestros hijos hábitos de industria, confianza en sí mismos y autocontrol; de cultivar la economía y el tacto en los negocios. Ahora es el momento de enseñarles cortesía y benevolencia hacia sus semejantes, y reverencia y amor a Dios.

Si cumples fielmente con tu deber, puedes hacer que tus hijos tengan un feliz año nuevo. El hogar debe ser el lugar más soleado y atractivo de la tierra; y puede hacerse así con palabras agradables y actos amables, y, por encima de todo, con una firme adhesión a lo correcto.

Por su negligencia en ejercer la debida moderación, muchos padres están creando una gran infelicidad para sus hijos. Los jóvenes a quienes se deja buscar constantemente el placer en la diversión o en la gratificación egoísta no son felices, y nunca podrán serlo mientras sigan este camino. Padres y madres, enseñad a vuestros hijos que la única manera de ser verdaderamente felices es amar y temer a Dios; y reforzad la lección con vuestro ejemplo. Que vean que la paz de Cristo reina en vuestro corazón y que su amor impregna vuestra vida. La religión práctica es la necesidad de la hora presente. No podéis enseñar esto a vuestros hijos a menos que vosotros mismos lo poseáis.

Entremos en el nuevo año con nuestros corazones limpios de la contaminación del egoísmo y el orgullo. Abandonemos toda indulgencia pecaminosa y tratemos de convertirnos en fieles y diligentes alumnos de la escuela de Cristo. Un nuevo año abre sus páginas inmaculadas ante nosotros. ¿Qué escribiremos en ellas?

Hijos, saludáis a vuestro padre y a vuestra madre con un "Feliz Año Nuevo", pero ¿lo convertiréis en un año feliz para ellos? Está en vuestras manos hacerlo. Vuestra conducta, más que todo lo demás, hará un año feliz o infeliz para

vuestros padres. Puedes hacer que sus corazones palpiten de alegría o de dolor. Todo lo que deshonra a tu Salvador, todo lo que mancha tu carácter, trae ansiedad y angustia al corazón de los padres piadosos. No puedes darles un feliz año nuevo si vives sólo para la autogratificación.

Procura comenzar este año con propósitos rectos y motivos puros, como seres responsables ante Dios. Tened siempre presente que vuestros actos pasan diariamente a la historia por la pluma del ángel registrador. Deberéis encontrarlos de nuevo cuando se celebre el Juicio y se abran los libros.

Cuántas veces vuestros labios pronuncian el amable saludo: "Os deseo un feliz año nuevo", y luego, al cabo de unos instantes, pronuncian palabras impacientes e inquietas. Cuántos niños están siempre dispuestos a discutir por nimiedades, renuentes a hacer el menor sacrificio por los demás. Para ellos, el año nuevo no traerá la verdadera felicidad. Puede que se entreguen a una alegría bulliciosa, pero sus corazones no conocen la paz ni la alegría. ¿No te acercarás con penitencia y humildad a Jesús, para que te limpie de la impureza del pecado y te prepare para su reino celestial? Todos los que hagan esto tendrán el año nuevo más feliz que jamás hayan experimentado. Traerá gozo en el Cielo y alegría en la tierra.

Muchos han estado buscando algún regalo raro para conceder a sus amigos. Hijos, ¿no llevaréis a Jesús el regalo que él valora más que todos los demás: el regalo de vuestro corazón? Mientras otros se adornan en estas fiestas para agradar a sus amigos, ¿no buscaréis vosotros el adorno que el Cielo valora: el ornamento de un espíritu manso y tranquilo? Si llevamos a Dios el primer regalo, el valor de todos los demás aumenta; porque el amor no lo convierte en un mero cumplido pasajero, sino en una ofrenda preciosa. Del corazón ablandado, en el que mora la paz de Cristo, brotarán deseos sinceros, palabras y obras bondadosas, y ofrendas dignas y apropiadas.

Son muchos los regalos y felicitaciones que se han intercambiado en Año Nuevo padres e hijos, esposos y esposas, hermanos y hermanas, amigos y conocidos. Cuando termina, muchos sienten alivio. Han cumplido con su deber de ofrecer regalos, sonrisas y cumplidos para la ocasión, y se supone que ahí termina el asunto. El día siguiente, y el siguiente, y así sucesivamente hasta el final del año, traen palabras inquietas y apasionadas, reproches, recriminaciones y descuido de los seres queridos del hogar. Oh, tal año nuevo es uno que los ángeles se sentirán apenados y avergonzados de registrar. Es cualquier cosa menos feliz. Los amigos y parientes otorgan un regalo de dolor, una carga de

falta de amabilidad, que aplasta la esperanza y hace que la tumba parezca deseable.

¿Deseamos de verdad a nuestros seres queridos un feliz año nuevo? Entonces hagámoslo para ellos con amabilidad, con simpatía, con alegría, con devoción desinteresada. Si nos conectamos con Dios, la fuente de paz, luz y verdad, su Espíritu fluirá a través de nosotros como un canal, para refrescar y bendecir a todos los que nos rodean. Este puede ser el último año de nuestra vida. ¿No deberíamos entrar en él con consideración? ¿Acaso la sinceridad, el respeto y la benevolencia no marcarán nuestra conducta hacia todos?

No neguemos nada a Aquel que dio su preciosa vida por nosotros. Padres y madres, llevadle a vuestros hijos, en la lozanía y florecimiento de la juventud, y consagradlos a su servicio. Consagremos todos a Dios los bienes que nos ha confiado. Sobre todo, démosle nosotros mismos, ofrenda voluntaria. Hagamos su voluntad, vivamos para su gloria, y él nos dará un Feliz Año Nuevo.

12 de enero de 1882

El Arca en Filistea

EGW

La pérdida del arca fue el golpe más duro que había sufrido Israel desde su constitución como nación. Aunque habían sido infieles a Dios, todavía consideraban este símbolo sagrado con temor y reverencia, no exentos de orgullo, al recordar los gloriosos triunfos del pasado. La noticia de que había sido tomado por los filisteos produjo un estremecimiento de terror en todos los corazones, seguido por la muda calma de la desesperación. El poder militar, aunque lo tuvieran, no les serviría de nada ahora; y la fuerza de sus hombres de guerra parecía paralizada.

Pero el Señor no había desechado del todo a sus elegidos, ni toleraría por mucho tiempo la exultación de los paganos. Había usado a los filisteos como instrumento para castigar a Israel, y ahora emplearía el arca para castigar a los filisteos. En el pasado, la presencia divina la había acompañado para ser la fuerza, la salvación y la gloria de su pueblo obediente. Esa presencia invisible aún la acompañaría para traer terror y destrucción a los audaces transgresores de la santa ley de Dios.

Los filisteos se llevaron el arca triunfalmente a Asdod, una de sus cinco ciudades principales, y la colocaron en la casa de su dios, Dagón. Pensaron que ahora no tenían nada que temer de Israel. En su supersticiosa ignorancia imaginaron que el poderoso poder que hasta entonces había acompañado al arca sería suyo, y que esto, unido al poder de Dagón, los haría invencibles. Atribuyendo su éxito enteramente al favor de su dios, trataron de mostrar su gratitud con las más extravagantes demostraciones de reverencia y alabanza.

Su alegría duró poco. Al entrar en el templo al día siguiente, contemplaron un espectáculo que los llenó de consternación. Dagón, su dios, había caído de bruces a tierra ante el arca de Jehová. Reverentemente, los sacerdotes levantaron al ídolo y lo devolvieron a su lugar. Pero a la mañana siguiente lo encontraron, extrañamente mutilado, tendido de nuevo en tierra ante el arca. La parte superior de este ídolo era semejante a la de un hombre, y la inferior a la de un pez. Ahora todas las partes que se parecían a la forma humana habían sido cortadas, y sólo quedaba el cuerpo tosco del pez.

Los sacerdotes y el pueblo quedaron horrorizados al ver a su querida deidad así mutilada y deshonrada. Consideraron este misterioso acontecimiento como un mal presagio de destrucción para ellos y sus ídolos ante el Dios de los hebreos. Entonces sacaron el arca de su templo y la colocaron en un edificio aparte.

El Dios vivo a quien los filisteos habían insultado y desafiado, se había levantado para afirmar su autoridad y manifestar su poder. Los juicios divinos se abatieron sobre Asdod, y sus habitantes fueron azotados por una enfermedad angustiosa y mortal. Recordando las plagas infligidas a Egipto por el Dios de Israel, el pueblo atribuyó sus aflicciones a la presencia del arca entre ellos. En consecuencia, reunieron a sus principales hombres para considerar qué hacer con el arca, declarando que ya no debía permanecer con ellos. Se decidió llevarla a Gat. Pero la peste siguió de cerca su traslado, y los hombres de aquella ciudad la enviaron a Ecrón.

Aquí el pueblo la recibió con terror, gritando: "Nos han traído el arca del Dios de Israel, para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo." Buscaron la protección de sus dioses, como habían hecho los habitantes de Gat y Asdod. Pero la obra del destructor continuó, hasta que, en su angustia, "el clamor de la ciudad subió al cielo". Temiendo retener por más tiempo el arca entre las casas de los hombres, la gente la colocó en los campos abiertos. Siguió una plaga de ratones, que infestaron la tierra, destruyendo los productos de la tierra, tanto en el almacén como en el campo. La destrucción total, por enfermedad o hambre,

amenazaba ahora a la nación, y los sombríos presentimientos para el futuro se sumaban a la pesada carga del presente.

En sus tratos con los filisteos, Dios había mostrado cuán fácilmente, en su tiempo señalado, puede derribar el baluarte de la superstición y barrer el refugio de la mentira. El Señor emplea a menudo a sus enemigos más acérrimos para castigar la infidelidad de su pueblo profeso. Los impíos pueden triunfar por un tiempo al ver que Israel sufre el castigo; pero que estén seguros de que la ira de Dios caerá dentro de poco con peso aplastante sobre ellos mismos. Por más que el pecador se regocije ahora en las recompensas de la injusticia, los ojos ciegos verán todavía, el corazón duro caerá un día, que una vida de rebelión contra Dios ha sido un terrible error.

Durante siete largos meses el arca permaneció en Filistea. Durante todo ese tiempo los israelitas no intentaron recuperar el símbolo de la presencia de Jehová. Pero los filisteos estaban ahora tan ansiosos por liberarse de su poder como lo habían estado por obtenerla. En vez de ser una fuente de fortaleza para ellos, era una gran carga y una pesada maldición. Sin embargo, no sabían qué camino seguir, porque dondequiera que iba, los juicios de Dios seguían. El pueblo llamó a los príncipes de la nación, con los sacerdotes y adivinos, y preguntó ansiosamente: "¿Qué haremos con el arca del Señor? Decidnos con qué la enviaremos a su lugar". Se les aconsejó que la devolvieran con una costosa ofrenda por la culpa, para aplacar la ira de Dios. "Entonces", dijeron los sacerdotes, "quedaréis curados, y se os hará saber por qué no se aparta de vosotros su mano".

En la India actual, cuando un peregrino acude a una pagoda o templo para curarse de alguna enfermedad, invariablemente lleva consigo una figura del miembro o parte afectada, en oro, plata o cobre, según sus medios, y la presenta como ofrenda a su dios. Una costumbre similar estaba en boga entre los filisteos; y de acuerdo con la superstición prevaleciente, los señores ordenaron al pueblo hacer representaciones de las plagas por las que habían sido afligidos, "cinco esmeraldas de oro, y cinco ratones de oro, según el número de los señores de los filisteos; porque", dijeron, "una plaga fue sobre todos vosotros, y sobre vuestros señores".

Estos sabios reconocieron un poder misterioso que acompañaba al arca; un poder que no tenían sabiduría para conocer. Sin embargo, no aconsejaron al pueblo que abandonara su idolatría para servir al Señor. Seguían odiando al Dios de Israel, aunque se vieran obligados por juicios abrumadores a someterse

a su autoridad. Así, los pecadores todavía pueden convencerse por los juicios de Dios de que es en vano contender contra él. Pueden verse obligados a someterse a su poder, mientras que en el fondo se rebelan contra su control. Tal sumisión puede honrar a Dios, pero no puede tener poder para salvar al transgresor. El corazón debe someterse a Dios y ser subyugado por la gracia divina antes de que el arrepentimiento del hombre pueda ser aceptado.

Nos llenamos de asombro al contemplar la longanimidad de Dios para con los impíos. Tanto los idólatras filisteos como el rebelde Israel habían disfrutado de los dones de su providencia. La lluvia y el sol, los objetos de belleza, los dones para el sustento -la música de los pájaros, la fragancia y la belleza de las flores, los frutos sin número, agradables a la vista y buenos como alimento, las cosechas de oro para vestir la llanura y el ganado en las colinas- todo les venía de Dios. Diez mil misericordias inadvertidas caían silenciosamente en el camino de los hombres ingratos y rebeldes. Cada bendición les hablaba del Dador, pero ellos eran indiferentes a su amor. La paciencia de Dios era muy grande para con los hijos de los hombres; pero cuando persistieron obstinadamente en su impenitencia, retiró de ellos su mano protectora. Se negaron a escuchar la voz de Dios en sus obras creadas, y en las advertencias, consejos y reprensiones de su palabra, y les habló por medio de juicios. Rechazaron la misericordia, y el gran Yo Soy les hizo sentir su poder.

Cuántos hay hoy que, como los filisteos, presentan ofrendas a Dios, pero se niegan a entregarle su corazón y a desechar sus ídolos. Cuántos con deleite idólatra ponen sus afectos en vanidades centelleantes, que pronto se consumirán, apartándose del único tesoro que vale la pena poseer.

Dios aún se ensaña con los malvados. Todavía los rodea de bendiciones temporales. Es su mano la que provee las bondades sobre sus mesas. Les da vestido y vivienda. Hay ricos campos para la cosecha; hay rebaños y manadas, oro y plata, amigos y salud. Si Dios quitara su cuidado providencial, ¡cuánta necesidad, desolación e inefable miseria se produciría! Una plaga asolaría los campos, todas las criaturas que contribuyen a nuestro bienestar perecerían, y el hombre mismo sería barrido de la tierra como por una plaga devoradora. Y, sin embargo, los hombres disfrutaban de las bendiciones de Dios y, como las bestias sin alma, no le devuelven ningún reconocimiento agradecido. Se sienten seguros en sus posesiones, cuando una palabra, un aliento, el más leve accidente, podría privarlos de todo lo terrenal. Ninguna generosidad o bendición puede ser reclamada como propia. Todo se nos ha confiado como un fideicomiso que, si no lo mejoramos sabiamente, Dios nos lo quitará.

Los filisteos esperaban aplacar con sus ofrendas la ira de Dios, pero ignoraban el único gran sacrificio que puede asegurar a los hombres pecadores el favor divino. Aquellas ofrendas eran impotentes para expiar el pecado, porque los oferentes no expresaban con ellas la fe en Cristo. Ni un rayo de esperanza, ni un ofrecimiento de misericordia, ni una señal del favor de Dios habrían podido ser nuestros, de no ser por la cruz del Calvario. La justicia debió haber cortado a los hombres para siempre de las bendiciones temporales y espirituales, separándonos de Dios tanto aquí como en el más allá, cerrando la puerta a todas las alegrías de la tierra y apartando para siempre el resplandor del Cielo. Por nosotros, Jesús pisó el lagar de la ira de Dios. "Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Que cada hijo e hija de Adán se una para exaltar el nombre de Cristo, como nuestro Rey y nuestro Redentor. "Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".

12 de enero de 1882

El Misionero

Entre las Iglesias

Petaluma

EGW

El 25 de noviembre salí de Oakland para Petaluma, y encontré un agradable hogar con la familia del Hno. Chapman, donde siempre he sido bien recibido. Chapman, donde siempre he sido bien recibido. El sábado hablé con libertad a la pequeña compañía que reverencia el día santo de Dios y se reúne para su adoración. Siguió una reunión social, en la que se escucharon dieciséis testimonios. Nos dimos cuenta de que la presencia del Señor no se limita a las grandes asambleas, sino que donde dos o tres se reúnen en su nombre, él se reúne con ellos. Todos parecían fortalecidos y animados. Sentí la dulce paz de Cristo, el consuelo de su Espíritu. Mi salud era débil, pero la preciosa evidencia del favor de Dios me compensó con creces por el esfuerzo realizado.

Ojalá nuestras iglesias más pequeñas pudieran ser visitadas más a menudo. Los fieles, que defienden firmemente la verdad, se sentirían animados y fortalecidos por el testimonio de sus hermanos. Los pocos portaestandartes de Petaluma han tenido mucho con que luchar; espíritus rebeldes y revoltosos han hecho todo lo

posible por desanimar a todos los que quieren mantener la verdad en rectitud. Pero estos elementos discordantes se han separado de la iglesia. Se apartaron de nosotros, porque no eran de nosotros. Los que ahora se reúnen de sábado a sábado están en paz unos con otros, y en armonía con la obra de Dios.

Nuestro bondadoso Redentor miró hacia abajo en la corriente del tiempo, y contempló los peligros que en los últimos días rodearían a sus elegidos. Para animarnos, declara con las palabras del profeta Malaquías: "Entonces los que temían al Señor hablaron a menudo unos con otros; y el Señor escuchó y oyó, y se escribió delante de él un libro de memoria para los que temían al Señor y pensaban en su nombre. Y serán míos, dice el Señor de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve."

Si los miembros de la iglesia trabajan fielmente para edificar la causa de la verdad, no escapan a la lengua del chisme, la falsedad y la calumnia. "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución". Su conducta constante e inquebrantable es una reprensión constante de la incredulidad, el orgullo y el egoísmo del profesor hipócrita.

Sus oraciones y amonestaciones perturban su ambición mundana, y se esfuerza por arrojar reproches sobre los fieles seguidores de Jesús. Tergiversará, distorsionará y tergiversará los hechos, con el mismo espíritu que animaba a los fariseos en su oposición a Cristo.

Jesús no pierde de vista a su pueblo, que tantos desalientos debe afrontar. Requiere poco esfuerzo flotar con la corriente popular, pero los que quieren alcanzar las costas inmortales deben luchar contra viento y marea. Hay una forma de cristianismo -un artículo espurio- que no tiene energía reformadora. Sus poseedores se deleitan en oponerse y desacreditar la fe de los demás. Su religión no se ve en el mercado, en la familia o en el taller. Su experiencia religiosa discurre por el canal corrupto del mundo.

El verdadero seguidor de Cristo no debe consternarse al recibir reproches de esta clase. Dijo el amado apóstol: "No os maravilléis, hermanos míos, de que el mundo os aborrezca". Y nuestro Salvador recuerda a sus discípulos: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros." Los que son fieles a Dios no se verán perjudicados por el reproche o la oposición. Más bien, así se desarrollarán virtudes que no florecerán bajo el sol de la prosperidad. La fe, la paciencia, la mansedumbre y el amor brotarán y florecerán en medio de las nubes y las tinieblas.

Los miembros de la Iglesia deben mantener individualmente la luz del amor de Dios encendida en sus propias almas, para que también brille para los demás. Tenemos demasiado en juego para permitir que el letargo espiritual se apodere de nosotros. Guardémonos de caer en la aversión a los servicios religiosos y a los deberes religiosos. Luchemos resueltamente contra esa pereza del alma que es tan fatal para el crecimiento e incluso para la vida del cristiano.

Será sana y próspera aquella iglesia cuyos miembros se esfuercen activa y personalmente por hacer el bien a los demás, por salvar almas. Esto será un incentivo constante para toda buena obra. Tales cristianos trabajarán con mayor fervor para asegurar su propia salvación. Las energías dormidas se despertarán, el alma entera se inspirará con una determinación inconquistable de ganar el aplauso del Salvador de "Bien hecho", y llevar la corona del vencedor.

Animo a los que se reúnen en pequeñas compañías para adorar a Dios. Hermanos y hermanas, no os desaniméis por ser tan pocos. El árbol que está solo en la llanura, hunde sus raíces más profundamente en la tierra, extiende sus ramas más lejos por todos lados, y crece más fuerte y más simétrico mientras lucha solo con la tempestad o se regocija bajo el sol. Así el cristiano, separado de la dependencia terrenal, puede aprender a confiar totalmente en Dios, y puede ganar fuerza y valor en cada conflicto.

Que el Señor bendiga a los dispersos y solitarios, y los haga trabajadores eficientes para él. El cristiano no debe contentarse con ser un mero hombre activo de negocios. No debe estar tan absorto en los asuntos mundanos que apenas tenga un momento libre o un pensamiento para la recreación o la amistad, para el bien de los demás, para la cultura de la mente o el bienestar del alma. La energía y la diligencia en los negocios son dignas de elogio, pero no deben llevarnos a descuidar el amor a Dios y a los hombres que la Biblia exige.

Ojalá todos pudiéramos recordar que los mundanos se sienten en libertad de observar y criticar a los que profesan ser seguidores de Cristo. Se comenta con agudeza y severidad nuestro proceder en los asuntos temporales, nuestra conducta hacia los demás. Lo que decimos en la iglesia no tiene tanta importancia como nuestra conducta en el círculo familiar y entre nuestros vecinos. La palabra amable, el acto considerado, la verdadera cortesía y hospitalidad, ejercerán constantemente una influencia en favor de la religión cristiana. No dejemos que se diga de nosotros: "La religión no los ha hecho mejores. Son tan autoindulgentes, tan mundanos, tan agudos en el comercio, como siempre". Todos los que dan tal fruto se alejan de Cristo, en vez de

reunirse con él. Ponen obstáculos en el camino de aquellos a quienes podrían haber ganado para Jesús con un proceder coherente. Es nuestro deber como cristianos dar al mundo evidencia inequívoca de que estamos obedeciendo el gran mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", que es lo mismo que la regla de oro de nuestro Salvador: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos".

Dios bendiga a la iglesia de Petaluma. Hermanos, no olviden las necesidades de estas pequeñas y aisladas compañías. Cristo será un invitado en sus pequeñas reuniones.

E. G. White.

19 de enero de 1882

El Arca restaurada

EGW

Cuando se propuso entre los filisteos devolver el arca a su propia tierra, hubo algunos que estuvieron dispuestos a oponerse al plan. Tal reconocimiento del poder del Dios de Israel sería profundamente humillante para el orgullo de Filistea; se buscó ansiosamente alguna manera de eludirlo. Muchos insistieron en que nadie se atrevería a arriesgar la vida para eliminar lo que había traído tanta destrucción a la tierra. Otros negaban que sus calamidades hubieran sido causadas por el arca, y protestaban contra la entrega de un trofeo tan famoso.

Los "sacerdotes y adivinos", a cuyo consejo se había recurrido en esta ocasión, amonestaron al pueblo para que no imitara la obstinación del Faraón y de los egipcios, atrayendo así sobre sí mayores aflicciones. Se propuso entonces un plan en el que todos estuvieron de acuerdo, y se puso inmediatamente en ejecución. El arca, con la ofrenda expiatoria de oro, fue colocada sobre un carro nuevo, evitando así todo peligro de contaminación; a este carro, o coche, fueron atadas dos vacas, sobre cuyos cuellos nunca antes se había colocado un yugo. Luego, atados sus terneros en casa, las vacas quedaban libres para ir adonde quisieran. Si el arca volvía así a los israelitas por el camino de Beth-semesh, la ciudad más cercana de los levitas, "entonces", dijeron los filisteos, "el Dios de Israel nos ha hecho este gran mal; pero si no, entonces sabremos que no es su mano la que nos hirió; fue una casualidad lo que nos sucedió."

Apenas liberadas, las vacas se apartaron de sus crías y, mugiendo, tomaron el camino recto hacia Bet-emes. Guiados por ninguna mano humana, los pacientes animales siguieron su camino. La Divina Presencia acompañó al arca, que llegó sana y salva al lugar designado.

Era el tiempo de la siega del trigo, y los hombres de Bet-emes estaban segando en el valle. Con gran alegría vieron acercarse el arca; y cuando las vacas se detuvieron por sí solas cerca de una gran piedra, algunos de los levitas presentes las ofrecieron en sacrificio al Señor, sirviendo el carro mismo de combustible para el holocausto.

Los señores de los filisteos, que habían seguido el arca hasta la frontera de Bet-emes y habían presenciado su recepción, regresaron ahora a Ecrón. La plaga había cesado, y estaban convencidos de que sus calamidades habían sido un juicio del Dios de Israel.

Los hombres de Bet Semes se apresuraron a difundir la buena nueva de que el arca estaba en su poder, y la gente de todos los alrededores acudió en masa para acoger su regreso. El arca había sido colocada sobre la piedra que primero sirvió de altar, y ante ella se ofrecieron sacrificios adicionales al Señor. Si los adoradores, con penitencia y humillación, hubieran renunciado a sus pecados, la bendición divina los habría acompañado. Pero no estaban obedeciendo fielmente la ley de Dios; por lo tanto, aunque se regocijaban por el regreso del arca como presagio del bien, no podían tener un verdadero sentido de su carácter sagrado como depositaria de esa ley. En vez de preparar un lugar adecuado para recibir el arca, permitieron que permaneciera en el campo de la siega. Mientras seguían contemplando el arca sagrada y hablando de la maravillosa manera en que había sido restaurada, empezaron a conjeturar dónde residía su peculiar poder. Por fin, vencidos por la curiosidad, quitaron las cubiertas y se aventuraron a abrirlo. Su alegría se transformó rápidamente en llanto.

A todo Israel se le había enseñado a mirar el arca con temor y reverencia. Cuando tenían que trasladarla de un lugar a otro, los levitas no podían ni mirarla. Sólo una vez al año se permitía al sumo sacerdote contemplar el arca de Dios. Los filisteos paganos ni siquiera se habían atrevido a quitarle las cubiertas. Ángeles del Cielo, invisibles, la acompañaban siempre en todos sus viajes. La irreverente osadía del pueblo de Bet-emes despertó la ira del Señor, y un gran número de ellos fueron destruidos al instante.

El terror de los sobrevivientes sólo fue igualado por su anterior presunción. Sin embargo, esta sentencia no les llevó a arrepentirse de su pecado, sino sólo a

mirar el arca con temor supersticioso. Deseosos de librarse de su presencia, pero sin atreverse a retirarla, los betsemitas enviaron un mensaje a los habitantes de Quiriat-jearim, invitándoles a llevársela. Consintieron, y el arca fue trasladada.

El espíritu de curiosidad irreverente sigue existiendo entre los hijos de los hombres. Muchos están ansiosos por investigar esos misterios que la sabiduría infinita ha considerado oportuno dejar sin revelar. No teniendo pruebas fiables a partir de las cuales razonar, basan sus teorías en conjeturas. El Señor ha obrado en favor de sus siervos y para la edificación de su causa en el día de hoy tan ciertamente como obró en favor del antiguo Israel; pero la vana filosofía, "la ciencia falsamente llamada", ha tratado de destruir la fe en la interposición directa de la Providencia, atribuyendo todas esas manifestaciones a causas naturales. Este es el sofisma de Satanás. Está afirmando su autoridad mediante poderosas señales y prodigios en la tierra. Los que ignoran o niegan las evidencias especiales del poder de Dios, están preparando el camino para que el archiengañador se exalte ante el pueblo como superior al Dios de Israel.

Muchos aceptan el razonamiento de estos supuestos sabios como verdad, cuando en realidad socava los mismos fundamentos que Dios ha establecido. Tales maestros son los descritos por la inspiración, que deben hacerse necios en su propia estimación, para poder ser sabios. Dios ha escogido las cosas necias de este mundo para confundir a los sabios. Aquellos que sólo se guían por la sabiduría humana, llaman locura a la sencillez de sus poderosas obras. Se creen más sabios que su Creador, cuando en realidad son víctimas de una ignorancia finita y de una presunción infantil. Es esto lo que los mantiene en las tinieblas de la incredulidad, de modo que no discernen el poder de Dios y tiemblan ante Él.

Aunque el arca había traído juicios tanto sobre los habitantes de Filistea como de Beth-semesh, los hombres de Quiriat-jearim la recibieron con alegría. Sabían que si bien era precursora de ira para el transgresor de la ley de Dios, era prenda del favor divino para el obediente y fiel. Con solemne alegría lo llevaron a su ciudad y lo colocaron en casa de Abinadab, un levita. Este hombre nombró a su hijo Eleazar para que se encargara de cuidarlo, a fin de que no sufriera daño ni contaminación. Así permaneció durante muchos años.

Los israelitas como nación continuaban en un estado de irreligión e idolatría, y como castigo seguían sometidos a los filisteos. Durante este tiempo Samuel, que ya era reconocido como profeta, visitó ciudades y aldeas por todo el país, tratando de volver los corazones del pueblo al Dios de sus padres. Les expuso

fielmente las exigencias de la ley divina y su pecado al transgredir sus preceptos, la longanimidad y la misericordia de Dios, y su garantía de favorecer a los que confiesan y abandonan sus pecados.

Estos esfuerzos no dejaron de dar buenos resultados. Se animaron los corazones de los fieles y se indujo a los apóstatas a volver al Señor. El espejo de la ley de Dios, sostenido ante el pecador, le da una visión correcta de su propio carácter. Cuanto mayor sea la reverencia que se sienta por esa ley, más agudo será el sentimiento de condenación a causa del pecado. Toda transgresión voluntaria es un acto de rebelión contra su Autor. Todo el que asume esta actitud, con su práctica está diciendo al pueblo: "Los requerimientos de Dios son exigentes y severos, un yugo de esclavitud. Rompamos este yugo de nuestros cuellos, y seamos libres".

La ley de Dios no fue dada sólo a los judíos. Es de obligación mundial y perpetua. "El que ofende en un punto es culpable de todos". Sus diez preceptos son como una cadena de diez eslabones. Si un eslabón se rompe, la cadena pierde su valor. Ni un solo precepto puede ser revocado o cambiado para salvar al transgresor. Mientras existan familias y naciones; mientras la propiedad, la vida y el carácter deban ser protegidos; mientras el bien y el mal sean antagónicos, y una bendición o una maldición deban seguir a los actos de los hombres, mientras la ley divina deba controlarnos. Cuando Dios ya no exija a los hombres que le amen supremamente, que reverencien su nombre y que guarden santamente el sábado; cuando les permita despreciar los derechos de sus semejantes, odiarse y herirse unos a otros, entonces y no hasta entonces, la ley moral perderá su fuerza.

19 de enero de 1882

El Misionero

Entre las Iglesias

Healdsburg

EGW

Después de dejar Petaluma, visité la iglesia de Healdsburg. Acompañado por la Hna. Rogers, hice el viaje con mi propio caballo y carruaje, con la esperanza de beneficiarme saludablemente. Después de un viaje de treinta y tres millas, fuimos calurosamente recibidos en casa del Hno. y la Hna. Harmon. Estos

amigos me proporcionaron una habitación cómoda, donde podía escribir o descansar sin ser molestado, e hicieron todo lo que estuvo a su alcance para mi salud y felicidad.

Estaba lejos de estar bien, pero sentía el deber de escribir sobre asuntos importantes que no admitían demora. Como no podía dormir más que unas pocas horas por la noche, me levantaba a las tres de la madrugada y escribía a la luz de la lámpara. Semejante tensión sobre la mente y el cuerpo no podía soportarse por mucho tiempo. Un intenso dolor en los ojos pronto me obligó a dejar de escribir.

Esta fue una dura prueba. Mis pensamientos parecían consumirme. Sentía una incesante ansiedad por la causa de Dios, especialmente por las instituciones que su propia mano ha establecido. Hay una gran falta de vida espiritual entre nosotros. La decadencia religiosa se ve y se siente en todas partes. A medida que los fieles abanderados caen en su puesto, ¿quién vendrá a ocupar su lugar y a trabajar con interés desinteresado en la causa de Dios? Mientras pensaba en estas cosas, mi alma estaba turbada día y noche. Sentía la necesidad de la ayuda de mi esposo. El futuro se presentaba oscuro y solitario. Agobiada por la enfermedad y por una carga más pesada de cuidados, ansiedad y tristeza, sabía que a menos que el Señor viniera en mi ayuda y el bálsamo de Galaad se aplicara al alma y al cuerpo, ya no podría seguir trabajando.

Sin embargo, la idea de convertirme en un inútil era demasiado terrible para albergarla ni por un momento. Me parecía preferible la muerte. Satanás estaba decidido a que mi testimonio de advertencia, aliento y reprensión no llegara al pueblo. Me sentía impulsada a seguir adelante, pero parecía impotente. Noche tras noche soñaba que mi esposo y yo trabajábamos juntos para llevar almas a Cristo, y al despertar descubría que estaba sola, luchando con los poderes de las tinieblas. ¡Cuánto anhelaba descansar en Cristo! Pensé en cómo una vez acalló las tempestuosas olas de Galilea, y recé para que su voz hablara de paz a mi alma. Me humillé ante Dios y presenté mis súplicas al trono de la gracia. Mi fe fue puesta a prueba hasta el extremo. No recibí ninguna prueba directa de que mis oraciones hubieran sido escuchadas, pero decidí ponerme a trabajar como si hubiera recibido la ayuda que tanto necesitaba.

El sábado asistí a la reunión, confiando en Dios como apoyo. Al hablar a la iglesia, me sentí reconfortado y refrescado. El Señor me dio paz y descanso en Él. Me sentía agobiada por los jóvenes, y mis palabras iban dirigidas especialmente a ellos. Me escucharon atentamente, con rostros serios y ojos

llorosos. Al final de mis palabras, pedí a todos los que deseaban hacerse cristianos que pasaran al frente. Respondieron trece. Eran todos niños y jóvenes, de ocho a quince años, que manifestaban así su determinación de comenzar una nueva vida. Tal espectáculo bastó para ablandar el corazón más duro. Los hermanos y hermanas, especialmente los padres de los niños, parecían sentirlo profundamente. Cristo nos ha dicho que hay alegría en el Cielo por un pecador que se arrepiente. Los ángeles contemplaban con alegría esta escena. Casi todos los que se acercaron hablaron en pocas palabras de su esperanza y determinación. Tales testimonios ascienden como incienso al trono de Dios. Todos los corazones sentían que éste era un tiempo precioso. La presencia de Dios estaba con nosotros.

Traté de inculcar a los padres y madres su deber de guiar a estos jóvenes inexpertos por el camino trazado para los rescatados del Señor. Ahora necesitan un cuidado especial, ternura y oración ferviente. En la vida cristiana tienen todo que aprender, y deben recibir diariamente una instrucción paciente y fiel. Los jóvenes no pueden ser ganados para el servicio de Cristo por medio de la culpabilidad o la compulsión. Deben ser ganados por el amor. Esto requiere tiempo y esfuerzo. Los padres deben despertar de su seguridad carnal. No pueden permitirse perder horas preciosas en vestidos y chismes. Deben cerrar sus oídos a las tentaciones del mundo, la carne y el diablo. Deben comenzar en serio a trabajar por Cristo, comenzar a ser misioneros en el hogar, siguiendo ellos mismos de cerca las huellas del Salvador, para poder dar un ejemplo correcto a sus hijos.

Padres y madres, ¿no haréis este esfuerzo para salvar las almas de vuestros seres queridos? ¿No tenéis un estímulo suficiente? ¿No es esta obra de consecuencias infinitamente mayores que vuestros asuntos temporales? Ganar el mundo entero no compensaría la pérdida de un alma. Necesitáis diariamente el espíritu que movió a nuestro Salvador a venir a la tierra para sufrir y morir por nosotros. Él lloró y agonizó y oró, para que el hombre perdido pudiera ser redimido. ¿Qué haréis para salvar vuestras propias almas y las almas de vuestros queridos hijos?

Se necesita seriedad y celo en este trabajo. La depravación juvenil que es tan dolorosamente aparente en todas partes, despreciando la restricción y desafiando la ley, debe despertar a todos los padres a una acción decidida y eficaz. Las influencias corruptoras en nuestras grandes ciudades deberían alarmarnos. Y, sin embargo, los padres y las madres están dormidos. ¡Cuántos se trasladan del campo a estas ciudades, que son focos de vicio, para educar a sus hijos! Como Lot, eligen lo que les parece más agradable, sin tener en cuenta

la influencia moral. Como él, ven demasiado tarde el pecado y la locura de su conducta. Colocan a sus hijos donde las tentaciones de la disipación y el crimen son casi irresistibles, donde se relacionan diariamente con jóvenes de hábitos disolutos y moral corrompida, y luego no tienen cuidado de darles una instrucción adecuada y una sana moderación. Si están equilibrados por principios religiosos, los jóvenes pueden pasar la prueba con seguridad; pero a menos que hayan aprendido a mirar diariamente a Dios en busca de fortaleza, serán vencidos. La obra de la ruina es gradual. Los pies de los hijos se ponen en una senda que se aparta del camino de la pureza, la integridad y la santidad, y los padres, cegados por el orgullo y las costumbres del mundo, no discernen el peligro hasta que se abre un gran abismo entre ellos; y entonces es demasiado tarde.

Debemos llevar a nuestros hijos pronto a Cristo, y enseñarles que sólo Él puede guardarlos del poder del tentador. Sé que los padres no están haciendo lo que podrían hacer en esta obra. La vigilancia incesante y la oración son las armas con que debemos vencer al enemigo. Padres, no permitáis que Satanás os arrebathe a los niños de las manos. A menudo les insistirá: "Deben consentir a los niños para que permanezcan con ustedes"; pero, por el contrario, es esta imprudente indulgencia la que separa a sus hijos de ustedes y los conduce a las filas del gran engañador.

Recuerdo con interés el sábado pasado en Healdsburg. Que el Señor bendiga a todos los que ese día tuvieron el valor moral de levantar la cruz. Las tentaciones los asaltarán con tanta certeza como Satanás vive. Deben buscar fortaleza en Cristo para resistir el poder del mal. Tememos que los miembros más antiguos de la iglesia no estuvieran todos preparados para guiar a estos jóvenes por el camino del Cielo. Es difícil para los que han abrigado un espíritu farisaico y farisaico, descender a la sencillez de la religión humilde y experimental. Necesitan que sus propios corazones sean ablandados y sometidos por el Espíritu Santo, y entonces podrán ganar a los niños para Cristo.

Debemos tratar de entrar en los sentimientos de los jóvenes, de simpatizar con ellos en sus alegrías y penas, en sus conflictos y victorias. Jesús no permaneció en el Cielo, alejado de los afligidos y pecadores, sino que descendió a este mundo para conocer la debilidad, el sufrimiento y las tentaciones de la raza caída. Nos alcanzó allí donde estábamos para levantarnos. Tal debe ser nuestro trabajo. Debemos llegar a los jóvenes donde están, y hacer nuestro su caso, si queremos beneficiarlos. Si estos jóvenes discípulos son vencidos por la tentación, espero que ustedes, que tienen más experiencia y que han demostrado

poca fuerza para resistir el poder del tentador, no los traten con dureza ni consideren sus esfuerzos con indiferencia. Os ruego que seáis tan pacientes con estos corderos del rebaño como deseáis que los demás lo sean con vosotros. Dios nos ha constituido de tal manera que hasta los más fuertes desean simpatía. Cuánto más la necesitan los niños. Incluso una mirada de compasión a menudo calmará y fortalecerá al niño probado y tentado.

Jesús llama a todo vagabundo: "Hijo mío, dame tu corazón"; "Vuelve a mí, y yo volveré a ti, y sanaré todas tus rebeldías". El joven no puede ser feliz sin el amor de Jesús. Espera con compasiva ternura oír las confesiones de los descarriados y aceptar su penitencia. Espera de nosotros alguna muestra de gratitud, como la madre espera la sonrisa de reconocimiento de su hijo amado. El gran Dios nos enseña a llamarle Padre. Quiere que comprendamos cuán sincera y tiernamente anhela su corazón por nosotros en todas nuestras pruebas y tentaciones. "Como un padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen". Antes olvidaría la madre a su hijo que Dios a un alma que confía en él.

Los jóvenes deben crecer constantemente en la gracia y en el conocimiento de la verdad. El Creador de todas las cosas, con quien están todos los tesoros de la sabiduría, ha prometido ser el guía de su juventud. Aquel que ha conquistado en su nombre todos los poderes del mal pide su homenaje. No puede haber conocimiento más elevado que el conocimiento de Aquel a quien conocer rectamente es vida y paz; ni afecto más puro y profundo que el amor de nuestro Salvador.

Muchos padres, por afición equivocada, han permitido que sus hijos crezcan con hábitos de gratificación egoísta, tal vez los han complacido porque esto requería menos esfuerzo que el ejercicio de la debida moderación. Ahora deben trabajar con seriedad y oración para deshacer su propia obra pasada y formar correctamente el carácter de sus hijos. Estos padres y madres entran en el campo de batalla para entablar un combate cuerpo a cuerpo con Satanás y sus ángeles. Hay tentaciones por todas partes para atrapar los pies de los incautos. Jóvenes impíos y corruptos ejercen una fuerte influencia para conducir a otros por caminos prohibidos. Estos se cuentan entre los agentes más exitosos de Satanás. Si los padres quieren detectar y resistir con éxito los avances del astuto enemigo, sus propias facultades perceptivas y de razonamiento deben ser avivadas y fortalecidas por el Espíritu de Dios. Cada miembro de la iglesia está comprometido a permanecer como un centinela fiel. Los amantes del mundo se acercarán a menudo bajo un disfraz de amistad, e intentarán introducir sus

costumbres y prácticas. Que todo verdadero soldado esté listo para resistir estas seducciones.

Cuando los jóvenes intentan zafarse del control de Satanás, éste redobla sus tentaciones. Aprovechándose de su ignorancia e inexperiencia, intenta oscurecer la distinción entre el bien y el mal. Se transforma en ángel de luz y seduce con promesas de placer en un camino prohibido. Si los jóvenes han adquirido el hábito de seguir la inclinación más que el deber, les resultará difícil resistirse a la tentación. No ven el peligro de entregarse aunque sólo sea una vez a los placeres prohibidos.

Las sugerencias de Satanás avivarán todo elemento persistente de depravación en el corazón. Los deseos ávidos que los padres no han encauzado correctamente, los hábitos erróneos que se han consentido hasta convertirlos en una segunda naturaleza, se despertarán como un hombre armado para secundar sus tentaciones. Demasiado a menudo la razón y la conciencia protestan en vano. Entonces, ¿habrá padres y madres en Israel que rescaten a estos jóvenes de la trampa de Satanás? ¿Habrá sabiduría para vencer al enemigo y guiar los pies errantes por el estrecho sendero de la santidad?

Los miembros más ancianos de la iglesia deben dar a los jóvenes un ejemplo de firmeza cristiana y dominio propio, de sumisión paciente y alegre a la voluntad divina. Dios quiera que los padres y las madres de los niños, cuya ayuda tanto necesitamos, sean vencidos por Satanás. Hay muchos que profesan ser cristianos y son tan caprichosos y malhumorados como el clima de un invierno californiano. Puede haber algunos días soleados, pero es más probable que haya niebla y lluvia. Los niños son observadores críticos. Marcan el capricho, la petulancia, la hosquedad. No pueden desear una religión que dé tales frutos.

No hay excusa para que un hombre, con las facultades de razonamiento de un hombre y la experiencia de un hombre, ceda a sus sentimientos y arroje una sombra sobre todo lo que le rodea. Dice Cristo: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono". Satanás nos ataca en nuestros puntos débiles; pero no necesitamos ser vencidos. El asalto puede ser severo y prolongado, pero Dios ha prometido ayuda para nosotros, y en su fuerza podemos vencer. Ruego a mis hermanos que se establezcan, arraigados y cimentados, en la verdad. Estudien la Biblia con diligencia y oración. Los preceptos y las promesas de la palabra de Dios os armarán con el poder divino para resistir al enemigo. "Tu palabra", dice el salmista, "he escondido en mi corazón, para no pecar contra ti". Satanás será desconcertado y derrotado cuando encuentre el corazón preocupado por la

verdad de Dios. También necesitamos encontrarnos a menudo en el trono de la gracia. La oración sincera y perseverante, uniendo nuestra debilidad humana a la Omnipotencia, nos dará la victoria.

El Señor quiere que la iglesia de Healdsburg se fortalezca en él. Pueden serlo si se esconden detrás de la cruz de Cristo. Los que abrigan el amor propio y el deseo de exaltarse abren el alma a tentaciones que dejan de lado la razón y debilitan el juicio. Humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, y Él nos exaltará a su debido tiempo. Hay trabajo que hacer para nuestro Maestro. Hay almas que pueden ser llevadas a Cristo por nuestra influencia. ¿Quién está dispuesto a comprometerse en esta obra de todo corazón?

"El que sale y llora, llevando preciosa semilla, sin duda volverá con regocijo, trayendo consigo sus gavillas". "Y el que siega, recibe salario, y recoge fruto para vida eterna".

"Tuyo es el tiempo de la siembra; sólo Dios
contempla el fin de lo que se siembra;
Más allá de nuestra visión, débil y tenue,
El tiempo de la cosecha se oculta con él;
Sin embargo, no se olvida donde yace,
La semilla del sacrificio generoso,
Aunque parece en el desierto arrojado,
Se levantará con la floración y el fruto al final."

E. G. White.

26 de enero de 1882

La victoria en Ebenezer

EGW

Después de sufrir la opresión de sus enemigos durante veinte años, los israelitas "lloraron en pos del Señor". Se arrepintieron de los pecados que los habían alejado de él, y trataron de volver de nuevo a su lealtad. Samuel les aconsejó: "Si os volvéis al Señor de todo corazón, quitad de en medio de vosotros a los dioses extraños y a Astarot, y preparad vuestro corazón al Señor, y servidle sólo a él; y él os librá de mano de los filisteos." "Volveos a Jehová de todo vuestro corazón"; "Preparad vuestro corazón para Jehová, y servidle sólo a él"; aquí vemos que la piedad práctica, la religión del corazón, se enseñaba en los días

de Samuel, como la enseñó Cristo cuando estuvo sobre la tierra. El maestro es virtualmente el mismo en ambas dispensaciones. Las demandas de Dios son las mismas. Sin la gracia de Cristo, las formas externas de religión carecían de valor para el antiguo Israel. Son las mismas para el Israel moderno. Todas las súplicas de la justicia propia son inútiles; toda esperanza es infundada excepto la que se basa en el sacrificio y la victoria de nuestro Salvador. La obediencia a Dios, exigida en los días de Moisés, Josué y Samuel, fue impuesta por el Redentor del mundo.

Samuel se esforzó por inculcar en Israel el hecho de que ellos mismos tenían algo que hacer para asegurarse el favor divino. Debían arrepentirse de sus pecados y abandonar sus ídolos. El profeta había logrado despertar al pueblo del letargo del pecado, y deseaba vivamente que este despertar se tradujera en una reforma general y permanente. Con la cooperación de los jefes de las tribus, se convocó una gran asamblea en Mizpa. Allí se celebró un ayuno solemne. Con profunda humillación, el pueblo confesó sus pecados y derramó agua ante el Señor como símbolo de sus súplicas vertidas por el favor divino, sus lágrimas de dolor por el pecado y de gratitud porque el Señor seguía siendo clemente y misericordioso. Como prueba de su determinación de obedecer las instrucciones que habían oído, invistieron a Samuel con la autoridad de juez.

Recordando cómo las oraciones de Moisés habían prevalecido anteriormente ante Dios en favor de Israel, el pueblo suplicó a Samuel que intercediera por ellos. Una vez más, el profeta les exhortó a que renunciaran a su idolatría y se apartaran de sus rebeldías, y luego, como siervo de Dios, rogó que los bendijera.

Los filisteos interpretaron esta reunión de Israel como un consejo de guerra, y con una fuerza poderosa se dispusieron a atacarlos y dispersarlos antes de que sus planes pudieran madurar. La noticia de que estos poderosos enemigos se acercaban causó gran terror entre los israelitas. Desarmados e indefensos, sintieron que su única esperanza estaba en Dios. Si salía con sus ejércitos, saldrían victoriosos; si se negaba a ayudarlos, la derrota era segura. Por eso suplicaron a Samuel: "No ceses de clamar por nosotros al Señor, nuestro Dios, para que nos salve de la mano de los filisteos."

Con gran seriedad, el profeta imploró la ayuda divina, y el pueblo también buscó al Señor. Mientras Samuel presentaba un cordero como holocausto, los filisteos aparecieron a lo lejos, listos para la batalla y esperando hacer presa fácil del pueblo al que habían oprimido durante tanto tiempo.

Entonces, el Poderoso que había descendido sobre el Sinaí entre fuego, humo y truenos, que había dividido el Mar Rojo y abierto un camino a través del Jordán para las huestes hebreas, el Dios de Israel, manifestó de nuevo su poder. Vívidos relámpagos y terribles truenos infundieron terror a la hueste que avanzaba. Cuando el cegador resplandor hubo desaparecido, la tierra estaba sembrada de cadáveres de guerreros armados. Ante semejante enemigo, la destreza militar era impotente. Paralizados por el miedo, los filisteos sólo esperaban la destrucción total.

Durante la furia de los elementos, los israelitas permanecieron en silencio, temblando de esperanza y de miedo. Cuando contemplaron la matanza de sus enemigos, supieron que Dios había aceptado su arrepentimiento y que había obrado en su favor. Aunque totalmente desprevenidos para la batalla, tomaron las armas de los filisteos masacrados, cayeron sobre la fuerza que tanto habían temido y persiguieron a las huestes que huían hasta Bet-car.

Esta señalada victoria se obtuvo en el mismo campo donde, veinte años antes, Israel había sido derrotado por los filisteos, los sacerdotes asesinados y el arca de Dios tomada. Así se repitió una vez más la gran lección de que, tanto para las naciones como para los individuos, el camino de la obediencia a Dios es el camino de la seguridad y la felicidad, mientras que el de la transgresión sólo conduce al desastre y a la derrota.

El Señor quiso manifestar de tal modo su poder en la liberación de Israel, que no se apropiaran de la gloria. Permitió que, cuando estaban desarmados e indefensos, fueran desafiados por sus enemigos, y entonces el Capitán del ejército del Señor reunió el ejército del Cielo para destruir a los enemigos de su pueblo. La humildad de corazón y la obediencia a la ley divina son más aceptables para Dios que los sacrificios más costosos de un corazón lleno de orgullo e hipocresía. Dios no defenderá a los que viven transgrediendo su ley.

Todo Israel reconoció la mano de Dios en su liberación y agradeció su gran misericordia. Para que nunca se olvidara la ocasión, Samuel erigió, entre Mizpa y Sen, una gran piedra como monumento conmemorativo. La llamó Ebenezer, "la piedra de la ayuda", diciendo al pueblo: "Hasta ahora nos ha ayudado el Señor". Esta piedra debía permanecer como testigo para todas las generaciones futuras, para atestiguar el cuidado de Dios por su pueblo, y para fortalecer la fe en él como su libertador.

Los filisteos fueron tan completamente sometidos por esta derrota, que entregaron las ciudades que habían sido tomadas de Israel, y se abstuvieron de

todo acto de hostilidad durante muchos años. Otras naciones siguieron el ejemplo de este pueblo poderoso y belicoso, y los israelitas gozaron de paz durante todo el período de la única administración de Samuel.

La condición del pueblo de Dios en la actualidad es similar a la del Israel idólatra. Muchos que llevan el nombre de cristianos están sirviendo a otros dioses además del Señor. Nuestro Creador exige nuestra devoción suprema, nuestra primera lealtad. Cualquier cosa que tienda a disminuir nuestro amor a Dios, o a interferir con el servicio que le debemos, se convierte así en un ídolo. Para algunos, sus tierras, sus casas, sus mercancías, son los ídolos. Las empresas comerciales se llevan a cabo con celo y energía, mientras que el servicio de Dios se convierte en una consideración secundaria. Se descuida el culto familiar y se olvida la oración secreta. Muchos pretenden tratar con justicia a sus semejantes, y parecen creer que al hacerlo cumplen con todo su deber. Pero no basta con guardar los seis últimos mandamientos del decálogo. Debemos amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón. Nada que no sea la obediencia a cada precepto, nada que no sea el amor supremo a Dios y el amor igual a nuestros semejantes, puede satisfacer las exigencias de la ley divina.

Hay muchos cuyos corazones han sido tan endurecidos por la prosperidad que se olvidan de Dios y de las necesidades de sus semejantes. Cristianos profesos se adornan con joyas, encajes, ropa costosa, mientras que los pobres del Señor sufren por las necesidades de la vida. Hombres y mujeres que pretenden ser redimidos por la sangre de un Salvador despilfarran los medios que se les confían para la salvación de otras almas, y luego reparten a regañadientes sus ofrendas para la religión, dando generosamente sólo cuando eso los honra. Estos son idólatras.

Los miembros de la iglesia gastan el dinero de su Señor en diversas formas de autoindulgencia, y cuando se necesitan medios para sostener la iglesia, se organiza una feria, un espectáculo teatral o una gran cena. De este modo, los cristianos profesos se unen a los mundanos en la alegría y la frivolidad, la fiesta y la ostentación; a veces, lo que es mucho peor, en prácticas que en una forma ligeramente diferente son denunciadas como delitos por las leyes del país. Y todo esto para obtener medios de aquellos que no tienen ningún interés en la religión, y que sólo están movidos por un deseo de gratificación sensual. ¿No es esto una vil idolatría?

La historia de la vida de humillación, abnegación y sacrificio de nuestro Salvador, se considera como una vieja historia, que se ha vuelto desagradable

para la imaginación refinada. No posee suficiente interés para conmover el corazón, para conducir a la abnegación por Cristo o por las almas por las que murió. Una gran parte del mundo cristiano está diciendo con su práctica: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos". Su religión no tiene ninguna influencia elevadora ni ennoblecedora sobre sí mismos ni sobre la sociedad. Aunque todo lo que tienen es don de Dios, no lo reconocen como tal.

¡Oh, cuán grande es la misericordia de nuestro Dios, para soportar así la perversidad de sus criaturas! Cada primavera la tierra se viste de verdor, para que su frescura y belleza nos traigan a la mente pensamientos del Creador. Los campos de cereales ondeando bajo el sol del verano, o la brisa del otoño, nos hablan de Aquel que da a sus hijos el pan de cada día. Los árboles que se inclinan bajo su carga de ricos frutos, proclaman su misericordia y benevolencia. Pero los hombres, cegados por el egoísmo y las riquezas, sólo pueden discernir la cantidad de ganancia que llenará sus arcas.

El ganado de las mil colinas, si hablara, reconocería el cuidado del Gran Pastor. Los pájaros del bosque cantan con dulces melodías las alabanzas de Dios. Los cielos declaran su gloria, y el firmamento muestra la obra de sus manos. Las cosas de la naturaleza -la tierra misma, rebosante de generosidades y bendiciones- llamarían a la mente a apartarse del yo para honrar y adorar al Señor Dios, nuestro Creador. Y, sin embargo, los hombres no sienten el deber de dar gracias al Dador de todo bien. Se apropian de los dones de la providencia, y luego, con demasiada frecuencia, se mantienen alejados de sus semejantes, como si las posesiones mundanas les hubieran dado una importancia especial. Aprenderán, sin embargo, que es la bondad de corazón, la integridad de carácter, y no las riquezas del mundo, lo que hace a un hombre digno de honor.

Dios debe ser adorado en espíritu y en verdad. No aceptará ninguna otra adoración. Hoy en día se necesita un avivamiento de la verdadera religión del corazón como el que experimentó el antiguo Israel. Necesitamos, como ellos, producir frutos aptos para el arrepentimiento, despojarnos de nuestros pecados, limpiar el templo profanado del corazón para que Jesús pueda reinar en su interior. Es necesario orar, orar con ahínco y perseverancia. Nuestro Salvador ha dejado preciosas promesas para el solicitante verdaderamente penitente. No buscará su rostro en vano. También nos ha enseñado con su ejemplo la necesidad de la oración. Él mismo, Majestad del Cielo, pasaba a menudo toda la noche en comunión con su Padre. Si el Redentor del mundo no fue demasiado puro, demasiado sabio o demasiado santo para buscar la ayuda de Dios, sin duda los débiles y descarriados mortales tienen toda la necesidad de esa asistencia

divina. Con penitencia y fe, todo verdadero cristiano buscará a menudo "el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro."

El arrepentimiento es el primer paso que deben dar todos los que quieren volver a Dios. Nadie puede hacer este trabajo por nosotros. Debemos humillar individualmente nuestras almas ante Dios, y despojarnos de nuestros ídolos. Cuando hayamos hecho todo lo que podemos hacer, el Señor nos manifestará su salvación.

Y cuando la luz del Cielo disipe nuestra oscuridad, manifestemos, como Samuel, nuestra gratitud haciendo un memorial a Dios. A menudo perdemos grandes bendiciones por no alabar al Dador. Cantémosle con el corazón y con la voz. El alma puede ascender más cerca del cielo, sobre las alas de la alabanza. Dios es adorado con cantos y música en los atrios de lo alto. Y al expresar así nuestra gratitud, nos aproximamos a la adoración de las huestes celestiales. "Quien ofrece alabanza, glorifica a Dios". Lleguemos con gozo reverente ante nuestro Creador "con acción de gracias y voz de melodía".

26 de enero de 1882

Entre las iglesias Santa Elena

EGW

Fue casi con pesar que dejamos nuestro cómodo hogar en casa del Hno. Harmon para visitar Santa Elena. El Hno. y la Hna. H. pensaron que no era seguro que la Hermana Rogers y yo hiciéramos el viaje solas en esta época del año. Por eso nos acompañaron, con su equipo a la cabeza y el nuestro detrás. Cuando salimos de Healdsburg, la niebla era tan densa que sólo podíamos ver una corta distancia delante de nosotros, pero en pocas horas la niebla se dispersó y disfrutamos de un hermoso sol.

La carretera que atraviesa el Cañón del Caballero, siempre peligrosa para el viajero inexperto, suele ser intransitable en época de lluvias. Agradecemos mucho la presencia de un piloto en esta parte de nuestro viaje. No me atreví a mirar ni a derecha ni a izquierda para contemplar el paisaje, sino que, sujetando firmemente los cabos y guiando a mi caballo por el estrecho paso, seguí a nuestro líder. Un descuido habría sido fatal. Si nuestro caballo se hubiera desviado del camino correcto, nos habríamos precipitado por un abrupto precipicio hacia el barranco. Mientras cabalgábamos en un silencio casi

irrespirable, no podía dejar de pensar en la fuerza con que este peligroso viaje ilustra la experiencia del cristiano. Estamos haciendo el viaje de la vida en medio de los peligros de los últimos días. Necesitamos observar cuidadosamente cada paso, y estar seguros de que estamos siguiendo a nuestro gran Líder. El escepticismo, la infidelidad, la disipación y el crimen están en todas partes. Sería fácil soltar las riendas del autocontrol y precipitarse por el precipicio hacia una destrucción segura. ¡Cuán grande es la misericordia que nos rodea y nos preserva en todo momento!

El Amor Infinito ha trazado un camino por el que los rescatados del Señor pueden pasar de la tierra al Cielo. Ese camino es el Hijo de Dios. Los ángeles guías son enviados para dirigir nuestros pies errantes. La gloriosa escalera del Cielo se interpone en el camino de cada hombre, cerrándole el paso al vicio y a la locura. Debe pisotear a un Redentor crucificado antes de poder pasar a una vida de pecado. La voz de nuestro Padre celestial nos llama: Venid acá. Las muestras de su amor son tan numerosas como la arena en la orilla del mar. Los humildes y confiados son guiados y protegidos en el camino de la paz. Pero Él, que es infinito en sabiduría, no obliga a nadie a aceptar el don más precioso del Cielo, no obliga a nadie a caminar por la senda que ha sido trazada a tal precio. A cada uno se le permite elegir por sí mismo el camino estrecho y brillante que conduce al Cielo, o ese camino más ancho y más fácil que termina en la muerte.

En este día de cabalgata he visto la grandeza, la majestad y el poder de Dios en sus obras creadas. Montaña y valle, campo y bosque, rocas y arroyos; también pueblos y granjas cultivadas se extendían ante mí. Dondequiera que me volvía, se encontraba lo sublime, lo grandioso o lo bello; y mi corazón se deshacía en alabanzas y gratitud a Dios por estas evidencias de su amor. Todas las variadas y hermosas escenas de la naturaleza son otros tantos cuadros que se despliegan ante nuestros sentidos para ayudarnos a captar las glorias invisibles de esa tierra donde la belleza no se marchita y los vivos nunca mueren. El pecado ha hecho de nuestro mundo la morada del dolor y la miseria, y anhelamos el país sin pecado. Pero no debemos dejar de valorar y disfrutar todo lo que ilumina nuestro camino terrenal, como una débil semblanza de lo que es más rico, más puro y más hermoso en nuestro hogar celestial.

Al pasar Calistoga, a unas diez millas de nuestro destino, pasamos del sol a la sombra. La niebla se nos echó encima y volvió a encerrarnos como una espesa nube. Nos alegramos de llegar a Santa Elena y encontrarnos de nuevo en el agradable salón del Crystal Springs Health Retreat, donde fuimos amablemente recibidos por el Hno. y la Hna. Atwood. Un fuego de leña ardía en la chimenea,

y su cálido y brillante resplandor contrastaba agradablemente con la humedad y la oscuridad del exterior. Sin embargo, es de justicia afirmar, como me aseguraron los residentes, que la niebla es rara en esta localidad.

El sábado estaba lluvioso, pero cabalgamos tres millas hasta la iglesia de Santa Elena. Helena. Allí me dediqué de nuevo al trabajo con los jóvenes. Después de orar por los que se presentaron, se celebró una reunión social, en la que participaron casi todos. Existe unión y armonía entre los miembros de esta iglesia, pero muchos necesitan la influencia transformadora del Espíritu de Dios, antes de estar preparados para arrojar luz sobre los demás. Si todos los que profesan la fe produjeran las obras correspondientes; si trabajaran humildemente por Jesús, dispuestos a llevar cargas en la iglesia, y contentos de hacer cualquier cosa para beneficiar a sus semejantes y salvar almas, ¡cuánto más se podría lograr en la causa de Dios!

Cada miembro de nuestras pequeñas iglesias puede fortalecerse en Cristo. Todos deben sentir constantemente que no son suyos; que Cristo tiene derecho a usarlos, hasta el máximo de sus capacidades, para su propio honor y gloria. Aunque haya una cruz que soportar, sigamos alegremente la senda por donde Jesús nos guía. Todos los que han sido rescatados por la sangre de Cristo, tienen un trabajo que hacer para su Redentor. La salvación de nuestras almas costó un precio infinito. A cambio, debemos sacrificarnos por el bien de los demás. Si cada miembro de la iglesia procurara mantener en su pureza la fe que ha sido una vez dada a los santos; si todos vivieran para Dios y para el gran más allá, qué poder asistiría a sus labores. Es privilegio de todo hijo de Dios recoger luz de la fuente inagotable y derramarla sobre los demás. Cuando pienso en esto, anhelo urgir a cada uno que lleva el nombre de "cristiano", la importancia de representar a Jesús, y no al yo.

Para bendecir a otros con nuestra influencia, debemos tener una conexión viva con el Cielo, y debemos estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos, a trabajar y a sacrificarnos. Los despreocupados y los amantes de la facilidad tratan de evitar la ansiedad y el esfuerzo, mientras que a los pocos sinceros y fieles se les deja llevar todas las cargas. Que Dios ayude a estos trabajadores abnegados. Que sigan adelante con esperanza y valor. El premio está ante ellos. Son los que corren la carrera los que ganarán la corona de la gloria inmortal. "Serán míos, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas".

Sra. E. G. White

2 de febrero de 1882

Los hijos de Samuel

EGW

Samuel continuó juzgando a Israel todos los días de su vida. Durante muchos años hizo un circuito anual a Mizpa, Gilgal y Ramá para administrar justicia; otras veces desempeñaba los deberes de su cargo en su casa de Ramá. Con celo y devoción incansables trabajó por el bienestar de su pueblo, y la nación prosperó bajo su sabio control. Pero con la edad se hizo necesario compartir con otros la carga del cuidado judicial. Por lo tanto, mientras continuaba juzgando al pueblo en Ramá, designó a sus hijos para que actuaran en su lugar en Betel y Beerséba.

Estos jóvenes habían recibido fieles instrucciones de su padre, tanto por precepto como por ejemplo. No ignoraban las advertencias hechas a Elí, ni los juicios divinos infligidos a él y a su casa. Aparentemente eran hombres de gran virtud e integridad, así como de promesa intelectual. Samuel compartió con sus hijos las responsabilidades del cargo con el pleno consentimiento del pueblo. Pero el carácter de estos jóvenes aún estaba por probarse. Separados de la influencia de su padre, se vería si eran fieles a los principios que él les había enseñado. El resultado mostró que Samuel había sido dolorosamente engañado en sus hijos. Como muchos jóvenes de hoy que han sido bendecidos con buenas capacidades, pervirtieron los poderes que Dios les había dado. El honor que se les concedió los hizo orgullosos y autosuficientes. No hicieron de la gloria de Dios su objetivo, ni buscaron fervientemente en Él la fuerza y la sabiduría. Cediendo al poder de la tentación, se volvieron avaros, egoístas e injustos. La palabra de Dios declara que "no anduvieron en sus caminos, sino que se desviaron tras el lucro, aceptaron sobornos y pervirtieron el juicio."

En todo esto hacían caso omiso de la voluntad de su Soberano Divino. El Señor, a través de Moisés, había dado instrucciones especiales a su pueblo para que los gobernantes de Israel juzgaran con rectitud, trataran con justicia a la viuda y a los huérfanos y no recibieran sobornos. Sería bueno para las naciones de la tierra de hoy, si estas instrucciones fueran obedecidas por los gobernantes y jueces del pueblo. Cuán importante es que todos aquellos a quienes se confía la responsabilidad del gobierno sean hombres que teman a Dios y trabajen desinteresadamente por el bienestar de la hermandad humana. Es su trabajo juzgar con equidad, manteniendo el derecho del extranjero, aliviando al

oprimido, rechazando todo soborno para exculpar al culpable o castigar al inocente. El bienestar de la sociedad exige hombres de integridad moral en las salas legislativas y en los tribunales de justicia. Nuestras iglesias necesitan ministros que sean hombres de honor, de piedad y de pureza, santificados por el Espíritu y por la palabra.

Un poder corruptor ocupa lugares prominentes. Cuán a menudo nos sobresaltamos dolorosamente al saber que hombres de talento, hombres en posiciones de utilidad y honor, han traicionado su confianza, y se han apropiado del dinero público, o peor aún, de la preciada miseria de la viuda y de los huérfanos. Si estos hombres hubieran hecho de la palabra de Dios su guía, no habrían caído así. Esa palabra contiene instrucciones claras y definidas, adaptadas a todas las complicaciones posibles de los intereses sociales y públicos. Todo plan y propósito de vida debe someterse a esta prueba infalible. La palabra inspirada es la sabiduría de Dios aplicada a los asuntos humanos. Por ventajoso que pueda parecer cierto curso de acción al juicio finito, si es denunciado por esa palabra sólo será malo en sus resultados.

Puede ser un asunto difícil para los hombres que ocupan altos cargos seguir el camino de la integridad sin desviaciones, ya sea que reciban elogios o censura. Sin embargo, éste es el único camino seguro. Todas las recompensas que pudieran obtener vendiendo su honor serían sólo como el aliento de labios contaminados, como escoria que se consume en el fuego. Aquellos que tienen el valor moral de oponerse a los vicios y errores de sus semejantes -puede ser de aquellos a quienes el mundo honra- recibirán odio, insultos y falsedad abusiva. Pueden ser derribados de su alta posición, porque no quieren ser comprados o vendidos, porque no pueden ser inducidos por sobornos o amenazas a manchar sus manos con iniquidad. Todo en la tierra puede parecer conspirar contra ellos; pero Dios ha puesto su sello en su propia obra. Pueden ser considerados por sus semejantes como débiles, poco varoniles, incapaces de desempeñar un cargo; pero cuán diferente es la consideración que el Altísimo tiene de ellos. Los que los desprecian son los verdaderos ignorantes. Aunque las tormentas de la calumnia y la injuria persigan al hombre íntegro durante toda su vida, y golpeen su tumba, Dios tiene preparado para él el "bien hecho". La insensatez y la iniquidad sólo producirán, en el mejor de los casos, una vida de inquietud y descontento, y a su término una espinosa almohada moribunda. Y cuántos, al ver su curso de acción y sus resultados, son llevados a terminar con sus propias manos su vergonzosa carrera. Y más allá de todo esto aguarda el Juicio, y la condena final e irrevocable, ¡Apartaos!

Samuel había trabajado seriamente para corregir las costumbres erróneas introducidas por los hijos de Elí, y especialmente para contrarrestar el espíritu de codicia y egoísmo fomentado por su conducta. Los hijos del profeta deberían haber empleado su autoridad para llevar adelante las reformas instituidas por su padre. En lugar de ello, su propio ejemplo obstaculizó en gran medida la obra de reforma. Su ascenso a cargos públicos fue la causa de su ruina. El amor a la ganancia los controlaba. Los sobornos pervirtieron su juicio y sofocaron sus protestas contra el pecado. Cuántos, como estos jueces de Israel, emprenden su obra con buenos propósitos, pero al no hacer de la palabra de Dios su guía, son halagados por los mundanos, debilitados por la prosperidad, hasta que su poder moral como reformadores desaparece, sus manos sin fuerzas para poner las cosas en orden.

El Hijo de Dios ha dado ejemplo a todos sus discípulos. No han de cortejar la alabanza de los hombres, no han de buscar para sí la comodidad o la riqueza, sino emular su vida de pureza y abnegación cueste lo que cueste. Al mismo tiempo que conservan la mansedumbre de Cristo, deben hacer la guerra a la iniquidad e impulsar los triunfos de la cruz. El egoísmo no habitará en el corazón del cristiano. No manifestará desprecio por los derechos de los demás. La ley de Dios nos ordena amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, no permitir que se instituya contra él ningún mal que podamos impedir. Pero la regla que Cristo ha dado se extiende aún más allá. Dijo el Redentor del mundo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". Nada menos que esto puede alcanzar la norma del cristianismo.

2 de febrero de 1882

Entre las montañas

EGW

El Health Retreat de Santa Elena está situado en la ladera de una montaña desde la que se domina una amplia vista de los alrededores. Durante mi estancia aquí, el sublime y hermoso paisaje que se extendía ante mí, fue una fuente de creciente interés y deleite. En el valle hay viviendas y tierras cultivadas. Más allá están las montañas, que se elevan pico sobre pico hasta que parecen tocar el éter azul de los cielos. Allí han permanecido de edad en edad, como centinelas silenciosos, dirigiendo nuestros ojos hacia arriba, y hablándonos del poder inmutable y de la gloria del Dios infinito. Su palabra de promesa es más inmutable que las colinas eternas. "Los montes se apartarán, y las colinas serán

removidas; pero su bondad no se apartará, ni el pacto de paz se apartará de los que en él confían". ¡Oh, que alguna vez pudiéramos desechar el temor y la ansiedad de nuestros corazones, y encontrar un descanso seguro y satisfactorio en Jesús! Y podemos hacerlo, si miramos a Dios con constancia y fe, como las cumbres de las montañas miran siempre a las nubes y al cielo.

El sol de la mañana derrama sus nuevas glorias sobre estas montañas de Dios, mientras que en el valle, las nieblas y las nubes se agitan como las olas del mar. A lo lejos aparecen blancas como la nieve a la deriva bajo el sol del mediodía. Pronto suben rápidamente por las laderas de la montaña, hasta que llegan a la cumbre y nos ocultan los brillantes rayos del sol. Unos instantes después, todo vuelve a estar despejado y la luz del sol se posa sobre las calvas cimas de las montañas. Las escenas de la naturaleza son un festín para la imaginación. Sin duda, nadie que ame lo sublime y lo bello podría sentirse solo entre estas viejas y grandiosas montañas.

Las cumbres montañosas y las soledades rocosas han sido siempre el refugio amistoso del pueblo de Dios cuando ha sido oprimido y perseguido por sus enemigos. Durante cientos de años los valdenses adoraron a Dios en las soledades de las montañas, y allí desafiaron a los ejércitos de reyes y emperadores. En sus alturas rocosas, a la vista de sus enemigos, cantaban las alabanzas de Aquel que hizo las colinas; y ningún poder opositor podía silenciar sus himnos de elevada alegría:

"¡Por la fuerza de las colinas te bendecimos,
Dios nuestro, Dios de nuestros padres!
Tú has hecho poderosos a tus hijos Por el
toque del césped de la montaña.

"Has fijado nuestra arca de refugio
Donde nunca pisó el pie del saqueador;
Por la fuerza de las colinas te bendecimos,
Dios nuestro, Dios de nuestros padres".

Entre las bendiciones de la suerte de Efraín y Manasés, Moisés enumeró "las cosas principales de las montañas antiguas, y las cosas preciosas de las colinas duraderas". En sus últimas palabras proféticas a las tribus de Israel, se detuvo con especial seriedad en las cosas preciosas de las colinas. Mientras el pueblo elegido vagaba por el desierto, les animó describiéndoles su herencia prometida como una tierra de colinas y valles; una tierra que bebe agua de la lluvia del cielo; una tierra sobre la que los ojos del Señor se posan para bien durante todo

el año. Para aquellos que han vivido en un país llano, hay algo peculiarmente inspirador en la vista de las montañas. Y todos los que han vivido en medio de sus paisajes salvajes y románticos deben añorar siempre los lugares altos de la tierra. Nunca he tenido el privilegio de contemplar las colinas de Palestina, pero puedo mirar las montañas de nuestra propia tierra y contemplar la sabiduría y el amor del Creador.

Mientras permanecía entre las colinas, pensaba en cómo siglos atrás nuestro Salvador acudía a las arboledas y montañas para adorar a Dios. La estructura más costosa y hermosa que el hombre pueda concebir no puede compararse con la solemne grandeza de estos santuarios de montaña. A tales retiros llevaba Jesús con frecuencia a sus discípulos. A las bellas escenas de la naturaleza asociaba lecciones de la verdad divina. Lejos del bullicio y de las luchas de los lugares frecuentados por los hombres, se esforzaba por apartar los corazones de ricos y pobres de los tesoros perecederos de la tierra y llevarlos a las glorias inmarcesibles del mundo venidero.

Las colinas y los bosques ofrecen un bendito refugio a quienes, cansados del bullicio y la confusión de la vida urbana, desean disfrutar de la comunión con la naturaleza. Y el aire vigorizante y la luz del sol traen nueva vida a los cansados y agobiados. En todos mis viajes, al este y al oeste, al norte y al sur, no he visto ningún lugar que ofrezca tantas y tan grandes ventajas como las que ofrece Santa Elena. Aquí las colinas vierten sus tesoros en arroyos y fuentes del agua más pura. La atmósfera es suave y templada, las alturas que la rodean parecen modificar la temperatura, impidiendo las tormentas y las corrientes frías. Mientras que en muchas partes de nuestro país los árboles son despojados de su follaje en invierno, y los marcos desnudos y esqueléticos hablan de muerte y decadencia, los árboles aquí son verdes durante todo el año. Los brillantes rayos del sol, derramando su gloria sobre el verdor vivo de la madrona, la manzanita, el abeto, el pino y el laurel de California, deleitan los sentidos y llenan el corazón de gratitud a Dios.

Muchos han aprovechado con gusto las ventajas para el descanso y la recreación que ofrece el hogar de montaña en este lugar. Encontramos aquí una familia, ocho en número, que comprende tres generaciones, madre, hijas y nietas. Durante cinco meses han disfrutado aquí de la libertad de las demandas de la sociedad y las restricciones de la vida de moda. Todos estaban indispuestos cuando salieron de Oakland, algunos sufrían de resfriados continuos y otros de debilidad general, pero durante su estancia en las montañas han mejorado mucho su salud. En la ciudad les costaba caminar incluso una distancia corta,

pero como disfrutaban del aire fresco de la montaña, del agua pura y de la tranquilidad de este hogar, pronto fueron capaces de subir las empinadas cuestas y de caminar kilómetros todos los días sin inconvenientes.

No puedo dejar de pensar en las grandes sumas que se pagan anualmente en facturas médicas o en la compra de medicamentos nocivos o venenosos. Si los medios que a menudo son peor que desperdiciados pudieran gastarse en visitar un centro turístico como el que ofrece este encantador lugar, cuántos podrían beneficiarse física y mentalmente. Nuestro pueblo debería comprar este establecimiento y convertirlo en un Instituto Higiénico, como fue la intención original de sus fundadores. Deberían erigirse nuevos edificios y añadirse todas las instalaciones necesarias para convertirlo en todos los aspectos en una institución de primera clase. Debería abrirse en primavera para la recepción de pacientes.

"Las arboledas fueron los primeros templos de Dios"; y todavía nos habla en los campos, los bosques y las montañas, con tanta verdad como en la casa de oración. Los profetas y poetas de la Biblia eran muy sensibles a la belleza de los bosques frondosos. El salmista llama a los árboles a alabar al Señor; y el profeta Isaías declara que todos los árboles del campo aplaudirán en el día en que la palabra del Señor haya cumplido su obra de salvación entre los hombres.

Cuando Israel salió de Egipto, acampó por primera vez al abrigo de las ramas verdes en Sucot. Y durante más de mil quinientos años la nación hebrea, por mandato de Dios, dejó sus casas y habitó una semana entera en tabernáculos de ramas verdes, para conmemorar el campamento de sus padres bajo las ramas de palma de Sucot. Estas temporadas de recreación sagrada estaban llenas de bendiciones tanto físicas como espirituales para Israel. El pueblo de Dios todavía necesita temporadas de quietud y reflexión, temporadas en las cuales el alma pueda comulgar sin perturbaciones con su Hacedor. La gran obra que se ha encomendado a nuestras manos no puede llevarse a cabo mejor con excitación y confusión. Esa serena deliberación, tan esencial para el buen juicio, a menudo puede asegurarse mejor en algún retiro tranquilo, donde la mente reflexiva y el corazón puro puedan ser impulsados por la voz apacible y pequeña. Estos hogares en los bosques y montañas tienen grandes bendiciones para aquellos que están cansados física o mentalmente. Sabiamente ha aconsejado un poeta americano:

"Si estás agotado y acosado
por duras

pruebas que quisieras olvidar.
Ve a los campos y a las colinas; ninguna lágrima
oscurece la dulce mirada que luce la Naturaleza."

Sra. E. G. White

9 de febrero de 1882

Entre las Iglesias

Napa

EGW

Helena, visité Napa. Aquí Eld. Van Horn había estado celebrando una serie de reuniones, con algunos buenos resultados. El sábado hablé a la iglesia sobre el deber de los padres de educar, disciplinar y refrenar a sus hijos. Hay un triste descuido de esta obra entre los que profesan la verdad en Napa. Sentí profundamente la necesidad de una obra de reforma en esta iglesia, e invité a pasar al frente a todos los que desearan ese día convertirse por primera vez en hijos de Dios, y también a todos los que se habían apartado de él y ahora deseaban volver. Respondieron unos veinte. Se oró fervientemente por ellos. Los que en Napa creen en la verdad presente no recibirán sino poco favor de los miembros de otras iglesias que pisotean bajo sus pies la ley de Dios. Sólo los que se esfuerzan por asegurar la vida eterna permanecerán firmes en la fe.

El domingo hablé en la Iglesia Metodista sobre el tema de la templanza. Después del discurso, el ministro expresó su satisfacción por lo que había oído, y dijo que algunas de las ideas expuestas eran nuevas para él. Pensó que habíamos encontrado el punto de partida correcto para comenzar la obra de la templanza en el hogar, y que las madres debían ser despertadas para ver y sentir su responsabilidad. Muchos expresaron el deseo de que me dirigiera de nuevo a ellos el domingo por la noche; pero temiendo que el esfuerzo agotara mis fuerzas, hablé en su lugar el lunes por la noche, sobre el deber de los padres.

En esta ocasión me detuve particularmente en los males que resultan de la negligencia de los padres. A pesar de nuestros presumidos avances en educación, la formación de los niños es tristemente defectuosa. De este estado de cosas, ¿no hay que responsabilizar en cierta medida a las madres? ¿No son, por lo general, siervas voluntarias de la mundanalidad y la moda? ¿No están influidas en gran parte por las costumbres del mundo, incluso aquellas que

profesan haber renunciado a sus vanidades? Es demasiado cierto que las madres no se mantienen en su puesto de deber, fieles a su maternidad. Dios no nos exige nada que no podamos realizar con sus fuerzas; nada que no sea para nuestro propio bien y el de nuestros hijos. Él no llama a la mujer a dedicarse a ningún trabajo que la lleve a descuidar la formación física, mental y moral de sus propios hijos. Ella no puede transferir esta responsabilidad a otros, y dejar que ellos hagan su trabajo.

Antes de asumir la gran responsabilidad de ser padres, los individuos deben considerar si están capacitados para formar y educar adecuadamente a los hijos. Los que llenan sus casas de niños, a los que no tienen paciencia para instruir ni sabiduría para controlar, no sólo suponen una carga para la sociedad, sino que cometen un pecado contra su prole y contra Dios. El Señor quiere que los padres obedezcan los dictados de la razón, en vez de los clamores del impulso y de la pasión ciega. Deben aprender a controlarse a sí mismos, y entonces estarán preparados para controlar a sus hijos e hijas.

Los niños requieren un cuidado paciente y fiel. No basta con que la madre alimente y vista a sus pequeños. También debe procurar desarrollar sus facultades mentales e imbuir sus corazones con principios rectos. Debe enseñarles que el temor del Señor es el principio de la sabiduría. Cristo debe estar asociado con todas las lecciones que se dan a los niños. Pero ¡cuán tristemente se descuida la educación más elevada! La belleza del carácter, la hermosura del temperamento, se pierden de vista en el ansioso interés por el vestido y la apariencia exterior.

La madre no debe regirse por la opinión del mundo, ni esforzarse por alcanzar su estándar. Debe decidir por sí misma cuál es el gran fin y objetivo de la vida, y luego dedicar todos sus esfuerzos a alcanzar ese fin. Puede, por falta de tiempo, descuidar muchas cosas de su casa, sin graves consecuencias; pero no puede impunemente descuidar la disciplina apropiada de sus hijos. Sus caracteres defectuosos publicarán su infidelidad. Los males que deja pasar sin corregir, los modales groseros y ásperos, la falta de respeto y la desobediencia, los hábitos de ociosidad y falta de atención, reflejarán deshonra sobre ella y amargarán su vida. Madres, el destino de vuestros hijos está en gran parte en vuestras manos. Si faltáis a vuestro deber, podéis colocarlos en las filas de Satanás, y hacer de ellos sus agentes para arruinar a otras almas. O vuestra disciplina fiel y vuestro ejemplo piadoso pueden llevarlos a Cristo, y ellos a su vez influirán en otros, y así muchas almas pueden salvarse por medio de vosotros.

He oído decir a madres que no tienen la capacidad de gobernar que tienen otras; que es un talento peculiar que ellas no poseen. Aquellos que se dan cuenta de su deficiencia en un asunto que concierne a la felicidad y utilidad de las generaciones futuras, deberían hacer del tema del gobierno familiar su estudio más diligente. Como objeción a esto, muchos señalan a los hijos de ministros, maestros y otros hombres de gran reputación por su erudición y piedad, e instan a que si estos hombres, con sus ventajas superiores, fracasan en el gobierno de la familia, los que están en una situación menos favorable no tienen por qué esperar tener éxito. La cuestión a dilucidar es: ¿han dado estos hombres a sus hijos lo que es su derecho: un buen ejemplo, una instrucción fiel y una moderación apropiada? Es por el descuido de estos elementos esenciales que tales padres dan a la sociedad hijos desequilibrados de mente, impacientes de moderación e ignorantes de los deberes de la vida práctica. Con ello causan al mundo un daño que compensa todo el bien que logran con su trabajo. Esos hijos transmiten su propia perversidad de carácter como herencia a su descendencia, y al mismo tiempo su mal ejemplo e influencia corrompen la sociedad y hacen estragos en la iglesia. No podemos pensar que ningún hombre, por grande que sea su capacidad y utilidad, sirva mejor a Dios o al mundo mientras su tiempo esté dedicado a otras ocupaciones, descuidando a sus propios hijos. Padres, cuando hayáis cumplido fielmente vuestro deber, en la medida de vuestra capacidad, podéis entonces pedir con fe al Señor que haga por vuestros hijos lo que vosotros no podéis hacer. Pero si intentáis gobernar sin ejercer dominio propio, sin sistema, pensamiento y oración, cosecharéis con toda seguridad la amarga consecuencia.

El estudio de los libros será de poco provecho, a menos que las ideas adquiridas puedan llevarse a la práctica. Y, sin embargo, las sugerencias más valiosas de otros no deben adoptarse sin reflexión y discriminación. Puede que no se adapten por igual a las circunstancias de cada madre, o a la peculiar disposición o temperamento de cada niño de la familia. Que la madre estudie con cuidado la experiencia de otros, observe la diferencia entre sus métodos y los suyos, y pruebe cuidadosamente los que parezcan ser de verdadero valor. Si un modo de disciplina no produce los resultados deseados, que se pruebe otro plan, observando cuidadosamente los efectos. Las madres, por encima de todos los demás, deben acostumbrarse a pensar e investigar si quieren aumentar su sabiduría y eficiencia. Aquellas que perseveran en este curso, pronto percibirán que están adquiriendo la facultad en la que se creían deficientes; están aprendiendo a formar correctamente el carácter de sus hijos. El resultado del trabajo y de la reflexión dedicados a esta obra se verá en su obediencia, su

sencillez, su modestia y su pureza. Este resultado recompensará con creces todo el esfuerzo realizado.

Dios quiere que las madres traten constantemente de mejorar tanto la mente como el corazón. Deben sentir que tienen una obra que hacer para él en la educación y formación de sus hijos, y cuanto más perfectamente puedan mejorar sus propias facultades, tanto más eficientes serán en su labor de padres.

Dondequiera que voy, me duele el descuido de la disciplina y la contención adecuadas en el hogar. A los niños pequeños se les permite contestar, manifestar falta de respeto e impertinencia, utilizando un lenguaje que a ningún niño se le debería permitir dirigir a sus superiores. Los padres que permiten el uso de un lenguaje impropio son más culpables que sus hijos. La impertinencia no debe tolerarse en un niño ni una sola vez. Pero padres y madres, tíos y tías y abuelos se ríen de la exhibición de pasión en la criaturita de un año. Su imperfecta expresión de falta de respeto, su terquedad infantil, se consideran astucia. Así se confirman los malos hábitos, y el niño crece hasta convertirse en un objeto de aversión para todos los que le rodean.

A medida que los hijos avanzan en edad y se alejan del techo paterno para elegir a sus propios compañeros, a menudo se despreocupan de las normas del hogar y de la disciplina familiar. Vienen a casa de su padre cuando quieren, pero con su falta de respeto deshonoran a sus padres en casa y en el extranjero. A estos jóvenes se les ha permitido tanto tiempo decir lo que les plazca, e ir y venir cuando les plazca, que tienen poco respeto por el hombre, o reverencia por Dios. Se desprecian los derechos humanos, y la ley divina se deja de lado a placer. Los padres que toleran el pecado de la falta de respeto en sus hijos deshonoran ellos mismos a Dios con tal proceder. Las obligaciones son mutuas. Es deber de padres y madres cuidar de sus hijos, pero cuando éstos se niegan a respetar la autoridad paterna y a observar las reglas de la familia, se les debe dejar que soporten sus propias cargas en la vida. Los padres no pueden gozar del favor de Dios mientras permitan que sus hijos pisoteen su ley. Los ángeles no morarán en la casa donde haya disputas, donde se blasfeme del nombre de Dios y se desafíe su autoridad.

Padres, debéis empezar pronto a enseñar a vuestros hijos el respeto, la obediencia y el autocontrol. Toda exhibición de pasión que no se controle firme y decididamente es una lección de maldad para sus hijos. Su descuido de la moderación apropiada abre la puerta a Satanás, y lo invita a controlarlos. No tardará en hacerlo.

Que las madres tengan cuidado de no hacer exigencias innecesarias para exhibir su propia autoridad ante los demás. Den pocas órdenes, pero procuren que sean obedecidas. Presten poca atención a los niños. Que aprendan a divertirse solos. No los exhiban ante las visitas como prodigios de ingenio o sabiduría, sino déjenlos en lo posible en la sencillez de su infancia. Una gran razón por la que tantos niños son atrevidos, osados e impertinentes, es que se les presta demasiada atención y se les elogia demasiado, y se les repiten sus palabras inteligentes y agudas. Procura no censurar indebidamente, ni abrumar con alabanzas y lisonjas. Satanás sembrará demasiado pronto la mala semilla en sus jóvenes corazones, y no debéis ayudarle en su obra.

Los niños deben tener un cuidado constante, pero no es necesario que les hagamos ver que siempre los estás vigilando. Aprende la disposición de cada uno, tal como se revela en su asociación con los demás, y luego trata de corregir sus faltas fomentando los rasgos opuestos. Debe enseñarse a los niños que el desarrollo de las facultades mentales y físicas depende de ellos mismos; es el resultado del esfuerzo. Deben aprender pronto que la felicidad no se encuentra en la gratificación egoísta; sólo sigue a la estela del deber. Al mismo tiempo, la madre debe procurar que sus hijos sean felices. Debe dedicarles el tiempo y la atención que realmente necesitan. No debe permitir que las visitas absorban las preciosas horas que pertenecen a sus seres queridos.

La inestabilidad en el gobierno familiar produce un gran daño; de hecho, es casi tan mala como la ausencia total de gobierno. A menudo se pregunta: ¿Por qué los hijos de padres religiosos son tan testarudos, desafiantes y rebeldes? La razón se encuentra en la educación en el hogar. Demasiado a menudo los padres no están unidos en su gobierno familiar. El padre, que está poco con sus hijos y tiene poco conocimiento de sus peculiaridades de disposición y temperamento, es duro y severo. No controla su propio temperamento. Corrige con pasión y con un espíritu vengativo. El niño lo sabe, y el castigo le llena de ira. No se le somete. Llega a no sentir amor ni respeto por su padre. Así se siembran las semillas del mal que brotan y dan fruto. La madre a menudo deja pasar sin corregir faltas que en otro momento, cuando está más atenta, castigará severamente. Los hijos nunca saben a qué atenerse, y son tentados por Satanás para ver hasta dónde pueden transgredir impunemente. El padre y la madre deben estar unidos en su gobierno. Deben estudiar con cuidado la disposición de sus hijos, y juntos buscar la sabiduría y la fuerza de Dios para tratarlos correctamente.

La falta de firmeza y decisión hace mucho daño. He conocido a padres que dicen: "No puedes tener esto o aquello", y luego ceden, pensando que pueden ser demasiado estrictos, y dan al niño lo mismo que al principio rechazaron. Así se inflige un daño para toda la vida. Es una ley importante de la mente, que no debe pasarse por alto, que cuando un objeto deseado se niega tan firmemente que se elimina toda esperanza, la mente pronto dejará de anhelarlo y se ocupará en otras cosas. Pero mientras haya alguna esperanza de conseguir el objeto deseado, se hará un esfuerzo para obtenerlo, y una negación despertará las peores pasiones.

Cuando es necesario que los padres den una orden directa, la pena por desobediencia debe ser tan invariable como lo son las leyes de la naturaleza. Los niños que están bajo esta regla firme y decisiva, saben que cuando se les prohíbe o niega una cosa, ninguna burla o artificio logrará su objetivo. Por eso aprenden pronto a someterse, y son mucho más felices haciéndolo. Los hijos de padres indecisos y demasiado indulgentes tienen la esperanza constante de que la insinuación, el llanto o la hosquedad puedan conseguir su objetivo, o de que puedan aventurarse a desobedecer sin sufrir el castigo. Así los mantienen en un estado de deseo, esperanza e incertidumbre, que los hace inquietos, irritables e insubordinados. Dios considera a tales padres culpables de arruinar la felicidad de sus hijos. Esta mala administración es la clave de la impenitencia y la irreligión de miles de personas. Ha demostrado ser la ruina de muchos que han profesado el nombre cristiano. El espíritu inquieto y rebelde, no dominado en la juventud, crea disturbios en la iglesia de Cristo. Muchos de los llamados juicios eclesiásticos pueden atribuirse a un gobierno familiar defectuoso. La intemperancia y el crimen de todo grado son a menudo el fruto de la semilla sembrada por los padres.

Que nadie imagine, sin embargo, que la dureza o la severidad son necesarias para asegurar la obediencia, o que un tono bullicioso y autoritario es prueba de autoridad. Por el contrario, he visto el más eficiente y constante gobierno familiar mantenido sin una sola palabra o mirada dura. En otras familias, las órdenes se daban constantemente en tono autoritario, y a menudo se administraban duras reprimendas y severos castigos. En el primer caso, los hijos seguían la conducta de los padres y rara vez se dirigían palabras duras. En el segundo, el ejemplo de los padres era imitado por los hijos; las palabras cruzadas, los reproches, las disputas, se oían de la mañana a la noche.

Padres y madres, vosotros sois los maestros; vuestros hijos son los alumnos. Los tonos de vuestra voz, vuestro comportamiento, vuestro espíritu, son

copiados por vuestros hijos. En el temor de Dios, procurad conocer y cumplir vuestro deber. Asumid las responsabilidades que Dios os ha dado, y trabajad por el tiempo y por la eternidad.

Sra. E. G. White

16 de febrero de 1882

Entre las Iglesias

Agua dulce

EGW

Desde Santa Elena fui sola en los vagones hasta Williams. La hermana Manor vino a buscarme a la estación y me llevó a su casa en Freshwater. Aquí también me proporcionaron una habitación cómoda, donde podía escribir, meditar y rezar sin ser molestado. El señor Manor y su esposa se preocuparon por mi comodidad y procuraron que mi estancia con ellos fuera agradable. Casi toda la semana estuvo nublada y lluviosa, pero a pesar del mal tiempo, mi salud siguió mejorando.

El sábado, los pocos creyentes en la verdad presente se reunieron en el salón de la hermana Manor; después de la escuela sabática me esforcé por hablarles de la palabra de vida. Aunque eran pocos los presentes, sabía que necesitaban consuelo y aliento aún más que los miembros de las congregaciones más grandes, a quienes con frecuencia se favorece con la predicación.

El domingo por la mañana y por la tarde, hablé a un gran número de personas que se reunieron en una escuela. Tuve libertad para hablar, y la gente escuchó con evidente interés. El hno. Rice ha estado presentando aquí las razones de nuestra fe. Esto provocó la oposición de algunos, mientras que otros se mostraron complacidos e interesados, y uno salió firmemente de la verdad, y fue bautizado. Hay muy pocos en esta época del mundo que tengan el valor moral de tomar su posición del lado de la verdad impopular. Sus principios son los principios del Cielo. Por lo tanto, entra en conflicto con todo hábito erróneo y deseo pecaminoso. Los que aceptan y obedecen la verdad, deben negarse a sí mismos, llevar la cruz diariamente y seguir las huellas de Jesús. "La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Por eso hay una lucha constante entre la inclinación y el deber. La

inclinación prevalece con demasiada frecuencia, y silencia las convicciones del Espíritu Santo.

La fe que abrigamos como "verdad presente" está sostenida por la evidencia más clara y concluyente de la Palabra de Dios. Sin embargo, hay una objeción contra ella que nuestros ministros más hábiles no pueden eliminar. Cristo mismo no pudo eliminarla. Ha bloqueado eficazmente el camino de la vida a miles de personas. Este obstáculo es la cruz. La cruz, cubierta de vergüenza y reproche, que Jesús llevó por nosotros, se interpone directamente en el camino del cristiano. Para eludir esa cruz, los egoístas, los amantes del mundo y los que buscan el placer se apartan de la luz que guiaría sus pies al Cielo. Eligen la duda, la incredulidad y la infidelidad, para tener el placer de seguir la inclinación y dar rienda suelta a los impulsos del corazón carnal. Los que escogen el camino más ancho y más fácil, pueden gozar de la amistad del mundo, que la inspiración declara enemistad con Dios; pueden recibir la alabanza vacía de hombres cuyos corazones no son puros y cuyas vidas no son santas; pero pierden el único honor que es de valor duradero, el honor que viene de lo alto. Pueden obtener ganancias mundanas y placeres pasajeros, pero pierden las riquezas eternas y esa vida que se mide con la vida de Dios. El lenguaje de muchos que están indecisos es

"Pensé que el camino del peregrino al cielo
sería brillante como el verano y alegre como la mañana;
Tú me mostraste el sendero; era oscuro y desigual,
todo escabroso de rocas y todo enmarañado de espinas. "
Soñé con recompensas celestiales y renombre; me aferré
al triunfo que bendice a los valientes;
pedí la rama de palma, el manto y la corona;
pedí y me mostraste una cruz y una tumba."

Los que creen y enseñan sinceramente la palabra de Dios deben esperar ser recibidos por el mundo con no mayor favor que el que tuvo el antiguo predicador de la justicia. Los que vivieron en los días de Noé despreciaron su profecía. Los científicos calmaron los temores de la gente asegurándoles que era imposible que sus predicciones se cumplieran; no eran más que las ilusorias fantasías de un viejo imbécil. Pero la incredulidad y la burla del pueblo no impidieron el acontecimiento. El Dios de la ciencia manifestó su poder de una manera que ha asombrado a los filósofos de todas las épocas.

Las leyes de la naturaleza no pueden impedir el cumplimiento de la palabra de Dios. La ley nunca es mayor que el Legislador, ni las cosas creadas son mayores que el Creador. Como fue en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre. Cuando los hombres sean advertidos del juicio inminente, miles dirán: No puede ser. Despreciarán la verdad, se burlarán de la profecía y escarnecerán al maestro de justicia. Uno se desviará a su granja, otro a su mercadería, y no se preocupará por ninguna de estas cosas.

Los habitantes del mundo antediluviano estaban condenados a la destrucción por su iniquidad, pero se les ofrecía la misericordia. Mediante el arrepentimiento y la reforma de su vida podrían haber obtenido el perdón y la protección de Dios. Así en esta dispensación, todo el que crea y obedezca la palabra divina encontrará perdón y un refugio contra la ira venidera. La historia de sus pecados, con la destrucción segura que siguió, debe ser una advertencia para nosotros. Habrá un bautismo de fuego como lo hubo de agua, y toda la incredulidad y burla de los impíos no impedirá el acontecimiento.

Las Escrituras exponen brevemente la razón de la iniquidad reinante en tiempos de Noé. Los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres. Los que aún abrigaban el conocimiento de Dios se unieron a los impíos y corruptos, y como resultado se asimilaban a ellos en carácter. El mensaje de advertencia habría sido recibido por un número mayor, si no hubiera sido por su conexión y asociación con los que despreciaban y se burlaban de la palabra de Dios.

En los días de Noé, el Espíritu de Dios fue rechazado durante tanto tiempo y tan obstinadamente que dejó de luchar con los hombres. Así sucederá antes del fin del mundo. Cuando el Evangelio caiga en oídos cerrados, cuando el Espíritu Santo deje de imprimir la verdad en el corazón, la predicación y la audición serán igualmente vanas. ¿No nos estamos acercando rápidamente a este estado de cosas?

Los que quieran mantenerse en pie ahora deben ser lectores de la Biblia y cristianos de la Biblia; deben obedecer fielmente los preceptos divinos, tanto en privado como en público. Hay quienes piensan que es una prueba de habilidad superior manifestar indiferencia por la Biblia y por las cosas religiosas. Piensan que es débil y poco viril estar siempre temiendo hacer el mal. Muchos hombres se dejan apartar de Cristo, de la pureza y de la santidad, por aquellos que en el fondo desprecian. Y estas mismas personas ridiculizarán en privado su debilidad al ceder a la tentación. Aquellos que se asocian con compañeros impíos aprenden modos de vida, hábitos de pensamiento y habla, que los

conducen a la oscuridad y a la perdición. Para ganar el aplauso de los bajos, los despreciables y los vulgares, se degradan a sí mismos a los ojos de Dios y de los hombres.

No hay clase en mayor peligro que los jóvenes. Los hombres malvados y los seductores no son menos activos ahora que antes del diluvio. Por el contrario, la palabra de Dios declara que serán cada vez peores. No faltan agentes de Satanás para burlarse y ridiculizar a todos los que quieren ser fieles a la virtud y a Dios. Nos duele ver a jóvenes temerosos o avergonzados de reconocer sus principios ante el impío o el blasfemo; avergonzados de haber abrigado sentimientos más santos y cultivado una moral más pura. Oh, si estos jóvenes fueran firmes y audaces en la práctica de la virtud; si rechazaran con el ceño fruncido los viles avances de los agentes de Satanás, ¡qué victoria se obtendría sobre el mundo, la carne y el diablo! Dios llama a los jóvenes de hoy a amarle y servirle de todo corazón. Necesitan una conexión diaria con el Cielo para mantenerse inmaculados por las corrupciones de los últimos días.

Dice Cristo: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Y otra vez: "Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá la doctrina". Aquellos que obedecen la voluntad de Dios tal como se revela a su entendimiento, serán guiados con seguridad por el camino de la vida. Pero es imposible para el hombre finito comprender plenamente los propósitos y caminos del Infinito. Aquellos que se niegan a aceptar y obedecer la palabra de Dios hasta que toda objeción haya sido eliminada, y ya no haya oportunidad para la duda, nunca llegarán a la luz. La verdad y el error están ante nosotros. Dios nos ha dado pruebas suficientes para determinar el camino correcto, y luego nos deja elegir por nosotros mismos.

Jesús nos llama a caminar con él en la luz, en lugar de vagar por los oscuros laberintos de la incredulidad. Si los hombres se detuvieran a considerar el valor del alma y su propia necesidad de un Salvador, aceptarían gustosos y agradecidos la mano que él les ha tendido. ¡Ay de tantos que, en su orgullo y terquedad de corazón, se niegan a aceptar la guía de la sabiduría infinita! El pecado y Satanás han paralizado la fe, la esperanza y el amor, las facultades más elevadas y nobles del hombre. Pero Jesús está listo para despertarlas a una nueva vida, para que puedan ser alistadas a su servicio. El poder de la gracia renovadora las pondrá de nuevo en vigoroso ejercicio.

Las tentaciones del desaliento vendrán a veces sobre los hijos de Dios como un torrente abrumador. Muchos se desaniman al ver que el ejemplo y la instrucción

cristianos parecen casi impotentes ante la marea de ignorancia e incredulidad. Pero Jesús es la fortaleza de su pueblo. Su luz sigue brillando. Nunca podrá ser apagada. Aunque el mal parece prevalecer ahora sobre la justicia y la verdad, no es en modo alguno el poder más fuerte. No siempre vencerá. No, incluso ahora su fin está cerca. La verdad y la justicia son plantas de origen celestial. Dios las alimenta cada hora. No las dejará morir más de lo que olvidará el honor de su trono y de su nombre.

Todo cristiano debe afrontar la prueba y la tentación. Aquellos que vilmente rehúyen el oprobio de Cristo, y eligen el honor que el mundo otorga, seguramente recogerán la amarga cosecha. La separación de Dios, la pérdida del cielo, la agonía y la desesperación serán su porción. Pero si defendemos sin temor y con firmeza a Dios y el derecho, confiando en las promesas de la palabra sagrada, no seremos avergonzados. Ni la tierra ni el infierno podrán triunfar sobre nosotros. Que no se desanimen los más débiles porque los asalte la tentación. Los mejores hombres que han existido han sido gravemente asaltados por Satanás y sus agentes. A menos que cedamos a su poder, la tentación no es pecado. La armadura de la verdad será una defensa segura contra todos los dardos encendidos del enemigo.

Sin embargo, el cristiano no debe ponerse innecesariamente en el camino de la tentación. Cada alma está rodeada de una atmósfera propia, cargada con la fragancia del amor y la piedad, las pesadas nieblas de la incredulidad, o el veneno mortal de la infidelidad y el crimen. Cuando entramos en contacto con los demás, nos vemos afectados inconscientemente por la atmósfera que los rodea. Si ésta está cargada de veneno moral, la misma sangre vital del alma puede contaminarse, antes de que seamos conscientes del peligro.

El valor de un alma humana sólo puede estimarse por la luz que refleja la cruz del Calvario. Tan terrible era la condenación de la raza perdida, tan grande la gloria a la que podrían ser exaltados los redimidos, que el Padre está satisfecho con el precio infinito que paga por su redención. Fue el gozo puesto ante Cristo al realizar tan grande salvación, lo que le llevó a someterse a la vergüenza, a la agonía y a la muerte. Todos los tesoros y todas las glorias de la tierra se hunden en la insignificancia cuando se comparan con el valor de un alma humana.

A medida que veo en el mundo una indiferencia tan asombrosa hacia la obra de la redención; a medida que veo la incredulidad, el escepticismo, la rebelión contra Dios y su ley, que se atreve al cielo, me convengo cada vez más de que hemos llegado a esos días de peligro predichos en las Escrituras. Me siento

seguro de que el fin está cerca; que nuestro tiempo de espera y vigilancia es corto.

Que la gracia y el poder divinos sean impartidos a los pocos en Freshwater que aman a Dios y guardan sus mandamientos. Esperamos de todo corazón que los que han sido convencidos de la verdad se decidan a seguir la luz, para que no se apague para ellos en las tinieblas.

Sra. E. G. White

23 de febrero de 1882

Entre las Iglesias

Arbuckle

EGW

Pasé el sábado 31 de diciembre en Arbuckle. Aquí hablé a la iglesia dos veces el sábado, y una vez el primer día. El Señor me dio libertad.

Los creyentes en la verdad presente aquí son pocos en número, y algunos de ellos tienen una situación muy desfavorable, ya que sus familias no están unidas en la fe. Los que así se esfuerzan solos por obedecer a Dios, tienen pruebas, tentaciones y oposición que enfrentar, de las cuales otros no saben nada. Necesitan nuestra simpatía y nuestras oraciones.

Algunos luchan con la pobreza, pero esto no tiene por qué impedirles obtener las riquezas eternas. Todos deben buscar, en la medida de lo posible, la posición más favorable para perfeccionar un carácter cristiano. Este es un deber que nos debemos a nosotros mismos, a la sociedad y a Dios. Debemos esforzarnos por llegar a ser cristianos inteligentes, creciendo en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Aquellos cuyas ventajas son escasas, no deben sentir que por ello están excusados de esforzarse por mejorar. El más analfabeto puede ser elevado, santificado y ennoblecido por el Espíritu y la palabra de Dios. Si el amor de Cristo mora en el corazón, no nos contentaremos con mantener un nivel bajo, y no nos asociaremos con aquellos que no tendrán ninguna influencia para aumentar nuestra aspiración al conocimiento o a la santidad.

El comportamiento de su líder ha supuesto una dura prueba para la pequeña compañía. Desde que fue elegido anciano de la iglesia, ha asistido

repetidamente a fiestas de baile con su esposa y su hija. Este es el primer caso de este tipo que he conocido entre nuestras iglesias. Me sorprendió mucho que alguien que conocía nuestra fe pudiera unirse así con los impíos. Aunque tenga tan poco discernimiento espiritual que no vea nada malo en este fascinante placer, no puede sino saber que está poniendo una piedra de tropiezo en el camino de los demás. Sabe que está hiriendo a sus hermanos. ¿Qué dicen las Escrituras acerca de estas cosas? "Si la carne hace que mi hermano ofenda, no comeré carne mientras el mundo subsista". Y otra vez: "Así que, no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien juzguemos esto: que ninguno ponga tropiezo u ocasión de caer en el camino de su hermano."

Pero el baile, tal como se practica en la actualidad, es perjudicial para la salud del alma y del cuerpo. Ir al teatro, bailar, jugar a las cartas, apostar, embriagarse, son todos pasos en el camino del vicio y la disipación. Quien, habiendo recibido la luz de la verdad presente, persiste en aventurarse en este camino, es indigno del nombre de cristiano. ¿Qué atractivos puede encontrar este anciano de la iglesia en el salón de baile? ¿Se encuentra en esta compañía impía en condiciones de ejercer una influencia adecuada sobre el rebaño de Dios? Las así llamadas pequeñas cosas de la vida, los pequeños actos de fe o sacrificio, constituyen la suma del carácter y la influencia cristianos. Es el espíritu de Cristo manifestado en el hogar, en el campo, en el taller, en la iglesia, lo que hace de los hombres epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos.

Nuestro Salvador declara que el estado del mundo en los últimos días será similar al que existía antes del diluvio. Los hombres estaban totalmente absortos en las cosas de esta vida. Olvidaban los reclamos de su Hacedor, y sólo pensaban en la autogratificación. El pueblo de Dios no debe seguir semejante camino. Su ejemplo y su influencia deben ser tales que aparten a los hombres de los objetivos egoístas y de la indulgencia sensual, y los conduzcan a motivos más elevados y a goces más puros. La historia de los antediluvianos nos sirve de advertencia. Vivimos en el período más solemne de la historia de la tierra. Los juicios divinos van a derramarse de nuevo sobre el mundo. El profeta declara que el pueblo de Dios no está en tinieblas, que el día de la ira debe alcanzarlo como un ladrón. Deben ser hombres y mujeres de pensamiento serio y oración ferviente.

Aquellos cuyos corazones están animados por la presencia de un Salvador residente, no estarán dispuestos a recurrir a lugares de diversión mundana. Una familia cristiana es aquella en la que el amor de Cristo es el resorte de la acción, los preceptos de la palabra de Dios la regla de vida. Aquellos que pueden

apartarse de las sagradas influencias de la verdad para dedicarse a los frívolos y excitantes placeres del mundo, son considerados por nuestro Salvador como mostrando desprecio por sí mismo. Jesús no permanecerá en ningún hogar, para guiarlo y bendecirlo, a menos que renuncie primero a las costumbres, prácticas y diversiones pecaminosas del mundo. Todos los que se niegan a cumplir estas condiciones le piden que se aleje de ellos. Y qué terribles son las palabras que pronuncia, cuando con tristeza se aleja: "Vuestra casa os es dejada desierta". Desolado debe ser el hogar del que se retira la presencia de Cristo.

La religión de la Biblia toma a los hombres tal como son, con todas sus carencias y debilidades. Satisface las ansias inquietas de la mente, ennoblece las aspiraciones, purifica el corazón. Cuando Cristo se forma en el interior, comienza la esperanza de gloria, la vida verdadera y gozosa del alma. Los que se alimentan del pan de vida, tan gratuitamente provisto en el depósito de la palabra de Dios, se harán fuertes y vigorosos para trabajar por Cristo y por sus semejantes.

Una gran responsabilidad recae sobre el marido -el padre de familia- para unir el hogar mediante los lazos de la bondad, el amor y la armonía. En la época patriarcal, el esposo y padre era el sacerdote de su propio hogar. Y todavía es su deber invocar en su nombre la bendición divina, e instruirlos y guiarlos en el camino de la vida. ¡Ay de que su influencia se ejerza para llevarlos a la locura y a la disipación! Cuando se dispone a acompañar a su esposa e hijos al teatro o al salón de baile, pregúntese el cristiano profeso: ¿Puedo buscar la bendición de Dios en la escena del placer? ¿Sería mi Señor un huésped en tal lugar? ¿Me ministrarán allí los ángeles? ¿Puedo allí dejar que mi luz brille ante los hombres de tal manera que sean llevados a glorificar a Dios? Los mismos mundanos consideran estas diversiones como inconsistentes con la profesión del cristiano. El siguiente incidente expresa el sentimiento que muchos tienen: Una joven que profesaba ser cristiana se deslizaba por los laberintos del baile, en un salón de moda, cuando en conversación con otra dama que sólo vivía para este mundo, reveló el hecho de que era miembro de una iglesia cristiana. "¿Qué?", exclamó la otra, "¿eres cristiana?". "Lo soy", fue la respuesta. A lo que ella recibió la mordaz reprimenda: "*Entonces, ¿por qué estás aquí?*".

La nuestra es una fe solemne. Profesamos dar el último mensaje de advertencia al mundo. En nuestra vida religiosa debemos adelantarnos a todos los demás pueblos de la tierra. Debemos elevarnos por encima de la norma de la opinión pública, incluso en una comunidad profesamente cristiana, si queremos que nuestro carácter sea intachable en el día de Dios. Cuando llegue la hora final y

las sombras de la muerte se ciernan sobre el alma, ¿lamentaremos haber visitado tan pocos lugares de diversión, haber participado en tan pocos bailes? ¿Lamentaremos que la religión nos haya apartado de las escenas de jolgorio, blasfemia y alegría? ¿No lamentarán muchos, más bien, amargamente, que se haya malgastado un tiempo precioso, que se hayan descuidado oportunidades de oro, por seguir la inclinación en vez del deber?

La palabra de Dios declara que nuestro Salvador vendrá pronto en las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Se nos amonesta a velar, esperar y orar por su aparición. Sin embargo, a pesar del testimonio de las Escrituras, la incredulidad se expresa en todas partes. Incluso los ministros del evangelio están enseñando que el día de Dios puede no venir por miles de años. Y mientras el mundo está envuelto en tinieblas, y la noche del juicio final se acerca rápidamente, seamos sobrios los que somos del día. Por la intensidad de nuestra fe, por la pureza de nuestro amor, demostremos que creemos que el fin de todas las cosas está cerca. Si Dios nos ha dado la luz del Cielo, nos exige que reflejemos esa luz al mundo. Cristo pronto actuará como Juez, donde ahora oficia como mediador. Cuando venga, recompensará a cada uno según sus obras. La prueba en aquel día no será: ¿Qué profesabas? ¿A qué iglesia pertenecías? Sino que entonces se preguntará: ¿Qué carácter se desarrolló en tu vida? Sólo a los que hayan sido fieles, a los que hayan obrado bien, dirá el Salvador: "Bien, buen siervo y fiel."

Sra. E. G. White

2 de marzo de 1882

Daniel, un reformador de la templanza

[Resumen de un discurso pronunciado en College City, Cal., el 2 de enero de 1882]

EGW

Para entender correctamente el tema de la templanza, debemos considerarlo desde un punto de vista bíblico. El primer capítulo de Daniel presenta una ilustración muy completa y convincente de los principios de la verdadera templanza y las bendiciones que se derivan de su observancia. La inspiración ha registrado la historia de Daniel y sus compañeros como un brillante ejemplo para la juventud de todas las épocas sucesivas..... Lo que los hombres han hecho, los hombres pueden hacerlo. ¿Acaso aquellos fieles hebreos se mantuvieron firmes en medio de grandes tentaciones y dieron un noble testimonio en favor

de Dios y del derecho? Nosotros podemos dar un testimonio semejante, aun en circunstancias tan desfavorables.

No fue su propio orgullo o ambición lo que había llevado a Daniel y a sus asociados a la corte del rey, a la compañía de aquellos que no conocían ni temían al Dios verdadero. La sabiduría infinita los había colocado donde estaban. Era su deber honrar a Dios y dar al mundo un ejemplo de fidelidad. Consideraron su posición, con sus dificultades y peligros, y luego, en el temor de Dios, tomaron su decisión. Aun a riesgo del disgusto del rey, serían fieles a las leyes que habían sido dadas divinamente a sus padres.

Además de una porción de su vino, la comida que se les repartió "de la mesa del rey", incluiría carne de cerdo y otras carnes declaradas impuras por la ley de Moisés, y que los judíos tenían prohibido comer. Los cautivos hebreos pidieron al oficial que los tenía a su cargo que les diera una comida más sencilla. El oficial se negó, temiendo que una abstinencia tan rígida como la que proponían los jóvenes cautivos afectara desfavorablemente a su aspecto personal, y se enemistara así con el rey. Daniel pidió un juicio de diez días. Se le concedió, y al cabo de ese tiempo se comprobó que aquellos jóvenes presentaban un aspecto mucho más saludable que los que se habían entregado a los manjares del rey. De ahí que la simple "legumbre y agua" que pidieron al principio les fuera suministrada a Daniel y a sus compañeros.

Estos jóvenes habían recibido una educación correcta en los primeros años de su vida, y ahora, cuando estaban separados de las influencias del hogar y de las asociaciones sagradas, honraban a los instructores de su infancia. Obedecían la ley divina tanto natural como moral, y la bendición de Dios les daba fuerza física y belleza, y poder intelectual. A sus hábitos de abnegación se unían la seriedad de propósito, la diligencia y la constancia. No tenían tiempo que malgastar en placeres irreflexivos, vanidad o insensatez. No los movía el orgullo ni la ambición indigna. Trataban de absolverse honrosamente, por el honor de su pueblo oprimido y por la gloria de Aquel de quien decían ser siervos.

Dios siempre honra lo correcto. Los jóvenes más prometedores de todas las tierras sometidas por el gran conquistador habían sido reunidos en Babilonia, pero entre todos ellos los cautivos hebreos no tenían rival. La forma erguida, el paso firme y elástico, el bello semblante que mostraba que la sangre no estaba corrompida, los sentidos inmaculados, el aliento impoluto, todos eran otros tantos certificados de buenas costumbres, insignias de la nobleza con que la naturaleza honra a los que rinden obediencia a sus leyes.

Cuando el rey puso a prueba su capacidad y sus conocimientos al final de los tres años de entrenamiento, no se encontró a nadie "como Daniel, Ananías, Misael y Azarías". Su aguda aprehensión, su lenguaje selecto y exacto, su conocimiento extenso y variado, atestiguaban la fuerza y el vigor intactos de las facultades mentales. Ojalá la juventud de hoy emulara el ejemplo de estos niños hebreos. Todos los que quieran, podrán, como ellos, gozar del favor y la bendición de Dios.

Estos jóvenes no sólo se negaron a beber el vino del rey, sino que se abstuvieron de los lujos de su mesa. Haríamos bien en reflexionar sobre esta lección. Nuestros peligros no provienen de la escasez, sino de la abundancia. Estamos constantemente tentados al exceso. Los que quieran conservar sus facultades intactas para el servicio de Dios deben observar una estricta templanza en el uso de todas sus dádivas, así como una abstinencia total de toda indulgencia perjudicial o degradante.

Los jóvenes están rodeados de seducciones dirigidas al apetito. En nuestras ciudades, los salones de licores en casi todas las esquinas hacen que la indulgencia sea fácil e incitante. El mal no comienza a menudo con el uso de licores embriagantes. El té, el café, el tabaco, así como las bebidas alcohólicas, son diferentes grados en la escala de los estimulantes artificiales. Aquellos que, como Daniel, se niegan a contaminarse, cosecharán la recompensa de sus hábitos moderados. Con su mayor resistencia física y su mayor poder de aguante, tienen un banco de depósito al que recurrir en caso de emergencia.

Los hábitos físicos correctos promueven la superioridad mental. El poder intelectual, la fuerza física y la longevidad dependen de leyes inmutables. No hay casualidad en este asunto. Los poderes superiores no interferirán para preservar a los hombres de las consecuencias de la violación de las leyes de la naturaleza. Hay mucho de verdad en el adagio de que cada hombre es el arquitecto de su propia fortuna. Aunque los padres son responsables del carácter que imprimen a su prole, así como de la educación y formación de sus hijos e hijas, no es menos cierto que nuestra posición y utilidad en el mundo dependen, en gran medida, de nuestro propio proceder. Daniel y sus compañeros disfrutaron de los beneficios de una formación y educación correctas en sus primeros años de vida, pero estas ventajas por sí solas no habrían hecho de ellos lo que llegaron a ser. Llegó el momento en que tuvieron que actuar por sí mismos. Su futuro dependía entonces de su propio rumbo. Decidieron ser fieles a las lecciones que habían recibido en la infancia. El temor de Dios, que es el

principio de la sabiduría, fue el fundamento de su grandeza. Su Espíritu fortaleció todo propósito verdadero y toda resolución noble.

La gran obra de la templanza debe comenzar con el niño en brazos de su madre. Con paciente cuidado se debe educar a los pequeños en gustos no pervertidos y hábitos sencillos. Los padres y las madres tendrán que rendir cuentas en el día del juicio final. La comida rica, muy condimentada y malsana que la madre extiende sobre su mesa, produce indigestión, dolor de cabeza y otras sensaciones desagradables. A los niños se les permite comer lo que les plazca y a cualquier hora del día, con lo que el estómago hastiado no descansa. De ahí que estén constantemente en un estado de irritación nerviosa. Luego, tal vez siguiendo el ejemplo del padre, se vuelven adictos al consumo de tabaco, vino o cerveza, y en muchos casos, el camino hacia la embriaguez es corto. Los hábitos de estricta templanza siempre han sido y siempre deben ser la única salvaguardia para nuestra juventud.

Que los viejos y los jóvenes recuerden que por cada violación de las leyes de la vida, la naturaleza emitirá su protesta. El castigo recaerá tanto sobre las facultades mentales como sobre las físicas. Y no termina con el culpable. Los efectos de sus delitos se ven en su descendencia, y así los males hereditarios se transmiten, incluso a la tercera o cuarta generación. Piensen en esto, padres, cuando se entreguen al narcótico que adormece el alma y el cerebro, el tabaco. ¿Dónde os dejará esta práctica? ¿A quién afectará además de a vosotros mismos?

Rara vez pasamos entre una multitud, pero los hombres -no podemos llamarlos caballeros, porque no merecen ese nombre- nos echan a la cara su aliento envenenado. ¿Es honesto contaminar así el aire que otros deben respirar? Dondequiera que vayamos está el devoto del tabaco, debilitando mente y cuerpo en el disfrute de su querida indulgencia. ¿Tienen derecho los hombres a privar así a su Creador y al mundo del servicio que les corresponde? ¿Es tal proceder propio de Cristo? No hay término medio. Si no está en armonía con la voluntad divina, debe ser satánico.

Los esclavos del apetito gastan constantemente sus ganancias en la indulgencia sensual, robando así a sus hijos alimentos, ropa y las ventajas de la educación. Anualmente se beben millones de galones de licores embriagantes y se gastan treinta millones de dólares en tabaco. El Dr. Cole, un hábil escritor sobre salud, estima que los cristianos profesos de las diferentes denominaciones despilfarran anualmente cinco millones de dólares en estas indulgencias. Se dice que se gasta

una suma mayor en cigarros que en todas las iglesias y escuelas comunes de la Unión.

El opio, el té, el café, los licores embriagantes y el tabaco están extinguiendo tan rápido como pueden la chispa de vitalidad que queda para la raza. Estamos sufriendo por los malos hábitos de nuestros padres, y sin embargo, cuántos toman un curso en todos los sentidos peor que ellos. ¿Pueden llamarse cristianos quienes así se destruyen voluntariamente a sí mismos?

Nunca podrá haber un estado correcto de la sociedad, hasta que la ley cierre los salones de licor, no sólo los domingos, sino todos los demás días de la semana. Esto facilitaría mucho el mantenimiento del orden público y contribuiría en gran medida a la felicidad doméstica. ¿Y por qué no puede hacerse? No es demasiado decir que los salones de licor serían cerrados de inmediato, en obediencia a los dictados de la razón y la religión, si los funcionarios públicos, jueces, policías, alguaciles, magistrados y otros no fueran los patrocinadores. Estos hombres están corrompiendo con su influencia a la sociedad, ¡y luego concurren a juzgar y condenar a las pobres almas que siguen su ejemplo!

Sólo los hombres de estricta templanza e integridad deben ser admitidos en nuestras salas legislativas y tribunales de justicia. La propiedad, la reputación y hasta la vida misma son inseguras cuando se dejan al juicio de hombres destemplados e inmorales. ¡Cuántas personas inocentes han sido condenadas a muerte, cuántas más han sido despojadas de todas sus posesiones terrenales, por la injusticia de jurados, abogados, testigos e incluso jueces obsesionados! Los registros de crímenes publicados en nuestros diarios públicos muestran que la intemperancia y el despilfarro van en aumento. Mientras todas las personas de mente recta se horrorizan ante la condición del mundo, ¿no es hora de preguntarse quién está dando su influencia para aumentar esta marea de mal? ¿Quién está cavando las trampas para nuestra juventud? Pero a cada pregunta se responde con el anuncio autorizado de que el proceso está sostenido por la ley. Se espera que miremos en silencio, mientras nuestra juventud se hunde en la ruina.

A pesar de miles de años de experiencia y progreso, la misma mancha oscura que manchó las primeras páginas de la historia sigue desfigurando nuestra civilización moderna. La embriaguez, con todos sus males, se encuentra en todas partes. Sus víctimas son hoy más numerosas que antes de que se promulgaran las leyes de licencia. La regulación legal no ha detenido su progreso. Ahora se hacen esfuerzos para establecer instituciones donde las

víctimas de la intemperancia puedan recibir ayuda para superar su terrible apetito. Esta es una obra noble, pero ¡cuánto más sabia y eficaz sería la eliminación de la causa de todo este infortunio! Considerando sólo el aspecto financiero de esta cuestión, ¡qué locura es tolerar un negocio que está haciendo indigentes por millares! Las leyes del país legalizan el comercio de hacer borrachos, y luego, a un gran costo, proporcionan una institución para convertirlos de nuevo en hombres sobrios. ¿Es ésta la mejor solución que pueden dar nuestros legisladores?

El hecho es que el gobierno sólo puede proporcionar una salvaguarda eficaz contra la embriaguez, y es la prohibición. Este es el mayor refugio contra la embriaguez jamás erigido. Una ley así, rígidamente aplicada de océano a océano, produciría la mayor reforma de la templanza que el mundo haya conocido. Quitando a los hombres toda oportunidad para la indulgencia, el apetito por los intoxicantes cesaría. Pero mientras la venta de licor esté sancionada por la ley, la pobre víctima del apetito puede recibir pocos beneficios de los asilos para ebrios. No se contentará con permanecer siempre allí. Debe volver a ocupar su lugar en la sociedad. El apetito, aunque adormecido, no está totalmente destruido; la tentación le asalta por todas partes, y con demasiada frecuencia cae presa fácil.

El uso de bebidas embriagantes destrona la razón y endurece el corazón contra toda influencia pura y santa. Las rocas inanimadas escucharán antes los llamamientos de la verdad y la justicia que el hombre cuya sensibilidad está paralizada por la intemperancia. Este cambio no se produce de inmediato. Aquellos que se aventuran a entrar en el camino prohibido son gradual e inconscientemente seducidos, desmoralizados, corrompidos y enloquecidos. Y mientras los cristianos duermen, este mal está constantemente ganando más fuerza y haciendo nuevas víctimas.

Ahora se necesitan hombres como Daniel que hagan y se atrevan. En el mundo de hoy se necesita un corazón puro y una mano fuerte e intrépida. Dios ha diseñado que el hombre mejore constantemente, alcanzando cada día un punto más alto en la escala de la excelencia. Él nos ayudará, si nosotros procuramos ayudarnos a nosotros mismos. Es deber de todo cristiano procurar que su ejemplo y su influencia estén del lado de la reforma. Que los ministros del Evangelio alcen su voz como una trompeta, y muestren al pueblo sus transgresiones, y a la casa de Israel sus pecados. La juventud necesita ser instruida. Nuestra esperanza de felicidad en dos mundos depende de la mejora correcta de uno. Debemos cuidarnos en todo punto contra el primer

acercamiento a la intemperancia. Si queremos preservar a nuestros hijos del mal, debemos darles un ejemplo correcto, y luego enseñarles a hacer de Dios su temor, su sabiduría y su fortaleza.

Visita a Ciudad Universitaria

Hace unas semanas, visité College City, para hablar, por invitación, sobre el tema de la templanza.*. La iglesia se prestó para la ocasión y hubo una buena asistencia. La gente de este lugar ya ha adoptado una postura loable sobre los principios de la temperancia. De hecho, fue bajo esta condición que se estableció aquí un colegio. El terreno sobre el que se levanta el edificio del colegio, con una gran extensión a su alrededor, fue donado a la Iglesia Cristiana para fines educativos, con la condición de que no se abriera ninguna taberna en un radio de tres millas del colegio. Este acuerdo parece haberse cumplido fielmente. Creemos que los jóvenes están mucho más seguros si asisten a la escuela en una ciudad así que donde hay tabernas abiertas día y noche en cada esquina.

Las reglas de este colegio protegen estrictamente la asociación de hombres y mujeres jóvenes durante el período escolar. Sólo cuando estas normas se suspenden temporalmente, como ocurre a veces, se permite a los caballeros acompañar a las señoritas a las reuniones públicas. Nuestro propio Colegio en Battle Creek tiene regulaciones similares, aunque no tan estrictas. Tales reglas son indispensables para proteger a la juventud del peligro del noviazgo prematuro y del matrimonio imprudente. Los jóvenes son enviados a la escuela por sus padres para obtener una educación, no para coquetear con el sexo opuesto. El bien de la sociedad, así como el más alto interés de los estudiantes, exige que no intenten elegir un compañero de vida cuando su propio carácter aún no se ha desarrollado, su juicio es inmaduro y, al mismo tiempo, están privados del cuidado y la orientación de sus padres.

Es porque la educación en el hogar es defectuosa que los jóvenes son tan reacios a someterse a la autoridad adecuada. Soy madre; sé de lo que hablo cuando digo que los jóvenes y los niños no sólo están más seguros sino que son más felices bajo una sana restricción que cuando siguen su propia inclinación. Padres, vuestros hijos e hijas no están debidamente vigilados. Nunca se les debe permitir ir y venir cuando les plazca, sin vuestro conocimiento y consentimiento. La libertad sin límites que se concede a los niños a esta edad ha sido la ruina de miles de personas. A cuántos se les permite estar en las calles por la noche, y los padres se contentan con ignorar las compañías de sus hijos.

Con demasiada frecuencia se eligen compañeros cuya influencia sólo tiende a desmoralizar.

Al amparo de la oscuridad, los chicos se reúnen en grupos para aprender sus primeras lecciones de juego de cartas, apuestas, fumar y beber vino o cerveza. Los hijos de padres religiosos se aventuran en los salones para cenar ostras, o alguna indulgencia similar, y así se ponen en el camino de la tentación. La propia atmósfera de estos lugares está impregnada de blasfemia y contaminación. Nadie puede permanecer mucho tiempo en ellos sin corromperse. Es por tales asociaciones que jóvenes prometedores se están convirtiendo en ebrios y criminales. Hay que protegerse contra los comienzos mismos del mal. Padres, a menos que sepáis que su entorno es intachable, no permitáis que vuestros hijos salgan a la calle después del anochecer para practicar deportes al aire libre o reunirse con otros muchachos para divertirse. Si esta regla se aplica con rigidez, su obediencia se convertirá en habitual y pronto cesará el deseo de transgredirla.

Los que tratan de proteger a la juventud de la tentación y de prepararla para una vida de utilidad, están comprometidos en una buena obra. Nos complace ver en cualquier institución de enseñanza un reconocimiento de la importancia de la moderación y disciplina apropiadas para los jóvenes. Que los esfuerzos de todos esos instructores sean coronados por el éxito.

Sra. E. G. White.

*Encontrará un resumen de la dirección en otra página.

9 de marzo de 1882

La luz del mundo

EGW

Dijo Cristo a sus discípulos: "Vosotros sois la luz del mundo". Así como el sol sale por los cielos para llenar el mundo de resplandor, así los seguidores de Jesús deben derramar la luz de la verdad sobre los que andan a tientas en las tinieblas del error y la superstición. Pero los seguidores de Cristo no tienen luz propia. Es la luz del Cielo la que cae sobre ellos, la que debe ser reflejada por ellos al mundo. Jesús habla a través del barro. Cuídense los hombres de despreciar o rechazar las palabras de sus representantes, porque al hacerlo están rechazando a Cristo.

Los que profesan seguir a Jesús tienen una gran responsabilidad. Si presentan al mundo a sí mismos en vez de a Cristo, tendrán que rendir cuentas espantosas en el día del juicio final. Pero nadie tiene por qué fracasar. Nuestro compasivo Redentor nos ha proporcionado la ayuda que necesitamos. Está esperando para encender en cada corazón que reciba sus palabras el amor que sólo él puede inspirar. Imputará su propia justicia al penitente sincero, y le capacitará para ser testigo de Cristo.

La luz de la vida se ofrece libremente a todos. Todo el que quiera, puede ser guiado por los brillantes rayos del Sol de Justicia. Cristo es el gran remedio para el pecado. Ningún hombre puede alegar sus circunstancias, su educación o su temperamento como excusa para vivir en rebelión contra Dios. El pecador es tal por su propia elección deliberada. Dijo nuestro Salvador: "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas". La razón por la cual hay tantos en el tiempo presente que se oponen a la verdad es que aman alguna indulgencia que la palabra de Dios condena. Por eso odian la luz que revela su pecado.

Hay muchos llamados por el mundo hombres liberales, de corazón generoso, nobles, a quienes Dios mira como malvados y corruptos. Él no ve como ve el hombre. Sus pensamientos no son como los nuestros. Muchos, en su autocomplacencia, tratan de disimular los defectos de sus vidas y caracteres, y se halagan a sí mismos diciendo que todo está bien. Salir a la luz revelaría su peligro y asestaría el golpe mortal a su autosatisfacción. Entonces verían la importancia de una vida santa y su propia necesidad de Cristo como Salvador.

Muchos de los que profesan creer en la Biblia, e incluso exponer sus verdades sagradas, viven sin embargo en la indulgencia de algún pecado acariciado; viven como si no existiera un Dios cuyo ojo pudiera escudriñar lo más recóndito del alma. Son bendecidos con las bondades del Cielo y, sin embargo, no expresan más gratitud al Dador que las bestias del campo. Puede que ahora no tengan ningún sentido de su propia pecaminosidad; pero cuando sean convocados ante el gran trono blanco, serán condenados con un terror mudo. Las excusas que ahora esgrimen con tanta ligereza para protegerse de las exigencias divinas, no se atreven a mencionarlas ante los ojos del Juez que los mira. Conocían la voluntad de su Maestro, pero no la cumplieron, y serán azotados con muchos azotes.

Cuando se presentan los reclamos de Dios, los que aman el pecado revelan su verdadero carácter por la satisfacción con que señalan las faltas y errores de los que profesan ser cristianos. Les mueve el mismo espíritu que a su amo, Satanás, a quien la Biblia declara "acusador de los hermanos". Que se inicie un mal informe, ¡y cuán rápidamente se exagerará y pasará de boca en boca! Cuántos se deleitarán con él, como buitres con un montón de basura. Ya sea que la historia calumniosa venga con o sin pruebas, le dan crédito de inmediato, mostrando una fuerza de fe que es sorprendente. Y, sin embargo, estas mismas personas se negarán a creer las verdades de la palabra de Dios mientras exista la apariencia de una excusa para la duda.

El hecho de que algunos cristianos profesos no sean lo que deberían ser, no prueba que la religión esté en falta, sino sólo que estas personas no están obedeciendo fielmente sus enseñanzas. Tampoco prueba que la iglesia sea corrupta. ¿Acaso ella no trata con un miembro ofensor, y separa de su compañía a los que persisten en todo mal camino? Pero los mismos que se aprovechan de las faltas de una persona mientras es miembro de la iglesia, cuando es expulsada, se vuelven y simpatizan con ella, declarando que la iglesia es poco caritativa y severa. Es así como Satanás trabaja a través de sus agentes, para apartar a los hombres de la Luz de la vida.

El verdadero cristiano, "el que obra la verdad, viene a la luz para que se manifiesten sus obras, que son hechas en Dios". Su vida piadosa y su santa conversación son un testimonio diario contra el pecado y los pecadores. Es un representante vivo de la verdad que profesa. De estos seguidores de corazón verdadero, Jesús declara que no se avergüenza de llamarlos hermanos. Todo el que al fin obtenga la vida eterna manifestará aquí celo y devoción en el servicio de Dios. No estará dispuesto a huir ante la proximidad de la prueba, la dificultad o el reproche. No buscará en las Escrituras alguna excusa para resistirse a la verdad. No pregunta: "¿Qué dirán mis amigos si tomo mi posición con el pueblo de Dios? Conocer su deber es cumplirlo de corazón y sin temor. Sigue la luz que brilla en su camino, sin importarle las consecuencias. El Dios de la verdad está de su lado y nunca lo abandonará. Todas las pérdidas aparentes por causa de Cristo le parecerán ganancias infinitas.

Nuestros pensamientos y propósitos son los resortes secretos de la acción, y por lo tanto determinan el carácter. Todo pensamiento, sentimiento e inclinación, aunque invisible para los hombres, es discernido por el ojo de Dios. Con qué cuidado, entonces, debemos examinar nuestros corazones a la luz de la ley divina, y compararnos con el único Patrón intachable, para que ningún defecto

se encuentre en nosotros en el día de Dios. No podemos permitirnos cometer un error en un asunto en el que están en juego intereses eternos.

El propósito rebelde formado en el corazón no necesita expresarse con palabras o actos para consumir el pecado y llevar el alma a la condenación. La palabra o el acto ilícito no es más que la fruición del mal que ha echado raíces en el corazón; la evidencia externa de que la tentación ha prevalecido, y el infierno ha triunfado. Dice el apóstol: "Todo hombre es tentado [es decir, entra en tentación] cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido". Dios ha provisto los medios por los cuales podemos resistir la tentación. Son el estudio de su Palabra y la oración sincera. En sus encuentros con el príncipe de las tinieblas, nuestro Salvador precedía cada respuesta con las palabras: "Está escrito". Fue la palabra de Dios la que venció a Satanás. Los que hacen de esa palabra su estudio, se arman con armas de poder divino contra los ataques del enemigo. "Tu palabra", dijo el salmista, "he escondido en mi corazón, para no pecar contra ti".

Todo cristiano debe ser un estudiante diligente de las Escrituras. La palabra de Dios, creída y obedecida, ejerce un poder transformador sobre la vida y el carácter. Sus verdades sublimes, sus principios puros y santos, fortalecen el intelecto, ennoblecen los afectos, iluminan el entendimiento. Cuán grande es la pérdida que sufren los que descuidan este depósito de riquezas eternas.

Deberíamos saber por qué creemos como creemos, y deberíamos ser capaces de dar a los demás las razones de nuestra fe. Pero esto requiere un esfuerzo. La mente crece con lo que se alimenta. El entendimiento se adapta gradualmente a los temas que debe comprender. Si se le permite detenerse sólo en las cosas de esta vida, se empequeñece y debilita. Si se absorbe en la vanidad y la locura, después de un tiempo casi perderá el poder de crecimiento. Para asegurar fuerza y vigor, la mente debe ser ejercitada; y no hay otro medio por el cual esto pueda lograrse tan exitosamente como por el estudio de las Escrituras.

Las horas son peor que desperdiciadas cuando se pasan en la sociedad de aquellos que no buscan mejorar en mente o moral. El chismorreo ocioso, la cháchara frívola, la calumnia cruel, la insinuación vil, debilitan el intelecto y corrompen el corazón. El tiempo es precioso. No tenemos más que un breve espacio para prepararnos para la vida futura. Todos los que esperan morar en el más allá con los puros y santos, deben obtener aquí una aptitud para tal sociedad. Que los momentos hasta ahora malgastados en la ociosidad y la insensatez se dediquen de ahora en adelante a la oración y a la lectura de la palabra de Dios.

Esta disciplina puede tenerla todo cristiano, y, debidamente perfeccionada, le hará sabio para la vida eterna.

Muchos aceptan la teoría de la verdad, cuyos corazones no han sentido el poder renovador de la gracia divina. No renuncian totalmente a su vida anterior de pecado e insensatez. No ven la obra que debe realizar en ellos el Espíritu Santo antes de que puedan ser transformados de súbditos de Satanás en hijos de Dios. En sus palabras a Nicodemo, Cristo explicó la naturaleza y la importancia de la verdadera conversión. Declara solemnemente: "El que no naciere de nuevo" -a menos que reciba un corazón nuevo, nuevos deseos, propósitos y motivos, que lo lleven a una vida nueva- "no puede ver el reino de Dios". Ya no debe permanecer sujeto al poder del pecado. Ya no debe ser un súbdito voluntario del enemigo de Cristo. Debe convertirse en heredero de Dios por la fe, en hijo de Dios por adopción.

Los que han experimentado el nuevo nacimiento acaban de entrar en la vida cristiana. A ellos se dirigen las palabras del apóstol: "De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él". En la tormenta de la oposición, el torbellino de luchas que estamos llamados a enfrentar, a veces es difícil mantener la paciencia y la mansedumbre de Cristo, difícil responder a la acusación injuriosa con palabras de verdad bíblica. Pero tal debe ser el proceder del cristiano. Dios ha prometido gracia para cada prueba. Por medio de la resistencia paciente podemos llegar a ser fuertes, por medio del fracaso podemos aprender el éxito, y por medio de la derrota aparente podemos vencer.

Que no se desanimen los que son duramente probados y tentados, y que sienten que no tienen fuerzas para hacer frente solos al poder del mal. Dios os pide que seáis colaboradores suyos. No necesitas esperar grandes oportunidades ni pedir talentos extraordinarios. Utiliza la capacidad que tienes ahora. No te fatigues con la ansiedad por el éxito de tus esfuerzos, sino haz tranquila y fielmente lo que puedas, dejando el resultado en manos de Dios. Aunque estés rodeado por la oscuridad de la incredulidad, puedes dejar que tu vida diaria sea una luz para el mundo, un testimonio vivo del poder de la gracia divina. La influencia de ese testimonio se ampliará y profundizará, mientras estés conectado con el Dios de sabiduría y poder. Ten la seguridad de que tu memorial está escrito en lo alto, y en el día de Dios algunos, al menos entre los redimidos, te llamarán bienaventurado.

16 de marzo de 1882

Santificación mediante la obediencia a la verdad

EGW

Cristo oró por sus discípulos: "Santifícalos en tu verdad. Tu palabra es verdad". En cada época, Dios ha encomendado a su pueblo alguna verdad especial que se opone directamente a los deseos y propósitos del corazón natural. No es argumento contra la verdad el que haya pocos dispuestos a aceptarla. La palabra de Dios fue recibida con poco favor cuando sacerdotes y pueblo, fariseos y publicanos, escuchaban al divino Maestro.

Cristo trajo a los hombres verdades resplandecientes con la luz del Cielo, mostrando en contraste la oscuridad del error y revelando la superstición, la justicia propia y el fanatismo de aquella época. Su corazón rebosaba simpatía por los pobres, los ignorantes, los afligidos y los caídos. Sanaba a los enfermos, consolaba a los abatidos, expulsaba a los demonios, resucitaba a los muertos y daba a conocer a todos las palabras de la vida eterna. Los sacerdotes y ancianos, que profesaban ser los expositores de la verdad divina, no enviaban rayos de luz celestial a un pueblo en la penumbra. En su santurronería se mantenían alejados de los más necesitados de ayuda. Cuando Uno vino a hacer el trabajo que ellos habían dejado sin hacer, sintieron que su vida era una constante reprimenda para ellos; y temieron que desviara al pueblo de sus enseñanzas. Sus corazones estaban llenos de orgullo, amor a la ostentación y deseo de alabanza. Despreciaban la humildad y la abnegación de Cristo. Odiaban la pureza mientras temían el poder de sus enseñanzas. Se negaban a aceptarlo ellos mismos, y dedicaban todas sus energías a obstaculizar a los demás. Contra estos supuestos líderes del pueblo judío, Cristo lanza la terrible acusación: "Os habéis llevado la llave del conocimiento. Vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis".

Los reformadores del tiempo presente se encontrarán con los mismos desalientos que su Maestro. Los hombres no son más favorables a la sencillez bíblica o a la piedad práctica que en los días de Cristo. Pocos aceptaron al Redentor del mundo; pocos aceptarán ahora el mensaje de sus siervos. Aunque la multitud se agolpaba ansiosamente a su alrededor para recibir bendiciones temporales, Cristo declara tristemente: "No queréis venir a mí para que tengáis vida." Así, la masa de la humanidad busca hoy el bien terrenal, descuidando las riquezas eternas.

Cuando Cristo estaba en la tierra, sacerdotes ceñudos y gobernantes airados amenazaban al pueblo con excluirlo de la sinagoga, y así impedían que muchos escucharan al gran Maestro. Hoy los llamados ministros "ortodoxos", con amenazas similares, disuaden a sus oyentes de escuchar las palabras de los embajadores de Cristo. Muchos temen incluso estudiar la Palabra de Dios por sí mismos, para no ser convencidos. Los jóvenes que no encuentran ningún atractivo en la Biblia, y que nunca han escudriñado sus páginas, repiten como loros los dichos de los que se oponen a la verdad. Se imaginan que hablar de tener una mente propia es una muestra de independencia varonil, cuando en realidad se limitan a hacerse eco de las opiniones y sentimientos de los demás. Lo que el ministro dice en el escritorio, en contra de la verdad, es devorado con avidez por aquellos que aman que así sea, y sus suposiciones, aunque totalmente desprovistas de prueba en las Escrituras, son repetidas como evidencia concluyente.

Esas palabras de inspiración son aún más aplicables hoy que cuando se pronunciaron por primera vez: "Los profetas profetizan falsamente, y los sacerdotes gobiernan por sus medios; y a mi pueblo le gusta que sea así. ¿Y qué haréis al final de esto?". Una pregunta solemne en verdad; pero cuán pocos le prestan atención.

Cristo dice de la gente de su tiempo: "Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y sus oídos están embotados para oír, y han cerrado sus ojos; no sea que alguna vez vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane". Los judíos cerraron voluntariamente sus ojos y sus oídos, y cerraron sus corazones con prejuicios, para no ver un camino mejor, y así ser despertados de sus agradables sueños de seguridad carnal. Los hombres de la generación actual siguen el mismo camino. La gran masa de la humanidad no está dispuesta a cambiar el error por la verdad. Están satisfechos con su condición actual y no desean convertirse.

Constantemente se despliega nueva verdad; a cada paso, nueva y más clara luz brilla sobre el camino del pueblo de Dios, para que pueda seguir adelante y hacia arriba. Hemos de ser santificados mediante la obediencia a la verdad. Por falta de esta santificación bíblica, el alma de muchos que profesan ser cristianos se ha convertido en un santuario profanado, el refugio del formalismo vacío, del egoísmo y la hipocresía, del orgullo y la pasión. Miles viven en la inconsciencia culpable de su pecado y peligro, despreciando las advertencias del Salvador, tratando a sus embajadores con desprecio, y sus palabras como cuentos ociosos.

Los siervos de Cristo pueden sentirse a veces casi descorazonados al ver que hay muchos obstáculos para el progreso de la verdad, y que la obra parece avanzar lentamente. Pero su deber sigue siendo el mismo. Deben sembrar la semilla de la verdad junto a todas las aguas. Cualesquiera que sean sus dificultades y pruebas, pueden llevarlo todo a Dios en la oración. Pueden llorar entre el pórtico y el altar, diciendo: "Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio". Mediante el estudio de las Escrituras y la oración ferviente y luchadora, pueden fortalecerse en la fuerza del Poderoso. Trabajad, hermanos, mientras dure el día. Viene la noche, en la cual nadie puede trabajar. El mundo debe ser advertido, y Dios nos ha llamado a esta obra. Si descuidamos nuestro deber, se perderán almas por nuestra infidelidad.

Un obstáculo serio y tal vez insospechado para el éxito de la verdad se encuentra en nuestras iglesias mismas. Cuando se hace un esfuerzo por presentar nuestra fe a los incrédulos, los miembros de la iglesia se apartan, como si no fueran parte interesada, y dejan que toda la carga recaiga sobre el ministro. Sé que por esta razón la labor de nuestros ministros más capaces ha producido a veces poco bien. Pueden predicarse los mejores sermones, el mensaje puede ser justo lo que la gente necesita, y sin embargo no se ganan almas como gavillas para presentar a Cristo.

Al trabajar donde ya hay algunos en la fe, el ministro debe buscar al principio no tanto convertir a los incrédulos como asegurar su ejército de obreros. No debe limitarse a presentar la verdad desde el escritorio, sino que, como pastor del rebaño, debe cuidar de las ovejas y los corderos, buscando a los perdidos y extraviados, y trayéndolos de vuelta al redil. Debe visitar a todas las familias, no sólo como invitado, para disfrutar de su hospitalidad, sino como siervo de Cristo para informarse de la condición espiritual de cada miembro de la familia. Su propia alma debe estar imbuida del amor de Dios; mediante la bondad, el amor y la cortesía, debe ganarse el corazón de todos, y luego trabajar fielmente por el bien de padres e hijos, suplicando, advirtiendo, alentando, según lo exija el caso.

En las labores públicas del ministro debe verse un esfuerzo constante por promover la piedad personal. Sermón tras sermón no deben ser dados sólo sobre las profecías. La religión práctica debe tener un lugar en cada discurso. Los discursos deben ser breves y directos, y deben ir seguidos de una animada reunión social. A veces la reunión social tendría la mejor influencia si fuera la primera. Que cada miembro de la iglesia sienta el deber de trabajar sabia, hábil y seriamente. Que todos den testimonio con un solo objeto en vista: glorificar a

Dios, adquirir una experiencia más profunda y salvar almas. Así la iglesia se mantendrá trabajando con el ministro, los descuidados serán despertados para buscar una reconversión ellos mismos, y entonces estarán preparados para trabajar por otros. Esto es buen generalato. Los resultados serán mucho mejores que si el ministro realizara todo el trabajo solo.

Cada iglesia puede disfrutar de las labores de un ministro sólo por un corto tiempo en el mejor de los casos. Por lo tanto, deben tratar de obtener el mayor beneficio posible de sus labores. Durante su estancia entre ellos, deben prestar menos atención a sus asuntos temporales, y todos deben estar dispuestos a secundar los esfuerzos del mensajero del Señor.

Hoy es más difícil llegar al corazón de los hombres que hace veinte años. Se pueden presentar los argumentos más convincentes para sostener la verdad y, sin embargo, los pecadores parecen estar tan lejos del arrepentimiento y la conversión como siempre. La obra de salvar almas no es un juego de niños. Se requiere una labor seria e incansable para arrancar la presa de Satanás de sus garras. Pero Dios sostendrá a sus siervos en la obra que él mismo ha encomendado a sus manos. Dijo Cristo a los primeros discípulos, mientras se afanaban en el mar de Galilea: "Seguidme, y os haré pescadores de hombres". Cuando se echa la red del Evangelio, que se vele junto a la red, con lágrimas y oración ferviente. Que los obreros se decidan a no desanimarse y a no soltar la red hasta que haya llegado a la orilla con el fruto de su trabajo. A veces, ciertamente, podemos decir con Pedro: "Hemos trabajado toda la noche y no hemos cogido nada", pero aun así es el mandato del Maestro, como antaño: "Echad la red a la derecha del barco"; trabajad con fe, y Dios dará el éxito.

Jesús nos invita como pueblo a seguir adelante. Hay logros más altos, un amor más puro, una experiencia más profunda para nosotros, si nos consagramos a Dios y le tomamos humildemente la palabra. La razón por la que no tenemos mayor confianza y alegría es que hay en nosotros un corazón malvado de incredulidad. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenos regalos a sus hijos. Sacudámonos la parálisis espiritual que deshonra a Dios y pone en peligro nuestras almas. Si nos acercamos a Dios, Él se acercará a nosotros. No debemos esperar mejores oportunidades, fuertes persuasiones o temperamentos más santos. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Debemos confiar en el poder salvador de Jesús. Él nos tiende la corona de la vida y desea que la aceptemos. Acudamos a él, tal como somos, y encontraremos una ayuda presente en nuestro momento de necesidad.

La dulce sensación de los pecados perdonados, la luz y el amor que sólo Cristo puede dar, llenan el alma de una alegría sumisa y solemne. La seguridad de que estamos bajo la protección de la Omnipotencia imparte nuevo valor y confianza, inspira una esperanza que es como un ancla para el alma, segura y firme, que entra dentro del velo. Con esta seguridad tenemos una fuente de fuerza desconocida antes. Cualquiera que sea el deber que Dios requiera, estamos dispuestos a cumplirlo alegremente. Mientras contemos con la presencia de nuestro Salvador, las dificultades no pueden consternarnos ni los peligros turbarnos. Si fuéramos tan libres para hablar de las bendiciones que recibimos de Dios como lo somos para hablar de las dudas y los desalientos, disfrutaríamos mucho más de su presencia. "El que ofrece alabanzas, glorifica a Dios". Alabemos más a Dios y quejémonos menos; hablemos del amor de Jesús y de su maravilloso poder, y nos acercaremos más y más a nuestro Salvador.

¿No hemos de consagrarnos a Dios sin reservas? Cristo, Rey de gloria, se entregó en rescate por nosotros. ¿Podemos negarle algo? ¿Pensaremos que nuestro pobre e indigno yo es demasiado precioso, nuestro tiempo, nuestra propiedad, demasiado valiosos para dárselos a Jesús? No, no; el homenaje más profundo de nuestros corazones, el servicio más hábil de nuestras manos, nuestros talentos de capacidad y de medios, todos son demasiado pobres para traer a nuestro Redentor.

"Si todo el reino de la naturaleza fuera mío,
Eso sería un tributo demasiado pequeño;
Amor tan asombroso, tan divino,
Exige mi vida, mi alma, mi todo."

16 de marzo de 1882

Entre las Iglesias

Santa Rosa

EGW

Sábado y primer día, 28 y 29 de enero, asistí a la reunión trimestral en Healdsburg. 1 de febrero, fui a Santa Rosa. Los Elds. Van Horn e Israel habían estado celebrando reuniones aquí durante dos semanas. Trabajaron arduamente, no sólo para presentar ante la gente las evidencias de nuestra fe, sino también para exhortarlos a la importancia de la piedad práctica. Algunos manifestaron

interés por oír la palabra, pero nos dolió ver que el número era tan reducido. Mi corazón estaba especialmente afligido por la iglesia, que no estaba dispuesta a unirse a sus ministros para trabajar por la salvación de las almas. El Señor me ayudó con su Espíritu mientras me esforzaba por presentarles su deber.

El 6 de febrero, en compañía del Hno. y la Hna. Cole, visité a la familia del Hno. Thorpe, entre las montañas a ocho millas de Santa Rosa. Invitaron a sus vecinos a pasar, y aunque vivían a bastante distancia, se reunieron padres, madres e hijos, jóvenes y señoritas, hasta que el salón de la familia estuvo lleno. Les hablé del texto: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo". Tuve tanta libertad al dirigirme a este inteligente auditorio montañoso como al hablar ante miles de personas reunidas. La presencia del Señor no se limita a los grandes números. Él está listo para bendecir a los pocos que se reúnen para su adoración.

A continuación visitamos Green Valley, y pasamos una velada agradable y provechosa con el Hno. y la Hna. Babcock, y la familia del Hno. Morton. Conversamos sobre la manera más sabia y exitosa de trabajar por la salvación de las almas, y también consideramos cómo se puede pasar el sábado de la manera más provechosa donde hay muy pocos que lo observen. Si no hay más que tres personas que puedan reunirse el sábado, éstas deben juntarse y escudriñar las Escrituras, leer de nuestras publicaciones lo que parezca más conveniente tanto para los padres como para los hijos, y luego unirse en oración por la presencia y la bendición de Dios.

Pasé el sábado 11 de febrero en Santa Rosa. Fue un día que la iglesia no olvidará pronto.

Por la mañana hablé a partir de las palabras de Cristo: "Mirad por vosotros mismos, no sea que en algún momento vuestros corazones se sobrecarguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y os sobrevenga de improviso aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre." Las solemnes escenas del día de Dios me parecían una realidad viva. Sentí el peligro de su pueblo profeso, y les insté a que buscaran una preparación para el Juicio que pronto llegaría. Estamos lejos de ser tan serios y devotos como deberíamos ser. Cuán pocos entre nosotros han llegado a estar realmente muertos al mundo y vivos para Dios. Muchos de los hijos de

padres creyentes, niños que han sido educados en la escuela sabática y están familiarizados con las Escrituras, no tienen todavía ningún interés en la religión. Bajo los más poderosos llamamientos del Espíritu Santo, parecen tan impasibles como si estuvieran esculpidos en piedra. ¿Qué puede hacerse para romper el hechizo que Satanás ha lanzado sobre estas almas? No veo ninguna ayuda, excepto que los padres presenten a sus hijos ante el trono de la gracia, en oración humilde, ferviente y creyente, rogando al Señor que trabaje con sus esfuerzos y los esfuerzos de sus ministros, hasta que la convicción y la conversión sean el resultado.

Mientras hablaba la palabra, el Espíritu de Dios se posó sobre mí con poder, e hizo comprender la verdad a muchos corazones. Supliqué tanto a los inconversos como a los reincidentes que volvieran al Señor con confesión y arrepentimiento. Entre veinticinco y treinta respondieron. Se hicieron confesiones sinceras, y se oró fervientemente por los que se habían acercado, y también por otros que aún no se habían decidido a entregar su corazón a Dios. Eld. Van Horn fue grandemente bendecido mientras oraba. La unción del Espíritu Santo reposaba sobre él, y la sagrada influencia parecía impregnar la asamblea.

Por la tarde nos reunimos de nuevo, y la bendición del Señor nos acompañó en mayor medida. Los testimonios parecían provenir de corazones ablandados y subyugados por el Espíritu Santo. Para mí fue un tiempo precioso. Mi copa de bendición parecía llena a rebosar. El Hijo de Dios estaba con nosotros como con los discípulos de antaño, diciendo: "Paz a vosotros". Varios comentaron que Jesús parecía estar muy cerca. Sentían que sólo tenían que extender la mano para tocarlo. La luz del cielo parecía descender de las puertas entreabiertas, por las que un Salvador ascendente ha entrado para interceder por nosotros. No nos habríamos privado de este punto luminoso en nuestra experiencia por ninguna cantidad de oro o plata.

Esperamos que la experiencia de este sábado no se pierda en la iglesia de Santa Rosa. Jesús se ha acercado mucho a ellos para bendecirlos. Oh, ¿permitirá alguno que la sagrada influencia del Espíritu Santo venga y se vaya sin ser apreciada? ¿La tratarán a la ligera, como de poca importancia? ¡Dios no lo permita! Que todos aquellos a quienes el Señor se ha revelado aprecien la santa influencia. No dejemos que la incredulidad envenene el alma. Mantengamos firme aquello a lo que hemos llegado y sigamos adelante, hacia la meta del premio.

Debemos recordar que toda bendición no mejorada aumenta nuestra culpa. Dijo Cristo a Capernaum, aquella ciudad tan altamente favorecida durante su ministerio público: "Tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, serás abatida hasta el infierno, porque si las maravillas que se han hecho en ti, se hubieran hecho en Sodoma, habría permanecido hasta el día de hoy". Guardémonos de que, por menospreciar los favores del Cielo, atraigamos sobre nosotros esta terrible maldición.

En Santa Rosa se realizó una buena obra, aunque los incrédulos manifestaron poco interés. La oportunidad fue aprovechada con gratitud por los que amaban la verdad. Escucharon las razones de nuestra fe con sentimientos semejantes a los de los discípulos a quienes Jesús expuso las Escrituras en el camino a Emaús. Cuando estos discípulos supieron que era Cristo quien había caminado y conversado con ellos, se dijeron el uno al otro: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino, y mientras nos abría las Escrituras?". Cristo sigue enviando siervos escogidos como representantes suyos para explicar y reforzar las verdades de su palabra sagrada. Este es un canal importante por el que ha elegido comunicar su voluntad a los hombres. Los que rechazan estas oportunidades pierden el mensaje que Cristo les ha enviado por medio de su siervo.

Había algunos en Santa Rosa que, debido a muchos desalientos, habían renunciado a la verdad. Estos fueron reclamados por el reciente esfuerzo allí, y se han unido de nuevo a la iglesia. Que el Señor imparta fortaleza y valor a estas almas temblorosas. Las personas son a veces tan reservadas, tímidas y sensibles en temas religiosos, incluso después de haber entregado sus corazones a Dios, que no reciben la fortaleza que podrían tener. Hablamos sin reservas de nuestros asuntos temporales, y ¿por qué habríamos de ser tan reacios a hablar de nuestros intereses eternos? Ojalá que todos los corazones fueran inspirados con santa audacia. Ojalá que todos pudiéramos presentar a Jesús ante la gente con valor, fortaleza y fe. E. G. White.

E. G. White.

20 de abril de 1882

La causa principal de la intemperancia

EGW

Aquí sólo se nos concede un contrato de arrendamiento de la vida; y la pregunta de cada uno debería ser: ¿Cómo puedo invertir mi vida para que produzca el mayor beneficio? La vida sólo es valiosa en la medida en que la mejoramos en beneficio de nuestros semejantes y de la gloria de Dios. El cultivo cuidadoso de las habilidades con que el Creador nos ha dotado, nos capacitará para una elevada utilidad aquí, y una vida más elevada en el mundo venidero.

El tiempo que se dedica a la creación y preservación de una buena salud física y mental es el que se emplea correctamente. No podemos permitirnos empequeñecer o paralizar una sola función de la mente o del cuerpo, por exceso de trabajo o abuso de cualquier parte de la maquinaria viva. Tan cierto como que hacemos esto, debemos sufrir las consecuencias. Nuestro primer deber para con Dios y nuestros semejantes es el autodesarrollo. Cada facultad con la que el Creador nos ha dotado debe ser cultivada hasta el más alto grado de perfección, para que podamos hacer la mayor cantidad de bien de la que seamos capaces. Para purificar y refinar nuestros caracteres, necesitamos la gracia que Cristo nos ha dado, que nos permitirá ver y corregir nuestras deficiencias, y mejorar lo que es excelente. Esta obra, realizada por nosotros mismos en la fuerza y el nombre de Jesús, será de mayor beneficio para nuestros semejantes que cualquier sermón que podamos predicarles. El ejemplo de una vida bien equilibrada y ordenada tiene un valor inestimable.

La intemperancia está en la base de la mayor parte de los males de la vida. Destruye anualmente a decenas de miles de personas. No hablamos de intemperancia como algo limitado sólo al uso de licores embriagantes; tiene un significado más amplio, incluyendo la indulgencia dañina de cualquier apetito o pasión. Hay hoy millares que sufren la tortura del dolor físico, o que se retuercen bajo un sentimiento de degradación mental y moral, y que desean una y otra vez no haber nacido. Dios no diseñó esta condición de las cosas; pero se produjo a través de la violación flagrante de las leyes de la Naturaleza. Si los apetitos y las pasiones estuvieran bajo el control de la razón santificada, la sociedad presentaría un aspecto muy diferente. Muchas de las cosas que habitualmente se convierten en artículos de la dieta, no son aptas para la

alimentación; el gusto por ellas no es natural, sino que ha sido cultivado. Los alimentos estimulantes crean el deseo de estimulantes aún más fuertes.

La comida indigesta desordena todo el sistema, y los resultados son antojos antinaturales y apetitos desmesurados. "No toques, no pruebes, no manipules" es un lema que debe llevarse más lejos que el mero uso de licores espirituosos. La verdadera templanza nos enseña a abstenernos por completo de lo que es perjudicial, y a usar juiciosamente sólo los alimentos que son saludables y nutritivos.

Los primeros pasos de la intemperancia suelen darse en la primera juventud. Al niño se le dan alimentos estimulantes, que excitan antojos antinaturales del estómago. Estos falsos apetitos son complacidos a medida que se desarrollan. El gusto se pervierte cada vez más; se anhelan y se consienten estimulantes más fuertes, hasta que pronto el esclavo del apetito deja de lado toda restricción. El mal comenzó temprano en la vida, y podría haber sido evitado por los padres. En nuestro país se hacen grandes esfuerzos para acabar con la intemperancia, pero es difícil dominar y encadenar al fuerte león adulto.

Si la mitad de los esfuerzos que se hacen para detener este gigantesco mal se dirigieran a ilustrar a los padres sobre su responsabilidad en la formación de los hábitos y el carácter de sus hijos, podría resultar un bien mil veces mayor que el que resulta del curso actual de combatir sólo el mal ya desarrollado. El apetito antinatural por los licores espirituosos se crea en el hogar, en muchos casos en las mismas mesas de aquellos que son más celosos para liderar las campañas de templanza. A todos los trabajadores de la buena causa les deseamos buena suerte, pero les invitamos a profundizar en las causas del mal contra el que luchan, y a trabajar con más ahínco y constancia en la obra de la reforma.

Los padres deben comportarse de tal manera que sus vidas sean una lección diaria de autocontrol y tolerancia para su familia. El padre y la madre deben unirse en la disciplina de sus hijos. Deben sentirse bajo la solemne obligación ante Dios de educar a sus hijos de tal manera que les asegure, en la medida de lo posible, una buena salud física y un carácter bien desarrollado. Sobre la madre, sin embargo, recaerá la carga más pesada, especialmente en los primeros años de la vida de sus hijos. Es su deber controlar y dirigir las mentes en desarrollo de sus tiernos hijos, así como velar por su salud. El padre debe ayudarla con su simpatía y consejo, y compartir sus cargas en la medida de lo posible.

Los padres no deben considerar a la ligera la tarea de educar a sus hijos. Deben emplear mucho tiempo en el estudio cuidadoso de las leyes que regulan nuestro ser. Su primer objetivo debe ser aprender la manera correcta de tratar a sus hijos, para asegurarles mentes sanas en cuerpos sanos. Demasiados padres son controlados por la costumbre, en vez de por la sana razón y las demandas de Dios. Muchos que profesan ser seguidores de Cristo descuidan tristemente los deberes del hogar. No perciben la sagrada importancia de la confianza que Dios ha puesto en sus manos, para moldear el carácter de sus hijos, a fin de que tengan vigor moral para resistir las muchas tentaciones que atrapan los pies de la juventud.

Instamos a que los principios de la templanza se lleven a todos los detalles de la vida hogareña; que el ejemplo de los padres sea una lección de templanza; que la abnegación y el autocontrol se enseñen a los niños y se les impongan, en la medida de lo posible, desde la infancia. Y en primer lugar es importante que se enseñe a los pequeños que comen para vivir, no que viven para comer; que el apetito debe estar supeditado a la voluntad; y que la voluntad debe estar gobernada por una razón tranquila e inteligente. Se ahorraría mucha ansiedad y dolor a los padres si desde la cuna se enseñara a los niños que su voluntad no debe convertirse en ley, ni sus caprichos deben ser continuamente complacidos. No es tan difícil como generalmente se supone enseñar al niño pequeño a sofocar sus arrebatos de temperamento y a dominar sus arrebatos de pasión.

Pocos padres empiezan lo bastante pronto a enseñar obediencia a sus hijos. Por lo general, se permite que el niño tenga dos o tres años más que sus padres, quienes se abstienen de disciplinarlo, pensando que es demasiado pequeño para aprender a obedecer. Pero durante todo este tiempo el yo está creciendo con fuerza en el pequeño ser, y cada día es más difícil para los padres controlar al niño. A una edad muy temprana los niños pueden comprender lo que se les dice clara y sencillamente; y, mediante un trato amable y juicioso, se les puede enseñar a obedecer.

La madre no debe permitir que su hijo obtenga ventaja sobre ella en un solo caso; y, para mantener esta autoridad, no es necesario recurrir a medidas severas; una mano firme y firme, y una bondad que convenza al niño de su amor, lograrán el propósito. Pero si dejamos que el egoísmo, la ira y la voluntad propia sigan su curso durante los tres primeros años de la vida de un niño, será difícil lograr que se someta a una disciplina completa. Su disposición se vuelve agria; se deleita en salirse con la suya; el control paterno es desagradable. Estas malas tendencias crecen con el crecimiento del niño, hasta que, en la edad

adulta, el egoísmo supremo y la falta de autocontrol lo colocan a merced de los males que corren desenfrenados en nuestra tierra.

4 de mayo de 1882

El trabajo como bendición

EGW

Muchos consideran el trabajo como una maldición, originada por el enemigo de las almas. Esta es una idea errónea. Dios dio el trabajo al hombre como una bendición, para ocupar su mente, fortalecer su cuerpo y desarrollar sus facultades. Adán trabajó en el jardín del Edén, y encontró en la actividad mental y física los mayores placeres de su santa existencia. Cuando fue expulsado de ese hermoso hogar como resultado de su desobediencia, y se vio obligado a luchar con una tierra obstinada para ganarse el pan de cada día, ese mismo trabajo fue un alivio para su alma afligida, una salvaguardia contra la tentación.

El trabajo juicioso es indispensable tanto para la felicidad como para la prosperidad de nuestra raza. Hace fuertes a los débiles, valientes a los tímidos, ricos a los pobres y felices a los miserables. Nuestras diversas confianzas son proporcionales a nuestras diversas habilidades, y Dios espera rendimientos correspondientes por los talentos que ha dado a sus siervos. No es la grandeza de los talentos que se poseen lo que determina la recompensa, sino la manera en que se emplean, el grado de fidelidad con que se cumplen los deberes de la vida, sean grandes o pequeños.

La ociosidad es una de las mayores maldiciones que pueden caer sobre el hombre, porque el vicio y el crimen le siguen. Satanás está al acecho, listo para sorprender y destruir a aquellos que están desprevenidos, cuyo ocio le da la oportunidad de insinuarse en su favor, bajo algún disfraz atractivo. Nunca tiene más éxito que cuando se acerca a los hombres en sus horas ociosas.

La mayor maldición que sigue al tren de la riqueza es la idea en boga de que el trabajo es degradante. "He aquí, ésta fue la iniquidad de tu hermana Sodoma: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad había en ella y en sus hijas; ni fortaleció la mano del pobre y del necesitado". Aquí se presentan ante nosotros, en las palabras de la Sagrada Escritura, los terribles resultados de la ociosidad. Fue ésta la causa de la ruina de las ciudades de la llanura. La ociosidad debilita la mente, envilece el alma y pervierte el entendimiento, convirtiendo en maldición lo que fue dado como bendición.

Los ricos a menudo se consideran con derecho a la preeminencia entre sus semejantes y en el favor de Dios. Muchos se sienten por encima del trabajo honrado y miran con desprecio a sus vecinos más pobres. A los hijos de los ricos se les enseña que para ser caballeros y damas deben vestir a la moda, evitar todo trabajo útil y rehuir la sociedad de las clases trabajadoras. No se atreven a escandalizar a sus socios de moda dando un uso práctico a los dones de Dios.

Tales ideas están totalmente en desacuerdo con el propósito divino en la creación del hombre. ¿Qué son las posesiones del más rico en comparación con la herencia dada al señorial Adán? Sin embargo, Adán no debía estar ocioso. Un Creador omnisapiente entiende lo que es para la felicidad del hombre; y es por esto que le dio a Adán su trabajo designado.

El Hijo de Dios honró el trabajo. Aunque era la Majestad del Cielo, eligió su hogar terrenal entre los pobres y humildes, y trabajó para ganarse el pan de cada día en la humilde carpintería de José. Cristo es nuestro ejemplo. Vino a la tierra para enseñarnos a vivir. ¿Necesitamos una humillación demasiado grande para seguir el camino del Rey de gloria?

Los padres equivocados tratan de mejorar el plan de Dios. Muchos envían a sus hijos lejos de las influencias y los deberes del hogar, a algún internado o colegio, para obtener una educación. Allí, privados del cuidado de los padres, los jóvenes malgastan horas preciosas en la lectura de novelas, en diversiones frívolas, o en el estudio del adorno de la persona, para aventajar a sus compañeros. Por tales afanes, descuidan sus deberes para con sus semejantes y para con Dios.

Esta falsa educación lleva a las jóvenes a considerar la inutilidad, la frivolidad y el desamparo como pruebas de gentileza. Mariposas de moda, no tienen nada que hacer por el bien de los demás, ni en casa ni en el extranjero. Aquí puede encontrarse el secreto de muchos de los matrimonios infelices y flirteos que terminan en vergüenza, que maldicen nuestro mundo de hoy.

Los que poseen riqueza y ocio, pero no tienen un propósito en la vida, no tienen nada que les despierte a la actividad mental o física. Así, muchas mujeres pierden la salud y son enviadas a alguna institución médica para recibir tratamiento. Allí se contratan asistentes, a un gran costo, para frotar, estirar y ejercitar los músculos, que se han vuelto impotentes por la inactividad. Contrata sirvientes para poder vivir una vida de ociosidad, y luego contrata a otros sirvientes para ejercitar los músculos debilitados por el desuso. ¡Qué locura consumada! Cuánto más sabio y mejor es que las mujeres, jóvenes o viejas, desafíen las burlas de los partidarios de la moda y obedezcan los dictados del

sentido común y las leyes de la vida. Mediante el alegre desempeño de las tareas domésticas, podrían convertirse en miembros útiles y felices de la sociedad. Tal trabajo proporciona una "cura del movimiento" más eficiente y provechosa que las mejores invenciones de los médicos.

Los hombres jóvenes, así como las mujeres jóvenes, manifiestan una triste falta de propósito serio y de independencia moral. Vestirse, fumar, decir tonterías y dar rienda suelta a su pasión por la diversión es el ideal de felicidad, incluso para muchos que profesan ser cristianos. Es doloroso pensar en el tiempo que así se malgasta. Las horas que deberían dedicarse al estudio de las Escrituras o al trabajo activo por Cristo son peor que desperdiciadas.

La vida fue dada para un propósito verdadero y santo. Es demasiado preciosa para desperdiciarla así. Ruego a los que han tomado el nombre de Cristo que examinen sus propios corazones y se juzguen a sí mismos. ¿No aman el placer más de lo que aman a Dios o a sus semejantes?

Hay trabajo que hacer. Hay una mente, con todas sus capacidades, que fortalecer y almacenar con los tesoros de la sabiduría divina. Hay almas que salvar. Hay un Cielo que ganar. Hay batallas que librar. Puedes venir al frente y unirte a la guerra contra las huestes del mal. En la fuerza de Dios puedes hacer un trabajo bueno y noble para el Maestro.

Dios quiso que todos fueran trabajadores, y sobre aquellos cuyas oportunidades y capacidades son mayores, recaen las responsabilidades más pesadas. Sobre ellos recaerá también la más pesada condenación si son infieles a su confianza. Las pacientes bestias de carga avergüenzan al indolente que no hace nada y que, dotado de facultades de raciocinio y conocimiento de la voluntad divina, se niega a desempeñar la parte que le corresponde en el gran plan de Dios.

La indolencia de muchos provoca el exceso de trabajo de unos pocos. Una gran clase se niega a pensar o actuar por sí misma. No están dispuestos a salir de los viejos surcos del prejuicio y del error; con su perversidad bloquean el camino del progreso y obligan a los abanderados del derecho a realizar esfuerzos más heroicos en su marcha hacia adelante. Trabajadores sinceros y abnegados fracasan por falta de ayuda y se hunden bajo su doble carga. Sus tumbas son hitos en los caminos ascendentes de la reforma.

La verdadera gloria y alegría de la vida sólo la encuentran el hombre y la mujer trabajadores. El trabajo trae su propia recompensa, y es dulce el descanso que se compra con la fatiga de un día bien empleado. Pero hay un trabajo

autoimpuesto que es totalmente insatisfactorio y perjudicial. Es el que gratifica la ambición no santificada, el que busca la ostentación o la notoriedad. El amor a la apariencia o a la posesión lleva a miles de personas a llevar al exceso lo que es lícito, a dedicar toda la fuerza de la mente y del cuerpo a lo que sólo debería ocupar una pequeña parte de su tiempo. Dedicán toda su energía a la adquisición de riquezas u honores; hacen que todos los demás objetos sean secundarios a éste; se afanan incansablemente durante años para lograr su propósito; sin embargo, cuando alcanzan la meta y se aseguran la codiciada recompensa, ésta se convierte en cenizas a su alcance; es una sombra, una ilusión. Han dado su vida por lo que no les aprovecha.

Sin embargo, todas las actividades lícitas de la vida pueden seguirse con seguridad, si el espíritu se mantiene libre de esperanzas egoístas y de la contaminación del engaño y la envidia. La vida de negocios del cristiano debe estar marcada por la misma pureza que reinaba en el taller del santo Nazareno. Son los hombres y mujeres de trabajo -los que están dispuestos a asumir sus responsabilidades con fe y esperanza- los que ven algo grande y bueno en la vida.

Pacientes obreros, recordad que eran robustos trabajadores a quienes Cristo escogió de entre los pescadores de Galilea y los fabricantes de tiendas de Corinto, para trabajar con él en la obra de la salvación. De estos hombres humildes salió un poder que se sentirá por toda la eternidad.

Los ángeles son trabajadores; son ministros de Dios para los hijos de los hombres. Aquellos espíritus perezosos que esperan un cielo de inacción se sentirán decepcionados, porque el Creador no ha preparado tal lugar para la gratificación de la indolencia pecaminosa. Pero a los cansados y agobiados se les promete descanso. Es a los siervos fieles a quienes se da la bienvenida desde sus trabajos hasta el gozo de su Señor. Con alegría se despojarán de sus armaduras, y olvidarán el ruido de la batalla en la paz que será la herencia de los santos.

El camino del trabajador cristiano puede ser duro y estrecho, pero está honrado por las huellas del Redentor, y está a salvo quien sigue ese camino sagrado.

4 de mayo de 1882

Nuestra escuela en Healdsburg

EGW

En la providencia de Dios una escuela ha sido establecida por nuestra gente en California. Ha llegado el momento de dar ese paso. Se ha sentido profundamente la necesidad de una escuela, y confiamos en que nuestros hermanos de esta costa la sostendrán con sus medios y su patrocinio.

El propósito de los directores y maestros no es tanto copiar los planes y métodos de otras instituciones de enseñanza, sino hacer de esta escuela algo que Dios apruebe. Confiamos en que se mantendrá un alto nivel moral y religioso, y que la Academia de Healdsburg estará libre de esas influencias perniciosas que son tan frecuentes en las escuelas populares.

Algunos padres pueden pensar que no pueden pagar la matrícula de sus hijos, cuando se puede obtener una educación gratuita en las escuelas públicas. Pero nosotros sostenemos que incluso en lo que se refiere a los dólares y centavos, los padres encontrarán que lo más sabio es colocar a sus hijos bajo buenas influencias morales y religiosas. En su asociación con mundanos, los jóvenes están expuestos a muchas tentaciones. El orgullo y la extravagancia en el vestir son algunos de los pecados predominantes de la época. ¿No afectará la influencia de los asociados mundanos los hábitos, gustos y deseos de sus hijos? ¿No los alejará de la sencillez en el vestir y los hará descontentos con lo que es útil y sustancial? ¿No excederá con mucho el costo de la matrícula en una escuela donde tales influencias se mantengan a raya? Hemos visto este experimento una y otra vez. En todos los casos los padres han perdido en lugar de ahorrar.

Por asociación con compañeros impíos o viciosos, los jóvenes a menudo adquieren gustos y hábitos que resultan perjudiciales para toda la vida. Niños de seis a doce años pueden ser vistos saliendo de las escuelas públicas, fumando sus cigarrillos. Algunos a quienes se les han enseñado cosas mejores no están a prueba de tales ejemplos.

En lugar de permitir que nuestros hijos imiten las costumbres y prácticas del mundo, debemos tratar de inculcar en sus mentes que el amor al placer y la indulgencia egoísta son peligrosos para la virtud y la moralidad. A menudo oímos decir que los jóvenes deben "sembrar su avena silvestre". Pero

recordemos que la semilla sembrada determinará el carácter de la cosecha. Las locuras e indiscreciones juveniles dejarán una huella en la mente y el carácter. En los primeros años de vida, el cerebro es particularmente susceptible a las lesiones. Incluso un ligero grado de indulgencia sensual baja su tono y deteriora su poder. El efecto de tal indulgencia será visto y sentido, mucho después de que el pecado mismo haya sido arrepentido.

Si los padres desean que sus hijos lleguen a ser hombres y mujeres puros, nobles y rectos, deben darles un ambiente correcto y compañeros adecuados en la infancia. Investiga en la historia de los mejores y más nobles hombres del mundo, aquellos que han hecho de la vida un éxito, y encontrarás que desde la niñez se rigieron por principios rectos. Eran sencillos en sus gustos y templados en sus hábitos. Las lecciones de abnegación y autocontrol fueron aprendidas tempranamente. Se puede decir que tales hombres, en el sentido más elevado, todavía disfrutaban de su juventud. Su pureza permanece intacta, su fuerza y vigor no han disminuido. Los padres pensaban menos en acumular dinero para sus hijos que en asegurarles una moral pura y un intelecto vigoroso. El temor del Señor, que es el principio de la sabiduría, era el fundamento de su grandeza.

Padres y madres, ¿no procuraréis construir una barrera alrededor de vuestros hijos, para que la influencia contaminante y corruptora del mundo, como una corriente que se arrastra rápidamente, no los lleve a la perdición? Cuando cuenten el costo de educar a sus hijos e hijas en nuestra propia escuela, tengan en cuenta también el costo de educarlos en las escuelas públicas y en los colegios de la época. Considerad cuáles serán sus asociaciones, a qué tentaciones estarán expuestos, qué gustos y hábitos se formarán.

Casi todos los jóvenes desean estar a la moda y lo intentan. No sólo los hijos e hijas de la fortuna, sino también los hijos de la pobreza, se dedican a la búsqueda desenfrenada del placer y la ostentación. Por limitadas que sean sus circunstancias, la mayoría de los padres ceden a la influencia de sus hijos amantes del placer y encuentran medios para satisfacer sus deseos. Muchos jóvenes están constantemente en un estado de excitación exhaustiva o de descontento deprimente. La indulgencia sólo aumenta la sed de placer y exhibición, hasta que se convierte en un ansia insaciable. Los ejemplos de esto son tan frecuentes como dolorosos. Relataré uno de ellos. Una dama había encontrado placer desde su niñez en la satisfacción del orgullo y la vanidad, hasta que el amor por la ostentación y el deseo de admiración se convirtieron en la pasión dominante de su vida. Todavía era la pasión dominante en la hora de su muerte. Mientras la humedad de la muerte se apoderaba de su frente, sólo

pensaba en cómo causar sensación. Expresó su deseo de que la vistieran para la tumba con sus más ricas vestiduras y la adornaran con todas sus costosas joyas. Así se hizo, y en una burla vacía, el oro y las gemas brillaron sobre el cuerpo en descomposición. Esta es una idolatría apenas superada por los adoradores de los dioses paganos. Pero a tales extremos llevarán el orgullo y la moda a sus seguidores. ¿Debemos exponer a nuestros hijos a estas influencias nefastas?

Para ganar riqueza, los hombres afrontan alegremente cualquier peligro y soportan cualquier dificultad. Cruzarán el mar, explorarán las profundidades de la tierra, escalarán las montañas o atravesarán el desierto. Correrán todos los riesgos en espera de futuras ganancias. ¿No debería el pueblo de Dios estar dispuesto a hacer algún sacrificio por el bienestar presente y futuro de sus hijos?

Me he sentido sorprendido y dolido al ver cómo los padres envían a sus hijos e hijas a cientos de kilómetros de casa, entre incrédulos, para obtener una educación. Privados de la vigilancia de sus padres, estos jóvenes están rodeados de influencias opuestas a Dios. Los padres encontrarán, para su tristeza, que sus hijos han recibido una educación en la frivolidad y la mundanalidad que los colocará más allá de la influencia de la verdad.

Aconsejamos a los padres que aprovechen la oportunidad que ahora se les ofrece para separar a sus hijos de estas asociaciones mundanas. Madres, ¿no sería verdadera sabiduría practicar la economía y la abnegación en el amueblamiento de vuestra casa o en el adorno de vuestro vestido, y dejar que los medios así ahorrados se dediquen a la educación de vuestros hijos? Padres, ¿no podéis vender un pedazo de vuestra tierra y enviar a vuestros hijos a una escuela donde predomine la influencia moral y religiosa? El dinero así invertido dará rendimientos más valiosos que las acciones bancarias. Os será devuelto, tanto el capital como los intereses, en el progreso mental y espiritual de vuestros hijos.

Se ha diseñado que la educación impartida en nuestra escuela esté en armonía con las enseñanzas de la palabra de Dios. La instrucción religiosa se impartirá diariamente. Se inculcarán fielmente los principios cristianos. El propósito del Director es dirigir la escuela según el plan de una familia cristiana bien regulada. Ya sea que se dediquen al estudio o al recreo, los alumnos estarán bajo la supervisión de maestros amables pero vigilantes.

La Biblia es la palabra de Dios a los hombres. Nos enseña cómo vivir para que podamos asegurar el gran fin de la vida. El conocimiento contenido en este libro se encuentra en la base misma de todo conocimiento. Sin embargo, Dios y su

palabra han sido ignorados, mientras que las palabras de los hombres han sido atesoradas como consejos de sabiduría. Deberíamos dar a la Biblia el lugar que le corresponde en nuestras escuelas y en nuestros hogares, como el libro más valioso que poseen los hombres.

Miles en esta época tratan de vestir el pecado con ropajes de justicia, para ocultar su verdadera deformidad. Debe enseñarse a los jóvenes a estudiar la Palabra de Dios por sí mismos, y a someter cada acto y propósito de la vida a esta prueba infalible. Que tengan siempre presente el hecho de que la verdad y la justicia no pueden comprometerse, ni siquiera para salvar a una raza perdida. Contemplando la cruz del Calvario, ¿podemos pensar que el pecado es un asunto de poca importancia? Dios podía dar a su Hijo unigénito para que muriera por nuestra redención, pero no podía permitir que se derrocaran los principios de su gobierno.

El pecado es el mal que ha traído tanta miseria a nuestra raza. Debe enseñarse a los jóvenes a odiar el pecado, a evitarlo, no sólo por temor al castigo, sino por un sentido de su inherente bajeza. Deben aprender a hacer lo correcto porque es correcto. Cada joven debe ser impresionado con el hecho de que él no es suyo; que su fuerza, su tiempo, sus talentos, pertenecen a Dios. Su principal propósito en la vida debe ser glorificar a Dios y hacer el bien a sus semejantes. La Biblia le enseña que él es una rama, en la que se debe encontrar fruto; un administrador, cuyo capital aumentará a medida que sea sabiamente mejorado; una luz, cuyos brillantes rayos deben iluminar la oscuridad moral que envuelve la tierra. Cada hombre, cada niño, tiene un trabajo que hacer para la gloria de Dios y para la salvación de las almas que están a punto de perecer.

La mayor carencia de esta época es la carencia de hombres, hombres que no se dejen comprar ni vender; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman llamar al pecado por su justo nombre, y condenarlo, en sí mismos o en los demás; hombres cuya conciencia sea tan fiel al deber como la aguja al palo; hombres que defiendan lo justo, aunque caiga el cielo.

Para formar tal carácter en los jóvenes, se necesita un sistema de educación diferente del que generalmente se adopta. La formación moral y religiosa debe recibir más atención. Estamos educando a nuestros hijos para el tiempo y para la eternidad. Emprendamos nuestro trabajo como si nos diéramos cuenta de su importancia.

Sra. E. G. White

18 de mayo de 1882

Quema de los libros mágicos

EGW

En tiempos de los apóstoles, la ciudad de Éfeso era famosa por el culto a la diosa Diana y la práctica de la magia. El templo de Diana era considerado, por su tamaño y esplendor, una de las maravillas del mundo. Su sobrecogedora magnificencia lo convirtió en el orgullo tanto de la ciudad como de la nación. El ídolo en sí no era más que una tosca imagen de madera, en la que estaban inscritos caracteres y símbolos místicos. Se suponía que poseían un gran poder. Cuando se pronunciaban, hacían maravillas. Cuando se escribían, se atesoraban como un potente amuleto que protegía a su poseedor de los ladrones, de las enfermedades e incluso de la muerte. Los efesios escribieron numerosos y costosos libros para explicar el significado y el uso de estos misteriosos símbolos.

En esta ciudad, baluarte de la superstición y la brujería, el apóstol Pablo trabajó durante varios años. Aquí el poder de Dios se manifestó poderosamente a través de su siervo. Los enfermos sanaban y los espíritus malignos eran expulsados.

Los milagros realizados por Pablo en nombre de Jesús, crearon gran excitación en Éfeso. Entre los que practicaban artes mágicas había ciertos exorcistas judíos, que afirmaban poseer el mismo poder ejercido por Pablo. Creyendo que el nombre de Jesús actuaba como un amuleto, decidieron expulsar a los espíritus malignos por los mismos medios que había empleado el apóstol.

Siete hermanos, hijos de Esceva, sumo sacerdote de los judíos, intentaron curarlo. Encontrando a un hombre que estaba poseído por un espíritu maligno, se dirigieron a él: "Te conjuramos por Jesús, a quien predica Pablo". Pero el espíritu maligno respondió con desprecio: "A Jesús lo conozco, y a Pablo también; pero ¿quiénes sois vosotros?" Y el hombre poseído los atacó con tal violencia que huyeron de la casa, desnudos y heridos.

El desconcierto y la humillación de los que habían profanado el nombre de Jesús pronto fueron conocidos en todo Éfeso, por judíos y gentiles. Fue una prueba inequívoca del carácter sagrado de ese nombre y del peligro que corrían quienes lo invocaban mientras no tuvieran fe en la misión divina de Cristo.

Muchos no se atrevían a pronunciar en voz alta el nombre, sobre el que hasta entonces habían amontonado reproches y blasfemias. Un gran número se convenció de que Cristo era todo lo que Pablo afirmaba que era, y decidieron recibir el Evangelio. Estos renunciaron abiertamente a la práctica de la hechicería y reconocieron que sus artes secretas eran engañosas y satánicas. Reunieron los manuales de encantamiento, los costosos libros que contenían los símbolos místicos de Diana y los secretos de su arte, y los quemaron en presencia de todo el pueblo. El sacrificio así realizado se estimó en cincuenta mil piezas de plata, equivalentes a unos diez mil dólares.

La conversión de estos efesios fue acompañada de los resultados que siempre siguen a la conversión genuina. Cuando se convencieron de que sus libros mágicos eran falsos y perniciosos, no quisieron venderlos y poner así la tentación en el camino de otros. Pronto quemaron los registros de adivinación, con gran sacrificio personal. El poder de la verdad triunfó sobre los prejuicios de los hombres, sus aficiones favoritas y el amor al dinero.

Esos libros mágicos contenían reglas y formas de comunicación con los espíritus malignos. Eran, de hecho, las regulaciones de la adoración de Satanás; direcciones para solicitar su ayuda, y obtener información de él. El sistema de magia o hechicería entonces existente era en realidad el mismo que ahora se conoce como espiritismo moderno. Muchos fueron engañados en los días de Pablo por este engaño satánico, y muchos son engañados hoy por el mismo poder. Los "libros mágicos" no estaban confinados a la era apostólica, o a las naciones que se llaman paganas. Los hechiceros de nuestro tiempo se aprovechan de la libertad de la prensa para difundir su torva literatura. Si todas las producciones del espiritismo moderno fueran tratadas como lo fueron los libros mágicos de los efesios, se cortaría una de las vías más exitosas de Satanás para destruir las almas de los hombres.

La brujería y la hechicería se practican en esta era cristiana y en esta nación cristiana, incluso con más audacia que por los antiguos magos. Satanás está encontrando acceso a miles de mentes presentándose bajo el disfraz de amigos difuntos. Las Escrituras de la verdad declaran que "los muertos nada saben". Sus pensamientos, su amor, su odio, han perecido. Los muertos no comulgan con los vivos. Pero Satanás -fiel a su astucia primitiva, cuando en forma de serpiente engañó a la madre de nuestra raza- emplea este artificio para apoderarse de las mentes de los hombres.

Pablo advierte a sus hermanos corintios del poder engañoso de su gran adversario. Declara: "Temo que en modo alguno, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así sean corrompidas vuestras mentes de la simplicidad que hay en Cristo."

Escribe a su hijo Timoteo: "Ahora bien, el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y a doctrinas de demonios."

En su segunda epístola a los Tesalonicenses, les advierte que el segundo advenimiento de nuestro Señor será precedido por la obra de Satanás, "con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esta causa, Dios les enviará un fuerte engaño, para que crean la mentira".

Porque los hijos de los hombres rechazan las enseñanzas más claras de su palabra, y pisotean su ley, Dios les deja elegir lo que desean. Desprecian la verdad, y él les permite creer una mentira. Se niegan a someterse a las convicciones del Espíritu Santo, y Satanás, transformándose en ángel de luz, los lleva cautivos a su antojo. Si los hombres estuvieran familiarizados con la palabra de Dios y fueran obedientes a sus enseñanzas, no podrían ser engañados de esta manera; pero descuidan el gran detector del fraude, y la mente se confunde y corrompe por las artes engañosas de los hombres y el poder secreto del padre de la mentira.

Los hombres de inteligencia se encaprichan con la brujería satánica con tanta verdad hoy como en los días de Pablo. Miles aceptan la opinión del ministro u obedecen los mandatos del papa o del sacerdote, y descuidan la palabra de Dios y desprecian su verdad. Dios quiere que su pueblo aprenda su deber por sí mismo. La Biblia declara su voluntad a los hombres, y es tanto nuestro privilegio y nuestro deber aprender esa voluntad como lo es de los ministros y papas y sacerdotes aprenderla. Lo que ellos pueden leer de la palabra de Dios, todos nosotros podemos leerlo.

Cuando los conversos efesios quemaron sus libros de magia, demostraron que odiaban lo que una vez habían amado y amaban lo que una vez habían odiado. La luz de la verdad, brillando en sus mentes, los había convencido de la ilegalidad de sus artes, y había despertado en sus almas el aborrecimiento de sus actos impíos. Tal cambio es la mejor evidencia de una verdadera conversión.

Una persona puede no ser capaz de decir el tiempo o el lugar exacto, o de trazar toda la cadena de circunstancias en el proceso de conversión; sin embargo, esto no prueba que sea un inconverso. Cristo dijo a Nicodemo: "El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu". Aunque la obra de la gracia sea silenciosa y casi imperceptible, puede ser tan eficaz como cuando sus operaciones son más evidentes. Pero si el corazón ha sido renovado por el Espíritu Santo, la vida dará testimonio del hecho. "Por sus frutos los conoceréis". La luz y las tinieblas no son más distintas que el estado del convertido y del inconverso. Se verá un cambio en el carácter, los hábitos, las actividades. El contraste será claro y decidido entre lo que han sido y lo que son.

El mundo y la iglesia tienen derecho a esperar una prueba de verdadera conversión como la que dieron los efesios, una prueba de que se ha creado un nuevo gusto moral. Puede que no hayáis practicado la brujería, puede que no hayáis manipulado el espiritismo; pero recordad que "a quien os prestáis siervos para obedecerle, siervos suyos sois a quien obedecéis". Si os entregáis a cualquier práctica prohibida en la palabra de Dios, habéis rendido obediencia a Satanás; sois sus siervos.

Todo hombre inconverso está fascinado, desconcertado, por el poder embrujador del gran engañador. Pablo escribió a los gálatas: "¿Quién os ha hechizado para que no obedezcáis a la verdad?". Toda persona que abriga un error conocido, en la fe o en la práctica, está bajo el poder de la hechicería, y está practicando hechicería sobre otros. Satanás lo emplea para engañar a otras almas.

Si en verdad queremos llegar a ser hijos de Dios, debemos renunciar de una vez y para siempre a toda indulgencia pecaminosa. Debemos cerrar toda vía por la que Satanás pueda apoderarse de nuestros pensamientos o afectos. Muchas personas manifiestan un odio decidido hacia algunos pecados denunciados en la Palabra de Dios, mientras que al mismo tiempo se complacen en su pecado favorito. No era el caso de los conversos efesios. Su pecado particular era la magia. Por este medio Satanás los tenía en su poder. Podrían haber sido serios y vigilantes para corregir otros males, pero si hubieran evitado este pecado, habrían renunciado a su fe. Pero pusieron el hacha en la raíz del árbol; renunciaron a las cosas ocultas de las tinieblas y destruyeron lo que los había inducido al pecado.

Este incidente quedó registrado como una lección importante para todos los tiempos. Los Efesios dirigieron sus esfuerzos contra el mismo pecado del que eran culpables. ¿Ha actuado el pueblo de Dios en esta época de la misma manera? Hay muchos que manifiestan una devoción suprema por su dinero, sus negocios o sus casas y tierras. El hombre ambicioso adora la fama o el honor como su ídolo. El codicioso fomenta la codicia. El sensualista está casado con su lujuria. Estos aman a sus preciados objetos de persecución más de lo que aman a Dios. Son idólatras.

Los que se aventuran a abrigar el pecado que más aman, están manipulando la hechicería de Satanás. El poder encantador de la tentación ha paralizado la conciencia y cegado la razón, de modo que no perciben su peligro. Los libros mágicos no han sido destruidos.

Cuando la verdad, presentada al entendimiento, ejerce su poder santificador sobre el corazón, los pecados que una vez fueron acariciados serán desechados, para que Jesús pueda ocupar el templo del alma. Si se ha dado rienda suelta a la codicia, se abandonará. Si el amor del mundo ha cautivado los sentidos, una atracción superior romperá su poder. El engaño, la falsedad, la impureza, serán limpiados del corazón. El que mantiene su lealtad a Cristo, no puede prestar ningún servicio al enemigo más acérrimo de Cristo.

Muchos se colocan en el terreno encantado frecuentando las escenas de diversión donde se congregan los espíritus caídos. Cristiano profesante, cuando vayas al teatro, recuerda que Satanás está allí, dirigiendo la obra como el actor principal. Está allí para excitar la pasión y glorificar el vicio. La atmósfera misma está impregnada de libertinaje. Satanás preside, también, la mascarada y el baile; él lanza alrededor de la mesa de juego su poder embrujador. Dondequiera que se ejerza una influencia para hacer que los hombres olviden a su Creador, allí está obrando Satanás, no importa cuán inocente sea el disfraz bajo el cual oculta su propósito.

Muchos que no pueden ser atraídos por los encantos del placer, son atrapados por las enseñanzas de la "falsamente llamada ciencia". Estos son llevados a ensalzar la razón humana, por encima de la revelación divina; a exaltar la naturaleza, y olvidar al Dios de la naturaleza. ¿Acaso no hay magia, ni hechicería, a nuestro alrededor?

La prensa está enviando ahora grandes cantidades de libros que enseñan a los ignorantes e incautos cómo pueden servir a Satanás. Hay obras que respiran el veneno del escepticismo y la infidelidad. Hay tratados sobre cómo hacer dinero,

que llenan miles de mentes con fantasías y locuras, que encienden miles con un loco deseo de amasar riquezas. Hay volúmenes fascinantes, que retratan con todo el poder de la elocuencia humana las vidas de aquellos que han hecho de la fama su dios. Y superando en número a todas las demás producciones de la prensa, como las nubes de langostas que oscurecieron toda la tierra, llega la avalancha de novelas y romances, para cultivar en la juventud un sentimentalismo enfermo de amor, para enseñarles que el noviazgo y el matrimonio son el gran objeto de su existencia, y para incapacitarlos para los deberes prácticos de una vida útil.

Satanás procura por todos los medios que puede idear, sugerir dudas acerca de la verdad de la palabra de Dios. Los que se inclinan naturalmente al escepticismo deberían, sobre todo, evitar todo lo que pudiera reforzar esta peligrosa tendencia. Por el contrario, muchos leen con avidez escritos escépticos que ejercen un poder tan engañoso y embrujador que el lector busca en vano liberar la mente o purificar el corazón del impío hechizo. Los ángeles malignos, una vez conseguido el acceso, sugieren dudas que el razonamiento humano es impotente para eliminar. Cuando Dios habla al alma, los que quieren ser libres cortan todas las ataduras que los mantienen bajo el poder de Satanás. Destruirán lo que estuvo a punto de ser su ruina, para que no sea la ruina de otros.

Muchas obras son muy apreciadas por su riqueza y belleza de lenguaje, cuando éstas no son más que una vestidura para ocultar principios que en su deformidad nativa escandalizarían al lector. Esos principios han conducido al autor paso a paso lejos de Dios, de la esperanza y del Cielo. ¿No ejercerán la misma influencia sobre el lector? El camino de los efesios era el único camino seguro para ellos; es el único camino seguro para usted. Destruye estas agencias de Satanás. Pon fuera de tu alcance lo que tiene poder para seducirte.

Los autores de no poca parte de la literatura actual son hombres que han vivido en la atmósfera del vicio y que son esclavos de la pasión. Poetas de brillantes talentos han pervertido sus poderes al servicio de Satanás. Sobre todo lo que es bueno, puro y noble, han arrojado la oscuridad de sus propios pensamientos viles. Alientan la disipación y sancionan el vicio.

La brillantez desconcertante, el patetismo engañoso de muchos autores dotados, son el cebo de Satanás para atraer y destruir las almas de los hombres. Muchos que no corren peligro por las producciones de lo grosero y sensual, son

engañados por escritores que virtualmente visten a Satanás con vestiduras de ángel y lo hacen benefactor de la raza. Tales obras son legión.

¿Han quemado los discípulos de Cristo los libros mágicos? ¿Han hecho un cambio decidido en sus principios y hábitos de vida? ¿Se han separado de los encantos del mundo? Son culpables de presunción los que, conociendo el peligro que corren, se aventuran en lugares de diversiones mundanas y desmoralizadoras, o envenenan la mente con las producciones literarias del escéptico o del sensualista. Dios no encarga a sus ángeles que guarden a los que eligen caminar por senderos prohibidos.

Cuando en el camino del deber nos vemos sometidos a prueba, como le sucedió a Daniel en la corte del rey, podemos estar seguros de que Dios nos preservará. Pero si, por obstinación, dureza o bravuconería, nos ponemos bajo el poder de la tentación, tarde o temprano caeremos.

Vivimos en una época en la que el poder de Satanás es grande. "Como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar". Pronto reducirá su rugido al más leve susurro, para engañar a los incautos con sus artes infernales. Las glorias del mundo se presentan en colores resplandecientes para fascinar los sentidos, para engañar a las almas inestables. ¿Qué han hecho los que profesan ser cristianos para cerrar todas las vías por las que Satanás puede acercarse a ellos? ¿Han dado pruebas de la obra obrada en ellos por el Espíritu Santo? ¿Han erigido barreras, firmes y fuertes, entre su alma y todo ídolo terrenal?

El infiel, una vez convertido, aborrecerá los libros que le indujeron a dudar de la palabra de Dios. El hombre disoluto que ha purificado su alma por la obediencia a la verdad, no se aventurará en las guaridas de la disipación, por curiosidad o por costumbre. Tampoco permitirá que su mente se detenga en tales escenas, retratadas en las páginas del sensualista. Estará despierto a su peligro, rehuyendo él mismo la tentación y advirtiendo seriamente a los demás de su poder embrujador. Cualquiera que sea el ídolo que haya acariciado anteriormente, el hombre convertido no sólo resistirá el mal, sino que, en la medida de lo posible, se colocará fuera del poder de Satanás. De nuevo preguntaríamos a los seguidores de Cristo: "¿Habéis quemado los libros mágicos?".

25 de mayo de 1882

Formación a domicilio: importancia y resultados

EGW

"Que nuestros hijos sean como plantas crecidas en su juventud; que nuestras hijas sean como piedras angulares, pulidas a semejanza de un palacio". El objetivo de todo padre debería ser asegurar a sus hijos un carácter bien equilibrado y simétrico. Esta es una obra de no poca magnitud e importancia. Requerirá serias reflexiones y oraciones, así como un esfuerzo paciente y perseverante. Hay que poner los cimientos correctos, erigir un armazón fuerte y firme, y luego, día tras día, avanzar en el trabajo de construir, pulir y perfeccionar.

Sobre la madre recae, en gran medida, la responsabilidad de la educación temprana de sus hijos. Si las madres se dieran cuenta de la importancia de su misión, orarían mucho en secreto, presentando sus hijos a Jesús, implorando su bendición sobre ellos y suplicando sabiduría para cumplir correctamente sus deberes sagrados. Que la madre aproveche toda oportunidad para moldear y formar la disposición y los hábitos de sus hijos. Que vigile cuidadosamente el desarrollo del carácter, reprimiendo los rasgos demasiado prominentes y estimulando los deficientes. Que haga de su propia vida un ejemplo puro y noble para su preciosa carga.

La madre debe emprender su trabajo con valor y energía, confiando constantemente en la ayuda divina en todos sus esfuerzos. Nunca debe estar satisfecha hasta que vea en sus hijos una elevación gradual del carácter, hasta que tengan un objetivo más elevado en la vida que la mera búsqueda de su propio placer. En el hogar debe enseñarse a los niños a ejercitar todas las facultades de la mente y del cuerpo. Así adquieren una comprensión de sus propias capacidades, y al mismo tiempo fortalecen y desarrollan cada poder poniéndolo en acción.

Padres, vuestro propio hogar es el primer campo en el que estáis llamados a trabajar. Las preciosas plantas del jardín de casa exigen vuestro primer cuidado. A vosotros se os ha encomendado velar por las almas como quienes han de rendir cuentas. Considera cuidadosamente tu trabajo, su naturaleza, su importancia y sus resultados. Línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poco aquí y otro poco allá, debéis instruir, advertir y aconsejar, recordando siempre que vuestras miradas, palabras y acciones tienen una influencia directa

en el curso futuro de vuestros seres queridos. Vuestro trabajo no es pintar una forma de belleza sobre un lienzo, o cincelarla en mármol, sino imprimir en un alma humana la imagen de la Divinidad.

Madres, ¿no prescindiréis del trabajo inútil e insignificante por el que ha de perecer con el uso? ¿No procuraréis acercaros a Dios, para que su sabiduría os guíe y su gracia os asista, en una obra que será tan duradera como la eternidad? Procura que tus hijos sean perfectos de carácter. Recordad que sólo los tales pueden ver a Dios.

Hablo con mayor libertad y seriedad, porque sé que muchos padres están descuidando el trabajo que Dios les ha dado. Ellos mismos están lejos de la pureza y la santidad. No ven los defectos de sus hijos como lo harían si sus propios ojos contemplaran y admiraran la perfección del carácter de Cristo.

Por amor de Cristo, por amor de tus hijos, procura conformar tu propia vida a la norma divina. Que nada se interponga entre tú y tu Dios. Sed serios, pacientes y perseverantes, prontos a tiempo y fuera de tiempo. Dad a vuestros hijos cultura intelectual y formación moral. Que sus jóvenes corazones sean fortificados con principios firmes y puros. Mientras tengáis la oportunidad, echad los cimientos de una noble hombría y feminidad. Vuestra labor será mil veces recompensada.

Deben hacer de la Biblia su guía, si quieren educar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor. Presénteles la vida y el carácter de Cristo como modelo a imitar. Si se equivocan, léales lo que el Señor ha dicho acerca de pecados similares. Hay necesidad de cuidado y diligencia constantes en esta obra. Un rasgo erróneo tolerado por los padres, no corregido por los maestros, puede causar que todo el carácter se deforme y desequilibre. Enseñad a los niños que deben tener un corazón nuevo; que deben crearse nuevos gustos, inspirarse nuevos motivos. Deben recibir ayuda de Cristo; deben familiarizarse con el carácter de Dios tal como se revela en su palabra.

La oración familiar recibe demasiado poco interés y atención. En muchos casos, el culto matutino y vespertino es poco más que una mera forma, una aburrida y monótona repetición de frases hechas en la que el espíritu de gratitud o el sentido de necesidad no encuentran expresión. El Señor no acepta tal servicio. Pero no despreciará las peticiones de un corazón humilde y de un espíritu contrito. La apertura de nuestros corazones a nuestro Padre celestial, el reconocimiento de nuestra entera dependencia, la expresión de nuestras necesidades, el homenaje de amor agradecido, esto es la verdadera oración.

Cuando acudimos invocando los méritos de la sangre de Cristo y confiando con fe implícita en sus promesas, obtendremos la bendición del Señor.

Aprovecha las horas preciosas que se pierden hablando de tus problemas o chismorreando sobre las faltas de los demás. Busca fervientemente la ayuda de Dios, y te fortalecerás en su fuerza. Puedes tener a Cristo como huésped en tu casa. No os contentéis con llevar el nombre de cristianos. Sed en verdad seguidores de Jesús. Dejad que vuestro corazón se caliente con su amor. Hacedle vuestro amigo, vuestro ayudador, vuestro consejero.

Las reglas más valiosas para las relaciones sociales y familiares se encuentran en la Biblia. Allí no sólo se encuentra la mejor y más pura norma de moralidad, sino también el más valioso código de cortesía. El sermón del monte de nuestro Salvador contiene instrucciones de valor incalculable para viejos y jóvenes. Debería leerse a menudo en el círculo familiar, y sus preciosas enseñanzas deberían ejemplificarse en la vida diaria. La regla de oro: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos", así como el mandato apostólico: "En el honor, prefiriéndoos los unos a los otros", deben convertirse en la ley de la familia. Los que abrigan el espíritu de Cristo, manifestarán cortesía en el hogar, un espíritu de benevolencia, incluso en las cosas pequeñas. Buscarán constantemente hacer felices a todos los que los rodean, olvidándose de sí mismos en sus amables atenciones hacia los demás. Este es el fruto que crece en el árbol cristiano.

Pocos se dan cuenta de la influencia de las pequeñas cosas de la vida en el desarrollo del carácter. Madres, dejen de gastar su tiempo y sus fuerzas en aquello que es meramente atractivo a la vista, pero que no contribuye a la comodidad ni a la verdadera felicidad, y eliminarán una gran parte de los cuidados y preocupaciones que las ponen nerviosas e irritables, descorteses y poco cristianas. Los preciosos momentos hasta ahora dedicados a trabajos inútiles deberían dedicarse a embellecer las almas de sus hijos, enseñándoles cómo pueden obtener el adorno interior, ese espíritu manso y tranquilo que Dios considera de gran valor.

Si todos los seguidores de Cristo practicaran la verdadera cortesía, si la obediencia a la regla de oro se convirtiera en una de las piedras angulares del carácter cristiano, veríamos menos pleitos en la iglesia, menos dureza y animosidad entre hermanos. No habría palabras ásperas y desconsideradas, ni luchas por el lugar más alto. El pueblo de Dios será probado. Cada uno será expuesto al fuego feroz de la prueba y la tentación. Si no queremos ser

consumidos como escoria, debemos tener el amor de Dios-el oro que ha sido probado-permaneciendo en nosotros. Ahora es el momento de suavizar y dominar nuestros rasgos ásperos y duros de carácter. Debemos apreciar la bondad, la paciencia, la integridad cristiana. La crítica poco generosa, los discursos duros, el cuestionamiento de los motivos de otro, o la exageración de sus faltas, abren la puerta a las tentaciones de Satanás, y alejan a muchos de Dios. Las Sagradas Escrituras nos dan una regla segura y provechosa para el pensamiento y la conversación. "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad". Si queremos que nuestros hijos practiquen la bondad, la cortesía y el amor, nosotros mismos debemos darles ejemplo.

"La caridad sufre mucho y es bondadosa". No piensa el mal", otro fruto del árbol del amor. Nuestras almas deben permanecer en Dios, imbuidas de su Espíritu, si queremos aprender estas lecciones sagradas. Dijo el apóstol: "Ceñid los lomos de vuestra mente". Si los pensamientos están correctamente disciplinados, será una tarea mucho menos difícil controlar los sentimientos. Mirar a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe, nos dará valor, esperanza y constancia. ¿No obedeceremos las enseñanzas de la palabra de Dios? ¿No la convertimos en nuestra guía y consejera? ¿No le dedicaremos tiempo y reflexión? ¿Cómo pueden los cristianos descuidar el libro en el que Dios ha revelado su voluntad a los hombres? Nuestros hijos necesitan ayuda para comprender las Escrituras. Deben familiarizarse con la vida y el carácter de Jesús, para que puedan amarlo y elegir obedecerlo.

Los padres y tutores deben mantener ellos mismos la pureza de corazón y de vida, si quieren que sus hijos sean puros. Deben dar la instrucción necesaria, y además de esto, deben ejercer una vigilancia incesante. Cada día se despiertan nuevos pensamientos en las mentes de los jóvenes, se hacen nuevas impresiones en sus corazones. Las asociaciones que forman, los libros que leen, los hábitos que abrigan, todo debe ser vigilado. Los intereses de sus hijos, para esta vida y la próxima, están en juego.

"Lo que ahora haces, no lo sabes,
Pero lo sabrás más adelante,
Cuando las semillas que tus manos siembran,
Crecan hasta una cosecha madura."

Cuando estés ante el gran trono blanco, entonces tu obra aparecerá tal como es. Los libros se abren, el registro de cada vida se da a conocer. Muchos en esa vasta compañía no están preparados para las revelaciones hechas. En los oídos de algunos, las palabras caerán con sorprendente claridad, "Pesado en la balanza, y hallado falto". A muchos padres dirá el Juez en aquel día: "Tuvisteis mi palabra, que claramente establecía vuestro deber. ¿Por qué no habéis obedecido sus enseñanzas? ¿No sabíais que era la voz de Dios? ¿No os ordené que escudriñarais las Escrituras para no extraviaros? No sólo habéis arruinado vuestras propias almas, sino que con vuestras pretensiones de piedad habéis engañado a muchos otros. No tenéis parte conmigo. ¡Vete, vete!"

Otra clase permanece pálida y temblorosa, confiando en Cristo y, sin embargo, oprimida por un sentimiento de su propia indignidad. Oyen con lágrimas de alegría y gratitud el elogio del Maestro. Los días de incesante trabajo, de soportar cargas, de temor y angustia, son olvidados, cuando esa voz, más dulce que la música de las arpas de los ángeles, pronuncia las palabras: "Bien, siervos buenos y fieles, entrad en el gozo de vuestro Señor". Allí está la hueste de los redimidos, la rama de palma de la victoria en su mano, la corona sobre su cabeza. Éstos son los que, mediante una labor fiel y sincera, han obtenido la idoneidad para el Cielo. La obra de la vida realizada en la tierra es reconocida en las cortes celestiales como una obra bien hecha.

Con indecible alegría, los padres ven la corona, el manto, el arpa, entregados a sus hijos. Los días de esperanza y temor han terminado. La semilla sembrada con lágrimas y oraciones puede haber parecido sembrada en vano, pero su cosecha se recoge al fin con alegría. Sus hijos han sido redimidos.

Padres, madres, ¿engrosarán las voces de vuestros hijos el canto de alegría en aquel día?

25 de mayo de 1882

En el Campamento del Sur

EGW

Acompañado por W. C. White y la hermana Mary A. Davis, llegué al terreno el jueves 4 de mayo a las 10 p.m. Encontramos una tienda ordenada y cómoda, convenientemente instalada para nosotros durante nuestra estancia en el terreno.

En la reunión de las 9 de la mañana del viernes, traté de presentar ante nuestra gente la importancia de la ocasión. Esta santa convocación ofrece una preciosa oportunidad para acercarnos a Dios. Debemos aprovechar este privilegio para escudriñar nuestros propios corazones, para comparar nuestra vida y carácter con la ley divina, y ver qué impediría que el Espíritu de Dios morara en nosotros. Debemos comenzar la reunión correctamente, para que Dios pueda impartirnos su bendición. Debemos evitar cuidadosamente toda violación del sábado, haciendo todos los preparativos necesarios el viernes. No debemos consultar nuestro propio placer o conveniencia, sino considerar cómo podemos honrar mejor a nuestro Creador.

Dios reclama como suyo un día de la semana; lo ha apartado para el culto religioso, y ha ordenado al hombre: "En él no harás ningún trabajo". No concederá su bendición a quienes pisoteen voluntariamente su día santo. "Si apartares tu pie del sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo; y llames al sábado delicia, santo de Jehová, honroso; y le honrases, no haciendo tus caminos, ni hallando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha dicho."

El Señor dio a los hijos de Israel instrucciones explícitas que prohibían el trabajo innecesario en sábado. "Mañana es el descanso del santo sábado para el Señor. Hornead lo que vayáis a hornear hoy, y coced lo que vayáis a cocer". La negligencia en la observancia del sábado se ha introducido entre nosotros como pueblo. Muchos han buscado agradarse a sí mismos en vez de honrar a Dios. Si queremos gozar de la bendición del Señor, el día de reposo debe guardarse santamente. Toda la comida debe hacerse el viernes. En el campamento, cuando las mañanas son frescas, debe proveerse agua caliente o gachas calientes. En invierno, en nuestros hogares, los alimentos previamente cocinados deben calentarse antes de ser consumidos. En tiempo cálido esto es innecesario. La misericordia divina ha ordenado que se atienda a los enfermos y a los que sufren; el trabajo requerido para hacer esto es un trabajo de necesidad, y no una violación del sábado.

En nuestras reuniones anuales nos congregamos para buscar al Señor, para humillarnos ante él, para escudriñar diligentemente nuestros corazones y para saber si estamos en la fe. Qué incoherente es para nosotros, en tal ocasión, hacer de la comida y la bebida nuestro principal asunto. El único día de cada siete, que Dios ha santificado, debe observarse de acuerdo con el mandamiento.

Si queremos conservar la salud y la lucidez mental, debemos comer con moderación alimentos sencillos y sanos. Aquellos que han estado acostumbrados a comer tres comidas experimentarían el beneficio de tomar sólo dos comidas de alimentos sencillos, preparados de una manera simple. Si sólo tuviéramos pan y agua, lo recibiríamos con agradecimiento; pero todavía no estamos obligados a limitarnos a esta dieta restringida. Estoy convencido, sin embargo, de que para muchos sería una gran ventaja tomar una dieta mucho más sencilla el sábado que los días laborables de la semana.

La violación del cuarto mandamiento no se limita a la preparación de los alimentos. Muchos descuidadamente posponen el ennegrecimiento de sus botas y el afeitado hasta después del comienzo del sábado. Esto no debe ser así. Si alguien se descuida de hacer tal trabajo en un día laborable, debería tener suficiente respeto por el tiempo santo de Dios como para dejar su barba sin afeitar y sus botas ásperas y marrones hasta que pase el sábado. Esto podría ayudar a su memoria, y hacerlos más cuidadosos de hacer su propio trabajo en los seis días laborables.

En cada reunión de campamento debe darse instrucción sobre todos estos puntos. ¿Cómo podemos esperar la bendición especial de Dios, a menos que evitemos con aborrecimiento el pecado más pequeño? Deberíamos elegir sufrir inconvenientes, pérdidas o privaciones, antes que desatender las instrucciones del Señor. Nuestra falta de espiritualidad ha sido causada por nuestro propio curso. Hemos elegido gradual e insensiblemente complacernos a nosotros mismos en lugar de buscar honrar a Dios. La perfección cristiana consiste en la completa armonía de nuestra voluntad con la voluntad de nuestro Creador. Los habitantes del Cielo encuentran, en la obediencia a la voluntad de Dios, su alegría y su bienaventuranza.

Que cada familia de Adventistas del Séptimo Día honre a Dios mediante una estricta observancia de su ley. Debe enseñarse a los niños a respetar el sábado. En el día de la preparación, la ropa debe estar en buen estado, los zapatos lustrados, los baños tomados. Luego, alrededor del altar familiar, todos deben esperar para dar la bienvenida al día santo de Dios, como esperarían la llegada de un amigo querido.

Para alabanza de Dios, diré que mis palabras sobre este punto encontraron respuesta en los corazones de la gente. La mesa de nuestro restaurante estaba bien provista, pero sin extravagancias. El viernes se hicieron todos los preparativos necesarios, de modo que el sábado fue el día de menos trabajo que

he visto en una reunión de campamento en muchos años. La comida sencilla y sana se comía con fruición. Sólo se preparaban dos comidas al día en el restaurante, y los encargados tenían la oportunidad de asistir a casi todas, si no a todas, las reuniones.

Durante dos mañanas observé que mientras se celebraban las reuniones de las cinco, nuestras hermanas estaban ocupadas preparando el desayuno, pero después de esto me alegró ver que casi todas estaban presentes en la tienda. Estas reuniones fueron intensamente interesantes. No hubo gran excitación, sino un constante avance en la fuerza espiritual. La gente estaba hambrienta del pan de vida. Nunca he asistido a una reunión en la que pareciera haber un deseo más fuerte de aprender, y de beneficiarse de la instrucción recibida, que en esta reunión. Oh, ¡cuánto más fácil es trabajar cuando la gente se esfuerza sinceramente por ayudarse a sí misma! Se dieron testimonios muy alentadores. Recibí preciosas bendiciones cuando traté de presentar algunos puntos prácticos de la verdad en una charla de pocos minutos. Y fue alentador saber por los testimonios que nuestros hermanos y hermanas recogieron estos destellos de luz, y se propusieron hacer el mejor uso de ellos.

Nuestras reuniones fueron una gran bendición tanto para mí como para la gente. Tan profunda fue la aflicción experimentada por la pérdida de mi esposo, que he sentido que había recibido mi herida de muerte. Y al ver que nuestro pueblo se alejaba de Dios, se sumía en la corriente de la mundanalidad y del amor al placer, y descuidaba la luz que Dios había permitido que brillara sobre ellos, me causó un dolor mucho más profundo que la muerte de mis hijos y de mi esposo. No tuve descanso ni de día ni de noche.

Anhelaba la paz. Anhelaba que me quitaran la carga de encima. Con mi fiel testimonio había reprendido, advertido y aconsejado. No podía hacer más. Era impotente para corregir los males existentes. Había temido asistir a la reunión del campamento del sur; apenas me atrevía a poner a prueba mis fuerzas con la labor que debía realizar; pero desde el primer día sentí que el Señor me sostenía. Los brazos eternos eran mi apoyo. Cuando estaba de pie ante el pueblo, era consciente de una fuerza que no era la mía. Yo no era más que el instrumento; Dios hablaba al pueblo a través del barro. La carga que me había agobiado se desvaneció. La paz, como un río, fluyó en mi alma. Estaba alegre, sí, gozoso, en Dios. Así me ha ayudado a menudo el Señor en misericordia en el pasado, cuando he trabajado por la salvación de las almas. La paz y la alegría continuaron conmigo durante toda la reunión. Mis horas de vigilia por la noche las pasaba en comunión con Dios. Sentí que un Salvador resucitado suplica en

nuestro favor, a la diestra del Padre. Porque Jesús vive, nosotros también vivimos; él en nosotros, y nosotros en él.

El sábado, invitamos a pasar al frente a todos los que deseaban alcanzar un nivel más elevado en su vida religiosa, y también a los que deseaban, por primera vez, entregar su corazón a Jesús. Una gran parte de nuestro número respondió inmediatamente, y tuvimos un tiempo de confesión, oración y humillación ante Dios. Esta reunión fue oportuna; pareció romper el hechizo de la frialdad y la mundanalidad, y, a partir de este punto, hubo un avance constante.

Fui fortalecido para hablar a la gente diez veces durante la reunión, además de varias charlas cortas de quince a cuarenta minutos, en las reuniones sociales. Además, escribí no menos de cien páginas durante los diez días que estuvimos sobre el terreno.

No tengo espacio aquí para escribir sobre muchos aspectos interesantes de la reunión. Las clases bíblicas produjeron mucho bien al dirigir las mentes de nuestro pueblo hacia la contemplación de la verdad de las Escrituras. Las reuniones celebradas especialmente para los jóvenes y los niños fueron de las mejores de la serie. En todas estas reuniones anuales debe prestarse especial atención a los intereses espirituales de los jóvenes. Se debe trabajar arduamente en su favor.

El domingo pasado, hablé en la reunión de oración de las cinco de la mañana sobre la importancia de abrigar la fe. No debemos permitir que nuestras mentes se dejen llevar por el canal de la incredulidad. Si hablamos de nuestras dudas, siempre encontraremos dudas que expresar. Si hablamos de fe, tendremos fe, esperanza y valor en el Señor.

El domingo por la tarde, hablé a una buena congregación sobre el tema de la templanza, y por la noche continué el mismo tema, ante una compañía más grande. El Señor me dio fuerza y libertad. A su nombre sea toda la gloria. Después del esfuerzo de este día, dormimos unas dos horas, y luego nos levantamos para prepararnos para nuestro viaje de regreso, dejando el campamento a las tres de la mañana del lunes.

Regresé de esta reunión con la salud mejorada, el ánimo aumentado y la esperanza renovada, y con la paz de Cristo habitando en mi corazón. Cuando recuerdo mi estado de salud unas semanas después, y veo lo que el Señor ha hecho por mí, apenas encuentro palabras para expresar mi gratitud a Dios. En todas las emergencias me ha sostenido. Me temo que mi fe no siempre ha sido

tan fuerte como debería haber sido. Las olas de la aflicción casi habían pasado por encima de mi cabeza. Pero el Señor se me ha revelado de nuevo con su poder, y echaré todos mis cuidados sobre aquel que cuida de mí. Para mí, este campamento ha sido uno de los mejores a los que he asistido.

Queridos hermanos y hermanas que se reunirán en nuestros campamentos, Jesús hará grandes cosas por nosotros, si cumplimos fielmente con nuestro deber. Debemos someter nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Debemos honrar al Señor obedeciendo todos sus mandamientos, incluso en lo que llamamos pequeñas cosas. La verdad, como su divino Autor, es inmutable en sus exigencias, la misma ayer, hoy y siempre. No está en armonía con las tradiciones de los hombres, no se conforma a sus opiniones. La verdad siempre ha traído una separación entre el pueblo de Dios y el mundo. Pero si nuestra posición en años anteriores, como pueblo peculiar, fue aprobada por Dios, ¿cómo considera él nuestra posición actual? ¿Hemos ganado en espiritualidad desde que nos apartamos de nuestra primitiva sencillez? "Vosotros sois epístolas vivas, conocidas y leídas de todos los hombres". La misión de nuestro Salvador era "purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". A sus discípulos les dice: "Vosotros sois la luz del mundo". Y el apóstol Pablo declara: "Somos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres."

Cada persona revelará en su vida toda la fe que posee. Nuestra vestimenta, nuestra conversación, nuestra casa, nuestros asociados, todo da testimonio al mundo con mayor fuerza que la que pueden tener las palabras. "La fe se perfecciona con las obras", "pero la fe sin obras está muerta". Profesamos estar dando al mundo el último mensaje de misericordia. ¿Está nuestra vida diaria en armonía con nuestra profesión?

Una forma de piedad es popular en el mundo. Una profesión de cristianismo cuesta poco. Son pocos los que eligen el camino de la abnegación, el camino de la cruz. Sólo unos pocos, con el apóstol, llevan en sus cuerpos las marcas del Señor Jesús, deseando no conocer otra cosa que a Cristo, y a éste crucificado. Pero la bendición de Dios acompañará a los pocos fieles. Los hará canales de luz para el mundo.

Los que dirigen nuestras reuniones de campamento deben, desde el principio de cada reunión, enseñar a los demás cómo trabajar. Este es un sabio generalato. No debe permitirse que el trabajo recaiga enteramente sobre los ministros, pues esto privaría a la gente de la educación que necesita. Deben sentir que recae sobre ellos la responsabilidad de participar en las reuniones en las tiendas. Hay

un trabajo que todos pueden y deben hacer para ayudar a los demás, y al hacerlo se ayudan a sí mismos. La razón por la que tantos están muriendo espiritualmente es que son siervos perezosos, que no hacen nada. Si se pusieran a trabajar, aumentarían su fuerza espiritual.

El trabajo que tenemos ante nosotros es grande. La libertad condicional está a punto de terminar. La ira de Dios está a punto de derramarse sobre la tierra. La dulce voz de la misericordia pronto dejará de oírse. Todo siervo del Verdadero Pastor se dará cuenta de los peligros de este tiempo, y trabajará fervientemente para llevar las almas a Cristo. No debemos depender de la teoría. Los argumentos más concluyentes no son suficientes por sí mismos. Nuestra única esperanza es llegar al pueblo por medio de Dios. La Biblia es la palabra profética segura, a la que hacemos bien en prestar atención; pero los que trabajan en la palabra y la doctrina deben tener una conexión vital con Dios, una experiencia profunda y viva. Mientras que los argumentos claros y convincentes apelan al entendimiento, el Espíritu de Dios que mora en el corazón del ministro, debe hablar a los corazones de los que escuchan.

Por regla general, los ministros son demasiado formales. Debemos mostrar a la gente que somos serios, no sólo en el escritorio, sino fuera de él; que creemos plena y solemnemente las verdades que predicamos. Si queremos que sientan, debemos sentir nosotros mismos. Algunos ministros están adoptando las costumbres de otras iglesias, copiando sus hábitos y su manera de trabajar. Para muchos, la predicación desde el púlpito es mecánica, un mero oficio. No encienden su vela en el altar divino. No tienen la unción de lo alto. Los pastores del rebaño deben ser serios, vigilantes y activos ahora; el fin está más cerca que cuando creímos por primera vez. El pueblo tiene derecho a preguntar: Guarda, ¿qué hay de la noche? Satanás quiere que duerman hasta que pase el tiempo de la salvación de los pecadores. Que la trompeta dé un sonido certero.

Que nuestras reuniones de campamento no sean ocasiones para visitar y festejar. Deben ser ocasiones de escudriñar el corazón, de profunda humillación, de oración ferviente y agonizante. Los juicios de Dios están a punto de caer sobre la cabeza desprotegida del pecador. No tenemos tiempo ahora para buscar honores mundanos, ni para exaltarnos a nosotros mismos, ni para satisfacer el orgullo o la ambición. "Vendrá nuestro Dios, y no callará. Un fuego devorará delante de él, y será muy tempestuoso a su alrededor. Clamará a los cielos desde lo alto, y a la tierra para juzgar a su pueblo". ¿Cómo estaremos nosotros en aquel día en que el cielo y la tierra oirán la voz de Dios que llama a juicio?

Cuando cada pensamiento, palabra y motivo sea revelado tal como está registrado en los libros del Cielo, cuando cada alma sea juzgada por la única norma perfecta, la ley de Dios, ¿cómo quedará nuestro caso? Cuando Dios haga inquisición por la sangre de las almas, cuando los pastores se reúnan con sus rebaños alrededor del gran trono blanco, ¿dónde estarán aquellos con quienes hemos estado asociados, en quienes hemos influido? Que en aquel día se vea que hemos hecho bien la obra encomendada a nuestras manos. Que nuestras voces engrosen el alegre coro.

E. G. White.

8 de junio de 1882

Escepticismo: su causa y su cura

EGW

La época actual se caracteriza por una alarmante prevalencia de tendencias infieles y ateas. Para resistir con éxito la marea del mal, el pueblo de Dios debe prestar diligente atención a la instrucción y al consejo de su Palabra. Sus preciosos ejemplos de fe, sus advertencias contra la incredulidad, si se les presta la debida atención, nos armarán con el poder divino para repeler los ataques de Satanás.

La curación del hombre impotente en Betesda tiene una lección de valor inestimable para todo cristiano, una lección de importancia solemne y temible para los incrédulos y los escépticos. Mientras el paralítico yacía junto al estanque, indefenso y casi sin esperanza, Jesús se acercó y le preguntó, con tono de piedad: "¿Quieres quedar sano?". Queda sano! -éste había sido el peso de sus deseos y oraciones durante largos y cansados años. Con temblorosa impaciencia contó la historia de sus esfuerzos y decepciones. Ningún amigo estaba a mano para llevarlo con brazo robusto a la fuente de curación. Sus angustiosas peticiones de ayuda no fueron escuchadas; a su alrededor había quienes buscaban para sus propios seres queridos la codiciada bendición. Cuando al agitarse las aguas trataba dolorosamente de llegar al estanque, otro se apresuraba a bajar antes que él.

Jesús miró al enfermo y le dijo: "Levántate, toma tu lecho y anda". No hubo seguridad de ayuda divina, ni manifestación de poder milagroso. Qué maravilla, si el hombre hubiera respondido: "¡Es imposible! ¿Cómo se puede esperar que ahora use mis miembros, que no han obedecido a mi voluntad durante treinta y

ocho años?". Desde un punto de vista meramente humano, tal razonamiento parecería coherente. El enfermo podría haber dado lugar a la duda, y así haber permitido que aquella oportunidad dada por Dios pasara sin mejorar. Pero no; sin dudarlo, aprovechó su única oportunidad. Al intentar hacer lo que Cristo le había ordenado, le vinieron la fuerza y el vigor; fue sanado.

¿Quieres tú, lector dubitativo, recibir la bendición del Señor? Deja de cuestionar su palabra y de desconfiar de sus promesas. Obedece el mandato del Salvador, y recibirás fortaleza. Si vacilas en entrar en discusión con Satanás, o en considerar las dificultades e improbabilidades, tu oportunidad pasará, tal vez para no volver jamás.

El milagro de Betesda debería haber convencido a todos los espectadores de que Jesús es el Hijo de Dios. Pero los judíos sólo querían un pretexto para la incredulidad, y no fue difícil encontrar lo que buscaban. Por orden de Cristo, el paralítico se había llevado la simple estera sobre la que yacía; y ahora Satanás, siempre listo con sus insinuaciones, sugirió que este acto podía interpretarse como una violación del sábado. Los judíos habían pervertido este sagrado día de descanso de su designio original por sus costumbres y tradiciones, haciendo de su observancia una carga más bien que una bendición. Se esperaba que una controversia sobre este punto destruiría la fe inspirada en algunos corazones por el acto de curación de nuestro Salvador.

Cuando el restablecido siguió su camino con paso rápido y elástico, con el pulso acelerado por el vigor de una salud renovada y el semblante resplandeciente de esperanza y alegría, fue recibido por los fariseos, que le dijeron, con aire de gran santidad, que no era lícito llevar su lecho en el día de reposo. No hubo regocijo por la liberación de aquel cautivo encarcelado durante tanto tiempo, ni alabanza agradecida por la presencia entre ellos de Alguien que podía curar toda clase de enfermedades. Sus tradiciones habían sido desatendidas, y esto les cerró los ojos a toda evidencia del poder divino.

Fanáticos y santurriones, no querían admitir que podían haber malinterpretado el verdadero propósito del sábado. En vez de criticarse a sí mismos, prefirieron condenar a Cristo. Nos encontramos con hombres del mismo espíritu hoy en día, que están cegados por el error, y sin embargo se halagan a sí mismos diciendo que tienen razón, y que todos los que difieren de ellos están equivocados.

El hombre en quien se había obrado el milagro no entró en controversia con sus acusadores. Simplemente contestó: "El que tenía poder para sanarme, ése me

dijo: Toma tu lecho y anda". Los fariseos, fingiendo ignorancia, seguían insistiendo: "¿Qué hombre es el que te dijo: Toma tu lecho, y anda?". Su política consistía en interrogarle y ponerle reparos, para confundirle y enredarle, y hacerle dudar o desacreditar su testimonio.

Cuando los judíos fueron informados de que era Jesús de Nazaret quien había realizado el milagro de la curación, buscaron abiertamente darle muerte, "porque había hecho estas cosas en el día de reposo". Estos pretenciosos formalistas estaban tan llenos de celo por sus propias tradiciones, que para sostenerlas estaban dispuestos a violar la ley de Dios.

A sus acusaciones, Jesús respondió con calma: "Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo". A través de las operaciones de la naturaleza, y por el ministerio de los ángeles, Dios trabaja constantemente para sostener y bendecir a la humanidad. Yo trabajo en perfecta armonía con mi Padre". Esta respuesta proporcionó otro pretexto para condenarlo. El asesinato estaba en sus corazones, y sólo esperaban una excusa plausible para quitarle la vida. Pero Jesús continúa afirmando su verdadera posición. "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Todo lo que él hace, eso también hace el Hijo. El Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él mismo hace."

Se habían presentado amplias pruebas sobre las que basar su fe en Cristo, pero todos los que deseaban dudar y poner reparos encontraron la oportunidad. ¿Y cuál fue la ocasión de aquel estallido homicida contra Cristo? Un pobre enfermo había sido sanado. No hay mejor excusa que la que tienen los caviladores de nuestro tiempo. Dios obra a través de quien quiere, por los caminos y medios de su propia elección; pero siempre hay algunos que actúan como los fariseos criticones. No pueden negar que el poder de Dios se manifiesta por medio de sus siervos; pero aun así, en algunos puntos, la obra no concuerda con sus ideas. Si con su juicio finito no pueden encontrar más que la apariencia de una excusa, son libres de impugnar y de no creer.

Para llevar adelante su obra en la tierra y manifestar su poder, Dios no consulta la voluntad ni el juicio imperfecto de los hombres. Sus planes y métodos pueden ser directamente opuestos a los aprobados por la sabiduría humana. Si los hombres criticaban y condenaban la obra del Salvador, cuando tenían tales pruebas del poder divino como el milagro de Betesda, ¿podemos extrañarnos de que critiquen y condenen a aquellos por medio de los cuales obra hoy? La incredulidad siempre encontrará una excusa para su existencia. Dios quiere que

los hombres crean, no porque no haya posibilidad de duda, sino porque hay abundantes pruebas para la fe. Cristo ordenó a los fariseos: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí". Los maestros judíos profesaban ser expositores de la palabra de Dios; pero si hubieran estudiado con oración y comprendido correctamente sus enseñanzas, no habrían sustituido la ley de Jehová por sus propias tradiciones.

El Salvador continuó: "No queréis venir a mí para tener vida". "Si hubierais creído a Moisés, me habríais creído a mí; porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?". Los que comienzan dudando y descreyendo del Antiguo Testamento, llegarán a dudar y descreer del Nuevo. No podemos permitirnos despreciar o descuidar ninguna de las disposiciones de la gracia de Dios, ninguna de las manifestaciones de su Espíritu. Los que no aceptan con gratitud y mejoran las advertencias, los consejos o las reprensiones de la misericordia divina, poco a poco llegarán a considerarlos con indiferencia. Sienten que es potestativo de ellos mismos recibir o rechazar la luz del Cielo. Como los judíos en tiempos de Cristo, rechazan las pruebas más claras, porque encuentran algún pretexto para dudar, algo que criticar.

Así es como muchos, en su orgullo y engreimiento, se colocan donde ninguna influencia divina puede alcanzarlos. Al abrigar persistentemente la duda, pierden todo poder para creer. El Espíritu Santo es menospreciado hasta que ya no se siente su influencia. Así se interrumpe el medio que Dios ha elegido para comunicarse con los hombres. Él no tiene en reserva ninguna agencia más potente a través de la cual llegar a ellos. En su propia estimación, son más sabios que su Creador. La luz se ha convertido en tinieblas para ellos, ¡y qué grandes son esas tinieblas!

La palabra de Dios es mirada con desconfianza por la misma razón que lo fue su Autor: porque reprueba y condena el pecado. Aquellos que no están dispuestos a obedecer sus requerimientos, se esfuerzan por derrocar su autoridad. Muchos leen la Biblia, o escuchan sus palabras tal como son presentadas desde el sagrado escritorio, meramente para encontrar faltas en las Escrituras o en el sermón. No pocos se convierten en infieles, simplemente por su negligencia voluntaria del deber. Otros son llevados a adoptar principios escépticos por orgullo o indolencia. No aman la aplicación cercana. No harán el esfuerzo necesario para lograr algo noble o realmente útil. Pero desean ser considerados agudos y críticos, para asegurarse una reputación de sabiduría

superior. Al volver su atención a la Biblia, encuentran muchas cosas que la mente finita, no iluminada por la sabiduría de lo alto, es incapaz de comprender, y comienzan a dudar y a poner reparos.

El hombre indolente invita a las tentaciones de Satanás, mientras que los que se dedican activamente a alguna vocación útil no tienen tiempo ni inclinación para abrigar dudas o entregarse al arrepentimiento. A Adán, en el santo Edén, se le ordenó trabajar, y encontró en este empleo una de las mayores bendiciones de su existencia sin pecado. Si los aspirantes a escépticos de nuestro tiempo se dedicaran a un trabajo honesto y útil, gozarían de mejor salud espiritual y física.

Muchos consideran una virtud dudar; y se deleitan en encontrar algo en las Escrituras para desconcertar las mentes de los demás. No se dan cuenta de que así se enredan en la trampa del cazador. Hay un poder embrujador en el escepticismo. La incredulidad y la obstinación suelen ir de la mano. Cuando un hombre ha cedido una vez a este engaño de Satanás, le resultará casi imposible romper el hechizo.

Hay algunos que al principio critican y razonan del lado equivocado, por mero amor a la controversia. Pero habiendo expresado abiertamente su incredulidad, sienten que deben mantener su posición. Así se unen a los impíos, y cierran para sí las puertas del Paraíso.

Nos encontramos con escépticos no sólo en el mundo, sino también en la Iglesia. Cuando el pueblo de Dios se reúne para adorarlo, allí Satanás se inmiscuye con su presencia. Dondequiera que haya un interés religioso, allí se pueden encontrar las pobres almas que han sido enredadas en su trampa, trabajando celosamente para su amo. En casi todos los campamentos pueden verse pequeños grupos reunidos aquí y allá, escuchando ansiosamente lo que algún escéptico o infiel tiene que decir. Aquí el escéptico está en su elemento. Le encanta hablar. Ha estudiado la Biblia con el único objeto de encontrar pasajes que pueda utilizar para molestar y dejar perplejas a otras mentes. Algunos cristianos sienten que es su deber defender la palabra de Dios, y entran en controversia con el escéptico, más bien con Satanás y sus ángeles, que hablan por medio de él. Esto es precisamente lo que desean el Príncipe de las tinieblas y sus agentes. El infiel no tiene nada que perder, termine como termine la discusión; pero el cristiano sufre una pérdida inconmensurable cuando disminuye su confianza en la palabra de Dios.

Estos burladores de las cosas sagradas pueden proferir muchos dichos agudos, ingeniosos y aptos, pero "el veneno de los áspides está bajo sus labios". El padre

de la mentira les presta su poder y su astucia satánica. Los cristianos deben evitar las controversias con estos hombres. Podemos sentir que no estamos en peligro por su influencia, pero otros se reunirán alrededor para escuchar, y algún alma puede ser llevada al camino de la duda y el escepticismo. Trátalos amablemente, pero no les deis oportunidad de exhibir su infidelidad. No des lugar a que Satanás insinúe su presencia. No piséis el terreno del enemigo.

Dios quiere que su pueblo evite la sociedad de infieles, ateos y espiritualistas. Él nos ha advertido de su carácter y su destino: "El necio ha dicho en su corazón: No hay Dios". "El que aparta su oído para no oír la ley, aun su oración será abominación". "Los transgresores serán juntos destruidos; el fin de los impíos será cortado".

Satanás se esforzará por destruir la fe de cada seguidor de Cristo. A algunos se les presenta como un león rugiente. A otros se les aparece vestido de ángel, y su voz se reduce al más suave susurro. Nuestra única seguridad consiste en aferrarnos con fe inquebrantable a la palabra de Dios, y rehuir pronta y resueltamente todo lo que esa palabra condena, no importa cuán agradable sea su apariencia, ni cuán engañosas sean sus pretensiones.

Hay algunos cristianos profesos que son siempre débiles, siempre abatidos. Se dejan acosar constantemente por las dudas, y parecen pensar que deben permanecer siempre en esta condición. Estas personas podrían ser libres, si se dieran cuenta de su peligro y se esforzaran por escapar de la trampa de Satanás. Que dejen de expresar sus dudas. Cada palabra incrédula fortalece su propia tendencia a dudar, y planta la mala semilla en la mente de los demás. Todo lo que sembremos, eso cosecharemos. Si el agricultor siembra trigo, trigo cosechará. Si siembra cardos, sólo cosechará cardos.

La luz y las tinieblas, la verdad y el error, están ante nosotros. Somos libres de elegir. Dios nunca eliminará toda excusa para la incredulidad. Los que buscan ganchos para colgar sus dudas, los encontrarán a mano. Es mucho más fácil sugerir dudas que inspirar fe. Porque el corazón natural está enemistado con Dios, se requiere un esfuerzo mayor para creer que para dudar de la palabra del Altísimo. Y Satanás mismo se opone a todo lo que fortalecería la fe.

Hay un camino que deben seguir todos los que desean sinceramente librarse de las dudas. Están acariciando alguna indulgencia prohibida por la palabra de Dios, o descuidando algún deber prescrito en ella. Aquellos que se quejan de que caminan en tinieblas, presten atención a la luz que ya brilla sobre ellos, y recibirán mayor luz. Cumplan todos los deberes que se han aclarado a su

entendimiento, y estarán capacitados para comprender y cumplir aquellos de los que ahora dudan. "Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá la doctrina".

15 de junio de 1882

"El temor del Señor tiende a la vida"

EGW

"Los caminos de la Sabiduría son caminos agradables, y todas sus sendas son paz".

Está muy extendida la opinión de que la espiritualidad y la devoción a Dios son perjudiciales para la salud. Aunque esta conclusión es radicalmente falsa, no carece de fundamento aparente. Muchos que profesan ser cristianos caminan siempre bajo una nube. Parecen creer que es una virtud quejarse de la depresión de ánimo, de las grandes pruebas y de los graves conflictos.

Pero estas personas no representan correctamente la religión de la Biblia. Lejos de ser antagónico con la salud y la felicidad, el temor del Señor está en la base de toda prosperidad real. "¿Qué hombre es aquel que desea la vida, y ama muchos días, para ver el bien? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño; apártate del mal, y haz el bien, busca la paz, y síguela. Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor. El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para cortar de la tierra el recuerdo de ellos. Claman los justos y el Señor los oye, y los libra de todas sus angustias."

La conciencia de hacer el bien es la mejor medicina para los cuerpos y las mentes enfermos. El que está en paz con Dios se ha asegurado el requisito más importante para la salud. La bendición del Señor es vida para quien la recibe. La seguridad de que el ojo del Señor está sobre nosotros, y su oído abierto a nuestra oración, es una fuente inagotable de satisfacción. Saber que tenemos un amigo omnisapiente, a quien podemos confiar todos los secretos del alma, es un privilegio que las palabras nunca podrán expresar.

La melancolía y el abatimiento que se suponen causados por la obediencia a la ley moral de Dios, se atribuyen a menudo a la inobservancia de sus leyes físicas. Aquellos cuyas facultades morales están nubladas por la enfermedad, no son los indicados para representar correctamente la vida cristiana, para mostrar las alegrías de la salvación o las bellezas de la santidad. Con demasiada frecuencia

están en el fuego del fanatismo, o en el agua de la fría indiferencia o de la tristeza rígida.

El Salvador de la humanidad declaró: "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"; y mandó a sus discípulos: "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Es deber de todo cristiano seguir de cerca el ejemplo de Cristo; cultivar la paz, la esperanza y la alegría, que se manifestarán en una alegría no fingida y en una serenidad habitual. Así podrán iluminar a todos los que les rodean, en vez de proyectar la oscura sombra del desaliento y la melancolía.

Muchos buscan constantemente la emoción y la diversión. Están inquietos e insatisfechos cuando no están absortos en la alegría, la frivolidad y la búsqueda del placer. Estas personas pueden hacer una profesión de religión, pero están engañando a sus propias almas. No poseen el artículo genuino. Su vida no está escondida con Cristo en Dios. No encuentran en Jesús su gozo y su paz.

Las vanas e insignificantes diversiones del mundo pueden divertir por un tiempo, pero cuando la excitación pasa, cuando la mente reflexiona, y la conciencia se despierta y hace oír su voz, entonces el buscador de placeres siente cuán impotentes son sus búsquedas para dar salud al cuerpo o paz al alma.

A la excitación indebida le sigue invariablemente la depresión correspondiente. La transgresión sólo produce decepción y remordimiento. Aquellos que caminan en el sendero de la sabiduría y la santidad, no se preocuparán con lamentos vanos por sus horas malgastadas; no necesitarán sumergirse en la ronda de la alegría o la disipación para desterrar los pensamientos sombríos o acosadores. El trabajo útil y activo que acelera la circulación y da fuerza a los músculos, también dará tono y vigor a la mente, y demostrará ser un agente muy eficaz en la restauración de la salud.

La religión de Cristo es primero pura, luego pacífica, llena de justicia y de buenos frutos. Tal religión es necesaria en el mundo de hoy. Muchos jóvenes que profesan ser seguidores de Cristo, se entregan a un sentimentalismo romántico que deteriora su influencia y es peligroso en su tendencia. Se entregan a soñar despiertos y a construir castillos, y así malgastan sus preciosas horas, y se incapacitan para la utilidad.

Con gran autocomplacencia, muchos se halagan pensando que si las circunstancias fueran favorables, harían una obra grande y buena. No ven las

cosas desde un punto de vista correcto. Han vivido en un mundo imaginario, y han sido mártires imaginarios, y cristianos imaginarios. Su carácter está desprovisto de virtud esterlina y resistencia real.

Las jóvenes de esta clase a veces se imaginan que poseen una exquisita delicadeza y refinamiento de carácter, y una naturaleza agudamente sensible, que debe recibir la simpatía y el aliento de todos los que las rodean. Dan una apariencia de languidez y facilidad indolente, e imaginan que no son apreciadas. Estas fantasías enfermizas son un perjuicio para ellos mismos y para los demás.

Los sentimientos de abatimiento son con frecuencia el resultado de un ocio indebido. La ociosidad da tiempo para cavilar sobre penas imaginarias. Muchos que no tienen verdaderas pruebas o dificultades en el presente, están seguros de pedir las prestadas en el futuro. Si estas personas trataran de aligerar las cargas de los demás, se olvidarían de las propias. Un trabajo enérgico que pusiera en acción las facultades mentales y físicas, sería una bendición inestimable para la mente y el cuerpo.

Los inválidos no deben dejarse hundir en un estado de inacción. Esto es muy perjudicial para la salud. Es preciso afirmar el poder de la voluntad, vencer la aversión al ejercicio activo y el temor a toda responsabilidad. Nunca podrán recobrar la salud, a menos que se sacudan esta condición apática y soñadora de la mente, y se despierten a la acción.

Hay mucho engaño practicado bajo la cubierta de la religión. La pasión controla las mentes de muchos que se halagan a sí mismos diciendo que han alcanzado altos logros espirituales. Su experiencia consiste en fantasías ociosas y sentimentalismo enfermo de amor, más que en pureza y verdadera bondad.

La mente debe ser entrenada para mirar lejos de sí misma, para detenerse en temas elevados y ennoblecedores. Que no se desperdicien las preciosas horas de la vida soñando con alguna gran obra que se realizará en el futuro, mientras se descuidan los pequeños deberes del presente.

El corazón debe estar en el trabajo o se arrastrará pesadamente; sea lo que sea. El Señor prueba nuestra capacidad dándonos pequeños deberes para realizar. Si los rechazamos con desdén o insatisfacción, no se nos confiarán más. Si las asumimos con alegría y las realizamos bien, se nos confiarán mayores responsabilidades.

Se nos han confiado talentos, no para que los derrochemos, sino para que los pongamos a los cambistas, para que cuando venga el Maestro reciba lo suyo con usura. Estos talentos no han sido distribuidos injustamente. Dios ha repartido sus sagradas confianzas según la capacidad conocida de sus siervos. "A cada uno su obra".

Así como otorga sus dones a cada uno, espera de cada uno un retorno correspondiente. Si cumplimos fielmente nuestro deber, la cantidad que se nos confía aumentará, sea grande o pequeña. Todos los que así demuestren su fidelidad, serán considerados como administradores sabios, y se les confiarán las verdaderas riquezas, incluso el don de la vida eterna.

"Nadie vive para sí mismo". La verdadera felicidad no será encontrada por aquellos que viven meramente para la autogratificación. El que quiera asegurarse el mayor y más satisfactorio goce de esta vida, así como el derecho a la futura vida inmortal, debe hacer de la glorificación de Dios y del bien a sus semejantes su más alta meta. "¿No es dar tu pan al hambriento, y traer a tu casa a los pobres desechados; cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no te escondas de tu propia carne? Entonces nacerá tu luz como la mañana, y tu salud brotará pronto, y tu justicia irá delante de ti, y la gloria del Señor será tu retaguardia.

"La religión pura delante de Dios y del Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo". La verdadera religión ennoblece la mente, refina el gusto y santifica el juicio. Hace al alma partícipe de la pureza del Cielo, acerca a los ángeles y separa cada vez más del espíritu y de la influencia del mundo.

Revela al hombre un Protector infinito y omnisapiente, un Redentor del pecado, un Consolador en el dolor, una Luz en las tinieblas, una Guía en la oscuridad. Invita al hombre a convertirse en hijo de Dios, en heredero del Cielo. Llena el alma de "gozo indecible y lleno de gloria".

Este precioso don del Cielo se ofrece gratuitamente a todos los que lo acepten. Nuestras esperanzas más brillantes, nuestras aspiraciones más elevadas no pueden pedir nada más completo, más noble, más exaltado. Las muestras del amor infinito, las súplicas de la misericordia divina, siempre nos están cortejando para que nos volvamos a Dios. "¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no satisface? Escuchadme atentamente, y comed lo que es bueno, y que vuestra alma se deleite en la grosura. Inclinaid vuestro oído y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma."

22 de junio de 1882

Las escuelas de los profetas

EGW

Las escuelas de los profetas

Las instituciones de la sociedad humana encuentran sus mejores modelos en la palabra de Dios. Para las de instrucción en particular, no faltan ni el precepto ni el ejemplo. En la historia del antiguo pueblo de Dios pueden encontrarse lecciones de gran provecho, incluso en esta época de progreso educativo.

El Señor se reservó para sí la educación y la instrucción de Israel. Su cuidado no se limitaba a sus intereses religiosos. Todo lo que afectaba a su bienestar mental o físico se convertía también en objeto de la solicitud divina y entraba en el ámbito de la ley divina.

Dios ordenó a los hebreos que enseñaran a sus hijos sus requisitos, y que les dieran a conocer todos sus tratos con su pueblo. El hogar y la escuela eran uno. En el lugar de los labios extraños, los corazones amorosos del padre y de la madre debían dar instrucción a sus hijos. Los pensamientos de Dios estaban asociados con todos los acontecimientos de la vida diaria en la morada del hogar. Las poderosas obras de Dios en la liberación de su pueblo se relataban con elocuencia y temor reverencial. Las grandes verdades de la providencia de Dios y de la vida futura se grababan en la mente del joven. Se familiarizó con lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Mediante el uso de figuras y símbolos, las lecciones impartidas se ilustraban y se fijaban más firmemente en la memoria. A través de esta animada imaginación, el niño era, casi desde la infancia, iniciado en los misterios, la sabiduría y las esperanzas de sus padres, y guiado en una forma de pensar, sentir y anticipar, que iba más allá de las cosas vistas y transitorias, hacia lo invisible y eterno.

De esta educación muchos jóvenes de Israel salieron vigorosos de cuerpo y mente, rápidos para percibir y fuertes para actuar, el corazón preparado como buena tierra para el crecimiento de la preciosa semilla, la mente entrenada para ver a Dios en las palabras de la revelación y en las escenas de la naturaleza. Las estrellas del cielo, los árboles y las flores del campo, las altas montañas, el murmullo de los arroyos, todo le hablaba, y las voces de los profetas, oídas por toda la tierra, encontraban respuesta en su corazón.

Tal fue la formación de Moisés en aquella humilde cabaña de Gosén; la de Samuel, con la fiel Ana; la de David, en la colina de Belén; la de Daniel, antes de que las escenas del cautiverio lo separaran del hogar de sus padres. Así fue también la vida temprana de Cristo, en el humilde hogar de Nazaret; así fue el entrenamiento mediante el cual el niño Timoteo aprendió de labios de su "madre Eunice y de su abuela Loida" las verdades de la Sagrada Escritura.

Se tomaron otras disposiciones para la instrucción de los jóvenes, mediante el establecimiento de la "escuela de los profetas". Si un joven deseaba obtener un mejor conocimiento de las Escrituras, profundizar en los misterios del reino de Dios y buscar la sabiduría de lo alto para llegar a ser maestro en Israel, esta escuela estaba abierta para él.

Estas instituciones eran seminarios misioneros, destinados a mantener un nivel más elevado de moral y religión en un período en que la deplorable condición de degeneración y corrupción exigía a gritos tal esfuerzo reformador. El anciano Elí había deshonrado al Señor por su negligencia en refrenar y controlar a sus hijos. Estos hijos degenerados llamaban libertad a la licencia, y al amparo de su santo oficio practicaban los pecados más degradantes. El carácter de estos hombres como dirigentes de la nación, indica claramente el estado de cosas existente en aquel tiempo. Si Elí hubiera refrenado su excesivo afecto por sus hijos, y cumplido su deber para con ellos como padre y sacerdote, la vida de ellos habría sido más noble y su destino más feliz. Podrían haber sido un honor para su padre, la corona de la nación y los guardianes del santuario. Pero sus crímenes habían contaminado las ordenanzas del Señor y corrompido a su pueblo. Para evitar que la degeneración moral se hiciera universal, recurrió a un remedio rápido y poderoso. La justicia divina destruyó al padre y a los hijos.

Entonces, en medio de la oscuridad moral, brilló una vez más la luz de la pureza, la santidad y la verdad. El líder elegido era un joven levita, cuyos años de infancia habían sido protegidos por una madre fiel y orante, cuya niñez no había sido mancillada por la corrupción circundante. Samuel fue investido por el Dios de Israel con el triple cargo de juez, profeta y sacerdote. Poniendo una mano en la mano de Cristo, y con la otra tomando el timón de la nación, lo sostiene con tal sabiduría y firmeza que preserva a Israel de la destrucción.

Samuel estableció las escuelas de los profetas para que sirvieran de barrera contra la corrupción generalizada y promovieran el bienestar moral y espiritual de la juventud. Estas escuelas resultaron ser una gran bendición para Israel, promoviendo la rectitud que enaltece a una nación, y proveyéndola de hombres

calificados para actuar, en el temor de Dios, como líderes y consejeros. Para lograr este objetivo, Samuel reunió grupos de jóvenes piadosos, inteligentes y estudiosos. Éstos fueron llamados los hijos de los profetas. Como estaban en comunión con Dios y estudiaban su palabra y sus obras, estaban imbuidos de la sabiduría de lo alto, así como ricamente dotados de tesoros intelectuales. Los instructores eran hombres no sólo bien versados en la verdad divina, sino aquellos que habían disfrutado ellos mismos de la comunión con Dios y habían recibido la dote especial de su espíritu. Gozaban del respeto y la confianza del pueblo, tanto por su erudición como por su piedad.

En los días de Samuel había dos de estas escuelas: una en Ramá, la casa del profeta, y la otra en Quiriat-jearim, donde entonces estaba el arca. En tiempos de Elías se añadieron dos más, en Jericó y Betel, y posteriormente se establecieron otras en Samaria y Gilgal.

Los alumnos de estas escuelas se mantenían con su propio trabajo como labradores y mecánicos. En Israel esto no se consideraba extraño ni degradante; de hecho, se consideraba un crimen permitir que los niños crecieran en la ignorancia de un trabajo útil. En obediencia al mandato de Dios, se enseñaba a cada niño algún oficio, aunque se le educara para un oficio sagrado. Muchos de los maestros religiosos se mantenían con el trabajo manual. Incluso en tiempos tan tardíos como los de Cristo, no se consideraba nada degradable que Pablo y Aquila se ganaran la vida con su trabajo como fabricantes de tiendas.

Los principales temas de estudio en estas escuelas eran la ley de Dios con las instrucciones dadas a Moisés, la historia sagrada, la música sagrada y la poesía. La forma de instrucción era muy diferente de la de las escuelas teológicas de la actualidad, de las que muchos estudiantes se gradúan con menos conocimiento real de Dios y de la verdad religiosa que cuando entraron. En aquellas escuelas de la antigüedad, el gran objetivo de todo estudio era aprender la voluntad de Dios y los deberes de su pueblo. En los registros de la historia sagrada se trazaban las huellas de Jehová. De los acontecimientos del pasado se extraían lecciones instructivas para el futuro. Las grandes verdades expuestas por los tipos y sombras eran puestas a la vista, y la fe captaba el objeto central de todo aquel sistema, el Cordero de Dios que había de quitar los pecados del mundo.

La lengua hebrea se cultivaba como la más sagrada del mundo. Se fomentaba un espíritu de devoción. No sólo se enseñaba a los estudiantes el deber de la oración, sino que se les enseñaba cómo orar, cómo acercarse a su Creador, cómo

ejercer la fe en él y cómo comprender y obedecer las enseñanzas de su Espíritu. Los intelectos santificados sacaban del tesoro de Dios cosas nuevas y antiguas.

El Espíritu de Dios se manifestaba significativamente en estos seminarios, en la profecía y el canto sagrado. En una ocasión una compañía de profetas se reunió con Saulo en la "colina de Dios", no lejos de Gabaa, con salterio y tabret, flauta y arpa. Bajo la influencia del Espíritu Santo, estos hombres profetizaban y alababan a Dios con la música de los instrumentos y la voz del canto. El Espíritu del Señor y su poder de conversión vinieron también sobre Saulo, y profetizó con ellos.

El arte de la melodía sagrada se cultivaba diligentemente en aquellas escuelas de los profetas. No se oía ningún frívolo vals, ni ninguna canción frívola que ensalzara al hombre y desviara la atención de Dios; sino salmos sagrados y solemnes de alabanza al Creador, exaltando su nombre y relatando sus maravillosas obras. Así, la música estaba hecha para servir a un propósito sagrado, para elevar los pensamientos a lo que era puro y noble y elevador, y para despertar en el alma la devoción y la gratitud a Dios.

¡Cuán diferentes son los objetos a los que a menudo se dedica el talento musical!
¡Cuántos que profesan este don lo emplean para honrarse y exaltarse a sí mismos, en vez de glorificar a Dios! El amor a la música lleva a los incautos a unirse con los amantes del mundo en reuniones de placer a las que Dios ha prohibido ir a sus hijos. Así, lo que es una gran bendición cuando se usa correctamente, se convierte en uno de los medios más exitosos de Satanás para apartar la mente de Dios y de las cosas eternas.

La música forma parte del culto de Dios en los atrios celestiales. En nuestros cantos de alabanza debemos procurar acercarnos lo más posible a la armonía de los coros celestiales. A menudo me ha dolido oír voces inexpertas, afinadas hasta el tono más agudo, literalmente chillando las sagradas palabras de algún himno de alabanza. Qué inapropiadas son esas voces agudas y roncas para la solemne y gozosa adoración de Dios. Anhele taparme los oídos o huir del lugar, y me regocijo cuando termina el doloroso ejercicio.

Los que hacen del canto una parte del culto divino deben seleccionar himnos con música apropiada para la ocasión, no notas fúnebres, sino melodías alegres pero solemnes. La voz puede y debe modularse, suavizarse y atenuarse.

El entrenamiento adecuado de la voz debe considerarse una parte importante de la educación. El cantante debe entrenarse para pronunciar cada palabra con

claridad. Debe recordarse que el canto como parte del servicio religioso es tanto un acto de adoración como lo es la oración. El corazón debe sentir el espíritu de las palabras, para darles la expresión correcta. Los padres no deben emplear para instruir a sus hijos a un maestro de música que no tenga reverencia por las cosas sagradas, ni deben permitirles que aprendan y practiquen canciones bailables y música frívola.

Cuán grande es la diferencia entre las escuelas de la antigüedad, bajo la supervisión de Dios mismo, y nuestras modernas instituciones de enseñanza. Pocas escuelas se encuentran que no estén gobernadas por las máximas y costumbres del mundo. Hay pocas en las que el amor de un padre cristiano por sus hijos no se encuentre con una amarga desilusión.

¿En qué consiste la excelencia superior de nuestros sistemas educativos? ¿En la literatura clásica que se inculca a nuestros hijos? ¿Está en los logros ornamentales que nuestras hijas obtienen a costa de sacrificar su salud o su fuerza mental? ¿Está en el hecho de que la instrucción moderna está tan generalmente separada de la palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación? ¿Consiste la principal excelencia de la educación popular en tratar las ramas individuales de estudio, aparte de esa investigación más profunda que implica el escudriñamiento de las Escrituras, y un conocimiento de Dios y de la vida futura? ¿Consiste en imbuir las mentes de los jóvenes con conceptos paganos de libertad, moralidad y justicia? ¿Es seguro confiar nuestra juventud a la guía de esos maestros ciegos que estudian los oráculos sagrados con mucho menos interés que el que manifiestan por los autores clásicos de la antigua Grecia y Roma?

"La educación", observa un escritor, "se está convirtiendo en un sistema de seducción". Los sentimientos más amargos, las pasiones más ingobernables, son excitados por el curso de maestros imprudentes e impíos. Hay una deplorable falta de moderación apropiada y de disciplina juiciosa. Las mentes de los jóvenes se excitan fácilmente y beben la insubordinación como agua.

La ignorancia existente de la palabra de Dios, entre un pueblo que profesa ser cristiano, es alarmante. A los jóvenes de nuestras escuelas públicas se les han robado las bendiciones de las cosas santas. La charla superficial, el mero sentimentalismo, pasa por instrucción en moral y religión; pero carece de las características vitales de la verdadera piedad. La justicia y la misericordia de Dios, la belleza de la santidad y la recompensa segura del bien obrar; el carácter

atroz del pecado y la certeza del castigo: estas grandes verdades no están grabadas en la mente de los jóvenes.

El escepticismo y la infidelidad, bajo algún disfraz agradable, o como una insinuación encubierta, con demasiada frecuencia encuentran su camino en los libros de texto. En algunos casos, los maestros han inculcado los principios más perniciosos. Malvados asociados están enseñando a la juventud lecciones de crimen, disipación y libertinaje que son horribles de contemplar. Muchas de nuestras escuelas públicas son focos de vicio.

¿Cómo puede protegerse a nuestra juventud de estas influencias contaminantes? Debe haber escuelas establecidas sobre los principios y controladas por los preceptos de la palabra de Dios. Otro espíritu debe estar en nuestras escuelas, para animar y santificar cada rama de la educación. Debe buscarse fervientemente la cooperación divina. Y no la buscaremos en vano. Las promesas de la palabra de Dios son nuestras. Podemos esperar la presencia del Maestro celestial. Podemos ver el Espíritu del Señor difundido como en las escuelas de los profetas, y cada objeto participar de una consagración divina. La ciencia será entonces, como lo fue para Daniel, la sierva de la religión; y todo esfuerzo, desde el primero hasta el último, tenderá a la salvación del hombre, alma, cuerpo y espíritu, y a la gloria de Dios por medio de Cristo.

29 de junio de 1882

Importancia del entrenamiento físico

La época actual es de un interés sin igual por la educación. La amplia difusión del conocimiento a través de la prensa, que pone al alcance de todos los medios para la autocultura, ha despertado un deseo general de mejora mental.

Aunque reconocemos con gratitud el aumento de nuestras facilidades, no debemos cerrar los ojos ante los defectos del actual sistema educativo. En el ansioso esfuerzo por asegurar la cultura intelectual, se ha descuidado tanto la formación física como la moral. Muchos jóvenes salen de las instituciones de enseñanza con la moral degradada y las facultades físicas debilitadas; sin conocimientos de la vida práctica y con poca fuerza para cumplir sus deberes.

Al ver estos males, me he preguntado: ¿Deben nuestros hijos e hijas convertirse en débiles morales y físicos para obtener una educación en las escuelas? Esto no debería ser así; no tiene por qué ser así, si los maestros y los alumnos se atienen a las leyes de la naturaleza, que son también las leyes de Dios. Deben

ejercitarse todas las facultades de la mente y del cuerpo, para que los jóvenes lleguen a ser hombres y mujeres fuertes y equilibrados.

Muchos estudiantes tienen tanta prisa por completar su educación que no son meticulosos en nada de lo que emprenden. Pocos tienen suficiente valor y autocontrol para actuar por principios. La mayoría de los estudiantes no comprenden el verdadero objeto de la educación y, por lo tanto, no toman un curso que asegure este objeto. Se aplican al estudio de las matemáticas o de los idiomas, mientras descuidan un estudio mucho más esencial para la felicidad y el éxito de la vida. Muchos que pueden explorar las profundidades de la tierra con el geólogo, o atravesar los cielos con el astrónomo, no muestran el menor interés por el maravilloso mecanismo de sus propios cuerpos. Otros pueden decir exactamente cuántos huesos hay en el cuerpo humano, y describir correctamente cada órgano del cuerpo, y sin embargo son tan ignorantes de las leyes de la salud, y la cura de la enfermedad, como si la vida estuviera controlada por el destino ciego, en lugar de una ley definida e invariable.

La salud física es la base de todas las ambiciones y esperanzas del estudiante. De ahí la importancia primordial de conocer las leyes que aseguran y preservan la salud. Todo joven debe aprender a regular sus hábitos dietéticos: qué comer, cuándo comer y cómo comer. Debe aprender cuántas horas debe dedicar al estudio y cuánto tiempo al ejercicio físico. El cuerpo humano puede compararse a una maquinaria bien ajustada, que necesita cuidados para mantenerse en funcionamiento. Una parte no debe estar sometida a un desgaste y una presión constantes, mientras que otra se oxida por la inacción. Mientras la mente está ocupada, los músculos también deben tener su proporción de ejercicio.

La regulación apropiada de sus hábitos de alimentación, sueño, estudio y ejercicio, es un deber que todo estudiante se debe a sí mismo, a la sociedad y a Dios. La educación que hará de los jóvenes una bendición para el mundo, es la que les permite alcanzar una verdadera y noble hombría o feminidad. El estudiante que estudia mucho, duerme poco, hace poco ejercicio y come irregularmente alimentos inadecuados o de calidad inferior, está obteniendo una formación mental a expensas de la salud y la moral, de la espiritualidad y, tal vez, de la vida.

Los jóvenes desean naturalmente la actividad, y si no encuentran un campo legítimo para sus energías reprimidas después del confinamiento del aula escolar, se vuelven inquietos e impacientes de control, y así son llevados a participar en los deportes groseros y poco varoniles que deshonran a tantas

escuelas y colegios, e incluso a sumergirse en escenas de disipación real. Muchos de los jóvenes que salieron de sus hogares inocentes, son corrompidos por sus asociaciones en la escuela.

Los jóvenes desean naturalmente la actividad, y si no encuentran un campo legítimo para sus energías reprimidas después del confinamiento del aula escolar, se vuelven inquietos e impacientes de control, y así son llevados a participar en los deportes groseros y poco varoniles que deshonran a tantas escuelas y colegios, e incluso a sumergirse en escenas de disipación real. Muchos de los jóvenes que salieron de sus hogares inocentes, son corrompidos por sus asociaciones en la escuela.

En todos los establecimientos de enseñanza deben tomarse disposiciones para el estudio y la práctica de la agricultura y de las artes mecánicas. Deben emplearse maestros competentes para instruir a la juventud en las diversas actividades industriales, así como en las diversas ramas del estudio. Mientras que una parte de cada día se dedique al mejoramiento mental, que una porción determinada se dedique al trabajo físico, y un tiempo adecuado a los ejercicios devocionales y al estudio de las Escrituras.

Esta formación fomentaría hábitos de autosuficiencia, firmeza y decisión. Los graduados de tales instituciones estarían preparados para dedicarse con éxito a los deberes prácticos de la vida. Tendrían valor y perseverancia para superar los obstáculos, y firmeza de principios que no cederían a las malas influencias.

Si la juventud no puede tener más que una educación unilateral, ¿qué es de mayor importancia, el estudio de las ciencias, con todas las desventajas para la salud y la moral, o una formación completa en los deberes prácticos, con una moral sólida y un buen desarrollo físico? Sin vacilar decimos que lo segundo. Pero con el esfuerzo adecuado, ambos pueden, en la mayoría de los casos, ser asegurados.

Quienes combinan el trabajo útil con el estudio no necesitan ejercicios gimnásticos. Y el trabajo realizado al aire libre es diez veces más beneficioso para la salud que el trabajo en el interior. Tanto el mecánico como el agricultor hacen ejercicio físico, pero el agricultor es el más sano de los dos. Nada que no sea el aire vigorizante de la naturaleza y la luz del sol satisfará plenamente las demandas del sistema. El labrador de la tierra encuentra en su trabajo todos los movimientos que alguna vez se practicaron en el gimnasio. Su sala de movimiento son los campos abiertos. El dosel del cielo es su techo, la tierra sólida su suelo. Aquí ara y azada, siembra y cosecha. Míralo, como en "tiempo

de heno" siega y rastrilla, lanza y voltea, levanta y carga, arroja, pisa y guarda. Estos diversos movimientos ponen en acción los huesos, las articulaciones, los músculos, los tendones y los nervios del cuerpo. Su ejercicio vigoroso provoca inspiraciones y espiraciones completas, profundas y fuertes, que expanden los pulmones y purifican la sangre, enviando la cálida corriente de la vida a través de arterias y venas. El agricultor que es moderado en todos sus hábitos suele gozar de buena salud. Su trabajo le resulta agradable. Tiene buen apetito. Duerme bien y puede ser feliz.

Contrasta la condición del agricultor activo con la del estudiante que descuida el ejercicio físico. Se sienta en una habitación cerrada, inclinado sobre su escritorio o mesa, con el pecho contraído y los pulmones apretados. No puede inspirar profundamente. Su cerebro se esfuerza al máximo, mientras que su cuerpo está tan inactivo como si no tuviera ningún uso particular para él. Su sangre se mueve lentamente a través del sistema. Tiene los pies fríos y la cabeza caliente. ¿Cómo puede tener salud una persona así?

Que el estudiante haga ejercicio regular que le haga respirar profunda y plenamente, llevando a sus pulmones el aire puro y vigorizante del cielo, y será un ser nuevo. No es el estudio duro lo que está destruyendo la salud de los estudiantes, sino su desprecio de las leyes de la naturaleza.

En las instituciones de enseñanza, deberían emplearse profesores experimentados para instruir a las jóvenes en los misterios de la cocina. El conocimiento de las tareas domésticas no tiene precio para ninguna mujer. No son pocas las familias cuya felicidad se ve arruinada por la ineficacia de la esposa y la madre. No es tan importante que nuestras hijas aprendan pintura, trabajos de fantasía, música, o incluso "raíz cúbica", o las figuras de la retórica, como que aprendan a cortar, hacer y remendar su propia ropa, o a preparar la comida de una manera sana y sabrosa. Cuando una niña tiene nueve o diez años, debe exigírsele que participe regularmente en las tareas domésticas, en la medida de sus posibilidades, y debe hacérsele responsable de la forma en que realiza su trabajo. Fue un padre sabio el que, cuando le preguntaron qué pensaba hacer con sus hijas, contestó: "Pienso ponerlas de aprendices de su excelente madre, para que aprendan el arte de mejorar el tiempo, y sean aptas para llegar a ser esposas y madres, cabezas de familia y miembros útiles de la sociedad."

Lavar la ropa en la anticuada tabla de frotar, barrer, quitar el polvo, y una variedad de otras tareas en la cocina y el jardín, será un valioso ejercicio para

las jóvenes. Un trabajo tan útil ocupará el lugar del croquet, el tiro con arco, el baile y otras diversiones que no benefician a nadie.

Muchas damas, consideradas bien educadas, graduadas con honores en alguna institución de enseñanza, son vergonzosamente ignorantes de los deberes prácticos de la vida. Carecen de las calificaciones necesarias para la adecuada regulación de la familia y, por lo tanto, esenciales para su felicidad. Pueden hablar de la elevada esfera de la mujer y de sus derechos, pero ellos mismos están muy por debajo de la verdadera esfera de la mujer. Es el derecho de toda hija de Eva tener un conocimiento profundo de los deberes domésticos, recibir entrenamiento en cada departamento del trabajo doméstico. Toda joven debe ser educada de tal manera que si es llamada a ocupar el puesto de esposa y madre, pueda presidir como una reina en su propio dominio. Debe ser plenamente competente para guiar e instruir a sus hijos y dirigir a sus sirvientes o, si es necesario, atender con sus propias manos las necesidades de su hogar. Tiene derecho a comprender el mecanismo del cuerpo humano y los principios de la higiene, las cuestiones de la dieta y el vestido, el trabajo y la recreación, y un sinnúmero de otras que conciernen íntimamente al bienestar de su hogar. Es su derecho obtener tal conocimiento de los mejores métodos de tratamiento de las enfermedades que pueda cuidar de sus hijos en la enfermedad, en lugar de dejar sus preciosos tesoros en manos de enfermeras y médicos extraños.

La idea de que la ignorancia de un empleo útil es una característica esencial del verdadero caballero o dama, es contraria al designio de Dios en la creación del hombre. La ociosidad es un pecado, y la ignorancia de los deberes comunes es el resultado de una insensatez, que la vida posterior dará amplia ocasión de lamentar amargamente.

Los que hacen de su norma de vida servir y honrar a Dios prestarán atención al mandato del apóstol: "Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios". Tales estudiantes preservarán su integridad frente a la tentación, y saldrán de la escuela con intelectos bien desarrollados, y con salud de cuerpo y salud de alma.

13 de julio de 1882

Israel desea un rey

EGW

La primera forma de gobierno sobre los hombres fue establecida por Dios mismo, y lo reconoció como el único Soberano. Dio a conocer su voluntad mediante mandatos escritos y revelaciones, mediante mensajes a sus siervos elegidos, mediante sueños, señales y prodigios. Habría continuado siendo su rey, si se hubieran contentado con su cuidado paternal.

Al principio, el padre era constituido sacerdote y magistrado de su propia familia. Luego vino el gobierno patriarcal, que era como el de la familia, pero se extendía sobre un número mayor. Cuando Israel se convirtió en un pueblo distinto, las doce tribus, surgidas de los doce hijos de Jacob, tenían cada una un jefe. Estos jefes, o ancianos, se reunían cada vez que había que resolver algún asunto de interés general. El sumo sacerdote era el representante visible de Cristo, el Redentor de su pueblo. Cuando los hebreos se establecieron en Canaán, se nombraron jueces, que se asemejaban a los gobernadores. Estos gobernantes estaban investidos de autoridad para declarar la guerra y proclamar la paz para la nación; pero Dios seguía siendo el rey reconocido de Israel, y continuaba revelando su voluntad a estos jefes elegidos, y manifestando a través de ellos su poder.

Pero el aumento de la población y las relaciones con otras naciones produjeron un cambio. Los israelitas adoptaron muchas de las costumbres de sus vecinos paganos, sacrificando así en gran medida su propio carácter santo y peculiar. Su culto se hizo menos serio y sincero. Gradualmente perdieron su reverencia a Dios, y dejaron de apreciar el alto honor de ser su pueblo escogido. Deslumbrados por la pompa y la ostentación de los monarcas paganos, se cansaron de su propia sencillez y desearon ser liberados del gobierno de su Divino Soberano. Al alejarse del Señor, las diferentes tribus se volvieron envidiosas y celosas unas de otras. Aumentaron las luchas y las disensiones, hasta que se pensó vanamente que la instalación de un rey era el único medio de restablecer la armonía.

El gobierno de Israel nunca había sido conducido con tanta sabiduría y éxito como bajo la única administración de Samuel. En ningún gobernante anterior había depositado el pueblo una confianza tan implícita. Había trabajado con celo incansable y desinteresado por el mayor bien de la nación. En cada

transacción se había regido por la justicia y la benevolencia. Y no sólo su conducta fue totalmente desinteresada, sino que a menudo se despreocupó de sus propias obligaciones y derechos. Por lo tanto, el egoísmo manifestado por sus hijos parecía más sorprendente en contraste con la conducta de su fiel padre.

La arrogancia y la injusticia de estos jueces causaron mucho descontento entre el pueblo, que estaba mucho más preocupado por los peligros que amenazaban sus intereses temporales de lo que lo habían estado por el despilfarro y el sacrilegio de Ofni y Finees. Pronto muchos que se consideraban agraviados presentaron sus quejas a los ancianos de Israel. Se proporcionó así un pretexto para urgir el cambio que se había deseado secretamente durante tanto tiempo.

Si Samuel hubiera sido informado de la conducta injusta de sus hijos, los habría destituido de inmediato y nombrado a otros más rectos en su lugar. Sin embargo, cuando se le presentó la queja contra sus hijos, seguida inmediatamente por la petición de un rey, Samuel vio que el verdadero motivo era el descontento y el orgullo. Percibió que el deseo no surgía de un impulso repentino, sino que era el resultado de una larga deliberación y de un propósito decidido.

Los peticionarios se cuidaron de declarar que no podían encontrar ningún defecto en la administración de Samuel; pero insistieron en que pronto sería demasiado viejo para servirles, y sus hijos habían dado pruebas de que no se podía confiar en ellos. A pesar de estas explicaciones y profesiones de respeto, Samuel se sintió profundamente herido. Consideró la petición como una censura contra sí mismo y un intento directo de apartarlo. Pero no reveló sus sentimientos. No pronunció ningún reproche por la ingratitud del pueblo. Si lo hubiera hecho, una amarga recriminación podría haberle causado un gran daño.

Samuel llevó este nuevo y para él difícil asunto al Señor en oración, y le pidió consejo a solas. Sus peticiones fueron escuchadas; "y dijo Jehová a Samuel: Escucha la voz del pueblo en todo lo que te dijere; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, en que me han abandonado y han servido a dioses ajenos, así hacen también contigo." El profeta fue reprendido por afligirse por la conducta del pueblo hacia él como individuo. No habían manifestado falta de respeto hacia él, sino hacia la autoridad de Dios, que había designado a los gobernantes de su pueblo.

Los días de mayor prosperidad de Israel habían sido aquellos en que reconocían a Jehová como su rey, cuando las leyes y el gobierno que él había establecido se consideraban superiores a los de todas las demás naciones. El mismo Moisés,

en su último discurso, apeló a Israel: "¿Qué nación hay tan grande que tenga a Dios tan cerca de ella como lo está Jehová nuestro Dios en todas las cosas por las que le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y juicios tan justos como toda esta ley, que yo pongo hoy delante de vosotros?".

Y sin embargo, a pesar de que el Señor había obrado tantas veces poderosamente para su liberación, los israelitas estaban ahora dispuestos a atribuir todos sus desastres a su manera de gobernar. El Señor permitió que su pueblo siguiera su propio curso, porque se negaron a dejarse guiar por sus consejos. Oseas declara que Dios les dio un rey en su ira. En su orgullo deseaban ser como las demás naciones, sin considerar que con la pompa de la realeza debían soportar también su tiranía y exacción. Este sería un amargo cambio por el gobierno suave y benéfico de Dios.

Es un paso arriesgado poner el cetro en manos de un hombre finito y coronarlo monarca. Dios comprende el corazón humano mucho mejor de lo que los hombres lo comprenden por sí mismos. Una desviación de la sabia disposición del Señor pervertiría la autoridad en tiranía, y la sujeción en esclavitud. Aunque un gobernante fuera naturalmente misericordioso y benévolo, un poder ilimitado sobre sus semejantes tendería a convertirlo en un déspota. Sólo Dios es capaz de usar tal poder con justicia y sabiduría.

El Señor había predicho, por medio de sus profetas, que Israel sería gobernado por un rey. Pero de esto no se deduce que esta forma de gobierno fuera conforme a su voluntad. Aunque prevé todas las cosas, a menudo permite que los hombres sigan su propio curso, cuando se niegan a dejarse guiar por los consejos de la sabiduría infinita. En este caso, ordenó a Samuel que accediera a su petición, pero que les advirtiera fielmente de la desaprobación del Señor, y también que les hiciera saber cuál sería el resultado de su proceder: "Ahora, pues, escucha su voz. Sin embargo, protesta solemnemente ante ellos, y muéstrales la manera del rey que reinará sobre ellos."

En consecuencia, Samuel reunió al pueblo y le representó fielmente las cargas que tendrían que soportar bajo un rey, y el contraste entre tal estado de opresión y su actual condición comparativamente libre y próspera. Les recordó que su rey imitaría la pompa y el lujo de otros monarcas, para cuyo sustento serían necesarias graves exacciones sobre sus personas y propiedades. Tomaría a los jóvenes como aurigas y jinetes, e incluso emplearía a algunos para correr delante y alrededor de sus carros. Un ejército permanente requeriría sus

servicios; y también se les pediría que labraran *sus* campos, recogieran *su* cosecha y fabricaran para *su* servicio instrumentos de guerra.

Las hijas de Israel, que debían convertirse en el centro de hogares felices, serían tomadas por confiteras y panaderas, para servir al lujo de la casa real. Para sostener su estado real, encontraría pretextos para apoderarse de las mejores tierras, otorgadas al pueblo por Jehová mismo. También se apoderaría de los más valiosos de sus siervos y de su ganado, y "los pondría a su servicio".

Además de todo esto, se instituiría un impuesto opresivo. El pueblo ya daba al Señor la décima parte de todos sus ingresos, de los beneficios de su trabajo o de los productos de la tierra. El rey exigiría un diezmo adicional de todo. "Vosotros seréis sus siervos", concluyó el profeta. "Y clamaréis en aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido; y el Señor no os oirá en aquel día".

Pero el pueblo estaba decidido a seguir su propio curso. Las solemnes advertencias de Dios, por medio de su anciano profeta, no surtieron efecto para desviarlos de su propósito. Ellos respondieron: "No; pero tendremos un rey sobre nosotros, para que también seamos como todas las naciones; y que nuestro rey nos juzgue, y salga delante de nosotros, y pelee nuestras batallas".

"Como las demás naciones": los israelitas no se daban cuenta de que, en este sentido, ser diferentes de las demás naciones era un privilegio y una bendición especiales. Dios había separado a Israel de todos los demás pueblos, para hacer de él su tesoro peculiar. Pero ellos, haciendo caso omiso de este alto honor, deseaban ansiosamente imitar el ejemplo de los paganos. ¡Qué ceguera! ¡Qué ingratitud!

Con profunda tristeza, Samuel escuchó las palabras del pueblo, y luego buscó de nuevo la guía divina. El Señor dijo a Samuel: "Escucha su voz y ponles rey".

El profeta había cumplido con su deber. Había presentado fielmente la advertencia, y había sido rechazada. No podía decir nada más. Con el corazón apesadumbrado despidió al pueblo, y él mismo partió para prepararse para el gran cambio en el gobierno.

¡Ojalá que este pasaje de la historia de Israel no tuviera su contraparte en la experiencia presente del pueblo de Dios! Pero, ¡ay!, lo vemos repetirse con frecuencia. Un deseo descontento de cambio, un anhelo de conformarse a los planes mundanos y a las costumbres mundanas, controla con demasiada frecuencia incluso a los que profesan ser cristianos. Al apartarse de Dios, se

vuelven ambiciosos por las ganancias y los honores del mundo. Aquellos que se mantienen firmes contra la conformidad con el mundo, desalentando el orgullo, la superfluidad y la extravagancia, y ordenando la humildad y la abnegación, son vistos como críticos, peculiares y severos. Algunos argumentan que uniéndose a los mundanos y conformándose a sus costumbres, los cristianos podrían ejercer una influencia más fuerte en el mundo. Pero todos los que siguen este camino se separan de la fuente de su fuerza. Al hacerse amigos del mundo, se convierten en enemigos de Dios.

El anhelo insatisfecho de poder y ostentación mundanos es tan difícil de curar ahora como en los días de Samuel. Los cristianos tratan de construir como construyen los mundanos, de vestirse como se visten los mundanos, de imitar las costumbres y prácticas de los que sólo adoran al dios de este mundo. Las instrucciones de la palabra de Dios, los consejos y reprensiones de sus siervos, e incluso las advertencias enviadas directamente desde su trono, parecen impotentes para dominar esta indigna ambición. Cuando el corazón está alejado de Dios, casi cualquier pretexto es suficiente para justificar el desprecio de su autoridad. Los impulsos del orgullo y del amor propio se satisfacen a costa de lo que sea para la causa de Dios.

Los no consagrados y los amantes del mundo están siempre dispuestos a criticar y condenar a los que han defendido intrépidamente a Dios y el derecho. Si se ve un defecto en alguien a quien el Señor ha confiado grandes responsabilidades, entonces se olvida toda su devoción anterior, y se hace un esfuerzo por silenciar su voz y destruir su influencia. Pero que estos jueces autoconstituidos recuerden que el Señor lee el corazón. No pueden esconder sus secretos de su mirada escrutadora. Dios declara que traerá toda obra a juicio, con toda cosa secreta.

Los hombres más útiles rara vez son apreciados. Aquellos que han trabajado más activa y desinteresadamente por sus semejantes, y que han sido decisivos en el logro de los mayores resultados, a menudo son retribuidos con ingratitud y negligencia. Cuando tales hombres se ven dejados de lado, sus consejos menospreciados y despreciados, pueden sentir que están sufriendo una gran injusticia. Pero que aprendan del ejemplo de Samuel a no justificarse ni reivindicarse a sí mismos, a menos que el Espíritu de Dios los impulse inequívocamente a tal proceder. Los que desprecian y rechazan al siervo fiel de Dios, no sólo muestran desprecio por el hombre, sino por el Maestro que lo envió. Son las palabras de Dios, sus reprensiones y consejos, los que se desprecian; es su autoridad la que se rechaza.

Cuando los hombres se obstinan en seguir su propio camino, sin pedir consejo al Señor, éste concede a menudo sus deseos, para revelar su insensatez o castigar su iniquidad. Cuando estiman a la ligera las palabras de sus siervos, puede permitir que se acalle la voz del consejo y de la advertencia. Pero el orgullo y la sabiduría humanos se encontrarán una guía peligrosa. Lo más deseado por el corazón no consagrado resultará al final lo más doloroso y amargo.

Que los siervos de Dios lleven sus cargas a su compasivo Redentor. Su oído está siempre abierto a sus oraciones. Su ojo observa cada sacrificio y cada dolor. El abandono y la injusticia que soportan aquí no harán sino aumentar su recompensa en el día venidero.

20 de julio de 1882

Un rey elegido

EGW

Aunque en la profecía se había predicho una forma monárquica de gobierno para Israel, se había establecido la norma de que sólo serían elevados al trono los elegidos por el propio Jehová. Los hebreos todavía respetaban tanto la autoridad de Dios como para dejar la selección enteramente en sus manos. La elección recayó en Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín.

Las cualidades personales del futuro monarca eran tales que satisfacían ese orgullo de corazón que impulsaba el deseo de un rey. No había persona más buena que él entre todos los habitantes de las colinas. De porte noble y digno, en la flor de la vida, apuesto y alto, parecía nacido para mandar. Sin embargo, con todos estos atractivos externos, Saulo carecía de las cualidades superiores que constituyen la verdadera sabiduría. En su juventud no había aprendido a controlar sus pasiones precipitadas e impetuosas; nunca había sentido el poder renovador de la gracia divina.

Saúl era hijo de un jefe poderoso y rico, pero, de acuerdo con la primitiva sencillez de la época, se dedicaba con su padre a las humildes tareas de labrador. Habiéndose extraviado por los montes un rebaño del padre, Saúl fue enviado con un criado a buscarlo. Durante tres días la búsqueda fue infructuosa, y entonces, encontrándose cerca de Ramá, la casa de Samuel, el criado propuso que preguntaran al profeta por la propiedad perdida: "Tengo aquí la cuarta parte de un siclo de plata; se lo daré al varón de Dios para que nos indique el camino" No se trataba de un soborno; era costumbre que una persona, al acercarse a un

superior en rango o cargo, le hiciera un pequeño obsequio, como expresión de cortesía y respeto.

Al acercarse a la ciudad, preguntaron por el vidente a unas jóvenes que habían salido a sacar agua. Les respondieron que estaba a punto de celebrarse un servicio religioso, que el juez ya había llegado, que iba a haber un sacrificio en el "lugar alto" y, después, un banquete selecto.

Bajo la administración de Samuel se había producido un gran cambio. El culto a Dios se mantuvo en toda la tierra, y el pueblo manifestó interés en los servicios religiosos. El arca permanecía todavía en Quiriat-jearim, y no había servicios en el tabernáculo, por lo que los sacrificios se ofrecían por el momento en otra parte; y las ciudades de los sacerdotes y levitas, donde el pueblo acudía para recibir instrucción, eran elegidas para este fin. Los puntos más altos de estas ciudades eran generalmente seleccionados como el lugar del sacrificio, y por lo tanto eran denominados el "lugar alto".

En la presente ocasión, debía presentarse ante el Señor una ofrenda de paz, con una ferviente oración para que la aceptara y bendijera el servicio como medio de bien espiritual para los adoradores. Luego, una vez invocada la bendición sobre la parte del sacrificio que se había reservado para el pueblo, todos se unirían en un banquete sagrado. Al mismo tiempo que establecía las formas externas de la religión, Samuel procuraba fomentar un espíritu de verdadera devoción. No se permitía que estos servicios degeneraran en una mera ceremonia o se convirtieran en una ocasión de autogratiación. Correctamente conducidos, promovían la verdadera piedad, así como un espíritu de bondad y simpatía entre el pueblo.

A la puerta de la ciudad, Saúl fue recibido por el propio profeta. Dios había revelado a Samuel que en aquel día y a aquella hora se presentaría ante él el rey destinado de Israel. Cuando se encontraron cara a cara, el Señor dijo a Samuel: "He aquí al hombre de quien te hablé; éste reinará sobre mi pueblo". Éste reinará sobre mi pueblo".

A la petición de Saúl: "Te ruego que me digas dónde está la casa del vidente", Samuel respondió: "Yo soy el vidente", asegurándole también que su padre había encontrado el ganado perdido, y que ahora había empezado a preocuparse por su hijo. No obstante, le instó a que se quedara con él y asistiera al banquete, dándole al mismo tiempo algunas indicaciones sobre el gran destino que le aguardaba.

Saúl replicó, con modesto desprecio de sí mismo. "¿No soy yo benjaminita, de la más pequeña de las tribus de Israel, y mi familia la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me hablas así?"

Unos treinta de los principales hombres de la ciudad habían sido invitados a asistir al banquete, y Samuel condujo al forastero a la sala donde estaban reunidos estos invitados, le dio el asiento de honor y, cuando se sirvió la carne, ordenó que le pusieran delante la pieza más honorable, la paletilla.

Al regresar a su casa en la ciudad, Samuel se dirigió con su huésped a la azotea, como el lugar de mayor tranquilidad y aislamiento, y allí habló con él, exponiéndole los grandes principios sobre los que se había establecido el gobierno de Israel, y tratando así de prepararlo en cierta medida para su alta posición.

Cuando Saúl partió, temprano a la mañana siguiente, el profeta salió con él. Al cabo de un rato, Samuel indicó al criado que siguiera adelante, y luego, ordenando a Saúl que se detuviera para poder mostrarle los propósitos de Dios, lo ungió capitán de la heredad del Señor. Luego lo besó, y para fortalecer su fe, le contó con gran exactitud los diversos incidentes que ocurrirían en el viaje de regreso, y le aseguró que sería calificado por el Espíritu de Dios para el importante puesto que le esperaba.

Mientras Saúl seguía su camino, fue testigo del cumplimiento de las palabras del profeta. Cerca del sepulcro de Raquel, en la frontera de Benjamín, le informaron de que se habían encontrado los animales perdidos. En la llanura del Tabor se encontró con tres hombres que se dirigían al lugar de las piedras sagradas de Betel, para adorar allí a Dios. Uno de ellos llevaba tres cabritos para el sacrificio, otro tres panes y el tercero un odre de vino para la ofrenda. Saludaron a Saúl como de costumbre y le entregaron dos de los tres panes.

Cuando Saulo se dirigía a Gabaa, en Benjamín, vio que una compañía de profetas regresaba del lugar alto donde habían ido a adorar; y mientras iban, cantaban alabanzas a Dios al son de la flauta y el arpa, el salterio y el tabret. Entonces el Espíritu de Dios se posó sobre Saulo, y él se unió a los profetas, y con ellos cantó la alabanza del Altísimo y declaró las maravillas de la verdad divina. Hablaba con tanta soltura y sabiduría, y participaba tan fervorosamente en los servicios de oración y alabanza, que los que sólo lo habían conocido como el labrador indocto exclamaron asombrados: "¿Qué es esto que le ha sucedido al hijo de Cis? ¿Está Saúl también entre los profetas?". No podían comprender cómo se había efectuado una transformación tan grande.

Samuel había fundado los primeros establecimientos regulares para la instrucción religiosa y el despliegue de los dones proféticos. Entre los principales temas de estudio estaban la ley de Dios con las instrucciones dadas a Moisés, la historia sagrada, la música sagrada y la poesía. En estas "escuelas de los profetas" los jóvenes eran educados por aquellos que no sólo estaban bien versados en la verdad divina, sino que ellos mismos mantenían una estrecha comunión con Dios y habían recibido la dote especial de su Espíritu. Estos educadores gozaban del respeto y la confianza del pueblo tanto por su erudición como por su piedad. El poder del Espíritu Santo se manifestaba a menudo de manera sorprendente en sus asambleas, y el ejercicio del don profético no era infrecuente. Estas escuelas, o colegios, eran de un valor incalculable para Israel, no sólo porque proporcionaban la difusión de la verdad religiosa, sino porque preservaban el espíritu de piedad vital.

Cuando Saulo se unió a los profetas en su culto, se operó en él un gran cambio por el poder renovador del Espíritu Santo. La luz de la pureza y santidad divinas brilló sobre las tinieblas de la depravación moral. Se vio a sí mismo tal como era ante Dios. Vio y sintió la belleza de la santidad. Ahora debía comenzar seriamente la guerra contra el pecado y Satanás, y se le hizo sentir que en este conflicto su fuerza debía provenir enteramente de Dios. El plan de salvación, que antes le había parecido oscuro e incierto, se abrió a su entendimiento con gran claridad y poder. Esa experiencia que algunos cristianos han tardado años en obtener, Saulo la adquirió en poco tiempo. El Señor lo dotó de valor y sabiduría para su elevada posición. Le reveló la fuente de la fuerza y de la gracia, y luego, habiendo iluminado su entendimiento en cuanto a las exigencias divinas y a su propio deber, le dejó libre para obedecer la luz que había recibido.

El hecho de que Saúl había sido ungido rey sobre Israel no se dio a conocer entonces a la nación. La elección de Dios debía manifestarse públicamente por sorteo. Para ello Samuel convocó al pueblo en Mizpa. Se oró fervorosamente pidiendo la guía divina; luego siguió la solemne ceremonia de echar la suerte. La multitud reunida aguardaba el resultado en un silencio que cortaba la respiración. La tribu, la familia y el hogar fueron designados sucesivamente, y luego Saúl, el hijo de Cis, fue señalado como el individuo elegido. Pero Saúl no fue encontrado. Seguro del resultado, y agobiado por la grave responsabilidad que estaba a punto de caer sobre él, había permanecido apartado de la asamblea.

Cuando se descubrió su retirada, fue conducido ante la congregación, y observaron con orgullo y satisfacción que era de porte real y noble figura, siendo "más alto que cualquiera del pueblo, desde los hombros hacia arriba." E

incluso Samuel lo proclamó ante la asamblea con las palabras: "¡Ved al que el Señor ha elegido, que no hay otro como él en todo el pueblo!". En respuesta a sus palabras, un largo y fuerte grito de júbilo surgió de aquella vasta multitud: "¡Dios salve al rey!".

Samuel presentó entonces al pueblo "la manera del reino", declarando los principios sobre los que se basaba el gobierno monárquico y por los que debía ser controlado. El rey no debía ser un monarca absoluto, sino mantener su poder sometido a la voluntad del Altísimo. Este discurso se consignó en un libro, en el que se exponían las prerrogativas del príncipe y los privilegios que debían concederse al pueblo. Samuel sabía que un rey estaría inclinado a asumir una autoridad indebida, y protegió en la medida de lo posible las libertades de la nación.

El pueblo en general reconoció a Saúl como su rey, y le trajo los regalos que suelen recibir los monarcas orientales. Pero todavía había un grupo que estaba disgustado y descontento. Que se eligiera rey a Benjamín, la más pequeña de las tribus de Israel, en detrimento de Judá y Efraín, las más numerosas y poderosas, era un desaire que no podían tolerar. Se negaron a profesar lealtad a Saúl y a llevarle los regalos acostumbrados. Sin embargo, él no hizo caso de sus insultos, sino que sabiamente "calló". En las condiciones en que se encontraban las cosas, no creyó conveniente asumir la dignidad y el poder reales. Dejando que Samuel administrara el gobierno como antes, regresó a su casa en Gabaa. Fue honorablemente escoltado hasta allí por una compañía que, viendo la elección divina en su elección, estaba decidida a sostenerlo.

Aquellos que habían sido más urgentes en su demanda de un rey, fueron los mismos que se negaron a aceptar con gratitud al hombre designado por Dios. Sus expectativas no se cumplieron. Esperaban que un rey fuera inaugurado con gran pompa y despliegue; al no lograrlo, sintieron que poco se había ganado. La envidia y los celos ardían en los corazones de muchos. Cada uno tenía a su favorito, a quien deseaba ver colocado en el trono, y varios de los líderes esperaban ocupar ellos mismos esa exaltada posición. Todos los esfuerzos del orgullo y la ambición habían resultado en decepción y descontento. Siempre es así. El corazón debe aprender a someterse a Dios para estar en paz.

27 de julio de 1882

Inauguración en Gilgal

EGW

Saúl había sido elegido por Dios y reconocido por la nación como rey de Israel; sin embargo, no intentó mantener su derecho al trono. En su casa, entre las tierras altas de Benjamín, se ocupó tranquilamente de los deberes de un labrador, y dejó el establecimiento de su autoridad enteramente a la mano de Dios. No había de aplazarse mucho tiempo. Poco después de su elección, los amonitas, bajo su rey Nahas, invadieron el territorio disputado al este del Jordán y amenazaron la grande y poderosa ciudad de Jabes de Galaad. Los habitantes intentaron conseguir la paz ofreciéndose como tributarios de los amonitas. Pero el bárbaro y cruel rey se negó a perdonarlos, salvo a condición de sacarles el ojo derecho a cada uno de ellos, para que permanecieran como monumentos vivientes de su poder.

Los habitantes de la ciudad sitiada pidieron una prórroga de siete días para deliberar, con la esperanza de que durante este tiempo las tribus del lado occidental del río pudieran ser convocadas para su liberación. Los amonitas consintieron, razonando que si el asunto se hacía público aumentaría en gran medida el honor de su esperado triunfo.

Veloces mensajeros difundieron la noticia por todo Israel, sembrando el terror y la consternación. Saúl, que regresaba del campo con sus rebaños, oyó el fuerte lamento que anunciaba una gran calamidad. Dijo: "¿Qué aflige al pueblo para que llore?". Cuando se repitió la vergonzosa historia, se despertaron todas sus facultades dormidas, y se levantó como héroe y rey. "El Espíritu de Dios vino sobre él", como sobre Sansón, y "tomó una yunta de bueyes, y los cortó en pedazos, y los envió por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros, diciendo: Cualquiera que no saliere en pos de Saúl y en pos de Samuel, así se hará con sus bueyes."

Todo Israel obedeció. Trescientos treinta mil hombres se reunieron en la llanura de Bezec, bajo el mando de Saúl. Inmediatamente se enviaron mensajeros para avisar al pueblo de Jabes de Galaad que podían esperar ayuda al día siguiente, el mismo día en que debían rendir sus ojos a los amonitas.

Marchando toda la noche, el rey apareció con su ejército ante Jabes de Galaad por la mañana. Luego dividió su fuerza en tres compañías, que se acercaron al

campamento de los amonitas por diferentes lados, y haciendo un ataque repentino y vigoroso, los derrotó completamente, con una gran matanza. Los que escaparon estaban tan dispersos que no se podía encontrar a dos juntos.

Por la prontitud y energía del rey en esta ocasión, así como por su valentía y destreza militar, el pueblo se sintió mucho más fuertemente influenciado en su favor de lo que lo había estado por el nombramiento del Señor, la unción de Samuel o su propia apariencia atractiva. Ahora, por aclamación universal, lo saludaron como su rey, atribuyendo todo el honor de la victoria a la habilidad humana, y olvidando que sin la bendición especial de Dios todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

En su entusiasmo, algunos propusieron dar muerte a los que al principio se habían negado a someterse al nuevo soberano. Pero el rey intervino diciendo: "Hoy no morirá nadie, porque hoy el Señor ha obrado la salvación en Israel". Aquí Saúl dio pruebas del gran cambio que se había producido en su carácter. En vez de atribuirse el honor, dio la gloria a Dios, a quien pertenecía por derecho. En vez de mostrar un deseo de venganza, como hubiera sido natural, manifestó un espíritu de compasión y perdón. Esta es una prueba inequívoca de que la gracia de Dios mora en el corazón.

Samuel propuso entonces que el pueblo se dirigiera a Gilgal y allí confirmara solemnemente el reino a Saúl, ya que toda oposición a su autoridad parecía haber cesado. Así se hizo, con gran regocijo y abundantes sacrificios de acción de gracias.

Gilgal fue memorable por ser el lugar del primer campamento de Israel en la tierra prometida. Aquí Josué erigió la columna de doce piedras para conmemorar el milagroso paso del Jordán; aquí cesó el maná; aquí se renovó la circuncisión; aquí el pueblo celebró la primera pascua después de su peregrinación; aquí apareció el Capitán del ejército del Señor. Desde este lugar marcharon hacia el derrocamiento de Jericó y la conquista de Hai. Aquí Acán sufrió el terrible castigo de su pecado, y aquí se concertó aquel imprudente tratado con los gabaonitas que castigó la negligencia de Israel en pedir consejo a Dios. En esta llanura, tan rica en asociaciones emocionantes, se encontraban Samuel y Saúl; y cuando los gritos de bienvenida al rey se hubieron apagado, el anciano profeta dirigió al pueblo sus palabras de despedida como gobernante de la nación.

Para que las bendiciones concedidas a Israel no los indujeran a justificar todos sus procedimientos, Samuel aprovechó esta ocasión para amonestarlos,

advirtiéndoles que su conducta había sido sumamente desagradable a Dios. También reivindicó su propia conducta y la pureza de su administración. Pidió al pueblo que citara un solo caso de fraude, opresión o corrupción, mientras él fuera su único juez:

"He aquí que he escuchado vuestra voz en todo lo que me habéis dicho, y he puesto rey sobre vosotros. Y ahora, he aquí, el rey camina delante de vosotros; y yo soy viejo y cano; y he aquí, mis hijos están con vosotros; y yo he caminado delante de vosotros desde mi niñez hasta hoy. He aquí, aquí estoy: atestigüad contra mí delante de Jehová, y delante de su ungido: ¿de quién he tomado buey? ¿o de quién asno? ¿o a quién he defraudado? ¿a quién he oprimido? ¿o de mano de quién he recibido algún soborno, para cegar con ello mis ojos? y yo os lo devolveré."

Sin una sola voz discordante, el pueblo respondió: "No nos has defraudado, ni oprimido, ni has tomado nada de mano de nadie."

Samuel tenía un objetivo más elevado que simplemente justificar su propio proceder. Anteriormente se había esforzado por exponer los principios que debían regir tanto al rey como al pueblo, y ahora deseaba presentarles un ejemplo instructivo. Desde su niñez había tenido responsabilidades en la obra de Dios, y durante su larga vida había tenido siempre ante sí un objetivo: la gloria de Dios y el mayor bien de Israel. Esto había sido evidente para toda la nación, y ahora todos daban testimonio de su integridad y fidelidad.

El honor concedido a quien está concluyendo su obra es de mucho más valor que los aplausos y felicitaciones que reciben aquellos que apenas están comenzando sus deberes, y que todavía tienen que ser probados. Uno puede desprenderse fácilmente de sus cargas, cuando incluso los enemigos de la verdad reconocen su fidelidad. Pero cuántos de nuestros grandes hombres terminan sus labores oficiales en desgracia, porque han sacrificado los principios por la ganancia o el honor. El deseo de ser populares, las tentaciones de la riqueza o de la comodidad, los descarrían. Los hombres que se confabulan contra el pecado pueden parecer prósperos; pueden triunfar porque sus empresas parecen coronadas por el éxito; pero el ojo de Dios está sobre estos orgullosos jactanciosos. Los recompensará según hayan sido sus obras. La mayor prosperidad exterior no puede traer la felicidad a los que no están en paz con Dios o consigo mismos.

A veces puede ser necesario que el siervo de Dios reivindique su propio carácter y defienda su conducta, para que el nombre del Señor sea glorificado y la verdad

no sea reprochada. Que todos los que son tratados con negligencia o injusticia, sigan el ejemplo de Samuel, cuidando de no destacarse a sí mismos, sino de mantener el honor de Dios. Que el agraviado, en vez de insistir en los agravios que ha sufrido, muestre a la gente cómo han herido a Cristo en la persona de su siervo. Muchos corazones serían llevados así a la humillación y al arrepentimiento, cuando si se despertaran los sentimientos personales, serían tan duros como la piedra.

A menos que los hombres abriguen constantemente la misericordia, la compasión y el amor, Satanás fomentará un espíritu egoísta y buscador de faltas que desplazará del alma estas preciosas gracias. Los que han trabajado larga y desinteresadamente en la causa de Dios, no deben sorprenderse si al fin son dejados de lado. Muchos hombres a través de los cuales Dios ha obrado para lograr grandes resultados, cuya influencia se ha hecho sentir al este y al oeste, al norte y al sur, son al fin recompensados con negligencia o cruel desprecio. La ingratitud es natural en el corazón no renovado. Ningún hombre es intachable, y muchos están dispuestos a encontrar alguna excusa para condenar o reprochar a quien les ha servido desinteresadamente. Olvidan que ellos mismos pueden ser culpables de pecados mucho más ofensivos a los ojos de Dios que aquellos de los que acusan a su siervo gastado, cansado y perplejo.

Nos parece extrañamente incoherente y casi increíble que un hombre de la gran virtud, integridad y devoción de Samuel pudiera haber sido dejado de lado por uno que no había sido probado en absoluto, y que había sido casi un extraño para la causa de Dios y para su pueblo. Sin embargo, vemos que a menudo se repite lo mismo. Los escogidos de Dios, que podrían haber continuado mucho tiempo en su servicio, haciendo el bien que deseaban hacer, se ven impedidos porque la misericordia, el amor y la gratitud están excluidos de los corazones de sus hermanos. Cuando a los obreros fieles ya no se les permita ocupar una posición de liderazgo, que instruyan a aquellos que apreciarán sus esfuerzos. Que hagan todo el bien que puedan hacer en cualquier capacidad. No han recibido su comisión de los hombres, sino de Dios. Es Él quien les ha encomendado su trabajo. Si se les cierran todas las demás vías de utilidad, pueden orar. Han probado al Señor una y otra vez; están familiarizados con su palabra, y pueden reclamar sus promesas. Dios escucha sus intercesiones.

Debemos aprender a honrar a aquellos a quienes Dios honra. Aquellos que han trabajado larga y desinteresadamente por su causa deben ser tratados siempre con respeto y ternura, aunque sea evidente que no pueden realizar el trabajo que una vez pudieron, o que a veces yerran en su juicio. A pesar de sus

imperfecciones, estos mismos hombres pueden ser mucho más útiles en la obra de Dios, que aquellos que los criticarían y rechazarían. Todos tienen defectos de carácter. Todos necesitan la ayuda de Dios a cada hora, o fracasarán decididamente.

Samuel repasó ante Israel los principales acontecimientos de su historia pasada, las maravillosas manifestaciones del poder divino y la evidencia de su favor al establecerlos como su pueblo peculiar. Les recordó sus transgresiones al apartarse de Dios y tratar de imitar el ejemplo de las naciones circundantes; les señaló los juicios que habían recaído sobre ellos por sus pecados y las bondadosas liberaciones que su arrepentimiento les había asegurado. Todas sus calamidades habían sido provocadas por la rebelión contra Dios. Su prosperidad fue asegurada por la obediencia. Sin embargo, cuando se vieron amenazados por sus enemigos, no confiaron en Dios, sino que exigieron un rey al frente de sus ejércitos. Samuel había tratado de animarlos a confiar en su Ayudante Divino, e incluso se había ofrecido voluntario para conducirlos él mismo a la batalla; pero ellos habían rechazado obstinadamente su propuesta.

Ahora el Señor les había concedido su deseo, y había puesto un rey sobre ellos; sin embargo, su prosperidad seguiría dependiendo de su obediencia a Dios. A pesar de su pecado, el Señor los perdonaría y bendeciría si desde ese momento manifestaban verdadero arrepentimiento y fidelidad. "Pero", dijo el profeta, "si no obedecéis la voz del Señor, sino que os rebeláis contra el mandamiento del Señor, entonces la mano del Señor estará contra vosotros, como estuvo contra vuestros padres".

Como prueba de la verdad de sus palabras, y también como evidencia del desagrado del Señor, Samuel hizo caer truenos y lluvia del cielo. Siendo el tiempo de la siega del trigo, cuando el aire es generalmente sereno y suave, el pueblo se aterrorizó grandemente ante esta manifestación, y confesó su pecado, y suplicó las oraciones del profeta en su favor. Ahora veían que Dios había honrado grandemente al hombre a quien habían rechazado; y por el momento sintieron que habían cometido un gran error en su oposición a la sabia disposición del Señor.

Samuel no dejó al pueblo en un estado de desánimo. Sabía que esto impediría todo esfuerzo por una vida mejor. Considerarían a Dios como implacable y severo, y así se expondrían a múltiples tentaciones. Tal no es el carácter de nuestro Dios misericordioso. Él es misericordioso e indulgente, siempre dispuesto y ansioso de mostrar favor a su pueblo cuando escuchan y obedecen

su voz. Dijo el profeta: "No temáis; habéis hecho toda esta maldad; pero no os apartéis de seguir al Señor, sino servid al Señor de todo corazón; y no os apartéis; porque entonces iréis tras cosas vanas, que no aprovechan ni libran, porque son vanas. Porque el Señor no abandonará a su pueblo". Samuel también aseguró al pueblo su continua intercesión en su favor, y también sus servicios como juez y maestro. Terminó su discurso con la advertencia: "Pero si seguís obrando impíamente, seréis consumidos, vosotros y vuestro rey".

La vida de Samuel, de pureza y devoción desinteresada a la causa de Dios, fue en sí misma un perpetuo reproche tanto para los sacerdotes y ancianos intrigantes y egoístas como para la orgullosa y sensual congregación de Israel. Aunque no asumía ninguna pompa ni fomentaba ningún despliegue, sus labores llevaban el sello del Cielo. Fue honrado por el Redentor del mundo, bajo cuya guía gobernó la nación hebrea. Pero el pueblo se cansó de su piedad y devoción, despreció su humilde autoridad y lo rechazó por un hombre que debía gobernarlos como rey.

En el carácter de Samuel vemos reflejada la semejanza de Cristo. La pureza inmaculada de la vida de nuestro Salvador provocó la ira de Satanás. Esa vida fue la luz del mundo y reveló la depravación oculta en los corazones de los hombres. Fue la santidad de Cristo lo que despertó contra él las más feroces pasiones de los profanos profesantes de la piedad.

Cristo no vino con las riquezas y honores de la tierra, sin embargo, las obras que realizó demostraron que poseía un poder mayor que el de cualquier príncipe humano. Los judíos esperaban un Mesías que rompiera el yugo del opresor, y sin embargo abrigaban los pecados que lo habían atado a sus cuellos. No soportaban la intrépida reprensión de Cristo a sus vicios. Despreciaban la belleza de un carácter en el que reinaban supremas la benevolencia, la pureza y la santidad, y que no sentía odio sino por el pecado. Si Cristo hubiera encubierto sus pecados y aplaudido su piedad, lo habrían aceptado como su rey. Lo odiaban porque hacía la guerra al orgullo, la injusticia, la lujuria y la hipocresía.

Así ha sido en todas las épocas del mundo. La luz del Cielo trae condenación sobre todos los que se niegan a caminar en ella. Es deber de todo cristiano mantener el honor de Dios mediante su propia vida altruista y sin mancha, y condenar sin temor el pecado en todas sus formas. Satanás hará grandes esfuerzos para barrer de la tierra a los que defienden la pureza y la piedad. Pero uno más fuerte que él se acerca al alma creyente y confiada, y mide armas con el príncipe de las tinieblas. En todas las épocas ha habido hombres fieles que

han permanecido como testigos de Dios en la tierra. El presente es un tiempo de tinieblas y debilidad para la iglesia; pero esto se debe a que no está unida a Cristo. La parálisis moral de los que profesan ser cristianos no tiene por qué existir. Pueden tener el vigor de una juventud perpetua, si se despojan de sus ídolos y sirven a Dios con un corazón indiviso.

"Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución". El corazón natural se opone tan fuertemente a Dios ahora, como en los días de Samuel o de Cristo. Cuando sean reprendidos por el ejemplo de los que odian el pecado, los hipócritas se convertirán en agentes de Satanás para acosar y perseguir a los fieles. "Pero", dice el apóstol, "¿qué daño podéis haceros si sois seguidores de lo que es bueno?". Los tales han sido adoptados por la fe en la familia de Dios; llegarán a ser más que vencedores por medio de Aquel que los amó.

3 de agosto de 1882

El sacrificio prohibido

EGW

Cuando Saúl fue coronado en Gilgal, la nación parecía unánime en su apoyo, y él sintió que su trono estaba firmemente establecido. Ahora despidió a sus hogares al vasto ejército que se había levantado a su llamado para derrocar a los amonitas, reservando sólo dos mil hombres para ser estacionados bajo su mando en Micmas, y mil para asistir a su hijo Jonatán en Gabaa de Benjamín.

Eufórico por el honor de la reciente victoria, Saúl estaba dispuesto a relajar sus esfuerzos. Prefería el disfrute de la comodidad y la pompa de la realeza al trabajo, la incertidumbre y el peligro del campo de batalla. He aquí un grave error. Mientras su ejército estaba lleno de esperanza y valor, debería haber procedido de inmediato a hacer la guerra a otros enemigos de Israel. Al no hacerlo, perdió la oportunidad de asestar un golpe decisivo en favor del honor de Dios y de las libertades de la nación.

Mientras tanto, sus belicosos vecinos, los filisteos, estaban activos. Después de la derrota en Ebenezer, todavía habían conservado la posesión de algunas fortalezas en las colinas de la tierra de Israel; y ahora, aprovechando la condición algo desorganizada de la nación hebrea, como consecuencia del cambio de gobierno, estos poderosos enemigos se habían establecido en el corazón mismo del país. Sin embargo, estaban llenos de temor por la derrota de

los feroces y crueles amonitas, y si hubieran sido atacados con el mismo valor y energía, podrían haber sido sometidos.

En instalaciones, armas y pertrechos, los filisteos tenían grandes ventajas sobre Israel. Durante el largo período de su opresivo dominio, se habían esforzado por fortalecer su poder, prohibiendo a los israelitas que ejercieran el oficio de herreros, para que no fabricaran armas de guerra. Al concluir la paz, habían mantenido el oficio en sus propias manos, y los hebreos recurrían a las guarniciones filisteas para los trabajos necesarios. Si los hombres de Israel hubieran poseído la energía y la previsión apropiadas, durante el largo intervalo de paz habrían conseguido los servicios de obreros hábiles y se habrían provisto de armas de guerra. Pero el amor a la comodidad y el espíritu abyecto inducido por una larga opresión, los controlaba. Por eso habían dejado que incluso sus instrumentos agrícolas se desafilaran, y ninguno de los israelitas, excepto Saúl y su hijo Jonatán, poseía una lanza o una espada.

Hasta el segundo año del reinado de Saúl no se intentó someter a los filisteos. El primer golpe fue asestado por Jonatán, quien a las órdenes de su padre atacó y derrotó la guarnición de Geba. Los filisteos se exasperaron mucho por esta derrota, y se prepararon para un ataque rápido contra Israel.

Saúl se dio cuenta de la necesidad de actuar de inmediato. Hizo que se proclamara la guerra con el sonido de la trompeta en todo el país, y también emitió una proclama llamando a todos los hombres de guerra, incluidas las tribus del otro lado del Jordán, a reunirse inmediatamente en Gilgal. Esta convocatoria fue obedecida.

Los filisteos habían reunido una fuerza inmensa en Micmas: "treinta mil carros, y seis mil jinetes, y gente innumerable como la arena que está a la orilla del mar". Cuando los hebreos se dieron cuenta de la fuerza y el número de la fuerza contraria, y luego consideraron su propia condición de indefensión, se aterrorizaron y desanimaron. Cada día disminuía el ejército de Saúl, mientras multitudes del pueblo huían para esconderse en cuevas, matorrales y fosos; y algunos incluso huyeron al otro lado del Jordán, a la tierra de Gad y Galaad. Los que aún quedaban "le seguían temblando".

¿Dónde estaban ahora el orgullo y la confianza de Israel en su rey, exigidos, como habían declarado, "para que seamos como todas las naciones, y para que nuestro rey nos juzgue, y salga delante de nosotros y pelee nuestras batallas"? ¡Ay, qué inútiles son todas las esperanzas basadas en la pompa o el orgullo humanos!

Samuel había quedado en encontrarse con el rey en Gilgal, allí para "ofrecer holocaustos y sacrificios, y para mostrarle lo que debía hacer". El profeta no llegó en el tiempo previsto, y como Saúl vio que aumentaban los peligros y que el corazón del pueblo decaía por el miedo, se impacientó. En lugar de recurrir a la oración y humillar su alma ante Dios, decidió hacer algo por sí mismo para aliviar las dificultades de la situación.

Aquí es donde muchos han fallado, y continúan fallando. No esperan pacientemente a que el Señor trabaje por ellos. Desean ser activos, y si Dios no les da algo que hacer, se aventurarán a hacer incluso lo que les ha prohibido. El Señor había detenido a su siervo para probar la fe y la obediencia del rey. Saúl no resistió la prueba. Dios había prometido estar con él, si era obediente. Debería haber confiado en esta promesa y esperado pacientemente la instrucción y la guía divinas. Pero pensando que algo debía hacerse de inmediato para infundir valor al pueblo, les ordenó que trajeran sus víctimas para el sacrificio, y luego, presuntuosamente, tomó el lugar del sacerdote y él mismo las ofreció sobre el altar. Este acto constituyó una flagrante violación del mandato divino de que sólo debían ofrecer sacrificios aquellos que hubieran sido consagrados sagradamente a la obra. Además, la naturaleza pública del acto, así como la alta posición del ofensor, aumentaron grandemente la influencia perniciosa de su ejemplo, e hicieron indispensable un pronto castigo.

Apenas Saúl hubo terminado de ofrecer sacrificios, oyó que Samuel se acercaba y salió a su encuentro. Pero aunque fue recibido con demostraciones de reverencia y afecto, el profeta comprendió que no todo estaba bien. En respuesta a su aguda pregunta: "¿Qué has hecho? Saúl trató de excusar su proceder, aduciendo el terror del pueblo y el peligro de un ataque inmediato de los filisteos. Pero el profeta le dio una respuesta severa y solemne,

"Locamente has obrado. No has guardado el mandamiento de Jehovah tu Dios, que él te había ordenado; porque ahora Jehovah habría establecido tu reino sobre Israel para siempre. Pero ahora tu reino no continuará; el Señor le ha buscado un hombre conforme a su corazón, y el Señor le ha ordenado que sea capitán sobre su pueblo, porque no has guardado lo que el Señor te mandó."

La transgresión de Saúl demostró que era indigno de que se le confiaran responsabilidades sagradas. Alguien que tenía tan poca reverencia por los requerimientos de Dios, no podía ser un líder sabio o seguro para la nación. Si hubiera soportado pacientemente la prueba divina, la corona le habría sido confirmada a él y a su casa. De hecho, Samuel había venido a Gilgal con este

mismo propósito. Pero Saúl había sido pesado en la balanza y hallado deficiente. Debía ser destituido para dar paso a alguien que respetara sagradamente el honor y la autoridad divinos.

Un Dios omnisapiente había previsto estos acontecimientos, pero la amenaza de humillación de Saúl era imputable sólo a su propio pecado y locura. Dios le había dado grandes ventajas para desarrollar un carácter recto. El Espíritu Santo había iluminado su entendimiento, dándole una visión clara del carácter y los requisitos divinos, y de su propio deber. Todo esto hizo más grave su pecado.

Si Saulo hubiera apreciado la luz que Cristo le había dado, habría confiado menos en el cumplimiento de los ritos religiosos, y habría sentido más profundamente la importancia de humillar su corazón ante Dios. El impulso habría sido guiado por la razón, y castigado y purificado por la conciencia. Pero es difícil para un hombre cuyos hábitos son fijos, desaprender lo que ha estado aprendiendo durante años. Sólo la gracia divina puede efectuar esta transformación.

En el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios, todos los poderes de la mente, todas las emociones del corazón, serán llamados a su ejercicio más noble, más puro y más feliz. Grandes son los privilegios del cristiano, y grande el cambio que debe operar el Espíritu Santo, para que los hombres pecadores por naturaleza puedan llegar a ser hijos de Dios. Las capacidades mentales y los afectos espirituales, los tesoros de la memoria y las anticipaciones de la esperanza, deben ser santificados por el espíritu de Cristo y consagrados a su servicio. La vida del discípulo de Cristo comienza por la fe y continúa por la obediencia.

10 de agosto de 1882

Victoria en Michmash

EGW

La energía y la destreza militar desplegadas por Saúl en la victoria de Jabes de Galaad fueron ensalzadas por toda la nación. En su entusiasmo, el pueblo olvidó que él no era más que el agente por medio del cual el Señor había obrado para su liberación. Y aunque al principio el rey atribuyó la gloria a Dios, después se atribuyó el honor a sí mismo. Cuando fue llamado al trono por primera vez, era humilde y desconfiaba de sí mismo; pero el éxito le hizo confiar en sí mismo, y

no tardó en ser culpable de presunción y sacrilegio al ofrecer el sacrificio no solicitado en Gilgal.

La misma ciega confianza en sí mismo le llevó a rechazar el mensaje de reprensión de Samuel. Saúl reconoció que Samuel era un profeta enviado por Dios. Por lo tanto, debería haber aceptado la reprensión, aunque él mismo no se diera cuenta de que había pecado. Tal actitud, que demostraba su voluntad de ser corregido, habría contribuido en gran medida a restablecer su favor ante Dios. Pero Saulo trató de justificar su propia conducta y culpó al profeta, en vez de condenarse a sí mismo.

Hoy en día hay muchos que siguen un camino similar. Como Saulo, están ciegos a sus errores. Cuando el Señor trata de corregirlos, reciben la reprensión como un insulto, y critican al que trae el mensaje divino.

Si Saúl hubiera estado dispuesto a ver y confesar su error, esta amarga experiencia le habría servido de salvaguardia para el futuro. Después habría evitado los errores que provocaron la reprensión divina. Pero, sintiéndose injustamente condenado, es probable que volviera a cometer el mismo pecado.

El Señor quiere que su pueblo, en cualquier circunstancia, manifieste una confianza implícita en Él. Aunque no siempre podamos comprender el funcionamiento de su providencia, debemos esperar con paciencia y humildad hasta que Él considere oportuno iluminarnos. Debemos guardarnos de asumir responsabilidades que Dios no nos ha autorizado a llevar. Con frecuencia, los hombres tienen una idea demasiado elevada de su propio carácter o de sus capacidades. Pueden sentirse competentes para emprender el trabajo más importante, cuando Dios ve que no están preparados para realizar correctamente el deber más pequeño y humilde.

Saúl estaba en desgracia con Dios, pero no estaba dispuesto a humillar su corazón en penitencia. Deseaba idear algún plan mediante el cual establecer más firmemente su autoridad real, así como reavivar el valor del pueblo. Lo que le faltaba en piedad real, se esforzaría por compensarlo con pretensiones y exhibiciones. Saúl estaba familiarizado con la terrible historia de la derrota de Israel cuando el arca de Dios fue llevada al campamento por Ofni y Finees; y sin embargo, sabiendo todo esto, decidió enviar a buscar el arca sagrada y a los sacerdotes que la acompañaban.

Con un espíritu de exultación emprende la realización de sus planes. Espera infundir nuevo valor a los corazones de Israel, reunir a su ejército disperso y

derrotar a los filisteos. Ahora prescindirá de la presencia y el apoyo de Samuel, librándose así de las desagradables críticas y severas reprimendas del profeta. Piensa que Samuel no aprecia correctamente la posición y la autoridad de un rey y, por lo tanto, no lo trata con el debido respeto. Espera que el sacerdote Ajías se sienta intimidado por la dignidad real y se someta al rey como a un superior.

El Espíritu Santo había sido concedido a Saulo para iluminar su entendimiento y ablandar su corazón. Había recibido fiel instrucción y reprensión del profeta de Dios. Sin embargo, ¡cuán grande era su perversidad! La historia del primer rey de Israel presenta un triste ejemplo del poder de los malos hábitos tempranos. En su juventud, Saúl no amó ni temió a Dios; y aquel espíritu impetuoso, que no había sido educado tempranamente para la sumisión, estaba siempre dispuesto a rebelarse contra la autoridad divina.

Es una lección que todos harían bien en meditar. Los hombres no pueden abusar durante años de los poderes más nobles que Dios les ha dado para su servicio, y luego, cuando deciden cambiar, encontrar estos poderes frescos y libres para un curso totalmente opuesto. Aquellos que en los primeros años de su vida abrigan un respeto sagrado por la autoridad de Dios, y que cumplen fielmente los deberes de su cargo, estarán preparados para un servicio más elevado en los años venideros. Si queremos vencer en la batalla de la vida, debemos aceptar el consejo de la sabiduría infinita, ante todo y siempre.

Los esfuerzos de Saúl por infundir esperanza y valor al pueblo resultaron inútiles. Viendo que sus fuerzas se habían reducido a seiscientos hombres, abandonó Gilgal y se retiró a la fortaleza de Geba, tomada recientemente a los filisteos. Esta fortaleza estaba situada en el lado sur de un valle profundo y escarpado, o desfiladero, a unas pocas millas al norte del emplazamiento de Jerusalén. En el lado norte del mismo valle, en Micmas, la fuerza filistea estaba acampada, mientras que destacamentos de tropas salían en diferentes direcciones para asolar el país.

Por un lado había una pequeña compañía de hombres casi desarmados, por el otro, un gran número de tropas bien entrenadas, con sus treinta mil carros de hierro. ¡Qué maravilla que los corazones de los hombres de Israel se llenaran de temor! Dios había permitido que las cosas llegaran así a una crisis, para reprender la perversidad de Saúl y enseñar a su pueblo una lección de humildad y fe.

Jonatán, hijo del rey, hombre temeroso de Dios, fue elegido como instrumento para liberar a Israel. Movidó por un impulso divino, propuso a su escudero que atacaran en secreto el campamento enemigo. "Puede ser", instó, "que el Señor trabaje para nosotros; porque no hay restricción para que el Señor trabaje por muchos o por pocos".

El portador de la armadura, hombre de fe y oración, alentó el designio, y juntos se retiraron del campamento de Israel, en secreto, por temor a que su propósito fuera tachado de presuntuoso. Con una ferviente oración al Guía de sus padres, acordaron una señal que les permitiera determinar cómo proceder. Luego descendieron por el desfiladero que separaba los dos ejércitos, y que aquí se extendía hasta media milla de ancho, enhebraron silenciosamente su camino, bajo la sombra del acantilado, y parcialmente ocultos por los montículos y crestas del valle. Al acercarse a la fortaleza filisteá, se revelaron a la vista de sus enemigos, que dijeron burlescamente: "Mirad, los hebreos salen de los agujeros donde se han escondido", y luego les desafiaron: "Subid, y os mostraremos una cosa", queriendo decir que castigarían a los dos israelitas por su osadía.

Este desafío era la señal que Jonatán y su compañero habían acordado previamente aceptar como prueba de que el Señor prosperaría en su empresa. Apartándose ahora de la vista de los filisteos, y eligiendo un camino secreto y difícil, los guerreros se abrieron paso hasta la cima de un acantilado antes considerado inaccesible, y por lo tanto no muy fuertemente custodiado. Así penetraron en el campamento enemigo, y mataron a los centinelas, que estaban tan vencidos por la sorpresa y el miedo que no ofrecieron resistencia.

La consternación se apoderó de todo el ejército, que se vio aumentada por un terremoto que se produjo milagrosamente al mismo tiempo. Los filisteos imaginaron que un vasto ejército estaba sobre ellos, y en su confusión comenzaron a matarse unos a otros.

Pronto se oyó el ruido de la batalla en el campamento de Israel. Al indagar, se descubrió que sólo faltaban Jonatán y su paje de armas. Al principio, Saúl quiso consultar al Señor si debía atacar a los filisteos; pero como la confusión entre ellos iba en evidente aumento, su espíritu impaciente no podía tolerar demoras. Reuniendo sus escasas fuerzas, avanzó contra el enemigo. Los hebreos que habían desertado a los filisteos, se unieron ahora a sus compatriotas; un gran número salió también de sus escondites, y mientras los filisteos huían, desconcertados, el ejército de Saúl cometió terribles estragos entre los fugitivos.

17 de agosto de 1882

El temerario juramento del rey Saúl

EGW

Cuando Saúl vio que los filisteos huían aterrorizados de Micmas, decidió aprovechar al máximo su ventaja. Para evitar una demora innecesaria, prohibió a los perseguidores que comieran durante todo el día, haciendo cumplir su orden con la solemne imprecación: "Maldito sea el hombre que coma cualquier alimento hasta la noche, para que yo pueda vengarme de mis enemigos."

El rey podría haber advertido a sus soldados que no perdieran el tiempo comiendo el botín de sus enemigos, pero privarles de comida durante todo un día fue extremadamente imprudente. La larga abstinencia los dejó débiles y exhaustos en el preciso momento en que deberían haber estado fuertes y valientes para librar la batalla contra el enemigo. Y luego, confirmar esta desconsiderada prohibición con un juramento solemne, mostró a Saúl como temerario y profano. Semejante proceder no podía estar motivado por el celo por la gloria de Dios. El rey declara que su objetivo no es "que el Señor sea vengado de sus enemigos", sino sólo "que *yo* sea vengado de *mis* enemigos". Sin embargo, el hecho era que Saúl no había participado realmente en la batalla; la victoria se había obtenido virtualmente sin su conocimiento o cooperación.

Temiendo el disgusto de los reyes, los soldados se abstuvieron de participar del botín de sus enemigos, e incluso de comer la miel silvestre que se encontraba en gran abundancia a su paso por un bosque. Pero Jonatán ignoraba la prohibición de su padre y, sin darse cuenta, la infringió comiendo un poco de la miel.

Al anochecer, hambrientos y cansados por el trabajo, muchos de los hombres se apresuraron a degollar el ganado que habían capturado, y comieron la carne con la sangre, contraviniendo así la ley. De este modo, la severidad imprudente de Saúl llevó a desatender el mandato divino. Sin embargo, cuando el monarca se enteró de lo que estaba ocurriendo, interpuso su autoridad y ordenó que primero se ofreciera un sacrificio al Señor, y luego se sacrificaran debidamente los animales y se separara la sangre, como exigía la ley mosaica.

Cuando la gente hubo saciado su hambre, Saúl propuso continuar la persecución aquella noche; pero el sacerdote sugirió que sería más prudente pedir primero consejo a Dios. Esto se hizo de la manera habitual, pero no hubo respuesta.

Considerando este silencio como una señal del desagrado del Señor, Saulo decidió descubrir la causa. Si se hubiera dado cuenta de lo pecaminoso de su conducta, habría concluido que él mismo era el culpable. Pero al no poder discernir esto, ordenó que el asunto se decidiera por sorteo. "Acercaos aquí todos los jefes del pueblo, y sabed y ved en qué ha consistido hoy este pecado. Porque vive el Señor, que salva a Israel, que aunque fuera Jonatán mi hijo, sin duda moriría". El pueblo escuchaba en silencio, con el corazón estremecido de miedo, al ver el espíritu temerario e impetuoso de su rey.

De nuevo el monarca ordenó: "Vosotros a un lado, y yo y mi hijo Jonatán al otro". Se echó la suerte; cayó sobre Saúl y Jonatán. Nuevamente se echó, y Jonatán fue tomado. Al Señor le agradó que el proceder de Jonatán saliera a la luz, para manifestar más plenamente el espíritu de Saúl. Así el pueblo se daría cuenta de su gran error al rechazar el gobierno que Dios le había dado. Habían cambiado al piadoso profeta cuyas oraciones habían traído bendiciones, por un rey que en su celo ciego había rogado que cayera sobre ellos una maldición.

Cuando la suerte cayó sobre Jonatán, el rey preguntó con gran severidad: "¿Qué has hecho?". Jonatán contestó francamente, reconociendo el acto y deplorando el terrible castigo. Ahora, por fin, podríamos esperar que Saúl viera y deplorara su insensatez al hacer un voto tan imprudente. Seguramente, el afecto paternal sería superior a la autoridad real. Pero no; Saúl deseaba que su pueblo viera que la justicia del rey era superior al afecto del padre. No había compartido el honor de la victoria; pero ahora esperaba asegurarse el honor por su celo en mantener el carácter sagrado de su juramento. Aun a costa del sacrificio de su hijo, quería inculcar a sus súbditos el hecho de que la autoridad real debía mantenerse. Cuán terriblemente significativas fueron las palabras que salieron de los labios de aquel padre: "Así lo haga Dios, y aún más; ciertamente morirás, Jonatán".

En Gilgal, poco tiempo antes, Saúl se había atrevido a officiar como sacerdote, en violación directa del mandamiento de Dios. Cuando Samuel lo reprendió, se obstinó en justificar su proceder. Ahora, ante la mera sospecha de pecado en otro -antes de que se echaran las suertes- había jurado que el ofensor moriría sin falta; sin considerar si la ofensa no sería un pecado de ignorancia, que debía expiarse con una ofrenda por el pecado, en vez de una transgresión deliberada castigada con la muerte.

Cuando se señala al ofensor, y se sabe que su único delito es la violación ignorante de un requisito irrazonable, el rey y padre condena fríamente a su hijo a muerte. ¡Qué contraste entre la audacia con que el propio Saúl viola la ley de

Dios y desafía la reprensión, y la cruel severidad manifestada por él hacia uno a quien Dios había honrado!

El pueblo se negó a permitir que se ejecutara esta sentencia injusta. Podían ver a quién pertenecía la culpa; que Saúl mismo era a quien Dios estaba reprendiendo. Haciendo caso omiso de la ira del rey, declararon audazmente: "¿Ha de morir Jonatán, que ha obrado esta gran salvación en Israel? Dios no lo quiera; vive el Señor, que ni un cabello de su cabeza caerá a tierra; porque hoy ha obrado con Dios". ¡Noble decisión! ¡Pueblo sabio y valiente! El orgulloso monarca no se atrevió a desoír este veredicto unánime, y la vida de Jonatán fue preservada.

Saúl no podía sino sentir que su hijo era preferido antes que él, tanto por el pueblo como por el Señor. La liberación de Jonatán fue un severo reproche a la temeridad del rey. Sintió el presentimiento de que sus maldiciones caerían sobre su propia cabeza. Ya no continuó la guerra contra los filisteos, sino que regresó a su casa, malhumorado e insatisfecho.

Los que están más dispuestos a excusarse o justificarse a sí mismos en el pecado suelen ser los más severos al juzgar y condenar a los demás. Hoy hay muchos que, como Saulo, atraen sobre sí el desagrado de Dios. Rechazan el consejo y desprecian la reprensión. Incluso cuando están convencidos de que el Señor no está con ellos, se niegan a ver en sí mismos la causa de su problema. Cuántos abrigan un espíritu orgulloso y jactancioso, mientras se complacen en juzgar cruelmente o reprender severamente a otros realmente mejores de corazón y de vida que ellos. Bien harían tales jueces autoconstituidos en reflexionar sobre aquellas palabras de Cristo: "Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido".

Exaltarse a sí mismo, gloriarse de lo que hemos hecho o de lo que podemos hacer, es prueba de extrema ignorancia o insensatez. Aquellos que tienen una estimación indebida de sí mismos a menudo son llevados a posiciones donde su verdadero carácter será desarrollado. Así sucedió en el caso de Saúl. Su propia conducta convenció al pueblo de que el honor real y la autoridad le eran más queridos que la justicia, la misericordia o la benevolencia.

El Señor soporta largamente la rebeldía de los hijos de los hombres, y concede a todos amplia oportunidad para ver y abandonar sus pecados. Sin embargo, mantendrá su propia gloria y cuidará de su propio pueblo, cualquiera que sea el curso de los rebeldes y de los que se apartan. Puede parecer que prospera a los

que hacen caso omiso de su voluntad y desprecian sus advertencias; pero a su debido tiempo pondrá de manifiesto su insensatez.

Una decisión equivocada puede exponer a los hombres a peligros incalculables. Un paso en falso puede costar toda una vida de cuidados, ansiedad y dolor. Si los hombres de Israel no se hubieran interpuesto para salvar la vida de Jonatán, ese intrépido guerrero habría perecido por el decreto de su líder elegido. ¡Con qué recelo debió haber seguido después aquel pueblo la guía de Saúl! ¡Qué amarga la idea de que él había sido colocado en el trono por sus propios actos!

El pueblo de Dios de hoy corre el peligro de cometer errores no menos desastrosos. No podemos, no debemos, depositar una confianza ciega en ningún hombre, por elevada que sea su profesión de fe o su posición en la iglesia. No debemos seguir su guía, a menos que la palabra de Dios lo sostenga. El Señor quiere que su pueblo distinga individualmente entre el pecado y la justicia, entre lo precioso y lo vil.

Aquellos que trabajan fiel y desinteresadamente en la causa de Dios deben ser altamente estimados por causa de sus obras. Podemos, como los hijos de Israel, caer en la tentación de cambiar al trabajador abnegado y sacrificado por otro que parece más agradable, pero cuya fe y constancia aún no han sido probadas. Guardémonos de manifestar ingratitud o desprecio por aquellos a quienes Dios ha hecho portadores de cargas en su causa. Los que golpean a los soldados de la cruz están golpeando la mano de Dios que los cubre como un escudo.

24 de agosto de 1882

Un pueblo condenado

EGW

Después de la reprensión de Gilgal, Samuel tuvo pocas relaciones con el rey de Israel. Saúl resintió la severa reprimenda del profeta, y lo evitó en lo posible; y Samuel no importunó su presencia ni su consejo. Pero el Señor le ordenó que llevara otro mensaje al rey. Dios se proponía de nuevo obrar por medio de Saúl, para destruir a los enemigos de Israel.

Obedeciendo esta orden, el profeta le recordó que había sido comisionado por el Señor para ungirlo rey, y que seguía hablando con la misma autoridad. Luego declaró el mensaje divino. "Así ha dicho el Señor de los ejércitos: Me acuerdo de lo que Amalec hizo a Israel, cómo lo acechó en el camino, cuando subía de

Egipto. Ahora ve y hiere a Amalec, y destruye por completo todo lo que tienen, y no los perdones."

Los amalecitas eran un pueblo errante que habitaba el desierto al sur de Palestina, entre ese país y Egipto. Como la mayoría de las tribus vecinas, eran idólatras y enemigos acérrimos de Israel. Poco después del éxodo atacaron a los israelitas en el desierto de Refidim, pero fueron derrotados por Josué. Los amalecitas no figuraban entre las naciones cuyas tierras habían sido concedidas a Israel, ni habían recibido ningún daño de ellos. Por lo tanto, este asalto no fue provocado en absoluto. También fue muy cobarde y cruel; el enemigo, no atreviéndose a arriesgarse a un encuentro abierto con los hebreos, había atacado y matado a los que por debilidad y agotamiento se habían quedado atrás del cuerpo del ejército.

Se ordenó a Moisés que conservara un registro de la batalla, y también de la condena final de ese pueblo idólatra, pronunciada por Dios mismo: "Borraré la memoria de Amalec de debajo del cielo, porque [lectura marginal] la mano de Amalec está contra el trono de Jehová". El Señor de toda la tierra había fijado su trono en Israel, y había mostrado su glorioso poder y majestad al sacar al pueblo elegido de su esclavitud en Egipto. Cuando Amalec les asaltó, atacó el trono de Dios, que determinó vindicar su autoridad, como advertencia a todas las generaciones futuras.

Después de denunciar los juicios contra los amalecitas, el Señor esperó mucho tiempo a que se convirtieran de sus malos caminos; pero siguieron pecando hasta que su iniquidad llegó a su colmo, hasta que terminó su día de prueba y la justicia divina exigió su destrucción. Aquel pueblo impío habitaba en el mundo de Dios, la casa que había preparado para sus hijos fieles y obedientes. Sin embargo, se apropiaron de sus dones para su propio uso, sin pensar en el Dador. Cuantas más bendiciones derramaba sobre ellos, tanto más audazmente transgredían contra él. Así continuaron pervirtiendo sus bendiciones y abusando de su misericordia. Fortalecían sus almas en la iniquidad, pero Dios guardaba silencio; y decían en sus corazones. "¿Cómo sabe Dios? y ¿hay conocimiento con el Altísimo?" Pero el oscuro registro de sus crímenes subía constantemente al Cielo. Hay un límite más allá del cual los hombres no pueden continuar en el pecado,

"Un límite oculto entre la misericordia de Dios y su ira".

Pasado ese límite, Dios se levantó indignado para echarlos de la casa que habían contaminado.

Nuestro Dios misericordioso sigue soportando a los impenitentes. Les da luz del cielo para que comprendan la santidad de su carácter y la justicia de sus exigencias. Los llama al arrepentimiento y les asegura su voluntad de perdonar. Pero si continúan rechazando su misericordia, el mandato se extiende consagrándolos a la destrucción.

Así fue con Sodoma. He aquí la ciudad más hermosa de la llanura, situada en un jardín de belleza. Para la visión humana es una escena de tranquilidad y seguridad. Los fértiles campos están cubiertos de cosechas. Hay abundancia para satisfacer todas las necesidades, casi sin trabajo. Las lejanas colinas están cubiertas de rebaños. Los mercaderes de Oriente traen sus tesoros desde lejos. La gente vive para el placer y hace del año una larga fiesta.

La ociosidad y la riqueza son su maldición. Están absortos en búsquedas mundanas y gratificaciones sensuales. Sin embargo, ninguna señal visible de la ira de Dios se cierne sobre la ciudad devota. Su último día es como muchos otros que han ido y venido. Su última noche no está marcada por mayores pecados que muchas otras anteriores. Pero la misericordia, tanto tiempo rechazada, cesa al fin en sus súplicas. Los fuegos de la venganza divina se encienden en el valle de Siddim. La hermosa pero culpable Sodoma se convierte en una desolación, un lugar que nunca será edificado ni habitado.

Las llamas que consumieron las ciudades de la llanura arrojaron su luz de advertencia hasta nuestros días. Nos ordenan que evitemos los pecados que en aquel tiempo llevaron la destrucción a los impíos.

Dios exige el servicio de todas sus criaturas. Todo en la naturaleza obedece a su voluntad. Los inmensos cielos resplandecen con su gloria. De todo lo que ha creado sobre la tierra, sólo el hombre se rebela contra el Creador. Los hombres débiles y errantes, las criaturas de una hora, se atreven a entrar en controversia con el Eterno, la Fuente de toda sabiduría y todo poder. Ellos, que dependen constantemente de la generosidad de Dios, se atreven a desdeñar la Mano de donde fluyen todas sus bendiciones. No hay ingratitud tan pecaminosa, ni ceguera tan completa, como la de los hombres que se niegan a reconocer su obligación para con su Dios.

Los hombres no sólo son moradores de la gran casa de Dios y partícipes de sus bondades, sino que son objeto de su cuidado y amor incesantes. Por la justicia

de Cristo, tienen el privilegio de llamarle Padre. Pueden pedir infinitas bendiciones sin agotar los tesoros de su gracia. En su ignorancia pueden ser guiados por los consejos de una sabiduría infalible. En la calamidad pueden cobijarse bajo la sombra de su trono y hallar seguridad en su lugar secreto.

Este Dios poderoso empeña su palabra inmutable de que a los que le aman y confían en él no les faltará nada bueno. Pero declara que seguramente castigará a los transgresores de su ley. La maldad de la raza no se olvida ni se pasa por alto porque Dios no la visita de inmediato con sus juicios. Cada siglo de despilfarro y rebelión está atesorando ira contra el día de la ira.

Cuando los escribas y fariseos rechazaron las enseñanzas de Cristo, les ordenó que llenaran la iniquidad de sus padres, para que llegara el momento de que Dios obrara; para que el mensaje de las buenas nuevas fuera dado a otros, que lo recibirían con alegría. Cuando por fin se agotó la indulgencia divina, la ira de Dios cayó señaladamente sobre un pueblo que había rechazado una luz tan grande.

El Señor no se deleita en la venganza, aunque ejecuta el juicio sobre los transgresores de su ley. Se ve obligado a hacerlo para preservar a los habitantes de la tierra de la depravación y la ruina absolutas. Para salvar a algunos, debe cortar a los que se han endurecido en el pecado. Dice el profeta Isaías: "El Señor se levantará como en el monte Perazim, se airará como en el valle de Gabaón, para hacer su obra, su extraña obra, y llevar a cabo su acto, su extraño acto". La obra de la ira y de la destrucción es ciertamente una obra extraña, ingrata para Aquel que es infinito en amor.

De nuevo, el mensaje divino llega a Ezequiel: "Vivo yo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva". El hecho mismo de que Dios no quiera castigar a los pecadores muestra la enormidad de los pecados que provocan sus juicios. Y, sin embargo, a cada transgresor de su santa ley se dirige esa llamada ferviente y suplicante: "Convertíos, convertíos de vuestros malos caminos, porque ¿por qué moriréis?".

Los registros de la historia sagrada declaran que, aunque Dios es un Dios de justicia, estricto para marcar la iniquidad y fuerte para castigar al pecador, también es un Dios de verdad, compasión y abundante misericordia. Al mismo tiempo que castiga a los transgresores de su ley y a los enemigos de su pueblo, protege a los que respetan sus estatutos y muestran bondad hacia sus elegidos.

Cuando ordenó que se librara una guerra de exterminio contra Amalec, también ordenó que se perdonara a los ceneos, que vivían entre ellos, porque habían mostrado misericordia a Israel en su angustia. Jetro, suegro de Moisés y príncipe entre los ceneos, se había unido a Israel poco después de que éste saliera de Egipto. Su presencia y su consejo fueron entonces de gran valor para los hebreos. Moisés instó después a Hobab, hijo de Jetro, a que los acompañara en sus viajes por el desierto, diciendo: "Nos dirigimos al lugar del que el Señor dijo: Yo os lo daré. Ven con nosotros, y te haremos bien; porque el Señor ha hablado bien de Israel".

Hobab se negó, prefiriendo vivir en su propio país y entre su propia gente. Pero Moisés sabía que su cuñado conocía bien el país por el que iban a pasar, y que podía ayudarles mucho en su viaje. Por eso le suplicó encarecidamente: "No nos dejes, te lo ruego; pues tú sabes cómo hemos de acampar en el desierto, y puedes ser para nosotros en lugar de ojos. Y será que, si vienes con nosotros, sí, será que lo bueno que el Señor haga con nosotros, lo mismo haremos nosotros contigo." Hobab consintió en esto; pero terminados los viajes de Israel, él y sus seguidores abandonaron la vecindad de las ciudades, y se fueron a un lugar más libre, al desierto de Judá, en la frontera meridional de Canaán.

La promesa de protección especial y amistad dada por Moisés a los ceneos, fue hecha por orden del Señor. Por eso, cuando se ordenó a Saúl que destruyera a los amalecitas, se le dieron instrucciones especiales de que perdonara a los ceneos. Jetro y su familia habían sido devotos adoradores del Dios verdadero; pero aunque los ceneos seguían siendo amigos de Israel, y reconocían al Dios viviente como soberano de la tierra, su religión se había corrompido con la idolatría. Después de este tiempo degeneraron más y más en el paganismo, y su influencia se convirtió en una trampa para los hebreos. De ahí que finalmente fueran visitados con los juicios divinos.

Balaam, bajo la inspiración del Espíritu Santo, predijo la destrucción tanto de los ceneos como de los amalecitas: "Cuando miró a Amalec, tomó su parábola y dijo: Amalec fue la primera de las naciones, pero su postrer fin será que perezca para siempre. Y mirando a los ceneos, tomó esta parábola y dijo: Fuerte es tu morada, y en una roca pones tu reposo. Sin embargo, los ceneos serán consumidos, hasta que Asur te lleve cautivo. Y tomando su parábola, dijo: ¡Ay, quién vivirá cuando Dios haga esto!".

31 de agosto de 1882

La prueba final

EGW

La derrota de los filisteos en Micmas parecía un punto de inflexión en la suerte de Israel. Aunque el Señor estaba disgustado con Saúl, y se proponía apartar a su familia, le concedió el éxito en la batalla contra los opresores de su pueblo. Ningún enemigo parecía capaz de hacerle frente. Hizo la guerra por turnos contra Moab, Amón y Edom, y contra los amalecitas y los filisteos; y dondequiera que volvía sus armas, obtenía nuevas victorias. Sin embargo, habiendo perdido la oportunidad que Dios le había concedido, nunca fue capaz de someter permanentemente a los filisteos. Tuvo una guerra encarnizada con ellos todos los días de su vida.

Cuando se le ordenó destruir a los amalecitas, Saúl no dudó ni un momento. A su propia autoridad se añadió el mandato del profeta, y a la llamada a la batalla los hombres de Israel acudieron en tropel a su estandarte. Doscientos mil soldados de infantería y diez mil hombres de Judá fueron contados en Telaim. Con esta fuerza, Saúl atacó y derrotó al rey de Amalec, e invadió el país.

Esta victoria fue con mucho la más brillante que Saúl había obtenido nunca, y sirvió para encender de nuevo ese orgullo de corazón que era su mayor peligro. El edicto divino que consagraba a los amalecitas a la destrucción total sólo se ejecutó parcialmente. Con la ambición de realzar el honor de su regreso triunfal con la presencia de un cautivo real, Saúl se aventuró a perdonar a Agag, el feroz y belicoso rey de Amalec.

Este acto no dejó de influir en el pueblo. Ellos también sintieron que podían aventurarse con seguridad a apartarse un poco de las instrucciones explícitas del Señor. Por eso se reservaron codiciosamente lo mejor de los rebaños, manadas y bestias de carga, destruyendo sólo lo que era vil y desecho.

Aquí Saúl fue sometido a la prueba final. Su presuntuoso desprecio de la voluntad de Dios, mostrando su determinación de gobernar como un monarca independiente, demostró que no se le podía confiar el poder real como vicegerente del Señor. Sin tener en cuenta todo esto, Saúl reúne a su ejército victorioso, y con el rey cautivo y la larga caravana de rebaños y manadas -un botín muy apreciado en Oriente- emprende la marcha de regreso a casa. En el Carmelo, en las posesiones de Judá, erige un monumento a su victoria.

Mientras el orgullo y el regocijo reinaban en el campamento de Saúl, había una profunda angustia en el hogar de Samuel. Su intenso interés por el bienestar de Israel no había disminuido. Todavía amaba al valiente guerrero a quien sus propias manos habían ungido como rey. Había rezado fervientemente para que Saúl se convirtiera en un gobernante sabio y próspero. Cuando se le reveló que Saúl había sido finalmente rechazado, Samuel en su angustia "clamó al Señor toda la noche", suplicando que se revocara la sentencia. A la mañana siguiente, con el corazón dolorido, salió al encuentro del rey descarriado. Pero cuando oyó que Saúl había erigido un monumento a sus propias hazañas, en lugar de dar gloria a Dios, se apartó y se dirigió a Gilgal.

Allí le salió al encuentro el monarca con su ejército. Samuel había abrigado la anhelante esperanza de que Saúl, tras reflexionar, tomara conciencia de su pecado y, mediante el arrepentimiento y la humillación ante Dios, volviera a gozar del favor divino. Pero el rey se presentó con gran seguridad, diciendo: "Bendito seas tú del Señor; yo he cumplido el mandamiento del Señor". Saúl había seguido tantas veces su propia voluntad, sin tener en cuenta el mandato de Dios por medio de su profeta, que su percepción moral se había embotado. Ahora no era consciente de lo pecaminoso de su proceder.

Los sonidos que llegaron a oídos del profeta, desmintieron la afirmación del rey desobediente. A la aguda pregunta: "¿Qué significa, pues, este balido de las ovejas en mis oídos, y el mugido de los bueyes que oigo?" Saúl respondió: "Los han traído los amalecitas; porque el pueblo perdonó a los mejores de las ovejas y de los bueyes, para sacrificar a Jehová tu Dios; y a los demás los hemos destruido". En el mejor de los casos, el argumento que aquí se esgrimía no era más que una excusa para la codicia. Los animales salvados del botín debían ser ofrecidos por los israelitas en lugar de sus propios animales requeridos para el sacrificio.

El espíritu que animaba a Saúl queda de manifiesto por el hecho de que, cuando se jactaba orgullosamente de su obediencia al mandato divino, se atribuía todo el honor a sí mismo; cuando se le reprendía por su desobediencia, acusaba al pueblo del pecado. Samuel no se dejó engañar por el subterfugio del rey. Con pena e indignación mezcladas declara: "Quédate, y te contaré lo que el Señor me ha dicho esta noche". Luego recordó a Saúl su temprana humildad: "Cuando eras pequeño a tus propios ojos, ¿no fuiste hecho jefe de las tribus de Israel, y el Señor te ungió por rey sobre Israel?". Repite el mandato divino sobre Amalec, y exige al rey la razón de su desobediencia.

Saúl persiste tercamente en su autojustificación: "Sí, he obedecido la voz del Señor, y he seguido el camino que el Señor me envió, y he traído a Agag rey de Amalec, y he destruido por completo a los amalecitas. Pero el pueblo tomó de los despojos, ovejas y bueyes, lo principal de las cosas que debían ser totalmente destruidas, para sacrificar al Señor tu Dios en Gilgal." Si Saúl mismo hubiera obedecido el mandato de Dios, y lo hubiera impuesto al pueblo con la misma decisión que había manifestado al llevar a cabo sus propios decretos, no habría tenido dificultad en obtener obediencia. Dios lo hizo responsable del pecado que se esforzó vilmente en imputar a Israel.

Con palabras severas y solemnes el profeta del Altísimo barre el refugio de la mentira y pronuncia contra Saúl la sentencia irrevocable: "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros. Porque la rebelión es como pecado de hechicería, y la obstinación como iniquidad e idolatría. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, él también te ha desechado para que no seas rey."

Al oír esta temible sentencia, el rey exclamó: "He pecado; porque he quebrantado el mandamiento del Señor y tus palabras, por haber temido al pueblo y obedecido su voz." Saúl se sintió aterrorizado por la denuncia del profeta, pero ni siquiera ahora tenía un verdadero sentido de la enormidad de su transgresión. Todavía persistía en echar la culpa al pueblo, declarando que había pecado por miedo a ellos.

Era la misma excusa que había esgrimido Aarón para librarse de la culpa de haber hecho el becerro de oro. Pero lejos de aceptar la excusa, Moisés reprendió severamente a Aarón, en presencia de todo el pueblo. Como sumo sacerdote de Israel y representante de Moisés en su ausencia, Aarón debería haberse opuesto a toda costa a los temerarios e impíos designios del pueblo. Su negligencia en hacerlo trajo sobre ellos el pecado, el desastre y la ruina, que fue incapaz de evitar. Si bien le resultó fácil inducirlos al pecado, en vano trató de llevarlos al arrepentimiento. Moisés declaró después: "El Señor estaba muy enojado con Aarón por haberlo destruido". Su pecado habría sido castigado con la muerte si no se hubiera humillado ante el Señor en verdadera penitencia. Si Saulo, de la misma manera, hubiera estado dispuesto a ver y confesar su pecado, él también podría haber sido perdonado.

No fue el dolor por el pecado, sino el temor a su castigo lo que impulsó al rey de Israel a suplicar a Samuel: "Te ruego que perdones mi pecado y vuelvas conmigo para que pueda adorar al Señor."

"No volveré contigo", fue la respuesta del profeta; "porque has rechazado la palabra del Señor, y el Señor te ha rechazado para que no seas rey sobre Israel". Cuando Samuel se volvió para marcharse, el rey, en una agonía de miedo, echó mano de su manto para retenerlo, pero se le rompió en las manos. Ante esto, el profeta declaró: "El Señor te ha arrancado hoy el reino de Israel y se lo ha dado a un vecino tuyo mejor que tú." Y sabiendo cuán a la ligera habían sido consideradas hasta entonces sus palabras por el rey, añade la solemne seguridad: "La Fuerza de Israel no mentirá ni se arrepentirá." Saúl se había vanagloriado de sus hazañas, como si fuera el libertador de su pueblo. El profeta reprende este orgullo recordando al altivo monarca que Dios era la fuerza de Israel.

Incluso ahora Saúl sólo teme la desgracia personal y la pérdida de su reino. Está mucho más perturbado por el alejamiento de Samuel que por el desagrado de Dios. Suplica a Samuel que perdone sus transgresiones, como si el profeta tuviera autoridad para revocar la sentencia divina contra él. Sabía que el pueblo tenía más confianza en Samuel que en sí mismo. Si otro rey era ungido inmediatamente por mandato divino, él sentía que su propio caso era desesperado. Si Samuel lo denunciaba y lo abandonaba, temía una revuelta inmediata del pueblo.

Como último recurso, Saúl suplicó al profeta que lo honrara ante los ancianos y el pueblo uniéndose públicamente a él en el culto a Dios. Samuel se quedó, pero sólo como testigo silencioso del servicio. Sin humildad ni arrepentimiento, el culto de Saúl no podía ser aceptado por el Señor.

Un acto de justicia, severo y terrible, debía realizarse todavía. Samuel debía vindicar públicamente el honor de Dios y reprender el proceder de Saúl. Ordena que el rey de los amalecitas sea llevado ante él. Por encima de todos los que habían caído por la espada de Israel, Agag era responsable como sostenedor del paganismo degradante de su pueblo, e instigador de sus crueldades repugnantes; era justo que cayera sobre él el castigo más severo. Acudió a la orden del profeta, en el orgullo de la realeza, lisonjeándose de que podía vencer al siervo de Dios, y de que todo peligro de muerte había pasado. Las palabras de Samuel disiparon su seguridad: "Como tu espada dejó sin hijos a las mujeres, así tu madre quedará sin hijos entre las mujeres". "Y Samuel cortó en pedazos a Agag

delante del Señor". Hecho esto, Samuel volvió a su casa en Ramá, Saúl a la suya en Gilgal. El profeta y el rey no volvieron a encontrarse.

Samuel era un hombre de gran ternura de espíritu y fuertes afectos, como lo demuestra la angustia que sintió cuando se le ordenó declarar la sentencia divina contra Saúl. Sin embargo, cuando se le pidió que hiciera justicia contra el malvado rey de Amalec, cumplió la ingrata tarea sin vacilar. Mantendría su fidelidad a Dios, por grande que fuera el sacrificio de sus sentimientos personales.

Cuán grande es el contraste entre la conducta de Samuel y el curso seguido por el rey de Israel. Para servir a sus propios propósitos, Saúl podía ser sumamente cruel; pero cuando se le encargó divinamente que destruyera por completo a un pueblo rebelde, hirió sólo a los criminales menores, y perdonó a aquel sobre quien recaía especialmente la maldición de Dios. En su orgullo de corazón, se lisonjeó de ser más misericordioso que su Creador. Con su proceder declaró injusto y cruel el requerimiento divino.

El caso de Saúl debería ser una lección para nosotros, de que la palabra de Dios debe ser respetada y obedecida. Todos los crímenes y calamidades del antiguo Israel fueron el resultado de su negligencia en prestar atención a las instrucciones de su Gobernante divino. He aquí nuestro peligro. Debemos prestar diligente atención a lo que el Señor ha dicho, incluso en asuntos aparentemente pequeños. Dios exige de su pueblo no sólo que asienta a su palabra, sino que la obedezca de todo corazón. Cumplir las instrucciones del Señor cuando es compatible con nuestros propios intereses, y hacer caso omiso de ellas cuando es lo que más conviene a nuestros propósitos, es seguir el camino de Saulo. El orgullo en nuestros propios logros o una obstinada adhesión a nuestra propia voluntad, hace que la profesión más exaltada o el servicio más espléndido sean odiosos a los ojos de Dios.

14 de septiembre de 1882

La obediencia es mejor que el sacrificio

EGW

"He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros. Porque la rebelión es como el pecado de brujería, y la obstinación como la iniquidad y la idolatría". Estas palabras de reprobación, dirigidas al rey de Israel por el profeta Samuel, contienen una lección que

debería ser meditada por el pueblo de Dios en todos los tiempos. Las ofrendas de sacrificio de los tiempos antiguos no tenían valor en sí mismas a los ojos de Dios. Los que presentaban sacrificios ante el Señor debían tener un verdadero sentido de su importancia, reconociendo su condición perdida de pecadores y aceptando la muerte de Cristo en su favor. Debían arrepentirse de sus transgresiones de la ley de Dios, y ejercer fe en Jesús como el único que podía eliminar su culpa. Cuando la ofrenda de un sacrificio sustituía el servicio verdadero, voluntario y alegre a Dios, cuando se consideraba que tenía alguna virtud o mérito en sí mismo, o cuando el tipo se exaltaba por encima del objeto tipificado, entonces se volvía desagradable al Señor.

Si Saúl hubiera presentado una ofrenda del mayor valor, de sus propios rebaños y manadas, obedeciendo en todos los detalles los requisitos de la ley, pero con un espíritu de autosuficiencia y sin verdadera penitencia, su ofrenda habría sido rechazada. Pero cuando ofreció los despojos de Amalec, sobre los cuales se había pronunciado la maldición divina, su proceder debió de ser totalmente aborrecible a los ojos de un Dios santo. Había presumido, en presencia de todo Israel, de mostrar desprecio por la autoridad de su Hacedor.

"Obedecer es mejor que sacrificar". Esta lección es de especial importancia en el tiempo presente, cuando las demandas de la ley de Dios son urgentes a nuestra atención. La luz que ahora brilla de la palabra sagrada revela el hecho de que un poder extranjero ha alterado los estatutos de Jehová. El papado, "el hombre de pecado", ha intentado cambiar los tiempos y las leyes de designación divina. El Creador de los cielos y de la tierra ordenó: "El séptimo día es sábado para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna". Este mandamiento fue cumplido por el ejemplo de su Autor, proclamado con su propia voz y colocado en el mismo seno del decálogo. Pero el poder papal ha suprimido esta ordenanza divina, y la ha sustituido por un día que Dios no ha santificado, y sobre el cual no descansó, la fiesta tanto tiempo adorada por los paganos como el "venerable día del sol".

En todo esto, Satanás es el espíritu dominante. No tiene ninguna consideración particular por el domingo, pero desea que se obedezca su voluntad, en vez de la voluntad de Dios. Fue Satanás quien incitó a Adán y Eva a transgredir el mandamiento de su Hacedor, y ha continuado esta obra hasta nuestros días. Vemos el éxito de sus ataques contra la ley de Dios en el desprecio generalizado del antiguo sábado de Jehová y en la veneración casi universal de la institución del paganismo y del papado. Y vemos los terribles resultados en el escepticismo que prevalece en todas partes. El sábado fue instituido en el Edén, como

memorial de la creación. Señala a los hombres directamente al verdadero Dios como el Hacedor de los cielos y la tierra. Así, se erige como una poderosa barrera contra la idolatría, el ateísmo y la infidelidad. Si el sábado se hubiera guardado universalmente, ni uno solo de estos males habría podido afianzarse en nuestro mundo. No podría haber existido un infiel ni un idólatra.

Incluso los reglamentos políticos dados a Moisés cuando estaba en consejo secreto con Jehová, contienen lecciones importantes para los pueblos de todos los tiempos. Pero la ley proclamada desde el Sinaí a oídos del Israel reunido, y escrita por el dedo de Dios, es obligatoria para todos los hombres hasta el fin de los tiempos.

Cuando Dios encargó a Saúl que destruyera totalmente a los amalecitas, no dejó al juicio de Saúl destruir o mantener con vida según le pareciera. Cuando prohibió a nuestros primeros padres comer del árbol de la ciencia, no dejó a su arbitrio comer o no comer, según les pareciera. Cuando ordenó a los hombres santificar el séptimo día, no dejó a su elección obedecer si les convenía, y si no, santificar un día de su propia elección.

Muchos se esfuerzan por evadir los reclamos del cuarto mandamiento insistiendo en que la ley de Dios fue dada exclusivamente a los judíos; que el séptimo día de la semana es el día de reposo judío, mientras que el primer día es el día de reposo cristiano. Esta distinción no se reconoce en las Escrituras. No hay tal contraste como a menudo se afirma que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, la ley de Dios y el evangelio de Cristo, los requisitos de la dispensación judía y los de la cristiana. Cada alma salvada en la dispensación anterior fue salvada por Cristo tan ciertamente como nosotros somos salvados por él hoy. Los patriarcas y los profetas eran cristianos. La promesa del Evangelio fue dada a la primera pareja en el Edén, cuando por transgresión se habían separado de Dios. El evangelio fue predicado a Abraham. Todos los hebreos bebieron de esa Roca espiritual, que era Cristo. Por Cristo fueron hechos los mundos. Por Cristo fue proclamada la ley desde el Sinaí. Por lo tanto, Cristo es, en el sentido más pleno, como él mismo declara ser, "Señor del sábado". Él hizo el día sagrado para sí mismo, en el cual recibir la adoración de los ángeles y de los hombres.

¿Cómo se atreve alguien, comprendiendo las exigencias del cuarto mandamiento, a pisotear sus requisitos? Saulo declaró, como excusa para su transgresión, que "temía al pueblo". ¿No hay muchos en nuestros días, aun entre los que profesan ser ministros de Cristo, que no podrían dar mejor razón de su

proceder? Aunque la palabra de Dios es clara, no se atreven a ofender los prejuicios o despertar los temores de sus oyentes; por lo tanto, los dejan seguir sin advertirlos en su violación de la ley de Dios. En el día del juicio final, la excusa de Saulo no les servirá a ellos más de lo que le sirvió a él.

"La rebelión es como el pecado de brujería, y la obstinación es como la iniquidad y la idolatría". La rebelión tuvo su origen en Satanás. A pesar de la posición exaltada que ocupaba entre las huestes celestiales, se sintió insatisfecho porque no se le concedía el honor supremo. Por lo tanto, cuestionó los propósitos de Dios e impugnó su justicia. Utilizó todos sus poderes para apartar a los ángeles de su lealtad. El hecho de ser un arcángel, glorioso y poderoso, le permitió ejercer una poderosa influencia. Sus quejas contra el gobierno de Dios, al principio no encontraron favor; sin embargo, al ser insistidas una y otra vez, fueron finalmente aceptadas por aquellos que antes habían sido leales y felices súbditos del Rey del Cielo. No había ni sombra de justificación o excusa para el desafecto; pero la envidia y los celos, una vez abrigados, adquirieron un poder que paralizó la razón y destruyó el honor y la lealtad. Como resultado, Satanás y todos sus simpatizantes fueron expulsados del Cielo.

En su rebelión, Satanás mostró desprecio por la autoridad de Dios, y virtualmente pisoteó cada precepto de su ley. Es el gran prototipo de todos los transgresores. Permitirse la incredulidad, la ingratitud, la apostasía, el desafío a Dios o la enemistad contra él, no es sino repetir el curso que Satanás siguió en el Cielo. La rebelión contra Dios se debe tan directamente a la influencia satánica como la práctica de la brujería. Como la brujería, ejerce un poder embrujador y engañoso casi imposible de quebrantar. Los que se oponen al gobierno de Dios han concertado una alianza con el archi-apóstata, y éste no perderá fácilmente su presa. Todo su poder y astucia serán ejercidos para cautivar los sentidos y engañar el entendimiento de sus víctimas. Todo se les presenta bajo una luz falsa. Bajo su hechizo embrujador pueden, como nuestros primeros padres, ver sólo los grandes beneficios a recibir por la transgresión. Para alcanzar el objeto deseado, no se detendrán ante ningún medio, por grande que sea el peligro para otro o el pecado para sí mismos.

No se puede dar una prueba más contundente del poder engañoso de Satanás que el hecho de que muchos de los que son así guiados por él se engañan a sí mismos con la creencia de que están al servicio de Dios. Los escribas y ancianos judíos en los días de Cristo profesaban gran celo por el honor de Dios, y sin embargo rechazaban a su Hijo. Jesús les dio las pruebas más concluyentes de

que él era el Prometido. En una ocasión, el Espíritu dio testimonio tan poderoso de sus afirmaciones que los corazones de todos los que estaban en la sinagoga respondieron a las palabras llenas de gracia que salieron de sus labios. Aquí estaba el punto de inflexión con esa compañía. Cuando la divinidad de Cristo resplandeció a través de la humanidad, su visión espiritual se aceleró. Un nuevo poder de discernimiento y apreciación se apoderó de ellos, y la convicción de que Jesús era el Hijo de Dios era casi irresistible. Pero Satanás estaba al acecho para despertar dudas, incredulidad y orgullo. Acorazaron sus corazones contra las palabras del Salvador. Al ceder al dominio de Satanás, se encendieron en una furia incontrolable contra Jesús. Al unísono le habrían quitado la vida, si los ángeles no se hubieran interpuesto para liberarlo.

El mismo espíritu existe todavía en los corazones de aquellos que se empeñan en seguir su propio juicio pervertido en oposición a la voluntad de Dios. La lucha entre la verdad y el error revelará el mismo orgullo y obstinación, y el mismo odio irrazonable contra los defensores de la verdad, que mostraron los judíos incrédulos.

Aquel que pudo hacer que todas las glorias de los imperios terrenales pasaran ante Cristo en su hora de tentación, ejerce un poder semejante al de un mago sobre las mentes de todos los que no confían y obedecen implícitamente a Dios. Es esta infatuación moral la que endurece sus corazones contra la influencia del Espíritu Santo. Esto fue lo que indujo a Coré, Datán y Abiram a rebelarse contra la autoridad de Moisés. Satanás los engañó con la idea de que se oponían sólo a un líder humano, un hombre como ellos. Pero al rechazar al instrumento escogido por Dios, rechazaron a Cristo, su líder invisible. Insultaron al Espíritu de Dios; y los juicios siguieron de cerca a su pecado. Fueron engañados por Satanás, pero por su propio consentimiento; porque se pusieron en su poder.

Así le sucedió a Saúl. Tenía la prueba más decisiva de que Samuel había sido divinamente designado e inspirado. Fue en oposición a todos los dictados de la razón y del sano juicio, que se aventuró a desobedecer el mandato de Dios por medio del profeta. Su fatal presunción debe atribuirse a esta brujería satánica, que lo hizo ciego al pecado e imprudente a sus consecuencias. Saúl había manifestado gran celo para suprimir la idolatría y la brujería, decretando que todos los culpables de estas prácticas fueran castigados con la muerte. Sin embargo, el profeta le muestra que en su desobediencia al mandato divino había estado animado por el mismo espíritu de oposición a Dios, y había sido tan realmente inspirado por Satanás, como si hubiera practicado la hechicería. Y, además, cuando se le reprendió, había añadido terquedad a la rebelión. En vez

de confesar su pecado y buscar humildemente el perdón, rechazó la repreensión y endureció su corazón en la transgresión. No habría podido ofrecer mayor insulto al Espíritu de Dios si se hubiera unido abiertamente a los idólatras.

Es un paso peligroso despreciar las repreensiones y advertencias de la palabra de Dios o de su Espíritu. Muchos, como Saulo, ceden a la tentación hasta quedar ciegos al verdadero carácter del pecado. Se halagan a sí mismos pensando que han tenido algún buen objetivo en vista, y que no han hecho ningún mal al apartarse de los requerimientos del Señor. Así desprecian al Espíritu de gracia hasta que ya no se oye su voz suplicante, y quedan abandonados a los engaños que han elegido.

2 de noviembre de 1882

Mi salud restablecida

EGW

Durante dos meses mi pluma ha estado descansando; pero estoy profundamente agradecido por poder reanudar ahora mis escritos. El Señor me ha dado una prueba más de su misericordia y bondad al devolverme de nuevo la salud. Por mi reciente enfermedad estuve muy cerca de la tumba, pero las oraciones del pueblo del Señor sirvieron en mi favor.

Unas dos semanas antes de nuestra reunión de campamento en este Estado, la enfermedad que había estado padeciendo se curó, pero recobré pocas fuerzas. A medida que se acercaba el momento de la reunión, parecía imposible que pudiera participar en ella. Había pocas perspectivas de que pudiera siquiera pisar el suelo. Oré mucho sobre el asunto, pero seguía muy débil, incapaz de soportar cualquier imposición. Una fuerte tos me molestaba día y noche. El dolor en mi pulmón izquierdo era tan grande que no podía recostarme sobre ese lado. Estaba muy débil, tanto de cuerpo como de mente. Mi valor y mi energía parecían paralizados. Era incapaz incluso de ejercitar la fe. En mi estado de sufrimiento sólo podía caer indefenso en los brazos de mi Redentor, y allí descansar.

Cuando llegó el primer sábado de la reunión, sentí que debía estar en el campamento, pues allí podría encontrarme con el Sanador Divino. Por la tarde me tumbé en una tumbona bajo la gran tienda, mientras Eld. Waggoner se dirigía a la gente, presentando las señales que muestran que el día de Dios está muy cerca. Al final de su discurso, decidí ponerme de pie, con la esperanza de

que si así me aventuraba por fe, haciendo todo lo que estaba en mi poder, Dios me ayudaría a decir unas palabras a la gente. Cuando empecé a hablar, el poder de Dios se apoderó de mí y al instante recobré las fuerzas.

Esperaba que mi debilidad desapareciera gradualmente, pero no esperaba un cambio inmediato. La obra instantánea que se produjo en mí fue inesperada. No puede atribuirse a la imaginación. La gente me vio en mi debilidad, y muchos observaron que, en apariencia, yo era un candidato a la tumba. Casi todos los presentes notaron el cambio que se produjo en mí mientras me dirigía a ellos. Afirmaron que mi semblante cambió y que la palidez de la muerte dio paso a un color saludable. Doy testimonio a todos los que lean estas palabras de que el Señor me ha sanado. El poder divino ha obrado una gran obra en mi favor, de lo cual me alegro. Pude trabajar todos los días durante la reunión, y varias veces hablé más de una hora y media. Todo mi organismo estaba imbuido de nueva fuerza y vigor. Una nueva marea de emociones, una nueva y elevada fe, tomaron posesión de mi alma.

Durante mi enfermedad aprendí algunas lecciones preciosas, aprendí a confiar donde no puedo ver, mientras no puedo hacer nada, a descansar en silencio, con calma, en los brazos de Jesús. No ejercitamos la fe como deberíamos. Tememos aventurarnos en la palabra de Dios. En la hora de la prueba, deberíamos fortalecer nuestras almas con la seguridad de que las promesas de Dios nunca pueden fallar. Todo lo que Él ha dicho, se cumplirá.

Mientras yacía en mi lecho de enferma, llegó por telégrafo un mensaje del Dr. Kellogg: "Estamos orando por la restauración de la hermana White". De amigos de Oakland, y otros lugares, llegó la seguridad: "Estamos orando por usted". Mis hermanos y hermanas, Dios ha escuchado sus oraciones, Eld. Waggoner, con los miembros de mi familia y otros amigos, a menudo se inclinaban junto a mi lecho y oraban fervientemente por mí. A veces me venía a la mente el pensamiento de que estaba demasiado débil para hacer este ejercicio en mi habitación; pero sentía que en la oración estaba mi única esperanza, y no podía renunciar a ella. En mis horas de conciencia, aquellas fervientes peticiones eran un gran consuelo para mí.

Antes de mi enfermedad, creía que tenía fe en las promesas de Dios; sin embargo, me sorprende el gran cambio que se ha operado en mí, que ha superado con creces mis expectativas. Soy indigno de esta manifestación del amor de Dios. Tengo motivos para alabar a Dios con más fervor, para caminar con más humildad ante Él y para amarle con más fervor que nunca. Se me

impone la renovada obligación de dar al Señor todo lo que hay en mí. Debo derramar sobre los demás el bendito resplandor que Él ha permitido que brille sobre mí.

No espero ahora ser elevado por encima de todas las enfermedades y tribulaciones, y tener un mar imperturbable en el viaje hacia el cielo. Espero pruebas, pérdidas, desilusiones y aflicciones; pero tengo la promesa del Salvador: "Bástate mi gracia." No debemos considerar cosa extraña el que nos asalte el enemigo de toda justicia. Cristo ha prometido ser una ayuda presente en todo tiempo de necesidad, pero no nos ha dicho que estaremos exentos de pruebas. Por el contrario, nos ha informado claramente que tendremos tribulaciones. Ser probados forma parte de nuestra disciplina moral. Aquí podemos aprender las lecciones más valiosas, y obtener las gracias más preciosas, si nos acercamos a Dios, y soportamos todo en su fuerza.

Mi enfermedad me ha enseñado mi propia debilidad, la paciencia y el amor de mi Salvador y su poder para salvar. Cuando he pasado noches en vela, he encontrado esperanza y consuelo al considerar la paciencia y la ternura de Jesús hacia sus débiles y descarriados discípulos, y al recordar que sigue siendo el mismo, inmutable en misericordia, compasión y amor. Él ve nuestra debilidad, sabe cómo nos falta la fe y el valor; sin embargo, no nos desecha. Es piadoso y compasivo con nosotros.

Puedo caer en mi puesto antes de que el Señor venga; pero cuando todos los que están en sus tumbas salgan, si soy fiel, veré a Jesús, y seré hecho como él. ¡Oh, qué gozo indecible, ver a aquel a quien amamos, -ver en su gloria a aquel que tanto nos amó que se entregó por nosotros, -contemplar aquellas manos una vez traspasadas para nuestra redención, extendidas hacia nosotros en bendición y bienvenida! ¡Qué importará que nos fatiguemos y suframos aquí, si sólo podemos alcanzar la resurrección de la vida! Esperaremos pacientemente hasta que termine nuestro tiempo de prueba, y entonces lanzaremos el alegre grito de victoria.

Sra. E. G. White

7 de diciembre de 1882

Importancia de las asociaciones adecuadas

EGW

Cada asociación que formamos, por limitada que sea, ejerce cierta influencia sobre nosotros. La medida en que cedamos a esa influencia estará determinada por el grado de intimidad, la constancia de la relación y nuestro amor y veneración por aquel con quien nos asociamos. Sólo mediante el conocimiento y la asociación con Cristo podemos llegar a ser como él, el único ejemplo intachable.

La comunión con Cristo, ¡qué indeciblemente preciosa! Tal comunión es nuestro privilegio disfrutar, si la buscamos, si hacemos cualquier sacrificio para asegurarla. Cuando los primeros discípulos oyeron las palabras de Cristo, sintieron que lo necesitaban. Lo buscaron, lo encontraron y lo siguieron. Estaban con él en la casa, en la mesa, en el armario, en el campo. Estaban con él como alumnos con un maestro, recibiendo diariamente de sus labios lecciones de la santa verdad. Le miraban como siervos a su señor, para aprender su deber. Le servían alegremente, con gusto. Le seguían, como los soldados siguen a su comandante, peleando la buena batalla de la fe. "Y los que están con él son llamados, escogidos y fieles".

Que todos se hagan la pregunta en sus propios corazones: ¿Hemos estado buscando la amistad y el aplauso del mundo, en vez de la presencia de Cristo y un conocimiento más profundo de su voluntad? Examinad vuestros propios corazones, juzgad vuestro propio curso. Considerad qué compañeros elegís. ¿Buscáis la compañía de los sabios, o estáis dispuestos a escoger asociados mundanos, compañeros que no temen a Dios ni obedecen al Evangelio? ¿Son tus recreaciones tales que imparten vigor moral y espiritual? ¿Llevarán a la pureza de pensamiento y de acción?

Muchos padres están desatendiendo las más sagradas demandas de Dios, por su negligencia en consagrarse a sí mismos y a sus hijos a Él. Muchos descansan en una falsa seguridad, absorbidos por intereses egoístas y atraídos por los tesoros terrenales. No temen al mal. El peligro les parece muy lejano. Serán engañados, engañados, para su ruina eterna, a menos que despierten, y con penitencia y profunda humillación, vuelvan al Señor.

El orgullo, la autoindulgencia, la impiedad y la iniquidad que nos rodean ejercen una influencia maligna sobre nosotros. Pocos se dan cuenta de la importancia de evitar, en la medida de lo posible, todas las asociaciones hostiles a la vida religiosa. Pocos son los que, a la hora de elegir su entorno, hacen de su prosperidad espiritual la primera consideración.

Los padres acuden con sus familias a las ciudades, porque les parece más fácil ganarse la vida allí que en el campo. Los niños, al no tener nada que hacer cuando no están en la escuela, reciben una educación callejera. Con malas compañías, adquieren hábitos de vicio y disipación. Los padres ven esto, pero como corregir su error requerirá un sacrificio, se quedan donde están, hasta que Satanás obtiene el control total de sus hijos. Es mejor sacrificar toda consideración mundana que poner en peligro las preciosas almas confiadas a su cuidado. Serán asaltados por tentaciones, y se les debe enseñar a enfrentarlas; pero es vuestro deber cortar toda influencia, romper todo hábito, desatar toda atadura, que os impida el más libre, abierto y sincero compromiso de vosotros mismos y de vuestra familia con Dios.

En lugar de la ciudad atestada de gente, buscad algún lugar retirado donde vuestros hijos estén, en la medida de lo posible, protegidos de la tentación, y allí formadlos y educadlos para la utilidad. El profeta Ezequiel enumera así las causas que llevaron a Sodoma al pecado y a la destrucción: "Soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad había en ella y en sus hijas; ni fortaleció la mano del pobre y del necesitado". Todos los que quieran escapar de la condenación de Sodoma, deben evitar el curso que trajo los juicios de Dios sobre esa ciudad malvada.

¿Quién escuchará el consejo del Testigo Fiel de buscar el oro probado en el fuego, las vestiduras blancas y el colirio? El oro es la fe y el amor, la vestidura blanca es la justicia de Cristo, el colirio es el discernimiento espiritual que nos permitirá ver las artimañas de Satanás y evitarlas, detectar el pecado y aborrecerlo, ver la verdad y obedecerla.

El letargo mortal del mundo paraliza los sentidos. El pecado no parece repulsivo a los que están cegados por Satanás. Los juicios de Dios pronto se derramarán sobre la tierra. "Escapa por tu vida", es la advertencia de los ángeles de Dios. Se oyen otras voces que dicen: "No te excites; no hay motivo de especial alarma". Los que están tranquilos en Sión claman paz y seguridad, mientras que el Cielo declara que una rápida destrucción está a punto de caer sobre el transgresor. Los jóvenes, los frívolos, los amantes del placer, consideran estas

advertencias como cuentos ociosos, y se apartan de ellas con sorna. Los padres se inclinan a pensar que sus hijos tienen razón en este asunto, y todos duermen tranquilos. Así fue en la destrucción del viejo mundo, y cuando Sodoma y Gomorra fueron consumidas por el fuego. La noche anterior a su destrucción, las ciudades de la llanura se alborotaron de placer. Se burlaron de Lot por sus temores y advertencias. Pero estos burladores perecieron en las llamas. Esa misma noche se cerró para siempre la puerta de la misericordia a los malvados y descuidados habitantes de Sodoma.

Es Dios quien tiene en sus manos el destino de las almas. No siempre se burlará de Él; no siempre se jugará con Él. Sus juicios ya están en la tierra. Tempestades feroces y espantosas dejan a su paso destrucción y muerte. El fuego devorador arrasa el bosque desolado y la ciudad abarrotada. Tormentas y naufragios aguardan a quienes surcan las profundidades. Accidentes y calamidades amenazan a los que viajan por tierra. Los huracanes, los terremotos, la espada y el hambre se suceden. Sin embargo, los corazones de los hombres están endurecidos. No reconocen la voz de advertencia de Dios. No huyen al único refugio contra la tormenta que se avecina.

Muchos de los que han sido colocados sobre los muros de Sión, para vigilar con ojo de águila la aproximación del peligro, y levantar la voz de advertencia, están ellos mismos dormidos. Los mismos que deberían ser más activos y vigilantes en esta hora de peligro están descuidando su deber, y trayendo sobre sí la sangre de las almas.

Que nadie haga a un lado la advertencia y diga: "No se refiere a mí. No me perturbará este excitable mensaje". Es el siervo malvado que dice en su corazón: "Mi Señor retrasa su venida". Profesando ser siervo de Cristo, puede que no niegue de palabra que el Señor ha de venir pronto; pero sus acciones demuestran que aplaza ese día hasta un período distante. Presume culpablemente de la supuesta demora; se vuelve descuidado, y sus obras testifican su incredulidad. Adopta las máximas y se conforma a las prácticas del mundo.

Tan pronto como el siervo malo comienza a perder el espíritu y el poder del mensaje, manifiesta su incredulidad. Golpea a sus consiervos. Está dispuesto a censurar a los que son mejores que él. "El veneno de los áspides está debajo de sus labios". Su curso es descendente. A menudo se le encuentra "comiendo y bebiendo con los borrachos", uniéndose a los mundanos en sus reuniones de placer, y, a todos los efectos, uno con ellos. Tal es la condición de muchos entre nosotros hoy.

En la instrucción dada por nuestro Salvador a sus discípulos hay palabras de admonición especialmente aplicables a nosotros: "Mirad por vosotros mismos, no sea que en cualquier momento vuestros corazones se sobrecarguen con el exceso y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y así ese día venga sobre vosotros de improviso". Velad, orad, trabajad: ésta es la verdadera vida de fe. "Orad siempre;" es decir, estad siempre en espíritu de oración, y entonces estaréis preparados para la venida de vuestro Señor.

La vida cristiana es una guerra. El apóstol Pablo habla de luchar contra principados y potestades mientras peleaba la buena batalla de la fe. De nuevo declara: "Aún no habéis resistido hasta la sangre, luchando contra el pecado". Ah, no. Hoy el pecado es apreciado y excusado. La espada afilada del Espíritu, la palabra de Dios, no corta el alma. ¿Ha cambiado la religión? ¿Ha disminuido la enemistad de Satanás contra Dios? Antes, la vida religiosa presentaba dificultades y exigía abnegación. Ahora todo es muy fácil. ¿Y a qué se debe esto? El profeso pueblo de Dios se ha comprometido con los poderes de las tinieblas.

El camino al Cielo no es más fácil ahora que en los días de nuestro Salvador. Todos nuestros pecados deben ser eliminados. Toda indulgencia que obstaculice nuestra vida religiosa debe ser eliminada. El ojo derecho o la mano derecha deben ser sacrificados, si nos hacen ofender. ¿Estamos dispuestos a renunciar a nuestra propia sabiduría y a recibir el reino de los cielos como un niño pequeño? ¿Estamos dispuestos a desprendernos de la justicia propia? ¿Estamos dispuestos a renunciar a nuestros socios mundanos elegidos? ¿Estamos dispuestos a sacrificar la aprobación de los hombres? El premio de la vida eterna tiene un valor infinito. ¿Nos esforzaremos y haremos sacrificios proporcionales al valor del objeto que hemos de alcanzar?

4 de enero de 1883

El año viejo y el nuevo

EGW

Ya ha entrado el nuevo año; sin embargo, antes de saludar su llegada, nos detenemos a preguntar: ¿Cuál ha sido la historia del año que con su carga de registros ha pasado ahora a la eternidad? La admonición del apóstol nos llega a cada uno de nosotros: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos". Dios nos libre de que, en esta hora tan importante, estemos tan absortos en otros asuntos que no dediquemos tiempo a un autoexamen serio,

sincero y crítico. Dejemos las cosas de menor importancia en segundo plano, y pongamos ahora en primer plano las cosas que conciernen a nuestros intereses eternos.

Hermanos cristianos, como embajador de Cristo les ruego que investiguen el carácter de sus pensamientos, temperamentos, propósitos, palabras y obras durante el año pasado. ¿Cuál ha sido la naturaleza de su experiencia? Comparad los registros de vuestra vida religiosa con la norma bíblica y juzgaos a vosotros mismos. ¿Han testificado los frutos de la justicia que ustedes están en la fe, o han testificado en contra de ustedes los frutos que han producido? Este es un tema digno de reflexión seria y cuidadosa. Sea minucioso e imparcial en su examen del registro del año pasado. ¿Ves los defectos de tu carácter, y te ves obligado a admitir que no has avanzado decididamente en la superación de estos rasgos impíos? Recuerda que si no los superas, seguramente te separarán de la presencia de un Dios puro, santo, que odia el pecado, y te cerrarán las puertas de las mansiones celestiales.

¿Cuántos han abrigado, en el último año, ardor de corazón y amargura hacia sus hermanos y hermanas en la iglesia? ¿Cuántos han pensado y hablado mal de los que, como ellos, profesan ser seguidores de Jesús? Podemos pensar que tenemos una excusa para ello; pero ¿hay alguna provocación de peso suficiente para excusarnos de albergar rencor y malicia en nuestros corazones? Dijo Jesús: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen". Si en nuestra vida diaria no ejemplificamos estos principios, no podremos ser aceptados ante Dios. Debemos buscar fervientemente su gracia para matar cada fibra de la raíz de amargura, y debemos dejar que el amor de Jesús tome posesión de nuestras almas y se revele en nuestras palabras y obras, o no somos de Cristo sino del maligno.

La Iglesia militante no es la Iglesia triunfante, y la Tierra no es el Cielo. La Iglesia está compuesta de hombres y mujeres errantes e imperfectos, que no son más que alumnos en la escuela de Cristo, para ser entrenados, disciplinados, educados para esta vida, y para la vida futura e inmortal. Ninguno de nosotros puede representar con sus propias fuerzas el carácter de Cristo; pero si Jesús vive en el corazón, el espíritu que mora en él se revelará en nosotros; toda nuestra carencia será suplida. ¿Quién procurará al comienzo de este nuevo año obtener una experiencia nueva y genuina en las cosas de Dios? Corrige tus errores en la medida de lo posible. Confiesa tus errores y pecados unos a otros. Deja que la paciencia, la longanimidad, la bondad y el amor se conviertan en

parte de tu ser; entonces todo lo que es puro, amable y de buen testimonio madurará en tu experiencia. Tenemos ante nosotros otro año con un historial intachable; ¿cuál será ese historial?

Como pueblo no nos hemos dado cuenta del trabajo que debería haberse hecho en los últimos días del año viejo, y gran parte de él ha quedado sin hacer. La emoción de las fiestas navideñas ha quedado en el pasado, y ¿cuál ha sido el registro que ha llegado hasta Dios? Al celebrar el nacimiento de nuestro Salvador, ¿han estado nuestros corazones llenos de gratitud por el don infinito del amado Hijo de Dios? ¿Han sido nuestros pensamientos y afectos tales que Dios puede aceptarlos? ¿Se ha venerado y honrado a Jesús? ¿Ha ocupado un lugar prominente en nuestros pensamientos y planes? y ¿han afluido nuestros dones a su tesoro? ¿No es cierto que en muchos casos Cristo y sus reclamos han sido olvidados en las fiestas y los festejos, y que el honor que se le debe se le ha dado al hombre? ¿No se han desviado los pensamientos, el trabajo y los medios del objeto propio, y se han convertido en un canal para complacer, honrar y exaltar lo humano, en lugar de lo divino?

En estas ocasiones he sentido más intensamente nuestro peligro como pueblo. He temido que se fortaleciera el egoísmo, que se fomentara la idolatría y que el amor de Dios desapareciera de nuestros corazones; que el registro llevado a los atrios celestiales mostrara que Cristo tenía menos importancia que los amigos terrenales. He temido que las fiestas y las reuniones sociales resultaran ser una trampa de Satanás para desviar la mente de Cristo y de su gran sacrificio en nuestro favor; que las mismas asociaciones que debieran llevarnos a contemplar la obra de la redención se perdieran de vista en la observancia de costumbres mundanas, y que se pensara menos en Jesús y en las mansiones que ha ido a preparar para los que le aman, que en las ocasiones comunes.

No veo ninguna objeción a colocar incluso en nuestras iglesias un árbol de Navidad o de Año Nuevo que dé fruto en regalos y ofrendas para la causa de Dios. Así podemos aprovechar la ocasión para encauzar correctamente los regalos habituales de la temporada. Y tal celebración festiva es una lección útil para nuestros hijos, enseñándoles a entregar sus dones de manera que honren a su Redentor. Pero cuando dedicamos nuestros medios y nuestro trabajo a agasajarnos a nosotros mismos, no rendimos a Dios el honor que le corresponde.

He resuelto desde este momento hacer de Cristo el primero y el último y el mejor en todo. No sancionaré fiestas hechas para celebrar aniversarios de cumpleaños o matrimonios, sino que dedicaré todas mis energías a elevar a

Jesús entre la gente. Trataré de inculcar en las mentes de mis hermanos y hermanas la gran necesidad de preparar el corazón, mediante la confesión y la humillación, para ser aceptados por Dios y reconocidos como sus queridos hijos. Me ha dolido el corazón al ver cómo se honraba a los hombres, mientras se descuidaba y casi se olvidaba a Jesús: regalos liberales para los amigos terrenales, pero pobres y escasas ofrendas para Aquel a quien debemos todo.

Cristo abrió ante nosotros el camino luminoso de la paz, de la alegría, del Cielo; y ¿qué hemos hecho por él en estas ocasiones en que cada palabra y cada acto deberían expresar nuestra gratitud por su maravilloso amor? ¿Cuál es el balance de las pasadas Navidades? ¿Le hemos dado a Jesús todo lo que hay en nosotros? ¿Nos hemos negado a nosotros mismos para poder mostrar nuestro afecto a nuestro mejor amigo? ¿Hemos dejado un registro del que no nos avergonzaremos en el día de las cuentas finales? Si todos se dieran cuenta como debieran de la brevedad del tiempo, de las recaídas de nuestro pueblo, de los peligros que acechan nuestro camino, de los engaños de Satanás y de sus victorias sobre las almas desprevenidas, no habría fiestas ni reuniones alegres para rendir honor a lo humano, sino una gran humillación del corazón ante Dios y una ferviente oración pidiendo gracia perdonadora y santificadora.

Pedro, que una vez negó a su Señor, fue perdonado después por nuestro Salvador y se le confió la tarea de apacentar el rebaño de Dios. Sin embargo, cuando fue condenado a muerte y estaba a punto de sufrir por causa de Cristo, el apóstol rogó que no lo crucificaran en la misma posición que a su Señor y Maestro, sino que lo clavaran en la cruz con la cabeza hacia abajo. Sentía que era un honor demasiado grande para él morir de la misma manera que su Salvador, a quien había negado. ¿No sería bueno que nuestras conciencias fueran más sensibles, que tuviéramos más del mismo espíritu de contrición y humildad? En un momento en el que estamos celebrando el nacimiento de Cristo, ¿no deberíamos mantener el yo en un segundo plano? ¿No sería más apropiado humillarnos a nosotros mismos y exaltar a Jesús?

La perfección del carácter de nuestro Salvador despierta la admiración de los ángeles y de los hombres. He aquí un tema inagotable para el pensamiento. Los más brillantes y exaltados de los hijos de la mañana anunciaron su gloria en la creación, y anunciaron su nacimiento con cánticos de alegría. Velan sus rostros ante él cuando se sienta en su trono; arrojan sus coronas a sus pies, y cantan sus triunfos cuando contemplan su gloria resplandeciente. Nuestras almas están frías y apagadas porque no nos detenemos en los encantos incomparables de nuestro Redentor. Si ocupamos nuestros pensamientos en contemplar su amor

y su misericordia, reflejaremos lo mismo en nuestra vida y en nuestro carácter; porque contemplando, nos transformamos. ¡Oh, misterios de la redención! Sólo exaltando a Jesús y humillándonos a nosotros mismos podremos celebrar correctamente el nacimiento del Hijo de Dios.

Cuando nos encontramos en el umbral de un nuevo año, es necesario un examen imparcial de nuestros corazones para disipar las agradables ilusiones del amor propio. Nuestra condición es impotente y desesperada a menos que se nos conceda diariamente una misericordia infinita y se escriba el perdón con nuestros nombres en los registros celestiales. Sólo aquellos que ven y sienten sus necesidades espirituales acudirán a Jesús en busca de esa ayuda que tanto necesitan y que sólo Él puede dar. Sólo Él puede limpiarnos de todo pecado. Sólo él puede ponernos el manto de justicia.

¿Qué frutos hemos dado durante el año que acaba de pasar? ¿Cuál ha sido nuestra influencia sobre los demás? ¿A quién hemos reunido en el redil de Cristo? Los ojos del mundo están puestos en nosotros. ¿Somos epístolas vivas de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres? ¿Seguimos el ejemplo de Jesús en la abnegación, en la mansedumbre, en la humildad, en la paciencia, en el soportar la cruz, en la devoción? ¿Se verá obligado el mundo a reconocer que somos siervos de Cristo? ¿Cuál es nuestro historial? ¿Cuál será nuestro historial futuro? Si no podemos rastrear sin dolor las obras de nuestros propios corazones y revisar el registro de nuestras vidas, ¿cómo podremos comparecer ante el Juez de toda la tierra, que es infinitamente puro y santo, y que determinará nuestros casos por la norma infalible de su ley perfecta?

¿No deberíamos, en este nuevo año, tratar de corregir los errores del pasado? Nos incumbe cultivar individualmente la gracia de Cristo, ser mansos y humildes de corazón, ser firmes, inquebrantables, constantes en la verdad; porque sólo así podremos avanzar en la santidad y ser aptos para la herencia de los santos en la luz. Comencemos el año con una renuncia total a nosotros mismos; oremos por un discernimiento claro, para que podamos comprender las exigencias de nuestro Salvador sobre nosotros, y para que podamos ser siempre y en todas partes testigos de Cristo.

Nuestro tiempo y talentos pertenecen a Dios, para ser usados para su honra y gloria. Debe ser nuestro esfuerzo serio y ansioso dejar que la luz brille a través de nuestra vida y carácter para iluminar el camino hacia el Cielo, para que las almas puedan ser atraídas del camino ancho al camino angosto de la santidad. ¡Oh, que los seguidores de Cristo tuvieran menos deseo de dedicar trabajo,

tiempo y dinero, a fiestas y celebraciones en honor de los amigos terrenales, y un mayor deseo de honrar a Jesús! Os ruego que le llevéis vuestros dones y ofrendas, y que no os retengáis. Se necesitan hombres fuertes en la iglesia, trabajadores de éxito en la viña del Señor, hombres y mujeres que trabajen para que la iglesia sea transformada a la imagen de Cristo, en lugar de conformarse a las costumbres y prácticas del mundo. Tenemos todo que ganar o que perder. Asegurémonos de que estamos del lado de Cristo, del lado que gana; que estamos haciendo un trabajo seguro para el Cielo.

"Tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes"

"Fuerte en la fuerza que Dios suministra a través de su Hijo eterno".

11 de enero de 1883

Pruebas de carácter cristiano

EGW

"El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo". "Y si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no es de él". La conformidad con Jesús no pasará inadvertida para el mundo. Es objeto de atención y comentario. Sin embargo, el cristiano puede no ser consciente del gran cambio, pues cuanto más se parezca a Cristo en su carácter, más humilde será su opinión de sí mismo. Aquellos que tienen la experiencia más profunda en las cosas de Dios, son los más alejados del orgullo o de la exaltación propia. Tienen los pensamientos más humildes de sí mismos, y los conceptos más exaltados de la gloria y excelencia de Cristo. Sienten que el lugar más bajo en su servicio es demasiado honorable para ellos.

Moisés no sabía que su rostro resplandecía con un brillo doloroso y aterrador para aquellos que no habían, como él, comulgado con Dios. Pablo tenía una opinión muy humilde de su propio progreso en la vida cristiana. Dice: "No como si ya lo hubiera alcanzado, ni como si ya fuera perfecto". Habla de sí mismo como "el primero de los pecadores". Sin embargo, Pablo había sido altamente honrado por el Señor. Había sido llevado, en santa visión, al tercer cielo, y allí había recibido revelaciones de la gloria divina que no se le podía permitir dar a conocer.

Juan el Bautista fue declarado por nuestro Salvador el más grande de los profetas. Sin embargo, qué contraste entre el lenguaje de este hombre de Dios y el de muchos que profesan ser ministros de la cruz. Cuando le preguntaron si él era el Cristo, Juan se declaró indigno incluso de desatar las sandalias de su Maestro. Cuando sus discípulos vinieron con la queja de que la atención de la gente se dirigía al nuevo Maestro, Juan les recordó que él mismo había afirmado ser sólo el precursor del Prometido. A Cristo, como esposo, le corresponde el primer lugar en el afecto de su pueblo. "El amigo del esposo, que está en pie y le oye, se alegra por la voz del esposo. Se cumple, pues, mi gozo. Él debe aumentar, pero yo debo disminuir. El que viene de arriba está por encima de todos". "El que ha recibido su testimonio, ha puesto su sello de que Dios es verdadero".

Son tales obreros los que se necesitan hoy en la causa de Dios. Los autosuficientes, los envidiosos y celosos, los críticos y los que buscan faltas, bien pueden ser librados de su sagrada obra. A Dios no le faltan hombres ni medios. Pide obreros verdaderos y fieles, puros y santos, que hayan sentido la necesidad de la sangre expiatoria de Cristo y de la gracia santificante de su Espíritu.

Cuando vemos a los que profesan la fe firmes en sus principios, intrépidos en su deber, celosos en la causa de Dios, pero humildes y humildes, amables y tiernos, pacientes con todos, dispuestos a perdonar, manifestando amor por las almas por las que Cristo murió, no necesitamos preguntarnos: ¿Son cristianos? Dan pruebas inequívocas de que han estado con Jesús y han aprendido de él. Cuando los hombres revelan los rasgos opuestos, cuando son orgullosos, vanidosos, frívolos, de mentalidad mundana, avaros, poco amables, censuradores, no necesitamos que nos digan con quién se asocian, quién es su amigo más íntimo. Pueden no creer en la brujería, pero a pesar de ello, están en comunión con un espíritu maligno.

A esta clase les diría: "No os gloriéis, ni mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica. Porque donde hay envidia y contienda, allí hay confusión y toda obra perversa. Pero la sabiduría que descende de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable y fácil de ser tratada; llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz de los que hacen la paz."

Cuando los fariseos y saduceos acudieron en tropel al bautismo de Juan, aquel intrépido predicador de la justicia se dirigió a ellos: "Generación de víboras, ¿quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento". Estos hombres venían a Juan movidos por motivos indignos. Eran hombres de principios venenosos y prácticas corruptas. Sin embargo, no tenían conciencia de su verdadera condición. Llenos de orgullo y ambición, no vacilarían ante ningún medio para exaltarse a sí mismos y fortalecer su influencia con el pueblo. Vinieron a recibir el bautismo de la mano de Juan para poder llevar a cabo mejor estos designios.

Juan leyó sus motivos, y se dirigió a ellos con la inquisitiva pregunta: "¿Quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera?". Si hubieran oído la voz de Dios que hablaba a sus corazones, habrían dado pruebas de ello, produciendo frutos dignos de arrepentimiento. No vieron tal fruto. Habían oído la advertencia como mera voz de hombre. Estaban encantados con el poder y la audacia con que hablaba Juan; pero el Espíritu de Dios no envió convicción a sus corazones, ni como resultado seguro produjo frutos para vida eterna. No dieron pruebas de un cambio de corazón. Sin el poder transformador del Espíritu Santo, Juan les hizo comprender que ninguna ceremonia exterior podía beneficiarles.

Nadie está más lejos del reino de los cielos que los santurrones formalistas, llenos de orgullo por sus propios logros, mientras están totalmente desprovistos del espíritu de Cristo; mientras los controla la envidia, los celos o el amor a la alabanza y la popularidad. Pertenecen a la misma clase a la que Juan se dirigió como una generación de víboras, hijos del inicuo. Sirven a la causa de Satanás más eficazmente que el más vil libertino; porque éste no disfraza su verdadero carácter; aparece tal como es.

Dios exige frutos dignos de arrepentimiento. Sin tales frutos, nuestra profesión de fe carece de valor. El Señor es capaz de levantar verdaderos creyentes entre aquellos que nunca han oído su nombre. "No penséis decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede, de estas piedras, levantar hijos a Abraham."

Dios no depende de los hombres que son inconversos de corazón y de vida. Él nunca favorecerá a ningún hombre que practique la iniquidad. "Y ahora el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego".

Los que alaban y adulan al ministro, mientras descuidan las obras de justicia, dan pruebas inequívocas de que están convertidos al ministro y no a Dios.

Preguntamos: "¿Quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera?". ¿Fue la voz del Espíritu Santo o meramente la voz del hombre lo que escuchaste en el mensaje enviado por Dios? El fruto dado testificará del carácter del árbol.

Ninguna forma externa puede limpiarnos; ninguna ordenanza, administrada por el más santo de los hombres, puede tomar el lugar del bautismo del Espíritu Santo. El Espíritu de Dios debe hacer su obra en el corazón. Todos los que no han experimentado su poder regenerador son paja entre el trigo. Nuestro Señor tiene su abanico en la mano, y purificará a fondo su suelo. En el día venidero discernirá "entre el que sirve a Dios y el que no le sirve".

El espíritu de Cristo se revelará en todos los que han nacido de Dios. La contienda y la contención no pueden surgir entre aquellos que son controlados por su Espíritu. "Sed limpios los que lleváis los vasos del Señor". La iglesia rara vez adoptará una posición más elevada que la que adoptan sus ministros. Se necesita un ministerio convertido y un pueblo convertido. Los pastores que velan por las almas como quienes han de dar cuenta conducirán al rebaño por sendas de paz y santidad. Su éxito en esta obra será proporcional a su propio crecimiento en gracia y conocimiento de la verdad. Cuando los maestros están santificados en alma, cuerpo y espíritu, pueden inculcar en el pueblo la importancia de tal santificación.

El Señor no ha cerrado el Cielo contra su pueblo, pero su propio curso de continua reincidencia los ha separado de él. El orgullo y el amor al mundo viven en el corazón. Pocos se alarman o se asombran de su falta de poder espiritual. La opinión general es que la iglesia está floreciendo, y que hay paz y prosperidad en todos sus confines.

Las advertencias de la palabra de Dios y la influencia de su Espíritu han sido descuidadas por igual. El resultado es evidente en la deplorable condición de la iglesia. La impureza está hoy muy extendida, incluso entre los que profesan ser seguidores de Cristo. La pasión es desenfrenada; las propensiones animales están ganando fuerza con la indulgencia, mientras que los poderes morales se debilitan constantemente. Muchos participan ávidamente en diversiones mundanas y desmoralizadoras que la palabra de Dios prohíbe. Así cortan su conexión con Dios, y se colocan con los amantes del placer del mundo. Los pecados que destruyeron a los antediluvianos y a las ciudades de la llanura existen hoy, no sólo en las tierras paganas o entre los incrédulos declarados, sino también entre los profesantes del cristianismo. Las bajas pasiones contaminan la mente y corrompen el alma. Algunos que están en la iniquidad

más vil han tomado prestada la librea del cielo, para poder servir a Satanás más eficazmente. Si Dios nos presentara estos pecados tal como aparecen a su vista, nos llenaríamos de vergüenza y terror.

¿Y cuál es la causa de esta alarmante situación? Muchos han aceptado la teoría de la verdad religiosa, pero no se han convertido a sus principios. Son pocos, en verdad, los que sienten verdadero dolor por el pecado; los que tienen convicciones profundas y punzantes de la depravación de la naturaleza no regenerada. El corazón de piedra no se cambia por un corazón de carne. Pocos están dispuestos a caer sobre la Roca y ser quebrantados.

No importa quién seas, o cuál haya sido tu vida, sólo puedes ser salvado de la manera señalada por Dios. Debes arrepentirte; debes caer indefenso sobre la Roca, Cristo Jesús. Debes sentir tu necesidad de un médico, y del único remedio para el pecado, la sangre de Cristo. Este remedio sólo puede obtenerse mediante el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Aquí la obra está aún por comenzar por muchos que profesan ser cristianos. Como los fariseos de antaño, no sienten necesidad de un Salvador. Son autosuficientes, se exaltan a sí mismos. Dijo Cristo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". La sangre de Cristo sólo servirá para aquellos que sientan la necesidad de su poder limpiador.

¡Qué amor y condescendencia tan sobrecogedores, que cuando no teníamos ningún derecho a la misericordia divina, Cristo estuvo dispuesto a emprender nuestra redención! Pero nuestro gran Médico requiere de cada alma una sumisión incuestionable. Nunca debemos prescribir para nuestro propio caso. Cristo debe tener el control total de la voluntad y la acción, o no se comprometerá en nuestro favor.

Muchos no son conscientes de su condición y de su peligro; y hay mucho en la naturaleza y en la manera de obrar de Cristo que se opone a todo principio mundano y al orgullo del corazón humano. Jesús exige que nos confiemos totalmente a sus manos, y que confiemos en su amor y sabiduría.

Podemos lisonjearnos, como lo hizo Nicodemo, de que nuestro carácter moral ha sido correcto, y no necesitamos humillarnos ante Dios, como el pecador común. Pero debemos contentarnos con entrar en la vida de la misma manera que el primero de los pecadores. Debemos renunciar a nuestra propia justicia y suplicar que se nos impute la justicia de Cristo. Debemos depender totalmente de Cristo para nuestra fortaleza. El yo debe morir. Debemos reconocer que todo lo que tenemos proviene de las abundantes riquezas de la gracia divina. Que

éste sea el lenguaje de nuestros corazones: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia y por tu verdad".

A la fe genuina le sigue el amor, y al amor, la obediencia. Todos los poderes y pasiones del hombre convertido son puestos bajo el control de Cristo. Su Espíritu es un poder renovador, que transforma a la imagen divina a todos los que lo reciben.

Dios no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nuestras ofensas, y lo resucitó para nuestra justificación. Por medio de Cristo podemos presentar nuestras peticiones ante el trono de la gracia. Por medio de él, por indignos que seamos, podemos obtener todas las bendiciones espirituales. ¿Acudimos a él para tener vida?

La experiencia es el conocimiento derivado de la experimentación. Lo que necesitamos es una religión experimental. ¿Cómo conoceremos por nosotros mismos la bondad y el amor de Dios? El salmista nos dice: no oigamos y sepamos, leamos y sepamos, o creamos y sepamos; sino: "*Gustad* y ved que el Señor es bueno". En lugar de confiar en la palabra de otro, pruébalo por ti mismo.

Muchos creen en la ira de Dios, pero no se esfuerzan por escapar de ella. Creen en el cielo, pero no hacen sacrificios para obtenerlo. Creen en el valor del alma, y que dentro de poco su redención cesará para siempre; sin embargo, descuidan preciosas oportunidades de hacer las paces con Dios. Leen la Biblia, pero sus amenazas no los alarman ni sus promesas los conquistan. Aprueban cosas que son excelentes, pero siguen el camino que Dios les ha prohibido. Conocen un refugio, pero no hacen uso de él. Conocen un remedio para el pecado, pero no lo usan. Conocen el derecho, pero no lo disfrutan. Todo su conocimiento no hará sino aumentar su condenación. Nunca han probado y aprendido por experiencia que el Señor es bueno.

Convertirse en discípulo de Cristo es negarse a sí mismo y seguir a Jesús tanto en las malas como en las buenas noticias. Pocos hacen esto ahora. Muchos profetizan falsamente, y a la gente le encanta que así sea; pero ¿qué se hará al final de esto? ¿Cuál será la decisión cuando su obra, con todos sus resultados, sea sometida a revisión ante Dios?

Los vigilantes son responsables de la condición del pueblo. Si abren la puerta al orgullo, la envidia, la duda y otros pecados, habrá contiendas, odio y toda obra maligna. Jesús, el manso y humilde, pide la entrada como nuestro huésped,

pero muchos tienen miedo de invitarle a entrar. Nos ha hablado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; nos sigue hablando por su Espíritu y su providencia. Sus instrucciones están destinadas a hacer que los hombres sean fieles a Dios y a sí mismos.

Jesús tomó sobre sí la naturaleza del hombre, para dejar un modelo para la humanidad, completo, perfecto. Se propone hacernos semejantes a sí mismo, verdaderos en todo propósito, sentimiento y pensamiento; verdaderos en corazón, alma y vida. Esto es el cristianismo. Nuestra naturaleza caída debe ser purificada, ennoblecida, consagrada por la obediencia a la verdad. La fe cristiana nunca armonizará con los principios mundanos; la integridad cristiana se opone a todo engaño y fingimiento. El hombre que abriga en el alma la mayor parte del amor de Cristo, que refleja más perfectamente la imagen del Salvador, es, a los ojos de Dios, el hombre más verdadero, más noble, más honorable de la tierra.

18 de enero de 1883

Unidad cristiana

EGW

"Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer."

La unión hace la fuerza; la división, la debilidad. Cuando los que creen en la verdad presente están unidos, ejercen una influencia reveladora. Satanás comprende bien esto. Nunca estuvo más resuelto que ahora a hacer que la verdad de Dios no tenga ningún efecto, causando amargura y disensión entre el pueblo del Señor.

El mundo está contra nosotros, las iglesias populares están contra nosotros, las leyes del país pronto estarán contra nosotros. Si alguna vez hubo un momento en que el pueblo de Dios debe presionar juntos, es ahora. Dios nos ha confiado las verdades especiales para este tiempo, para darlas a conocer al mundo. El último mensaje de misericordia está saliendo ahora. Estamos tratando con hombres y mujeres que están destinados al juicio. Cuán cuidadosos debemos ser en cada palabra y acto de seguir de cerca el Modelo, para que nuestro ejemplo lleve a los hombres a Cristo. Con qué cuidado debemos procurar presentar la verdad para que otros, al contemplar su belleza y sencillez, sean

inducidos a recibirla. Si nuestros caracteres dan testimonio de su poder santificador, seremos una luz continua para los demás, epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. No podemos permitirnos ahora dar lugar a Satanás alimentando la desunión, la discordia y la contienda.

Que existiera unión y amor entre sus discípulos, fue la carga de la última oración de nuestro Salvador por ellos antes de su crucifixión. Con la agonía de la cruz ante él, su preocupación no era por sí mismo, sino por aquellos a quienes dejaría para llevar adelante su obra en la tierra. Les esperaban las pruebas más duras; pero Jesús vio que su mayor peligro sería el espíritu de amargura y división. Por eso oró:

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad. Y no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado."

Esa oración de Cristo abarca a todos sus seguidores, hasta el fin de los tiempos. Nuestro Salvador previó las pruebas y peligros de su pueblo; no ignora las disensiones y divisiones que distraen y debilitan a su Iglesia. Nos mira con un interés más profundo y una compasión más tierna que la que mueve el corazón de un padre terrenal hacia un hijo descarriado y afligido. Nos invita a aprender de él. Nos invita a confiar en Él. Nos pide que abramos nuestros corazones para recibir su amor. Se ha comprometido a ser nuestro ayudador.

Cuando Cristo ascendió al Cielo, dejó la obra en la tierra en manos de sus siervos, los subpastores. "Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo."

Al enviar a sus ministros, nuestro Salvador dio dones a los hombres, pues por medio de ellos comunica al mundo las palabras de la vida eterna. Este es el medio que Dios ha ordenado para perfeccionar a los santos en el conocimiento y en la verdadera santidad. La obra de los siervos de Cristo no consiste solamente en predicar la verdad; han de velar por las almas, como quienes han de dar cuenta a Dios. Deben reprender, reprender, exhortar con longanimidad y doctrina.

Todos los que han sido beneficiados por las labores del siervo de Dios, deben, según su capacidad, unirse a él en el trabajo por la salvación de las almas. Esta es la obra de todos los verdaderos creyentes, ministros y pueblo. Deben tener siempre presente el gran objetivo, procurando cada uno ocupar el puesto que le corresponde en la iglesia, y trabajando todos juntos en orden, armonía y amor.

No hay nada egoísta ni estrecho en la religión de Cristo. Sus principios son difusivos y agresivos. Cristo la representa como la luz resplandeciente, como la sal salvadora, como la levadura transformadora. Con celo, seriedad y devoción, los siervos de Dios tratarán de difundir lejos y cerca el conocimiento de la verdad; sin embargo, no descuidarán trabajar por la fortaleza y la unidad de la iglesia. Vigilarán cuidadosamente para que no se dé la oportunidad de que se introduzcan la diversidad y la división.

Últimamente han surgido entre nosotros hombres que profesan ser siervos de Cristo, pero cuya obra se opone a la unidad que nuestro Señor estableció en la iglesia. Tienen planes y métodos de trabajo originales. Desean introducir cambios en la iglesia para adaptarlos a sus ideas de progreso, e imaginan que así se obtendrán grandes resultados. Estos hombres necesitan ser aprendices más que maestros en la escuela de Cristo. Siempre están inquietos, aspirando a realizar alguna gran obra, a hacer algo que les traiga honor. Necesitan aprender la más provechosa de todas las lecciones: la humildad y la fe en Jesús. Algunos observan a sus compañeros de trabajo y se esfuerzan ansiosamente por señalarles sus errores, cuando más bien deberían procurar fervientemente preparar sus propias almas para el gran conflicto que tienen ante sí. El Salvador les dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas."

Los maestros de la verdad, los misioneros, los oficiales de la iglesia, pueden hacer una buena obra para el Maestro, si purifican sus propias almas obedeciendo la verdad. Todo cristiano vivo será un obrero desinteresado para Dios. El Señor nos ha dado el conocimiento de su voluntad, para que seamos canales de luz para los demás. Si Cristo mora en nosotros, no podemos dejar de trabajar para él. Es imposible conservar el favor de Dios y gozar de la bendición del amor de un Salvador y, sin embargo, ser indiferente al peligro de los que perecen en sus pecados. "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto".

Pablo exhorta a los efesios a preservar la unidad y el amor: "Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que os conduzcáis como es digno de la vocación con que

habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, soportándoos con amor los unos a los otros; procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como habéis sido llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos vosotros."

El apóstol exhorta a sus hermanos a manifestar en sus vidas el poder de la verdad que les había presentado. Mediante la mansedumbre y la dulzura, la paciencia y el amor, debían ejemplificar el carácter de Cristo y las bendiciones de su salvación. No hay más que un cuerpo y un Espíritu, un Señor y una fe. Como miembros del cuerpo de Cristo, todos los creyentes están animados por el mismo espíritu y la misma esperanza. Las divisiones en la iglesia deshonran la religión de Cristo ante el mundo, y dan ocasión a los enemigos de la verdad para justificar su proceder. Las instrucciones de Pablo no fueron escritas solamente para la iglesia de su tiempo. Dios quiso que llegaran hasta nosotros. ¿Qué estamos haciendo para preservar la unidad en los lazos de la paz?

Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia primitiva, los hermanos se amaban unos a otros. "Comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo; y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos." Aquellos cristianos primitivos eran pocos en número, sin riquezas ni honores, pero ejercían una poderosa influencia. De ellos resplandecía la luz del mundo. Eran un terror para los malhechores dondequiera que se conocieran su carácter y sus doctrinas. Por eso eran odiados por los malvados y perseguidos hasta la muerte.

La norma de santidad es la misma hoy que en los días de los apóstoles. Ni las promesas ni los requisitos de Dios han perdido nada de su fuerza. Pero, ¿cuál es el estado del pueblo profeso del Señor en comparación con la iglesia primitiva? ¿Dónde están el Espíritu y el poder de Dios que entonces acompañaban la predicación del Evangelio? Ay, "¡cómo se oscurece el oro! ¡Cómo se cambia el oro más fino!".

El Señor plantó su Iglesia como una vid en un campo fértil. Con el más tierno cuidado la nutrió y la cuidó para que produjera frutos de justicia. Su lenguaje es: "¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?". Pero esta vid plantada por Dios se ha inclinado hacia la tierra y ha enredado sus zarcillos en soportes humanos. Sus sarmientos se extienden a lo largo y a lo

ancho, pero da el fruto de una vid degenerada. El Dueño de la viña declara. Cuando miré que diera uvas, dio uvas silvestres.

El Señor ha concedido grandes bendiciones a su Iglesia. La justicia exige que ella devuelva estos talentos con usura. Como los tesoros de la verdad confiados a su custodia han aumentado, sus obligaciones han aumentado. Pero en vez de mejorar estos dones y avanzar hacia la perfección, se ha alejado de lo que había alcanzado en su experiencia anterior. El cambio en su estado espiritual ha sido gradual y casi imperceptible. Cuando comenzó a buscar la alabanza y la amistad del mundo, su fe disminuyó, su celo se volvió lánguido, su ferviente devoción dio lugar a una formalidad muerta. Cada paso que daba hacia el mundo era un paso que la alejaba de Dios. A medida que el orgullo y la ambición mundana se han ido alimentando, el espíritu de Cristo se ha ido alejando, y la emulación, la disensión y la lucha han venido a distraer y debilitar a la iglesia.

Pablo escribe a sus hermanos corintios: "Todavía sois carnales, pues habiendo entre vosotros envidias, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?" Es imposible que las mentes distraídas por la envidia y las contiendas comprendan las profundas verdades espirituales de la palabra de Dios. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente." No podemos entender ni apreciar correctamente la revelación divina sin la ayuda de aquel Espíritu por quien fue dada la Palabra.

Los que son designados para guardar los intereses espirituales de la iglesia deben tener cuidado de dar un ejemplo recto, sin dar ocasión a la envidia, los celos o la sospecha, manifestando siempre el mismo espíritu de amor, respeto y cortesía que desean fomentar en sus hermanos. Debe prestarse diligente atención a las instrucciones de la palabra de Dios. Que se controle toda manifestación de animosidad o falta de amabilidad, que se elimine toda raíz de amargura. Cuando surgen problemas entre hermanos, debe seguirse estrictamente la regla del Salvador. Deben hacerse todos los esfuerzos posibles para efectuar una reconciliación, pero si las partes persisten obstinadamente en permanecer en desacuerdo, deben suspenderse hasta que puedan armonizar.

Cuando ocurran pruebas en la iglesia, que cada miembro examine su propio corazón para ver si la causa del problema no existe en su interior. El orgullo espiritual, el deseo de mandar, el anhelo ambicioso de honor o posición, la falta de dominio propio, la indulgencia de la pasión o el prejuicio, la inestabilidad o la falta de juicio, pueden perturbar a la iglesia y sacrificar su paz.

Las dificultades son causadas a menudo por los vendedores de chismes, cuyas insinuaciones y sugerencias susurradas envenenan las mentes desprevenidas, y separan a los amigos más íntimos. Los malhechores son secundados en su obra maligna por los muchos que se paran con los oídos abiertos y el corazón malvado, diciendo: "Denuncia, y lo denunciaremos." Este pecado no debe tolerarse entre los seguidores de Cristo. Ningún padre cristiano debe permitir que se repitan chismes en el círculo familiar, ni que se hagan comentarios despectivos contra los miembros de la iglesia.

(Por concluir.)

25 de enero de 1883

Unidad cristiana

(Concluido.)

EGW

Los cristianos deben considerar como un deber religioso reprimir el espíritu de envidia o emulación. Deben alegrarse de la reputación superior o de la prosperidad de sus hermanos, aun cuando su propio carácter o sus logros parezcan quedar en la sombra. Fueron el orgullo y la ambición albergados en el corazón de Satanás los que le desterraron del Cielo. Estos males están profundamente arraigados en nuestra naturaleza caída, y si no se eliminan ensombrecerán toda cualidad buena y noble, y producirán envidia y contienda como sus frutos perniciosos.

Debemos buscar la verdadera bondad, más que la grandeza. Los que poseen la mente de Cristo tendrán un concepto humilde de sí mismos. Trabajarán por la pureza y la prosperidad de la iglesia, y estarán dispuestos a sacrificar sus propios intereses y deseos antes que causar disensión entre sus hermanos.

Satanás busca constantemente causar desconfianza, alienación y malicia entre el pueblo de Dios. A menudo seremos tentados a sentir que nuestros derechos son invadidos, cuando no hay causa real para tales sentimientos. Aquellos cuyo amor por sí mismos es más fuerte que su amor por Cristo y su causa, pondrán sus propios intereses en primer lugar, y recurrirán a casi cualquier expediente para protegerlos y mantenerlos. Cuando se consideran perjudicados por sus hermanos, algunos incluso acudirán a la ley, en lugar de seguir la regla del Salvador. Incluso muchos que parecen ser cristianos concienzudos se ven

impedidos por el orgullo y el amor propio de ir en privado a aquellos que creen que están en el error, para que puedan hablar del asunto en el espíritu de Cristo, y orar unos por otros. Las contiendas, peleas y pleitos entre hermanos son una desgracia para la causa de la verdad. Los que toman tal camino exponen a la iglesia al ridículo de sus enemigos, y hacen triunfar a los poderes de las tinieblas. Perforan de nuevo las heridas de Cristo y lo avergüenzan abiertamente. Al ignorar la autoridad de la Iglesia, desprecian a Dios, que le dio su autoridad.

Pablo escribe a los gálatas: "Quisiera que incluso fueran eliminados los que os molestan. Porque, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley se cumple en una sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros. Esto, pues, digo: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne."

Los falsos maestros habían traído a los gálatas doctrinas que se oponían al evangelio de Cristo. Pablo trató de exponer y corregir estos errores. Deseaba vivamente que los falsos maestros fueran separados de la iglesia, pero su influencia había afectado a tantos creyentes que parecía peligroso actuar contra ellos. Existía el peligro de provocar luchas y divisiones que serían ruinosas para los intereses espirituales de la iglesia. Por lo tanto, trató de inculcar a sus hermanos la importancia de tratar de ayudarse unos a otros en el amor. Declaró que todos los requisitos de la ley que establecen nuestro deber para con nuestros semejantes se cumplen en el amor mutuo. Les advirtió que si se entregaban al odio y a las contiendas, dividiéndose en partidos y, como los brutos, mordiéndose y devorándose unos a otros, se acarrearían la infelicidad presente y la ruina futura. Sólo había un modo de prevenir estos terribles males, y era, como les ordenaba el apóstol, "andar en el Espíritu". Mediante la oración constante debían buscar la guía del Espíritu Santo, que los conduciría al amor y a la unidad.

Una casa dividida contra sí misma no puede permanecer. Cuando los cristianos discuten, Satanás entra para tomar el control. Cuántas veces ha logrado destruir la paz y la armonía de las iglesias. ¡Cuántas controversias encarnizadas, cuánta amargura, cuánto odio ha desatado un asunto tan insignificante! ¡Cuántas esperanzas se han echado a perder, cuántas familias se han desgarrado por la discordia y la contienda!

Pablo exhortó a sus hermanos a que tuvieran cuidado de no cometer ellos mismos pecados igualmente graves al tratar de corregir las faltas de los demás. Les advierte que el odio, la emulación, la ira, las contiendas, las sediciones, las herejías y las envidias son tan verdaderas obras de la carne como lo son la lascivia, el adulterio, la embriaguez y el homicidio, y con la misma seguridad cerrarán la puerta del Cielo contra los culpables.

Cristo declara: "A cualquiera que ofenda a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar". Quien por engaño deliberado o por un mal ejemplo induce a error a un discípulo de Cristo, es culpable de un gran pecado. Quien lo haga objeto de calumnia o de burla, está insultando a Jesús. Nuestro Salvador señala todo mal hecho a sus seguidores.

¿Cómo fueron castigados los que en tiempos antiguos se burlaron de lo que Dios había escogido como sagrado para sí? Belsasar y sus mil señores profanaron los vasos de oro de Jehová y alabaron a los ídolos de Babilonia. Pero el Dios a quien negaban era testigo de la escena impía. En medio de su júbilo sacrílego, se vio una mano sin sangre que trazaba misteriosos caracteres en la pared del palacio. Llenos de terror, el rey y los cortesanos oyeron su condena pronunciada por el siervo del Altísimo.

Que aquellos que se deleitan en trazar palabras de calumnia y falsedad contra los siervos de Cristo recuerden que Dios es testigo de sus hechos. Su toque calumnioso no está profanando vasos sin alma, sino los caracteres de aquellos a quienes Cristo ha comprado con su sangre. La mano que trazó los caracteres en las paredes del palacio de Belsasar, guarda fiel registro de todo acto de injusticia u opresión cometido contra el pueblo de Dios.

La historia sagrada presenta ejemplos sorprendentes del celoso cuidado del Señor por los más débiles de sus hijos. Durante el viaje de Israel por el desierto, los cansados y débiles que se habían quedado rezagados, fueron atacados y muertos por los cobardes y crueles amalecitas. Después Israel hizo la guerra a los amalecitas y los derrotó. "Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y recuérdalo en oídos de Josué; porque yo haré desaparecer de debajo del cielo la memoria de Amalec". Nuevamente el mandato fue repetido por Moisés justo antes de su muerte, para que no fuera olvidado por su posteridad: "Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino, cuando salisteis de Egipto; cómo te salió al encuentro en el camino, y te hirió en la retaguardia, a todos los débiles que venían detrás de ti, cuando estabas cansado y fatigado,

y no temió a Dios.... Borrará el recuerdo de Amalec de debajo del cielo; no lo olvidarás".

Si Dios castigó así la crueldad de una nación pagana, ¿cómo ha de considerar a los que, profesando ser su pueblo, hacen la guerra a sus propios hermanos que son trabajadores agotados y fatigados en su causa? Satanás tiene gran poder sobre los que se someten a su control. Fueron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos -los maestros religiosos del pueblo- quienes impulsaron a la muchedumbre asesina desde la Sala del Juicio hasta el Calvario. Hay corazones hoy entre los profesos seguidores de Cristo, inspirados por el mismo espíritu que clamó por la crucifixión de nuestro Salvador. Que los obradores del mal recuerden que de todos sus actos hay un testigo, un Dios santo que odia el pecado. Él traerá todas sus obras al Juicio, con toda cosa secreta.

"Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo para su bien a edificación. Porque tampoco Cristo se agradó a sí mismo". Así como Cristo se compadeció de nosotros y nos ayudó en nuestra debilidad y pecaminosidad, así debemos compadecernos y ayudar a los demás. Muchos están perplejos por las dudas, agobiados por las enfermedades, débiles en la fe e incapaces de captar lo invisible; pero un amigo a quien puedan ver, que venga a ellos en lugar de Cristo, puede ser como un eslabón de unión para afianzar su temblorosa fe en Dios. ¡Oh, ésta es una obra bendita! Que el orgullo y el egoísmo no nos impidan hacer el bien que podemos hacer, si trabajamos en el nombre de Cristo y con un espíritu amoroso y tierno.

"Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo". Aquí, de nuevo, nuestro deber está claramente ante nosotros. ¿Cómo pueden los profesos seguidores de Cristo considerar tan a la ligera estos mandatos inspirados? No hace mucho recibí una carta que describía una circunstancia en la que un hermano había manifestado indiscreción. Aunque ocurrió hace años, y era un asunto muy pequeño, apenas digno de un segundo pensamiento, la escritora declaró que había destruido para siempre su confianza en ese hermano. Si la vida de esa hermana no mostrara, al repararla, errores mayores, sería realmente una maravilla, pues la naturaleza humana es muy débil. He tenido y sigo teniendo comunión como hermanos y hermanas con aquellos que han sido culpables de pecados graves, y que incluso ahora no ven sus pecados como Dios los ve. Pero el Señor soporta a estas

personas, y ¿por qué no habría de hacerlo yo? Todavía hará que su Espíritu impresione de tal manera sus corazones que el pecado les parecerá como le pareció a Pablo, sumamente pecaminoso.

Conocemos muy poco nuestros propios corazones, y tenemos muy poco sentido de nuestra propia necesidad de la misericordia de Dios. Por eso apreciamos tan poco esa dulce compasión que Jesús manifiesta hacia nosotros, y que deberíamos manifestar unos hacia otros. Debemos recordar que nuestros hermanos son débiles, mortales errantes, como nosotros mismos. Supongamos que un hermano, por falta de vigilancia, ha sido arrastrado por la tentación y, contrariamente a su conducta general, ha cometido algún error. Aprendemos de la historia bíblica que hombres a quienes Dios había usado para hacer una obra grande y buena cometieron pecados graves. El Señor no los dejó pasar sin reprenderlos, ni desechó a sus siervos. Cuando se arrepintieron, los perdonó bondadosamente, les reveló su presencia y obró a través de ellos. Que los pobres y débiles mortales consideren cuán grande es su propia necesidad de piedad y tolerancia por parte de Dios y de sus hermanos. Cuídense de juzgar y condenar a los demás. Deberíamos prestar atención a la instrucción del apóstol: "Vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". Podemos caer en la tentación, y necesitamos toda la paciencia que estamos llamados a ejercer hacia el ofensor. "Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido".

El apóstol añade una advertencia a los independientes y seguros de sí mismos: "Si alguno se cree ser algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo... Cada uno llevará su propia carga". El que se considera superior en juicio y experiencia a sus hermanos, y desprecia sus consejos y amonestaciones, demuestra que está en un engaño peligroso. El corazón es engañoso. Debe probar su carácter y su vida según la norma bíblica. La Palabra de Dios arroja una luz infalible sobre el camino de la vida del hombre. A pesar de las muchas influencias que surgen para desviar y distraer la mente, los que buscan honestamente la sabiduría de Dios serán guiados por el camino recto. Cada hombre debe al fin valerse por sí mismo o caer, no según la opinión del partido que lo apoya o se opone a él, no según el juicio de ningún hombre, sino según su verdadero carácter a los ojos de Dios. La iglesia puede advertir, aconsejar y amonestar, pero no puede obligar a nadie a tomar el camino recto. El que persiste en hacer caso omiso de la palabra de Dios debe llevar su propia carga, responder a Dios por sí mismo y sufrir las consecuencias de su propio proceder.

El Señor nos ha dado en su palabra instrucciones definidas e inequívocas, mediante cuya obediencia podemos preservar la unión y la armonía en la iglesia. Hermanos y hermanas, ¿están prestando atención a estos mandatos inspirados? ¿Sois lectores de la Biblia y hacedores de la palabra? ¿Os esforzáis por cumplir la oración de Cristo, para que sus seguidores sean uno? "El Dios de la paciencia y de la consolación os conceda ser semejantes los unos a los otros según Cristo Jesús, para que unánimes y unánimes glorifiquéis a Dios". "Por lo demás, hermanos, sed perfectos, tened buen ánimo, sed de un mismo sentir, vivid en paz, y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros."

1 de febrero de 1883

Amor fraternal

EGW

"En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Cuanto más nos parezcamos a nuestro Salvador en carácter, mayor será nuestro amor hacia aquellos por quienes murió. Los cristianos que manifiestan un espíritu de amor desinteresado unos por otros dan un testimonio de Cristo que los incrédulos no pueden refutar ni resistir. Es imposible estimar el poder de tal ejemplo. Nada vencerá con tanto éxito los ardides de Satanás y sus emisarios, nada edificará tanto el reino del Redentor, como el amor de Cristo manifestado por los miembros de la iglesia. La paz y la prosperidad sólo pueden disfrutarse cuando la mansedumbre y el amor están en ejercicio activo.

En su primera Epístola a los Corintios, el apóstol Pablo expone la importancia de ese amor que deben abrigar los seguidores de Cristo: "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y aunque tenga el don de profecía, y entienda todos los misterios y toda la ciencia; y aunque tenga toda la fe, de tal manera que pueda trasladar montañas, y no tenga caridad, nada soy. Y aunque reparta todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, y no tenga caridad, de nada me sirve."

Por elevada que sea su profesión, aquel cuyo corazón no está impregnado de amor a Dios y a sus semejantes, no es discípulo de Cristo. Aunque posea una gran fe, e incluso tenga poder para obrar milagros, sin embargo, sin amor su fe carecería de valor. Podría mostrar una gran liberalidad, pero si por algún otro motivo que no fuera el amor genuino, donara todos sus bienes para alimentar a los pobres, el acto no le merecería el favor de Dios. En su celo podría incluso

encontrar la muerte de un mártir, pero si estuviera desprovisto del oro del amor, sería considerado por Dios como un entusiasta engañado o un hipócrita ambicioso.

El apóstol procede a especificar los frutos del amor: "La caridad sufre mucho y es bondadosa. La caridad no envidia". El amor divino que reina en el corazón extermina el orgullo y el egoísmo. "La caridad no se vanagloria de sí misma, no se envanece". La alegría más pura brota de la humillación más profunda. Los caracteres más fuertes y nobles descansan sobre el fundamento de la paciencia y el amor, y la sumisión confiada a la voluntad de Dios.

La caridad "no se comporta indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa mal". El corazón en el que reina el amor, no se llenará de pasión o venganza, por heridas que el orgullo y el amor propio considerarían insoportables. El amor es desprevenido, y siempre da la interpretación más favorable a los motivos y actos de los demás. El amor nunca expondrá innecesariamente las faltas de los demás. No escucha con avidez los informes desfavorables, sino que más bien trata de traer a la memoria algunas buenas cualidades del difamado.

El amor "no se alegra de la iniquidad, sino de la verdad". Aquel cuyo corazón está imbuido de amor se llena de tristeza por los errores y debilidades de los demás; pero cuando triunfa la verdad, cuando se disipa la nube que oscurecía la justa fama de otro, o cuando se confiesan los pecados y se corrigen los agravios, se regocija.

"Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". El amor no sólo soporta las faltas de los demás, sino que se somete alegremente a cualquier sufrimiento o inconveniente que tal tolerancia haga necesario. Este amor "nunca decae". Nunca puede perder su valor; es el atributo del Cielo. Como un tesoro precioso, será llevado por su poseedor a través de los portales de la ciudad de Dios.

El fruto del Espíritu es amor, alegría y paz. La discordia y la contienda son obra de Satanás y fruto del pecado. Si queremos, como pueblo, gozar de paz y amor, debemos despojarnos de nuestros pecados, debemos entrar en armonía con Dios, y estaremos en armonía unos con otros. Que cada uno se pregunte: ¿Poseo la gracia del amor? ¿He aprendido a sufrir mucho y a ser bondadoso? Los talentos, la erudición y la elocuencia, sin este atributo celestial, serán tan insignificantes como un metal que suena o un címbalo que tintinea. ¡Ay de que

este precioso tesoro sea tan poco valorado y tan poco buscado por muchos que profesan la fe!

Pablo escribe a los Colosenses: "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro; como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas, vestíos de caridad, que es el vínculo de la perfección; y que reine en vuestros corazones la paz de Dios, a la que también habéis sido llamados en un solo cuerpo, y sed agradecidos." "Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios y al Padre por medio de él."

El hecho de que tengamos una obligación tan grande para con Cristo, nos coloca bajo la obligación más sagrada para con aquellos por quienes murió para redimirlos. Debemos manifestar hacia ellos la misma simpatía, la misma tierna compasión y el mismo amor desinteresado que Cristo ha manifestado hacia nosotros. La ambición egoísta, el deseo de supremacía, morirán cuando Cristo tome posesión de los afectos.

Nuestro Salvador enseñó a sus discípulos a rezar: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Aquí se pide una gran bendición con condiciones. Nosotros mismos ponemos estas condiciones. Pedimos que la misericordia de Dios hacia nosotros se mida por la misericordia que extendemos a los demás. Cristo declara que ésta es la regla por la cual el Señor tratará con nosotros: "Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas". Maravillosos términos, pero qué poco se entienden o se tienen en cuenta. Uno de los pecados más comunes, y uno que se asocia con los resultados más perniciosos, es la indulgencia de un espíritu que no perdona. Cuántos abrigan animosidad o venganza, y luego se inclinan ante Dios y piden ser perdonados como ellos perdonan. Sin duda, no pueden tener un verdadero sentido de la importancia de esta oración, o no se atreverían a ponerla en sus labios. Dependemos de la misericordia perdonadora de Dios cada día y cada hora; ¡cómo, entonces, podemos abrigar amargura y malicia hacia nuestros semejantes pecadores! Si en todas sus relaciones diarias los cristianos pusieran en práctica los principios de esta oración, ¡qué bendito cambio se produciría en la Iglesia y en el mundo! Este sería el testimonio más convincente que podría darse de la realidad de la religión bíblica.

Dios exige más de sus seguidores de lo que muchos creen. Si no queremos construir nuestras esperanzas del Cielo sobre una base falsa, debemos aceptar la Biblia tal como se lee, y creer que el Señor quiere decir lo que dice. Él no exige nada de nosotros que no nos dé la gracia de cumplir. No tendremos excusa que ofrecer en el día de Dios si fallamos en alcanzar el estándar establecido ante nosotros en su palabra.

El apóstol nos amonesta: "Que el amor sea sin disimulo. Aborreced lo malo y aferraos a lo bueno. Sed afectuosos unos con otros con amor fraterno; en el honor prefiriéndoos unos a otros". Pablo quiere que distingamos entre el amor puro y desinteresado que es impulsado por el espíritu de Cristo, y el fingimiento sin sentido y engañoso con el que abunda el mundo. Esta vil falsificación ha engañado a muchas almas. Borrará la distinción entre el bien y el mal, estando de acuerdo con el transgresor en lugar de mostrarle fielmente sus errores. Semejante proceder nunca nace de una verdadera amistad. El espíritu que la anima sólo habita en el corazón carnal. Aunque el cristiano sea siempre amable, compasivo y perdonador, no puede sentir armonía con el pecado. Aborrecerá el mal y se aferrará a lo que es bueno, a costa de la asociación o amistad con los impíos. El espíritu de Cristo nos llevará a odiar el pecado, mientras estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio para salvar al pecador.

"Esto, pues, digo y testifico en el Señor: que en adelante no andéis como los otros gentiles, en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, alejados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, a causa de la ceguera de su corazón; los cuales, pasados de sentimiento, se han entregado a la lascivia, para obrar con avaricia toda inmundicia." El apóstol amonesta a sus hermanos, en el nombre y por la autoridad del Señor Jesús, para que después de haber profesado el Evangelio no se comporten como los gentiles, sino que demuestren con su conducta diaria que se han convertido verdaderamente.

"Despojaos de la primera manera de vivir del viejo hombre, que está viciado según los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad". Antes estaban corrompidos, degradados, esclavizados por pasiones lujuriosas; estaban drogados por opiáceos mundanos, cegados, desconcertados y traicionados por las artimañas de Satanás. Ahora que se les había enseñado la verdad tal como es en Jesús, debía producirse un cambio decidido en su vida y en su carácter.

La adhesión de miembros que no han sido renovados en el corazón y reformados en la vida es una fuente de debilidad para la iglesia. A menudo se ignora este hecho. Algunos ministros e iglesias están tan deseosos de asegurar un aumento de números que no dan testimonio fiel contra los hábitos y prácticas anticristianos. A los que aceptan la verdad no se les enseña que no pueden ser mundanos en su conducta mientras son cristianos de nombre. Antes eran súbditos de Satanás; de ahora en adelante han de ser súbditos de Cristo. La vida debe dar testimonio del cambio de líderes. La opinión pública favorece la profesión de cristianismo. Se requiere poca abnegación o sacrificio propio para revestirse de una apariencia de piedad e inscribirse en el libro de la iglesia. De ahí que muchos se unan a la Iglesia sin haberse unido primero a Cristo. En esto triunfa Satanás. Tales convertidos son sus agentes más eficientes. Sirven de señuelo a otras almas. Son luces falsas que atraen a los incautos a la perdición. Es en vano que los hombres traten de hacer el camino del cristiano ancho y agradable para los mundanos. Dios no ha allanado ni ensanchado el escabroso y estrecho camino. Si queremos entrar en la vida, debemos seguir el mismo camino que recorrieron Jesús y sus discípulos: el camino de la humildad, la abnegación y el sacrificio.

(Por concluir.)

8 de febrero de 1883

Amor fraternal

(Concluido.)

EGW

"Sed, pues, seguidores de Dios como hijos amados; y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante." El hombre, por sus malas obras, se alejó de Dios, pero Cristo dio su vida para que todos los que quisieran pudieran ser liberados del pecado y reinstaurados en el favor del Creador. Fue la anticipación de un universo redimido y santo lo que impulsó a Cristo a hacer este gran sacrificio. ¿Hemos aceptado los privilegios tan caramente comprados? ¿Seguimos a Dios como hijos queridos, o somos siervos del príncipe de las tinieblas? ¿Somos adoradores de Jehová o de Baal, del Dios vivo o de los ídolos?

Puede que no haya santuarios exteriores visibles, puede que no haya ninguna imagen sobre la que posar los ojos, y sin embargo podemos estar practicando la idolatría. Es tan fácil hacer un ídolo de ideas u objetos queridos como crear dioses de madera o piedra. Miles de personas tienen una falsa concepción de Dios y de sus atributos. Sirven a un dios falso como lo hacían los siervos de Baal. ¿Estamos adorando al Dios verdadero tal como se revela en su palabra, en Cristo, en la naturaleza, o estamos adorando a algún ídolo filosófico consagrado en su lugar? Dios es un Dios de verdad. La justicia y la misericordia son los atributos de su trono. Es un Dios de amor, de piedad y de tierna compasión. Así está representado en su Hijo, nuestro Salvador. Es un Dios de paciencia y longanimidad. Si tal es el ser a quien adoramos, y a cuyo carácter tratamos de asimilarnos, estamos adorando al Dios verdadero.

Si seguimos a Cristo, sus méritos, que se nos imputan, se presentan ante el Padre como un dulce olor. Y las gracias del carácter de nuestro Salvador, implantadas en nuestros corazones, derramarán a nuestro alrededor una fragancia preciosa. El espíritu de amor, mansedumbre y paciencia, que impregna nuestra vida, tendrá poder para ablandar y someter los corazones duros, y ganar para Cristo a los adversarios acérrimos de la fe.

"Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No mire cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los demás." "Haced todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo."

La vanagloria, la ambición egoísta, es la roca sobre la cual muchas almas han naufragado, y muchas iglesias han quedado impotentes. Los que menos saben de devoción, los que menos se relacionan con Dios, son los que más ansiosamente buscarán el lugar más alto. No tienen conciencia de su debilidad y de sus deficiencias de carácter. A menos que muchos de nuestros jóvenes ministros sientan el poder convertidor de Dios, sus labores serán un obstáculo más que una ayuda para la iglesia. Pueden haber aprendido las doctrinas de Cristo, pero no han aprendido a Cristo. El alma que mira constantemente a Jesús verá su amor abnegado y su profunda humildad, y copiará su ejemplo. El orgullo, la ambición, el engaño, el odio, el egoísmo, deben ser limpiados del corazón. En muchos, estos rasgos malignos están parcialmente dominados, pero no completamente desarraigados del corazón. En circunstancias favorables brotan de nuevo y maduran en rebelión contra Dios. Aquí reside un terrible

peligro. Escatimar cualquier pecado es abrigar un enemigo que sólo espera un momento desprevenido para causar nuestra ruina.

Los ministros deben ver que sus propios corazones sean santificados por medio de la verdad, y luego trabajar para asegurar estos resultados para sus convertidos. Es religión pura lo que necesitan los ministros y el pueblo. Aquellos que apartan la iniquidad de sus corazones y extienden sus manos en ferviente súplica a Dios, recibirán la ayuda que sólo él puede darles. Se ha pagado un rescate por las almas de los hombres, para que tengan la oportunidad de escapar de la esclavitud del pecado y obtener el perdón, la pureza y el cielo. Dios escucha el clamor de los humildes y contritos. Aquellos que frecuentan el trono de la gracia, ofreciendo sinceras y fervientes peticiones de sabiduría y poder divinos, no dejarán de convertirse en siervos activos y útiles de Cristo. Tal vez no posean grandes talentos, pero con humildad de corazón y firme confianza en Jesús, pueden hacer una buena obra llevando almas a Cristo. Pueden alcanzar a los hombres por medio de Dios. Los ministros de Cristo deben sentir siempre que una obra sagrada compromete todas sus almas, sus esfuerzos deben ser para la edificación del cuerpo de Cristo y no para exaltarse ante el pueblo. Y aunque los cristianos deben estimar al ministro fiel como embajador de Cristo, deben evitar toda alabanza del hombre.

"¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? Que muestre de buena conversación sus obras con mansedumbre de sabiduría". Hermanos y hermanas míos, ¿cómo empleáis el don de la palabra? ¿Habéis aprendido a dominar la lengua de tal manera que siempre obedezca a los dictados de una conciencia iluminada y de afectos santos? ¿Está vuestra conversación libre de frivolidad, orgullo y malicia, engaño e impureza? ¿Estás libre de engaño ante Dios? Las palabras ejercen un poder revelador. Satanás, si es posible, mantendrá la lengua activa a su servicio. Por nosotros mismos no podemos controlar el miembro rebelde. La gracia divina es nuestra única esperanza. Aquellos que están estudiando ansiosamente cómo pueden asegurar la preeminencia, deberían estudiar más bien cómo pueden ganar esa sabiduría que es "primeramente pura, después pacífica, amable y fácil de ser tratada, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía". El que tiene a Cristo formado en su interior, la esperanza de gloria, "mostrará por su buena conducta sus obras con mansedumbre de sabiduría."

Pedro exhorta a los creyentes: "Sed todos de un mismo sentir, compadeciéndoos los unos de los otros; amaos como hermanos, tened compasión, sed corteses; no paguéis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario,

benedicid, sabiendo que para esto habéis sido llamados, para que heredéis bendición. Porque el que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño; evite el mal y haga el bien; busque la paz y consígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal."

Cuando el camino recto está tan claramente marcado, ¿por qué no camina en él el profeso pueblo de Dios? ¿Por qué no estudian, oran y se esfuerzan por ser de un mismo sentir? ¿Por qué no tratan de tener compasión los unos por los otros, de amarse como hermanos, en vez de dar mal por mal, y maldición por maldición? ¿Quién no ama la vida y desea días buenos? Sin embargo, cuán pocos cumplen las condiciones de refrenar la lengua del mal y los labios de hablar engaño. Pocos están dispuestos a seguir el ejemplo de mansedumbre y humildad del Salvador. Muchos piden al Señor que los humille, pero no están dispuestos a someterse a la disciplina necesaria. Cuando llega la prueba, cuando sobrevienen las pruebas o incluso los disgustos, el corazón se rebela, y la lengua pronuncia palabras que son como flechas envenenadas o granizo abrasador.

Hablar mal es una doble maldición, que recae más sobre el que habla que sobre el que oye. El que esparce las semillas de la disensión y de la contienda, cosecha en su propia alma los frutos mortales. ¡Cuán miserable es el que cuenta historias, el que conjetura el mal! Es ajeno a la verdadera felicidad.

"Bienaventurados los pacificadores". La gracia y la paz descansan sobre aquellos que rehúsan unirse a la contienda de lenguas. Cuando los vendedores de escándalos pasan de familia en familia, los que temen a Dios serán castos guardianes en casa. El tiempo que tan a menudo se pierde en chismes ociosos, frívolos y maliciosos, debería dedicarse a objetivos más elevados y nobles. Si los que profesan seguir a Jesús se convirtieran en verdaderos misioneros de Dios, visitando a los enfermos y afligidos, y trabajando paciente y bondadosamente por los descarriados-en pocas palabras, si copiaran el Modelo-la iglesia tendría prosperidad en todos sus confines.

El pecado de hablar mal comienza con la tenencia de malos pensamientos. La astucia incluye la impureza en todas sus formas. Un pensamiento impuro tolerado, un deseo impío acariciado, y el alma es contaminada, su integridad comprometida. "Entonces, concebida la concupiscencia, da a luz el pecado; y el pecado, consumado, da a luz la muerte". Si no queremos cometer pecado, debemos rehuir sus mismos comienzos. Toda emoción y todo deseo deben

sujetarse a la razón y a la conciencia. Todo pensamiento impío debe ser repelido instantáneamente. A vuestro armario, seguidores de Cristo. Orad con fe y con todo el corazón. Satanás está vigilando para atrapar vuestros pies. Debéis tener ayuda de lo alto si queréis escapar de sus artimañas.

Por la fe y la oración todos pueden cumplir los requisitos del Evangelio. Ningún hombre puede ser obligado a transgredir. Su propio consentimiento debe ser obtenido primero; el alma debe proponerse el acto pecaminoso, antes de que la pasión pueda dominar sobre la razón, o la iniquidad triunfar sobre la conciencia. La tentación, por fuerte que sea, nunca es excusa para pecar. "Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos están abiertos a sus oraciones". Clama al Señor, alma tentada. Échate, indefensa, indigna, sobre Jesús, y reclama esta misma promesa. El Señor te escuchará. Él sabe cuán fuertes son las inclinaciones del corazón natural, y ayudará en todo tiempo de tentación.

¿Has caído en pecado? Entonces busca sin demora la misericordia y el perdón de Dios. Cuando David fue condenado por su pecado, derramó su alma en penitencia y humillación ante Dios. Sintió que podía soportar la pérdida de su corona, pero no podía verse privado del favor de Dios. La misericordia sigue extendiéndose al pecador. El Señor nos llama en todos nuestros extravíos: "Volveos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeldías". La bendición de Dios puede ser nuestra, si escuchamos la voz suplicante de su Espíritu. "Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen".

15 de febrero de 1883

El amor de Cristo

EGW

Oh, ¿hubo alguna vez sufrimiento y pena como los que soportó el Salvador moribundo? Fue la sensación del desagrado de su Padre lo que hizo tan amargo su cáliz. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan rápidamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso aplastante de los pecados del mundo, y el sentido de la ira de su Padre lo que rompió su corazón. La gloria y la presencia sustentadora del Padre le habían abandonado, y la desesperación presionó su aplastante peso de oscuridad sobre él, y forzó a sus labios pálidos y temblorosos a lanzar el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Jesús se había unido al Padre para hacer el mundo. En medio de los sufrimientos agonizantes del Hijo de Dios, sólo los hombres ciegos e ilusos permanecen insensibles. Los sumos sacerdotes y los ancianos vilipendian al amado Hijo de Dios mientras agoniza. Sin embargo, la naturaleza inanimada gime en simpatía con su Autor sangrante y moribundo. La tierra tiembla. El sol se niega a contemplar la escena. Los cielos se ennegrecen. Los ángeles han presenciado la escena de sufrimiento hasta que ya no pueden mirar más y ocultan sus rostros ante el horrible espectáculo. Cristo está desesperado. Se está muriendo. La sonrisa de aprobación de su Padre se ha borrado, y no se permite a los ángeles iluminar la penumbra de la hora terrible. Sólo podían contemplar con asombro a su amado Comandante sufriendo el castigo de la transgresión del hombre a la ley del Padre.

Incluso las dudas asaltaron al agonizante Hijo de Dios. No podía ver a través de los portales de la tumba. La esperanza luminosa no le presentaba su salida de la tumba como vencedor, y la aceptación de su sacrificio por parte de su Padre. El pecado del mundo, con toda su terribilidad, fue sentido hasta el extremo por el Hijo de Dios. El disgusto del Padre por el pecado y su castigo, que era la muerte, fue todo lo que pudo comprender a través de esta sorprendente oscuridad. Tuvo la tentación de temer que el pecado fuera tan ofensivo a los ojos de su Padre que no pudiera reconciliarse con su Hijo. La feroz tentación de que su propio Padre le había abandonado para siempre, provocó aquel grito desgarrador desde la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Cristo sintió lo mismo que sentirán los pecadores cuando se derramen sobre ellos las copas de la ira de Dios. Una negra desesperación, como un manto de muerte, se cernirá sobre sus almas culpables, y entonces comprenderán en toda su extensión la maldad del pecado. La salvación ha sido comprada para ellos por el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios. Podría ser suya si la aceptaran de buena gana, con gusto; pero nadie está obligado a rendir obediencia a la ley de Dios. Si rechazan el beneficio celestial, si eligen los placeres y el engaño del pecado, pueden hacer su elección, y al final recibir su paga, que es la ira de Dios y la muerte eterna. Estarán separados para siempre de la presencia de Jesús, cuyo sacrificio habían despreciado. Habrán perdido una vida de felicidad, y sacrificado la gloria eterna por los placeres del pecado por una temporada.

La fe y la esperanza temblaron en las agonías expirantes de Cristo, porque Dios había suprimido la seguridad que hasta entonces había dado a su amado Hijo de su aprobación y aceptación. El Redentor del mundo se apoyaba entonces en las pruebas que hasta entonces le habían fortalecido, de que su Padre aceptaba sus

trabajos y se complacía en su obra. En su agonía, al entregar su preciosa vida, sólo tiene que confiar por la fe en Aquel a quien siempre se ha alegrado de obedecer. No es animado con claros y brillantes rayos de esperanza ni a la derecha ni a la izquierda. Todo está envuelto en una opresiva penumbra. En medio de la espantosa oscuridad que siente incluso la naturaleza compasiva, el Redentor apura la misteriosa copa hasta sus heces. Negada incluso la brillante esperanza y la confianza en el triunfo que será suyo en un futuro próximo, clama a gran voz: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu." Conoce el carácter de su Padre, su justicia, su misericordia y su gran amor. En sumisión se deja caer en las manos de su Padre. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados espectadores oyen las últimas palabras del Hombre del Calvario: "Consumado es".

La naturaleza se compadeció de los sufrimientos de su Autor. El temblor de la tierra, el desgarramiento de las rocas y la terrible oscuridad proclamaron que era el Hijo de Dios quien había muerto. Hubo un gran terremoto. El velo del templo se rasgó en dos. El terror se apoderó de los verdugos y de los espectadores al ver el sol cubierto de tinieblas, al sentir temblar la tierra bajo sus pies y al ver y oír el desgarramiento de las rocas. Las burlas y mofas de los sumos sacerdotes y de los ancianos se acallaron cuando Cristo encomendó su espíritu a las manos de su Padre. La muchedumbre atónita empezó a retirarse y a caminar a tientas en la oscuridad hacia la ciudad. Se golpeaban el pecho mientras avanzaban, y aterrorizados, hablando apenas en susurros, decían entre sí: "Es un inocente el que ha sido asesinado. ¿Y si es, como ha afirmado, el Hijo de Dios?"

Jesús no entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y exclamó con su aliento de partida: "¡Consumado es!" Satanás fue entonces derrotado. Supo que su reino estaba perdido. Los ángeles se regocijaron cuando se pronunciaron las palabras: "Consumado es". El gran plan de la redención, que dependía de la muerte de Cristo, se había cumplido hasta entonces. Y hubo gozo en el Cielo de que los hijos de Adán pudieran, mediante una vida de obediencia, ser finalmente exaltados al trono de Dios. Oh, qué amor! ¡qué amor tan asombroso! que trajo al Hijo de Dios a la tierra para ser hecho pecado por nosotros, para que pudiéramos ser reconciliados con Dios, y elevados a una vida con él en sus mansiones en la gloria. ¿Y qué es el hombre para que se pague tal precio por su redención?

Cuando los hombres y las mujeres puedan comprender más plenamente la magnitud del gran sacrificio que hizo la Majestad del Cielo al morir en lugar

del hombre, entonces se magnificará el plan de salvación, y las reflexiones sobre el Calvario despertarán emociones sagradas y vivas en el corazón del cristiano. Las alabanzas a Dios y al Cordero estarán en sus corazones y en sus labios. El orgullo y el culto propio no pueden florecer en los corazones que conservan frescas en la memoria las escenas del Calvario. Este mundo parecerá de poco valor a los que aprecian el gran precio de la redención del hombre.

Todas las riquezas del mundo no son suficientes para redimir un alma que perece. ¿Quién puede medir el amor que Cristo sintió por un mundo perdido, mientras colgaba de la cruz, sufriendo por los pecados de los hombres culpables? Este amor era inconmensurable, infinito.

Cristo demostró que su amor era más fuerte que la muerte. Incluso cuando sufría los más terribles conflictos con los poderes de las tinieblas, su amor por los pecadores que perecían aumentaba. Soportó los ocultamientos del rostro de su Padre, hasta que fue llevado a exclamar en la amargura de su alma: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Su brazo trajo la salvación. El precio se pagó para comprar la redención del hombre, cuando, en la última lucha del alma, se pronunciaron las benditas palabras, que parecían resonar por toda la creación: "Consumado es."

Muchos que profesan ser cristianos se entusiasman por las empresas mundanas, y su interés se despierta por nuevas y excitantes diversiones, mientras que son fríos de corazón, y parecen como congelados en la causa de Dios. Pero aquí hay un tema, pobre formalista, que es de suficiente importancia para excitarte. Aquí están en juego intereses eternos. Las escenas del Calvario exigen las emociones más profundas. Sobre este tema serás excusable si manifiestas entusiasmo. Que Cristo, tan excelente, tan inocente, sufriera una muerte tan dolorosa, cargando con el peso de los pecados del mundo, nuestros pensamientos y nuestra imaginación nunca podrán alcanzar plenamente, para que podamos comprender la longitud, la anchura, la altura y la profundidad, de tan asombroso amor. La contemplación del incomparable amor del Salvador, debe llenar y absorber la mente, tocar y derretir el alma, refinar y elevar los afectos, y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado". Y podemos mirar hacia el Calvario, y exclamar también: "Dios me libre de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo." Considerando a qué inmenso costo ha sido comprada nuestra salvación, ¿cuál será la porción de aquellos que descuidan tan grande salvación? ¿Cuál será el castigo de los que profesan ser seguidores de

Cristo y, sin embargo, no se inclinan en humilde obediencia a las demandas de su Redentor, y no toman la cruz, como humildes discípulos de Cristo?

Algunos tienen una visión limitada de la expiación. Piensan que Cristo sufrió sólo una pequeña porción del castigo de la ley de Dios, y que mientras la ira de Dios era sentida por su amado Hijo, suponen que tuvo, a través de todos sus dolorosos sufrimientos, la evidencia del amor y aceptación de su Padre, y que los portales de la tumba ante él estaban iluminados con brillante esperanza. Aquí hay un gran error. La angustia más aguda de Cristo era la sensación del desagrado de su Padre. Su agonía mental a causa de esto fue de tal intensidad que el hombre sólo puede tener una débil concepción de ella.

Para muchos, la historia de la humillación y del sacrificio de nuestro divino Señor no conmueve más el alma ni afecta más la vida, ni despierta un interés más profundo que leer la muerte de los mártires de Jesús. Muchos han sufrido la muerte por lentas torturas. Otros han sufrido la muerte por crucifixión. ¿En qué difiere de éstas la muerte del amado Hijo de Dios? Es cierto que murió en la cruz de la manera más cruel; sin embargo, otros por su causa han sufrido igualmente, en lo que se refiere a la tortura corporal. ¿Por qué, entonces, el sufrimiento de Cristo fue más espantoso que el de otras personas que han entregado sus vidas por su causa? Si los sufrimientos de Cristo consistieran sólo en el dolor físico, entonces su muerte no fue más dolorosa que la de algunos de los mártires.

Pero el dolor corporal era sólo una pequeña parte de la agonía del querido Hijo de Dios. Los pecados del mundo estaban sobre él, y también el sentido de la ira de su Padre mientras sufría el castigo de la ley. Fueron éstos los que aplastaron su alma divina. Fue el ocultamiento del rostro de su Padre, la sensación de que su propio Padre querido le había abandonado, lo que trajo la desesperación. La separación que el pecado hace entre Dios y el hombre fue plenamente comprendida y vivamente sentida por el inocente y sufriente Hombre del Calvario. Estaba oprimido por los poderes de las tinieblas. No tenía ni un rayo de luz para iluminar el futuro. Y luchaba contra el poder de Satanás, que declaraba que Cristo estaba en sus manos, y que era superior en fuerza al Hijo de Dios, que Dios había repudiado a su Hijo, y que ya no gozaba del favor de Dios más que él. Si, en efecto, seguía gozando del favor de Dios, ¿por qué tenía que morir? Dios podía salvarle de la muerte.

Cristo no cedió en lo más mínimo ante el enemigo torturador, ni siquiera en su más amarga angustia. Legiones de ángeles malignos rodeaban al Hijo de Dios;

sin embargo, se ordenó a los santos ángeles que no rompieran sus filas ni entraran en conflicto con el enemigo burlón e injuriador. No se permitió que los ángeles celestiales ministraran al angustiado espíritu del Hijo de Dios. Fue en esta terrible hora de oscuridad, el rostro de su Padre oculto, legiones de ángeles malignos cubriéndole, los pecados del mundo sobre él, cuando las palabras fueron arrancadas de sus labios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Debemos tener una visión más amplia y profunda de la vida, los sufrimientos y la muerte del amado Hijo de Dios. Cuando la expiación se considere correctamente, la salvación de las almas tendrá un valor infinito. En comparación con la empresa de la vida eterna, cualquier otra se hunde en la insignificancia. Pero cómo han sido despreciados por muchos los consejos de este amoroso Salvador. Las devociones del corazón han sido para el mundo, y los intereses egoístas han cerrado la puerta contra el Hijo de Dios. La hueca hipocresía y el orgullo, el egoísmo y la ganancia, la envidia, la malicia y la pasión, han llenado de tal manera los corazones de muchos que Cristo no puede tener cabida.

Era eternamente rico, "pero por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos". Estaba revestido de luz y gloria, rodeado de huestes de ángeles celestiales que esperaban para ejecutar sus órdenes. Sin embargo, se revistió de nuestra naturaleza y vino a habitar entre los hombres pecadores. "Mirad qué amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios". He aquí un amor que ningún lenguaje puede expresar. Nuestras almas deben ser vivificadas, elevadas y embelesadas con el tema del amor del Padre y del Hijo. "Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Los seguidores de Cristo deberían aprender aquí a reflejar en cierto grado ese amor misterioso preparatorio para unirse a todos los redimidos en atribuir "Bendiciones, y honor, y gloria, y poder al que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos."

22 de marzo de 1883

El engaño de las riquezas

EGW

Algunos que profesan creer en la verdad carecen de discernimiento y no aprecian el valor moral. Las personas que se jactan mucho de su fidelidad a la causa, y hablan como si creyeran saber todo lo que vale la pena saber, no son

humildes de corazón. Pueden tener propiedades, y esto es suficiente para darles influencia con algunos, pero no los elevará ni un ápice en el favor de Dios. El dinero tiene poder y ejerce una poderosa influencia. La excelencia de carácter y el valor moral son a menudo pasados por alto, si los posee el hombre pobre. Pero, ¿qué le importa a Dios el dinero, la propiedad? El ganado sobre mil colinas es suyo. Suyo es el mundo y todo lo que hay en él. Los habitantes de la tierra son como saltamontes ante él. Los hombres y los bienes son como el polvo de la balanza. No hace acepción de personas.

Los hombres de propiedad a menudo miran su riqueza y dicen: "Por mi sabiduría he conseguido esta riqueza". Pero, ¿quién les ha dado poder para conseguir riquezas? Dios les ha concedido la capacidad que poseen, pero en vez de darle la gloria se la atribuyen a sí mismos. Él los probará y los pondrá a prueba, y hará que su glorificación caiga por tierra; les quitará su fuerza y esparcirá sus posesiones. En lugar de una bendición, realizarán una maldición. Un acto de maldad u opresión, una desviación del camino recto, no debe tolerarse antes en un hombre que posee bienes que en uno que no los tiene. Todas las riquezas que el más rico haya poseído jamás no tienen valor suficiente para cubrir el menor pecado ante Dios; no serán aceptadas como rescate de la transgresión. Sólo el arrepentimiento, la verdadera humildad, un corazón quebrantado y un espíritu contrito serán aceptados por Dios. Y ningún hombre puede tener verdadera humildad ante Dios a menos que la misma sea ejemplificada ante los demás. Nada menos que el arrepentimiento, la confesión y el abandono del pecado es aceptable para Dios.

Muchos hombres ricos han obtenido sus riquezas por medio de tratos estrechos, favoreciéndose a sí mismos y perjudicando a sus semejantes más pobres, o a sus hermanos; y estos mismos hombres se glorían de su astucia y agudeza en el trato. Pero la maldición de Dios caerá sobre cada dólar así obtenido, y sobre el aumento de él en sus manos. Considera la fuerza de las palabras de nuestro Salvador: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios". Los que tienen la capacidad de adquirir bienes deben estar siempre vigilantes, pues, de lo contrario, sacarán mal partido de su afán adquisitivo. Así, muchos caen en la tentación, se extralimitan, reciben por una cosa más de lo que vale y sacrifican los principios generosos, benévolos y nobles de su hombría por sórdidas ganancias.

Muchos que profesan ser seguidores de Cristo, aman tanto al mundo y las cosas que hay en el mundo, que han sido corrompidos por su espíritu e influencia; lo divino ha desaparecido de sus caracteres, y lo satánico se ha introducido,

transformándolos para servir a los propósitos de Satanás, para ser instrumentos de injusticia. Luego, en contraste con estos hombres, están los pobres laboriosos y honrados, que están dispuestos a ayudar a los que necesitan ayuda, que preferirían sufrir las desventajas de sus hermanos ricos antes que manifestar un espíritu tan cerrado y adquisitivo como el que ellos manifiestan; hombres que estiman que una conciencia limpia y el derecho, incluso en las cosas pequeñas, tienen más valor que las riquezas. Están tan dispuestos a ayudar a los demás, tan deseosos de hacer todo el bien que esté en su mano, que no acumulan riquezas; sus posesiones terrenales no aumentan. Si hay un objeto benévolo que requiera medios o trabajo, son los primeros en interesarse y responder a él, y con frecuencia hacen mucho más de lo que realmente pueden, negándose así a sí mismos algún bien necesario, para llevar a cabo sus propósitos benévolos.

Debido a que estos hombres no pueden jactarse sino de pocos tesoros terrenales, pueden ser considerados como deficientes en capacidad, en juicio y en sabiduría. Puede que no se les considere de ningún valor especial, y que su influencia no sea estimada por los hombres; sin embargo, ¿cómo considera Dios a estos pobres sabios? Son considerados preciosos a sus ojos, y aunque no aumentan su tesoro en la tierra, están acumulando para sí mismos un tesoro incorruptible en los cielos, y al hacer esto manifiestan una sabiduría tan superior a la del sabio, calculador y adquisitivo cristiano profeso, como lo divino y semejante a Dios es superior a lo terrenal, carnal y satánico. Es el valor moral lo que Dios valora. Un carácter cristiano sin mancha de avaricia, que posea quietud, mansedumbre y humildad, es más precioso a sus ojos que el oro más fino, incluso que la cuña de oro de Ofir.

Los hombres ricos van a ser probados más de cerca de lo que jamás lo han sido. Si resisten la prueba y superan las manchas en su carácter, y como fieles mayordomos de Cristo rinden a Dios las cosas que son suyas, se les dirá: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor."

Recordad la parábola del administrador injusto: "Y yo os digo: Haced amigos de las riquezas injustas, para que cuando faltéis, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Por tanto, si no fuisteis fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si no habéis sido fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo propio?".

Si los hombres no rinden a Dios lo que les ha prestado para que lo usen para su gloria, y así le roban, cometerán un completo fracaso. Él les ha prestado medios que pueden mejorar sin perder ninguna oportunidad de hacer el bien, y así pueden estar constantemente acumulando tesoros en el Cielo. Pero si, como el hombre que tenía un talento, lo esconden, temiendo que Dios obtenga lo que su talento gana, no sólo perderán el aumento que finalmente se otorgará al mayordomo fiel, sino también el capital que Dios les dio para trabajar. Por haber robado a Dios, no habrán acumulado tesoro en el Cielo, y pierden también su tesoro terrenal. No tienen morada en la tierra, ni Amigo en el Cielo que los reciba en la morada eterna de los justos.

Cristo declara: "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas". "También los fariseos, que eran avaros, oyeron todas estas cosas, y se burlaban de él". Fijaos en las palabras que les dirigió Cristo: "Vosotros sois los que os justificáis ante los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es de gran estima entre los hombres [que son las riquezas adquiridas por opresión, por engaño, por extralimitación, por fraude o de cualquier otra manera deshonesto] es abominación a los ojos de Dios." Luego Cristo presenta a los dos personajes, el hombre rico que estaba vestido de púrpura y lino fino, y que se alimentaba suntuosamente todos los días, y Lázaro, que estaba en una pobreza abyecta, y repugnante a la vista, y que mendigaba las pocas migajas que el hombre rico despreciaba. Nuestro Salvador muestra su estimación de los dos. Aunque Lázaro estaba en una condición tan deplorable y mezquina, tenía verdadera fe, verdadero valor moral, que Dios vio, y que consideró de tan gran valor que tomó a este pobre y despreciado sufriente, y lo colocó en la posición más exaltada, mientras que el honrado y rico hombre rico amante de la facilidad fue expulsado de la presencia de Dios, y sumido en la miseria y la desdicha indecible. Dios no valoró las riquezas de este hombre rico, porque no tenía verdadero valor moral. Su carácter carecía de valor. Sus riquezas no lo recomendaban a Dios, ni tenían influencia alguna para obtener su favor.

Con esta parábola, Cristo quería enseñar a sus discípulos a no juzgar ni valorar a los hombres por sus riquezas o por los honores que recibían de los demás. Tal era el proceder de los fariseos, que, aunque poseían riquezas y honores mundanos, carecían de valor a los ojos de Dios; y más aún, eran despreciados y rechazados por él, expulsados de su vista como repugnantes para él, porque no había en ellos valor moral ni solidez. Eran corruptos, pecaminosos y abominables a sus ojos. El pobre hombre, despreciado por sus compañeros

mortales y repugnante a sus ojos, era valioso a los ojos de Dios porque poseía solidez moral y valor, calificándolo así para ser introducido en la sociedad de los refinados y santos ángeles, y para ser heredero de Dios y coheredero con Cristo.

En el encargo de Pablo a Timoteo, le advierte de una clase que no acepta las palabras sanas y que valora erróneamente las riquezas. Dice: "Si alguno enseña otra cosa, y no se aviene a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, es soberbio, que nada sabe, sino que se entretiene en cuestiones y disputas de palabras, de donde nacen envidias, contiendas, discusiones, malas conjeturas, perversas disputas de hombres de mente corrompida y destituidos de la verdad, que piensan que la ganancia es piedad. Apártate de los tales. Pero la piedad con contentamiento es gran ganancia. Porque nada hemos traído a este mundo, y es seguro que nada podremos sacar. Y teniendo alimento y vestido, estemos contentos con ello. Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas; y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual también has sido llamado, y has profesado buena profesión delante de muchos testigos." "Encomienda a los que son ricos en este mundo, que no sean altivos, ni confíen en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos; que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, prontos para repartir, dispuestos a comunicar; acumulando para sí un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de que echen mano de la vida eterna."

En esta carta a Timoteo, Pablo quiere grabar en su mente la necesidad de dar tal instrucción que elimine el engaño que tan fácilmente roba a los ricos, de que debido a sus riquezas son superiores a los que están en la pobreza; que debido a su capacidad de adquirir son superiores en sabiduría y juicio-en resumen, que la ganancia es piedad. He aquí un terrible engaño. ¡Cuán pocos prestan atención a la acusación que Pablo encargó a Timoteo que hiciera a los ricos! ¡Cuántos se halagan a sí mismos pensando que sus adquisiciones son piedad! Pablo declara: "La piedad con contentamiento es gran ganancia". Aunque las personas ricas dediquen toda su vida al único objeto de enriquecerse, como no trajeron nada al mundo, no pueden sacar nada. Deben morir y dejar lo que tanto trabajo les costó

obtener. Apostaron todo, su interés eterno, para obtener esta propiedad, y han perdido ambos mundos.

Pablo muestra los riesgos que corren los hombres para enriquecerse. Pero muchos están decididos a ser ricos; éste es su estudio; y en su afán pasan por alto las consideraciones eternas. Están cegados por Satanás, y se hacen creer que es por buenos propósitos que desean esta ganancia; tuercen sus conciencias, se engañan a sí mismos, y están constantemente codiciando riquezas. Los tales se han extraviado de la fe, y se han traspasado a sí mismos con muchas penas. Han sacrificado sus nobles y elevados principios, han renunciado a su fe por las riquezas, y si no se han visto defraudados en su objetivo, se han visto defraudados en la felicidad que suponían que les proporcionarían las riquezas. Están enredados, perplejos de cuidados; se han hecho esclavos de su avaricia, y han obligado a sus familias a soportar la misma esclavitud, y las ventajas que cosechan son "muchos dolores." "Encarga a los que son ricos en este mundo que no sean altaneros, ni confíen en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da ricamente todas las cosas para que las disfrutemos."

5 de abril de 1883

El triunfo de Cristo por nosotros

EGW

En el nacimiento de Cristo, Satanás vio las llanuras de Belén iluminadas con la brillante gloria de una multitud de ángeles celestiales. Oyó su cántico: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres". El príncipe de las tinieblas vio a los asombrados pastores llenos de temor al contemplar las llanuras iluminadas. Temblaban ante las exhibiciones de desconcertante gloria que parecían penetrar en sus sentidos. El propio jefe rebelde tembló ante la proclamación del ángel a los pastores: "No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor". Había tenido mucho éxito en idear un plan para arruinar a los hombres, y se había vuelto audaz y poderoso. Había controlado las mentes y los cuerpos de los hombres desde Adán hasta la primera aparición de Cristo. Pero ahora Satanás estaba preocupado y alarmado por su reino y su vida.

Satanás sabía que el canto de los mensajeros celestiales proclamando el advenimiento del Salvador a un mundo caído, y la alegría expresada por este gran acontecimiento, no presagiaban nada bueno para él. Oscuros

presentimientos se despertaron en su mente en cuanto a la influencia que este advenimiento al mundo tendría sobre su reino. Se preguntaba si no sería éste el que le disputaría su poder y derrocaría su reino. Consideró a Cristo desde su nacimiento como su rival. Incitó la envidia y los celos de Herodes para que destruyera a Cristo, insinuándole que su poder y su reino iban a ser entregados a este nuevo rey. Satanás imbuyó a Herodes de los mismos sentimientos y temores que perturbaban su propia mente. Inspiró la mente corrupta de Herodes para que matara a todos los niños de Belén que tuvieran dos años o menos, plan que pensó que tendría éxito en librar a la tierra del rey niño.

Pero contra sus planes, Satanás ve actuar un poder superior. Ángeles de Dios protegieron la vida del niño Redentor. A José se le advirtió en sueños que huyera a Egipto, para que en tierra pagana encontrara asilo el Redentor del mundo. Satanás lo siguió de la infancia a la niñez, y de la niñez a la edad adulta, inventando medios y maneras para desviarlo de su lealtad a Dios, y vencerlo con sus sutiles tentaciones. La pureza inmaculada de la infancia, juventud y madurez de Cristo, que Satanás no podía manchar, le molestaba sobremanera. Todos sus dardos y flechas de tentación cayeron inofensivos ante el Hijo de Dios. Y cuando descubrió que todas sus tentaciones no lograban apartar a Cristo de su firme integridad ni mancillar la pureza inmaculada del joven galileo, quedó perplejo y enfurecido. Consideró a este joven como un enemigo al que debía temer y temer.

Que hubiera alguien que caminara sobre la tierra con poder moral para resistir todas sus tentaciones, que resistiera todos sus atractivos sobornos para seducirlo al pecado, y sobre quien no pudiera obtener ventaja alguna para separarse de Dios, irritaba y enfurecía su satánica majestad.

La niñez, la juventud y la madurez de Juan, que vino con el espíritu y el poder de Elías para realizar una obra especial en la preparación del camino para el Redentor del mundo, estuvieron marcadas por la firmeza y el poder moral. Satanás no podía conmovir su integridad. Cuando se oyó la voz de este profeta en el desierto: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas", Satanás temió por su reino. Sintió que la voz, que sonaba como trompeta en el desierto, hacía temblar a los pecadores que estaban bajo su control. Vio que su poder sobre muchos se había quebrantado. La pecaminosidad del pecado se reveló de tal manera que los hombres se alarmaron; y algunos, por el arrepentimiento de sus pecados, hallaron el favor de Dios, y obtuvieron poder moral para resistir sus tentaciones.

Estaba en tierra en el momento en que Cristo se presentó a Juan para ser bautizado. Oyó la voz majestuosa que resonaba en el Cielo y se propagaba por la tierra como un trueno. Vio los relámpagos brillar desde los cielos sin nubes, y oyó las terribles palabras de Jehová: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." Vio el resplandor de la gloria del Padre cubriendo con su sombra la figura de Jesús, señalando así en aquella muchedumbre a Aquel a quien reconocía como su Hijo con inequívoca seguridad. Las circunstancias relacionadas con esta escena bautismal habían despertado el odio más intenso en el pecho de Satanás. Sabía entonces con certeza que, a menos que pudiera vencer a Cristo, de allí en adelante habría una limitación de su poder. Comprendió que la comunicación del trono de Dios significaba que el Cielo era más directamente accesible al hombre.

Como Satanás había conducido al hombre al pecado, esperaba que el aborrecimiento de Dios por el pecado lo separaría para siempre del hombre, y rompería el vínculo de unión entre el Cielo y la tierra. La apertura de los cielos, unida a la voz de Dios dirigiéndose a su Hijo, fue como un toque de difuntos para Satanás. Satanás temía que Dios uniera ahora más plenamente al hombre consigo mismo y le diera poder para vencer sus artimañas. Y con este fin Cristo había venido de las cortes reales a la tierra. Satanás conocía bien la posición de honor que Cristo había ocupado en el Cielo como Hijo de Dios, el amado del Padre. Y el hecho de que dejara el Cielo y viniera a este mundo como hombre, le llenaba de aprensión por su seguridad. No podía comprender el misterio de este gran sacrificio en beneficio del hombre caído. Sabía que el valor del Cielo excedía con mucho la previsión y la apreciación del hombre caído. Sabía que los tesoros más costosos del mundo no se compararían con su valor. Como había perdido por su rebelión todas las riquezas y las glorias puras del Cielo, estaba decidido a vengarse haciendo que tantos como pudiera infravaloraran el Cielo y pusieran sus afectos en los tesoros terrenales.

Era incomprensible para el alma egoísta de Satanás que pudiera existir una benevolencia y un amor por la raza engañada tan grandes como para inducir al Príncipe del Cielo a abandonar su hogar y venir a un mundo manchado por el pecado y abrasado por la maldición. Tenía un conocimiento del valor inestimable de las riquezas eternas que el hombre no tenía. Había experimentado la satisfacción pura, la paz, la santidad exaltada y las alegrías sin paliativos de la morada celestial. Había comprendido, antes de su rebelión, la satisfacción de la plena aprobación de Dios. Antes había apreciado plenamente la gloria que envolvía al Padre, y sabía que su poder no tenía límites.

Satanás sabía lo que había perdido. Ahora temía que su imperio sobre el mundo iba a ser impugnado, su derecho disputado y su poder quebrantado. Sabía, por medio de la profecía, que se había predicho un Salvador, y que su reino no se establecería en triunfo terrenal y con honor y ostentación mundanos. Sabía que las antiguas profecías predecían un reino que el Príncipe del Cielo establecería sobre la tierra, que reclamaba como su dominio. Este reino abarcaría todos los reinos del mundo, y entonces su poder y su gloria cesarían, y él recibiría su retribución por los pecados que había introducido en el mundo, y por la miseria que había traído sobre el hombre. Sabía que todo lo que concernía a su prosperidad estaba pendiente de su éxito o fracaso en vencer a Cristo con sus tentaciones en el desierto. Hizo valer sobre Cristo todos los artificios y la fuerza de sus poderosas tentaciones para apartarlo de su lealtad.

Es imposible que el hombre conozca la fuerza de las tentaciones de Satanás al Hijo de Dios. Cada tentación que parece tan aflictiva para el hombre en su vida diaria, tan difícil de resistir y vencer, fue ejercida sobre el Hijo de Dios en un grado tanto mayor cuanto su excelencia de carácter era superior a la del hombre caído.

Cristo fue tentado en todo según nuestra semejanza. Como representante del hombre, soportó la prueba más dura y la prueba de Dios. Se enfrentó a la fuerza más poderosa de Satanás. Sus tentaciones más astutas Cristo ha probado y vencido en nombre del hombre. Es imposible que el hombre sea tentado por encima de lo que es capaz de soportar mientras confía en Jesús, el Conquistador infinito.

5 de abril de 1883

Convocatorias a las reuniones de los campamentos

EGW

Del Territorio de Washington y del Este llegan peticiones urgentes para que asista a las reuniones del campamento. Me veo obligado a decir que no puedo asistir a las reuniones del campamento esta temporada, ni en el este ni en el oeste. Ahora estoy ocupado en importantes escritos que he estado tratando de realizar durante seis años. Año tras año he interrumpido este trabajo para asistir a las reuniones del campamento. En estas reuniones he sentido la condición de nuestro pueblo y he trabajado muy seriamente en su favor, sin escatimar esfuerzos. Cuando terminé la ronda de las reuniones campestres, me encontré tan agotado y exhausto que no pude dedicarme a escribir con éxito.

Los dos últimos veranos estuve muy cerca de las puertas de la muerte, y como sentía que podía complacer al Señor dejarme descansar en la tumba, lamenté muy dolorosamente no haber terminado mis escritos. La providencia de Dios me ha perdonado la vida y me ha devuelto la salud. Doy gracias al Señor por su misericordia y su bondad para conmigo. Me he sentido dispuesto a ir al este o al oeste, si se me aclaraba mi deber; pero en respuesta a mi oración: "Señor, ¿qué quieres que haga?", me llega la respuesta: "Descansa en paz hasta que el Señor te ordene partir."

No he estado ocioso. Desde que el Señor me levantó en la reunión campestre de Healdsburg, he visitado Santa Rosa, Oakland, San Francisco, Petaluma, Forestville y Ukiah, y he trabajado en Healdsburg, hablando con frecuencia el sábado y el domingo por la noche. En cuatro semanas di diez discursos, viajé doscientas millas y escribí doscientas páginas. Esto fue demasiado para mis fuerzas. Después de trabajar sábado y domingo, no pude escribir el lunes. Estaba cansado de todo mi trabajo. Ahora sólo hablo una vez por semana y puedo escribir mucho más.

Mis hermanos que me instan a asistir a las reuniones campestres y a visitarlos me preguntan ansiosamente: ¿Cuándo tendremos el Vol. 4, Espíritu de Profecía? Ahora puedo responderles: En unas pocas semanas mi trabajo en este libro estará terminado. Pero hay otras obras importantes que requieren mi atención tan pronto como éste esté terminado. Ya tengo más de cincuenta años. No ignoráis la manera en que he trabajado entre vosotros. He agotado al máximo mis fuerzas físicas y mentales, y no puedo creer que aún me queden muchos años de trabajo. Puedo caer en mi puesto en cualquier momento. Mientras tenga capacidad física y mental, haré el trabajo que más necesite nuestro pueblo. El Señor me ha proporcionado buenos ayudantes. Cuando he viajado, he trabajado con gran desventaja. He escrito en el depósito, en los vagones, bajo mi tienda en las reuniones de campamento, a menudo hablando hasta quedar exhausto y luego levantándome a las tres de la mañana y escribiendo de seis a quince páginas antes del desayuno. Ya no me atrevo a seguir por este camino. Ya no puedo soportar el trabajo agotador de antes.

Mis buenos hermanos envían sus llamadas urgentes, con promesas de pagar mi pasaje y pagarme por mi tiempo; esto es todo lo que espero de ellos, es todo lo que pueden hacer. Pero tienen poca idea de los gastos que ocasionan estos viajes. Para llevar a cabo la cantidad de escritos que realizo, considero necesario emplear a varios ayudantes, los mejores que puedo conseguir. He pagado sus gastos de viaje, que ascienden a cientos de dólares. En mi ausencia les pago por

su tiempo, para que hagan lo que puedan, pero necesariamente trabajan en gran desventaja. Viajar es caro. No puedo llevar a mis ayudantes adonde voy, y si lo hiciera no podría darles trabajo mientras yo estoy ocupado en las reuniones del campamento.

Ha sido muy difícil obtener el tipo adecuado de ayudantes como copistas y amas de llaves. La ayuda barata e ineficaz me causaba tanta perplejidad que no podía hacer gran cosa en ninguna capacidad. Gracias a la providencia de Dios, ahora me encuentro en la situación más favorable que he tenido en toda mi vida de peregrino. Disfruto de la paz de Jesús, y haré lo que pueda. Con la muerte de mi esposo me quedé sin un ayudante capaz; pero el Señor es bueno, y estoy agradecida por su misericordia, su cuidado y su tierno amor.

Me daría un gran placer encontrarme con mis queridos hermanos y hermanas en el campamento. Siento que el amor de Jesús arde en mi alma. Me encanta hablar de esto y escribirlo. Mis oraciones serán que Dios os bendiga en vuestras reuniones de campamento, y que vuestras almas sean refrescadas por su gracia. Si Dios me pide que deje mis escritos para asistir a estas reuniones o para hablar a la gente en diferentes lugares, espero oír y obedecer su voz.

Healdsburg, Cal.,

26 de marzo de 1883.

Sra. E. G. White

12 de abril de 1883

La obra de Satanás

EGW

Las Sagradas Escrituras nos informan que, en los últimos días, Satanás obrará con poder, señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad. A los que no aman la verdad se les aparecerá incluso como un ángel de luz. Estas palabras se cumplen en los engaños y falsas enseñanzas del tiempo presente. Los espiritistas hacen que el camino al infierno sea de lo más atractivo. Los espíritus de las tinieblas son vestidos por estos maestros engañosos con vestiduras puras del Cielo, y tienen poder para engañar a los que no están fortificados con la verdad bíblica.

Se emplea una vana filosofía para representar el camino al infierno como un camino seguro. Con la imaginación muy forzada, y las voces afinadas musicalmente, pintan el camino ancho como uno de felicidad y gloria. La ambición presenta ante las almas engañadas, como Satanás presentó a Eva, una libertad y una dicha para que disfruten de lo que nunca concibieron que fuera posible. Se alaba a los hombres que han recorrido el ancho camino del infierno, y que después de muertos son exaltados a las más altas posiciones en el mundo eterno. Satanás, vestido con túnicas de resplandor, apareciendo como un ángel exaltado, tentó sin éxito al Redentor del mundo. Pero cuando viene al hombre vestido como un ángel de luz tiene mejor éxito. Encubre sus espantosos propósitos, y tiene demasiado éxito en engañar a los incautos que no están firmemente anclados en la verdad eterna.

Las riquezas, el poder, el genio, la elocuencia, el orgullo, la razón pervertida y la pasión se alistan como agentes de Satanás para hacer su obra de hacer atractivo el camino ancho, sembrándolo de flores tentadoras. Pero cada palabra que hayan pronunciado contra el Redentor del mundo se reflejará en ellos, y un día arderá en sus almas culpables como plomo fundido. Serán abrumados por el terror y la vergüenza cuando contemplen al exaltado que viene en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Entonces el atrevido desafiante, que se levantó contra el Hijo de Dios, se verá a sí mismo en la verdadera negrura de su carácter. La visión de la gloria inefable del Hijo de Dios será intensamente dolorosa para aquellos cuyo carácter esté manchado por el pecado. La luz pura y la gloria que emanan de Cristo despertarán remordimiento, vergüenza y terror. Enviarán gemidos de angustia a las rocas y a las montañas: "Caed sobre nosotros, y escondednos de la faz del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado, ¿y quién podrá sostenerse en pie?".

Los espiritistas pretenden tener luz y poder superiores. Han abierto la puerta e invitado a entrar al príncipe de las tinieblas, y lo han convertido en su huésped de honor. Se han aliado a los poderes de las tinieblas que se están desarrollando en estos últimos días en señales y prodigios, que si fuera posible engañarían a los mismos elegidos. Los espiritistas afirman que pueden hacer milagros mayores que los que hizo Cristo. Satanás hizo las mismas fanfarronadas a Cristo. Porque el Hijo de Dios se había vinculado a la debilidad de la humanidad, para ser tentado en todo como debe ser tentado el hombre, Satanás triunfó sobre él, y se burló de él. Se jactaba de su fuerza superior, y le retaba a entablar una controversia con él.

Los espiritistas están aumentando en número. Vendrán a los hombres que tienen la verdad como Satanás vino a Cristo, tentándolos a manifestar su poder, y hacer milagros, y dar evidencia de que son favorecidos por Dios, y de que son las personas que tienen la verdad. Satanás dijo a Cristo: "Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan". Herodes y Pilatos pidieron a Cristo que hiciera milagros cuando estaba siendo juzgado por su vida. Se despertó su curiosidad, pero Cristo no hizo ningún milagro para gratificarlos.

Los espiritistas presionarán para entrar en controversia con los ministros que enseñan la verdad. Si declinan, los desafiarán. Citan las Escrituras, como hizo Satanás con Cristo. "Probadlo todo", dicen. Pero su idea de probar es escuchar sus razonamientos engañosos, y asistir a sus círculos. Pero en sus reuniones los ángeles de las tinieblas asumen las formas de amigos muertos, y se comunican con ellos como ángeles de luz.

Sus seres queridos aparecerán vestidos con túnicas de luz, tan familiares a la vista como cuando estaban en la tierra. Les enseñarán y conversarán con ellos. Y muchos serán engañados por este maravilloso despliegue del poder de Satanás. La única seguridad para el pueblo de Dios es estar completamente familiarizado con sus Biblias, y ser inteligente en las razones de nuestra fe con respecto al sueño de los muertos.

Satanás es un enemigo astuto. Y no es difícil para los ángeles malignos representar tanto a santos como a pecadores que han muerto, y hacer que estas representaciones sean visibles a los ojos humanos. Estas manifestaciones serán más frecuentes, y acontecimientos de carácter más sorprendente aparecerán a medida que nos acerquemos al fin de los tiempos. No debemos asombrarnos de nada en la línea de los engaños para atraer a los incautos, y engañar, si es posible, a los mismos elegidos. Los espiritistas citan: "Probadlo todo". Pero Dios, para beneficio de su pueblo que vive en medio de los peligros de los últimos días, ha probado esta clase, y ha dado el resultado de su prueba.

2 Tesalonicenses 2:9-12: "Aquel cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esto Dios les enviará un fuerte engaño, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia."

Juan, en la Isla de Patmos, vio las cosas que vendrían sobre la tierra en los últimos días. Apocalipsis 13:13; 16:14: "Y hace grandes prodigios, de tal

manera que hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres." "Porque son espíritus de demonios, que hacen señales, los cuales salen a los reyes de la tierra y de todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso."

El apóstol Pedro señala claramente la clase que se manifestará en estos últimos días.

2 Pedro 2:10-14: "Pero principalmente los que andan según la carne en concupiscencia de inmundicia, y menosprecian el gobierno. Son presuntuosos, obstinados, no temen hablar mal de las dignidades. Mientras que los ángeles, que son mayores en poder y fuerza, no presentan acusaciones injuriosas contra ellos ante el Señor. Pero éstos, como bestias brutas naturales hechas para ser tomadas y destruidas, hablan mal de las cosas que no entienden; y perecerán completamente en su propia corrupción, y recibirán la recompensa de la injusticia, como los que consideran un placer hacer disturbios durante el día. Manchas son y manchas, divirtiéndose con sus propios engaños mientras banquetean con vosotros; teniendo ojos llenos de adulterio, y que no pueden dejar de pecar; seduciendo a almas inestables; un corazón que han ejercitado con prácticas codiciosas; hijos malditos."

Dios, en su palabra, ha puesto su sello sobre las herejías del espiritismo como puso su marca sobre Caín. Los piadosos no necesitan ser engañados si son estudiantes de las Escrituras y obedientes para seguir el camino claro marcado para ellos en la palabra de Dios.

El espiritualista jactancioso reclama una gran libertad, y con un lenguaje suave y florido trata de fascinar y engañar a las almas incautas para que elijan el camino ancho del placer y la indulgencia pecaminosa, en lugar del sendero estrecho y el camino recto. Los espiritistas llaman esclavitud a los requerimientos de la ley de Dios, y dicen que aquellos que los obedecen viven una vida de temor servil. Con palabras suaves y hermosos discursos se jactan de su libertad, y tratan de cubrir sus peligrosas herejías con las vestiduras de la justicia. Hacen que los crímenes más repugnantes sean considerados como bendiciones para la raza.

Abren ante el pecador una puerta ancha para seguir los impulsos del corazón carnal y violar la ley de Dios, especialmente el séptimo mandamiento. Los que pronuncian estas grandes palabras hinchadas de vanidad, y que triunfan en su libertad en el pecado, prometen a aquellos a quienes engañan el goce de la libertad en un curso de rebelión contra la voluntad revelada de Dios. Estas almas

engañadas están ellas mismas en la mayor esclavitud de Satanás y son controladas por su poder, y sin embargo prometen libertad a quienes se atreven a seguir el mismo curso de pecado que ellas mismas han escogido.

En esto sí que se cumplen las Escrituras: en que los ciegos guían a los ciegos. Porque por quien un hombre es vencido, del mismo es traído en esclavitud. Estas almas engañadas están bajo la más abyecta esclavitud a la voluntad de los demonios. Se han aliado a los poderes de las tinieblas y no tienen fuerza para ir en contra de la voluntad de los demonios. Esta es su presumida libertad. Por Satanás son vencidos y llevados a la esclavitud, y la gran libertad prometida a los que engañan es la esclavitud indefensa al pecado y a Satanás.

No debemos asistir a sus círculos, ni nuestros ministros deben entrar en controversia con ellos. Son de esa clase específica a quienes no debemos invitar a nuestras casas, ni desearles buena suerte. Tenemos que comparar sus enseñanzas con la voluntad revelada de Dios. No debemos involucrarnos en una investigación del espiritismo. Dios ha investigado esto por nosotros, y nos dijo definitivamente que una clase se levantaría en los últimos días que negarían a Cristo que los ha comprado con su propia sangre. El carácter de los espiritistas está tan claramente descrito que no necesitamos ser engañados por ellos. Si obedecemos el mandato divino, no simpatizaremos con los espiritistas, por muy suaves y justas que sean sus palabras.

El amado Juan continúa su advertencia contra los seductores: "¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Anticristo es el que niega al Padre y al Hijo. El que niega al Hijo, no tiene al Padre: (pero el que reconoce al Hijo, tiene también al Padre)."

En la segunda epístola de Pablo a los Tesalonicenses, exhorta a estar en guardia y a no apartarse de la fe. Él habla de la venida de Cristo como un evento que seguirá inmediatamente a la obra de Satanás en el espiritismo en estas palabras: "Aquel cuya venida es según la operación de Satanás con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esto Dios les enviará un fuerte engaño, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia."

En la epístola de Pablo a Timoteo, predice lo que se manifestará en los últimos días. Y esta advertencia era para beneficio de los que viviesen cuando estas cosas tuviesen lugar. Dios reveló a su siervo los peligros de la iglesia en los

últimos días. Escribe: "Ahora bien, el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y a doctrinas de demonios, hablando mentiras con hipocresía, y teniendo la conciencia cauterizada con hierro candente."

El fiel Pedro habla de los peligros a que estaría expuesta la Iglesia cristiana en los últimos días, y describe más detalladamente las herejías que surgirían y los seductores blasfemos que tratarían de arrastrar a las almas en pos de ellas. "Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías perniciosas, negando al Señor que los compró, y acarrearán sobre sí mismos destrucción rápida. Y muchos seguirán sus perniciosos caminos, por causa de los cuales se hablará mal del camino de la verdad."

Aquí Dios ha obrado para nosotros la prueba de la clase mencionada. Se han negado a reconocer a Cristo como el Hijo de Dios, y no tienen más reverencia por el Padre eterno que por su Hijo, Jesucristo. No tienen ni al Hijo ni al Padre. Y como su gran jefe, el jefe rebelde, están en rebelión contra la ley de Dios, y desprecian la sangre de Cristo.

Podemos alegrarnos en todas las condiciones de la vida, y triunfar en todas las circunstancias, porque el Hijo de Dios bajó del Cielo y se sometió a cargar con nuestras flaquezas, y a soportar el sacrificio y la muerte para darnos la vida inmortal. Llevará siempre las huellas de su humillación terrena en favor del hombre. Mientras las huestes redimidas y el puro tropel angélico le rindan honores y le adoren, llevará las marcas de quien ha sido inmolado. Cuanto más plenamente apreciamos el sacrificio infinito hecho en nuestro favor por un Salvador que expía el pecado, más estrechamente estaremos en armonía con el Cielo.

Aquí tenemos que formar nuestro carácter. Dios nos pondrá a prueba y nos probará colocándonos en posiciones que nos permitan desarrollar la fortaleza, la pureza y la nobleza de alma más perdurables, con una paciencia perfecta de nuestra parte y una confianza total en un Salvador crucificado. Nos encontraremos con reveses, aflicción y pruebas severas, porque éstas son las pruebas de Dios. Él se sentará como un refinador y purificador de plata y purificará a su pueblo como oro y plata, para que puedan ofrecer al Señor una ofrenda en justicia.

La cruz de Cristo está toda cubierta de oprobio y estigma, y sin embargo es esperanza de vida y exaltación para el hombre. Nadie podrá comprender el

misterio de la piedad mientras se avergüence de llevar la cruz de Cristo. Nadie podrá discernir y apreciar las bendiciones que Cristo ha comprado para el hombre a un costo infinito para sí mismo, a menos que esté dispuesto a sacrificar gozosamente los tesoros terrenales para convertirse en su seguidor. Toda abnegación y sacrificio hechos por Cristo enriquecen al que los da, y todo sufrimiento y reproche soportados por su amado nombre aumentan el gozo final y la recompensa inmortal en el reino de la gloria.

19 de abril de 1883

Fiestas de la Iglesia

EGW

Los cristianos profesos participan en fiestas y en escenas de diversión que degradan la religión de Jesucristo. Es imposible que quienes encuentran placer en las reuniones sociales de la iglesia, en los festivales y en las numerosas reuniones por placer, tengan un amor ardiente y una reverencia sagrada por Jesús. Sus palabras de advertencia e instrucción no tienen peso en sus mentes. Si Cristo entrara en la asamblea de los que están absortos en sus juegos y frívolas diversiones, ¿se oiría la solemne melodía de su voz en bendición, diciendo: "Paz a esta casa"? ¿Cómo disfrutaría el Salvador del mundo de estas escenas de alegría y locura?

Los cristianos y el mundo se unen, uno en corazón y uno en espíritu, en estas ocasiones festivas. El Varón de dolores, que conociera el dolor, no encontraría acogida en estos lugares de diversión. Los amantes del placer y del lujo, los irreflexivos y los alegres se reúnen en estas salas, y el brillo y el oropel de la moda se ven por todas partes. El ornamento de cruces de oro y perlas, que representan a un Redentor crucificado, adornan sus personas. Pero aquel a quien representan estas preciadas joyas no encuentra acogida ni espacio. Su presencia sería un freno para su alegría y sus diversiones sensuales, y les recordaría el deber descuidado, y les traería a la memoria los pecados ocultos que causaron ese semblante triste, y que hicieron esos ojos tan tristes y llorosos.

La presencia de Cristo sería positivamente dolorosa en estas reuniones por placer. Ciertamente, nadie podría invitarlo allí, porque su semblante está más manchado de tristeza que el de los hijos de los hombres, a causa de estas mismas diversiones que apartan a Dios de la mente, y hacen que el camino ancho sea atractivo para el pecador. Los encantos de estas escenas excitantes pervierten la razón y destruyen la reverencia por las cosas sagradas. Los ministros que

profesan ser representantes de Cristo con frecuencia toman la delantera en estas frívolas diversiones. "Vosotros sois", dice Cristo, "la luz del mundo". "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".

¿De qué manera brilla la luz de la verdad en esa compañía irreflexiva y ávida de placer? Los profesos seguidores de Jesucristo que se entregan a la alegría y a la fiesta no pueden ser partícipes con Cristo de sus sufrimientos. No tienen sentido de sus sufrimientos. No les interesa meditar sobre la abnegación y el sacrificio. Encuentran poco interés en estudiar los puntos marcados de la historia de la vida de Cristo sobre los que descansa el plan de salvación, sino que imitan al antiguo Israel, que comía y bebía y se levantaba a jugar. Para copiar correctamente un modelo debemos estudiar cuidadosamente su diseño. Si en verdad hemos de vencer como venció Cristo, para que podamos mezclarnos con la compañía lavada con sangre y glorificada ante el trono de Dios, es de la mayor importancia que nos familiaricemos con la vida de nuestro Redentor y nos neguemos a nosotros mismos como lo hizo Cristo. Debemos enfrentarnos a las tentaciones y superar los obstáculos, y mediante el trabajo y el sufrimiento, en el nombre de Jesús, vencer como él venció.

La gran prueba de Cristo en el desierto, a punto del apetito, fue para dejar al hombre un ejemplo de abnegación. Este largo ayuno fue para convencer a los hombres de la pecaminosidad de las cosas en las que los cristianos profesos se complacen. La victoria que Cristo obtuvo en el desierto fue para mostrar al hombre la pecaminosidad de las mismas cosas en las que se complace. La salvación del hombre estaba en la balanza, y debía decidirse por la prueba de Cristo en el desierto. Si Cristo era vencedor en el punto del apetito, entonces había una oportunidad para que el hombre venciera. Si Satanás obtenía la victoria por medio de su sutileza, el hombre estaba atado por el poder del apetito con cadenas de indulgencia que no podía tener poder moral para romper. La humanidad de Cristo por sí sola nunca podría haber soportado esta prueba, pero su poder divino combinado con la humanidad obtuvo en nombre del hombre una victoria infinita. Nuestro representante en esta victoria elevó a la humanidad en la escala de valor moral con Dios.

Los cristianos que comprenden el misterio de la piedad, que tienen un sentido elevado y sagrado de la expiación, que comprenden en los sufrimientos de Cristo en el desierto una victoria ganada para ellos, verían un contraste tan marcado entre estas cosas y las reuniones de la iglesia para el placer y la indulgencia del apetito, que se apartarían con disgusto de estas escenas de

jolgorio. Los cristianos se fortalecerían grandemente comparando seria y frecuentemente sus vidas con la verdadera norma, la vida de Cristo. Las numerosas reuniones sociales, festivales y picnics, que tientan al apetito a la indulgencia excesiva, y las diversiones que conducen a la frivolidad y al olvido de Dios, no pueden encontrar sanción en el ejemplo de Cristo, el Redentor del mundo, el único modelo seguro que el hombre puede copiar si quiere vencer como Cristo venció.

Presentamos el modelo intachable a todos los cristianos. Cristo dice: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? ya no sirve para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una vela para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." La luz del Cielo debe reflejarse al mundo a través de los seguidores de Cristo. Este es el trabajo de la vida del cristiano para dirigir las mentes de los pecadores hacia Dios. La vida del cristiano debe despertar en los corazones de los mundanos puntos de vista elevados de la pureza de la religión cristiana. Esto hará de los creyentes la sal de la tierra, el poder salvador en nuestro mundo; porque un carácter cristiano bien desarrollado es armonioso en todas sus partes.

Tememos por la juventud de nuestros días, a causa del ejemplo que les dan los que profesan ser cristianos. No podemos cerrar la puerta de la tentación a los jóvenes, pero podemos educarles en que sus palabras y sus acciones pueden tener una relación directa con su futura felicidad o miseria. Estarán expuestos a la tentación. Encontrarán enemigos fuera y enemigos dentro, pero pueden ser instruidos para mantenerse firmes en su integridad, teniendo principios morales para resistir la tentación. Las lecciones dadas a nuestra juventud por profesores amantes del mundo están haciendo un gran daño. Las reuniones festivas, las fiestas glotonas, las loterías, los cuadros y las representaciones teatrales, están haciendo una gran obra que llevará un registro con su carga de resultados hasta el Juicio.

Todas estas inconsistencias, sancionadas por cristianos profesos bajo un ropaje de beneficencia cristiana, para recaudar medios para pagar los gastos de la iglesia, tienen su influencia con la juventud para hacerlos amantes de los placeres más que amantes de Dios. Piensan que si los cristianos pueden alentar y participar en estas loterías y escenas de festividades, y relacionarlas con cosas

sagradas, por qué no pueden estar seguros al interesarse en loterías y participar en juegos de azar para ganar dinero para objetos especiales.

Es el plan estudiado de Satanás revestir el pecado con vestiduras de luz para ocultar su deformidad y hacerlo atractivo. Y los ministros y las personas que profesan rectitud se unen al adversario de las almas para ayudarlo en sus planes. Nunca hubo un tiempo en que cada miembro de la iglesia debiera sentir su responsabilidad de andar humilde y circunspecto ante Dios como en el presente. La filosofía vana, los credos falsos y la infidelidad van en aumento. Y muchos que llevan el nombre de seguidores de Cristo están, por orgullo de corazón, buscando popularidad, y se están alejando de los puntos de referencia establecidos. Los claros mandamientos de Dios en su Palabra son desechados por ser tan sencillos y anticuados, mientras que teorías vanas y vagas atraen la mente y complacen la fantasía. En estas escenas de festividades eclesiásticas, hay una unión con el mundo que la palabra de Dios no justifica. En ellas se unen cristianos y mundanos.

Pero el apóstol pregunta:

"¿Qué comunión tiene la justicia con la injusticia? y ¿qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el que cree con un infiel? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente; como Dios ha dicho: Habitaré en ellos, y andaré en ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por tanto, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso."

Cuando seamos capaces de comprender las tentaciones y las victorias del Hijo de Dios mientras estaba en severo conflicto con Satanás, tendremos una idea más correcta de la grandeza de la obra que tenemos ante nosotros para vencer. Satanás sabía que si fracasaba, su caso estaba perdido. Si triunfaba, había obtenido una victoria sobre toda la raza, y pensaba que su vida y su reino quedarían establecidos.

En las reuniones supuestamente cristianas, Satanás tiende un manto religioso sobre los placeres engañosos y los jolgorios impíos para darles apariencia de santidad, y las conciencias de muchos se tranquilizan porque con ellos se recaudan fondos para sufragar los gastos de la iglesia. Los hombres se niegan a dar por amor a Cristo; pero por amor al placer, y la indulgencia del apetito por consideración egoísta se desprenderán de su dinero.

¿Es porque no hay poder en las lecciones de Cristo sobre la benevolencia, y en su ejemplo, y la gracia de Dios en el corazón, para llevar a los hombres a glorificar a Dios con su sustancia, que se debe recurrir a tal curso para sostener a la iglesia? El daño causado a la salud física, mental y moral en estas escenas de diversión y glotonería no es pequeño. Y el día de la cuenta final mostrará las almas perdidas por la influencia de estas escenas de alegría y locura.

Es un hecho deplorable que las consideraciones sagradas y eternas no tengan ese poder de abrir los corazones de los profesos seguidores de Cristo para hacer ofrendas voluntarias para sostener el evangelio como la tentación de la fiesta y la alegría general. Es una triste realidad que estas inducciones prevalecerán cuando las cosas sagradas y eternas no tengan fuerza para influir en el corazón para que se comprometa en obras de benevolencia.

El plan de Moisés en el desierto para recaudar medios tuvo mucho éxito. No fue necesaria la coacción. Moisés no hizo ninguna gran fiesta, ni invitó al pueblo a escenas de alegría, baile y diversión general. Tampoco instituyó loterías ni nada de este orden profano para obtener medios para erigir el tabernáculo de Dios en el desierto. Dios ordenó a Moisés que invitara a los hijos de Israel a traer sus ofrendas. Moisés debía aceptar las ofrendas de todo hombre que diera voluntariamente de corazón. Pero las ofrendas voluntarias llegaron en tan gran abundancia que Moisés proclamó que era suficiente. Debían cesar sus regalos, pues habían dado en abundancia, más de lo que podían usar.

Las tentaciones de Satanás tienen éxito con los profesos seguidores de Cristo en el punto de la indulgencia del placer y el apetito. Revestido de ángel de luz, citará las Escrituras para justificar las tentaciones que pone ante los hombres para que se entreguen al apetito y a los placeres mundanos que convienen al corazón carnal. Los profesos seguidores de Cristo son débiles en poder moral, y se dejan fascinar por el soborno que Satanás les ha presentado, y él obtiene la victoria. ¿Cómo mira Dios a las iglesias que se sostienen por tales medios? Cristo no puede aceptar estas ofrendas, porque no fueron dadas por su amor y devoción a él, sino por su idolatría del yo. Pero lo que muchos no harían por amor a Cristo, lo harán por amor a lujos delicados para gratificar el apetito, y por amor a diversiones mundanas para complacer el corazón carnal.

10 de mayo de 1883

Poder y humildad de Jesús

EGW

Jesús, para obtener un poco de tiempo de reposo, y en beneficio de sus discípulos, les propuso que fueran con él a un lugar desierto y descansaran un poco. Había lugares apropiados para tal retiro más allá del mar de Cafarnaúm, y ellos entraron en una barca y se dirigieron hacia allí. Pero algunos que buscaban a Jesús lo vieron alejarse de la orilla, y la gente, ansiosa, se reunió para observar la barca que se alejaba lentamente. De ciudad en ciudad corrió la noticia de que Jesús estaba cruzando el mar; y muchos, deseosos de verle y oírle, acudieron al lugar donde se creía que desembarcaría su barca, mientras otros le seguían sobre las aguas en barcas. Cuando Jesús y sus discípulos desembarcaron, se encontraron en medio de una multitud que les salía al encuentro por todas partes.

Jesús, al darse cuenta de todo esto, hace señas a Pedro, que está en su barca en el mar, para que se acerque. El discípulo obedece la señal y se acerca a la orilla. Jesús se abre paso entre la multitud y sube a la barca, ordenando a Pedro que se aleje un poco de tierra. Se sienta en la barca del pescador y, a la vista y oídos de la multitud, termina la larga y penosa jornada hablándoles de verdades preciosas. El Hijo de Dios, abandonando las cortes reales del Cielo, no ocupa su puesto en el trono de David, sino que, desde el asiento oscilante de la barca de un pescador, pronuncia las palabras de sabiduría eterna que han de immortalizarse en las mentes de sus discípulos y darse al mundo como legado de Dios.

Al ponerse el sol, Jesús vio ante sí a cinco mil personas, además de mujeres y niños, que llevaban todo el día sin comer. Preguntó a Felipe si era posible conseguir pan para tanta gente, a fin de que no volvieran a sus casas sin descansar ni desfallecieran por el camino. Esto lo hizo para poner a prueba la fe de sus discípulos, pues él mismo no perdía ocasión de procurarse alimento. El que no hizo un milagro para saciar su propia hambre en el desierto, no permitiría que la multitud sufriera por falta de alimento. Felipe miró el mar de cabezas y pensó en lo imposible que sería obtener alimentos suficientes para satisfacer las necesidades de semejante multitud. Respondió que doscientos peniques de pan no bastarían para repartirlos entre todos, de modo que cada uno tuviera un poco. Jesús preguntó cuánta comida se podía encontrar entre la multitud. Le dijeron

que Andrés había descubierto a un muchacho que llevaba cinco panes de cebada y dos pececillos. Pero esto no era nada entre tantos, y estaban en un lugar desierto, donde no se podía conseguir más.

Jesús ordenó que le trajeran esta escasa provisión. Hecho esto, ordenó a sus discípulos que sentaran a la gente sobre la hierba en grupos de cincuenta y cien, para mantener el orden y que todos pudieran presenciar el milagro que estaba a punto de hacer. Esta reunión de cinco mil personas en grupos se cumplió satisfactoriamente, y todos se sentaron en presencia del Salvador. Entonces tomó los panes y los peces y, después de dar gracias, los distribuyó a los discípulos y a la multitud en cantidades suficientes para satisfacer sus apetitos.

La gente se había dispuesto en el orden requerido preguntándose qué se iba a hacer, pero su asombro no conoció límites cuando se resolvió el problema y contemplaron cómo se repartía comida a aquella inmensa asamblea de la escasa provisión que apenas alcanzaba para una veintena de personas. La comida no disminuía, pues Jesús la entregaba a sus discípulos, que a su vez servían a la gente. Cada vez que volvían a él en busca de nuevas provisiones, se las proporcionaba. Cuando todos quedaron satisfechos, ordenó a los discípulos que recogieran los pedazos para que no se perdiera nada.

Durante esta notable fiesta, hubo mucha reflexión seria entre aquellos que fueron tan milagrosamente servidos. Habían seguido a Jesús para escuchar palabras como nunca antes habían llegado a sus oídos. Sus enseñanzas habían calado en sus corazones. Había curado a sus enfermos, había consolado sus penas y, por último, en vez de despedirlos con hambre, los había alimentado abundantemente. Su doctrina pura y sencilla se apoderó de sus mentes, y su tierna benevolencia conquistó sus corazones. Mientras comían el alimento que les había proporcionado, decidieron que éste era realmente el Mesías. Ningún otro podía hacer un milagro tan poderoso. Ningún poder humano podría crear, a partir de cinco panes de cebada y dos pececillos, comida suficiente para alimentar a miles de personas hambrientas. Sus enseñanzas y su obra de curación ya casi les habían convencido de su divinidad, y este milagro coronó su creciente convicción con una creencia total.

Decidieron que éste era el Príncipe de la Vida, el Libertador prometido de los judíos. Perciben que no se esfuerza por ganarse el aplauso del pueblo. En esto se diferencia esencialmente de los jefes de los sacerdotes y de los gobernantes, que ambicionan títulos y el honor de los hombres. Temen que nunca reclame su derecho como Rey de Israel y ocupe su lugar en el trono de David en Jerusalén.

Pero deciden que lo que él no asuma por sí mismo, ellos lo reclamarán por él. No necesitan más pruebas de su poder divino ni esperan ninguna otra prueba. Consultan tranquilamente entre ellos y deciden apoderarse de él por la fuerza, cargarlo sobre sus hombros y proclamarlo Rey de Israel. Los discípulos se unen al pueblo para declarar que el trono de David es la legítima herencia de su Maestro. Que los arrogantes sacerdotes y gobernantes sean humillados y obligados a rendir honor a Aquel que viene revestido con la autoridad de Dios. Comienzan a idear medios para llevar a cabo su propósito; pero Jesús discierne sus planes, los cuales, si se llevaran a cabo, frustrarían la misma obra que él se propone realizar, y pondrían fin a su instrucción y a sus obras de misericordia y benevolencia.

Los sacerdotes y los gobernantes ya lo ven como alguien que ha desviado los corazones del pueblo hacia sí. Ya temen tanto su creciente influencia entre ellos que tratan de quitarle la vida. Él sabe que la violencia y la insurrección serían el resultado de su exaltación como rey de Israel. No vino al mundo para establecer un reino temporal; su reino, como había declarado, no era de este mundo. La multitud no percibe los peligros que se derivan del movimiento que contempla; pero el ojo sereno de la sabiduría divina descubre todos los males ocultos. Jesús ve que ha llegado el momento de cambiar la corriente de sentimientos del pueblo. Llama a sus discípulos y les ordena que tomen inmediatamente la barca y vuelvan a Cafarnaún, dejándole a él que despida a la gente. Promete reunirse con ellos esa noche o a la mañana siguiente. Los discípulos se resisten a aceptarlo. Ansían que Jesús reciba sus verdaderos méritos y sea elevado por encima de las persecuciones de los sacerdotes y gobernantes. Parece haber llegado el momento favorable en que, por la voz unánime del pueblo, Cristo puede ser elevado a su verdadera dignidad.

No se resignan a que todo este entusiasmo quede en nada. El pueblo se reunía de todas partes para celebrar la Pascua en Jerusalén. Todos estaban ansiosos por ver al gran Profeta cuya fama se había extendido por todo el país. A los fieles seguidores de Jesús les parecía ésta la oportunidad de oro para establecer a su amado Maestro como rey de Israel. En el resplandor de esta nueva ambición, les pareció muy duro marcharse solos y dejar a su Maestro solo en la desolada orilla, rodeado de altas y estériles montañas.

Ellos protestan contra esta disposición; pero Jesús se mantiene firme en su decisión y les ordena que sigan sus indicaciones con una autoridad que nunca antes había asumido hacia ellos. Obedecen en silencio. Jesús se vuelve entonces hacia la multitud, y percibe que están completamente decididos a obligarle a

convertirse en su rey. Sus movimientos deben ser controlados de inmediato. Los discípulos ya se habían marchado, y ahora, de pie ante ellos con una gran dignidad, los despide de una manera tan firme y decisiva que no se atreven a desobedecer sus órdenes. Las palabras de alabanza y exaltación mueren en sus labios. Sus pasos se detienen cuando estaban a punto de avanzar para agarrarlo, y las miradas alegres y ansiosas se desvanecen de sus semblantes. Había hombres de mente fuerte y firme determinación en aquella muchedumbre, pero el porte real de Jesús, y sus pocas y tranquilas palabras de autoridad, sofocaron el tumulto en un momento y frustraron todos sus designios. Como niños mansos y sumisos, obedecen el mandato de su Señor, sometiéndose humildemente y sin rechistar a un poder que reconocen por encima de toda autoridad terrenal.

Jesús miró a la multitud que se retiraba con anhelante compasión. Sentía que eran como ovejas dispersas sin pastor. Los sacerdotes, que deberían haber sido maestros en Israel, no eran más que máquinas de realizar ceremonias sin sentido y de repetir la ley que ellos mismos no entendían ni practicaban. Cuando se quedó solo, subió al monte y, durante muchas horas, suplicó al Padre con amarga agonía y lágrimas. No eran para sí mismo aquellas fervorosas oraciones, sino para el hombre, depravado y perdido si no fuera por la gracia redentora. Fue por el hombre por lo que el Hijo de Dios luchó con su Padre, pidiendo que la pobre criatura pecadora se convirtiera de su culpa a la luz de la salvación.

El Salvador sabía que sus días de esfuerzo personal por los hombres en la tierra estaban contados. El que leía los corazones de los hombres sabía que comparativamente pocos lo aceptarían como su Redentor, reconociéndose perdidos sin su ayuda divina. Los judíos rechazaban la misma ayuda que Dios había enviado para salvarlos de la ruina total. Estaban atando las cadenas que los ataban en una noche sin esperanza. Atraían sobre sí la ira segura de Dios por su maldad ciega y obstinada. De ahí el dolor de Jesús, y sus lágrimas y fuertes gritos por su pueblo equivocado, que desdeñaba su amor que los salvaría de la retribución de sus pecados. Profunda emoción sacude su noble figura al darse cuenta agudamente de la perdición del pueblo al que ha venido a salvar. En cada prueba y emergencia, Jesús acudió a su Padre Celestial en busca de ayuda y, en esas entrevistas secretas, recibió fuerzas para la obra que tenía ante sí. Los cristianos deben seguir el ejemplo de su Salvador y buscar en la oración la fuerza que les permita soportar las pruebas y los deberes de la vida. La oración es la defensa del cristiano, la salvaguardia de su integridad y virtud.

17 de mayo de 1883

Trabajo en el campamento-Reuniones

EGW

Como la importancia de nuestras reuniones de campo aumenta cada año, es cada vez más importante adoptar planes de trabajo que aseguren los mejores resultados posibles. Debemos recordar que la unión hace la fuerza. A veces se ha cometido un grave error al tratar de asistir al mayor número posible de reuniones durante la temporada de campamentos. Las fuerzas se dividen y, por supuesto, se debilitan, y los esfuerzos realizados son comparativamente débiles. Aquí se da ocasión para el triunfo de nuestros enemigos, que consideran éstos como nuestros mejores esfuerzos, y así los representan. Si es necesario celebrar menos reuniones generales, por falta de obreros, que haya una fuerza suficiente donde se celebren las reuniones, para que el trabajo y la responsabilidad sean compartidos por varios hombres, en lugar de recaer principalmente sobre uno. Dios no quiere que ninguno de sus siervos trabaje hasta el agotamiento.

En nuestras grandes reuniones debería prestarse más atención a la organización de nuestras fuerzas, y alistar, no sólo a los ministros, sino a todos los que tienen experiencia, haciéndoles sentir que tienen una responsabilidad que cumplir. Se necesita una sabia dirección general desde el principio de nuestras reuniones para comprometer a todas nuestras fuerzas de trabajo, para que el interés de la reunión, fuera de los servicios de predicación, pueda mantenerse.

A menudo se ha predicado más de lo necesario en nuestras reuniones campestres. La sabiduría y la economía deben ejercerse en esta dirección así como en cualquier otra. Los ministros no deben sentir que todo depende de sus esfuerzos para presentar discursos doctrinales o incluso prácticos. Deben tener una confianza más firme en Jesús, nuestro poderoso ayudador; deben fomentar en sus propios corazones una fe que no vacile bajo ninguna circunstancia. En resumen, deben depender más de la presencia de Cristo y menos de sus propios esfuerzos personales.

Hay un grave desperdicio de energía vital en los sermones largos. Si nuestros ministros predicaran discursos cortos, directos al punto, y luego educaran a los hermanos y hermanas para trabajar, y les impusieran la carga, los ministros mismos se salvarían del agotamiento, el pueblo ganaría fuerza espiritual por el esfuerzo realizado, y el resultado sería diez veces mayor que el que se ve ahora. Cargas demasiado pesadas, tanto en la predicación como en los negocios, han

recaído sobre los pocos que trabajan en palabra y doctrina. Estos hombres deben conservar su fuerza y vigor, y mantener su mente fija en Dios, para que las debilidades humanas no afecten su juicio ni estropeen el carácter solemne, digno y santo que debe caracterizar todas sus deliberaciones.

Mientras que nuestros ministros principales hacen demasiado, nuestros hermanos y hermanas laicos hacen demasiado poco. La rica experiencia que estos últimos podrían adquirir en el trabajo serio y personal, la pierden porque no soportan las cargas que pueden y deben llevar. Deben tratar de hacer todo lo que esté a su alcance, sin sentir que trabajan para el ministro o la Conferencia, y que deben recibir remuneración, sino como si trabajaran para Dios, esforzándose desinteresadamente para que la reunión sea un éxito. Al hacerlo, traerán una bendición a sus propias almas, y también se convertirán en un canal de luz y bendición para los demás.

Nuestros ministros deben convertirse en educadores además de predicadores. Deben enseñar al pueblo a no depender de ellos, sino de Cristo. El ministro que predica dos horas cuando no debería exceder de una, serviría mucho mejor a la causa de Dios dedicando esa hora extra a un pensamiento serio y cuidadoso para estudiar cómo dirigir a otros, cómo enseñarles a trabajar. Debe prestarse especial atención a enseñar a la gente a trabajar en las reuniones que se celebran entre las compañías de las tiendas. Nadie que asista a las reuniones debe contentarse con salir de ellas sin una experiencia religiosa más profunda que la que tenía cuando llegó al lugar. El pueblo parece porque no pone en práctica los talentos que Dios le ha dado.

Nuestros hermanos y hermanas vienen a las reuniones campestres con la esperanza de recibir la bendición del Señor; sin embargo, a menudo sucede que no saben qué hacer para que la reunión sea provechosa para ellos mismos o para los demás. Muchos no se dan cuenta de que el único objetivo por el que han venido es simplemente escuchar la predicación. Por lo tanto, no se esfuerzan por obtener la bendición de Dios, no sienten desde el comienzo mismo de la reunión la necesidad de confesar sus pecados y de esforzarse por obtener las arras del Espíritu. No saben que el éxito de la reunión depende en gran parte de ellos mismos, y por lo tanto no sienten la carga de la obra. El primer esfuerzo de los ministros debe ser ponerlos a trabajar por sí mismos. Que las mentes y los corazones de la gente se alisten en la obra. Que se enseñe a todos lo que deben hacer para abrir la puerta del corazón a Jesús, para que lo reciban con gusto.

Se les debe insistir en la necesidad de una verdadera obra de corazón para cada miembro del cuerpo. La labor debe dirigirse directamente al único fin: un despojo más completo de los ídolos, una consagración más profunda, una fe más firme y un esfuerzo personal más ferviente por la salvación de los demás. El temor debe despertarse en cada corazón porque hay tan poca piedad vital entre nosotros; temor de que Dios diga: "Se ha unido a sus ídolos; déjalo en paz."

Hermanos míos, debería haber un tipo de trabajo diferente del que hemos visto hasta ahora en nuestras reuniones campestres. Debería haber más oración y llanto, y más confesión de pecados a Dios y de unos a otros. Que se rompa la indiferencia, que cesen las quejas y los reproches, y que el tiempo hasta ahora malgastado de esta manera se emplee en oraciones de fe viva por el refrigerio de la presencia del Señor. Levantémonos como un solo hombre y pidamos unidos a Dios que haga descender su gracia sobre las almas de su pueblo y que reavive su obra en medio de los años.

La compañía de cada tienda debe ser puesta a trabajar por sí misma; y también deben estar unidas en divisiones más grandes, con hombres adecuados designados en cada una para ayudar en la medida de su capacidad, a los que están a su cargo. No deben elegirse para este trabajo hombres que tengan tanto que sermonear, que exhibirse, que no sean de ayuda para el pueblo. A los líderes designados se les debe enseñar cuidadosamente cómo trabajar para asegurar los mejores resultados. El generalato más sabio consiste en ver, no cuánto podemos hacer nosotros mismos, sino cuánto podemos guiar a la gente a hacer. Esta es la educación que necesitan para crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Hay que enseñarles, no tanto con largos sermones como con el esfuerzo personal, cómo conseguir la bendición de Dios, la verdadera conversión.

Nuestro campamento debe ser como una escuela de entrenamiento para nuestros ministros más jóvenes. Este es el lugar ideal para educarlos en cuanto a la mejor manera de trabajar. Deben aprender que todo su deber no consiste en predicar. Necesitan saber cómo dirigir sabiamente las reuniones sociales, cómo enseñar a la gente a trabajar, para que no haya ociosos en la viña del Señor. Si bien la predicación es uno de los instrumentos de Dios, hay otros organismos que deben ponerse en funcionamiento para preparar el camino del Señor. Hay que hacer que la iglesia sienta su responsabilidad antes de que el Señor reavive su obra.

El predicador mismo debe estar vivo; debe tener la seriedad del Espíritu; debe trabajar por medio de Cristo; debe hacer llamamientos directos; debe hacer

sonar la alarma a los profesantes descuidados y amantes del mundo, aunque se disgusten porque sus oídos hormiguean con la aplicación cercana de la verdad: "Tú eres el hombre". Es demasiado tarde para embadurnar con mortero sin templar. Debe haber un trato claro y fiel. Hay que despertar al pueblo para que haga la obra que Dios le encomienda, para que levante los escollos y limpie la basura, a fin de que pueda entrar el Espíritu de Dios. Debe señalarse fielmente tanto la culpa como el peligro de la reincidencia. Siga la palabra con un esfuerzo personal. Los llamamientos generales suelen tener poco efecto. Acérquese a los corazones, incitando a todos a participar. Que no se pierda un solo día. Involucre toda influencia que pueda ser ordenada. Dad a la gente algo que hacer. Procurad que nadie esté holgazaneando, viendo, oyendo y contando alguna cosa nueva.

El Señor llama a su pueblo a arrepentirse y a hacer sus primeras obras. Los exhorta a que se examinen a sí mismos, para ver si están en la fe, si sus esperanzas están bien fundadas, si no están acariciando y excusando defectos de carácter, cuando deberían estar yendo hacia la perfección. La mundanalidad en la iglesia, que es la gran causa de la muerte espiritual, es atribuible a la influencia de miembros egoístas y amantes de la facilidad. El progreso de esta enfermedad mortal debe ser detenido. El bisturí del cirujano corta profundamente cuando es necesario extirpar materia enconada y pestilente; así la palabra de Dios, más afilada que cualquier espada de dos filos, debe llegar al corazón, o el mal nunca será extirpado. Cuando se da el testimonio claro, algunos dirán: Mi esperanza se ha ido; no tengo religión; lo dejo todo. Los que realmente quieren ser de Cristo recibirán la reprensión, dejarán sus pecados y se pondrán del lado de Jesús. Si alguno no tiene verdadero deseo de la verdad, porque debe purificar el alma, no hay que lamentar su retirada. Cuantos menos seamos, mejor.

Lo que necesitamos, de lo que no podemos prescindir, es del Espíritu de Dios para que trabaje con nuestros esfuerzos. Hay que dejar de mimarse a uno mismo. Debe haber un ferviente anhelo, un hambre del alma, por la presencia del Señor. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados".

Es un caso de vida o muerte para nosotros. Hemos sido afectados por una parálisis espiritual, y todos necesitamos la ayuda del gran Médico. Sólo Él puede llegar a nuestro caso. Si al final de la reunión de convocación alguien todavía siente que no ha sido bendecido, la culpa es suya. Dios no hace acepción de personas ni de lugares. No puede ser debido a ninguna reticencia por parte del gran Médico por lo que son pasados por alto. No le prepararon el camino.

Tal vez descuidaron hacer humildes confesiones a aquellos a quienes habían herido. No han quitado los ídolos del templo del alma. Tienen trabajo que hacer para arrepentirse de su autoindulgencia, de los pecados favoritos a los que no están dispuestos a renunciar. No falta nada más que la preparación del corazón y la oración ferviente y creyente para traer a Jesús a nuestro lado como poderoso ayudador. Él anhela venir. Sólo espera que preparemos el camino, y vendrá. Cuando caminaba en su humillación, un hombre entre los hijos de los hombres, se deleitaba haciendo el bien a los cuerpos y las almas de todos los que le buscaban y confiaban en Él. Así verificará ahora sus promesas a su pueblo, si éste hace lo que ha ordenado en su palabra para preparar el camino de su bendición.

La gran necesidad de la Iglesia

Por la Sra. E. G. White

Un avivamiento de la verdadera piedad entre nosotros es la mayor y más urgente de todas nuestras necesidades. Buscarlo debe ser nuestro primer trabajo en nuestras reuniones campestres. Debe haber un esfuerzo sincero para obtener la bendición del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a otorgarnos su bendición, sino porque no estamos preparados para recibirla. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden, que los padres terrenales a dar buenos regalos a sus hijos. Pero es obra nuestra, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente, cumplir las condiciones bajo las cuales Dios ha prometido concedernos su bendición. Un avivamiento sólo puede esperarse como respuesta a la oración. Mientras el pueblo esté tan destituido del Espíritu Santo de Dios, no podrá apreciar la predicación de la palabra. Pero cuando el poder del Espíritu toque sus corazones, entonces los discursos pronunciados no carecerán de efecto. Guiados por las enseñanzas de la Palabra de Dios, con las manifestaciones de su Espíritu, en el ejercicio de la sana discreción, los que asistan a nuestras reuniones campestres obtendrán una experiencia preciosa, y al regresar a casa estarán preparados para ejercer una influencia saludable en las iglesias.

Los antiguos abanderados sabían lo que era luchar con Dios en oración y gozar de la efusión de su Espíritu. Pero éstos están desapareciendo del escenario de la acción; ¿y quiénes están llegando para ocupar sus lugares? ¿Cómo está la nueva generación? ¿Se ha convertido a Dios? ¿Estamos despiertos a la obra que se está llevando a cabo en el santuario celestial, o estamos esperando que algún poder

convinciente venga sobre la iglesia antes de despertarnos? ¿Esperamos ver a toda la iglesia revivida? Ese tiempo nunca llegará.

Hay personas en la iglesia que no están convertidas, y que no se unirán en oración ferviente y prevaleciente. Debemos emprender la obra individualmente. Debemos orar más y hablar menos. La iniquidad abunda, y hay que enseñar a la gente a no contentarse con una forma de piedad sin el espíritu y el poder. Si nos proponemos escudriñar nuestros propios corazones, despojarnos de nuestros pecados y corregir nuestras malas tendencias, nuestras almas no se elevarán a la vanidad; desconfiaremos de nosotros mismos, teniendo un sentido permanente de que nuestra suficiencia proviene de Dios.

Tenemos mucho más que temer de dentro que de fuera. Los obstáculos a la fuerza y al éxito son mucho mayores en la iglesia misma que en el mundo. Los incrédulos tienen derecho a esperar que los que profesan guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús harán más que cualquier otra clase para promover y honrar, con su vida consecuente, su ejemplo piadoso y su influencia activa, la causa que representan. Pero cuán a menudo los profesos defensores de la verdad han demostrado ser el mayor obstáculo para su progreso. La incredulidad consentida, las dudas expresadas, las tinieblas abrigadas, alientan la presencia de los ángeles malos y abren el camino para la realización de las maquinaciones de Satanás.

Al adversario de las almas no se le permite leer los pensamientos de los hombres; pero es un observador agudo, y marca las palabras; tiene en cuenta las acciones, y adapta hábilmente sus tentaciones para satisfacer los casos de los que se ponen en su poder. Si nos esforzáramos por reprimir los pensamientos y sentimientos pecaminosos, sin darles expresión en palabras o acciones, Satanás sería derrotado; porque no podría preparar sus engañosas tentaciones para el caso. Pero ¡cuán a menudo los que profesan ser cristianos, por su falta de dominio propio, abren la puerta al adversario de las almas! Divisiones, y aun amargas disensiones que deshonrarían a cualquier comunidad mundana, son comunes en las iglesias, porque hay muy poco esfuerzo para controlar los sentimientos equivocados, y para reprimir toda palabra de que Satanás pueda aprovecharse. Tan pronto como surge una alienación de sentimientos, el asunto es expuesto ante Satanás para su inspección, y se le da la oportunidad de usar su sabiduría y habilidad de serpiente para dividir y destruir la iglesia. En toda disensión hay una gran pérdida. Los amigos personales de ambas partes toman partido por sus respectivos favoritos, y así se ensancha la brecha. Una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse. Se engendran y multiplican las

acusaciones y recriminaciones. Satanás y sus ángeles trabajan activamente para asegurar la cosecha de la semilla así sembrada. Los mundanos miran y exclaman burlonamente: "Mirad cómo se odian estos cristianos. Si esto es religión, no la queremos". Y se miran a sí mismos y a sus caracteres irreligiosos con gran satisfacción. Así se confirman en su impenitencia, y Satanás se regocija de su éxito.

El gran engañador ha preparado sus artimañas para cada alma que no está preparada para la prueba y protegida por la oración constante y la fe viva. Como ministros, como cristianos, debemos trabajar para quitar los escollos del camino. Debemos eliminar todo obstáculo. Confesemos y abandonemos todo pecado, para que el camino del Señor esté preparado, para que venga a nuestras asambleas e imparta su rica gracia. Hay que vencer al mundo, a la carne y al diablo. No podemos preparar el camino ganándonos la amistad del mundo, que es enemistad con Dios; pero con su ayuda podemos romper su influencia seductora sobre nosotros mismos y sobre los demás. No podemos, ni individual ni colectivamente, asegurarnos contra las constantes tentaciones de un enemigo implacable y decidido; pero en la fuerza de Jesús podemos resistirlas. De cada miembro de la iglesia puede brillar una luz firme ante el mundo, para que no se vean inducidos a preguntar: ¿Qué hacen estas personas más que otras? Puede y debe haber un alejamiento de la conformidad con el mundo, un rehuir toda apariencia de maldad, de modo que no se dé ocasión alguna a los contradictores. No podemos escapar al reproche; vendrá; pero debemos tener mucho cuidado de que no se nos reproche por nuestros propios pecados o locuras, sino por causa de Cristo.

No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino quitando todo obstáculo, para que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia languideciente y una congregación impenitente. Si Satanás se saliera con la suya, nunca habría otro despertar, grande o pequeño, hasta el fin de los tiempos. Pero no ignoramos sus artimañas. Es posible resistir su poder. Cuando el camino esté preparado para el Espíritu de Dios, vendrá la bendición. Satanás no puede impedir que una lluvia de bendición descienda sobre el pueblo de Dios, como tampoco puede cerrar las ventanas del cielo para que la lluvia no caiga sobre la tierra. Los hombres malvados y los demonios no pueden impedir la obra de Dios, ni excluir su presencia de las asambleas de su pueblo, si éste, con corazón sometido y contrito, confiesa y quita sus pecados, y con fe reclama sus promesas. Toda tentación, toda influencia contraria, ya sea abierta o secreta, puede ser resistida con éxito, "no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice Jehová de los ejércitos".

Estamos en el gran día de la expiación, cuando nuestros pecados, mediante la confesión y el arrepentimiento, han de ir de antemano al juicio. Dios no acepta ahora un testimonio manso y sin espíritu de sus ministros. Tal testimonio no sería la verdad presente. El mensaje para este tiempo debe ser carne a su tiempo para alimentar a la iglesia de Dios. Pero Satanás ha estado tratando gradualmente de despojar a este mensaje de su poder, a fin de que el pueblo no esté preparado para resistir en el día del Señor.

En 1844 nuestro gran Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo del santuario celestial, para comenzar la obra del juicio investigador. Los casos de los justos muertos han estado pasando revista ante Dios. Cuando esa obra esté terminada, se pronunciará el juicio sobre los vivos. ¡Cuán preciosos, cuán importantes son estos momentos solemnes! Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal del cielo. Hemos de ser juzgados individualmente según las obras realizadas en el cuerpo. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote realizaba la obra de expiación en el lugar santísimo del santuario terrenal, el pueblo debía afligir su alma ante Dios y confesar sus pecados para que fueran expiados y borrados. ¿Se nos exigirá menos en este día antitípico de la expiación, cuando Cristo, en el santuario de lo alto, aboga en favor de su pueblo, y la decisión final e irrevocable ha de ser pronunciada sobre cada caso?

¿Cuál es nuestra condición en este tiempo temible y solemne? ¡Ay, qué orgullo prevalece en la iglesia, qué hipocresía, qué engaño, qué amor al vestido, a la frivolidad y a la diversión, qué deseo de supremacía! Todos estos pecados han nublado la mente, de modo que no se han discernido las cosas eternas. ¿No escudriñaremos las Escrituras para saber dónde estamos en la historia de este mundo? ¿No nos volveremos inteligentes con respecto a la obra que se está llevando a cabo por nosotros en este tiempo, y la posición que como pecadores debemos ocupar mientras esta obra de expiación sigue adelante? Si tenemos alguna consideración por la salvación de nuestras almas, debemos hacer un cambio decidido. Debemos buscar al Señor con verdadera penitencia; debemos confesar nuestros pecados con profunda contrición de alma, para que sean borrados.

No debemos permanecer más en el terreno encantado. Nos acercamos rápidamente al fin de nuestro período de prueba. Que cada alma se pregunte: ¿Cómo estoy delante de Dios? No sabemos cuán pronto nuestros nombres serán llevados a los labios de Cristo, y nuestros casos serán finalmente decididos. ¿Cuáles, oh, cuáles serán esas decisiones? ¿Seremos contados con los justos, o seremos contados con los impíos?

Que la iglesia se levante y se arrepienta de sus retrocesos ante Dios. Que los centinelas despierten, y den a la trompeta un sonido certero. Es una advertencia definitiva que tenemos que proclamar. Dios ordena a sus siervos: "Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como trompeta, y muestra a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob sus pecados". Hay que ganar la atención del pueblo; a menos que esto se consiga, todo esfuerzo es inútil; aunque descendiera un ángel del cielo y les hablara, sus palabras no servirían de nada más que si hablara al frío oído de la muerte. La iglesia debe despertar a la acción. El Espíritu de Dios no puede entrar hasta que ella prepare el camino. Debe haber una búsqueda sincera del corazón. Debe haber una oración unida y perseverante, y por medio de la fe, un reclamo de las promesas de Dios. No debe haber, como en los tiempos antiguos, una vestimenta del cuerpo con cilicio, sino una profunda humillación del alma. No tenemos la primera razón para la autocomplacencia y la autoexaltación. Debemos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Él aparecerá para consolar y bendecir a los verdaderos buscadores.

La obra está ante nosotros; ¿nos dedicaremos a ella? Debemos trabajar rápido, debemos avanzar firmemente. Debemos prepararnos para el gran día del Señor. No tenemos tiempo que perder, ni tiempo para ocuparnos en propósitos egoístas. El mundo debe ser advertido. ¿Qué estamos haciendo como individuos para llevar la luz ante los demás? Dios ha dejado a cada hombre su trabajo; cada uno tiene una parte que actuar, y no podemos descuidar este trabajo excepto a riesgo de nuestras almas.

Hermanos míos, ¿afligiréis al Espíritu Santo y haréis que se vaya? ¿Alejaréis al bendito Salvador porque no estáis preparados para su presencia? ¿Haréis que las almas perezcan sin el conocimiento de la verdad, porque amáis demasiado vuestra comodidad para soportar la carga que Jesús llevó por vosotros? Despertemos del sueño. "Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar".

31 de mayo de 1883

Martín Lutero: carácter y primeros años

EGW

A través de todas las épocas de oscuridad y opresión papal, el cuidado de Dios estuvo sobre su causa y su pueblo. En medio de la oposición, el conflicto y la persecución, una providencia omnisapiente seguía obrando en la edificación del

reino de Cristo. Satanás ejercía su poder para obstaculizar la obra de Dios, destruyendo a los obreros; pero tan pronto como un obrero era encarcelado o muerto, otro era levantado para llenar la vacante. A pesar de todos los poderes opuestos del mal, los ángeles de Dios hacían su trabajo, los mensajeros celestiales buscaban hombres para que fueran portadores de luz en medio de las tinieblas. A pesar de la apostasía generalizada, había almas honestas que habían prestado atención a toda la luz que brillaba sobre ellas. En su ignorancia de la palabra de Dios habían recibido las doctrinas y tradiciones de los hombres, pero cuando la palabra fue puesta a su alcance, estudiaron seriamente sus páginas, y con humildad de corazón lloraron y oraron por el conocimiento de la voluntad de Dios. Con gran alegría aceptaron la luz de la verdad, y buscaron ansiosamente impartir luz a sus semejantes.

A través de los trabajos de Wickliffe, Huss y otros obreros similares, miles de nobles testigos habían dado testimonio de la verdad; sin embargo, a principios del siglo XVI, la oscuridad de la ignorancia y la superstición todavía descansaban como un manto sobre la Iglesia y el mundo. Se hacía consistir la religión en una serie de ceremonias, muchas de ellas tomadas del paganismo, y todas ideadas por Satanás para apartar las mentes del pueblo de Dios y de la verdad. Todavía se mantenía la adoración de imágenes y reliquias. La ordenanza bíblica de la Cena del Señor fue suplantada por el sacrificio idólatra de la Misa. Papas y sacerdotes se atribuían el poder de perdonar los pecados y de abrir y cerrar las puertas del Cielo a toda la humanidad. Las supersticiones insensatas y las exacciones rigurosas habían ocupado el lugar del verdadero culto a Dios. La vida de los papas y del clero era tan corrupta, sus orgullosas pretensiones tan blasfemas, que los hombres de bien temían por la moralidad de la generación naciente. Con la iniquidad prevaleciente en las altas esferas de la Iglesia, parecía inevitable que el mundo pronto llegaría a ser tan perverso como lo fueron los antediluvianos o los habitantes de Sodoma.

Al pueblo se le ocultaba el Evangelio. Se consideraba un crimen poseer o leer las Escrituras. Incluso a las clases más altas les resultaba difícil echar un vistazo a la palabra de Dios. Satanás sabía muy bien que si se permitía al pueblo leer e interpretar la Biblia por sí mismo, sus engaños perderían rápidamente su poder. Por eso se esforzaba en ocultar las Escrituras al pueblo e impedir que sus mentes fueran iluminadas por las verdades del Evangelio. Pero un día de luz y libertad religiosas estaba a punto de amanecer en el mundo, y todos los esfuerzos de Satanás y sus huestes eran impotentes para impedir su llegada.

Entre los que fueron llamados por Dios para romper las cadenas del papismo y conducir a la Iglesia a la luz de una fe más pura, se encontraba Martín Lutero. Aunque, como otros en su tiempo, no veía cada punto de la fe tan claramente como lo vemos hoy, deseaba fervientemente conocer la voluntad de Dios, y recibía gozosamente la verdad tal como le era aclarada a su entendimiento. Celoso, ardiente, devoto, no conociendo otro temor que el temor de Dios, y no reconociendo otro fundamento para la fe religiosa que las Escrituras de la verdad, Lutero fue el hombre de su tiempo; y a través de él Dios llevó a cabo una gran obra para la emancipación de la Iglesia y la iluminación del mundo.

Como los primeros heraldos del Evangelio, Lutero surgió de las filas de la pobreza. Su padre ganaba con el trabajo diario como minero los medios para educar a su hijo. Pretendía que fuera abogado, pero Dios quiso que fuera un constructor del gran templo que se elevaba tan lentamente a través de los siglos.

El padre de Lutero era un hombre de mente fuerte y activa, y de gran fuerza de carácter, honesto, decidido y recto. Su vida se caracterizó por una severa integridad; era fiel a sus convicciones del deber, fueran cuales fueran las consecuencias. Su gran sentido común le llevó a mirar con desconfianza el sistema monástico. Se disgustó mucho cuando Lutero, sin su consentimiento, entró en un monasterio; y pasaron dos años antes de que el padre se reconciliara con su hijo, e incluso entonces sus opiniones siguieron siendo las mismas.

Los padres de Lutero eran estrictamente concienzudos, serios y celosos en el cumplimiento de sus deberes paternos, procurando educar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor. Sin embargo, con su firmeza y fuerza de carácter, a veces se equivocaban al ser demasiado severos. Su gobierno era de ley y autoridad. La madre especialmente manifestaba muy poco amor en la disciplina de su sensible hijo. Aunque le instruía fielmente en el deber cristiano, tal como ella lo entendía, la austeridad e incluso la dureza de su educación le llevaron a abrigar ideas erróneas sobre la vida religiosa. Fue la influencia de estas primeras impresiones lo que le llevó en años posteriores a elegir la vida de monje, suponiendo que era una vida de abnegación, humillación y pureza, y por tanto agradable a Dios.

La vida de Lutero desde sus primeros años fue una vida de privaciones, penurias y severa disciplina. El efecto de este entrenamiento se vio en su carácter religioso durante toda su vida. Lutero mismo, aunque consciente de que en algunos aspectos sus padres se habían equivocado, encontró en su disciplina mucho más que aprobar que condenar.

El pecado predominante de los padres en la actualidad radica en la indulgencia de sus hijos. Los jóvenes son débiles e ineficientes, con poca resistencia física o poder moral, debido a la negligencia de los padres para entrenarlos en la niñez en hábitos de obediencia e industria. Los cimientos del carácter se establecen en el hogar: ninguna influencia posterior de ninguna fuente terrenal puede contrarrestar totalmente el efecto de la disciplina de los padres. Si la firmeza y la decisión se mezclaran con el amor y la ternura en la formación de los jóvenes, veríamos jóvenes que, como Lutero, estarían calificados para vidas de utilidad y honor.

A temprana edad, Lutero fue enviado a la escuela, donde fue tratado con una dureza e incluso violencia que no había sufrido en casa. La pobreza de sus padres era tan grande que se veía obligado a conseguir su comida cantando de puerta en puerta, y a menudo sufría de hambre. Las ideas lúgubres y supersticiosas de la religión que prevalecían entonces le llenaban de miedo. Se acostaba por la noche con el corazón apesadumbrado, mirando tembloroso hacia el oscuro futuro, y aterrorizado constantemente al pensar que Dios era un juez severo e implacable, un tirano cruel, en lugar de un bondadoso Padre celestial. Hay pocos jóvenes en la actualidad que no se hubieran desanimado ante tantos y tan grandes desalientos; pero Lutero perseveró hacia el alto nivel de excelencia moral e intelectual que se había propuesto alcanzar.

Tenía sed de conocimientos, y el carácter serio y práctico de su mente le llevaba a desear lo sólido y útil más que lo vistoso y superficial. A los dieciocho años ingresó en la Universidad de Erfurth. Su situación era ahora más favorable y sus perspectivas más halagüeñas que en sus primeros años. Sus padres, gracias al ahorro y la laboriosidad, habían adquirido una buena posición económica que les permitía prestarle toda la ayuda necesaria. Y la influencia de amigos juiciosos había atenuado algo los efectos sombríos de su formación anterior. Ahora se aplicaba diligentemente al estudio de los mejores autores, enriqueciendo su entendimiento con sus pensamientos más importantes y haciendo suya la sabiduría de los sabios. Una memoria retentiva, una imaginación vívida, un fuerte poder de razonamiento y una enérgica aplicación al estudio pronto le ganaron el primer puesto entre sus compañeros.

"El temor del Señor es el principio de la sabiduría". Ese temor habitaba en el corazón de Lutero, permitiéndole mantener la firmeza de su propósito y conduciéndole a una profunda humildad ante Dios. Tenía un sentido permanente de su dependencia de la ayuda divina, y no dejaba de comenzar cada día con la oración, mientras su corazón respiraba continuamente una

petición de guía y apoyo. "Orar bien", decía a menudo, "es la mejor mitad del estudio".

Mientras un día examinaba los libros de la biblioteca de la universidad, Lutero descubrió una Biblia en latín. Antes había escuchado fragmentos de los Evangelios y las epístolas en el culto público, y pensaba que eran la totalidad de la palabra de Dios. Ahora, por primera vez, ve la Biblia completa. Con una mezcla de asombro y admiración pasa las páginas sagradas; con el pulso acelerado y el corazón palpitante lee por sí mismo las palabras de la vida, deteniéndose de vez en cuando para exclamar: "¡Oh, si Dios me diera un libro así para mí!". Los ángeles del cielo estaban a su lado, y los rayos de luz del trono de Dios destellaban sobre las páginas sagradas, revelando los tesoros de la verdad a su entendimiento. Siempre había temido ofender a Dios, pero ahora se apoderó de él, como nunca antes, la profunda convicción de su condición de pecador.

Un ferviente deseo de liberarse del pecado y encontrar la paz con Dios, le llevó finalmente, tras muchos y duros conflictos, a entrar en un claustro y dedicarse a la vida monástica. Aquí fue sometido al servicio más mezquino, siendo obligado a actuar como portero y barrendero, y a mendigar de casa en casa. Estaba en una edad en la que el respeto y el aprecio son más ansiados, y estos oficios serviles eran profundamente mortificantes para sus sentimientos naturales; pero lo soportó todo pacientemente, creyendo que era una humillación necesaria a causa de sus pecados. Esta disciplina lo estaba preparando para convertirse en un poderoso obrero en el edificio de Dios.

Cada momento que podía ahorrar de sus deberes diarios, lo empleaba diligentemente en el estudio, robándose el sueño, y a regañadientes incluso los momentos dedicados a comer su comida tosca y humilde. Por encima de todo, se deleitaba en el estudio de la palabra de Dios. Y a menudo recurría a la Biblia que había encontrado encadenada a la pared del convento. A medida que sus convicciones de pecado se profundizaban con el estudio de las Escrituras, trataba de obtener por sus propias obras el perdón y la paz. Llevaba una vida muy rigurosa, esforzándose por crucificar la carne mediante ayunos, vigiliyas y flagelaciones. No rehuyó ningún sacrificio para santificarse y ganar el Cielo. Como resultado de la dolorosa disciplina que se impuso a sí mismo, perdió todas sus fuerzas y sufrió desmayos, de cuyos efectos nunca se recuperó del todo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, su alma agobiada no encontró alivio. Finalmente, se vio abocado a la desesperación.

Cuando a Lutero le pareció que todo estaba perdido, Dios le suscitó un amigo y un ayudante. El piadoso Staupitz abrió la palabra de Dios a la mente de Lutero, y le pidió que apartara la mirada de sí mismo, que dejara de contemplar el castigo infinito por la violación de la ley de Dios, y que mirara a Jesús, su Salvador que perdonaba sus pecados. "En vez de torturarte por tus faltas, échate en los brazos de tu Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en el sacrificio de su muerte. Escucha al Hijo de Dios. Se ha hecho hombre para asegurarte el favor divino. Amad a quien os ha amado primero". Así habló este mensajero de la misericordia. Sus palabras causaron una profunda impresión en la mente de Lutero. Después de muchas luchas contra errores largamente acariciados, fue capaz de comprender la verdad, y la paz llegó a su alma atribulada.

¡Oh, que se viera en este día tan profundo aborrecimiento de sí mismo, tan grande humillación del alma ante Dios, y una fe tan sincera cuando se da la luz, como las que manifestó Martín Lutero! Ahora rara vez se experimenta la verdadera convicción de pecado; abundan las conversiones superficiales, y la experiencia cristiana es empequeñecida y carente de espíritu. ¿Y a qué se debe esto? A causa de la falsa y fatal educación dada por los padres a sus hijos, y por los ministros a su pueblo. Los jóvenes son indulgentes en su amor al placer, y se les deja sin restricciones para seguir un curso de pecado; así pierden de vista la obligación filial, y habiendo aprendido a pisotear la autoridad de sus padres, están preparados para pisotear la autoridad de Dios. De la misma manera, se permite que el pueblo, sin advertirlo, se una a las actividades pecaminosas y a los placeres del mundo, hasta que pierda de vista sus obligaciones para con Dios y sus exigencias para con él. Se les asegura la misericordia divina, pero se les permite olvidar la justicia divina. Esperan la salvación por el sacrificio de Cristo, sin obedecer la ley de Dios. De ahí que no tengan verdadera convicción de pecado, y sin esto no puede haber verdadera conversión.

Lutero escudriñó las Escrituras con incansable interés y celo, y al fin encontró en ellas el camino de la vida claramente revelado. Aprendió que no es al Papa, sino a Cristo, a quien los hombres deben acudir en busca de perdón y justificación. "No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos". Cristo es la única propiciación por el pecado; es el sacrificio completo y suficiente, por los pecados de todo el mundo, asegurando el perdón de todos los que crean en él como Dios ha designado. Jesús mismo declara: "Yo soy la puerta. Si alguno entra por mí, será salvo". Lutero ve que Cristo Jesús vino al mundo, no para salvar a la gente en sus pecados, sino para salvarlos de sus pecados; que la única manera por la cual el pecador puede ser

salvado es por el arrepentimiento hacia Dios, debido a la transgresión de su ley, y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo, tanto para el perdón de los pecados como para la gracia de llevar una vida de obediencia.

Así fue llevado a percibir la falacia de la doctrina papal, de que la salvación se obtiene por castigos y penitencias, y que los hombres deben alcanzar el Cielo a través del infierno. Aprendió de la preciosa Biblia que quien no es purificado del pecado por la sangre expiatoria de Cristo, nunca podrá ser purificado por los fuegos del infierno; que la doctrina del purgatorio no es más que un astuto artificio del padre de la mentira, y que la vida presente es el único período de prueba concedido al hombre para prepararse para la sociedad de los puros y santos.

7 de junio de 1883

Lutero en Wittenberg

EGW

Después de dos años en el claustro, Lutero fue consagrado sacerdote, y un año más tarde fue llamado a una cátedra en la Universidad de Wittenberg. Aquí se aplicó con diligencia al estudio de las lenguas antiguas, especialmente el griego y el hebreo, para poder estudiar la palabra de Dios en las lenguas originales. Comenzó a dar conferencias sobre la Biblia, y el libro de los Salmos, los Evangelios y las Epístolas se abrieron a la comprensión de multitudes de oyentes ávidos. De todas partes de Alemania, e incluso de otros países, acudían estudiantes a la universidad.

Staupitz, amigo y superior de Lutero, le instó a subir al púlpito y predicar la palabra de Dios. Pero Lutero vaciló, sintiéndose indigno de hablar al pueblo en lugar de Cristo. Sólo después de una larga lucha cedió a las peticiones de sus amigos.

El púlpito en el que predicó por primera vez era una vieja tribuna hecha de tablones toscos, en una capilla destartalada apuntalada por todos lados para evitar que se cayera. Aquí se inició la predicación de la Reforma. Cuando Jesús vino a la tierra, fue acunado en un pesebre. Y el Evangelio no se proclamó primero en iglesias imponentes, sino desde el asiento oscilante de la barca de un pescador, y en la ladera de la montaña, en la llanura y junto al camino.

Lutero ya era poderoso en las Escrituras, y la gracia de Dios descansaba sobre él. Su extraordinaria elocuencia deleitaba y cautivaba a sus oyentes; la claridad y el poder con que presentaba la verdad convencían su entendimiento, y su profundo fervor conmovía sus corazones. La pequeña capilla no podía contener la multitud que pedía ser admitida, y fue llamado a predicar en la iglesia parroquial. Su reputación se había extendido tanto que Federico el Sabio, Elector de Sajonia, acudió a Wittenberg para escucharle.

Lutero seguía siendo un verdadero hijo de la Iglesia papal, y no pensaba ser nunca otra cosa. En la providencia de Dios, decide visitar Roma. Prosigue su viaje a pie, alojándose en los monasterios del camino. Atraviesa los Alpes y descende a la llanura italiana, maravillándose a medida que avanza. De visita en un convento de Lombardía, ve el esplendor de los aposentos, la riqueza de los vestidos, el lujo de la mesa, la extravagancia por doquier. Con doloroso recelo contrasta esta escena con la abnegación y las penurias de su propia vida. Su mente se vuelve perpleja.

Por fin contempla a lo lejos la ciudad de las siete colinas. Con profunda emoción se postra en tierra, exclamando: "¡Santa Roma, te saludo!". Entra en la ciudad, visita las iglesias, escucha las maravillosas historias que le cuentan los sacerdotes y los monjes, y se somete a todas las formas y ceremonias requeridas. En todas partes contempla escenas que le llenan de asombro y horror. Comprueba que entre el alto clero existe la misma iniquidad que entre el bajo. Escucha las bromas indecentes de los preladados, y se llena de horror ante sus horribles blasfemias, incluso durante la misa. Cuando se mezcla con los monjes y los ciudadanos, se encuentra con la disipación, el libertinaje. Gire a donde quiera, en el lugar de la santidad encuentra profanación. "Es increíble", dice, "los pecados y atrocidades que se cometen en Roma. Si hay un infierno, Roma está construida sobre él. Es un abismo de donde proceden todos los pecados".

La espantosa depravación y la ciega superstición que veía por todas partes le impulsaron a acercarse más a Cristo. De rodillas subía Lutero un día la escalera de San Pedro, cuando una voz como un trueno pareció decirle: "El justo vivirá por la fe". Se levantó de un salto, avergonzado y horrorizado, y huyó del escenario de su locura. Aquel texto nunca perdió su poder sobre su alma. Desde entonces vio más claramente que nunca la falacia de confiar en las obras humanas para la salvación, y la necesidad de una fe constante en los méritos de Cristo. La verdad de Dios había iluminado su entendimiento. Sus ojos se habían abierto y nunca más se cerrarían a los engaños satánicos del papado. Cuando apartó su rostro de Roma, se había apartado también de corazón, y desde

entonces la separación se hizo cada vez mayor, hasta que rompió toda conexión con la iglesia romana.

A la edad de veintinueve años, Lutero recibió en la Universidad de Wittenberg el título de doctor en divinidad. Ahora estaba en libertad de dedicarse, como nunca antes, a las Escrituras que amaba. Había hecho el solemne voto de estudiar cuidadosamente y predicar con fidelidad la palabra de Dios, no los dichos y doctrinas de los papas, todos los días de su vida. Ya no era un simple monje o profesor, sino el heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado como pastor para apacentar el rebaño de Dios, que tenía hambre y sed de la verdad.

Los pies de Lutero estaban ahora plantados sobre el verdadero fundamento: "los profetas y los apóstoles, siendo la piedra angular Jesucristo mismo". Declaró firmemente que los cristianos no debían recibir otras doctrinas que las que se apoyaban en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Al oír estas palabras, Roma tembló. Golpearon el fundamento mismo de la supremacía papal. Contenían el principio vital de la Reforma.

En la providencia de Dios, Lutero se erigió en el reformador de la Iglesia. Trató de apartar las mentes de sus estudiantes de los sofismas de los filósofos y teólogos, y llevarlas a las verdades eternas expuestas por los profetas y apóstoles. Atacó sin miedo la infidelidad especulativa de los escolares y se opuso a la filosofía y la teología que durante tanto tiempo habían ejercido una influencia dominante sobre las mentes del pueblo. Vio, como vemos hoy, el peligro de exaltar las teorías y especulaciones humanas por encima de las verdades reveladas de la palabra de Dios. Denunció tales estudios como no sólo inútiles sino perniciosos, declarando que "los escritos de los profetas y los apóstoles son más ciertos y sublimes que todos los sofismas y la teología de las escuelas". "Dentro de mi corazón", añade, "sólo reina, y sólo debe reinar, la fe en mi Señor Jesucristo, que es el único principio, medio y fin de los pensamientos que me ocupan día y noche."

Con profunda seriedad declaró su fe en Cristo como la base de su esperanza, el principio y el fin, el fundamento y la gloria suprema del plan de salvación. Se le escuchaba con asombro cuando hablaba de esa fe a los estudiantes de la universidad y a las concurridas congregaciones de la iglesia. Con paso firme y seguro, alejaba de la confianza en los hombres, por muy elevadas que fueran sus pretensiones, alejaba de la justicia propia y la dirigía hacia Cristo.

La carga de su predicación era: "Aprended a conocer a Cristo y a éste crucificado. Aprended a desesperar de vuestra propia obra y clamadle: Señor Jesús, tú eres mi justicia y yo soy tu pecado. Tú has tomado sobre ti lo que era mío, y me has dado lo que era tuyo. En lo que no eras, te convertiste, para que yo llegara a ser lo que no era".

De este modo, Lutero expuso sin temor y con firmeza aquellas grandes verdades que los apóstoles de Cristo habían proclamado con tanto poder. La voz de Pablo, que resonó a lo largo de los siglos, habló a través de Lutero, desenmascarando supersticiones, refutando errores y desarraigando herejías.

Los sacerdotes y prelados, supuestos expositores de la verdad divina, pervertían las Escrituras con sus falsedades y prevaricaciones, arrancando la palabra de Dios para hacerla servir de apoyo a sus errores y tradiciones. Sediciosamente ocultaban la Biblia al pueblo, sabiendo muy bien que si la escudriñaban por sí mismos, su fe se fijaría en Cristo, y no en el Papa y los sacerdotes. La luz que resplandecía de la palabra de Dios conduciría a la mente directamente lejos de la fe romana.

Tal había sido la experiencia de Lutero. Al ver la terrible apostasía y corrupción de la Iglesia, decidió ser un fiel administrador de la palabra de Dios, para impartir a los demás sus santas enseñanzas en su pureza y sencillez. Sabía que, a menos que el pueblo recibiera la palabra de Dios como regla de vida, no habría esperanza de reforma. Por lo tanto, presentaba las Escrituras a sus oyentes como los oráculos de Dios, una comunicación divina tan verdaderamente dirigida a ellos como si oyeran la voz de Dios hablándoles desde el Cielo. Con gran seriedad les insistió en la importancia de adquirir por sí mismos un conocimiento de la palabra sagrada. La Biblia fue escrita por hombres santos bajo la inspiración del Espíritu Divino, y la ayuda de ese mismo Espíritu era indispensable para comprender sus enseñanzas. Debía estudiarse con humildad y fe, con una confianza inquebrantable en su autoridad suprema y con una ferviente oración por la ayuda divina. Sólo siguiendo este camino podía el investigador esperar discernir las cosas espirituales. Si así se estudiara la Palabra de Dios, ejercería una influencia moldeadora sobre las facultades mentales y morales, avivando y ennobleciendo el intelecto, purificando el alma y erigiendo así una poderosa barrera contra la iniquidad que inundaba el mundo.

Lutero no vino con ceremonias, tradiciones y fábulas humanas para imponerse a la credulidad del pueblo, sino con la verdad y el poder de Dios para iluminar su entendimiento y liberar sus almas de la esclavitud de la superstición y la

tiranía del pecado. Declaró a sus oyentes que debían creer individualmente en Cristo, si querían recibir la salvación por medio de él; ningún sacerdote o papa podía ocupar el lugar del Mediador divino. Los que venían a Jesús como pecadores arrepentidos y creyentes, encontrarían perdón y paz, y se les imputaría su justicia. La santificación es fruto de la fe, cuyo poder renovador transforma el alma a imagen de Cristo. Fue por la fe en un Redentor crucificado que las almas se salvaron en los días de los apóstoles; fue sólo por la misma fe que las almas pudieron salvarse en los días de Lutero. Enseñó a la gente que debían arrepentirse ante Dios, cuya santa ley habían transgredido, y tener fe en Cristo, cuya sangre podía expiar sus pecados. Les mostró que todos los que estaban verdaderamente arrepentidos rezarían fervientemente pidiendo ayuda divina para luchar contra sus malas propensiones, y también les insistió en el hecho de que la sinceridad de sus oraciones se pondría de manifiesto por la energía de sus esfuerzos para obedecer la ley de Dios.

Precioso en verdad fue el mensaje que Lutero llevó a las ávidas multitudes que se colgaban de sus palabras. Nunca antes habían escuchado tales enseñanzas. Las alegres nuevas del amor de un Salvador, la seguridad del perdón y la paz a través de su sangre expiatoria, derritieron sus corazones e inspiraron en ellos una esperanza inmortal. En Wittenberg se encendió una luz cuyos rayos se extenderían hasta los confines de la tierra, y cuyo resplandor aumentaría hasta el fin de los tiempos.

14 de junio de 1883

El primer golpe de la Reforma

EGW

El año 1517 marcó el comienzo de una nueva era para la Iglesia y el mundo. Fue un período de gran excitación en Alemania. Para reponer sus tesoros, la Iglesia Romana había abierto un vasto mercado en la tierra, y hecho mercancía de la gracia de Dios. Indulgencias era el nombre dado a esta mercancía. Cuando el mercader entraba en una ciudad, uno iba delante de él gritando: "La gracia de Dios y del Santo Padre está a vuestras puertas". Y el pueblo acogía al blasfemo pretendiente como si fuera Dios mismo bajado del Cielo hacia ellos.

Tetzel, el líder de este infame tráfico, había sido condenado por las más bajas ofensas contra la sociedad y contra la ley de Dios; pero habiendo escapado al castigo debido a sus crímenes, fue empleado ahora para promover los proyectos mercenarios y sin escrúpulos de la Iglesia Romana. Con descarado descaro

inventó las falsedades más evidentes y relató todo tipo de cuentos maravillosos para engañar a un pueblo ignorante, crédulo y supersticioso. Si hubieran poseído la palabra de Dios, detector infalible del pecado y de los engaños satánicos, no habrían podido ser engañados de esta manera. Fue para mantenerlos bajo el control del papado, para que pudieran engrosar el poder y la riqueza de sus ambiciosos líderes, que la Biblia les había sido retenida.

Tetzel establece su tráfico en la iglesia, y subiendo al púlpito, con gran vehemencia ensalza las indulgencias como los dones más preciosos de Dios. "Acercaos", clama, "y os daré cartas, debidamente selladas, por las que los pecados que en adelante queráis cometer os serán todos perdonados". "Ni siquiera el arrepentimiento es indispensable." "Pero más que todo esto, las indulgencias no sólo salvan a los vivos, sino también a los muertos." "En el momento en que el dinero choca contra el fondo de este cofre, el alma escapa del purgatorio, y vuela al Cielo." Con tal blasfemia celestial habló este agente de Satanás.

Cuando Simón el Mago ofreció comprar a los apóstoles el poder de obrar milagros, Pedro le respondió: "Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios puede comprarse con dinero." Pero la oferta de Tetzel fue aceptada por miles de ávidos. Oro y plata fluyeron en su tesorería. Una salvación que se podía comprar con dinero era más fácil de obtener que la que requería arrepentimiento, fe y esfuerzo diligente para resistir y vencer el pecado. Podían pecar como quisieran, y el dinero compraría su perdón.

La doctrina de las indulgencias había sido combatida durante mucho tiempo por los hombres cultos y piadosos de la Iglesia Romana, y eran muchos los que no creían en pretensiones tan contrarias a la razón y a la revelación. Sin embargo, ningún obispo se atrevía a levantar la voz contra el fraude y la corrupción de este tráfico inicuo. Las mentes de los hombres estaban cada vez más perturbadas e inquietas, y preguntaban ansiosamente si Dios no obraría a través de algún instrumento para la purificación de su Iglesia.

El tráfico de indulgencias, subversivo como era de los principios fundamentales del Evangelio, no podía dejar de suscitar una decidida oposición por parte de Lutero. Aunque seguía siendo un papista de la clase más recta, estaba lleno de horror ante las suposiciones blasfemas de Tetzel y sus asociados. Muchos miembros de su propia congregación habían comprado certificados de indulto, y pronto empezaron a acudir a Lutero confesando sus diversos pecados y esperando la absolución, no porque estuvieran arrepentidos y quisieran

reformarse, sino por la indulgencia. Lutero les negó la absolución y les advirtió que, a menos que se arrepintieran y reformaran sus vidas, perecerían en sus pecados. Sumidos en una gran perplejidad, buscaron a Tetzel y le informaron de que Lutero, un monje agustino, había tratado sus cartas con desprecio. El fraile se llenó de ira. Pronunció las más terribles maldiciones, hizo encender hogueras en la plaza pública y declaró que tenía órdenes del Papa de quemar a los herejes que osaran oponerse a sus santísimas indulgencias.

Lutero emprende ahora audazmente su trabajo como paladín de la verdad, luchando no contra carne y sangre, sino contra principados, potestades y maldad espiritual en las alturas. Su voz se oye desde el púlpito, en seria y solemne advertencia. Expone al pueblo el carácter ofensivo del pecado y le enseña que es imposible que el hombre, por sus propias obras, disminuya su culpa o eluda su castigo. Sólo el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo pueden salvar al pecador. La gracia de Cristo no se puede comprar. Es un don gratuito. Aconseja al pueblo que no compre las indulgencias, sino que mire con fe a su Redentor crucificado. Relata su dolorosa experiencia al buscar en vano la salvación por medio de la humillación y la penitencia, y asegura a sus oyentes que fue apartando la mirada de sí mismo y creyendo en Cristo como encontró paz y gozo indecibles. Los exhorta a obtener, si es posible, un ejemplar de la Biblia, y a estudiarla diligentemente. Los que no aprenden y obedecen sus verdades sagradas son los que son engañados por Satanás y dejados perecer en su iniquidad.

Se había asestado un golpe audaz a la Reforma. Pero Satanás estaba reuniendo sus fuerzas para controlar las mentes de la gente y mantener el tráfico en la gracia de Dios. Despertó tal odio contra Lutero que muchos estaban dispuestos a acallar su oposición, incluso quitándole la vida. De este modo, la gran controversia entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas avanzaba sin cesar.

Por esta época, el elector Federico tuvo un sueño que le impresionó profundamente y que parecía presagiar de manera notable la obra de la Reforma. "Se acercaba la fiesta de Todos los Santos, y el elector, habiéndose retirado a descansar, estaba meditando sobre cómo debía celebrar la fiesta, y rezaba por las pobres almas del purgatorio, e imploraba la guía divina para sí mismo, sus consejeros y su pueblo. Así ocupado, se durmió, y soñó que un monje, un verdadero hijo del apóstol Pablo, era enviado a él; y que todos los santos lo acompañaban, con el propósito de testificar que había sido divinamente comisionado. Pidieron al elector que permitiera al monje escribir algo en la

puerta de la iglesia de Wittenberg. El monje se puso a escribir, y los caracteres eran tan grandes y brillantes que podían leerse a gran distancia; y la pluma que usaba era tan larga que su extremo llegaba hasta Roma, e hirió las orejas de un león que estaba allí agazapado, y sacudió la triple corona de la cabeza del papa. Todos los cardenales y príncipes corrieron a sostenerla; y, como el soñador mismo se unió al esfuerzo de sostener la corona del papa, se despertó muy alarmado y enojado con el monje que había usado su pluma tan torpemente. Al poco rato se durmió de nuevo, y su extraño sueño continuó; el león perturbado comenzó a rugir, y Roma y todos los Estados circundantes corrieron a hacer averiguaciones; y el papa exigió que se contuviera al monje, y exigió esto especialmente al elector, ya que el monje vivía en sus dominios.

"Una vez más, el elector despertó de su sueño, rogó a Dios que preservara al santo padre, el papa, y volvió a dormir. Y su extraño sueño continuó, y vio a todos los príncipes del imperio agolparse en Roma, y a todos esforzándose por romper la misteriosa pluma. Sin embargo, cuanto más se esforzaban por romperla, más rígida se volvía; y cuando le preguntaron al monje dónde la había encontrado y por qué era tan fuerte, respondió que la había conseguido de uno de sus antiguos maestros de escuela; que pertenecía a un ganso bohemio [Juan Huss, cuyo apellido en lengua bohemia significa ganso. Huss proclamó la verdad un siglo antes de la época de Lutero, y cuando fue asaltado por la persecución, declaró: "Los malvados han comenzado por preparar una trampa traicionera para el ganso. Pero si incluso el ganso, que no es más que un ave doméstica, un animal pacífico, y cuyo vuelo no es muy alto en el aire, ha roto, sin embargo, a través de sus peligros, otras aves, elevándose más audazmente hacia el cielo, romperán a través de ellos con una fuerza aún mayor. En lugar de un ganso débil, la verdad enviará águilas y buitres de ojos agudos"] de cien años; y que era fuerte porque ningún hombre podía quitarle la médula. De repente, el soñador oyó un grito, y he aquí que un gran número de plumas habían salido de la larga pluma del monje."

La fiesta de Todos los Santos era un día importante para Wittenberg. Las costosas reliquias de la iglesia se exponían ante el pueblo, y se concedía la completa remisión de los pecados a todos los que visitaban la iglesia y se confesaban. Por eso, ese día, el pueblo acudía en masa a Wittenberg.

El 31 de octubre, el día anterior a la fiesta, un monje se dirigió audazmente a la iglesia, a la que ya acudía una multitud de fieles, y pegó en la puerta noventa y cinco proposiciones contra la doctrina de las indulgencias. Ese monje era Martín Lutero. Iba solo; ninguno de sus amigos más íntimos conocía su designio. Al

fijar sus tesis en la puerta de la iglesia, se proclamó dispuesto a defenderlas al día siguiente en la propia universidad contra todos los opositores.

Estas proposiciones atrajeron la atención universal. Fueron leídas, releídas y repetidas en todas direcciones. Se creó un gran entusiasmo en la universidad y en toda la ciudad.

Por medio de estas tesis, la doctrina de las indulgencias fue valientemente combatida. Se demostró que el poder de conceder el perdón de los pecados y de remitir su pena nunca había sido confiado al Papa ni a ningún otro hombre. Todo el plan era una farsa, un artificio para extorsionar dinero jugando con las supersticiones del pueblo, un ardid de Satanás para destruir las almas de todos los que confiaran en sus mentirosas pretensiones. También se demostró claramente que el Evangelio de Cristo era el tesoro más valioso de la Iglesia, y que la gracia de Dios, revelada en él, se concedía gratuitamente a todos los que la buscaran mediante el arrepentimiento y la fe.

Dios dirigía las labores de este intrépido constructor, y la obra que realizaba era firme y segura. Había presentado fielmente la doctrina de la gracia, que destruiría las suposiciones del papa como mediador, y conduciría al pueblo sólo a Cristo como sacrificio e intercesor del pecador. Así comenzaba a cumplirse el sueño del elector. La pluma que escribía en la puerta de la iglesia se extendía hasta Roma, perturbando al león en su guarida y empujando la diadema del papa.

Las multitudes amantes del pecado y supersticiosas se aterrorizaron cuando los sofismas que habían calmado sus temores fueron bruscamente barridos. Los astutos eclesiásticos, interrumpidos en su infernal trabajo de sancionar el crimen, y viendo peligrar sus ganancias, se enfurecieron y se unieron para defender al Papa.

Las tesis de Lutero desafiaron la discusión; pero nadie se atrevió a aceptar el reto. Por la gracia de Dios, el golpe dado por el monje de Wittenberg sacudió los cimientos mismos del papado, aturdió y aterrorizó a sus partidarios, y despertó a miles del sueño del error y la superstición. Las cuestiones que proponía en sus tesis se habían extendido en pocos días por toda Alemania, y en pocas semanas habían resonado por toda la cristiandad. Muchos devotos romanistas, que habían visto y lamentado la terrible iniquidad reinante en la Iglesia, pero que no habían sabido cómo detener su progreso, leyeron las proposiciones con gran alegría, reconociendo en ellas la voz de Dios. Sintieron que el Señor había puesto bondadosamente su mano para detener la rápida

marea de corrupción que salía de la sede de Roma. Los príncipes y magistrados se regocijaron secretamente de que se fuera a poner un freno al poder arrogante del que no se podía apelar.

Sin embargo, había algunos que dudaban y temían. El prior de la orden de Lutero, asustado por Tetzl, acudió al Reformador muy alarmado, diciendo: "Te ruego que no traigas la desgracia a tu orden". Lutero tenía un gran respeto por este hombre, y se sintió profundamente afectado por sus palabras, pero reanimándose replicó: "Querido padre, si la cosa no es de Dios, quedará en nada. Si lo es, que siga adelante".

Pero el Reformador tuvo que enfrentarse a acusadores más amargos. Algunos lo acusaron de actuar precipitadamente y por impulso. Otros le acusaron de presunción, declarando que no estaba dirigido por Dios, sino que actuaba desde el orgullo y el atrevimiento. "¿Quién no sabe", responde, "que rara vez podemos proponer una idea nueva sin que parezca orgullo y sin que se nos acuse de buscar disputas? ¿Por qué fueron condenados a muerte Cristo y todos los mártires? Porque parecían orgullosos despreciadores de la sabiduría de los tiempos en que vivían, y porque proponían nuevas verdades sin haber consultado antes los oráculos de las antiguas opiniones."

De nuevo declara: "Lo que estoy haciendo no se llevará a cabo por la prudencia del hombre, sino por el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién la detendrá? Si no lo es, ¿quién podrá adelantarla? No mi voluntad, ni la de ellos, ni la nuestra; sino tu voluntad, Padre santo que estás en los cielos".

Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios a comenzar su obra; pero no iba a llevarla adelante sin graves conflictos. Los reproches de sus enemigos, la tergiversación de sus propósitos y las reflexiones injustas y maliciosas sobre su carácter y sus motivos, se abatieron sobre él como un torrente abrumador, y no sin efecto. Confiaba en que los líderes de la Iglesia y los filósofos de la nación se unirían gustosamente a él en sus esfuerzos por la reforma. Las palabras de aliento de los que ocupaban altos cargos le habían inspirado alegría y esperanza. Ya anticipaba el amanecer de un día mejor para la Iglesia. Pero el aliento se había convertido en reproche y condena. Muchos de los dignatarios tanto de la Iglesia como del Estado estaban convencidos de la veracidad de las tesis de Lutero; pero pronto vieron que la aceptación de estas verdades implicaría grandes cambios. Ilustrar y reformar al pueblo sería virtualmente socavar la autoridad papal, detener millones de corrientes que ahora fluían a su tesoro, y así reducir en gran medida la extravagancia y el lujo de los líderes

romanos. Además, enseñar al pueblo a pensar y actuar como seres responsables, buscando sólo a Cristo para la salvación, derrocaría el trono del pontífice, y finalmente destruiría su propia autoridad. Por esta razón rechazaron el conocimiento que Dios les ofrecía, y se aliaron contra Cristo y la verdad oponiéndose al hombre que Él había enviado para iluminarlos.

21 de junio de 1883

La fuente de fortaleza de Lutero

EGW

Lutero temblaba al verse a sí mismo, un hombre opuesto a los poderes más poderosos de la tierra. A veces dudaba si Dios le había guiado a oponerse a toda la autoridad de la Iglesia. "¿Quién era yo", escribe, "para oponerme a la majestad del Papa, ante la cual tiemblan los reyes de la tierra y el mundo entero? Nadie puede saber lo que sufrí en aquellos dos primeros años, y en qué abatimiento y desesperación me vi a menudo sumido."

Pero no se dejó abatir por completo. Cuando el apoyo humano le falló, miró sólo a Dios, y aprendió que podía apoyarse con perfecta seguridad en ese brazo todopoderoso. El Reformador trabajó firmemente para limpiar la basura bajo la cual la verdadera fe había estado enterrada durante siglos. El polvo de los antiguos errores oscurecía a veces su propia visión, de modo que no podía ver la verdad con perfecta claridad; pero a medida que avanzaba resueltamente, rayos de luz brotaban de la palabra de Dios, desterrando las tinieblas de la superstición y llenando su alma con el resplandor de una fe más pura y más santa. Superó el abatimiento; revivieron su valor y su esperanza. Sus amigos comenzaron a reunirse a su alrededor. Pero no olvidó la fuente de su fuerza. A Spalatin, capellán del elector y verdadero amigo de la Reforma, Lutero le escribió:

"No podemos alcanzar la comprensión de la Escritura ni por el estudio ni por la fuerza del intelecto. Por tanto, vuestro primer deber debe ser comenzar por la oración. Suplica al Señor que se digne concederte, en su rica misericordia, entender rectamente su palabra. No hay más intérprete de la palabra que el Autor mismo de la palabra. Como él mismo ha dicho: 'Todos serán enseñados por Dios'. No esperes nada de tu estudio y fuerza de intelecto; sino simplemente pon tu confianza en Dios, y en la guía de su Espíritu. Creed a quien ha hecho prueba de este asunto".

Aquí vemos cómo Lutero llegó a poseer la verdad que despertó la Reforma. Son los hombres de humildad y oración los que se convierten en hombres poderosos en las Escrituras. Escudriñan la palabra de verdad como si buscaran tesoros escondidos. Y a medida que leen y oran, y oran y leen, se convierten en canales vivos de luz y verdad. He aquí una lección de vital importancia para aquellos que sienten que Dios los ha llamado a presentar a otros las verdades solemnes para este tiempo. Estas verdades despertarán la enemistad de Satanás y de los hombres que aman las fábulas que él ha inventado. En el conflicto con los poderes del infierno, se necesita algo más que intelecto y sabiduría humana.

Tetzel, en su furia contra Lutero, respondió a sus tesis con antítesis, en las que intentaba defender la doctrina de las indulgencias y sostener el poder del Papa. Lutero se adelantó con alegría a la contienda, esperando que la verdad, para él tan preciosa, pudiera ser revelada a muchas mentes. "No te extrañes", escribió a un amigo, "de que me injurien tan despiadadamente. Oigo sus injurias con alegría. Si no me maldijeran, no podría estar tan firmemente seguro de que la causa que he emprendido es la causa de Dios." Sin embargo, Lutero amaba la paz. Poseía un corazón tierno y comprensivo, y aunque urgido por el Espíritu de Dios a defender la verdad, se retraía de causar contiendas en la iglesia o en el Estado. "Tiemblo, me estremezco", decía, "al pensar que pueda ser ocasión de discordia para tan poderosos príncipes".

A medida que Lutero, con noble firmeza, defendía el Evangelio, sus doctrinas se difundían, y los sacerdotes y el pueblo se unían en torno a él como abanderado. Por mucho que les costara cambiar de opinión, la luz de la verdad disipaba las tinieblas del error. Algunos que secretamente se regocijaban en la obra, al principio no tomaron parte activa en ella; pero la decidida oposición contra Lutero y las verdades que predicaba, trajo a estas personas al frente, y cambió sus dudas por la certeza de la fe. En los corazones de los que querían obedecer su palabra, el Señor puso una firmeza y decisión que nada podía conmovér.

Satanás trabajaba perseverantemente para derribar todo lo que Dios movía a sus siervos a edificar. Uno de los instrumentos más hábiles del adversario era Prierias, el señor del palacio pontificio, que también ocupaba el cargo de censor. Los principales hombres de la Iglesia católica estaban divididos en cuanto a la verdadera autoridad para interpretar las Escrituras. Una parte creía que la autoridad residía en los concilios generales, como representantes de la Iglesia; mientras que otra parte mantenía firmemente que sólo al Papa se le concedía el poder de interpretación, y que nadie tenía derecho a explicar las Escrituras en

contra de su decreto. Prierias se contaba entre los más celosos partidarios del papa. "Cualquiera que no acepte y confíe en las enseñanzas de la Iglesia romana y del pontífice romano como regla infalible de fe, y como aquello de lo que la Sagrada Escritura misma deriva su obligación y autoridad, es un hereje". Así habló el altivo Prierias, y luego procedió a atacar a Lutero con el espíritu de un bufón e inquisidor, en vez de con el espíritu de un sereno y digno defensor de la iglesia de Cristo.

Lutero se enfrentó a este adversario con la misma firmeza intrépida que mostraba frente a otros adversarios. Se había entregado al servicio de la verdad, y el Espíritu de la verdad le dio sabiduría, fuerza y entendimiento. Prierias había comenzado su obra estableciendo ciertos principios. "Siguiendo su ejemplo", dijo Lutero, "yo también estableceré ciertos principios. El primero es el pasaje de San Pablo: 'Si alguno os anunciare otro evangelio diferente del que se os ha anunciado, aunque sea un ángel del cielo, sea anatema'. El segundo es de San Agustín: 'He aprendido a rendir sólo a las Escrituras inspiradas el homenaje de la firme creencia de que nunca se han equivocado: en cuanto a los demás, no creo en las cosas que enseñan, simplemente porque son ellos quienes las enseñan'."

Lutero añade: "Si comprendes bien estos principios, comprenderás también que todo tu diálogo queda anulado". A las insinuaciones y amenazas de Prierias responde con estas valientes palabras: "¿Tienes sed de sangre? Protesto que esas amenazas vuestras no me producen la menor alarma. Pues ¿qué pasaría si yo perdiera la vida? Cristo aún vive; Cristo mi Señor, y el Señor de todos, bendito por siempre".

Hay que recordar que Lutero atacaba con golpes decididos las instituciones de siglos. No podía hacerlo sin suscitar odio y oposición. Ningún argumento contra él podía extraerse de la palabra de Dios, pues sus pies estaban firmemente plantados sobre el fundamento de los profetas y apóstoles, siendo Cristo mismo la piedra angular. Cuando sus enemigos apelaban a la costumbre y a la tradición, o a las afirmaciones y a la autoridad del pontífice romano, Lutero les respondía con la Biblia y sólo con la Biblia. He aquí argumentos a los que no podían responder. Por eso los esclavos del formalismo y la superstición clamaban por su sangre, como los judíos habían clamado por la sangre de Cristo.

"Es un hereje", gritaron estos fanáticos romanos; "¡es un pecado permitirle vivir una hora más! Llévenlo de inmediato al cadalso". Pero Lutero no cayó presa de su furia. Dios tenía una obra para él, y los ángeles del Cielo fueron enviados

para protegerlo. Muchos, sin embargo, que habían recibido de Lutero la preciosa luz, fueron objeto de la ira de Satanás, y por causa de la verdad sufrieron sin temor la tortura y la muerte.

La oposición es la porción de todos aquellos a quienes Dios emplea para avanzar en su obra presentando la verdad especialmente aplicable a su tiempo. La controversia entre Cristo y Satanás ha de aumentar en intensidad hasta el fin de la historia de esta tierra. Los que se atrevan a presentar verdades que no estén en armonía con las iglesias populares y con el mundo, serán por ello objeto de calumnia, reproche y falsedad. Muchos que al principio sólo se unen parcialmente a los burladores, finalmente se prestan plenamente a Satanás, para oponerse y derribar lo que Dios quiere edificar.

Existe hoy la misma disposición a sustituir la palabra de Dios por las teorías y tradiciones de los hombres que en los días de Cristo, de Pablo o de Lutero. Los ministros proponen doctrinas que no tienen fundamento en las Escrituras de la verdad, y en lugar de pruebas bíblicas, presentan sus propias afirmaciones como autoridad. El pueblo acepta la interpretación de la Palabra que hace el ministro, sin orar fervientemente para saber cuál es la verdad. No hay seguridad en depender de la sabiduría y el juicio humanos. Dijo nuestro Salvador: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí".

Todos los que poseen capacidad de raciocinio pueden saber por sí mismos qué es la verdad. Los que oran y buscan la luz, la recibirán. La razón por la que tantos andan a tientas en la niebla del error es que aceptan las afirmaciones de los hombres, en vez de escudriñar la Palabra de Dios por sí mismos. "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Los mundanos y los cristianos superficiales no aceptarán nada que interfiera con su egoísta amor al placer; por eso ignoran voluntariamente la verdad que salvaría sus almas. Satanás trabaja con todo su arte engañoso para presentar fábulas agradables ante el pueblo, y toma a miles en su trampa.

Los defensores de la verdad en nuestros días no deben esperar que su mensaje sea recibido con mayor favor que el de los primeros reformadores. Antes bien, deben esperar mayores dificultades y una oposición más decidida que la que experimentaron Lutero y sus colaboradores. El odio de Satanás contra la verdad es el mismo en todas las épocas; pero como ve que su tiempo es corto, hace un último y poderoso esfuerzo, por medio de señales y prodigios mentirosos, para engañar y destruir, no sólo al mundo incrédulo, sino a la gran masa de cristianos

profesos que no han recibido el amor de la verdad para ser salvos. En la Segunda Epístola a los Tesalonicenses, Pablo declara que la segunda venida de Cristo será precedida por "la obra de Satanás con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esta causa, Dios les enviará un fuerte engaño, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia."

Había una verdad presente -una verdad en aquel tiempo de especial importancia- en los días de Cristo, de Pablo, de Lutero; hay una verdad presente para la iglesia de hoy. Pero la verdad no es más deseada por los hombres de hoy de lo que lo fue por los judíos en el tiempo de Cristo, o por los papistas en los días de Lutero. Por eso Satanás, obrando ahora con un poder diez veces mayor, logra como antaño cegar los ojos de los hombres y oscurecer su entendimiento.

Cuando los que ahora trabajan en la causa de la reforma experimenten conflictos y pruebas, cuando encuentren su camino cercado por dificultades y obstruido por la basura del error, que recuerden que están recorriendo el mismo camino que los profetas, apóstoles y reformadores de todas las épocas han recorrido antes que ellos. Cristo mismo recorrió un camino más espinoso que cualquiera de sus seguidores. Pueden consolarse pensando que están en buena compañía. Uno más poderoso que Satanás es su líder, y él les dará fuerza para mantenerse firmes en la fe, y los sacará victoriosos.

28 de junio de 1883

Lutero convocado a Augsburgo

EGW

La pluma de Lutero trazaba palabras de verdad que sacudían los cimientos mismos del papado. "Cualesquiera sermones e instrucciones que no exhiban y den a conocer a Jesucristo, no pueden ser el pan y alimento diario de las almas. Por lo tanto, debemos predicar sólo a Cristo". ¡Qué palabras eran estas viniendo de un hijo de la Iglesia Romana! Cristo fue exaltado por encima del Papa. Cristo fue elevado ante el pueblo como el Cordero de Dios, el único que puede quitar el pecado del mundo. ¿Qué maravilla que Satanás se enfureciera, y que todo el poder de la jerarquía romana se excitara contra Lutero?

El Reformador continúa: "¿Qué es conocer a Cristo? y ¿qué bien se obtendrá de ello? Respondo: Aprender y conocer a Cristo es comprender lo que el apóstol declara, a saber, que Cristo nos es hecho, por Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención." "Creer no es otra cosa que alimentarse de este pan del cielo".

En cuanto al poder de la Iglesia para remitir los pecados, escribe: "La remisión de los pecados está fuera del poder del papa, del obispo o del sacerdote, o de cualquier hombre vivo, y descansa únicamente en la palabra de Cristo y en su propia fe. Un papa o un obispo no tienen más poder para remitir los pecados que el más humilde sacerdote."

Para dar a conocer mejor la verdad al pueblo, Lutero preparó unas tesis en las que exponía las nuevas doctrinas y las discutió públicamente con sus adversarios en una de las principales universidades de Alemania. Esta discusión fue escuchada con profundo interés. Jóvenes cultos observaron con asombro la fuerza de los argumentos de Lutero basados en las Escrituras. Buscaron al Reformador y, en privado, escucharon ávidamente su explicación de la palabra de Dios. Deseaban sinceramente conocer la verdad, por lo que la entrada de la palabra de Dios iluminó su entendimiento. La labor del maestro fue recompensada. Cuando Lutero fue llamado a otros campos, estos jóvenes, con la Biblia en la mano, proclamaron sin temor las palabras de la vida. Multitudes se reunieron para oír la verdad, y muchos cautivos fueron liberados de la esclavitud del error papal. Estos jóvenes se convirtieron en trabajadores activos y útiles en la iglesia, y ocuparon puestos de responsabilidad en la gran obra de la Reforma.

Lutero vio que la causa de la verdad tenía poco que esperar de aquellos que habían sido educados en el error, y sintió que su éxito debía depender de la generación naciente. Dice: "Tengo la gloriosa esperanza de que así como Cristo, cuando fue rechazado por los judíos, se volvió hacia los gentiles, así veremos a la generación naciente recibir la verdadera teología, que estos viejos, aferrados a sus vanas y más fantasiosas opiniones, ahora rechazan obstinadamente."

Estas palabras del Reformador contienen una verdad que debería ser tenida en cuenta por aquellos que todavía siguen adelante en la obra de la reforma. Los hombres tardan en renunciar a los errores acariciados durante toda una vida. Muchos cierran resueltamente los ojos, para no ver la luz de la verdad. A menudo la evidencia más clara de la palabra de Dios sólo sirve para excitar su odio y oposición. Ahora, como en los tiempos de Lutero, las esperanzas de

reforma descansan en los jóvenes, cuyos hábitos y opiniones aún no se han estereotipado, y que por lo tanto ceden más fácilmente a las influencias correctas. Convertidos a Dios, los jóvenes de nuestro tiempo pueden, como los jóvenes a quienes instruyó Lutero, ocupar un lugar importante en la causa de la verdad.

El amplio interés suscitado por las enseñanzas de Lutero despertó los temores de las autoridades papales, y de inmediato se hicieron esfuerzos para sofocar la peligrosa herejía. Se escribió una carta en nombre del Papa al elector Federico, instándole a retirar su protección a Lutero e insinuando sospechas sobre la fidelidad del elector a la Iglesia. Los romanistas habían juzgado mal el carácter del príncipe con el que tenían que tratar. Federico de Sajonia era un devoto servidor de la Iglesia, pero también era un hombre de gran integridad, y no sacrificaría la justicia y la verdad, ni siquiera a las exigencias del Papa. A la carta papal respondió que Lutero había expresado uniformemente su voluntad de defender sus doctrinas ante los jueces apropiados y de someterse a su decisión si las Escrituras eran capaces de convencerle de su error.

Pero la palabra de Dios no era el arma más conveniente para Roma. Era precisamente lo que no querían que saliera a la luz, porque sabían muy bien que las verdades contenidas en ella no sólo condenarían su proceder injusto, sino que harían caer por tierra sus elevadas pretensiones. Las únicas armas que podían utilizar con seguridad eran las prisiones, la tortura y la muerte. Lutero recibe una citación para comparecer en Roma y responder ante el tribunal papal de la acusación de herejía. Esta orden aterroriza a sus amigos.

Conocen muy bien el peligro que le amenaza en aquella ciudad corrupta, ebria ya de la sangre de los mártires de Jesús. Con indignación se preguntan entre ellos: ¿Todo hombre que se atreva a levantar su voz contra los pecados de Roma será acallado con la muerte? ¿Permitiremos este gran sacrificio?

Las enseñanzas de Lutero habían atraído la atención de las mentes pensantes de toda Alemania. De sus sermones y escritos brotaban rayos de luz que habían despertado e iluminado a miles de personas. Una fe viva estaba ocupando el lugar del formalismo muerto en el que la Iglesia se había mantenido durante tanto tiempo. El pueblo perdía cada día la confianza en las supersticiones del romanismo. Las barreras de los prejuicios cedían. La palabra de Dios, con la que Lutero probaba toda doctrina y toda pretensión, era como una espada de dos filos que se abría camino hasta el corazón del pueblo. En todas partes se despertaba el deseo de progreso espiritual. En todas partes había un hambre y

una sed de justicia como no se había conocido en siglos. Los ojos del pueblo, durante tanto tiempo dirigidos a formas y mediadores humanos, se volvían ahora, en penitencia y fe, a Cristo y a éste crucificado.

Lutero y sus amigos sabían que no podía esperar justicia en Roma. Sabían que no habría seguridad para él en el viaje a Roma, ni tampoco después de su llegada. Los romistas no habían escatimado denuncias contra él, y una vez en sus garras, ningún poder humano podría liberarlo. Sus amigos deseaban unánimemente que fuera examinado en Alemania.

Finalmente, se llegó a este acuerdo y se designó al legado del Papa para conocer del caso. Las instrucciones comunicadas por el pontífice a este funcionario fueron las siguientes:

"Os encargamos que obliguéis a Lutero a comparecer ante vosotros en persona; que lo proceséis y reduzcáis a sumisión sin demora, tan pronto como hayáis recibido esta nuestra orden, habiendo sido ya declarado hereje por nuestro querido hermano Jerónimo, obispo de Asculan." "Si volviera al sentido de su deber, y pidiera perdón por tan grande ofensa, libremente y por su propia voluntad, os damos poder para recibirlo en la unidad de la santa madre iglesia." "Si persistiera en su obstinación, y no consiguierais apoderaros de su persona, os damos poder para proscribirlo en todos los lugares de Alemania; para expulsar, maldecir y excomulgar a todos los que estén unidos a él, y para ordenar a todos los cristianos que eviten su sociedad."

El Papa va aún más lejos, y pide a su legado, con el fin de erradicar por completo la pestilente herejía, que excomulgue a todos, de cualquier dignidad en la iglesia o en el Estado, excepto al emperador, que "se descuide de apresar a dicho Martín Lutero y a sus adherentes, y los envíe a usted bajo autoridad apropiada y segura".

Aquí se muestra el verdadero espíritu del romanismo. No hay ni rastro de principios cristianos, ni siquiera de justicia común, en todo el documento. Lutero se encuentra a gran distancia de Roma; no ha tenido oportunidad de explicar o defender su posición; sin embargo, antes de que su caso haya sido investigado, se le declara sumariamente hereje, y en el mismo día, se le exhorta, acusa, juzga y condena; ¡y todo esto por el autodenominado santo padre, la única autoridad suprema e infalible en la Iglesia o el Estado! El espíritu del dragón, "esa serpiente antigua, que es el diablo y Satanás", se ve en esta transacción. A pesar de su astucia, en su ira se ha olvidado de ser sabio.

Se había fijado Augsburgo como el lugar del juicio de Lutero, y allí fue el Reformador. Se temía seriamente por él. Se había amenazado abiertamente con asaltarlo y asesinarlo en el camino, y sus amigos le rogaron que no se aventurara. Staupitz suplicó a Lutero que viniera y se refugiara con él hasta que amainara la tormenta. "Me parece", escribió, "que todo el mundo está en armas y combinado contra la verdad. Incluso así fue odiado Jesús crucificado. No veo que tengáis nada más que esperar que la persecución. Lo más prudente es que dejes Wittenberg por un tiempo y vengas a vivir conmigo. Entonces viviremos y moriremos juntos".

Pero Lutero no abandonaría la posición en la que Dios lo había colocado. Debía continuar fielmente manteniendo la verdad, a pesar de las tormentas que lo azotaban. Su lenguaje era: "Soy como Jeremías, hombre de contiendas y pleitos; pero cuanto más aumentan sus contiendas, tanto más se multiplica mi alegría. Mi mujer y mis hijos están bien provistos, mis tierras y casas y todos mis bienes están a salvo. Ya han hecho pedazos mi honor y mi buen nombre. Sólo me queda mi miserable cuerpo; que se lo queden; así acortarán mi vida unas horas. Pero en cuanto a mi alma, no la tendrán. El que resuelve llevar la palabra de Cristo al mundo, debe esperar la muerte a cada hora."

12 de julio de 1883

Lutero ante el Legado del Papa

EGW

Al llegar a Augsburgo, Lutero informó inmediatamente al legado del Papa de que se encontraba en la ciudad. El legado recibió la noticia con alegría. Se sintió seguro de que el problemático hereje que estaba alborotando al mundo entero estaba ahora en su poder, y determinó que no debía salir de Augsburgo como había entrado.

El asistente del legado, un cortesano italiano de modales insinuantes, se jactó de que sería fácil llevar al Reformador a una posición adecuada. Por lo tanto lo llamó con profesiones de gran amistad, y seriamente le dio instrucciones de etiqueta, pensando así inspirarle temor por el gran hombre ante quien iba a comparecer. Instó a Lutero a que lo acompañara inmediatamente a la presencia del legado, pero Lutero afirmó con calma que primero debía obtener su salvoconducto.

Irritado por su mal éxito, el astuto italiano exclamó: "Cuando todos los hombres te abandonen, ¿dónde te refugiarás?". "Bajo el Cielo", respondió el Reformador, mirando reverentemente hacia arriba.

Lutero recibió pronto su salvoconducto y se preparó para comparecer ante el legado. Al recibir la información del hecho, este dignatario quedó algo perplejo para decidir qué curso seguir con un hombre de carácter tan decidido, y consultó a sus amigos sobre el asunto. Uno de ellos se mostró decidido a obligarle a retractarse; otro, a arrestarle y encarcelarle. Un tercero aconsejó audazmente que se le apartara del camino, mientras que un cuarto recomendó que se intentara ganárselo con amabilidad. Se decidió adoptar el último consejo como el más seguro.

En su primera entrevista con el Reformador, el legado se mostró reservado, pero cortés. Esperaba que Lutero cediera en todos los puntos sin argumentos ni preguntas, y esperó en silencio a que comenzara su retractación.

Lutero declaró que compareció ante el legado en respuesta a la citación del Papa y por deseo del elector de Sajonia, y se declaró humilde y obediente hijo de la santa Iglesia cristiana. Luego procedió al punto en cuestión: "Reconozco que fui yo quien publicó las proposiciones y tesis que son objeto de investigación. Estoy dispuesto a escuchar con toda sumisión los cargos que se me imputan y, si estoy en un error, a ser instruido en la verdad."

El legado elogió la humildad de Lutero, e inmediatamente le hizo saber lo que se esperaba de él: "Primero, debes volver a tu deber. Debes reconocer tus faltas y retractarte de tus errores, tus proposiciones y sermones. En segundo lugar, debes prometer abstenerte de propagar tus opiniones. Y tercero, debes comprometerte a ser más discreto, y evitar todo lo que pueda afligir o perturbar a la iglesia."

Lutero pidió ver las credenciales del cardenal, mostrando su autoridad para resolver el asunto. Se le negó y se le dijo que sólo tenía que renunciar a sus errores y el cardenal lo arreglaría todo con la Iglesia.

Lutero pidió entonces que se le informara en qué se había equivocado. Con un aire de condescendencia, el cardenal respondió: "Dos proposiciones son presentadas por usted que debe, ante todo, retractar. Primero, el tesoro de las indulgencias no consiste en los méritos y sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo. En segundo lugar, el hombre que recibe el santo sacramento debe tener fe en la gracia que se le ofrece." Si estas proposiciones fueran

generalmente aceptadas, serían fatales para el comercio de Roma, derribarían las mesas de los cambistas y expulsarían del templo a los que mercadeaban con la gracia de la salvación.

El legado había prometido atenerse al testimonio de las Escrituras; pero a pesar de ello se acogió a la constitución de los papas en favor de las indulgencias. Lutero declaró que no podía aceptar tales constituciones como pruebas suficientes en temas tan importantes; "porque tergiversan las Sagradas Escrituras, y nunca las citan al efecto." El legado replicó: "El Papa tiene autoridad y poder sobre todas las cosas". "Salvad las Escrituras", respondió Lutero con seriedad. "¡Salvad las Escrituras!", repitió el legado con sorna, y afirmó que el Papa estaba por encima de los concilios, y que todos los que se atrevieran a cuestionar su autoridad recibirían su merecido.

En cuanto a la segunda proposición, que afirmaba la necesidad de la fe para obtener la gracia, Lutero declaró que ceder en ese punto sería negar a Cristo. Dijo: "No puedo, por lo tanto, y no cederé ese punto, y, con la ayuda de Dios, lo sostendré hasta el fin".

El legado replicó airado: "Quieras o no, debes retractarte hoy mismo de ese artículo, o de lo contrario, sólo por ese artículo, procederé a rechazar y condenar todas tus doctrinas."

Lutero respondió: "No tengo más voluntad que la del Señor. Él hará conmigo lo que le parezca bien. Pero si tuviera cien cabezas, preferiría perderlas todas antes que retractarme del testimonio que he dado de la santa fe cristiana."

"No he venido a discutir con vos", respondió el prelado. "Retrátate, o prepárate para soportar el castigo que te has merecido". Así terminó la primera entrevista.

La segunda conferencia se celebró al día siguiente, y a ella asistieron muchas personas de alta posición. Ante esta asamblea, Lutero leyó una declaración en la que expresaba su respeto por la Iglesia, su deseo de la verdad, su disposición a responder a todas las objeciones a lo que había enseñado y a someter sus doctrinas a la decisión de algunas destacadas universidades. Al mismo tiempo protestó contra el proceder del cardenal al exigirle que se retractara, sin haber demostrado que estaba en un error.

La respuesta del legado fue: "Retírate, retírate". Abrumó a Lutero con un torrente perpetuo de palabras, sin darle oportunidad de responder. El reformador suplicó que se le permitiera presentar por escrito su respuesta a las dos

acusaciones, una relativa a las indulgencias y la otra a la fe. La petición fue concedida a regañadientes.

En la tercera entrevista, Lutero presentó su respuesta, en la que mostraba que su posición estaba sustentada por las Escrituras, y declaraba firmemente que no podía renunciar a la verdad. El legado trató la declaración de Lutero con poco menos que desprecio. Regañó y atronó sin cesar, sin dejar a Lutero, como en la entrevista anterior, ninguna oportunidad de réplica. Con vehementes afirmaciones y repetidas referencias a la constitución papal, continuó manteniendo la doctrina de las indulgencias e instando a Lutero a retractarse.

El Reformador finalmente declaró que si el principio que se afirmaba como el fundamento mismo de la doctrina de las indulgencias, pudiera probarse a partir de la propia constitución papal, él se retractaría. Todos se sobresaltaron ante esta proposición. Los amigos de Lutero estaban alarmados y avergonzados. El legado y sus partidarios apenas podían contener su alegría. Pero su alegría se convirtió rápidamente en confusión. Lutero se enfrentó al cardenal en su propio terreno y triunfó por completo.

Cuando el astuto prelado vio que el razonamiento de Lutero era incontestable, perdió todo autocontrol y, furioso, gritó: "Retrátate o te enviaré a Roma para que compares ante los jueces encargados de conocer de tu caso. Te excomulgaré a ti y a todos tus partidarios, y a todos los que en algún momento te apoyen, y los expulsaré de la Iglesia. La Santa Sede Apostólica me ha dado plenos poderes para este propósito. ¿Crees que tus protectores me detendrán? ¿Crees que el Papa puede temer a Alemania? El dedo meñique del Papa es más fuerte que toda Alemania junta".

"Condesciende", replicó Lutero, "a remitir la respuesta escrita que te he dado al Papa León X., con mis más humildes oraciones". En tono altivo y airado, el cardenal replicó: "Retrátate, o no vuelvas más".

Lutero hizo una reverencia y se retiró con sus amigos, dejando al cardenal y a sus partidarios mirándose unos a otros totalmente confundidos por el inesperado resultado de la discusión. El cardenal y el reformador no volvieron a verse.

Los esfuerzos de Lutero en esta ocasión no estuvieron exentos de buenos resultados. La gran asamblea presente en la conferencia tuvo la oportunidad de comparar a los dos hombres, y juzgar por sí mismos del espíritu manifestado por ellos, así como de la fuerza y veracidad de su posición. ¡Cuán marcado era el contraste! Lutero, sencillo, recto, firme, se alzaba con la fuerza de Dios,

teniendo la verdad de su parte; el representante del Papa, engreído, prepotente, altivo e irrazonable, no tenía ni un solo argumento de la palabra de Dios, pero gritaba con vehemencia: "Retrataros o seréis enviados a Roma para ser castigados". Sin embargo, el legado quedó profundamente impresionado por sus entrevistas con el Reformador, y más tarde cambió sus propias opiniones, y él mismo se retractó de sus errores.

Lutero permaneció en Augsburgo sólo unos días después de su último encuentro con el cardenal. Antes de abandonar la ciudad, sin embargo, redactó una respetuosa carta dirigida al legado, en la que declaraba que era inútil que prolongara su estancia, ya que se le había negado una nueva audiencia a menos que se retractara. "Así pues, me puse de nuevo en camino en nombre del Señor, deseando encontrar algún lugar donde poder vivir en paz". Concluye afirmando que no había cometido ningún delito y que, por tanto, no debía temer nada. Esta carta fue confiada a sus amigos, quienes después de su partida la entregaron al legado.

Lutero partió de Augsburgo de noche, a caballo y acompañado únicamente por un guía que le proporcionó el magistrado. Con muchos presentimientos, recorrió en secreto las oscuras y silenciosas calles de la ciudad. Sus enemigos, vigilantes y crueles, tramaban su destrucción. ¿Escaparía a las trampas que le tenían preparadas? Fueron momentos de ansiedad y de fervorosas plegarias. Llegó a una pequeña puerta en la muralla de la ciudad. Se abrió para él, y con su guía pasó sin obstáculos. Ahora estaban más allá de los límites, y poniendo sus caballos a todo galope, pronto dejaron la ciudad muy atrás. Satanás y sus emisarios habían sido derrotados. El hombre que habían creído en su poder había desaparecido, escapado como un pájaro de la trampa del cazador.

19 de julio de 1883

El protector real de Lutero

EGW

Ante la noticia de la partida de Lutero de Augsburgo, el legado papal se sintió abrumado por la sorpresa y la ira. Había esperado recibir grandes honores por su sabiduría y firmeza al tratar con este perturbador de la Iglesia, pero ahora esta esperanza se vio defraudada. Expresó su ira en una carta al elector, denunciando amargamente a Lutero:

"Puesto que el hermano Martin no puede ser llevado por medidas paternales a reconocer sus errores, y continuar fiel a la Iglesia Católica, solicito a vuestra alteza que lo envíe a Roma, o que lo destierre de vuestros territorios. Tened por seguro que este complicado y malintencionado asunto no podrá prolongarse mucho tiempo, pues tan pronto como informe a nuestro santísimo señor de todo este artificio y malicia, él le pondrá rápido fin." En una posdata ruega al elector que no manche con vergüenza su propio honor y el de sus ilustres antepasados por la causa de un despreciable monje.

El elector envió a Lutero una copia de esta carta, a la que el Reformador respondió: "Que el reverendo legado, o el papa mismo, especifiquen por escrito cualquier error; que expongan sus razones; que me instruyan a mí, que deseo instrucción, que la ruego y la anhelo, de modo que ni siquiera un turco se negaría a satisfacerme. Si no me retracto y condeno, cuando me hayan demostrado que los pasajes de la Escritura que he citado deben ser considerados en un sentido distinto del mío; entonces, excelentísimo señor elector, sea vuestra alteza el primero en procesarme y expulsarme; que la universidad me rechace y me abrume de indignación. Iré más lejos; llamo al cielo y a la tierra por testigos; que el mismo Señor Jesucristo me rechace y me condene.

"Estas no son palabras de vana presunción, sino de firme convicción. Que el Señor me prive de su gracia, y toda criatura de Dios se niegue a apoyarme, si, cuando se me ha mostrado una doctrina mejor, no la abrazo". Para terminar, dice: "Todavía estoy, gracias a Dios, lleno de alegría, y le alabo porque Cristo, el Hijo de Dios, me considera digno de sufrir por una causa tan santa. ¡Que Él guarde siempre a vuestra ilustre alteza! Amén".

Esta carta causó una profunda impresión en la mente del elector. Nunca había pensado en entregar a Lutero, un hombre inocente, para que fuera ejecutado por el poder de Roma. Ahora resolvió mantenerse firme en su defensa. En respuesta a la carta del legado escribió: "Puesto que el Dr. Martín ha comparecido ante vos en Augsburgo, deberíais estar satisfecho. No esperábamos que, sin convencerle de su error, pretendierais obligarle a retractarse. Ninguno de los sabios de nuestros estados nos ha dado a entender que la doctrina de Martín sea impía, anticristiana o herética." Declinó enviar a Lutero a Roma o expulsarlo de sus territorios. Lutero, habiendo visto esta carta, exclamó: "Con qué alegría la leo y releo; porque sé qué confianza puedo depositar en estas palabras, a la vez tan enérgicas y tan discretas". Dios, en su providencia, había suscitado a un hombre de alta posición para defender a su siervo.

El elector vio que había un desmoronamiento general de las restricciones morales de la sociedad. La extensa y perfecta organización de la Iglesia Romana, y su inmenso desembolso de dinero, tiempo y trabajo para asegurar el orden y la armonía, no era indicación de la verdadera virtud e integridad de sus miembros. Era necesaria una gran obra de reforma. Todos los complicados y costosos arreglos para restringir y castigar el crimen serían innecesarios si los miembros de la iglesia reconocieran y obedecieran individualmente los requerimientos de Dios y los dictados de una conciencia iluminada.

Vio que Lutero se esforzaba por conseguir este objetivo, y se alegró secretamente de que una influencia mejor se hiciera sentir en la Iglesia.

Vio, además, que como profesor en la universidad, Lutero tenía un éxito eminente. Todos sus asociados hablaban calurosamente a su favor. De todas partes de Alemania acudían estudiantes a escuchar sus enseñanzas. Los jóvenes que veían por primera vez los campanarios de Wittenberg, se detenían y, levantando las manos al cielo, alababan a Dios por haber hecho brillar la luz de su verdad desde Wittenberg, como en otros tiempos desde el monte Sión, penetrando desde allí hasta los países más remotos.

Lutero no se ha convertido todavía más que parcialmente de los errores del romanismo. Pero se ve obligado a luchar constantemente en defensa de la verdad que ya ha aceptado, y en esta lucha se ve impulsado a buscar consuelo y apoyo en Cristo y en la Palabra. Y cuando compara los santos oráculos con los decretos y constituciones papales, se llena de asombro.

"Estoy leyendo", escribe a Spalatin, "los decretos de los papas, y permíteme susurrarte al oído que no sé si el papa es el mismo anticristo, o si es su apóstol, tan tergiversado e incluso crucificado aparece Cristo en ellos." Sin embargo, en esta época Lutero seguía siendo partidario de la Iglesia romana, y no pensaba separarse nunca de su comunión.

El Reformador continuó escudriñando las Escrituras, orando, predicando y escribiendo. No sabía cuán pronto podría terminar su obra y verse privado de la libertad o incluso de la vida; pero mientras Dios quisiera, estaba decidido a trabajar por la edificación del reino de Cristo. La certeza de que preciosas almas recibían la verdad en todas partes le llenaba de gozo.

Era su trabajo construir en el templo del Señor. Había piedras vivas enterradas a la vista entre la basura papal de falsas doctrinas, formas y ceremonias, y él debía buscarlas y colocarlas sobre el verdadero fundamento. Los seguidores de

Cristo no estaban entonces unidos como un pueblo peculiar y santo separado del mundo. Estaban mezclados con los hijos de Belial, y debían ser separados por el poder de la verdad divina.

Lutero no estaba ciego ante su propio peligro ni ante el peligro de sus conversos. Sabía que los súbditos del Príncipe Emanuel no están llamados a disfrutar de comodidades, honores y riquezas, de títulos y posesiones, sino a una vida de conflicto con el príncipe de las tinieblas; han de luchar contra principados y potestades, y deben revestirse de toda la armadura de Dios, para poder resistir. Están llamados a soportar privaciones, penurias, prisión, tortura y muerte, así como el Capitán de su salvación soportó antes que ellos. Las riquezas y la cooperación de los malvados estaban sujetas a su mandato si él así lo quería; pero él declara: "Mi reino no es de este mundo". Y de nuevo: "El príncipe de este mundo viene, y nada tiene en mí". De la misma manera los siervos de Cristo no tienen hogar, ni tesoro aquí. Sólo porque Jesús reina, son guardados del cruel poder del príncipe del mal.

La voz de Lutero como reformador ya no se limitaba a Alemania. Sus escritos y su doctrina se extendían a todas las naciones de la cristiandad. La obra se extendió a Suiza y Holanda. Multitudes de copias de sus escritos habían llegado a Francia y España, y la verdad estaba obrando en muchos corazones, reformando la vida y despertando el entendimiento para percibir la corrupción del romanismo. En Inglaterra las enseñanzas del Reformador eran recibidas como palabra de vida. En Bélgica e Italia también se extendía la obra. Miles de personas despertaban de su estupor de muerte a la alegría y la esperanza de una vida de fe.

En este pequeño momento de calma, Lutero sigue adelante con renovada esperanza y coraje. Sus amigos le instan a contentarse con las victorias ya obtenidas y a abandonar el conflicto. Pero él responde: "Dios no dirige, sino que me impulsa hacia adelante. No soy dueño de mis actos. Con gusto viviría en paz; pero estoy arrojado en medio de tumultos y cambios."

El Reformador siguió adelante en el camino por el que Dios le guiaba; y a medida que continuaba defendiendo la verdad, ésta se hacía cada vez más clara a su entendimiento, y percibía más plenamente las arrogantes suposiciones del poder papal. Dice: "Qué difícil es desaprender los errores que el mundo entero confirma con su ejemplo, y que, por el uso prolongado, se han convertido para nosotros en una segunda naturaleza. Durante siete años había leído y expuesto cada hora las Escrituras con mucho celo, de modo que me las sabía casi todas

de memoria. Tenía también todas las primicias del conocimiento y de la fe de mi Señor Jesucristo; es decir, sabía que éramos justificados y salvados, no por nuestras obras, sino por la fe en Jesucristo; e incluso sostenía abiertamente que no es por derecho divino que el Papa es jefe de la Iglesia cristiana. Y sin embargo... No pude ver la conclusión de todo esto; a saber, que por necesidad, y sin lugar a dudas, el papa es del diablo; porque lo que no es de Dios tiene que ser necesariamente del diablo." Otra vez dice: "No doy ahora libre expresión a mi indignación contra los que todavía se adhieren al papa, puesto que yo, que durante tantos años había leído las Sagradas Escrituras con tanto cuidado, sin embargo me aferré al papado con tanta obstinación."

La batalla continuó. Roma estaba cada vez más exasperada por los ataques de Lutero. Algunos de sus fanáticos oponentes declararon en secreto que quien matara a Lutero estaría libre de pecado. Un día, un desconocido, con una pistola escondida en la manga, se acercó al Reformador y le preguntó por qué iba tan solo. Lutero respondió: "Estoy en manos de Dios. Él es mi ayuda y mi escudo. ¿Qué pueden hacerme los hombres?". Al oír estas palabras, el desconocido palideció y huyó como de la presencia de los ángeles de Dios.

Roma estaba empeñada en destruir a Lutero, pero Dios era su defensor. Sus doctrinas resonaban en todas partes: en los conventos, en las casas de campo, en los castillos de los nobles, en las academias y en los palacios de los reyes.

26 de julio de 1883

Lutero apela a Alemania

EGW

El 23 de junio de 1520, Lutero publicó un llamamiento al emperador y a la nobleza de Alemania en favor de la Reforma de la Cristiandad. En este llamamiento declaró: "Los romanistas han levantado tres barreras contra toda reforma. Cuando el poder temporal los ha atacado, han negado su autoridad y afirmado que el poder espiritual era superior a él. Cuando alguien les ha reprendido a partir de la Escritura, han respondido que nadie sino el Papa era capaz de interpretar la Escritura. Cuando se les ha amenazado con un concilio, la respuesta ha sido: Nadie sino el soberano pontífice tiene autoridad para convocar un concilio."

Escribe sobre el Papa: "Es monstruoso ver a quien se llama vicario de Cristo, haciendo gala de una magnificencia sin parangón con la de ningún emperador.

¿Acaso representa al pobre y humilde Jesús, o al humilde San Pedro? ¡El Papa, dicen, es el Señor del mundo! Pero Cristo, cuyo vicario se jacta de ser, dijo: Mi reino no es de este mundo. ¿Debería el poder del vicario ir más allá del de su Señor?"

Lutero escribe así sobre las universidades "Temo mucho que las universidades sean grandes puertas que conducen al infierno, a menos que se preocupen diligentemente de explicar las Sagradas Escrituras y de grabarlas en los corazones de nuestros jóvenes. No aconsejaría a nadie que llevara a su hijo a un lugar donde las Sagradas Escrituras no fueran consideradas como regla de vida. Toda institución donde no se estudia diligentemente la palabra de Dios, debe corromperse."

Este llamamiento se difundió rápidamente por toda Alemania y ejerció una poderosa influencia sobre el pueblo. Toda la nación se movilizó en torno al estandarte de la reforma. Los adversarios de Lutero, ardiendo en deseos de venganza, instaron al Papa a tomar medidas decisivas contra él. El pontífice y sus cortesanos cedieron en contra de su buen juicio, y se decretó que las doctrinas de Lutero debían ser condenadas inmediatamente. Se concedieron sesenta días al Reformador y a sus seguidores, al cabo de los cuales, si no se retractaban, serían todos excomulgados.

Fue una crisis terrible para la Reforma. Durante siglos, la sentencia de excomunión de Roma había sido seguida rápidamente por el golpe de la muerte. Lutero no estaba ciego ante la tempestad que estaba a punto de estallar sobre él, pero se mantuvo firme, confiando en que Cristo sería su apoyo y su escudo. Con la fe y el coraje de un mártir, escribió: "Lo que está a punto de suceder no lo sé, ni me importa saberlo. Estoy seguro de que Aquel que está sentado en el trono del Cielo ha visto desde toda la eternidad el principio, el progreso y el final de este asunto. Que el soplo caiga donde caiga, no tengo miedo. Ni siquiera una hoja cae sin la voluntad de nuestro Padre. ¡Cuánto más cuidará de nosotros! Morir es cosa ligera, pues el Verbo que se hizo carne, él mismo murió. Si morimos con él, viviremos con él; y pasando por lo que él ha pasado antes que nosotros, estaremos donde él está, y moraremos con él para siempre."

Cuando la bula papal llegó a Lutero, dijo: "La desprecio y la rechazo como impía y falsa. Es *Cristo* mismo quien es condenado en ella. No se dan razones en ella; se me cita a comparecer, no para que se me escuche, sino para que me retracte. ¡Oh, que Carlos V actuara como un hombre! ¡Oh, que por el amor de Cristo humillara a estos demonios! Me glorío en la perspectiva de sufrir por la

mejor de las causas. Ya siento en mi corazón más libertad; porque ahora sé que el papa es el anticristo, y que su silla es para el mismo Satanás."

Toda la nación esperaba con intenso interés lo que haría Lutero. La duda no se hizo esperar. Con gran energía y audacia, respondió inmediatamente en un discurso que tituló: "Contra la bula del Anticristo".

Sin embargo, la palabra del pontífice de Roma seguía teniendo poder. Las prisiones, la tortura y la espada eran armas potentes para imponer la sumisión. Todo indicaba que la obra de Lutero estaba a punto de concluir. Los débiles y supersticiosos temblaban ante el decreto del Papa, y aunque había una simpatía general por Lutero, muchos pensaban que la vida era demasiado cara para arriesgarla por la causa de la reforma.

En medio del tumulto general, Lutero mantiene la calma y la compostura. "Ten ánimo", le dice a Spalatin. "Fue Cristo quien comenzó todo esto, y lo llevará a su término, aunque mi suerte sea el destierro y la muerte. Jesucristo está aquí presente; y el que está en nosotros es más poderoso que el que está en el mundo."

Lutero apela formalmente de la autoridad del Papa a un concilio general de la Iglesia cristiana. Después de exponer sus razones para dar este paso, dice: "Por lo cual suplico humildemente a los más serenos, ilustres, excelentes, sabios y dignos señores, Carlos, el Emperador Romano, los electores, príncipes, condes, barones, caballeros, señores, ciudades y municipios de toda la nación alemana, que se adhieran a esta mi protesta, y se unan a mí para resistir los procedimientos anticristianos del papa, por la gloria de Dios, en defensa de la iglesia y de la fe cristiana, y para sostener los concilios libres de la cristiandad; y Cristo nuestro Salvador los recompensará ricamente con su gracia eterna. Pero si hay algunos que desprecian mis súplicas, prefiriendo obedecer al papa, hombre impío, antes que obedecer a Dios, por la presente declino toda responsabilidad por ellos, habiendo dado una fiel advertencia a sus conciencias, y los dejo al juicio final de Dios, junto con el papa y todos sus adherentes."

Su siguiente paso fue quemar públicamente la bula del Papa, con las leyes canónicas, los decretos y ciertos escritos que sostenían el poder papal. Con esta acción declaró audazmente su separación definitiva de la Iglesia romana. Aceptó su excomunión y proclamó al mundo que en adelante habría guerra entre él y el Papa. La gran contienda había comenzado.

Desde el punto de vista humano, el camino del deber y la justicia no es un camino de paz y seguridad. Por la fe debemos seguir al Señor. Pero si

pudiéramos discernir siempre los brazos eternos que nos rodean y nos sostienen, no habría motivo para ejercitar la fe. El camino elegido por Dios puede parecer oscuro, pero es el camino más seguro hacia la luz. En medio del aparente desastre y la derrota, la providencia de Dios está llevando a cabo sus propósitos.

El águila de los Alpes es a veces abatida por la tempestad en los estrechos desfiladeros de las montañas. Furiosas nubes de tormenta encierran a esta poderosa ave del bosque, y sus densas y oscuras masas la separan de las soleadas alturas donde ha construido su nido. Durante un tiempo, sus esfuerzos por escapar parecen infructuosos. Corre de un lado a otro, golpeando el aire con sus fuertes alas y despertando el eco de las montañas con sus gritos. Finalmente, con un grito de triunfo, se eleva y, atravesando las nubes, se encuentra de nuevo bajo la clara luz del sol, con la oscuridad y la tempestad muy por debajo. Siempre así, con poderosos esfuerzos, los siervos escogidos de Dios han impulsado su camino hacia arriba, atravesando la oposición, el oprobio y la persecución, en sus conflictos con los principados y las potestades, y la maldad espiritual en las regiones celestes.

Cuando la mano del Señor estaba sobre el profeta Ezequiel en la visión del valle de los huesos secos, se le ordenó que profetizara al viento; y en respuesta a su palabra, la vida fue restaurada a los muertos, y se levantaron ante él, un ejército extremadamente grande. Esta figura se presentó ante el profeta para mostrarle que ninguna obra de restauración puede ser demasiado difícil de realizar para Dios, y nadie que confíe en él tiene por qué decir nunca, como había dicho Israel: "Nuestra esperanza está perdida".

Como el águila, Lutero había sido encerrado por densas nubes de superstición y herejía romana, y había sido golpeado por la feroz tempestad de la oposición; pero en las alas de una fe poderosa se había elevado por encima de la tormenta, y ahora era grandemente libre, con la luz del sol del Cielo brillando sobre su alma.

Bajo el amplio escudo de la Omnipotencia, Lutero estaba realizando una poderosa obra para Dios. En medio de la guerra de las opiniones encontradas, sirvió de guía y de refugio a un pueblo desconcertado e ignorante. La antorcha de la verdad, encendida en el altar de la palabra de Dios, la puso en manos de príncipes y campesinos, que le ayudaron en su obra, disipando la densa oscuridad y despertando a toda Europa del sueño de los siglos.

Los poderosos conflictos y las victorias, las grandes penas y las alegrías especiales, por las cuales los individuos y las naciones son llevados adelante en

el camino de la reforma y la salvación, son de una importancia demasiado grande para permitir que pasen de la memoria. Tales experiencias cuestan demasiado a los héroes de la fe para ser repetidas a menudo en la historia; no deben ser consideradas a la ligera. Esas luchas por la libertad de conciencia deben ser una lección para todos, de que ninguna verdad que implique abnegación y sacrificio será aceptada favorablemente por el mundo. Se requiere un esfuerzo costoso de cada alma que vaya en dirección opuesta a la multitud. Todos los que se levantan en nombre de Cristo en defensa de la verdad deben tener una historia de conflictos y sacrificios. No pueden avanzar en la reforma, como Cristo guía el camino, sino a riesgo de la libertad y de la vida.

Es gracias a la misericordia divina, que dio al mundo hombres como Martín Lutero y sus colaboradores, que ahora somos libres de adorar a Dios según los dictados de nuestra propia conciencia. Nosotros, que vivimos tan cerca del fin de los tiempos, deberíamos emular el noble ejemplo del gran Reformador. Como Lutero, deberíamos buscar un conocimiento profundo y exhaustivo de la Palabra de Dios. Debe ser nuestra mayor ambición permanecer firmes como una roca cuando las fortalezas de la verdad sean asaltadas por un mundo incrédulo y una iglesia impía. En el próximo conflicto, miles de personas serán llamadas a imitar la constancia y el coraje de Lutero. Ahora es el momento de recibir educación y disciplina en la escuela de Cristo. Ahora es el momento de cultivar la fe y el valor. Que el grito pase de uno a otro de los que esperan: Estad firmes. "Todavía un poco, y el que ha de venir vendrá, y no tardará".

Dios volverá a moverse poderosamente sobre siervos escogidos para hacer terribles cargas sobre las huestes de Satanás. Los hombres a quienes aceptará para llevar adelante su obra, para pelear sus batallas, deben ser hombres de principios, valientes y firmes y verdaderos. Las costumbres, las tradiciones y las doctrinas, aun las de hombres que profesan ser grandes y buenos, no deben tener peso hasta que se las someta primero a la prueba infalible de la ley y el testimonio. "Si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". A esta prueba, papas y prelados se negaron a someterse, sabiendo que derribaría de inmediato todo su pretendido poder. Fue para mantener esta gran verdad por lo que Lutero luchó tan firme e intrépidamente. Sus palabras resuenan en la línea de todos los probados y tentados defensores de la verdad. "En el Señor Jehová está la fuerza eterna".

El Reformador encontró en Cristo un escondite de las tormentas de oposición, ira y odio que amenazaban con abrumarle. Sólo en Cristo había paz, fuerza y seguridad. Tal será la experiencia de todo cristiano. En medio de todos los

cambios y agitaciones del mundo, la Roca de nuestra salvación se mantiene firme. Ha sido asaltada por las huestes combinadas de la tierra y el infierno. Durante siglos, mentes activas han planeado y manos fuertes han trabajado para remover esta gran piedra angular y colocar otro fundamento para la fe del mundo. El poder papal estuvo a punto de tener éxito en esta obra blasfema. Pero Dios levantó a Lutero para clamar día y noche, mientras construía sobre los muros de Sión. "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo". Esa gran piedra angular, la Roca de las Edades, permanece hoy inmovible. En medio de todos los tumultos y conflictos del mundo, Cristo sigue ofreciendo descanso al cansado y agua de vida al alma sedienta. A través de los siglos nos llegan sus palabras: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

2 de agosto de 1883

Complots papales contra Lutero

EGW

Cuando Lutero exaltó la palabra de Dios y depuso el poder y la autoridad humanos que habían usurpado su lugar, sus enemigos gritaron que predicaba novedades y que no podía ser posible que hombres grandes y eruditos hubieran estado en un error tan grave. A esto respondió: "No son novedades lo que predico. Pero afirmo que las doctrinas del cristianismo han sido perdidas de vista por aquellos cuyo deber especial era preservarlas; por los doctos, por los obispos. No dudo, en efecto, de que la verdad haya encontrado todavía morada en algunos pocos corazones, aunque sólo fuera con los niños de cuna. Pobres labradores y simples niños, en estos días, entienden más de Jesucristo que el Papa, los obispos o los doctores."

Lutero avanzó con paso firme, regocijándose en su libertad de los grilletes de Roma. Hablaba y escribía según Dios le movía, no sólo confirmando todo lo que había dicho hasta entonces, sino protestando aún más decididamente contra los errores y abominaciones del papismo. Cada palabra era una chispa viva que quemaba la basura acumulada durante siglos.

Roma no se quedó de brazos cruzados. Sus emisarios se apresuraron a Alemania para felicitar al nuevo emperador, Carlos V, y mediante sus halagos, falsas representaciones y protestas, le influyeron para que empleara su poder contra la Reforma. El emperador dio su consentimiento a la quema pública de los escritos de Lutero, más allá de los límites de los Estados alemanes.

Los embajadores del Papa fueron advertidos de que tal medida inflamaría la herida en lugar de curarla; que la doctrina de Lutero estaba profundamente grabada en los corazones del pueblo alemán, donde no podía ser borrada; y que unos pocos escombros que consumieran unas cuantas hojas de papel serían de poca utilidad, mientras que sería indigno de la dignidad del emperador. Pero estos intrigantes romanos no sólo apuntaban a las producciones de la pluma de Lutero, sino al propio Lutero. "Estos fuegos", decían, "no son suficientes para purificar la pestilente atmósfera de Alemania. Aunque puedan aterrorizar a los ingenuos, dejan impune al autor de la maldad. Debemos tener un edicto imperial condenando a Lutero a muerte".

Pero no les resultó fácil lograr este objetivo. El emperador no estaba dispuesto a dar este paso sin el consejo de sus consejeros. "Averigüemos primero", respondió, "lo que nuestro padre, el Elector de Sajonia, piensa del asunto. Entonces estaremos preparados para dar nuestra respuesta al Papa". Y los delegados papales se vieron obligados a consultar con el buen elector.

Aquí fracasaron por igual los halagos, los argumentos y las amenazas. A su demanda de que destruyera los escritos de Lutero y castigara al reformador como se merecía, o lo entregara al poder papal, el elector respondió que el asunto era demasiado importante para decidirlo precipitadamente, y que su decisión al respecto les sería debidamente comunicada.

Que Dios ayude al elector ahora, porque su posición es de gran dificultad. Está parcialmente convencido de la verdad, pero sus circunstancias y su entorno ejercen una fuerte presión en su contra. Por un lado están el emperador, los príncipes del imperio y, sobre todo, el papa, de cuyo poder el elector aún no estaba dispuesto a desprenderse; por otro lado está un pobre monje, Martín Lutero; pues es contra este hombre contra quien se dirige todo este ataque.

Por un momento pareció que Satanás estaba a punto de triunfar. Pero Dios dio sabiduría al defensor de Lutero; su valor, que había parecido flaquear, volvió a fortalecerse. Le horrorizaba la idea de entregar a la tortura y a la muerte a un hombre que creía que había sido levantado por Dios para llevar a cabo una gran obra. Vio que la justicia debía estar por encima de los deseos del Papa, y decidió actuar según este principio.

El elector dio a entender a los embajadores papales que ni su Majestad imperial ni nadie le había hecho ver que los escritos de Lutero habían sido refutados o que se había demostrado que sólo eran aptos para las llamas; que, por lo tanto, exigía que se proporcionara al doctor Lutero un salvoconducto y que se le

permitiera responder por sí mismo ante un tribunal compuesto por jueces doctos, piadosos e imparciales".

Esto distaba mucho de ser lo que deseaban los embajadores. Cada oportunidad de este tipo concedida a Lutero había tenido como resultado el debilitamiento del poder papal y el fortalecimiento y propagación de la Reforma. Contraponer sus argumentos a las doctrinas de Lutero, que sabían que no podían rebatir, les resultaría un juego perdido. La justicia y la verdad eran principios que no tenían cabida en su sistema de fe o práctica. Los argumentos que podían utilizar con mayor efecto contra todos los oponentes eran el fuego y la espada. Esperaban que el elector cediera a sus exigencias y entregara sin demora al odioso monje. Pero el poder de Satanás estaba circunscrito, y las crueles conspiraciones de Roma fueron frustradas por Aquel que es el eterno guardián de la verdad y la justicia.

Las noticias de lo sucedido llegaron a Wittenberg y los amigos de Lutero se llenaron de alegría. El Reformador prosiguió su labor con renovado celo. Sus palabras despertaron nueva esperanza y valor en los corazones de los temerosos y abatidos. Lutero posó su alma en Dios. Su lenguaje era: "No vemos la mano que nos guía; no podemos, como el Israel de antaño, mirar la columna de nube y la columna de fuego, y no oímos la voz que les habló desde el monte. Pero si esperamos en el Señor, estaremos satisfechos de que el gran Pastor de Israel nos ha estado guiando todo el camino en el pasado, y que el sendero por donde él conduce será seguro para todos los que le siguen, incluso en los días tormentosos de prueba y conflicto." La primera asamblea de los Estados alemanes después del acceso de Carlos V al imperio, se reunió en Worms el 6 de enero de 1521. Nunca antes habían asistido tantos príncipes a este consejo nacional. Todos ansiaban participar en los primeros actos del gobierno del joven emperador, y todos ambicionaban exhibir su poder y su grandeza. Había importantes cuestiones e intereses políticos que debían ser considerados por esta gran asamblea, pero todos ellos parecían de poca importancia cuando se comparaban con la causa del monje de Wittenberg.

El emperador Carlos se encontró en una situación de gran perplejidad y desconcierto. Por un lado estaba el legado papal, que le instaba a ejecutar la bula del Papa; por otro estaba el elector de Sajonia, a quien en gran medida debía su corona, y que le suplicaba que no tomara ninguna medida contra Lutero hasta que le hubiera concedido una audiencia.

Carlos había escrito al elector para que llevara a Lutero con él a la Dieta, asegurándole que el Reformador no sería objeto de ninguna injusticia, que sería protegido de toda violencia y que se le permitiría una conferencia libre con alguien competente para discutir los puntos en disputa.

Al recibir esta carta, el elector quedó no poco perplejo. Si llevaba al Reformador a Worms, podría estar conduciéndolo al cadalso. Los amigos de Lutero estaban ansiosos y preocupados, pero él estaba tranquilo. Aunque su salud estaba muy deteriorada, parecía ansioso por comparecer ante el emperador. Escribió al elector: "Si no puedo realizar el viaje a Worms como un hombre con buena salud, seré llevado allí en una litera. Ya que el emperador me ha convocado, sólo puedo considerarlo como una causa divina. Si pretenden emplear la violencia contra mí, como es probable que hagan, pues con toda seguridad no es con la intención de obtener información por lo que me exigen que comparezca ante ellos, pongo el asunto en manos de Dios. Aún vive y reina aquel que preservó a los tres israelitas en el horno de fuego. Si no es su voluntad salvarme, mi vida tiene poco valor. Cuidemos solamente de que el Evangelio no quede expuesto a los insultos de los impíos, y derramemos nuestra sangre en su defensa antes que permitir que triunfen. ¿Quién dirá si mi vida o mi muerte contribuiría más a la salvación de mis hermanos? No nos corresponde a nosotros decidirlo. Sólo roguemos a Dios que nuestro joven emperador no comience su reinado impregnando sus manos con mi sangre. Preferiría perecer por la espada de Roma. Recuerdas los juicios con los que el emperador Segismundo fue visitado tras el asesinato de Juan Huss. No esperéis de mí otra cosa que la huida o la retractación. Huir no puedo; menos aún retractarme".

En Worms se difundió rápidamente la noticia de que Lutero iba a comparecer ante la Dieta. Se creó una excitación general. Aleander, el legado papal a quien se había confiado especialmente el cuidado de Lutero, se alarmó y enfureció. De camino a la Dieta, este funcionario tuvo la oportunidad de conocer por sí mismo la acogida que había tenido el Evangelio proclamado por Lutero. Vio que había encontrado aceptación entre los ricos y sabios, así como entre los pobres e ignorantes. Abogados, nobles, el clero inferior, muchos de los monjes y un gran número del pueblo llano lo habían abrazado, y sólo recibían la Biblia como norma de fe y práctica. Los partidarios de la nueva fe se mostraban firmes e intrépidos, mientras que los partidarios de Roma parecían aterrorizados.

El orgullo de Alejandro se había visto gravemente herido por el recibimiento que le dispensaron en su viaje por Alemania. Tan grande había sido el cambio en el sentimiento público, que el representante de Roma recibió muy poco honor e

incluso cortesía. Llegó a Worms lleno de amargura, tanto por los insultos que él mismo había recibido como por la deserción generalizada del papismo.

El legado vio que la aparición de Lutero en Worms sólo resultaría en un desastre para la causa papal. Iniciar una investigación en un caso en el que el Papa ya había pronunciado una sentencia condenatoria, sería desprestigiar la autoridad del soberano pontífice. Aleander se propuso evitarlo por todos los medios a su alcance.

Además, temía que la elocuente y poderosa argumentación de este hombre, que ya había causado tanto daño, pudiera apartar a muchos de los príncipes de la causa del Papa. Por lo tanto, de la manera más urgente, protestó ante Carlos contra la aparición de Lutero en Worms. Advirtió, suplicó y amenazó, hasta que el emperador cedió y escribió al elector que si Lutero no se retractaba debía dejarlo en Wittenberg. El Reformador se sintió muy decepcionado al prohibírsele defender la verdad en Worms. Aleander, no contento con esta victoria, trabajó con todo el poder y la astucia a su alcance para conseguir la condena de Lutero. Con una persistencia digna de mejor causa, urgió el asunto a la atención de los príncipes, prelados y otros miembros de la asamblea, acusando a Lutero de sedición, rebelión, impiedad y blasfemia. La obra de Satanás lleva el mismo sello de siglo en siglo. Las acusaciones contra Cristo, contra Esteban y contra Pablo eran las mismas que el acusador de los hermanos esgrimía ahora contra Lutero. Pero en este caso su furia trajo su propia derrota. La vehemencia y la pasión manifestadas por Aleander revelaban claramente que estaba movido por el odio y la venganza más que por el celo por la religión. El sentimiento predominante en la asamblea era que Lutero era inocente.

En este momento el Papa emitió una nueva bula, y la excomunión que había sido amenazada antes fue pronunciada decididamente contra el Reformador y todos los que recibieron sus doctrinas. Así se rompió el último lazo que unía a Lutero con Roma.

9 de agosto de 1883

Discurso de Aleander contra Lutero

EGW

Con redoblado celo, Aleander instó ahora al emperador al deber de ejecutar los edictos papales. Vencido por fin por esta importunidad, Carlos pidió al legado que presentara su caso a la dieta. Esto era justo lo que Aleander había deseado

en secreto. Con gran cuidado se preparó para comparecer ante aquella augusta asamblea. Roma tenía pocos defensores mejor preparados, por naturaleza y educación, para defender su causa. Aleander no sólo era el representante del soberano pontífice, investido con toda la dignidad externa que correspondía a su exaltada posición, sino que era uno de los hombres más elocuentes de su época. Los amigos del Reformador esperaban con ansiedad el resultado de su discurso. El elector se ausentó de la asamblea, pero dio instrucciones a algunos de sus consejeros para que estuvieran presentes y tomaran notas del discurso del legado.

Hubo no poca excitación cuando Aleander, con gran dignidad y pompa, compareció ante la dieta. Muchos recordaron la escena del juicio de nuestro Salvador, cuando Anás y Caifás, en el tribunal de Pilato, exigieron la muerte de aquel "que pervierte a la nación."

Con todo el poder de la erudición y la elocuencia, Aleander se propuso derrocar la verdad. Acusó a Lutero de ser enemigo de la Iglesia y del Estado, de los vivos y de los muertos, del clero y de los laicos, de los concilios y de los cristianos particulares. "Hay gente que nos dice", dijo, "que Lutero es un hombre piadoso. No voy a impugnar su carácter privado. Sólo recordaré a esta asamblea que es cosa común que el diablo engañe a los hombres bajo la apariencia de santidad."

Un poco más adelante, sin embargo, ataca al Reformador, vertiendo sobre él las más amargas invectivas. Luego, dirigiéndose al emperador, le pide solemnemente que retire su protección al monje de Wittenburg: "Suplico a su majestad imperial que no haga lo que sólo podría deshonorar su nombre. No os entrometáis en un asunto en el que los laicos no tienen derecho a intervenir. Cumpla con el deber que le corresponde. Que las doctrinas de Lutero sean proscritas por vuestra autoridad en todo el imperio; que sus escritos sean pasto de las llamas en todas partes. No rehuyas el camino de la justicia. Hay suficiente en los errores de Lutero para justificar la quema de cien mil herejes".

Para terminar, se esfuerza por despreciar a los partidarios de las nuevas doctrinas: "¿Qué son todos estos luteranos? Una chusma abigarrada de gramáticos insolentes, sacerdotes licenciosos, monjes desordenados, abogados ignorantes, nobles degradados, plebeyos extraviados y pervertidos. ¡Cuán superior es el partido católico en número, en inteligencia, en poder! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea abrirá los ojos de los simples, mostrará a los incautos su peligro, determinará a los vacilantes y fortalecerá a los débiles de corazón."

Los defensores de la verdad han sido atacados en todas las épocas precisamente con tales armas. Los mismos argumentos que fueron esgrimidos contra Lutero, son esgrimidos hoy por nuestros oponentes: "¿Quiénes son estos sabatarios? Son ignorantes, pocos en número y de la clase más pobre. Sin embargo, afirman tener la verdad y ser el pueblo elegido de Dios. Son ignorantes y están engañados. Cuán superiores en número e influencia son nuestras denominaciones. Cuántos hombres grandes y eruditos hay en nuestras iglesias. Cuánto más poder está de nuestro lado". Estos son los argumentos que tienen una influencia reveladora sobre el mundo. Pero no son más concluyentes ahora que en los días del Reformador.

La Reforma no terminó, como muchos suponen, con Lutero. Continuará hasta el fin de la historia de este mundo. Lutero tenía una gran obra que hacer al reflejar en otros la luz que Dios permitió que brillara sobre él; sin embargo, no iba a recibir toda la luz que iba a ser dada al mundo. Desde entonces hasta hoy, una nueva luz ha brillado continuamente sobre la palabra de Dios, nuevas verdades se han revelado sin cesar. Dios es luz, y siempre está impartiendo luz a sus seguidores.

Los que se niegan a avanzar según la providencia de Dios marca el camino, tratan de detener el progreso de los que se esfuerzan por caminar en la luz. Las iglesias de esta generación profesan ser santas, pero permiten que el amor del mundo las controle. Se han unido en espíritu y comunión con los obradores de iniquidad. Prefieren apartarse del mandamiento divino antes que separarse de la amistad y las costumbres del mundo. Se unen a los ídolos que han elegido; y porque se les concede la prosperidad temporal y el favor de un mundo amante del pecado, se consideran ricos y sin necesidad de nada. El orgullo, el lujo, la riqueza y la popularidad son sus tesoros, y en su ceguera espiritual los consideran una prueba del amor y el favor de Dios. ¿Estaba la Iglesia Romana en un gran engaño en los días de Lutero? Las iglesias protestantes están en un engaño igualmente grande hoy. Se niegan a recibir instrucción o reprensión. Sus ministros gritan: Paz, paz, y a la gente le encanta el mensaje tranquilizador. En su ceguera voluntaria creen sólo lo que no perturba su seguridad carnal. Pero en todas las épocas del mundo, el verdadero pueblo de Dios ha aprendido por experiencia, así como por la palabra de inspiración, que la prosperidad, el aprendizaje y el honor mundano no son evidencia del favor de Dios. La vida de Cristo, el Capitán de nuestra salvación, enseña la lección de que en la tierra la verdadera iglesia no puede gozar del favor de un mundo perverso.

El discurso del legado duró tres horas, y su impetuosa elocuencia causó una profunda impresión en la asamblea. No estaba presente Lutero, con las claras y convincentes verdades de la palabra de Dios, para derrotar al campeón papal. No se intentó defender al Reformador. Se manifestó en la asamblea un impulso general para erradicar la herejía luterana del imperio. Roma había disfrutado de la oportunidad más favorable para defender la justicia de su causa. Sus demandas habían sido presentadas con la mayor habilidad. El más grande de sus oradores había hablado en esta asamblea de príncipes. Todo lo que Roma podía decir en su propia defensa había sido dicho. El error había presentado sus argumentos más fuertes. De ahora en adelante, el contraste entre la verdad y el error se vería más claramente, cuando se enfrentaran en una guerra abierta. La aparente victoria no era más que la señal de la derrota. Desde aquel día, Roma nunca estaría tan segura como hasta entonces.

La mayoría de la asamblea estaba dispuesta a sacrificar a Lutero a las exigencias del Papa; pero muchos de ellos veían y deploraban la depravación existente en la Iglesia, y deseaban la supresión de los abusos sufridos por el pueblo alemán como consecuencia de las extravagancias y mentiras del papismo. El legado había presentado el gobierno papal de la manera más favorable para Roma. Ahora el Señor pidió a un miembro de la Dieta que expusiera los verdaderos efectos de la tiranía papal. Con noble firmeza, el duque Jorge de Sajonia se levantó en aquella digna asamblea y especificó con terrible exactitud los agravios, los engaños y las abominaciones de Roma, así como sus funestas consecuencias. Expuso la total corrupción de su sistema eclesiástico y su funcionamiento. Su discurso concluyó con estas palabras:

"Estos son sólo algunos de los abusos que claman contra Roma pidiendo reparación. Se deja de lado toda vergüenza, y se persigue incesantemente un solo objeto: ¡dinero! ¡siempre más dinero! de modo que los mismos hombres cuyo deber es difundir la verdad, no se dedican a otra cosa que a propagar la falsedad; y sin embargo, no sólo se les tolera, sino que se les recompensa; porque cuanto más mienten, mayores son sus ganancias. Esta es la sucia fuente de la que fluyen por todas partes tantas corrientes corrompidas. El despilfarro y la avaricia van de la mano. Los funcionarios convocan a las mujeres a su casa con diversos pretextos, y se esfuerzan, ya sea con amenazas o regalos, para seducirlas; y si el intento fracasa, arruinan su reputación. Es el escándalo ocasionado por el clero lo que hunde a tantas pobres almas en la perdición eterna. Debe efectuarse una profunda reforma. Para llevar a cabo esa reforma, debe reunirse un Concilio General. Por tanto, excelentísimos príncipes y

señores, os ruego respetuosamente que prestéis a este asunto vuestra inmediata atención."

Lutero mismo no podría haber hecho una denuncia más capaz y contundente de los abusos de Roma; y el hecho de que el orador fuera un oponente de Lutero, dio mayor influencia a sus palabras. La asamblea procedió a constituir un comité con el propósito de redactar una lista de agravios papales. La lista, una vez completada, ascendía a ciento una. El informe fue presentado al emperador con la ferviente petición de que hiciera lo que fuera justo en un asunto tan importante. "¡Qué pérdida de almas cristianas", dijo el comité al emperador, "qué injusticia, qué extorsión, son los frutos diarios de esas prácticas escandalosas a las que la cabeza espiritual de la cristiandad presta su consentimiento! Es preciso evitar la ruina y la deshonra de nuestra nación. Por lo tanto, muy humildemente, pero muy urgentemente, le suplicamos que sancione una reforma general, que emprenda la obra y que la lleve a cabo."

Si los ojos de la asamblea hubieran estado abiertos, habrían visto ángeles de Dios en medio de ellos, derramando rayos de luz sobre las tinieblas del error y abriendo las mentes y los corazones a la recepción de las verdades sagradas. Fue el poder del Dios de la verdad y la sabiduría el que controló incluso a los adversarios de la Reforma, y preparó así el camino para la gran obra que estaba a punto de realizarse. Martín Lutero no estaba presente; pero un Mayor que Lutero había hecho oír su voz en aquella asamblea.

Carlos no podía ignorar los llamamientos de la Dieta, tan inesperados tanto para el legado como para él mismo. Retiró inmediatamente el edicto de quema de los escritos de Lutero y ordenó que fueran entregados a los magistrados.

La asamblea exigió ahora la comparecencia de Lutero ante ellos. "Es injusto", instaron sus amigos, "condenar a Lutero sin haberle oído, y sin haber comprobado de sus propios labios que es el autor de esos libros que se propone quemar."

"Su doctrina", dijeron sus oponentes, "se ha apoderado tan rápidamente de las mentes de los hombres que es imposible detener su progreso, a menos que le permitamos una audiencia. No habrá disputa con él; y en el caso de que reconozca sus escritos, y se niegue a retractarse de ellos, todos, de común acuerdo, electores, príncipes y estados del santo imperio, en firme adhesión a la fe de nuestros antepasados, daremos a vuestra majestad nuestra ayuda implacable para llevar sus decretos a pleno efecto."

El legado Aleander está muy preocupado por esta propuesta. Sabe que tiene mucho que temer de la presencia de Lutero ante la Dieta. Por lo tanto, apela a los príncipes conocidos por tener una disposición más favorable hacia el Papa: "No habrá disputa con Lutero, decís; pero ¿cómo podemos estar seguros de que el genio de este hombre audaz, el fuego que relampaguea en sus ojos, la elocuencia de su discurso, el misterioso espíritu que lo anima, no bastarán para excitar un tumulto? Ya son muchos los que le veneran como a un santo, y su imagen se ve por todas partes rodeada de rayos de gloria, como los que rodean las cabezas de los bienaventurados."

Y ahora un pensamiento satánico entra en la mente de este agente del gran adversario, y añade: "Si es necesario citarlo para que comparezca, cuídate, en todo caso, de empeñar la fe pública por su seguridad". Aleander esperaba que, si Lutero comparecía en Worms, los romanistas podrían apoderarse de su persona y acallar para siempre esa voz reprobadora, incluso antes de que pronunciara una sola palabra en la asamblea.

Los sacerdotes y fariseos actuaban con el mismo espíritu en su oposición a Pablo. Siempre que se permitía que las palabras del apóstol en vindicación de la verdad influyeran en el pueblo, la causa de los dirigentes judíos sufría pérdidas; por lo tanto, se empleaba la misma sutileza satánica para acallar la voz de Pablo. Esos líderes judíos sabían, al igual que Aleander, que si la verdad se presentaba ante el pueblo, aparecería en un contraste tan notable con el error que nadie podría dejar de ver la distinción.

El mismo motivo llevó a los judíos a destruir a Esteban. Fueron las palabras de verdad que los sacerdotes y los ancianos no pudieron rebatir las que inspiraron a aquellos malvados jueces tal locura contra este hombre de Dios, que aun cuando su semblante resplandecía con la gloria del cielo, lo sacaron a rastras del tribunal y acallaron su elocuencia, no con argumentos de la ley y los profetas, sino con piedras.

16 de agosto de 1883

El viaje de Lutero a Worms

EGW

Lutero se entera en Wittenberg de las emocionantes escenas que tienen lugar en la Dieta. Pronto recibe una nota con los artículos de los que deberá retractarse. Pero, como Daniel en el pasado, se propone en su corazón mantener su fidelidad

a Dios. Escribe a Spalatin: "No temas que me retracte ni una sola sílaba, ya que el único argumento que tienen contra mí es que mis escritos están en desacuerdo con las observancias de lo que ellos llaman la Iglesia. Si nuestro emperador Carlos me manda llamar sólo para que me retracte, mi respuesta será que me quedaré aquí, y todo será lo mismo que si hubiera estado en Worms y hubiera vuelto de nuevo. Pero si el emperador decide entonces mandar a buscarme para darme muerte como enemigo del imperio, estaré dispuesto a obedecer su llamada, pues, con la ayuda de Cristo, nunca abandonaré su palabra en la hora de la batalla. Sé que estos hombres sedientos de sangre no descansarán hasta haberme quitado la vida. Dios quiera que mi muerte sea imputable sólo a los papistas".

A pesar de las súplicas, protestas y amenazas de Aleander, el emperador decidió finalmente que Lutero compareciera ante la Dieta. En consecuencia, emitió una orden de comparecencia, así como un salvoconducto que aseguraba el regreso de Lutero a un lugar seguro. Estos documentos fueron llevados a Wittenberg por un heraldo, encargado de conducir al Reformador a Worms.

Era una hora oscura y amenazadora para la Reforma. Los amigos de Lutero estaban aterrorizados y angustiados. Pero el Reformador permaneció tranquilo y firme. Se le rogó que no arriesgara su vida. Sus amigos, conociendo los prejuicios y la enemistad contra él, temían que ni siquiera se respetara su salvoconducto. Y se había informado de que el salvoconducto de los herejes no era válido.

Lutero respondió: "Los papistas tienen poco deseo de verme en Worms; pero anhelan mi condena y muerte. No importa. No recéis por mí, sino por la palabra de Dios. Apenas se enfriará mi sangre antes de que miles y decenas de miles, en todas las tierras, tengan que responder por su derramamiento". El "santísimo" adversario de Cristo, el padre, y maestro, y jefe de los asesinos de hombres, está resuelto a que sea derramada. Amén. Hágase la voluntad de Dios. Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros de Satanás. Los desprecio mientras vivo; triunfaré sobre ellos en la muerte. Se esfuerzan mucho en Worms para obligarme a retractarme. Mi retractación será la siguiente: Antes decía que el Papa era el vicario de Cristo; ahora digo que es el adversario del Señor y el apóstol del diablo."

Lutero no iba a realizar su peligroso viaje solo. Además del mensajero imperial, tres de sus más firmes amigos decidieron acompañarle. Con profunda emoción, el Reformador se despidió de sus asociados. Dirigiéndose a Melancthon, dijo:

"Si nunca regreso, y mis enemigos me quitan la vida, no dejes, querido hermano, de enseñar y mantenerte firme en la verdad. Trabaja en mi lugar, puesto que yo ya no puedo trabajar. Si te perdonan la vida, poco importará mi muerte".

Una multitud de estudiantes y ciudadanos, para quienes el Evangelio era precioso, lo despidieron con llanto al partir. El heraldo imperial, en traje de gala y portando el águila imperial, encabezaba la marcha a caballo, seguido de su criado. A continuación llegó el carruaje en el que viajaban Lutero y sus amigos. Así partió de Wittenberg el Reformador.

Durante el viaje vieron que las mentes de la gente estaban oprimidas por sombríos presentimientos. En algunas ciudades no se les ofrecieron honores. Cuando pasaron la noche en Naumburgo, un sacerdote amigo expresó sus temores mostrando a Lutero el retrato de un reformador italiano que sufrió el martirio por la verdad. Con voz temblorosa, el sacerdote suplicó a Lutero: "Mantente firme en la verdad, y tu Dios nunca te abandonará".

Al día siguiente, al llegar a Weimar, se enteraron de que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. En las calles de la ciudad, los mensajeros imperiales proclamaban el decreto del emperador y exhortaban a todos los hombres a llevar las obras proscritas a los magistrados. El heraldo, alarmado, preguntó a Lutero si, dadas las circunstancias, aún deseaba continuar. Lutero respondió: "Seguiré adelante, aunque me pongan bajo interdicto en todas las ciudades".

En Erfurth, Lutero fue recibido con honores. A varias leguas de la ciudad, el rector de la universidad, con senadores, estudiantes y ciudadanos, lo recibió a caballo y le dio la bienvenida con aclamaciones de júbilo. Un gran número de habitantes se agolpó en el camino y le aclamó cuando estaba a punto de entrar en la ciudad. Todos estaban ansiosos por ver al intrépido monje que se había atrevido a dar batalla al Papa. Así, rodeado de admiradoras multitudes, entró en la ciudad donde, en sus primeros años, había mendigado a menudo un bocado de pan.

Se le instó a predicar. Se lo habían prohibido, pero el heraldo dio su consentimiento, y el monje, cuyo deber era abrir las puertas y barrer los pasillos, subió al púlpito, mientras el pueblo escuchaba sus palabras como hechizado.

El pan de vida fue partido para aquellas almas hambrientas. Jesús fue elevado ante ellos como por encima de papas, legados, emperadores y reyes. Dijo Lutero: "Cristo, nuestro Mediador, ha vencido. Esta es la gran noticia! Y somos

salvados por su obra, no por la nuestra". "Algunos quizá dirán: Nos hablas mucho de la fe; enséñanos, pues, cómo obtenerla. Pues bien, de acuerdo. Os mostraré cómo. Nuestro Señor Jesucristo dijo: "Paz a vosotros. Mirad mis manos". Es decir: "Mira, oh hombre, soy yo, sólo yo, quien ha quitado tu pecado y te ha redimido, y ahora tienes paz, dice el Señor". "Cree en el Evangelio, cree en San Pablo, y no en las cartas y decretos de los papas".

Lutero no hace referencia a su peligrosa posición. No busca convertirse en objeto de pensamiento o simpatía. En la contemplación de Cristo, se ha perdido de vista a sí mismo. Se esconde detrás del Hombre del Calvario, buscando sólo presentar a Cristo como el Redentor del pecador.

A medida que Lutero avanza en su viaje, es observado en todas partes con gran interés. Una multitud ansiosa lo acompaña constantemente. Voces amistosas le advierten del propósito de los romanistas. "Te quemarán vivo", dicen, "y tu cuerpo será reducido a cenizas, como el de Juan Huss". Lutero responde: "Aunque encendieran un fuego cuyas llamas alcanzaran desde Worms hasta Wittenberg, y se elevaran hasta el cielo, yo lo atravesaría en el nombre del Señor, y me presentaría ante ellos; entraría en las fauces del behemoth, le rompería los dientes y confesaría al Señor Jesucristo."

La noticia de que Lutero se acercaba a Worms creó una gran conmoción entre los partidarios del Papa. Su llegada podría resultar en la derrota de su causa. Inmediatamente se trazó un astuto plan para impedir que terminara su viaje. Una tropa de jinetes le salió al encuentro con el mensaje de que un caballero amigo deseaba que se dirigiera inmediatamente a su fortaleza. Se decía que el confesor del emperador estaba allí, esperando una conferencia. Su influencia con Carlos era ilimitada, y todo podría arreglarse armoniosamente.

El mensajero instó a que no se demoraran. Los amigos de Lutero no sabían qué camino tomar, pero él no dudó ni un momento. "Seguiré adelante", respondió, "y si el confesor del emperador tiene algo que decirme, me encontrará en Worms, reparo al lugar de la citación".

Finalmente, el propio Spalatin se alarmó por la seguridad del Reformador. Oyó decir a los papistas de Worms que el salvoconducto de Lutero no sería respetado, e inmediatamente envió un mensajero para advertirle del peligro que corría. Cuando Lutero se acercaba a la ciudad, le fue entregada una nota de Spalatin, que contenía estas palabras: "Abstente de entrar en Worms". Lutero, sin inmutarse, volvió los ojos hacia el mensajero, y le dijo: "Ve y dile a tu señor

que aunque en Worms hubiera tantos demonios como tejas en sus tejados, yo entraría en ella." El mensajero regresó y repitió la asombrosa declaración.

Espléndido fue el recibimiento dispensado a Lutero a su llegada a Worms. La multitud que acudió a las puertas para darle la bienvenida fue incluso mayor que en la entrada pública del propio emperador. "Dios será mi defensa", dijo el Reformador al bajar de su carruaje.

Sin embargo, la noticia de su llegada fue recibida con alarma tanto por amigos como por enemigos. El elector temía por la seguridad de Lutero, Aleander por el éxito de sus propios planes inicuos. El emperador convocó inmediatamente a su consejo. "Lutero ha llegado", dijo, "¿qué hay que hacer?". Uno de los obispos, rígido papista, respondió: "Hace tiempo que pensamos en este asunto. Que vuestra majestad se libre de una vez de este hombre. ¿No llevó Segismundo a Juan Huss a la hoguera? Uno no está obligado ni a dar ni a cumplir un salvoconducto en el caso de los herejes." "No es así", dijo el emperador, "lo que prometemos debemos observarlo y cumplirlo". Se decidió, pues, que Lutero debía ser oído.

Toda la ciudad estaba ansiosa por ver al Reformador, y no había disfrutado más que de unas pocas horas de descanso cuando condes, barones, caballeros, caballeros y ciudadanos se agolparon ansiosamente a su alrededor. Incluso sus enemigos podían notar su firme y valiente porte, la expresión amable y alegre de su rostro, y la solemne elevación y profunda seriedad que daban a sus palabras un poder irresistible. Algunos estaban convencidos de que le acompañaba una influencia divina; otros declararon, como habían hecho los fariseos respecto a Cristo: "Tiene un demonio."

23 de agosto de 1883

Lutero ante la Dieta

EGW

Al día siguiente de su llegada a Worms, Lutero fue notificado para comparecer por la tarde ante el emperador y los miembros de la dieta. Este era el día que él había deseado durante tanto tiempo; pero para la apariencia humana había un gran peligro ante él.

Ese día llegó una carta de un valiente caballero, susurrando al oído del Reformador las palabras de un antiguo profeta: "El Señor te escuche en el día

de la angustia; el nombre del Dios de Jacob te defienda; te envíe ayuda desde Sión; te conceda según tu propio corazón, y cumpla todo tu consejo."

Y añadió: "¡Oh amado Lutero, mi venerado padre! no temas y mantente firme. El consejo de los impíos te ha acechado, y han abierto contra ti la boca como leones rugientes. Pero el Señor se levantará contra ellos y los pondrá en fuga. Luchad, pues, valientemente las batallas de Cristo. En cuanto a mí, también combatiré valientemente. Ojalá se me permitiera ver cómo fruncen el ceño. Pero el Señor limpiará su viña... ¡Que Cristo os proteja!"

A la hora convenida apareció un heraldo para conducir a Lutero a la presencia de la Dieta. Las calles estaban tan abarrotadas que resultaban intransitables, y sólo a través de callejuelas y jardines llegaron el Reformador y sus ayudantes al ayuntamiento. Los tejados y las aceras, por encima, por debajo y por todos lados, estaban cubiertos de espectadores. Cuando llegaron al ayuntamiento, la multitud era tan grande que los soldados se vieron obligados a abrirles paso. Dentro del recinto exterior, todos los lugares estaban abarrotados. Más de cinco mil espectadores, alemanes, españoles e italianos, abarrotaban la antecámara y los nichos.

Cuando Lutero se acercaba a la puerta que lo conduciría a la sala de audiencias y a la presencia de sus jueces, un viejo general, héroe de muchas batallas, le tocó el hombro al pasar, y sacudiendo la cabeza le dijo amablemente: "Mi pobre monje, mi pobre monje, tienes una marcha y una lucha que atravesar, como ni yo ni muchos otros capitanes hemos visto igual en nuestras más sangrientas batallas. Pero si tu causa es justa, y estás seguro de ello, avanza en nombre de Dios y no temas nada. Él no te abandonará".

Las puertas se abren de par en par y Lutero entra. Jamás hombre alguno se había presentado ante una asamblea tan imponente. Un emperador cuyo reino se extendía por ambos hemisferios; su hermano, el archiduque; los príncipes electores del imperio, la mayoría de cuyos sucesores eran cabezas coronadas; duques, entre los que se encontraban aquellos feroces y sangrientos enemigos de la Reforma, el duque de Alva y sus hijos; arzobispos, obispos y prelados; los embajadores de naciones extranjeras; príncipes, condes y barones; y los embajadores del Papa; en total, doscientas personas. Tales eran los jueces ante los que Martín Lutero debía responder de su fe.

El hecho mismo de la comparecencia de Lutero ante aquel concilio principesco supuso una gran victoria para la verdad. Que un hombre a quien el Papa había condenado fuera juzgado por otro tribunal, era virtualmente una negación de la

autoridad suprema del Papa. Al Reformador, proscrito y denunciado por el Papa, se le había asegurado protección y se le había concedido audiencia por parte de los más altos dignatarios de la nación. El Papa le había ordenado que guardara silencio, pero estaba a punto de hablar en presencia de miles de personas procedentes de toda la cristiandad.

En presencia de aquella asamblea poderosa y llena de títulos, el Reformador de baja cuna parecía asombrado y avergonzado. Algunos príncipes que estaban cerca de él, al observar su emoción, se le acercaron amablemente y uno de ellos le susurró: "No temas a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma". Otro le dijo: "Cuando seas llevado ante los reyes, te será dado, por el Espíritu de tu Padre, lo que has de decir." Así las palabras de Cristo fueron traídas por los grandes de la tierra para fortalecer al Reformador en su hora de prueba.

Lutero fue conducido a una posición directamente frente al trono del emperador. Todos los ojos estaban fijos en el hombre que se había atrevido con su pluma y su voz a resistir la autoridad del Papa. Un profundo silencio se apoderó de la concurrida asamblea. Entonces, un oficial imperial se levantó y, con voz clara, se dirigió así al Reformador:

"Martín Lutero, su sagrada e invencible Majestad os ha citado ante su trono, actuando según la opinión y consejo de los Estados del santo Imperio Romano, para requeriros que respondáis a dos preguntas: Primera, ¿Reconocéis que estos escritos han sido compuestos por vos?" y el orador señaló con el dedo una veintena de volúmenes colocados sobre una mesa en el centro de la sala, inmediatamente delante de Lutero. "En segundo lugar, ¿estáis dispuesto a retractaros de estas obras y de las proposiciones contenidas en ellas, o persistís en lo que en ellas habéis adelantado?"

Leídos los títulos de los libros, Lutero respondió. "Graciosísimo emperador, príncipes y señores, su majestad imperial me hace dos preguntas. En cuanto a la primera, reconozco que los libros que acaban de nombrarse son míos. No puedo negarlos. En cuanto a la segunda, si los mantendré todos o me retractaré de ellos, dado que se trata de una cuestión de fe y de la propia salvación y de la palabra de Dios, que es el mayor tesoro del cielo y de la tierra, y que merece en todo momento nuestra mayor reverencia, sería imprudente y peligroso por mi parte hablar desconsideradamente, sin reflexión. Podría afirmar más o menos de lo que es coherente con la verdad; en cualquier caso, caería bajo la sentencia de Cristo. Al que me niegue delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos". Por tanto, ruego a vuestra majestad imperial

tiempo para reflexionar, a fin de poder responder a la cuestión propuesta, sin perjuicio de la palabra de Dios ni de mi propia salvación."

Al hacer esta petición, Lutero actuó sabiamente. Su proceder convenció a la asamblea de que no actuaba por pasión o impulso. Tal calma y autocontrol, inesperados en alguien que se había mostrado audaz e intransigente, aumentaron su poder y le permitieron responder después con una prudencia, decisión, sabiduría y dignidad que sorprendió y decepcionó a sus adversarios y reprendió su insolencia y orgullo.

Las diferentes órdenes de la dieta se retiraron para consultar, y cuando se reunieron de nuevo, acordaron conceder la petición del Reformador, con la condición, sin embargo, de que su respuesta fuera de palabra y no por escrito.

Mientras Lutero era conducido a su alojamiento, circuló por la ciudad el rumor de que el Papa había triunfado y el Reformador sería llevado a la hoguera. Tanto las amenazas como las expresiones de respeto y simpatía le saludaron mientras recorría las abarrotadas calles. Muchos le visitaron en su casa y se declararon dispuestos a defenderle con su vida. En medio de la agitación, sólo el Reformador mantuvo la calma. Una carta escrita por él en ese momento revela sus sentimientos:

"Acabo de comparecer ante el emperador y su hermano Fernando, y me han preguntado si me retractaría de mis escritos. Respondí: "Los libros que me han presentado son míos; pero en cuanto a la revocación, diré lo que haré mañana". Este es todo el tiempo que pedí, y todo el que me darán. Pero siendo Cristo clemente conmigo, no me retractaré ni un ápice".

Al día siguiente debía comparecer ante la Dieta para dar su segunda respuesta. A veces se le hundía el corazón al contemplar las fuerzas que se combinaban contra la verdad. Su fe vacilaba cuando sus enemigos parecían multiplicarse ante él y los poderes de las tinieblas prevalecer. En la angustia de su espíritu se arrojó con su rostro sobre la tierra, y derramó esos gritos desgarradores que nadie más que Dios puede interpretar plenamente. En su impotencia, su alma se aferró a Cristo, el poderoso libertador. No fue por su propia seguridad, sino por el éxito de la verdad, que luchó poderosamente con Dios; y prevaleció. Fue fortalecido con la seguridad de que no comparecería solo ante el concilio. La paz volvió a su alma, y se regocijó de que se le permitiera sostener y defender la palabra de Dios ante los gobernantes de la nación.

Al acercarse la hora de su comparecencia, se acercó a una mesa en la que estaban las Sagradas Escrituras, puso la mano izquierda sobre el volumen sagrado y, levantando la derecha al cielo, juró adherirse constantemente al Evangelio y confesar su fe libremente, aunque le llamaran para sellar su testimonio con su sangre.

23 de agosto de 1883

Los cimientos del carácter

EGW

Nunca le esperaron a la juventud mayores responsabilidades que ahora. Nunca fue más importante dar un molde correcto al carácter de la nueva generación. Dios ha conferido a cada joven diversas capacidades mentales, morales y físicas, y exige que éstas sean cultivadas y mejoradas. Estamos formados para la actividad; cada poder de la mente y del cuerpo debe ser desarrollado, fortalecido y aumentado por el uso. Nadie debe sentirse dueño de sí mismo y hacer lo que le plazca con su tiempo y su intelecto. El tiempo y los talentos pertenecen a Dios, que nos los ha confiado para que los empleemos en su gloria.

Cristo nos ha comprado por un precio infinito. Todo lo que somos y todo lo que poseemos es suyo. Su misericordia y su ternura se han ejercido sobre nosotros a lo largo de nuestra vida, y reclama con justicia nuestra gratitud, nuestra reverencia y nuestro amor. También reclama nuestra obediencia. Debemos respetar sus leyes en todos los aspectos. No nos han sido dadas para privarnos de ningún bien, sino para guiar nuestros pies por sendas seguras, las sendas de la paz y la felicidad.

Además, nuestro amor y obediencia se deben a Dios como Creador. Él, que nos ha concedido todas las bendiciones de las que disfrutamos, que nos ha formado, que comprende nuestras necesidades y que se alegra de la felicidad de las criaturas que ha creado, tiene derecho a nuestra fe implícita y a nuestra obediencia. Obedecer a Dios es aceptar la guía de un amor y una sabiduría infinitos. Es seguir un curso que ennoblecerá el carácter y fortalecerá el intelecto, y que sólo nos preparará para una vida de verdadero disfrute y utilidad real. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría".

No estamos en este mundo sólo para disfrutar de la vida presente, sino para prepararnos para la vida futura e inmortal, formando un carácter verdadero y noble. Querida juventud, tienes una obra que hacer que ningún otro puede hacer

por ti. Decídate a poseer un carácter recto. No puedes recibir esto como un derecho de nacimiento, no puedes comprarlo con dinero, no puedes procurártelo por fraude; pero puedes tenerlo, si lo buscas de la manera correcta. Un carácter noble debe formarse, debe edificarse por tu propio esfuerzo paciente y laborioso, mientras confías en los méritos de Cristo, tu Salvador.

Nadie debe mirar con indiferencia este importante asunto. No debemos dejar que las circunstancias formen nuestro carácter. El agricultor que por indolencia o negligencia deja su campo sin cultivar, recoge una cosecha de zarzas y espinas. Así, el joven que descuida por pereza el cultivo de la mente y del corazón, poseerá un carácter deforme y antipático. No se respetará a sí mismo y no será feliz, por mucho que se esfuerce.

La juventud no puede permitirse flotar despreocupadamente, expuesta a las muchas influencias que están listas para alejarla de la verdad, de la religión, de la paz y de la felicidad, recibiendo cualquier impresión que Satanás quiera hacer en la mente. Hay duras batallas que librar contra defectos hereditarios y cultivados de carácter y disposición. Satanás aprovecha toda oportunidad para desviar la mente de los pensamientos de Dios. Procura impedir que escudriñemos el corazón, que estudiemos la ley de Dios y comparemos nuestra vida y nuestro carácter con su norma perfecta. Debemos protegernos contra sus artimañas. Debemos recordar siempre que la vida es corta, y si queremos alcanzar la perfección de carácter que Cristo requiere de nosotros, cada hora de nuestra probación debe ser sabiamente aprovechada como un tesoro más precioso que el oro.

La formación de un buen carácter implica un duro trabajo y una severa abnegación; pero recompensa con creces el esfuerzo. Es una resistencia al diablo. Es la obtención de la victoria diaria sobre el egoísmo, el orgullo y la insensatez, y el cultivo diario del amor, la misericordia y la beneficencia.

Satanás procura constantemente fortalecer los rasgos malignos del carácter, a fin de que su influencia pueda ejercerse para llevar a otros a un mal camino. Resuélvete en la fuerza de Dios a derrotar su propósito. Pon tu marca en alto, y vence al yo a cualquier precio. La labor perseverante y bien dirigida tendrá éxito.

Aunque la excelencia de carácter nunca puede alcanzarse sino por tu propio esfuerzo, no olvides que a cada paso necesitas y puedes obtener ayuda y gracia de Cristo. Él mismo pasó por toda la experiencia de la niñez y la juventud, y sabe cómo simpatizar con los jóvenes. Nunca abandonará a un alma que confíe

en Él. Él escuchará la oración del contrito, y será una ayuda presente en cada momento de necesidad. No te desanimes, pues, en tus esfuerzos. Trabaja con más ahínco por un carácter simétrico que por la plata o el oro. Encontrarás desilusiones y desánimos. Tus esfuerzos pueden no ser apreciados, tus fracasos pueden provocar severas censuras. Pero no cedas al desaliento. El Salvador se compadece de tu debilidad, lee el deseo de tu corazón y reconoce todo esfuerzo sincero por hacer lo correcto.

Entonces sé valiente. Mira con fe a Jesús. Rezad mucho. Mientras estás ocupado en tu trabajo, en casa o en la escuela, o incluso mientras caminas por la calle, deja que las peticiones silenciosas del corazón asciendan a Dios. Ten también momentos regulares de oración, y no los descuides. De este modo vencerás los males de tu naturaleza; gozarás de paz, esperanza y gozo en Cristo, y con tus palabras y tu ejemplo ejercerás influencia para animar a otros en el camino recto.

No temas mantenerte firme por lo correcto en cualquier circunstancia. No pienses que es descortés encontrar con un "No" decidido, a aquellos que te sugieran malos pensamientos, o te insten a cualquier acto que Dios no apruebe.

"Cuando los pecadores te seduzcan, no consientas". Si con desprecio te llaman cobarde, diles que si es cobarde temer hacer el mal, entonces tú eres un cobarde. La valentía que se demuestra al sacrificar los principios, por temor al ridículo, es un espíritu bajo y satánico que siempre debes despreciar.

"¡Atrévete a ser un Daniel!
¡Atrévete a estar solo!
¡Atrévete a tener un propósito firme!
Atrévete a darlo a conocer!"

30 de agosto de 1883

Segunda respuesta de Lutero ante la Dieta

EGW

Cuando Lutero fue conducido de nuevo a la presencia de la Dieta, su semblante no mostraba rastro alguno de temor o vergüenza. Humilde y pacífico, pero grandiosamente valiente y noble, se alzó como testigo de Dios entre los grandes de la tierra.

El oficial imperial le preguntó ahora si estaba dispuesto a defender sus libros en su totalidad o si deseaba retractarse de alguna parte de ellos.

Lutero respondió en un tono moderado y humilde, sin violencia ni pasión. Su conducta era tímida y respetuosa, pero manifestaba una confianza y una alegría que sorprendieron a la asamblea.

Después de implorar la indulgencia de la dieta si, a causa de su vida retirada y monástica, descuidaba alguna de las acostumbradas propiedades del trato cortés, observó que sus obras publicadas no eran todas del mismo carácter. En algunas había tratado de la fe y las buenas obras con tal sencillez y simplicidad cristiana que incluso sus enemigos se vieron obligados a confesar que no sólo eran inofensivas, sino provechosas. Retractarse de ellas sería condenar verdades que todas las partes confesaban.

La segunda clase de estas obras estaban dirigidas contra el papismo, denunciando a aquellos que con su enseñanza y ejemplo estaban corrompiendo a toda la cristiandad, tanto en cuerpo como en alma. Nadie, decía, puede negar ni ocultar que por las leyes y doctrinas de los papas las conciencias de los cristianos están sometidas, agobiadas y atormentadas, y que los bienes y riquezas de la cristiandad, especialmente de la nación alemana, son devorados por la increíble rapacidad de Roma. Si revocara lo que he escrito sobre este tema, ¿qué haría sino fortalecer esta tiranía y abrir una puerta más ancha a tantas y tan grandes impiedades?

La tercera clase de sus libros fueron escritos contra individuos que emprendieron la defensa de la tiranía Romana, y el derrocamiento de las doctrinas que él había inculcado. Acerca de éstos dijo: "Confieso libremente que he sido más violento de lo que convenía. No me considero un santo; pero ni siquiera estos libros puedo revocar, porque al hacerlo sancionaría las impiedades de mis oponentes, y entonces ellos aprovecharían la ocasión para aplastar al pueblo de Dios con una crueldad aún mayor.

Pero, continuó, como soy un simple hombre, y no Dios, me defenderé como lo hizo Cristo, que dijo: "Si he hablado mal, atestigüad contra mí". Por la misericordia de Dios, imploro a vuestra majestad imperial, o a cualquier otro que pueda, quienquiera que sea, que me demuestre con los escritos de los profetas que estoy en un error. Tan pronto como me convenza, me retractaré inmediatamente de todos mis errores y seré el primero en arrojar mis libros al fuego.

Lo que acabo de decir, creo que mostrará claramente que he considerado y sopesado bien los peligros a los que me expongo; pero lejos de sentirme consternado por ellos, me regocijo sobremanera al ver que el evangelio es hoy como antaño causa de disturbios y desacuerdos. Es el carácter y el destino de la palabra de Dios. Dijo Cristo: "No he venido a enviar paz, sino espada". Dios es maravilloso y terrible en sus consejos. Tengamos cuidado, no sea que en nuestros esfuerzos por detener las discordias nos encontremos luchando contra la santa palabra de Dios, y hagamos caer sobre nuestras cabezas un espantoso diluvio de peligros inextricables, desastres presentes y desolaciones eternas. Cuidémonos de que el reinado del joven y noble príncipe, el Emperador Carlos, en quien, junto a Dios, depositamos tantas esperanzas, no sólo comience, sino que continúe y termine su curso, bajo los más fatales auspicios. Podría citar ejemplos extraídos de los oráculos de Dios. Podría hablar de los faraones, de los reyes de Babilonia o de Israel, que nunca contribuyeron más a su propia ruina que cuando, con medidas en apariencia muy prudentes, pensaron en establecer su autoridad. Dios remueve los montes, y ellos no lo saben.

Al hablar así, no supongo que tan nobles príncipes tengan necesidad de mi pobre juicio; pero deseo absolverme de un deber que Alemania tiene derecho a esperar de sus hijos. Y así, encomendándome a vuestra augusta majestad, y a vuestras altezas más serenas, os suplico, con toda humildad, que no permitáis que el odio de mis enemigos haga llover sobre mí una indignación que no he merecido.

Lutero había hablado en alemán; se le pidió que repitiera las mismas palabras en latín. La lengua alemana no agradó al emperador, ni fue fácilmente comprendida por los cortesanos españoles e italianos. Aunque muy agotado por el esfuerzo anterior, Lutero accedió a la petición y repitió su discurso en latín con la misma claridad y energía que al principio. Dios en su providencia dirigió en este asunto. Las mentes de muchos de los príncipes estaban tan cegadas por el error y la superstición que en la primera intervención no vieron la fuerza del razonamiento de Lutero, pero la repetición les permitió percibir con gran claridad los puntos presentados. El Espíritu de Dios estableció la verdad y se produjo una impresión profunda y duradera. La Reforma había obtenido una victoria que se repetiría con gran poder contra el papado.

Pero aquellos que obstinadamente cerraban los ojos a la luz, que estaban decididos a no convencerse de la verdad, se enfurecieron ante el poder de las palabras de Lutero. De esta clase era el portavoz de la Dieta. Cuando Lutero dejó de hablar, este funcionario dijo airadamente: "No has dado ninguna respuesta a la pregunta que se te ha hecho. No debes cuestionar la decisión de

los concilios; se te exige que des una respuesta clara y distinta. ¿Te retractarás o no?"

Lutero respondió con firmeza: "Puesto que vuestra serenísima majestad y vuestra alta potestad requieren de mí una respuesta simple, clara y directa, daré una; y es ésta: No puedo someter mi fe ni al Papa ni a los concilios, porque es tan claro como el agua que a menudo se han equivocado y contradicho entre sí. Si, pues, no me convencen con pruebas de la Sagrada Escritura o con razones convincentes; si no me satisfacen los mismos textos que he citado; y si mi juicio no se somete de este modo a la palabra de Dios, no puedo ni quiero retractarme de nada, porque no puede ser justo que un cristiano hable contra su conciencia." Luego, volviendo los ojos a la asamblea ante la que estaba, y que tenía su vida en sus manos, dijo: "Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa. ¡Que Dios me ayude! Amén".

Así está este hombre justo sobre el fundamento seguro de los profetas y apóstoles, siendo Cristo mismo la piedra angular. Firme e intrépido en su puesto del deber está el gran Reformador. Fiel entre los infieles, desoyendo las tormentas de la malicia y la venganza, se yergue como un poderoso cedro del Líbano entre los árboles del bosque. Mientras las pasiones y las contaminaciones de la multitud surgen a su alrededor como las olas de las grandes profundidades, él permanece, un faro enviado por el Cielo, para advertir al navegante en peligro del banco de arena oculto y de la orilla rocosa.

Lutero no sabe cuál puede ser su destino; pero sabe que la causa de la verdad nunca puede fallar, y está dispuesto a morir, si es necesario, sabiendo que con la muerte puede servir a la verdad mejor que con su vida. La luz del trono de Dios iluminaba su rostro. Su grandeza y pureza de carácter, su paz y la alegría de su corazón, se manifestaron a todos, mientras testificaba contra el poder del error, y daba testimonio de la superioridad de esa fe que vence al mundo.

Cuando el Reformador cesó de hablar, toda la asamblea permaneció durante un rato inmóvil de asombro. Varios de los príncipes quedaron encantados con su franqueza y nobleza de alma. El propio emperador, profundamente impresionado, exclamó: "El monje habla con un corazón intrépido y un valor inquebrantable". Los españoles y los italianos se quedaron perplejos y empezaron a ridiculizar aquella grandeza moral que sus mentes bajas e inescrupulosas no podían comprender.

Los partidarios de Roma habían sido derrotados; su causa aparecía bajo una luz muy desfavorable. Trataron de mantener su poder, no apelando a las Escrituras

para mostrar a Lutero el error de su conducta, sino recurriendo a las amenazas, el argumento infalible de Roma. Dijo el portavoz de la Dieta, dirigiéndose airadamente a Lutero: "Si no te retractas, el emperador y los Estados del imperio procederán a considerar cómo tratar a un hereje obstinado".

Los amigos de Lutero, que habían escuchado con gran alegría su noble defensa, temblaron ante estas palabras; pero el propio doctor dijo con firmeza: "¡Que Dios me ayude! pues no puedo retractarme de nada."

Lutero se retiró entonces, mientras los príncipes consultaban. Cuando lo llamaron de nuevo, su orador le dijo: "Martín, no has hablado con la humildad que corresponde a tu condición. La distinción que has hecho en cuanto a tus obras era innecesaria, pues si te retractaras de las que contienen errores, el emperador no permitiría quemar el resto. Es absurdo exigir ser refutado por la Escritura, cuando habéis estado revisando herejías condenadas por el Concilio General de Constanza. Por lo tanto, el emperador os ordena que digáis simplemente, Sí o No, si pretendéis afirmar lo que habéis adelantado, o si deseáis retractaros de alguna parte de ello."

Lutero respondió con calma: "No tengo otra respuesta que dar que la que ya he dado".

Le comprendían perfectamente. Firme como una roca se mantuvo, mientras las olas más feroces del poder mundano golpeaban inofensivamente contra él. La simple energía de sus palabras, su porte intrépido, su mirada tranquila y parlante, y la inalterable determinación expresada en cada palabra y acto, causaron una profunda impresión en la asamblea. Ya no había la menor esperanza de que pudiera ser inducido, ni con promesas ni con amenazas, a ceder al mandato de Roma. El monje había triunfado sobre los gobernantes de este mundo.

Carlos V se levantó de su asiento, y toda la asamblea se levantó al mismo tiempo. "La Dieta volverá a reunirse mañana por la mañana para escuchar la decisión del emperador", anunció el canciller. Había muchos en aquella compañía animados por el mismo espíritu que inspiraba a los fariseos de antaño. Tenían sed de la sangre de aquel cuyos argumentos no podían rebatir. Sin embargo, Lutero, comprendiendo el peligro que corría, se había dirigido a todos con dignidad y serenidad cristianas. Sus palabras habían estado libres de orgullo, pasión y tergiversación. Se perdió de vista a sí mismo y a los grandes hombres que lo rodeaban, y sólo sintió que estaba en presencia de Uno infinitamente superior a papas, prelados, reyes y emperadores. Y Cristo,

reinando en el corazón de Lutero, hablaba a través de su testimonio con un poder y una grandeza que, por aquel entonces, inspiraban admiración y asombro tanto a amigos como a enemigos. El poder convertidor de Dios estaba en ese concilio, impresionando los corazones de los jefes del imperio.

Los partidarios del Papa, sintiéndose derrotados, preguntaron airadamente por qué el canciller de la Dieta no había interrumpido antes al monje culpable. Varios príncipes reconocieron abiertamente la justicia de la causa de Lutero. Muchos se convencieron de la verdad; pero con algunos las impresiones recibidas no fueron duraderas. La semilla sembrada no tenía mucha profundidad de tierra, y el calor de la oposición hizo que se marchitara. Hubo otra clase que en ese momento no expresó sus convicciones, pero que, habiendo escudriñado las Escrituras por sí mismos, en un tiempo futuro se declararon con gran audacia a favor de la Reforma.

El elector Federico había esperado con ansiedad la comparecencia de Lutero ante la Dieta, y con profunda emoción escuchó su discurso. Se alegró del valor, la firmeza y la serenidad del doctor, y se sintió orgulloso de ser su protector. Contrastó las partes en liza: por un lado el mundo y la Iglesia, con todo su orgullo y poder, y por otro un solo monje oscuro; y vio la sabiduría de papas, reyes y prelados derrotada por el poder de la verdad. El papado había sufrido una derrota que se sentiría en todas las naciones y en todas las épocas.

6 de septiembre de 1883

Carlos V. contra Lutero

EGW

Aleandro, el legado papal, percibió claramente el efecto producido por el discurso de Lutero. Temió, como nunca antes, por la seguridad del poder romano y resolvió emplear todos los medios a su alcance para derrocar al Reformador. Con toda la elocuencia y habilidad diplomática por las que era tan eminentemente distinguido, representó ante el joven emperador la locura y el peligro de sacrificar, en la causa de un monje insignificante, la amistad y el apoyo de la poderosa sede de Roma.

Sus palabras no quedaron sin efecto. Al día siguiente de la respuesta de Lutero, Carlos V hizo que se presentara un mensaje a la Dieta, anunciando su determinación de llevar a cabo la política de sus predecesores de mantener y proteger la religión católica. Dado que Lutero se había negado a renunciar a sus

errores, debían emplearse las medidas más enérgicas contra él y las herejías que enseñaba. No obstante, debía respetarse el salvoconducto que se le había concedido y, antes de iniciar un proceso contra él, debía permitírsele llegar sano y salvo a su casa.

"Estoy firmemente resuelto a seguir los pasos de mis antepasados", escribió el monarca. Así se posicionó, negándose a aceptar ninguna luz por delante de la que habían recibido sus padres, ni a cumplir ningún deber que sus padres no hubieran cumplido.

Parecía sentir que un cambio de opiniones religiosas sería incompatible con la dignidad de un gran rey. En la actualidad hay muchos que se aferran a las costumbres y tradiciones de sus padres. Cuando el Señor les envía luz adicional, se niegan a aceptarla, porque, al no haber sido concedida a sus padres, no fue recibida por ellos. Nosotros no estamos donde estuvieron nuestros padres, por lo que nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos que los suyos. No seremos aprobados por Dios si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar nuestro deber en lugar de escudriñar la palabra de verdad por nosotros mismos.

¿Estaban nuestros padres comprometidos en una obra malvada? No debemos hacer el mal porque ellos lo hicieron. ¿Se dedicaron a una obra buena? Sólo podemos imitarlos cumpliendo nuestro deber tan fielmente como ellos cumplieron el suyo; prestando atención a la luz que se nos concede tan fielmente como ellos prestaron atención a la que les iluminaba; en resumen, haciendo lo que ellos habrían hecho si hubieran vivido en nuestros días y disfrutado de nuestros privilegios y oportunidades. Nuestra responsabilidad es mayor que la de nuestros antepasados. Somos responsables de la luz que ellos recibieron, y que fue transmitida como herencia para nosotros, y también somos responsables de la luz adicional que ahora brilla sobre nosotros desde la palabra segura de la profecía. La verdad que ha convencido al entendimiento o condenado al alma, por cualquier medio que haya sido dada, nos juzgará en el último gran día. Nadie será condenado por no haber creído lo que nunca fue presentado a su entendimiento o urgido a su conciencia. Dijo Cristo de los judíos incrédulos: "Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen manto para su pecado".

El mismo poder divino había hablado a través de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Y mientras brillaba la luz de la palabra de Dios, su Espíritu suplicó por última vez a muchos en aquella asamblea. Si esta súplica

no se hubiera presentado a su entendimiento, su pecado no habría sido tan grande. Pero la verdad se había presentado en contraste directo e inequívoco con el error; por lo tanto, su rechazo de ella selló su condenación.

El emperador decide que no se saldrá de la senda real de las costumbres, ni siquiera para andar por los caminos de la verdad y la rectitud. Porque sus padres lo hicieron, mantendrá el papado, con toda su crueldad y corrupción. Con esta decisión, su día de misericordia terminó para siempre.

Como Pilato, siglos antes, había permitido que el orgullo y el amor a la popularidad cerraran su corazón contra el Redentor del mundo; como el tembloroso Félix ordenó al mensajero de la verdad: "Vete por ahora; cuando tenga un tiempo conveniente, te llamaré"; como el orgulloso Agripa confesó: "Por poco me persuades a ser cristiano", y sin embargo se apartó del mensaje enviado por el Cielo, así Carlos V, cediendo a los dictados del orgullo y la política mundanos, había rechazado su última llamada de Dios.

Carlos había anunciado su decisión en el caso de Lutero sin consultar previamente a la Dieta. Este acto precipitado e independiente del joven emperador provocó el disgusto de aquel augusto cuerpo. Inmediatamente aparecieron dos partidos opuestos. Varios partidarios del Papa exigieron que no se respetara el salvoconducto de Lutero. "El Rin", decían, "debería recibir sus cenizas, como había recibido las de Juan Huss hacía un siglo". En años posteriores, Carlos lamentó no haber actuado de acuerdo con esta propuesta. "Confieso", dijo hacia el final de su vida, "que cometí una gran falta al permitir que Lutero viviera. No estaba obligado a cumplir mi promesa con él; ese hereje había ofendido a un Señor más grande que yo, Dios mismo. Podía y debía haber faltado a mi palabra y vengar el insulto que había cometido contra Dios. Es porque no lo maté que la herejía no ha dejado de avanzar. Su muerte la habría sofocado en la cuna". Tan grande fue la oscuridad que se apoderó de la mente que había rechazado voluntariamente la luz de la verdad.

La proposición de los romanistas provocó gran alarma entre los amigos del Reformador. E incluso uno de sus inveterados enemigos, un duque de Sajonia, denunció la infame sugerencia, afirmando que los príncipes alemanes no tolerarían la violación de un salvoconducto. "Semejante perfidia", dijo, "no corresponde a la antigua buena fe de los alemanes". También otros príncipes, afectos a la Iglesia romana, apoyaron esta protesta, y el peligro que amenazaba la vida de Lutero fue desapareciendo poco a poco.

La Dieta pasó dos días deliberando sobre la propuesta del emperador. Los rumores de los designios contra Lutero circularon ampliamente, causando gran excitación en toda la ciudad. El Reformador había hecho muchos amigos que, conociendo la traicionera crueldad de Roma hacia todos los que se atrevían a exponer sus corrupciones, resolvieron que no debía ser sacrificado. Más de cuatrocientos nobles se comprometieron a protegerlo. No pocos denunciaron abiertamente que el mensaje real evidenciaba una débil sumisión al poder controlador de Roma. En las puertas de las casas y en lugares públicos se colocaron pancartas, algunas condenando y otras apoyando a Lutero. En una de ellas estaban escritas las significativas palabras del sabio: "Ay de ti, tierra, cuando tu rey es un niño". El entusiasmo popular a favor de Lutero en toda Alemania convenció tanto al emperador como a la Dieta de que cualquier injusticia hacia él pondría en peligro la paz del imperio, e incluso la estabilidad del trono.

Había muchos que amaban y honraban al Reformador, y deseaban garantizar su seguridad, mientras que al mismo tiempo estaban deseosos de no romper con el poder romano. Con la esperanza de lograr este objetivo, los príncipes alemanes acudieron en masa al emperador para pedirle tiempo para seguir esforzándose por una reconciliación. "No me apartaré de lo que he determinado", dijo; "no autorizaré a nadie a tener ninguna comunicación oficial con Lutero". "Pero", añadió, "le concederé tres días de reflexión, durante los cuales cualquiera podrá exhortarle en privado como crea conveniente."

Muchos de los amigos del Reformador esperaban que una conferencia privada tuviera éxito. Pero el elector de Sajonia, que conocía mejor a Lutero, estaba seguro de que éste se mantendría firme. En una carta a su hermano, el duque Juan de Sajonia, Federico expresó su preocupación por la seguridad de Lutero y su propia voluntad de asumir su defensa. "No puedes imaginarte", continuó, "cómo me acosan los partisanos de Roma. Si os lo contara todo, oiríais cosas extrañas. Están empeñados en su ruina; y si alguien muestra el menor interés por su seguridad, es inmediatamente tachado de hereje. Que Dios, que no abandona la causa de los justos, lleve la lucha a feliz término."

Federico mantuvo una estudiada reserva hacia el Reformador, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos, al tiempo que lo vigilaba con incansable vigilancia, observando todos sus movimientos y los de sus enemigos. Pero hubo muchos que no intentaron ocultar su simpatía. Príncipes, barones, caballeros, eclesiásticos y gente común rodeaban la casa de Lutero, entraban y le contemplaban como si fuera algo más que un ser humano. Incluso aquellos

que creían que estaba equivocado no podían sino admirar esa nobleza de alma que le llevó a arriesgar su vida antes que violar su conciencia.

20 de septiembre de 1883

Propuesta de compromiso con Lutero

EGW

Apenas obtenido el consentimiento del emperador, se intentó llegar a un compromiso con Lutero. El arzobispo de Treves, acérrimo romanista e íntimo amigo del elector Federico, asumió el cargo de mediador. El Reformador fue convocado a la residencia de este prelado, donde se reunieron varios dignatarios de la iglesia, con nobles seculares y diputados, entre el resto un tal Cochlaeus, que estaba allí simplemente como espía del legado del Papa.

El portavoz de la compañía deseaba la reforma de la Iglesia y, por tanto, se mostraba favorable a Lutero. Con gran amabilidad se dirigió al Reformador, asegurándole que todos los príncipes presentes se esforzaban por salvarlo, pero que si persistía en oponer su propio juicio al de la Iglesia y los concilios, sería desterrado del imperio, y entonces no tendría refugio.

A esta apelación Lutero respondió: "Es imposible predicar el evangelio de Cristo sin ofender. ¿Por qué, pues, habría de separarme del Señor y de esa palabra divina que es la única verdad? No; más bien entregaré el cuerpo, la sangre y la vida misma".

De nuevo se le instó a someterse al juicio del emperador, y entonces no tendría nada que temer. "Acepto de todo corazón que el emperador, los príncipes y hasta el más humilde cristiano examinen y juzguen mis escritos, pero con una sola condición: que se guíen por la palabra de Dios. Los hombres no tienen más que obedecerla. Mi conciencia depende de esa palabra, y yo soy el sujeto obligado de su autoridad".

La compañía no tardó en disolverse y retirarse. Dos o tres permanecieron, sin embargo, deseosos de lograr su objetivo. Pero Lutero se mantuvo firme como una roca. "El Papa", dijo, "no es juez en las cosas que pertenecen a la palabra del Señor. Es deber de todo cristiano ver y entender cómo vivir y morir."

El fracaso de este esfuerzo fue comunicado a la Dieta por el arzobispo de Treves. La sorpresa del joven emperador sólo fue igualada por su indignación.

"Ya es hora", dijo, "de poner fin a este asunto". El arzobispo suplicó dos días más, y toda la dieta uniéndose en la petición, el emperador consintió, muy en contra de la voluntad del legado.

Se hizo otro esfuerzo para lograr un compromiso. Cochlaeus ambicionaba lograr lo que reyes y prelados no habían conseguido. Cenando con Lutero en su hotel, le instó amistosamente a retractarse. Lutero negó con la cabeza. Varios comensales expresaron su indignación por el hecho de que los papistas, en lugar de convencer a Lutero con argumentos, intentaran controlarlo por la fuerza. Cochlaeus se ofreció entonces a discutir públicamente con él, a condición de que renunciara a su salvoconducto. Una discusión pública era lo que Lutero más deseaba; pero bien sabía que renunciar a su salvoconducto sería poner en peligro su vida. Los invitados sospecharon que la proposición de Cochlaeus era una estratagema del papismo para entregar a Lutero en manos de quienes buscaban su destrucción, y en su indignación agarraron al aterrorizado sacerdote y lo arrojaron al exterior.

El arzobispo de Treves deseaba otra entrevista e invitó a cenar a las personas que habían asistido a la conferencia anterior, con la esperanza de que en medio de un trato familiar las partes estuvieran más dispuestas a una reconciliación. Estos repetidos esfuerzos por apartar a Lutero de su firmeza recuerdan a Balac conduciendo a Balaam de un punto a otro, con la vana esperanza de inducirle a cambiar la bendición de Israel por una maldición. El obispo no tuvo más éxito que el rey de Moab. El aplauso humano y el temor del hombre fueron igualmente impotentes para sacudir la decisión del Reformador. Fue sostenido por un poder divino.

Se le hizo otra prueba. Dos oficiales de alto rango, uno de los cuales había manifestado mucho afecto por Lutero, lo visitaron en su hotel. El elector envió a dos de sus consejeros para que estuvieran presentes en esta entrevista. Los dos primeros estaban deseosos de evitar, a toda costa, la gran división que parecía estar a punto de desgarrar la Iglesia. Suplicaron encarecidamente a Lutero que pusiera el asunto en sus manos, asegurándole que se resolvería con espíritu cristiano.

"Respondo de inmediato", dijo Lutero, "consiento en renunciar a mi salvoconducto, y resigno mi persona y mi vida a disposición del emperador; pero en cuanto a la palabra de Dios... . Jamás". Uno de los consejeros de Federico se levantó entonces y dijo a los enviados: "¿No es suficiente? ¿No es suficiente tal sacrificio?" y tras protestar que no escucharía más, se retiró.

Los dos enviados aún no comprendían la inflexible firmeza del hombre con quien tenían que tratar. Pensando que sería más fácil tener éxito con él a solas, se sentaron a su lado y volvieron a instarle a que se sometiera a la dieta. Lutero respondió a estas súplicas como Cristo respondió a su gran adversario, con la palabra de Dios. Dijo Lutero: "Escrito está: Maldito el que confía en el hombre". Le presionaron más y más, hasta que Lutero, cansado y disgustado, se levantó y les hizo señas de que se retiraran, diciendo: "No permitiré que nadie se exalte por encima de la palabra de Dios."

Al anochecer volvieron con una nueva propuesta: un consejo general. Sólo le pidieron que aceptara la propuesta, sin entrar en detalles. "Consiento", dijo, "pero con la condición de que el concilio decida según las Sagradas Escrituras".

Pensando que por supuesto esto sería aceptado, se apresuraron alegremente al arzobispo de Treves, y le informaron que el Dr. Lutero sometería sus escritos al juicio de un concilio.

El arzobispo estaba a punto de comunicar la buena nueva al emperador cuando una duda cruzó su mente. Había encontrado a Lutero tan firme y seguro en su fe, que decidió que lo más seguro sería oír la declaración de sus propios labios. En consecuencia, le mandó llamar.

"Querido doctor", dijo el arzobispo con mucha amabilidad, "mis médicos me aseguran que consentís en someter vuestra causa sin reservas a la decisión de un concilio".

"Mi señor", dijo Lutero, "puedo soportar cualquier cosa menos abandonar las Sagradas Escrituras".

El arzobispo vio que sus mensajeros no habían explicado completamente los hechos. Roma nunca daría su consentimiento a un concilio que tomara como guía únicamente la palabra inspirada. "Pues bien", dijo el venerable prelado, "dejadme oír vuestro propio remedio para el mal".

Lutero guardó silencio un momento. Luego habló con respeto y gran solemnidad: "No conozco otra cosa sino lo que se encuentra en el consejo de Gamaliel: 'Si este consejo o esta obra es de los hombres, quedará en nada. Pero si es de Dios, no podéis derribarlo; ¡no sea que se os encuentre luchando contra Dios! Que el emperador, los electores y los Estados del imperio devuelvan esa respuesta al papa".

El arzobispo se convenció por fin de que era inútil seguir esforzándose. Lutero había puesto sus pies sobre la base segura, y no podía ser movido.

El Reformador estaba convencido de que nada ganaba con una estancia más prolongada en Worms. Antes de retirarse de la presencia del arzobispo dijo: "Mi señor, os ruego que pidáis a su majestad que me envíe el salvoconducto necesario para mi regreso por donde vine."

"Me ocuparé de ello", dijo el arzobispo, y se separaron.

Lutero se había negado a cambiar el yugo de Cristo por el yugo del papismo. Esta fue su única ofensa, pero fue suficiente para poner en peligro su vida. La atención de todo el imperio se había dirigido a este hombre, y todas sus amenazas y súplicas no habían logrado quebrantar su fidelidad a Dios y a su palabra. Lutero no había mantenido su firmeza sin ayuda. Alguien más grande que Lutero estaba con él, controlando su mente, santificando su juicio e impartándole sabiduría en cada hora de peligro.

Si el Reformador hubiera cedido un solo punto, Satanás y sus huestes habrían obtenido la victoria. Pero la firmeza inquebrantable de Lutero bajo la mano de hierro del Papa fue el medio para emancipar a la Iglesia y comenzar una era nueva y mejor. La influencia de este hombre, que se había atrevido a pensar y actuar por sí mismo en asuntos religiosos, iba a afectar a la Iglesia y al mundo no sólo en su propia época, sino a todas las generaciones futuras. Su firmeza y fidelidad fortalecerían a todos los que pasaran por una experiencia similar, hasta el fin de los tiempos. Esta era la obra de Dios. La defensa de Lutero ante la Dieta de Worms fue una de las escenas más grandiosas registradas en la historia. El poder y la majestad de Dios sobresalen por encima del consejo de los hombres, por encima del poderoso poder de Satanás.

Poco después del regreso de Lutero a su hotel, se presentaron dos altos funcionarios del Estado, acompañados de un notario. El canciller imperial se dirigió a él, manifestándole que el emperador, los electores y los príncipes, habiéndole exhortado en vano, su majestad imperial, como defensor de la fe católica, se veía obligado a recurrir a otras medidas. Ordenó a Lutero que regresara a su patria en el plazo de veintiún días, y que en el camino se abstuviera de perturbar la paz pública predicando o escribiendo.

Lutero era consciente de que a este mensaje seguiría rápidamente su condena. Respondió suavemente: "Me ha sucedido según la voluntad del Eterno. Bendito sea su nombre". Y continuó: "Y en primer lugar, humildemente y desde el fondo

de mi corazón, agradezco a su majestad, a los electores, príncipes y Estados del imperio, que me hayan concedido tan graciosa audiencia. No tengo, ni he tenido nunca, otro deseo que una sola cosa, a saber, la reforma de la Iglesia según las Sagradas Escrituras. Estoy dispuesto a hacer o sufrir todo por obediencia a la voluntad del emperador. Soportaré la vida o la muerte, el honor o la deshonra. Solo hago una reserva, la predicación del evangelio; porque, dice San Pablo, la palabra de Dios no puede ser atada.

27 de septiembre de 1883

Caminar en la luz

[Dirigido a los reunidos en el campamento de San José, California, y leído en el campamento, el viernes 14 de septiembre por la mañana].

EGW

El presente es un tiempo de densas tinieblas para el mundo; pero la verdadera luz está brillando, y Dios, en su gran misericordia, nos ha permitido contemplar su resplandor y caminar bajo sus rayos guiadores. Somos favorecidos más que cualquier otro pueblo sobre la tierra. Nuestras bendiciones espirituales son mayores que las que se han concedido a la Iglesia en cualquier época anterior.

Lo que me hace temblar por los profesos creyentes en la verdad presente, es el hecho de que no aprecian la luz, ni siguen su guía. Con todas nuestras oportunidades para el avance espiritual, no somos, como pueblo, sabios, humildes y santos. Así como el Señor hizo brillar la columna de fuego sobre el antiguo Israel, así ha derramado sobre nosotros la luz de su verdad. Nos exige, como seres racionales y responsables, que caminemos en la luz. Si nos negamos a hacerlo, nuestra luz se convertirá en tinieblas, y las tinieblas serán proporcionales a la luz rechazada.

Vivimos en el tiempo en que Cristo está a punto de concluir su obra de mediación en nuestro favor. Ahora todos deben examinar atentamente sus corazones para ver si están en la fe. En vez de dar rienda suelta a la duda y a la incredulidad, deben humillarse ante Dios, cultivar la fe en su palabra y en su obra, y trabajar seriamente por la salvación de las almas. No es tiempo ahora para cavilaciones, disensiones y desunión. Donde existen, podemos saber que el yo no está muerto. Los que han recibido la verdad en el corazón estarán tan llenos de gozo y gratitud, y tan absortos en el deseo de que otros puedan compartir sus grandes bendiciones, que perderán de vista las pequeñas dudas y

las malas conjeturas. En su desinteresada labor por la salvación de las almas, olvidarán el yo y los intereses egoístas. En vez de actuar como Judas el traidor, o como Pedro cuando negó a su Señor, buscan sinceramente seguir el ejemplo de Cristo, y llevar adelante la obra que vino a hacer a la tierra.

Cuando pienso en lo fuertes que podríamos ser si nos aferráramos a la fuerza del Poderoso, y luego veo lo débiles que somos, porque no reclamamos las promesas de Dios, mi alma grita angustiada: "Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio"; "¿por qué han de decir en medio del pueblo: Dónde está su Dios?".

Hay entre nosotros muchos que profesan la verdad, pero que se niegan a ser crucificados con Cristo. El Autor de nuestra salvación trabajó y sufrió por nosotros. Toda su vida fue una larga escena de trabajo y privaciones. Pudo haber hecho lo que muchos de sus profesos seguidores eligen hacer; pudo haber pasado sus días en la tierra con facilidad y abundancia, y haberse apropiado de todos los placeres y goces de esta vida. Pero no buscó su propia comodidad o gratificación; vivió para hacer el bien, para salvar a otros de la vergüenza, el sufrimiento y la ruina. "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados".

Los que participan de esta gran salvación, los que son objeto de esta maravillosa condescendencia, de este amor infinito, ¿pueden albergar un sentimiento de insatisfacción o permitirse un pensamiento de murmuración, porque no están libres de pruebas, trabajos y conflictos? ¿Deseamos una porción mejor en esta vida que la que le fue dada a nuestro Señor? ¿No podemos comprender aún los grandes privilegios que nos corresponden por la gracia de Cristo? Si Jesús no hubiera muerto como nuestro sacrificio, y resucitado como nuestro Mediador, nunca habríamos conocido la paz, nunca habríamos sentido alegría; habríamos experimentado los horrores de las tinieblas y las miserias de la desesperación. Entonces, que sólo la alabanza y la gratitud a Dios sean el lenguaje de nuestros corazones. Toda nuestra vida hemos sido partícipes de sus beneficios celestiales, destinatarios de las bendiciones de la expiación de Cristo; por eso nos es imposible concebir el desesperado estado de ignorancia y miseria en que habíamos caído y del que nos levantó el Salvador. Cuando sentimos los dolores, las penas, las aflicciones a que todos estamos sujetos, no debemos, por una palabra o pensamiento murmurador, deshonar a nuestro Redentor. En la hora de la prueba y de la aflicción, consideremos que no podemos decir cuánto mayores serían nuestros sufrimientos si no tuviéramos un Salvador compasivo;

no podemos determinar cuánto menos sufrimos de lo que merecen nuestros pecados.

¡Oh, que, como pueblo, busquemos al Señor como nunca antes! Oh, que renunciemos a nuestros pecados, derribemos nuestro orgullo y, con contrición de alma, nos arrojemos sin reservas sobre Cristo, creyendo que Él nos acepta ahora, no porque seamos dignos, sino porque murió por nosotros. Quiera Dios que todos los que han invocado el nombre de Cristo se aparten de la iniquidad. Todo lo que Dios podía hacer por nosotros ya está hecho. Jesús mira ahora al pueblo por el que sufrió y murió, y dice: ¿Qué más puedo hacer por mi viña de lo que ya he hecho? ¿Podemos desear estar libres de pruebas y reproches por causa de la verdad? ¿Podemos mirar a Aquel a quien nuestros pecados han traspasado, y no estar dispuestos a compartir su humillación?

Nuestros pecados mezclaron el amargo cáliz que él bebió en nuestro lugar, para poner en nuestros labios el cáliz de la bendición. Soportó la cruz, menospreciando el oprobio, para reconciliarnos con Dios, a fin de que todo el que quisiera acercarse a él pudiera tomar gratuitamente del agua de la vida. En vista de la cruz de Cristo, ¿pueden ustedes, mis hermanos y hermanas, desear o esperar entrar en su reino de otra manera que no sea a través de mucha tribulación? Tenemos una obra que hacer que hemos descuidado. No amamos seguir por donde Jesús nos lleva. Nuestro Padre Celestial exige de su iglesia y de su pueblo según la gracia y la verdad que les ha dado; y sus exigencias son justas y correctas. Todos ellos deben cumplirse plenamente, o en el Juicio condenarán al transgresor.

Todos los que profesan a Cristo son responsables de los talentos confiados a su confianza. Los cristianos deben pararse en ese terreno elevado que la verdad ha estado preparando para ellos durante siglos. Para satisfacer la mente del Espíritu de Dios, debemos exhibir al mundo, en carácter y obras, esa unión con Cristo que está de acuerdo con la luz de la verdad sagrada que ahora brilla sobre nosotros. No es la falta de conocimiento y comprensión lo que en el último día condenará a los adventistas del séptimo día, y los desterrará de la presencia del Señor; sino que es la verdad que ha llegado al entendimiento, la luz que ha iluminado el alma, la que testificará contra nosotros, si nos apartamos y rehusamos ser guiados por ella. Si fuéramos ciegos, no tendríamos pecado; pero el Señor nos ha dado gran luz, la verdad sagrada se ha desplegado a nuestro entendimiento; sin embargo, no hemos sido sabios para la salvación, no hemos avanzado en el conocimiento y en la verdadera santidad de acuerdo con la luz y la verdad que nos han sido concedidas.

Dios ha sido muy misericordioso con ustedes, mis hermanos y hermanas de California. Una gran luz ha estado brillando sobre ustedes; pero tienen un gran trabajo que hacer por sí mismos antes de que puedan compartir en gran medida su bendición. Muchos están tratando de suavizar y excusar el pecado, en lugar de esforzarse, de todo corazón, por desecharlo. Los tales deben ser completamente transformados en su carácter y en su vida. Cuando traten seriamente de cumplir la elevada norma de la Biblia, entonces el Señor será para ellos una ayuda presente en todo tiempo de necesidad. Pero cuán pocos soportarán la prueba cuando sean examinados por la luz que Dios les ha dado. Muchos deben experimentar un trabajo más profundo del corazón, o caerán en los engaños de Satanás. Sus obras deben realizarse en Dios.

¡Oh, que mis queridos hermanos y hermanas hicieran una obra segura para la eternidad! No hay esperanza, no hay remedio, excepto en confesar y abandonar nuestros pecados, y con pleno propósito de corazón volvernos al Señor.

Ha llegado el momento de que demos pasos avanzados. Debemos cuidarnos de que un espíritu egoísta y codicioso no nos impida la bendición de Dios. El Señor nos llama a dar de nuestros medios para apoyar su causa. Exige de nosotros algo más que el mero pago del diezmo. El mensaje es: "Vended lo que tenéis, y dad limosna". Los que tienen grandes fincas deben comenzar a reducir sus posesiones. Hay un trabajo serio que hacer para Dios, y estamos muy atrasados con respecto a la apertura de su providencia. Recordad todas las misericordias y bendiciones que el Señor os ha concedido, y considerad que os ha hecho administradores de sus bienes: Entonces que cada uno se examine a sí mismo y vea si honra al Señor con sus bienes. Debemos presentarnos ante él con ofrendas de agradecimiento y ofrendas por el pecado. Nuestra obligación para con Dios es infinita. Su obra no debe languidecer por falta de medios. Sus demandas deben ser satisfechas primero, a cualquier costo o sacrificio. Es hora de que los que tienen grandes posesiones reduzcan el capital, para que la obra de Dios pueda extenderse en tierras extranjeras. En nuestro propio país también hay campos en los que aún no se ha entrado, y donde la verdad debe ser proclamada.

John Wesley predicó una vez un poderoso sermón sobre el uso del dinero. Estableció tres reglas: "Gana todo lo que puedas; ahorra todo lo que puedas; da todo lo que puedas". Adquirir y no ahorrar es imprevisión. Acumular dinero, añadiendo tierra a tierra y casa a casa, es codicia e idolatría. Hacer y ahorrar para dar en apoyo de la causa de Dios, es obedecer el mandamiento de Cristo: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde

ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan."

Aquellos que hasta ahora no han sentido los reclamos que Dios tiene sobre ellos, deben comenzar ahora a actuar. Dios llama a todos a participar en la obra final en favor de los pecadores. Renunciemos a todo ornamento innecesario, a toda extravagancia, a toda indulgencia egoísta, y dejemos que todos estos pequeños gastos, estas pequeñas corrientes, fluyan hacia el tesoro del Señor. Recordemos continuamente lo que Jesús ha hecho por nosotros. Él se hizo pobre por nosotros, para que nosotros nos enriqueciéramos con su pobreza. Cumplamos fielmente con nuestro deber, y luego confiémonos y confiemos todo lo que tenemos a las manos de Dios. Él no sólo quiere lo nuestro, sino también a nosotros. Nadie puede prestar un servicio eficaz a menos que haga el trabajo que Él le ha encomendado, y luego deje el resultado enteramente en sus manos.

¡Oh, que aquellos a quienes se han confiado tan grandes y solemnes verdades manifiesten la fe correspondiente! Deberían confiar su trabajo en las manos del Señor, suplicando de rodillas sabiduría y guía, y luego, en vez de tomar toda la carga, y tratar de planear y ejecutar con sus propias fuerzas, y gimiendo porque están sobrecargados, que lo dejen en manos del Señor. En medio de una vida de constante actividad encontrarán así descanso para sus almas. No deben inquietarse ni preocuparse por lo que confían en Él. Los que realmente confían en Dios encontrarán el descanso prometido, hallarán fácil su yugo y ligera su carga.

Si el Señor tuviera una compañía de obreros que confiaran totalmente en él, realizaría una gran obra a través de ellos. Uno podría perseguir a mil, y dos poner en fuga a diez mil. El Señor es un poderoso ayudador. Si confiamos en él, tendremos descanso y paz. El lenguaje del alma debe ser el de la alegría y la gratitud. Si tenemos capítulos oscuros en nuestra experiencia, no mantengamos fresco su recuerdo mediante la repetición. Olvidando las cosas que quedaron atrás, avancemos hacia las que están delante. Cultiva sólo aquellos pensamientos y sentimientos que produzcan gratitud y alabanza. Si has sido agraviado, olvídalos, y piensa sólo en la gran misericordia, la bondad amorosa, el amor inefable de Jesús. Aprende a alabar más que a censurar. Si te encuentras con insultos y vejaciones, no te desanimes, pues Jesús se encontró con lo mismo. Sigue adelante, haciendo tu trabajo con fidelidad. Almacena la mente con las preciosas promesas de la palabra de Dios, y mantén una dulce comunión con él repitiéndolas con frecuencia. Dejad de inquietaros, dejad de murmurar, dejad de buscar defectos, y cantad a Dios en vuestros corazones. Piensa en todo

lo que tienes que agradecer, y luego aprende a alabar a Dios. "Quien ofrece alabanza glorifica a Dios".

Si todos nuestros lamentos, inquietudes y quejas se presentaran ante nosotros tal como están escritos en el libro de registros, ¡qué espectáculo contemplaríamos! Cuánto nos asombraríamos al ver y comprender nuestros verdaderos pensamientos y sentimientos: nada más que infelices quejas.

Te ruego que nunca pronuncies una sola palabra de queja. Entreteje en la urdimbre y trama de tu experiencia los hilos dorados de la gratitud. Contemplad la tierra mejor, donde las lágrimas nunca se derraman, donde las tentaciones y las pruebas nunca se experimentan, donde las pérdidas y los reproches nunca se conocen, donde todo es paz, alegría y felicidad. Aquí tu imaginación puede tener pleno alcance. Estos pensamientos te harán más espiritual, te imbuirán de vigor celestial, saciarán tu alma sedienta con agua viva e imprimirán en tu corazón el sello de la imagen divina. Te llenarás de esperanza y alegría al creer, y el Consolador permanecerá contigo para siempre.

4 de octubre de 1883

Privilegios y deberes de los cristianos

EGW

Cada alma tiene el privilegio de buscar y encontrar la paz en Cristo. Sin embargo, esta paz sólo se concede con condiciones. Debemos renunciar a nuestros propios caminos, voluntades y planes, y así despojarnos del penoso yugo que hemos atado a nuestros propios cuellos, y debemos tomar sobre nosotros el yugo de Cristo, que traerá descanso a nuestras almas. "Aprended de mí", dice el divino Maestro, "que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Cada uno de nosotros necesita aprender en la escuela de Cristo; y es porque no somos estudiantes más humildes y diligentes que somos tan lentos para manifestar mansedumbre y humildad de corazón. Sólo cuando apreciamos estas preciosas gracias pueden morar en el alma la paz y el descanso. Sólo los humildes y contritos encuentran refugio en las promesas de Dios; sólo éstos obtienen un conocimiento salvador de las Escrituras, y una rica experiencia en confiar en Dios y obedecer sus preceptos. En nuestras propias fuerzas somos débiles, pero en la fuerza de nuestro Redentor podemos ser fuertes. En medio del tumulto podemos tener tranquilidad y paz. Debemos creer en Él, aunque las

tinieblas envuelvan el alma; debemos obrar por principios, más que por sentimientos. Mediante esta confianza continua e inquebrantable, Satanás queda desconcertado y decepcionado. Dice el salmista: "Con tus mandamientos me has hecho más sabio que mis enemigos". "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino".

Si queremos mantener nuestra fidelidad a Dios, en este tiempo de peligro y engaño, debemos confiar constantemente en el poder de Cristo. Debemos estar a menudo ante Dios en oración, manteniendo toda emoción y toda pasión en serena sujeción a la razón y a la conciencia, desterrando toda imaginación impía, llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo. Mediante la oración sincera y la fe viva podemos resistir los asaltos de Satanás y mantener nuestros corazones sin mancha de contaminación.

La tentación más fuerte no es excusa para pecar. Por grande que sea la presión ejercida sobre el alma, la transgresión es un acto propio. Ni la tierra ni el infierno pueden obligar a nadie a pecar. La voluntad debe consentir, el corazón debe ceder, o la pasión no puede vencer a la razón, ni la iniquidad triunfar sobre la justicia.

Les pido a ustedes que profesan ser seguidores de Cristo que se aparten de toda iniquidad. Debéis hacerlo si queréis representar la verdad tal como es en Jesús. Dios quiere hombres íntegros y cabales. Sólo éstos pueden resistir la prueba del Juicio. Si los que han recibido la luz fueran fieles a su confianza, ¡qué diluvio de luz se derramaría sobre el mundo! Pero ¿cómo es, no sólo con los miembros de la iglesia, sino con los que se presentan como ministros del evangelio? ¿Representan correctamente sus hábitos y experiencia la pureza y sencillez de una vida santa, que lleva la cruz?

Los verdaderos trabajadores de la viña del Señor serán hombres de oración, de fe, de abnegación, hombres que refrenen los apetitos y las pasiones naturales. Estos, en sus propias vidas, darán al mundo evidencia del poder de la verdad que presentan a otros; y sus labores no serán sin efecto. "El que sale y llora, llevando preciosa semilla, sin duda volverá con regocijo, trayendo consigo sus gavillas". "Y el que siega, recibe salario, y recoge fruto para vida eterna".

Colaboradores de Cristo, el tiempo apremia; no tenemos momentos para perder el tiempo. ¿Estáis velando por las almas como quienes han de dar cuenta, o sois vosotros mismos soñolientos, indolentes y tibios? ¿Tenéis una fe viva? ¿Aumentáis cada día en el conocimiento de Cristo? ¿Poseéis piedad práctica, mansedumbre cristiana y profundo amor a las almas por las que Cristo murió?

Escudriña las Escrituras. No dependas del poco conocimiento que ya tienes. Ora por una luz más clara. Cava en busca de las preciosas gemas de la verdad como si se tratara de un tesoro escondido. Así estarás capacitado para sacar del depósito de Dios cosas nuevas y antiguas.

En esta época de doctrinas contradictorias, cuando abundan las fábulas, y hay tanta predicación sensacionalista por un lado, y tanta formalidad por el otro, es un asunto difícil despertar a la gente. Nuestra única esperanza de éxito es llegar a ellos a través de Dios. Debemos dar pruebas de seriedad, celo y devoción acordes con la importancia y solemnidad de nuestra obra. No debe haber exaltación del yo. No debemos llamar la atención sobre el instrumento, sino presentar a Cristo y las verdades sagradas que han de probar al pueblo de Dios. Si estas verdades santifican nuestros propios corazones, si purifican y ennoblecen nuestros propios caracteres, seremos epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres.

Los embajadores de Cristo deben aprender dónde reside su fuerza. Deben beber ellos mismos del agua viva, antes de poder guiar a otros a la fuente. Debemos aprender por experiencia lo que es apoyarnos en el brazo de nuestro Amado. No hay mal más fatal para la prosperidad de la iglesia que la influencia de profesos maestros y ministros del evangelio que carecen de experiencia cristiana, de fe, de abnegación, de dominio propio, y del tacto y la energía esenciales para una guerra hábil.

Hermanos míos, debéis ser alumnos constantes en la escuela de Cristo, obteniendo del Maestro celestial preciosas lecciones para impartir a otros. Habéis perdido mucho en vuestras labores porque no habéis sentido constantemente la necesidad de una conexión vital con Dios. Hay un trabajo serio y solemne que hacer en cada rama de la causa de Cristo. Necesitáis el Espíritu y el poder de Dios, para que vuestro testimonio, como espada aguda de dos filos, llegue al corazón de los que oyen.

Los testigos fieles de Cristo se mantendrán sin mancha del mundo. Aquellos que buscan ser populares con el mundo, no amarán el testimonio del Espíritu de Dios. No son santificados por medio de la verdad; y después de un breve período de servicio poco entusiasta, darán un paso decidido hacia la unión con los enemigos de Dios. Rechazan la luz, y ésta les es retirada. Con el tiempo se verá que están en completa oscuridad.

Muchos retienen una forma de piedad y una conexión con la iglesia, cuando no traen fuerza, ayuda o bendición a la iglesia. Tratan de hacer el camino angosto

ancho y agradable para que la multitud camine en él. Los tales carecen de vista espiritual. Se han sacado sus propios ojos, y tropiezan a cada paso. La palabra de Dios no ha ensanchado el camino angosto; y si los de poco corazón y amantes del placer escogen una senda por la que no necesitan llevar la cruz ni sufrir tribulación, están en una senda por la que no anduvo el Salvador.

En todas partes de nuestro país, durante el verano y el otoño, grandes grupos se reúnen en la arboleda para adorar a Dios y escuchar las palabras de advertencia e instrucción de sus siervos. Estas convocatorias anuales ofrecen grandes privilegios. El propio Señor Jesús acude a la fiesta. Tenemos una preciosa oportunidad de humillar nuestros corazones ante Dios, y de asentarnos y cimentarnos en la verdad. ¿Se aprovechan sabiamente estas oportunidades? Nos resultarán un sabor de vida para vida o de muerte para muerte. Cuando terminen estos tiempos, y los que se reunieron hayan regresado a sus hogares, ¿estarán preparados para dejar que su luz brille en el mundo? ¿Se corresponderán sus obras con la fe que profesan? Si continuamos amando al mundo, teniendo comunión con las obras de las tinieblas, o hallando placer en la injusticia, entonces hemos puesto el tropiezo de nuestra iniquidad delante de nuestro rostro, y hemos erigido ídolos en nuestros corazones. Si no hacemos caso de la palabra del Señor: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, y no toquéis lo inmundo", estaremos en peor condición que si no hubiéramos escuchado las palabras de la verdad.

Las Escrituras nos presentan claramente la posición elevada y santa que debemos ocupar como hijos e hijas de Dios. Si todos los que asisten a las reuniones campestres buscaran seriamente alcanzar esta posición, y recibieran el beneficio espiritual que tienen el privilegio de recibir, estarían preparados para hacer el bien cuando regresen a casa. Si el amor de Cristo se enciende de nuevo en sus propios corazones, si han bebido de nuevo de la fuente celestial, sus alegres testimonios y sus oraciones, enviados con fe, serán una ayuda tan grande para la iglesia como la labor ministerial. El Espíritu de Dios vendrá a sus reuniones, y los corazones de los creyentes dirán: Es bueno estar aquí.

Cada iglesia, sea grande o pequeña, debe ser enseñada a no depender del trabajo ministerial. Por lo tanto, hermanos cristianos, hay mayor necesidad de que encendáis vuestras velas en el altar divino, para que la luz brille en derredor. Por débiles que seáis, podéis llegar a ser una ayuda y una bendición para otros, si mantenéis vuestras propias almas en el amor de Dios, y escudriñáis las Escrituras para una clara comprensión de la verdad. No sólo es su privilegio, sino también su deber crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad.

Podéis regocijaros en un Salvador vivo, y podéis mostrar a todos los que se relacionan con vosotros que él es el centro de vuestros afectos y vuestras esperanzas.

Ojalá que todos pudieran ver este asunto del cristianismo diario y práctico como se me ha presentado; ¡ojalá pudieran ver lo que podríamos ser en poder espiritual, y lo que somos porque descuidamos la luz que Dios nos ha dado! Muchos tendrán que combatir la pereza intelectual y el estupor espiritual, antes de que puedan ser una bendición para sí mismos o para sus semejantes. Estamos viviendo bajo el más solemne mensaje de advertencia jamás dado a nuestro mundo. Estamos demasiado cerca de las escenas finales de la historia de este mundo para estar desatentos, para ocupar una posición neutral. Nos corresponde ahora estar bien despiertos, listos para toda buena obra, listos para dar razón de la esperanza que hay en nosotros.

Hermanos, deben acercarse más, más al lado sangrante de Jesús. En lugar de ceder a toda influencia pasajera, busquen seriamente conocer la verdad, y luego esfuércense por formar un carácter coherente con ella. Procura ser como Cristo, manso y humilde de corazón, y, como él, sé también resuelto; en principio, sé firme como una roca; sé puro, sincero y santo. Sed siempre alegres, humildes y agradecidos. Manteneos apartados del espíritu y de la influencia del mundo. Que el pecado no encuentre sanción en vuestra posición. No den ocasión a que los malhechores se imaginen que cuentan con su simpatía. Que la irreligión no encuentre en vuestros laxos principios un pretexto para excusarse.

Dios te llama a ser celoso y a arrepentirte de tu tibieza. Esfuérzate por caminar sabiamente, de un modo perfecto. Comienza y termina cada día con una ferviente oración y un minucioso autoexamen. Comparad vuestra vida y vuestro carácter con la ley de Dios, señalad dónde os condenan sus preceptos, y poneos a trabajar inmediatamente para corregir el mal mediante el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Lava tus vestiduras y emblanquécelas en la sangre del Cordero. Elige bien tus palabras. Desecha toda ligereza, insignificancia e irreverencia.

Aquellos que realmente desean avanzar en la vida divina apreciarán cada rayo de luz, y prestarán atención a cada advertencia dada por los siervos de Dios. El Espíritu Santo amonesta a los que predicán el Evangelio: "Repreended, repreended, exhortad con toda paciencia y doctrina". Si el Señor ha dado este mandamiento, ciertamente hay una obra de repreensión, repreensión, amonestación y corrección que hacer. Que todos tengan cuidado, entonces, de

cómo permiten que sus corazones se levanten contra las reprensiones de Dios por medio de sus siervos; porque al hacerlo se levantan contra Dios.

Como los fariseos de antaño, los autoengañados, los autosuficientes, los santurriones, se niegan a ser advertidos. El Señor les señala sus peligros, pero no escuchan su voz. Al asimilarse al mundo, se convierten en amigos de los malhechores. Mientras Dios reprende al transgresor, ellos se sienten inclinados a excusarlo y alentarlos. Así le dicen al pecador: Te irá bien. Tales personas llaman mal al bien, porque se oponen y denuncian a quienes transmiten fielmente los mensajes de advertencia y reprensión que Dios les ha encomendado. Llamamos bueno al mal ensalzando a los que no tienen reproches que hacer ni advertencias que dar, a los que pasan con un espíritu descuidado e indiferente, disculpando el pecado y, por su propio proceder, alentando la mundanalidad y la reincidencia. Todos ellos sancionan un engaño que ha sido la ruina de muchos. La sangre de las almas está sobre ellos. Su conducta es más ofensiva para Dios que la del pecador abierto. Antiguamente, el Señor siempre tenía profetas fieles entre su pueblo, a quienes enviaba para reprender el pecado. Nunca los ha retirado de su iglesia. Los que se levantan contra la advertencia y la reprensión, y procuran con sus bromas, sus discursos ingeniosos o sus engaños, dejar sin efecto las claras palabras de reprensión impulsadas por el Espíritu de Dios, encontrarán, en el gran día del juicio final, una cuenta contra ellos que no querrán pagar.

Ser cristiano es ser como Cristo, un hombre de fe, un hombre de principios. Los cristianos más útiles en la iglesia son aquellos cuyas convicciones son tan firmes, cuyos caracteres son tan fuertes, que nada puede desviarlos de su fe o disuadirlos de su deber. Como pueblo, nos parecemos demasiado al mundo. No somos el pueblo separado y santo que Dios quiere que seamos. Cuando alcancemos el alto nivel de la ley de Dios, seremos verdaderamente la luz del mundo.

La profesada iglesia de Cristo se ha alejado de su privilegio, de su deber y de su Dios. Como el antiguo Israel, ha abandonado el pacto y se ha unido en armonía con el mundo. El orgullo, el lujo y el placer son invitados al santuario, y sus lugares santos son profanados. Aquellos que han jurado lealtad a Dios, disfrutan de la compañía y el espíritu de sus enemigos declarados. Su elección determina su carácter. Fuerte es el Señor Dios que los juzga.

Pero, gracias a Dios, en cada época ha tenido hombres que no eran servidores del tiempo, hombres que se mantenían firmes por lo correcto, y arriesgaban

todas las consecuencias. Con la fuerza de Dios, Martín Lutero proclamó sin temor las verdades de la Biblia. En vano los potentados terrenales trataron de intimidarlo. En vano intentaron quebrantar su confianza en Dios y empujarlo a buscar el favor del Papa o la protección del emperador sacrificando su fe. Su única respuesta fue: "Dios y el derecho triunfarán". Ni los hombres ni los demonios pudieron silenciarle. Ni el oro, ni la ambición, ni los honores pudieron apartarlo de su trabajo de exponer el error y declarar la verdad. De la misma manera Huss, Jerónimo, Ridley y muchos otros, no estimaron sus propias vidas para guardar el testimonio de Jesús. Entre torturas y llamas, entre mazmorras y muertes horribles, estos fieles abanderados mantuvieron en alto el estandarte de la cruz de Cristo.

Nosotros también, que estamos llamados a resistir en estos últimos días difíciles de peligro y conflicto, debemos estar dispuestos, por la verdad, a sacrificar nuestra comodidad, nuestro tiempo, nuestra reputación, sí, incluso la vida misma. A cualquier precio, debemos ser fieles a los principios y a Dios.

11 de octubre de 1883

Lutero en Wartburgo

EGW

El 26 de abril de 1521, Lutero partió de Worms. Nubes amenazadoras se cernían sobre su camino, pero al salir por la puerta de la ciudad, su corazón se llenó de alegría y alabanza. "Satanás mismo", dijo, "guardaba la ciudadela del Papa; pero Cristo ha abierto una amplia brecha en ella, y el diablo se ha visto obligado a confesar que Cristo es más poderoso que él."

"El conflicto de Worms", escribe un amigo del Reformador, "resonó lejos y cerca; y a medida que su noticia recorría Europa, desde los países septentrionales hasta las montañas de Suiza y las ciudades de Inglaterra, Francia e Italia, muchos se apoderaron con avidez de las poderosas armas de la palabra de Dios."

Lutero salió de la ciudad a las diez en punto, con los amigos que le habían acompañado a Worms. Veinte caballeros a caballo rodeaban el carruaje, y una gran multitud lo acompañaba más allá de las murallas.

En el viaje desde Worms, decidió escribir una vez más al emperador, pues no estaba dispuesto a aparecer ante él como un rebelde culpable. "Dios es mi

testigo, que conoce los pensamientos", dijo, "de que estoy dispuesto con todo mi corazón a obedecer a vuestra majestad con buenas o malas noticias, en la vida o en la muerte, con una sola excepción: la palabra de Dios, por la que el hombre vive. En todos los asuntos de esta vida mi fidelidad será inquebrantable, pues en ellos la pérdida o la ganancia nada tienen que ver con la salvación. Pero es contrario a la voluntad de Dios que el hombre esté sujeto al hombre en lo que pertenece a la vida eterna. La sujeción en lo espiritual es una verdadera adoración, y sólo debe rendirse al Creador."

También dirigió a los Estados del imperio una carta casi del mismo tenor, recapitulando lo que había sucedido en Worms. Esta carta causó una profunda impresión en el pueblo alemán. Vieron que Lutero había sido tratado con gran injusticia por el emperador y el alto clero, y sus sentimientos se despertaron fuertemente contra las arrogantes suposiciones del papado.

Si Carlos V hubiera comprendido el valor real de un hombre como Lutero para su imperio, un hombre que no se dejaba comprar ni vender, que no sacrificaba sus principios por amigos o enemigos, lo habría apreciado y honrado en lugar de denunciarlo y proscribirlo.

Lutero viajó hacia su casa, recibiendo, a medida que avanzaba, las atenciones más halagadoras de todas las clases. Los dignatarios de la Iglesia dieron la bienvenida al monje sobre el que recaía la maldición del Papa, y los funcionarios seculares honraron al hombre que estaba bajo la prohibición del Imperio. Decidió desviarse de la ruta directa para visitar Mora, el lugar de nacimiento de su padre. Su amigo Amsdorff y un carretero le acompañaron, mientras que el resto del grupo prosiguió su camino hacia Wittenberg. Después de pasar un día con sus parientes, disfrutando de un apacible descanso en marcado contraste con la agitación y las luchas de Worms, reanudó su viaje.

Cuando el carruaje pasaba por un estrecho desfiladero, los viajeros se encontraron con cinco jinetes, completamente armados y enmascarados. Dos de los hombres se apoderaron de Amsdorff y del cochero, mientras los otros tres procedían a asegurar a Lutero. En profundo silencio, le obligaron a apearse, le echaron un manto de caballero sobre los hombros y le colocaron sobre un caballo adicional. Luego, los dos encargados de Amsdorff y del carretero los soltaron, y los cinco montaron en sus monturas y desaparecieron con su prisionero en la espesa oscuridad del bosque.

A través de caminos sinuosos e intrincados se abrieron paso, avanzando y volviendo sobre sus pasos de tal manera que eludían eficazmente la

persecución. Al caer la noche, tomaron un nuevo camino y avanzaron rápida y silenciosamente, a través de bosques oscuros y casi vírgenes, hacia las montañas de Turingia. Allí, en una cima elevada, a la que sólo se llegaba tras una ascensión empinada y difícil, se alzaba el castillo de Wartburg. Dentro de los muros de esta fortaleza aislada, Lutero fue conducido por sus captores, y las pesadas puertas se cerraron tras él, aislándolo efectivamente de la vista y el conocimiento del mundo exterior.

El Reformador no había caído en manos de enemigos. Un ojo vigilante había seguido sus movimientos, y cuando la tormenta estaba a punto de estallar sobre su cabeza indefensa, un corazón verdadero y noble había resuelto rescatarlo. Estaba claro que Roma no se contentaría con nada que no fuera su muerte; sólo mediante la ocultación podría ser preservado de las fauces del león.

A la salida de Lutero de Worms, el legado papal había conseguido un edicto contra él, en el que se estamparon la firma del emperador y el sello del imperio. En este decreto imperial se denunciaba a Lutero como "Satanás en persona, bajo la apariencia de un hombre con capucha de monje". Se ordenaba que tan pronto como expirara su salvoconducto, se tomaran medidas para detener su obra. Se prohibió a todas las personas albergarlo, darle de comer o beber, o de palabra o de obra, en público o en privado, ayudarlo o instigarlo. Debía ser detenido dondequiera que se encontrase y entregado a las autoridades. Sus seguidores también debían ser encarcelados y sus bienes confiscados. Se ordenó la destrucción de sus escritos y, por último, todos los que se atrevieran a actuar en contra de este decreto fueron prohibidos por el imperio.

El emperador había hablado y la Dieta había aprobado el decreto. Todos los romanistas estaban jubilosos. Ahora consideraban que el destino de la Reforma estaba sellado. La multitud supersticiosa se llenó de horror al pensar que Lutero era la encarnación de Satanás, a quien el emperador había descrito vestido con un hábito de monje.

En esta hora de peligro, Dios preparó una vía de escape para su siervo. El Espíritu Santo se movió en el corazón del Elector de Sajonia, y le dio sabiduría para idear un plan para la preservación de Lutero. Federico había hecho insinuar al Reformador, cuando aún estaba en Worms, que su libertad podría ser sacrificada por un tiempo para asegurar su propia seguridad y la de la Reforma; sin embargo, no se le había dado ninguna pista sobre la manera en que esto podría llevarse a cabo. Con la cooperación de verdaderos amigos, el propósito del elector se llevó a cabo, y con tanto tacto y habilidad que Lutero fue

eficazmente ocultado a amigos y enemigos. De hecho, tanto su captura como su ocultación estuvieron tan envueltas en el misterio que ni el propio Federico supo durante mucho tiempo adónde había sido conducido. Mientras el elector no supiera nada del paradero de Lutero, no podría revelar nada. Se había asegurado de que el Reformador estaba a salvo, y con este conocimiento estaba satisfecho.

Pasaron la primavera, el verano y el otoño, llegó el invierno y Lutero seguía prisionero. Aleander y sus partidarios se alegraron de que la luz del Evangelio pareciera a punto de extinguirse. Pero en lugar de esto, Lutero estaba llenando su lámpara del infalible depósito de la verdad, para brillar a su debido tiempo con mayor resplandor.

No fue simplemente para garantizar su propia seguridad que Lutero fue, en la providencia de Dios, retirado del escenario de la vida pública. La Sabiduría Infinita anuló todas las circunstancias y acontecimientos para el cumplimiento de sus profundos designios. No es voluntad de Dios que su obra lleve la impronta de un solo hombre. Hubo otros obreros que, en ausencia de Lutero, debieron ser llamados al frente, para dar carácter a la Reforma, a fin de que pudiera desarrollarse proporcionalmente.

Además, en todo movimiento reformador existe el peligro de que reciba el sello de lo humano en vez de lo divino. A medida que los hombres se regocijan en la libertad que la verdad les trae, se inclinan a exaltar a aquellos que Dios ha empleado para romper las cadenas del error y la superstición. Estos líderes son honrados, ensalzados y reverenciados, y si no son verdaderamente humildes y devotos, desinteresados e incorruptibles, gradualmente pierden de vista su continua dependencia de Dios, y comienzan a confiar en sí mismos. Pronto tratan de controlar las mentes y restringir las conciencias de los demás, pareciendo considerarse a sí mismos como el único canal a través del cual Dios comunicará la luz a su iglesia. La obra de la reforma se ve a menudo retardada a causa de este espíritu complacido por sus partidarios.

En la acogedora seguridad de Wartburg, Lutero se entregó por un tiempo al reposo y se alegró de haber sido liberado del calor y la agitación de la batalla. Desde los muros del castillo contemplaba los oscuros bosques que lo encerraban por todas partes, y volviendo los ojos al cielo, exclamaba: "Extraño cautiverio, prisionero por consentimiento, pero contra mi voluntad". "Rezad por mí", escribe a Spalatin. "No quiero nada más que vuestras oraciones. No me molestéis por lo que se diga o piense de mí en el mundo. Por fin estoy tranquilo".

La soledad y la oscuridad de este retiro en la montaña tuvieron otra bendición aún más preciosa para el Reformador. Aquí se salvó de exaltarse demasiado por el éxito. Estaba alejado de todo apoyo humano, excluido de la simpatía y la alabanza que tan imprudentemente se conceden a menudo, y que tan a menudo conducen a los resultados más deplorables. El estudiado objeto de Satanás es desviar los pensamientos y afectos de los hombres de Dios, quien debe recibir toda la alabanza y gloria, y fijarlos en los organismos humanos; exaltar el mero instrumento que Dios emplea, e ignorar la Mano que dirige todos los acontecimientos de la providencia.

He aquí un peligro contra el cual todos los cristianos deben protegerse constantemente. Por mucho que admiren las nobles y abnegadas acciones de los fieles siervos de Dios, deben recordar que sólo Dios debe ser exaltado. Toda la sabiduría, capacidad y gracia que poseen los hombres les ha sido dada por Dios. A Él debe ser toda la alabanza.

Lutero no pudo encontrar satisfacción por mucho tiempo en la quietud y el reposo. Acostumbrado a una vida de actividad y severos conflictos, no podía soportar permanecer inactivo. En estos días de soledad, la situación de la Iglesia se presentaba ante él, y sentía que no había hombre que pudiera levantarse sobre los muros y edificar Sión. De nuevo sus pensamientos volvieron a sí mismo, y temió ser acusado de cobardía al retirarse de la obra. Entonces se reprochó su indolencia y autoindulgencia. Sin embargo, al mismo tiempo realizaba diariamente más de lo que parecía posible para un solo hombre. Escribe: "Estoy repasando la Biblia en hebreo y griego. Tengo la intención de escribir un discurso en alemán sobre la confesión auricular, también continuar la traducción de los Salmos, y componer una colección de sermones tan pronto como haya recibido lo que quiero de Wittenberg. Mi pluma nunca está ociosa".

Mientras sus enemigos se halagaban pensando que había sido silenciado, se asombraban y confundían ante la prueba tangible de que seguía activo. Una multitud de tratados salidos de su pluma circularon por toda Alemania. Durante casi un año entero, al abrigo de la ira de todos los opositores, exhortó y reprendió los pecados predominantes de la época.

También prestó un importantísimo servicio a sus compatriotas traduciendo las escrituras originales del Nuevo Testamento a la lengua alemana. De este modo, la palabra de Dios se abrió a la comprensión de la gente común, para que todos pudieran leer por sí mismos las palabras de la vida y la verdad. De este modo,

se esforzó con gran eficacia por desviar la mirada del Papa de Roma hacia Jesucristo, el Sol de Justicia.

18 de octubre de 1883

La Reforma durante el encarcelamiento de Lutero

EGW

Mientras Lutero estaba a salvo escondido en la fortaleza de Wartburgo, ¿cómo afectó al mundo su extraña ausencia? Toda Alemania estaba consternada. Por todas partes se oían preguntas sobre él. Incluso sus enemigos estaban más agitados por su ausencia que por su presencia. Circularon los rumores más descabellados. Muchos creyeron que había sido asesinado. Hubo grandes lamentaciones, no sólo por parte de sus amigos declarados, sino por miles de personas que no habían tomado abiertamente partido por la Reforma. La gente decía: "Nunca más lo veremos. Nunca más oiremos a ese hombre audaz cuya voz conmovió lo más profundo de nuestros corazones". Muchos juraron solemnemente vengar su muerte.

Los romanistas vieron con terror a qué punto había llegado el sentimiento contra ellos. Aunque al principio estaban exultantes por la supuesta muerte de Lutero, ahora deseaban esconderse de la ira del pueblo. Los que se enfurecían contra él cuando estaba en libertad, se llenaban de temor ahora que estaba cautivo. "La única manera de liberarnos", dijo un católico romano, "es encender nuestras antorchas y buscar a Lutero por toda la tierra, hasta que podamos devolverlo a una nación que lo quiera".

El edicto del emperador parecía caer impotente. Los legados papales se llenaron de indignación al ver que suscitaba mucha menos atención que el destino de Lutero. "La tinta de la firma", dijeron, "apenas ha tenido tiempo de secarse, cuando, he aquí, por todos lados el decreto imperial se hace pedazos".

La Reforma ganaba cada vez más fuerza. Cada vez eran más los que se unían a la causa del heroico hombre que había defendido la palabra de Dios contra tan temibles obstáculos. La gente decía: "¿No ha ofrecido retractarse si se le refuta? y nadie ha tenido la osadía de intentar refutarle. ¿No demuestra eso que ha dicho la verdad?".

La semilla que había sembrado brotaba por todas partes. La ausencia de Lutero realizó un trabajo que su presencia no habría podido hacer. Otros obreros

sintieron una nueva responsabilidad, ahora que su gran líder había desaparecido. Con nueva fe y seriedad, se esforzaron por hacer todo lo que estuviera a su alcance para que la obra tan noblemente iniciada no se viera obstaculizada.

Pero mientras la Reforma avanzaba firme y segura, Satanás no estaba ocioso. Desconcertado en todos sus esfuerzos anteriores por destruir la obra, adoptó otro plan de operación. Intentó ahora lo que ha intentado en todos los demás movimientos reformadores: engañar y destruir al pueblo haciéndole pasar una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos cristos en el primer siglo de la Iglesia cristiana, también surgieron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos pocos hombres, profundamente afectados por la excitación del mundo religioso, se imaginaron haber recibido revelaciones especiales del Cielo. Rehusando ser guiados por la palabra de Dios, se entregaron a ser controlados por sentimientos e impresiones. En vez de prestar atención al mandato del apóstol de seguir la misma regla y pensar en las mismas cosas, tratando de estar en armonía con aquellos a quienes Dios guiaba, decidieron actuar independientemente. Afirmaban haber recibido el encargo divino de llevar adelante hasta su culminación la Reforma iniciada débilmente por Lutero. En realidad, estaban deshaciendo el mismo trabajo que él había realizado. Lutero había presentado al pueblo la palabra de Dios como la regla por la cual su carácter y su fe debían ser probados. Estos hombres sustituyeron esa guía infalible por la norma cambiante e incierta de sus propios sentimientos e impresiones.

"¿De qué sirve", se preguntaban, "una aplicación tan estrecha a las Escrituras? Sólo se habla de la Biblia. ¿Puede la Biblia predicarnos? ¿Es suficiente para instruirnos? Si Dios hubiera querido instruirnos por medio de un libro, ¿no nos habría enviado una Biblia directamente del Cielo? Sólo por el Espíritu podemos ser iluminados. Dios mismo nos habla, y nos muestra qué hacer y qué decir". De este modo, estos hombres trataron de derrocar el principio fundamental en el que se basaba la Reforma: la palabra de Dios como norma de fe y práctica que todo lo basta. Con este acto de dejar de lado el gran detector de error y falsedad, se abrió el camino para que Satanás controlara las mentes como mejor le pareciera.

En la ciudad de Zwickan [Zwickau] surgió uno que afirmaba haber sido visitado por el ángel Gabriel, e instruido acerca de asuntos que le estaba prohibido revelar. Un antiguo estudiante de Wittenberg se unió a este fanático, y

enseguida abandonó sus estudios, declarando que había recibido de Dios mismo la capacidad de explicar las Escrituras. Varias otras personas que naturalmente se inclinaban al fanatismo, se unieron a estos hombres; y a medida que aumentaban sus adherentes, los líderes efectuaron una organización, estando deseosos, decían, de seguir el ejemplo de Cristo, y afirmando que en ellos los profetas y apóstoles habían sido restaurados a la iglesia.

Los actos de estos entusiastas crearon no poca excitación. La predicación de Lutero había despertado en el pueblo, en todas partes, la necesidad de la reforma, y ahora algunas personas realmente honestas se dejaban engañar por las pretensiones de los nuevos profetas. Aquellos que amaban lo maravilloso se unieron al partido fanático. Pero la herejía fue rápidamente combatida por los trabajadores de la causa de la Reforma. El pastor de la iglesia de Zwickan [Zwickau] era un hombre que ejemplificaba en su propia vida las verdades predicadas por Lutero. Probaba todas las cosas por la palabra de Dios, y por lo tanto no se dejaba engañar por estos pretendientes. Resistió resueltamente los engaños que intentaban introducir, y sus diáconos lo apoyaron en la obra.

Los fanáticos, con la oposición de los oficiales de la iglesia, se opusieron a todas las formas establecidas de orden y organización. Sus apasionados llamamientos despertaron y excitaron al pueblo, que, en su celo contra los romanistas, procedió a la violencia. Un sacerdote que portaba la hostia fue apedreado, y las autoridades civiles, llamadas a intervenir, encarcelaron a los agresores.

Con la intención de justificar su conducta y obtener reparación, los líderes del movimiento se dirigieron a Wittenberg y expusieron su caso ante los profesores de la Universidad. Dijeron: "Hemos sido enviados por Dios para enseñar al pueblo. Hemos recibido revelaciones especiales de Dios mismo y, por lo tanto, sabemos lo que va a suceder. Somos apóstoles y profetas, y apelamos al Dr. Lutero en cuanto a la verdad de lo que decimos."

Los profesores estaban asombrados y perplejos. Se trataba de un elemento como nunca antes habían encontrado, y no sabían qué camino seguir. Dijo Melancthon: "Ciertamente hay espíritus de una clase no ordinaria en estos hombres; pero ¿qué espíritus? Sólo Lutero puede decidirlo. Por una parte, guardémonos de apagar el Espíritu de Dios, y por otra, de ser seducidos por el espíritu de Satanás."

Estos hombres propusieron doctrinas que estaban en oposición directa con la Reforma, y el fruto de la nueva enseñanza pronto se hizo evidente. Las mentes de la gente fueron desviadas de las palabras de Dios, o decididamente

prejuiciadas en su contra. Tanto la Universidad como las escuelas primarias estaban sumidas en la confusión. Los estudiantes, haciendo caso omiso de toda restricción, abandonaron sus estudios, y los Estados de Alemania retiraron todo lo que pertenecía a su jurisdicción. Así, los hombres que se creían competentes para revivir y controlar la obra de la Reforma, sólo consiguieron llevarla al borde mismo de la ruina.

Lutero en Wartburg, enterado de lo ocurrido, dijo con profunda preocupación: "Siempre esperé que Satanás nos enviara esta plaga." Los romanistas recobraron ahora su confianza, y exclamaron exultantes: "Un esfuerzo más, y todo será nuestro." Un esfuerzo rápido y decidido para frenar el fanatismo era la única esperanza de la Reforma.

Y ahora todo Wittenberg clamaba por Lutero. Nunca se habían necesitado tanto su sano juicio y su inflexible firmeza. Ni el apacible y pacífico elector ni el tímido y joven Melancthon estaban preparados para enfrentarse a semejante enemigo. Profesores y ciudadanos por igual sentían que sólo Lutero podía guiarlos con seguridad en esta importante crisis. Incluso los fanáticos apelaban a su decisión.

Lutero recibió innumerables cartas en las que se describían las diferentes fases de este nuevo mal y sus funestos resultados, y se le rogaba encarecidamente su presencia. Percibió el verdadero carácter de aquellos pretendidos profetas y vio el peligro que amenazaba a la Iglesia. Todo lo que había soportado por la oposición tanto del Papa como del Emperador no le había causado tal perplejidad mental o angustia del alma como esta obra engañosa que ahora se vinculaba con la Reforma. De la propia causa habían surgido sus peores enemigos. Falsos amigos estaban derribando lo que él se había esforzado tremendamente en construir. Las mismas verdades que habían traído paz a su atribulado corazón se habían convertido en causa de disensión en la iglesia.

En la obra de la reforma, Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios, y había sido llevado más allá de sí mismo. No se había propuesto tomar las posiciones que tomó, ni hacer cambios tan radicales. No había sido más que un instrumento en manos de un poder infinito. Sin embargo, a menudo temía por el resultado de su trabajo. Una vez dijo: "Si supiera que mi doctrina ha herido a un solo ser humano, por pobre y desconocido que sea -lo que no puede suceder, porque es el Evangelio mismo-, preferiría diez veces la muerte antes que no retractarme".

Y ahora una ciudad entera, y esa ciudad Wittenberg misma, se hunde rápidamente en la confusión. La doctrina enseñada por Lutero no había causado este mal; pero en toda Alemania sus enemigos se lo imputaban ávidamente. Con amargura de alma se preguntaba a veces: "¿Es éste el resultado de la gran obra de la Reforma?". De nuevo, mientras luchaba con Dios en oración, la paz fluía en su mente. "La obra no es mía, sino tuya", decía; "no permitirás que sea corrompida por la superstición o el fanatismo". Pero la idea de permanecer más tiempo alejado del conflicto en semejante crisis se le hizo insoportable. Decidió salir al encuentro del elemento perturbador que amenazaba con causar un daño tan grande a la causa de la verdad y la justicia.

25 de octubre de 1883

Lutero regresa a Wittenberg

EGW

El 3 de marzo de 1522, diez meses después de su captura y encarcelamiento, Lutero se despidió de Wartburg y prosiguió su viaje hacia Wittenberg a través de los sombríos bosques.

Estaba bajo la prohibición del imperio. Los enemigos eran libres de quitarle la vida; a los amigos se les prohibía ayudarlo o incluso darle cobijo. El gobierno imperial, urgido por el decidido celo del duque Jorge de Sajonia, estaba adoptando las medidas más estrictas contra sus partidarios. Tan grandes eran los peligros que amenazaban la seguridad del Reformador, que a pesar de la urgente demanda de su regreso a Wittenberg, el elector Federico le escribió rogándole que permaneciera en su seguro retiro. Pero Lutero vio que la obra del Evangelio estaba en peligro y, sin importarle su propia seguridad, decidió volver al conflicto.

Al llegar a la ciudad de Borne, escribió al elector explicándole su decisión de abandonar Wartburg. "He demostrado suficientemente mi deferencia hacia Vuestra Alteza", dijo, "al retirarme de la mirada pública durante todo un año. Satanás sabe que no lo hice por cobardía. Habría entrado en Worms aunque hubiera tantos demonios en la ciudad como tejas en sus tejados. Ahora el Duque Jorge, a quien su alteza mencionó como para asustarme, es mucho menos temible que un solo demonio. Si lo que está ocurriendo en Wittenberg ocurriera en Leipsic [la residencia habitual del duque Jorge], montarí al instante mi caballo y me dirigiría allí, aunque -su alteza, confío, perdonará la expresión- llovieran duques Jorge durante nueve días seguidos, y todos fueran nueve veces

más feroces que él. ¿En qué estará pensando al atacarme? ¿Acaso supone que Cristo, mi Señor, es un hombre de paja? ¡Que Dios aleje de él el terrible juicio que se cierne sobre él!

"Sepa Vuestra Alteza que me dirijo a Wittenberg bajo una protección más poderosa que la de un elector. No tengo intención de solicitar la ayuda de Vuestra Alteza; y estoy tan lejos de desear *su* protección, que mi propósito es más bien proteger a Vuestra Alteza. Si supiera que Vuestra Alteza puede o quiere defenderme, no vendría a Wittenberg. Ninguna espada secular puede hacer avanzar esta causa; Dios debe hacerlo todo, sin la ayuda o cooperación del hombre. Aquel que tiene más fe, es la defensa más útil; pero, según me parece, su alteza es todavía muy débil en la fe.

"Pero ya que su alteza desea saber qué hacer, responderé humildemente: Vuestra alteza electoral ya ha hecho *demasiado*, y no debe hacer nada en absoluto. Dios no quiere ni soportará, que vos o yo tomemos pensamiento o parte en el asunto. Que vuestra alteza siga este consejo.

"En lo que a mí respecta, vuestra alteza debe recordar su deber como elector, y permitir que las instrucciones de su majestad imperial se lleven a efecto en vuestras ciudades y distritos, sin ofrecer ningún impedimento a quien quiera apresarme o matarme; pues nadie puede contender contra los poderes, sino sólo Aquel que los ha ordenado.

"Que Vuestra Alteza deje las puertas abiertas y respete los salvoconductos por si mis enemigos, en persona o por medio de sus enviados, vinieran a buscarme a los Estados de Vuestra Alteza. Todo puede seguir su curso sin problemas ni perjuicios para vuestra alteza.

"Escribo esto apresuradamente, para que no te sientas agraviado por mi llegada. Mi asunto es con otro tipo de persona del Duque Jorge, uno que me conoce, y *a quien conozco bien.*"

Lutero regresó a Wittenberg no para luchar contra los decretos de los gobernantes terrenales, sino para frustrar los planes y resistir el poder del príncipe de las tinieblas. En el nombre del Señor salió una vez más a luchar por la verdad. Con gran cautela y humildad, pero con decisión y firmeza, emprendió su obra, sosteniendo que la palabra de Dios debía ser la prueba de todas las doctrinas y todas las acciones. "Por la palabra", dijo, "debemos refutar y expulsar lo que ha ganado un lugar e influencia por la violencia. Yo no recurriré a la fuerza contra los supersticiosos, ni siquiera contra los incrédulos. El que

crea, que se acerque, y el que no crea, que se aleje. Que no haya coacción. He estado trabajando por la libertad de conciencia. La libertad es la esencia misma de la fe".

El Reformador no deseaba reunirse con los ilusos cuyo fanatismo había producido tanto mal. Sabía que eran hombres de temperamento apresurado y violento, que aunque afirmaban estar especialmente iluminados por el Cielo, no soportaban la más mínima contradicción, ni siquiera la más amable admonición. Se arrogaban la autoridad suprema y exigían a todo el mundo, sin rechistar, que reconociera sus afirmaciones. Dos de estos profetas, Stubner y Cellarius, exigieron una entrevista con Lutero, que éste consideró mejor conceder. Decidió desenmascarar las pretensiones de estos impostores y, si era posible, rescatar a las almas que habían sido engañadas por ellos.

Stubner abrió la conversación mostrando cómo proponía restaurar la Iglesia y reformar el mundo. Lutero escuchó con gran paciencia, y finalmente replicó: "De todo lo que has estado diciendo, no veo nada que se base en las Escrituras. Es un mero tejido de ficción". Al oír estas palabras, Cellarius, violentamente apasionado, golpeó la mesa con el puño y exclamó que el discurso de Lutero era un insulto a un hombre de Dios.

"Pablo declaró que las señales de un apóstol se realizaban entre los corintios con señales y hechos poderosos", dijo Lutero. "¿Probáis igualmente vuestro apostolado con milagros?". "Así lo haremos", respondieron los profetas. "El Dios a quien sirvo sabrá poner freno a vuestros dioses", replicó Lutero. Stubner fijó ahora sus ojos en el Reformador, y dijo, en tono solemne: "Martín Lutero, escúchame mientras te declaro lo que está pasando en este momento en tu alma. Estás empezando a ver que mi doctrina es verdadera".

Lutero guardó silencio un momento, y luego dijo: "El Señor te reprenda, Satanás".

Los profetas, perdiendo todo autocontrol, gritaron furiosos: "¡El Espíritu! ¡El Espíritu!". Lutero respondió, con frío desprecio: "Te doy una bofetada en la boca".

En ese momento se redoblaron los gritos de los profetas; Cellarius, más violento que los demás, se enfureció hasta echar espuma por la boca. Como resultado de la entrevista, los falsos profetas abandonaron Wittenberg ese mismo día.

El fanatismo fue frenado por un tiempo; pero pocos años después, estalló con mayor violencia y resultados más terribles. Dijo Lutero, refiriéndose a los líderes de este movimiento: "Para ellos, las Sagradas Escrituras no eran más que letra muerta, y todos empezaron a gritar: '¡El Espíritu! ¡El Espíritu! Pero estoy seguro de que no seguiré su espíritu. Que Dios en su misericordia me preserve de una iglesia en la que no hay más que santos. Deseo estar en comunión con los humildes, los débiles, los enfermos, que conocen y sienten sus pecados, y suspiran y claman continuamente a Dios desde el fondo de sus corazones para obtener consuelo y liberación."

Thomas Munzer, que era el más activo de estos fanáticos, era un hombre de considerable habilidad, la cual, correctamente dirigida, le habría permitido hacer el bien; pero no había aprendido las primeras lecciones del cristianismo; no tenía conocimiento de su propio corazón, y carecía grandemente de verdadera humildad. Sin embargo, se imaginaba ordenado por Dios para reformar el mundo, olvidando, como muchos otros entusiastas, que la reforma debía comenzar por él mismo. Escritos erróneos que había leído en su juventud habían dado una dirección equivocada a su carácter y a su vida. Además, tenía ambición de posición e influencia, y no estaba dispuesto a ser el segundo, ni siquiera después de Lutero. Acusó a los reformadores de establecer, por su adhesión sólo a la Biblia, una especie de papismo, y de formar iglesias que no eran puras ni santas.

"Lutero", dijo, "ha liberado las conciencias de los hombres del yugo papal; pero los ha dejado en libertad carnal, y no los ha conducido a depender del Espíritu, y a mirar directamente a Dios en busca de luz". Se consideraba llamado por Dios para remediar este gran mal, y sostenía que las manifestaciones del Espíritu eran el medio para lograrlo, y que quien tenía el Espíritu poseía la verdadera fe, aunque nunca hubiera visto la palabra escrita. "Los paganos y los turcos", decía, "están mejor preparados para recibir el Espíritu que muchos de esos cristianos que nos llaman entusiastas".

Es más fácil derribar que construir. Es mucho más fácil activar las ruedas de la reforma que arrastrar el carro por la empinada subida. Todavía se encuentran hombres que aceptan la verdad suficiente para pasar por reformadores, pero que son demasiado autosuficientes para ser enseñados por aquellos a quienes Dios está enseñando. Los tales siempre se alejan directamente del punto al que Dios quiere llevar a su pueblo.

Munzer enseñaba que todos los que quisieran recibir el Espíritu debían mortificar la carne, vestir ropas andrajosas, descuidar el cuerpo, tener un semblante triste y, abandonando a todos sus antiguos asociados, retirarse a lugares desiertos y allí implorar el favor de Dios. "Entonces, dijo, Dios vendrá y hablará con nosotros como antes habló con Abraham, Isaac y Jacob. Si no lo hiciera, no merecería nuestra atención". Así era este hombre engañado, como el mismo Lucifer, poniendo condiciones a Dios, y negándose a reconocer su autoridad a menos que cumpliera estas condiciones.

Los hombres aman naturalmente lo maravilloso y todo lo que halaga su orgullo, y las ideas de Munzer fueron recibidas por una parte considerable del pequeño rebaño que presidía. A continuación denunció todo orden y ceremonia en el culto público, y declaró que obedecer a los príncipes era intentar servir tanto a Dios como a Belial. A continuación, marchando a la cabeza de sus seguidores hacia una capilla a la que acudían peregrinos de todas partes, la demolió. Después de este acto de violencia, se vio obligado a abandonar esa región, vagó de un lugar a otro en Alemania, e incluso llegó hasta Suiza, excitando en todas partes un espíritu de rebelión, y desplegando su plan para una revolución general.

Las mentes de los hombres, que ya empezaban a librarse del yugo del papado, también se impacientaban bajo la restricción de la autoridad civil. Las enseñanzas revolucionarias de Munzer, que reivindicaban la sanción divina, les llevaron a romper todo control y a dar rienda suelta a sus prejuicios y pasiones. Siguió las más terribles escenas de sedición y lucha, y los campos de Alemania se empaparon de sangre.

La angustia que Lutero había experimentado tanto tiempo antes en su celda de Erfurth, presionaba ahora con redoblada fuerza sobre su alma al ver los resultados del fanatismo cargado sobre la Reforma. Los príncipes repetían constantemente, y muchos creían, que la doctrina de Lutero había sido la causa de la rebelión. Aunque esta acusación carecía del más mínimo fundamento, no podía sino causar una gran angustia al Reformador. Que la obra del Cielo fuera degradada de este modo al ser clasificada con el fanatismo más bajo, parecía más de lo que podía soportar. Por otra parte, Munzer y todos los líderes de la revuelta odiaban a Lutero porque no sólo se había opuesto a sus doctrinas y negado sus pretensiones de inspiración divina, sino que los había declarado rebeldes contra la autoridad civil. En represalia, lo denunciaron como un vil pretendiente. Parecía haberse atraído la enemistad de los príncipes y del pueblo.

Los romanistas se regocijaron, esperando presenciar la rápida caída de la Reforma, y culparon a Lutero incluso de los errores que él se había esforzado más fervientemente en corregir. El partido fanático, alegando falsamente haber sido tratado con gran injusticia, consiguió ganarse las simpatías de una gran parte del pueblo y, como suele ocurrir con los que se ponen del lado equivocado, llegaron a ser considerados mártires. Así, los que se esforzaban por destruir la obra de la Reforma fueron compadecidos y alabados como víctimas de la crueldad y la opresión. Todo esto era obra de Satanás, impulsado por el mismo espíritu de rebelión que se manifestó por primera vez en el Cielo.

Fue el deseo de Satanás por la supremacía lo que causó la discordia entre los ángeles. El poderoso Lucifer, "hijo de la mañana", reclamó el derecho al honor y a la autoridad por encima del Hijo de Dios; y al no concedérsele esto, determinó rebelarse contra el gobierno del Cielo. Por lo tanto, apeló a la hueste angélica, quejándose de la injusticia de Dios y declarándose profundamente agraviado. Sus falsas representaciones ganaron a su lado un tercio de todos los ángeles celestiales; y tan fuerte era su engaño que no quisieron ser corregidos; se aferraron a Lucifer, y fueron expulsados del Cielo con él.

Desde su caída Satanás ha continuado la misma obra de rebelión y falsedad. Constantemente se esfuerza por engañar la mente de los hombres y llevarlos a llamar al pecado justicia, y a la justicia pecado. ¡Cuánto éxito ha tenido su obra! ¡Cuán a menudo se censura y reprocha a los siervos fieles de Dios porque defienden intrépidamente la verdad! Hombres que no son más que agentes de Satanás son alabados y halagados, e incluso considerados como mártires, mientras que aquellos que deberían ser respetados y sostenidos por su fidelidad a Dios, son dejados solos, bajo sospecha y desconfianza. La guerra de Satanás no terminó cuando fue expulsado del Cielo; ha continuado de siglo en siglo, incluso hasta el presente año de nuestro Señor 1883.

Los maestros fanáticos se entregaron a ser gobernados por impresiones, llamando a cada pensamiento de la mente la voz de Dios; en consecuencia llegaron a grandes extremos. "Jesús", decían, "ordenó a sus seguidores que fueran como niños pequeños"; por lo tanto, bailaban por las calles, daban palmadas e incluso se hacían caer unos a otros en la arena. Algunos quemaban sus Biblias, exclamando al mismo tiempo: "La letra mata, pero el Espíritu vivifica". Los ministros se entregaban al comportamiento más violento e impropio de la mesa, saltando a veces del púlpito a la congregación. De este modo ilustraban en la práctica su enseñanza de que todas las formas y el orden

procedían de Satanás, y que era su deber romper todo yugo y actuar tal como sentían.

Lutero protestó audazmente contra estas extravagancias y declaró al mundo que la Reforma era totalmente distinta de ese elemento desordenado. Sin embargo, los que querían estigmatizar su obra siguieron acusándole de estos abusos.

Lutero defendió sin miedo la verdad de los ataques que le llegaban de todas partes. La palabra de Dios demostró ser un arma poderosa en cada conflicto. Con ella combatió la autoridad usurpada del Papa y la filosofía racionalista de los escolares, y se mantuvo firme como una roca contra el fanatismo que pretendía aliarse con la Reforma.

Cada uno de estos elementos opuestos dejaba de lado, a su manera, la palabra segura de la profecía, y exaltaba la sabiduría humana como fuente de verdad y conocimiento religiosos. El racionalismo idolatra la razón y hace de ella el criterio de la religión. El catolicismo romano reclama para su soberano pontífice una inspiración descendiente en línea ininterrumpida de los apóstoles, e inmutable a través de todos los tiempos, dando así amplia oportunidad para que toda especie de extravagancia y corrupción se oculte bajo la santidad de la comisión apostólica. La inspiración reivindicada por Munzer y sus asociados no procedía de ninguna fuente superior a los caprichos de la imaginación, y su influencia subvertía toda autoridad, humana o divina. El verdadero cristianismo recibe la palabra de Dios como el gran tesoro de la verdad inspirada, y la norma y la prueba de toda inspiración.

1 de noviembre de 1883

Triunfo de la Reforma

EGW

A su regreso de Wartburgo, Lutero se dedicó a la tarea de revisar su traducción del Nuevo Testamento, y poco después el Evangelio fue entregado al pueblo de Alemania en su lengua nativa. Esta traducción fue recibida con gran alegría por todos los que amaban la verdad; pero fue rechazada desdeñosamente por los que preferían las tradiciones humanas y los mandamientos de los hombres.

Los sacerdotes, que sabían poco de las Escrituras, se alarmaron al pensar que el vulgo podría ahora discutir con ellos los preceptos de la palabra de Dios, y que su propia ignorancia quedaría así expuesta. Roma recurrió a toda su autoridad

y poder para impedir la circulación de las Escrituras; pero decretos, anatemas y torturas fueron igualmente en vano. Cuanto más condenaba y prohibía la circulación de la Biblia, mayor era la ansiedad del pueblo por saber lo que realmente enseñaba. Todos los que sabían leer estaban ansiosos por estudiar la palabra de Dios por sí mismos. La llevaban consigo, y leían y releían, y no podían darse por satisfechos hasta que habían memorizado grandes porciones. Viendo la impaciencia con que se recibía el Nuevo Testamento, Lutero comenzó inmediatamente la traducción del Antiguo, y lo publicó por partes tan pronto como estuvo terminado.

Por esta época apareció un nuevo enemigo de la Reforma. Llegaron noticias a Wittenberg de que Enrique VIII, rey de Inglaterra, había escrito un libro apoyando las doctrinas romanas y atacando violentamente a Lutero. Enrique era uno de los monarcas más poderosos de la Cristiandad, y se imaginaba vanamente que podría, sin dificultad, aniquilar la Reforma. No sacó ningún argumento de las Escrituras en apoyo de su posición, sino que citó en su lugar sólo la autoridad de la Iglesia y las tradiciones de los Padres. También recurrió al desprecio y a la ridiculización de su "débil adversario", como llamó a Lutero, calificándolo también de lobo, serpiente venenosa y miembro del diablo.

La aparición de este libro fue saludada con gran regocijo por los partidarios de Roma. Su razonamiento superficial y sus duras denuncias se adaptaban bien a un pueblo que rechazaba voluntariamente las verdades de la palabra de Dios. Fue alabado por príncipes y prelados, e incluso por el propio Papa, y Enrique VIII fue venerado como un prodigio de sabiduría, incluso como un segundo Salomón.

Lutero leyó la obra con asombro y desprecio. Su falsedad e insultantes personalidades, así como su tono de afectado desprecio, excitaron su indignación, y el pensamiento de que el papa y sus partidarios se habían regocijado en una producción tan débil y superficial, le inspiró la determinación de acallar su jactancia.

De nuevo tomó la pluma contra los enemigos de la verdad. Demostró que Enrique había sostenido sus doctrinas sólo por los decretos y enseñanzas de los hombres. "En cuanto a mí", dijo, "no ceso de gritar: '¡El Evangelio, el Evangelio! Cristo, Cristo', y mis enemigos siguen respondiendo: '¡Costumbre, costumbre! ¡Ordenanzas, ordenanzas! Padres, padres". San Pablo dice: 'Que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.' Y el apóstol, con este trueno del cielo, al instante derriba y dispersa, como la

mente esparce el polvo, todos los necios pensamientos de alguien como el tal Enrique."

"A todas las decisiones de los Padres, de los hombres, de los ángeles, de los demonios, opongo", dice, "no la antigüedad de la costumbre, no los hábitos de los muchos, sino la palabra del Dios eterno, el Evangelio, que ellos mismos están obligados a admitir. Es a este libro al que me atengo; en él descanso; en él hago mi jactancia; en él triunfo y exulto... El Rey del Cielo está de mi parte; por eso nada temo". Y con argumentos extraídos de la palabra de Dios, Lutero demolió y esparció a los vientos todos los sofismas de sus opositores. Sucedió con las nuevas doctrinas y sus defensores como con los israelitas en Egipto: "Cuanto más eran afligidos, tanto más se multiplicaban y crecían".

Los escritos de Lutero se leían con avidez tanto en la ciudad como en la aldea. Por la noche, los maestros de las escuelas del pueblo leían en voz alta a pequeños grupos reunidos junto al fuego. Con cada esfuerzo, algunas almas se convencían de la verdad y, recibiendo la palabra con lágrimas de alegría, contaban a su vez la buena nueva a otros.

Se verificaron las palabras de la inspiración: "La entrada de tus palabras alumbrá; da entendimiento a los sencillos". El estudio de las Escrituras estaba operando un poderoso cambio en las mentes y corazones del pueblo, no sólo reformando la moral, sino despertando las facultades intelectuales a una fuerza y vigor desconocidos hasta entonces. El dominio papal había colocado sobre el pueblo un yugo de hierro que lo mantenía en la ignorancia y la degradación. Toda su instrucción y disciplina habían sido de carácter tal que fomentaban una observancia supersticiosa de las formas; la rutina prescrita del culto se mantenía escrupulosamente, pero en todo su servicio el corazón y el intelecto tenían poca participación. Sin embargo, muchos de estos fieles poseían poderes latentes que sólo necesitaban ser despertados y puestos en acción. La predicación de Lutero, exponiendo las verdades claras de la palabra de Dios, y luego la palabra misma, puesta en manos de la gente común, no sólo habían purificado y ennoblecido la naturaleza espiritual, sino que habían impartido una nueva vida a las facultades intelectuales.

Se veían personas de todos los rangos con la Biblia en la mano, defendiendo las doctrinas de la Reforma. Los papistas, que habían dejado el estudio de las Escrituras a los sacerdotes y monjes, los exhortaban ahora a presentarse y refutar las nuevas enseñanzas. Pero, ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios, sacerdotes y frailes fueron totalmente derrotados por aquellos a

quienes habían denunciado como ignorantes y heréticos. Desgraciadamente", dice un escritor católico, "Lutero había persuadido a sus seguidores de que su fe sólo debía fundarse en los oráculos de las Sagradas Escrituras". Las multitudes se reunían para oír la verdad defendida por hombres comunes, e incluso discutida por ellos con teólogos eruditos y elocuentes. La vergonzosa ignorancia de estos grandes hombres se ponía de manifiesto cuando sus argumentos se enfrentaban a las sencillas enseñanzas de la palabra de Dios. Personas de escasa instrucción, mujeres y labradores, podían dar de las Escrituras la razón de su fe.

El éxito que acompañó a la Reforma suscitó la más enconada oposición. Cuando el clero romano vio que sus congregaciones disminuían, invocó la ayuda de los magistrados, y por todos los medios a su alcance se esforzó por hacer volver a sus oyentes. Estos esfuerzos sólo tuvieron un éxito parcial. El pueblo estaba hambriento del pan de la vida; había encontrado en las enseñanzas de la Reforma lo que satisfacía las necesidades de sus almas, y se apartó de aquellos que durante tanto tiempo lo habían alimentado con las inservibles cáscaras de ritos supersticiosos y tradiciones humanas. A veces el pueblo, irritado al pensar que había sido engañado durante tanto tiempo por fábulas, obligaba a los sacerdotes a abandonar sus puestos.

Cuando se encendió la persecución contra los reformadores, hicieron caso de las palabras de Cristo: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra". La luz penetraba por todas partes. Los fugitivos encontraban en algún lugar una puerta hospitalaria abierta para ellos, y allí se quedaban a predicar a Cristo, a veces en la iglesia, o, si se les negaba ese privilegio, en casas particulares o al aire libre. Dondequiera que pudieran obtener una audiencia era un templo consagrado. La verdad, proclamada con tanta energía y seguridad, se extendía como fuego en el rastrojo. Ningún esfuerzo podía detener su avance. En la ciudad de Ingolstadt, donde había una universidad y donde, además, vivía uno de los más doctos opositores de la Reforma, un joven tejedor leyó las obras de Lutero a una congregación abarrotada. En la misma ciudad, habiendo decidido el consejo universitario que un discípulo de Melancthon debía ser obligado a retractarse, una mujer se ofreció a defenderlo y desafió a los doctores a una disputa pública. Las mujeres y los niños, artesanos y soldados, conocían mejor las Escrituras que los doctores o los sacerdotes.

En vano se invocó a las autoridades eclesiásticas y civiles para aplastar la herejía. En vano se recurrió al encarcelamiento, la tortura, el fuego y la espada. Miles de creyentes sellaron su fe con su sangre y, sin embargo, la obra continuó.

En toda Alemania, particularmente en los estados sajones, en Francia y Holanda, en Suiza, en Inglaterra y en otros países, el Señor levantó hombres para presentar a las mentes ignorantes del pueblo la luz de la palabra de Dios. La persecución sólo sirvió para extender la obra; y el fanatismo que Satanás trató de unir con ella, resultó en hacer más claro el contraste entre la obra de Satanás y la obra de Dios.

La causa de la verdad estaba destinada a triunfar. Los fieles constructores de Dios no estaban trabajando solos. Si se les hubieran abierto los ojos, habrían visto pruebas tan claras de la presencia y la ayuda divinas como las concedidas a un profeta de antaño. Cuando el criado de Eliseo señaló a su amo el ejército hostil que los rodeaba y cortaba toda posibilidad de escapar, el profeta oró: "Señor, te ruego, ábrele los ojos para que vea". Y he aquí que la montaña se llenó de carros y caballos de fuego, el ejército del Cielo apostado para proteger al siervo del Señor. Así protegieron los ángeles de Dios a los obreros de la causa de la Reforma. Dios había ordenado a sus siervos que construyeran, y las fuerzas combinadas de la tierra y del infierno eran impotentes para expulsarlos de los muros. Dice el Señor: "Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto centinelas que no callarán ni de día ni de noche."

15 de noviembre de 1883

La lección más importante

EGW

Durante todo el día después de que Cristo hubiera limpiado los profanados atrios del templo, estuvo curando a los enfermos y aliviando a los afligidos. Nicodemo había visto con qué compasión había recibido y atendido a los pobres y oprimidos. Con el comportamiento de un padre amoroso hacia sus hijos que sufren, había realizado curaciones y quitado penas. Ningún suplicante fue enviado sin alivio de su presencia. Las madres se alegraban de la recuperación de la salud de sus hijos, y las voces de agradecimiento habían sustituido al llanto y a los gemidos de dolor. Durante todo el día, Jesús había instruido al pueblo inquieto y curioso, razonando con los escribas y acallando las cavilaciones de los soberbios gobernantes con la sabiduría de sus palabras. Nicodemo, después de ver y oír estas cosas maravillosas, y después de escudriñar las profecías que señalaban a Jesús como el Mesías esperado, no se atrevió a dejar de creer que era enviado de Dios.

Al llegar la noche, Jesús, pálido por el cansancio de sus prolongados trabajos, buscó retiro y reposo en el monte de los Olivos. Allí lo encontró Nicodemo, que deseaba hablar con él. Este hombre era rico y honrado entre los judíos. Era famoso en toda Jerusalén y por su riqueza, su erudición y benevolencia, y especialmente por sus generosas ofrendas al templo para llevar a cabo sus servicios sagrados. También era uno de los miembros prominentes del consejo nacional. Sin embargo, cuando llegó a la presencia de Jesús, le asaltó una extraña agitación y timidez, que trató de ocultar bajo un aire de compostura y dignidad.

Se esforzó por aparentar que era un acto de condescendencia por parte de un gobernante erudito, el buscar, sin invitación, una audiencia con un joven desconocido a esa intempestiva hora de la noche. Comenzó con un discurso conciliador. "Rabí, sabemos que eres un maestro venido de Dios; porque nadie puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no está con él". Pero en vez de reconocer este saludo elogioso, Jesús inclinó su mirada serena y escrutadora sobre el interlocutor, como si leyera su alma misma; luego, con voz dulce y solemne, habló y reveló la verdadera condición de Nicodemo. "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios".

El fariseo quedó sorprendido por estas palabras, cuyo significado comprendió en parte, pues había oído a Juan el Bautista predicar el arrepentimiento y el bautismo, y también la venida de Uno que bautizaría con el Espíritu Santo. Nicodemo había sentido durante mucho tiempo que había una falta de espiritualidad entre los judíos; que el fanatismo, el orgullo y la ambición mundana guiaban sus acciones en gran medida. Esperaba que las cosas mejoraran cuando viniera el Mesías. Pero esperaba un Salvador que estableciera un trono temporal en Jerusalén y que reuniera a la nación judía bajo su estandarte, sometiendo al poder romano por la fuerza de las armas.

Este erudito dignatario era un fariseo estricto. Se enorgullecía de sus buenas obras y de su exaltada piedad. Consideraba que su vida diaria era perfecta a los ojos de Dios, y se sobresaltó al oír a Jesús hablar de un reino demasiado puro para que él pudiera verlo en su estado actual. Su mente le perdonó; sin embargo, se sintió irritado por la estrecha aplicación de las palabras a su propio caso, y respondió como si las hubiera entendido en el sentido más literal: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?".

Jesús, con solemne énfasis, repitió: "De cierto, de cierto te digo, que el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios." Las palabras

de Jesús ya no podían ser malinterpretadas. Su oyente sabía muy bien que se refería al bautismo en agua y a la gracia de Dios. El poder del Espíritu Santo transforma al hombre entero. Este cambio constituye el nuevo nacimiento.

Muchos de los judíos habían reconocido a Juan como profeta enviado de Dios, y habían recibido de sus manos el bautismo para arrepentimiento; mientras tanto, él les había enseñado claramente que su obra y su misión consistían en preparar el camino a Cristo, que era la luz mayor, y que completaría la obra que él había comenzado. Nicodemo había meditado sobre estas cosas, y ahora se sentía convencido de que estaba en presencia de Aquel predicho por Juan.

Dijo Jesús: "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te haya dicho: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que nace del Espíritu." Jesús trata aquí de inculcar a Nicodemo la necesidad positiva de la influencia del Espíritu de Dios sobre el corazón humano para purificarlo, preparándolo para el desarrollo de un carácter recto y simétrico. "Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias". Purificada esta fuente del corazón, se hace pura su corriente.

Este nuevo nacimiento le parece misterioso a Nicodemo. Pregunta: "¿Cómo pueden ser estas cosas?". Jesús, ordenándole que no se maravillara, utiliza el viento como ilustración de lo que quiere decir. Se oye entre las ramas de los árboles y agita las hojas y las flores, pero es invisible a los ojos y nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Así es la experiencia de todo aquel que ha nacido del Espíritu. La mente es un agente invisible de Dios para producir resultados tangibles. Su influencia es poderosa y gobierna las acciones de los hombres. Si está purificada de todo mal, es la fuerza motriz del bien. El Espíritu regenerador de Dios, al tomar posesión de la mente, transforma la vida; los malos pensamientos son desechados, se renuncia a las malas acciones, el amor, la paz y la humildad ocupan el lugar de la ira, la envidia y la contienda. Ese poder que ningún ojo humano puede ver, ha creado un nuevo ser a imagen de Dios...

La conversión del alma por la fe en Cristo no fue comprendida más que vagamente por Nicodemo, que había estado acostumbrado a considerar la fría formalidad y los rígidos servicios como la verdadera religión. El gran Maestro explicó que su misión en la tierra no era establecer un reino temporal, emulando

la pompa y el despliegue del mundo, sino establecer el reino de la paz y el amor, llevar a los hombres al Padre a través de la agencia mediadora de su Hijo.

Nicodemo estaba desconcertado. Dijo Jesús: "Si os he hablado de cosas terrenas y no creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de cosas celestiales?". Si Nicodemo no podía recibir sus enseñanzas que ilustraban la obra de la gracia sobre el corazón humano, representada por la figura del viento, ¿cómo podría comprender el carácter de su glorioso reino celestial si se lo explicara? Al no discernir la naturaleza de la obra de Cristo en la tierra, no podía comprender su obra en el Cielo. Jesús remitió a Nicodemo a las profecías de David y Ezequiel:

"Y les daré un corazón, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis estatutos, y guarden mis ordenanzas, y las pongan por obra; y serán mi pueblo, y yo seré su Dios." "Y vendrán allá, y quitarán de allí todas sus cosas detestables y todas sus abominaciones." "Por tanto, yo os juzgaré, casa de Israel, a cada uno según sus caminos, dice el Señor Dios. Arrepentíos y convertíos de todas vuestras rebeliones, para que la iniquidad no sea vuestra ruina. Echad de vosotros todas vuestras rebeliones con que habéis prevaricado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo." "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de tu presencia; y no quites de mí tu Espíritu Santo. Devuélveme el gozo de tu salvación; y sostenme con tu libre Espíritu. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti." "También os daré un corazón nuevo, y un espíritu nuevo pondré dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne."

El erudito Nicodemo había leído estas agudas profecías con la mente nublada, pero ahora empezó a comprender su verdadero significado y a entender que incluso un hombre tan justo y honorable como él debía experimentar un nuevo nacimiento por medio de Jesucristo, como única condición para salvarse y asegurarse la entrada en el reino de Dios. Jesús habló positivamente de que a menos que un hombre nazca de nuevo no puede discernir el reino que Cristo vino a establecer en la tierra. La rígida precisión en la obediencia de la ley no daría derecho a nadie a entrar en el reino de los cielos.

Debe haber un nuevo nacimiento, una nueva mente mediante la operación del Espíritu de Dios, que purifica la vida y ennoblece el carácter. Esta conexión con Dios capacita al hombre para el glorioso reino de los cielos. Ninguna invención humana podrá jamás encontrar un remedio para el alma pecadora. Sólo

mediante el arrepentimiento y la humillación, una sumisión a las exigencias divinas, puede realizarse la obra de la gracia. La iniquidad es tan ofensiva a los ojos de Dios, a quien el pecador ha insultado y agraviado durante tanto tiempo, que un arrepentimiento proporcional al carácter de los pecados cometidos produce a menudo una agonía de espíritu difícil de soportar.

Nada menos que una aceptación y aplicación prácticas de la verdad divina abre al hombre el reino de Dios. Sólo un corazón puro y humilde, obediente y amante, firme en la fe y en el servicio al Altísimo, puede entrar en él. Jesús declara también que como "Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna." La serpiente en el desierto fue levantada en un asta delante del pueblo, para que todos los que habían sido picados hasta la muerte por la serpiente ardiente, pudieran mirar esta serpiente de bronce, símbolo de Cristo, y ser curados al instante. Pero debían mirar con fe, o de nada serviría. Del mismo modo, los hombres deben mirar al Hijo del hombre como su Salvador para la vida eterna. El hombre se había separado de Dios por el pecado. Cristo trajo su divinidad a la tierra, velada por la humanidad, para rescatar al hombre de su condición perdida. La naturaleza humana es vil, y el carácter del hombre debe ser cambiado antes de que pueda armonizar con lo puro y santo en el reino inmortal de Dios. Esta transformación es el nuevo nacimiento.

Si el hombre por la fe se aferra al amor divino de Dios, se convierte en una nueva criatura por medio de Cristo Jesús. El mundo es vencido, la naturaleza humana es subyugada y Satanás es vencido. En este importante sermón a Nicodemo, Jesús desplegó ante este noble fariseo todo el plan de salvación y su misión en el mundo. En ninguno de sus discursos posteriores explicó el Salvador tan minuciosamente, paso a paso, la obra que era necesario realizar en el corazón humano, si éste quería heredar el reino de los cielos. Trazó la salvación del hombre directamente al amor del Padre, que le llevó a dar a su Hijo hasta la muerte para que el hombre pudiera salvarse.

15 de noviembre de 1883

Buen Consejo

EGW

Hemos recibido una carta alentadora de la hermana White que merece más que un comentario pasajero. Las siguientes palabras serán apreciadas por nuestra gente en California en este momento:

"No estamos haciendo todo lo que podríamos hacer para alentar a los trabajadores en el campo de la gran cosecha. Debemos fomentar la sencillez; no debemos degenerar en un servicio formal. Debemos hacer recaer la responsabilidad sobre hombres humildes y temerosos de Dios. Sé que Dios aceptará sus esfuerzos si se dedican a Él. Si se colocan en el canal, la luz del trono de Dios brillará a través de ellos. Jesús obrará a través de sus esfuerzos desinteresados. Las lecturas de la Biblia serán un medio de hacer llegar la verdad a un gran número de personas. Hombres y mujeres pueden hacer aquí un buen trabajo. Nuestras hermanas no tienen excusa para dejar que los talentos que Dios les ha dado se oxiden por la inacción."

Creemos que en muchos casos las hermanas podrían encontrar espacios para la lectura de la Biblia donde los hombres no podrían. ¿Por qué no mejorarlas?

22 de noviembre de 1883

Un llamamiento solemne

EGW

El Lincoln, Nebraska, *State Journal* mantuvo un reportero en el campo todos los días durante el campamento de los adventistas del séptimo día en Creta. Sus informes fueron muy favorables, incluso elogiosos, y las sinopsis de los discursos bastante liberales. Del informe del Journal sobre un discurso de la Sra. E. G. White, tomamos lo siguiente:

Estamos de pie como una marca en la quema. ¡En qué posición estamos! El mundo entero está en tinieblas. La decepción prevalece en todas partes; y aquí está la iglesia remanente tomando su posición en una verdad importante. Escribí estas grandes verdades en mi cuarto volumen, sentí que no estamos listos y le dije a mi hijo, debo ir. El argumentó que no debía, cuando mi salud era tan

pobre, pero sentí que debía ir y hablar una vez más en nuestras reuniones. Si tan sólo pudiera decirles cómo se conmueve mi corazón cuando siento que el tiempo está cerca, y tantos no están preparados. No tenemos tiempo para frivolidades ni para apartarnos de Dios. Debemos prepararnos para caminar por el tiempo y la eternidad. La obra está en marcha en el santuario, y sin embargo, qué sensuales, qué soñolientos, qué indiferentes somos. ¡Cuánto podrían hacer nuestros jóvenes y nuestras jóvenes! ¡Qué rica experiencia podrían tener! A veces parece como si hubiera una parálisis en nuestra gente; que no se dan cuenta de lo cerca que están del fin de la tierra. Necesitamos más abanderados. Necesitamos más misioneros que vayan por el mundo.

Sentimos que en esta hora debemos entender nuestra posición en la historia y la profecía. Queremos saber si entienden esto tan bien como entienden sus campos de trigo y su ganado y sus cerdos; si se están purificando línea sobre línea y precepto sobre precepto. Muchos consideran la confesión de Cristo como un paso hacia abajo. Pero, ¿qué podría ser un mayor privilegio que ser hijo de Dios, hijos del Rey celestial? Esto no es dar un paso atrás, no es hacer un sacrificio. He estado comprometido en este trabajo durante cuarenta años. Me he desmayado en el suelo por falta de comida, con un bebé en brazos. He conocido la pobreza. He puesto a seres queridos en la tumba, pero nunca he hecho un sacrificio. He dejado escapar tesoros aquí, pero los he depositado en el banco del Cielo.

Pero Cristo ha hecho un sacrificio por nosotros. Cristo, la majestad del Cielo. Nosotros no hacemos ningún sacrificio. Su yugo es fácil y su carga ligera. Lo he probado durante cuarenta años.

Madres y padres, os incumbe una gran tarea: instruir correctamente a vuestros hijos. Cuando no lo hacéis, les imponéis una carga terrible. Crecen con el carácter deformado y torcido, y hay que rehacerlo todo. Al permitir que los niños sean desobedientes, les estáis enseñando a ser rebeldes contra los mandamientos de Dios. El primer deber misionero que ustedes tienen son sus familias. Verán el poder de Dios cuando comiencen la obra en sus familias. Esto hará más que toda la predicación. Una familia que tiene espina dorsal moral se balanceará y no será balanceada. Trabajen tan seriamente con su familia como con los de afuera. ¿Tenéis miedo de hablar con vuestros hijos porque vuestra disposición inquieta e impaciente os ha alejado de ellos? Enmendadlo. Únelos a ti con las palabras de oro del amor. Toda esta inquietud y búsqueda de defectos es obra de Satanás. Qué mundo sería éste si todos fuéramos verdaderos cristianos.

29 de noviembre de 1883

Nehemías desea restaurar Jerusalén

EGW

Nehemías, el exiliado hebreo, ocupaba una posición de influencia y honor en la corte persa. Como copero del rey, era familiarmente admitido en la presencia real, y en virtud de esta intimidad, y de sus propias altas capacidades y probada fidelidad, llegó a ser consejero del monarca. Sin embargo, en aquella tierra pagana, rodeado de pompa y esplendor reales, no olvidó al Dios de sus padres ni al pueblo al que se habían confiado los santos oráculos. Con el más profundo interés, su corazón se volvió hacia Jerusalén, y sus esperanzas y alegrías estaban ligadas a su prosperidad.

Habían llegado a la ciudad elegida días de prueba y aflicción peculiares. Mensajeros de Judá describieron a Nehemías su condición. Se había levantado el segundo templo y se habían reconstruido partes de la ciudad; pero su prosperidad se veía impedida, los servicios del templo perturbados y el pueblo constantemente alarmado por el hecho de que sus murallas seguían en ruinas y sus puertas incendiadas. La capital de Judá se estaba convirtiendo rápidamente en un lugar desolado, y los pocos habitantes que quedaban eran amargados diariamente por las burlas de sus asaltantes idólatras: "¿Dónde está vuestro Dios?". El alma del patriota hebreo estaba abrumada por estas malas noticias. Tan grande era su dolor, que no podía comer ni beber; "lloró y se lamentó algunos días, y ayunó". Pero cuando pasó el primer arrebató de su dolor, se dirigió en su aflicción al seguro Auxiliador. "Oré", dice, "ante el Dios del Cielo". Sabía que toda esta ruina había sobrevenido a causa de las transgresiones de Israel; y en profunda humillación se presentó ante Dios para pedir el perdón de los pecados y la renovación del favor divino. Dirigió sus súplicas al Dios del Cielo, "el Dios grande y terrible", porque así se había mostrado el Señor en los terribles juicios que se habían abatido sobre Israel. Pero con un destello de esperanza, Nehemías continúa: "que guarda el pacto y la misericordia con los que le aman y observan sus mandamientos". Para el Israel arrepentido y creyente aún había misericordia.

Fielmente el hombre de Dios hace confesión de sus pecados y de los pecados de su pueblo: "Esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos, para que oigas la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti, día y noche, por los hijos de Israel tus siervos, y confieso los pecados de los hijos de Israel, que hemos

cometido contra ti; tanto yo como la casa de mi padre hemos pecado. Hemos actuado muy corruptamente contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, ni los estatutos, ni los decretos que mandaste a tu siervo Moisés."

Y ahora, aferrándose firmemente, por la fe, a la promesa divina, Nehemías pone ante el escabel de la misericordia celestial su petición de que Dios defienda la causa de su pueblo ahora arrepentido, restaure su fuerza y edifique sus asolados lugares. Dios había sido fiel a sus amenazas cuando su pueblo se separó de él; lo había dispersado entre las naciones, conforme a su palabra. Y Nehemías encuentra en este mismo hecho una garantía de que será igualmente fiel para cumplir sus promesas. Su pueblo había vuelto en penitencia y fe a guardar sus mandamientos; y Dios mismo había dicho que si lo hacían, aunque fueran arrojados a los confines de la tierra, los reuniría de allí y haría brillar de nuevo sobre ellos la luz de su rostro. Esta promesa había sido dada más de mil años antes; pero permaneció invariable a través de todos los siglos. La palabra de Dios no puede fallar.

La fe y el valor de Nehemías se fortalecen a medida que capta la promesa. Su boca se llena de santos argumentos. Señala la deshonra que se arrojaría sobre Dios, si su pueblo, ahora que ha vuelto a él, se quedara en su estado de debilidad y opresión.

A menudo Nehemías había derramado así su alma ante Dios en favor de su pueblo. Día y noche había ofrecido esta oración. Y mientras oraba, se había ido formando en su mente el santo propósito de que, si podía obtener el consentimiento del rey y la ayuda necesaria para procurarse los utensilios y el material, emprendería él mismo la ardua tarea de reconstruir las ruinosas murallas de Jerusalén y tratar de restaurar la fortaleza nacional. Y ahora, al concluir su oración, suplica al Señor que le conceda el favor del rey, para que pueda llevarse a cabo este acariciado plan.

Cuatro meses se vio obligado a esperar una oportunidad favorable para presentar su petición al rey. Durante este período, aunque su corazón estaba oprimido por el dolor, se esforzó constantemente por llevar un semblante alegre y feliz. En sus periodos de retiro, fueron muchas las oraciones, las confesiones penitenciales y las lágrimas de angustia, presenciadas por Dios y los ángeles; pero todo ello quedaba oculto a la vista humana. Los reglamentos de las cortes orientales prohibían cualquier manifestación de dolor en su interior. Todo debía parecer alegre y feliz en aquellos salones de lujo y esplendor. La aflicción exterior no debía proyectar su sombra en presencia de la realeza.

Pero, por fin, el dolor que agobiaba el corazón de Nehemías ya no podía ocultarse. Noches de insomnio dedicadas a la oración sincera, días llenos de preocupaciones, oscuros por la sombra de la esperanza aplazada, dejaron su huella en su semblante. El ojo agudo del monarca, celoso de su propia seguridad, está acostumbrado a leer los semblantes y a penetrar los disfraces. Viendo que algún problema secreto acecha a su siervo, pregunta de repente: "¿Por qué está triste tu semblante, si no estás enfermo? esto no es más que tristeza de corazón".

Esta pregunta inquieta al oyente. ¿No se enfadará el rey al oír que, mientras aparentemente se dedicaba a su servicio, los pensamientos del cortesano han estado lejos, con su afligido pueblo? ¿No se perderá la vida del infractor? Y su acariciado plan para restaurar la fortaleza de Jerusalén, ¿no está a punto de ser derrocado? "Entonces", dice, "tuve mucho miedo". Con labios temblorosos y ojos llenos de lágrimas revela la causa de su tristeza: la ciudad, que es el lugar del sepulcro de su padre, asolada y sus puertas consumidas por el fuego. El conmovedor relato despierta la simpatía del monarca sin despertar sus prejuicios idólatras; otra pregunta da la oportunidad que Nehemías había buscado durante tanto tiempo: "¿Qué pides?". Pero el hombre de Dios no responde hasta haber pedido primero el apoyo de Alguien superior a Artajerjes. "Oré", dice, "al Dios del Cielo".

Esta es una preciosa lección para todos los cristianos. Siempre que nos encontremos en situaciones de dificultad o peligro, incluso cuando estemos rodeados de aquellos que aman y no temen a Dios, el corazón puede lanzar su grito de auxilio, y hay Alguien que ha prometido que vendrá en nuestra ayuda. Esta es la clase de oración a la que Cristo se refería cuando dijo: "Orad sin cesar". No debemos hacer de la oración jaculatoria un sustituto de la adoración pública o familiar, o de la devoción secreta; pero es un recurso bendito, a nuestra disposición en circunstancias en que otras formas de oración pueden ser imposibles. Los trabajadores en los ajetreados mercados del comercio, abarrotados y casi abrumados por las perplejidades financieras, los viajeros por mar y tierra, cuando se ven amenazados por algún gran peligro, pueden encomendarse así a la guía y protección divinas. Y en todas las circunstancias y condiciones de la vida, el alma agobiada por el dolor o la preocupación, o asaltada por la tentación, puede encontrar consuelo, apoyo y socorro en el amor y el poder infalibles de un Dios que cumple su pacto.

Nehemías y Artajerjes están frente a frente: el uno es un siervo de una raza oprimida, el otro es el monarca del gran imperio del mundo. Pero infinitamente

mayor que la disparidad de rango es la distancia moral que los separa. Nehemías ha cumplido con la invitación del Rey de reyes: "Que se apodere de mi fuerza para hacer la paz conmigo, y hará la paz conmigo". Ha alistado en su favor un poder en cuya mano está el corazón de los reyes, como los ríos de agua, y que "lo hace girar a su antojo". La silenciosa súplica que elevó al cielo fue la misma que había ofrecido durante muchas semanas: que Dios hiciera prosperar su petición. Y ahora, animado por el pensamiento de que tiene un Amigo, omnisciente y todopoderoso, que obra en su favor, el hombre de Dios da a conocer tranquilamente al rey su deseo de ser liberado por un tiempo de su cargo en la corte, y de ser autorizado a reconstruir los lugares baldíos de Jerusalén, y a hacer de ella una vez más una ciudad fuerte y defendida. De esta petición dependían resultados trascendentales para la ciudad y la nación judías. Y, dice Nehemías, "el rey me concedió conforme a la buena mano de mi Dios sobre mí".

Mientras Nehemías imploraba la ayuda de Dios, no doblaba sus propias manos, sintiendo que ya no tenía más cuidado ni responsabilidad en el asunto. Con admirable prudencia y previsión procedió a hacer todos los arreglos necesarios para asegurar el éxito de la empresa. Cada movimiento estaba marcado por una gran cautela. No reveló su propósito ni siquiera a sus propios compatriotas, pues aunque se alegrarían de su éxito, temía que, por alguna indiscreción, pudieran obstaculizar en gran medida su obra. Algunos podrían manifestar un espíritu de exultación que despertaría los celos de sus enemigos, y tal vez causaría la derrota de la empresa.

Como su petición al rey había sido acogida tan favorablemente, se animó a solicitar la ayuda necesaria para llevar a cabo sus planes. Para dar dignidad y autoridad a su misión, además de protección durante el viaje, se aseguró una escolta militar. Obtuvo cartas reales para los gobernadores de las provincias más allá del Éufrates, territorio por el que debía pasar en su camino a Judea; y obtuvo también una carta para el guardián del bosque del rey en las montañas del Líbano, ordenándole que proporcionara la madera necesaria para el muro de Jerusalén y los edificios que Nehemías se proponía erigir. Nehemías tiene cuidado de que la autoridad y los privilegios que se le conceden estén claramente definidos, para que no haya lugar a quejas de que se ha excedido en su comisión.

El ejemplo de este santo varón debe servir de lección a todo el pueblo de Dios, que no sólo debe orar con fe, sino trabajar con diligencia y fidelidad. Cuántas dificultades encontramos, y cómo obstaculizamos la acción de la Providencia

en nuestro favor, porque se considera que la prudencia, la previsión y el esmero tienen poco que ver con la religión. Esto es un grave error. Es un deber religioso cultivar y ejercitar todo poder que nos haga obreros más eficientes en la causa de Dios. La consideración cuidadosa y los planes bien madurados son tan esenciales para el éxito de la empresa sagrada hoy como en el tiempo de Nehemías. Si todos los que están comprometidos en la obra de Dios se dieran cuenta de lo mucho que depende de su fidelidad y sabia previsión, veríamos que sus esfuerzos serían mucho más prósperos. Por desconfianza y atraso, a menudo no logramos obtener de los poderes fácticos lo que es alcanzable como un derecho. Dios obrará por nosotros cuando estemos dispuestos a hacer lo que podemos y debemos hacer por nuestra parte.

Los hombres de oración deben ser hombres de acción. Los que están listos y dispuestos, encontrarán formas y medios para trabajar. Nehemías no depende de incertidumbres. Los medios que no tiene los solicita a quienes pueden dárselos. Todo el mundo, con sus riquezas y tesoros, pertenece a Dios, aunque ahora esté en posesión de hombres malvados. Si sus siervos toman un camino sabio y prudente, para que la buena mano de Dios esté con ellos, pueden obtener los medios que necesitan para hacer avanzar su causa.

6 de diciembre de 1883

Nehemías consigue la cooperación del pueblo

EGW

Las cartas reales a los gobernadores de las provincias a lo largo de su ruta, aseguraron a Nehemías una recepción honorable y una pronta asistencia. Y ningún enemigo se atrevió a molestar al funcionario que estaba protegido por el poder del rey persa y tratado con tan marcada consideración por los gobernantes provinciales. Por lo tanto, el viaje de Nehemías fue seguro y próspero.

Su llegada a Jerusalén, sin embargo, con la asistencia de una guardia militar, mostrando que había venido en alguna misión importante, excitó los celos y el odio de los enemigos de Israel. Las tribus paganas asentadas cerca de Jerusalén ya habían dado rienda suelta a su enemistad contra los judíos, infligiéndoles todos los insultos e injurias que se atrevían a infligirles. Algunos jefes de estas tribus, Sanbalat el horonita, Tobías el amonita y Gesem el árabe, fueron los primeros en esta malvada obra; y desde entonces estos jefes vigilaron celosamente los movimientos de Nehemías y se esforzaron por todos los medios a su alcance para frustrar sus planes y obstaculizar su obra.

Nehemías siguió actuando con la misma cautela y prudencia que hasta entonces habían marcado su conducta. Sabiendo que enemigos acérrimos y decididos estaban dispuestos a oponerse a todo esfuerzo por la restauración de Jerusalén, ocultó la naturaleza de su empresa hasta que, mediante la observación previa, pudo formar sus planes. Así estaba preparado para asegurarse la cooperación del pueblo y ponerlo a trabajar antes de que sus enemigos tuvieran oportunidad de despertar sus temores o sus prejuicios.

Sin embargo, aunque había sido tan altamente favorecido por Dios, Nehemías no se puso en marcha de manera independiente y autosuficiente, como si fuera capaz de llevarlo todo a cabo por su propia habilidad. Seleccionó a algunas personas que sabía que eran dignas de confianza, y a ellas les dio a conocer las circunstancias que habían motivado su visita, el objetivo que debía alcanzar y los planes que se proponía emplear, y obtuvo su ayuda en su importante empresa.

En la tercera noche después de su llegada, la carga pesaba tanto sobre su mente que le impedía dormir, se levantó a medianoche, y con unos pocos compañeros de confianza salió a ver por sí mismo la desolación de Jerusalén. Montado en su mula, se desplazó a la luz de la luna, observando los muros en ruinas y las puertas rotas de la ciudad de sus padres. Dolorosas fueron las reflexiones que llenaron la mente del patriota judío. Los recuerdos de la gloria pasada de Israel contrastaban agudamente con las marcas de su degradación presente. Por no haber prestado atención a la palabra de Dios, por no haber recibido la reprensión y corregido sus caminos, había quedado reducido en poder y honor entre las naciones. El pueblo por el cual Dios había obrado maravillosamente, había jugado con sus privilegios, despreciado sus consejos y se había unido a los idólatras, hasta que él le había retirado su presencia y protección especiales.

Con corazón apesadumbrado, ese visitante de lejos contempla las ruinosas defensas de su amada Jerusalén. ¿Y no es así como los ángeles del cielo observan la condición de la iglesia de Cristo? Como los habitantes de Jerusalén, nos acostumbramos a los males existentes, y a menudo nos contentamos con no hacer nada para remediarlos. Pero, ¿cómo se ven a los ojos de alguien divinamente iluminado? ¿No vería, como Nehemías, muros en ruinas y puertas quemadas por el fuego?

¿Acaso no son visibles por todas partes las vergonzosas señales del alejamiento de Dios y de la conformidad con un mundo que ama el pecado y odia la verdad? En estos días de oscuridad y peligro, ¿quién es capaz de defender a Sión y

mostrarle algo bueno? Su estado espiritual y sus perspectivas no están de acuerdo con la luz y los privilegios otorgados por Dios.

Le son aplicables hoy las mismas reprensiones que al pueblo de Israel cuando el Señor dijo por medio de sus profetas: "Así han querido errar, no han refrenado sus pies, por eso el Señor no los acepta; ahora se acordará de su iniquidad y visitará sus pecados."

En secreto y en silencio, Nehemías completó su circuito de los muros. Declara: "Los gobernantes no sabían adónde había ido, ni lo que había hecho; ni lo había dicho aún a los judíos, ni a los sacerdotes, ni a los nobles, ni a los gobernantes, ni a los demás que hacían la obra". En esta dolorosa encuesta no deseaba atraer la atención ni de amigos ni de enemigos, no fuera que se creara una excitación y se pusieran en circulación informes que pudieran derrotar, o al menos obstaculizar, su obra.

Nehemías dedicó el resto de la noche a la oración; por la mañana debía esforzarse seriamente por despertar y unir a sus desanimados y divididos compatriotas. Aunque llevaba una comisión real que exigía a los habitantes que cooperaran con él en la reconstrucción de los muros de la ciudad, decidió no depender del mero ejercicio de la autoridad. Trató más bien de ganarse la confianza y la simpatía del pueblo, sabiendo muy bien que la unión de corazones y manos era esencial para el éxito de la gran obra que había emprendido. Cuando convocó al pueblo al día siguiente, presentó argumentos calculados para despertar sus energías adormecidas y unir a su disperso número.

No sabían, ni él les contó, de su lúgubre circuito de medianoche mientras dormían. Sin embargo, esa misma circunstancia contribuyó en gran medida a su éxito. Pudo hablar de la condición de la ciudad con una exactitud y minuciosidad que asombraron a sus oyentes, mientras que la contemplación real de la debilidad y degradación de Israel, que impresionaba profundamente su corazón, daba seriedad y fuerza a sus palabras. Presentó al pueblo su condición de objeto de oprobio entre los paganos. La nación que una vez había sido tan altamente favorecida por Dios como para provocar el terror de todos los países circundantes, se había convertido ahora en un insulto y un silbido. Su religión era deshonrada, su Dios blasfemado.

Luego les contó cómo, en una tierra lejana, había oído hablar de su aflicción, cómo había implorado el favor de Dios en su favor y cómo, mientras oraba, se le había ocurrido el plan de solicitar permiso al rey para acudir en su ayuda. Había pedido a Dios que el rey no sólo le permitiera ir a Jerusalén, sino que le

confiriera autoridad y le prestara la ayuda necesaria para la obra. Su oración había sido respondida de tal manera que mostraba claramente que todo era obra del Señor. Y después de haber expuesto el asunto plenamente ante ellos, mostrando que estaba sostenido por la autoridad combinada del rey persa y del Dios de Israel, Nehemías planteó directamente al pueblo la cuestión de si aprovecharían esta ocasión favorable, y se levantarían con él y construirían el muro.

Este llamamiento llegó directamente a sus corazones; la manifestación del favor del Cielo hacia ellos hizo que sus temores se desvanecieran. Con nuevo valor gritaron a una voz: "Levantémonos y construyamos".

La santa energía y la elevada esperanza de Nehemías se comunicaron al pueblo. A medida que captaban el espíritu, se elevaban por un tiempo al nivel moral de su líder. Cada uno, en su propia esfera, era una especie de Nehemías; y cada uno fortalecía y sostenía a su hermano en la obra.

Hay necesidad de Nehemías en la iglesia de hoy, no hombres que puedan orar y predicar solamente, sino hombres cuyas oraciones y sermones estén reforzados con un propósito firme y ansioso. El curso seguido por este patriota hebreo en la realización de sus planes es uno que todavía deberían adoptar los ministros y los hombres principales. Cuando han trazado sus planes, deben presentarlos a la iglesia de tal manera que se ganen su interés y cooperación. Que el pueblo comprenda los planes y participe en la obra, y tendrá un interés personal en su prosperidad.

El éxito de los esfuerzos de Nehemías demuestra lo que la oración, la fe y la acción sabia y enérgica pueden lograr. La fe viva impulsará a la acción enérgica. El espíritu manifestado por el líder será, en gran medida, reflejado por el pueblo. Si los dirigentes que profesan creer en las verdades solemnes e importantes que han de poner a prueba al mundo en este tiempo, no manifiestan un celo ardiente por preparar a un pueblo que esté en pie en el día de Dios, debemos esperar que la iglesia sea descuidada, indolente y amante de los placeres.

Entre los primeros en captar el espíritu de celo y seriedad de Nehemías estaban los sacerdotes de Israel. Desde la posición de influencia que ocupaban, estos hombres podían hacer mucho para obstaculizar o impulsar la obra. Su pronta cooperación desde el principio contribuyó no poco a su éxito. Así debe ser en toda empresa santa. Los que ocupan puestos de influencia y responsabilidad en la iglesia deben ser los primeros en la obra de Dios. Si se mueven de mala gana,

otros no se moverán en absoluto. Pero "su celo provocará a muchos". Cuando su luz arda brillantemente, mil antorchas se encenderán a la llama.

La mayoría de los nobles y gobernantes de Israel también cumplieron noblemente con su deber; pero hubo unos pocos, los nobles tekoítas, que "no pusieron su cuello a la obra de su Señor". Mientras que los constructores fieles tienen una mención honorable en el libro de Dios, la memoria de aquellos siervos perezosos está marcada con la vergüenza, y se transmite como una advertencia a todas las generaciones futuras. En cada movimiento religioso hay algunos que, aunque no pueden negar que es la obra de Dios, se mantendrán al margen, negándose a hacer cualquier esfuerzo para promoverlo. Pero en las empresas para promover sus intereses egoístas, estos hombres son a menudo los trabajadores más activos y enérgicos. Sería bueno recordar ese registro guardado en lo alto, el libro de Dios, en el que están escritos todos nuestros motivos y nuestras obras, ese libro en el que no hay omisiones, ni errores, y del que hemos de ser juzgados. Allí se informará fielmente de toda oportunidad descuidada de servir a Dios, y toda obra de fe y amor, por humilde que sea, se guardará en eterno recuerdo.

Frente a la influencia inspiradora de la presencia de Nehemías, el ejemplo de los nobles tekoítas tenía poco peso. El pueblo en general estaba animado con un solo corazón y una sola alma de patriotismo y alegre actividad. Hombres de capacidad e influencia organizaron a las diversas clases de ciudadanos en compañías, cada líder haciéndose responsable de la reacción de una cierta porción del muro. Era un espectáculo agradable a Dios y a los ángeles ver a las compañías ocupadas trabajando armoniosamente sobre los muros derruidos de Jerusalén, y era un sonido gozoso oír el ruido de los instrumentos de trabajo desde el amanecer más temprano "hasta que aparecieron las estrellas."

El celo y la energía de Nehemías no disminuyeron ahora que el trabajo había comenzado. No se cruzó de brazos, sintiendo que podía dejar caer la carga. Con incansable vigilancia supervisó constantemente la obra, dirigiendo a los obreros, tomando nota de cualquier obstáculo y previendo cualquier emergencia. Su influencia se hizo sentir constantemente a lo largo de aquellas tres millas de muro. Con palabras oportunas alentaba a los temerosos, aprobaba a los diligentes o despertaba a los rezagados. Y de nuevo observaba con ojo de águila los movimientos de sus enemigos, que a veces se reunían a cierta distancia y entablaban serias conversaciones como si estuvieran tramando alguna maldad, y luego, acercándose a los obreros, intentaban desviar su atención y obstaculizar el trabajo. Mientras los ojos de todos los obreros se

dirigían a menudo a Nehemías, listo para atender a la menor señal, sus ojos y su corazón se elevaban a Dios, el gran supervisor de toda la obra, el que puso en el corazón de su siervo el deseo de construir. Y a medida que la fe y el valor se fortalecen en su propio corazón, Nehemías exclama, y sus palabras, repetidas y repetidas, estremecen los corazones de los trabajadores a lo largo de toda la línea: "El Dios del Cielo, él nos prosperará."

13 de diciembre de 1883

Esfuerzos para obstaculizar la labor de Nehemías

EGW

Los que estaban restaurando las defensas de Jerusalén no avanzaron en su trabajo sin ser molestados. Satanás estaba ocupado en suscitar oposición y crear desaliento. Los principales agentes de este movimiento eran Sanbalat el horonita, Tobías el amonita y Gesem el árabe. Estos idólatras se habían regocijado en la condición débil e indefensa de los judíos, y se habían burlado de su religión y ridiculizado su ciudad devastada. Y cuando se iniciaron los trabajos de reconstrucción de la muralla, con celo envenenado se propusieron obstaculizar la empresa. Para lograrlo, trataron de causar división entre los obreros, sugiriendo dudas y despertando la incredulidad en cuanto a su éxito. También ridiculizaron los esfuerzos de los constructores, declararon que la empresa era imposible y predijeron un vergonzoso fracaso.

"¿Qué hacen estos débiles judíos?", exclamó burlescamente Sanbalat; "¿se fortificarán? ¿sacrificarán? ¿acabarán en un día? ¿revivirán las piedras de los montones de escombros quemados?". Tobías, esforzándose por ser aún más despectivo y sarcástico, añadió: "Incluso lo que ellos construyen, si sube una zorra, hasta derribará su muro de piedra."

Los constructores del muro pronto se vieron acosados por una oposición más activa. Se vieron obligados a protegerse continuamente contra las conspiraciones de sus insomnes adversarios. Los emisarios del enemigo se esforzaron por destruir su valor mediante la circulación de informes falsos; se formaron conspiraciones, con diversos pretextos, para atraer a Nehemías a sus problemas; y se encontraron judíos de falso corazón dispuestos a ayudar en la traicionera empresa. Además, se difundió el informe de que Nehemías estaba tramando una rebelión contra el monarca persa, con la intención de exaltarse a sí mismo como rey de Israel, y que todos los que le ayudaban eran traidores.

Emisarios del enemigo, profesando amistad, se mezclaron con los constructores, sugiriendo cambios en el plan, buscando de diversas maneras desviar la atención de los trabajadores, causar confusión y perplejidad, y despertar desconfianza y sospechas. Estos espías informaban al enemigo de los planes elaborados para el avance de la obra, lo que les permitía trabajar con mayor eficacia para frustrar los propósitos de los constructores.

Pero Nehemías siguió buscando la guía y el apoyo de Dios, y el trabajo siguió adelante hasta que se llenaron los huecos y se construyó todo el muro hasta la mitad de su altura prevista. Cuando los enemigos de Israel vieron que todos sus esfuerzos habían sido inútiles, se llenaron de ira. Hasta entonces no se habían atrevido a emplear medidas violentas, porque Nehemías y sus compañeros actuaban por encargo del rey, y cualquier oposición activa podría acarrear el disgusto del monarca. Pero ahora, en su ciega pasión, ellos mismos se hacían culpables del crimen de rebelión del que habían acusado con tanto entusiasmo a Nehemías. Habiéndose reunido para un consejo unido, "conspiraron todos juntos para venir y pelear contra Jerusalén".

La experiencia de Nehemías se repite en la historia del pueblo de Dios en este tiempo. Los que trabajan en la causa de la verdad encontrarán que no pueden hacerlo sin excitar la ira de sus enemigos. Aunque han sido llamados por Dios a la obra en que están empeñados, y su conducta es aprobada por él, no pueden escapar al reproche y a la burla. Serán denunciados como visionarios, poco fiables, intrigantes, hipócritas, en fin, cualquier cosa que convenga a los propósitos de sus enemigos. Las cosas más sagradas serán representadas bajo una luz ridícula para divertir a los impíos. Una cantidad muy pequeña de sarcasmo y bajo ingenio, unida a la envidia, los celos, la impiedad y el odio, es suficiente para excitar la alegría del burlón profano. Y estos presuntuosos bufones agudizan mutuamente su ingenio, y se envalentonan unos a otros en su obra blasfema. El desprecio y la burla son ciertamente dolorosos para la naturaleza humana; pero deben ser soportados por todos los que son fieles a Dios. La política de Satanás es desviar así a las almas de la obra que el Señor les ha encomendado.

Los escarnecedores orgullosos no son dignos de confianza; sin embargo, así como Satanás encontró en los atrios celestiales una compañía que simpatizaba con él, así éstos encuentran entre los profesos seguidores de Cristo a quienes pueden influenciar, que los creen honrados, que simpatizan con ellos, abogan en su favor y se impregnan de su espíritu. Los que están en desacuerdo en casi todo lo demás, se unirán para perseguir a los pocos que se atreven a seguir el

camino recto del deber. Y la misma enemistad que conduce al desprecio y a la burla, inspirará, en una oportunidad favorable, medidas más violentas y crueles, especialmente cuando los trabajadores por Dios son activos y exitosos.

Algunos de los principales hombres entre los judíos, desafectándose, trataron de desalentar a Nehemías exagerando las dificultades del trabajo, y representando al pueblo como ya agotado por su excesivo trabajo. Dijeron: "La fuerza de los portadores de cargas ha decaído, y hay mucha basura; de modo que no somos capaces de construir el muro".

Una vez más, intentaron intimidar al pueblo con el informe de que grandes ejércitos se preparaban para un ataque secreto contra la ciudad: "Y dijeron nuestros adversarios: No sabrán, ni verán, hasta que entremos en medio de ellos, y los matemos, y hagamos cesar la obra". Fue la ayuda y el aliento recibidos de los traidores en el campamento lo que envalentonó a los enemigos de Israel para hacer esas amenazas. Y los traidores informaron de las amenazas con el único propósito de aterrorizar y desanimar a los constructores del muro.

"Y aconteció que cuando vinieron los judíos que habitaban junto a ellos, nos dijeron diez veces: De todos los lugares de donde volviereis a nosotros, serán sobre vosotros". Estas alarmas fueron dadas por aquellos que no estaban tomando parte en la obra. Recogían las declaraciones y los informes de sus enemigos, y los hacían llegar a los obreros para debilitar el valor y crear desafección. Entonces, cada palabra de queja, desconfianza, sospecha o incredulidad dejada caer por los obreros, con todas las conjeturas y conclusiones adicionales de los portadores de noticias, se divulgaba ávidamente fuera de los muros, y circulaba entre los que despreciaban a los judíos y trataban de impedir su prosperidad.

Las mismas dificultades experimentan los que ahora tratan de reparar la brecha en la ley de Dios. Los siervos del Señor deben esperar toda clase de desalientos. Serán probados no sólo por la ira, el desprecio y la crueldad de los enemigos, sino también por la indolencia, la inconsecuencia, la tibieza y la traición de amigos y colaboradores. Cuando procuramos hacer progresar la causa de la verdad y preparar un pueblo que esté en pie en el día de Dios, nos apartamos directamente de las costumbres y prácticas del mundo. Pero hay entre nosotros buscadores de placer, que no se esfuerzan por cumplir la elevada norma de los requisitos divinos, que aman el espíritu y la influencia del mundo más de lo que aman la verdad o la prosperidad de la causa de Dios. Estos elementos no consagrados son usados por Satanás para cumplir sus propósitos. Aunque

todavía están relacionados con el pueblo de Dios, se unen a sus enemigos, y así la obra del Señor queda expuesta a los ataques de sus enemigos más acérrimos, y los argumentos suministrados por profesos amigos de la verdad se emplean para destruir la confianza, el valor y la fe de obreros que se desaniman con demasiada facilidad.

Aun algunos que parecen desear que la obra de Dios prospere, debilitarán las manos de sus siervos oyendo, informando y creyendo a medias las calumnias, jactancias y amenazas de sus adversarios. Los que parecen almas honradas son engañados a veces por la influencia de hombres ambiciosos y turbulentos. Satanás obra con maravilloso éxito por medio de sus agentes; y todos los que ceden a su influencia están sujetos a un poder hechicero que destruye la sabiduría de los sabios y el entendimiento de los prudentes. De ahí que se dejen prejuizar, extraviar y engañar. Por esta razón, muchos cuyas vidas son un reproche para la causa de la verdad, conseguirán despertar la desconfianza y la sospecha de aquellos por medio de los cuales Dios está obrando.

¡Cuán ocupado, en una crisis, está el espíritu rebelde, la lengua maligna! ¡Cuán ansiosamente recogerán rumores flotantes, y los enviarán a los más acérrimos enemigos de Dios, para ser sembrados al voleo, como semilla de cardo, para producir su cosecha de mal! Y cuando se ve el resultado, en desolación, recaída y apostasía, entonces los que han hecho la misma obra que Satanás los incitó a hacer, están listos para culpar del resultado a los obreros fieles a quienes han estorbado, agobiado y angustiado. Pero la obra de cada hombre está registrada en los libros del cielo, y ningún disfraz puede ocultar allí los motivos que impulsan a la acción. Los que obedecen a Dios serán honrados por él.

En medio de grandes desalientos, Nehemías hizo de Dios su confianza; y aquí está nuestra defensa. El recuerdo de lo que el Señor ha hecho por nosotros será un apoyo en todo peligro. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? Y "si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?". Por astutas que sean las maquinaciones de Satanás y de sus agentes, Dios puede descubrirlas y hacer fracasar todos sus designios.

La oposición más amarga, las amenazas más audaces del enemigo, sólo parecían inspirar a Nehemías una determinación más firme, y despertarlo a una mayor vigilancia. "No obstante", declara, "elevamos nuestra oración a nuestro Dios, y los vigilamos día y noche". "Por tanto, puesto yo en los lugares bajos, detrás del muro, y en los lugares altos, puse al pueblo tras sus familias con sus espadas,

sus lanzas y sus arcos. Y miré, y me levanté, y dije a los nobles, y a los príncipes, y al resto del pueblo: No temáis de ellos; acordaos de Jehová, que es grande y terrible, y pelead por vuestros hermanos, vuestros hijos, y vuestras hijas, vuestras mujeres, y vuestras casas. Y aconteció que cuando oyeron nuestros enemigos que nos era conocido, y que Dios había hecho fracasar su consejo, nos volvimos todos al muro, cada uno a su obra. Y aconteció desde entonces, que la mitad de mis siervos trabajaba en la obra, y la otra mitad tenía las lanzas, los escudos, los arcos y los sargentos." "Los que edificaban en el muro, y los que llevaban cargas, con los que cargaban, cada uno con una de sus manos trabajaba en la obra, y con la otra tenía un arma. Porque los albañiles, cada uno tenía su espada ceñida al costado, y así edificaban."

Junto a Nehemías había un trompetista, y en diferentes partes del muro estaban apostados sacerdotes que llevaban las trompetas sagradas. El pueblo estaba disperso en sus trabajos; pero al acercarse el peligro a cualquier punto, se daba una señal para que se dirigieran allí sin demora. Entonces los sacerdotes tocaban la alarma con las trompetas en señal de que Dios lucharía por ellos. "Así trabajábamos en la obra", dice Nehemías, "y la mitad de ellos sostenía las lanzas desde el amanecer hasta que aparecían las estrellas". A los que vivían en ciudades y aldeas fuera de Jerusalén se les exigía que se alojaran dentro de las murallas, tanto para vigilar la obra como para que estuvieran listos para el servicio por la mañana. De este modo se evitarían retrasos innecesarios y, además, los enemigos no tendrían la oportunidad de atacar a los obreros cuando iban y venían de sus casas, o de amargarlos con prejuicios o desalentarlos con amenazas.

Nehemías y sus compañeros no se arredraron ante las dificultades, ni se excusaron de probar el servicio. Ni de noche ni de día, ni siquiera durante el breve tiempo dedicado al sueño, se despojaron de sus ropas, ni siquiera dejaron a un lado sus armaduras. "Ni yo, ni mis hermanos, ni mis siervos, ni los hombres de la guardia que me seguían, ninguno de nosotros se quitó la ropa, salvo que cada uno se la quitó para lavarse".

Nehemías estaba comprometido en una obra importante, una que concernía a la prosperidad de la causa de Dios: Todos los esfuerzos realizados anteriormente para llevar a cabo esa obra habían fracasado debido a la falta de verdadera fe y unión de esfuerzos entre los judíos. Los samaritanos, disfrazando su enemistad y encubriendo sus calumnias bajo la pretensión de fidelidad al rey de Persia, habían logrado que se interrumpiera la obra. Los judíos celosos y sinceros de corazón se habían visto una y otra vez defraudados en sus propósitos. Pero en

la fuerza de Dios, Nehemías determina que los adversarios no volverán a obstaculizar la obra. Los despreciadores del Dios del Cielo serán decepcionados. Su política satánica no puede tener éxito si el pueblo de Dios cierra las puertas al enemigo y trabaja armoniosamente para cumplir la voluntad divina. El enemigo no puede entrar a menos que los traidores abran de par en par las puertas. Si somos leales y fieles, cada ataque del enemigo nos conducirá a una confianza más firme en Dios y a un esfuerzo más decidido para llevar adelante su obra, contra todas las influencias contrarias.

20 de diciembre de 1883

Nehemías reprende la extorsión

EGW

La muralla de Jerusalén no había sido terminada cuando Nehemías llamó la atención sobre la lamentable situación de las clases más pobres del pueblo. En el estado inestable del país, la labranza había sido, en cierta medida, descuidada. Además, debido a su separación de Dios, su bendición no había caído sobre sus tierras. El resultado fue la escasez de grano. Para alimentar a sus familias, los pobres se veían obligados a comprar a crédito y a precios exorbitantes. También se vieron obligados a reunir dinero mediante préstamos con intereses, para pagar el tributo al rey de Persia. El pueblo de Israel no gozaba ahora de prosperidad como cuando el Señor lo bendijo por su obediencia. A causa de sus pecados se les había quitado la defensa, y el Señor había permitido que otras naciones los vencieran. Bajo el gobierno de reyes idólatras, se les imponían pesados impuestos; la propiedad, la libertad y la vida parecían estar a merced de estos poderes impíos.

Aunque no pensaban rebelarse contra el rey de Persia, esperaban, mediante el arrepentimiento y la reforma, recuperar el favor de Dios y ser restaurados en su antigua libertad. Sin embargo, sus esperanzas no se hicieron realidad. El dinero del tributo para el rey debía llegar a su debido tiempo. Para aumentar la angustia de los pobres, los más ricos se aprovecharon de su necesidad, obteniendo hipotecas de sus tierras y añadiéndolas a sus grandes posesiones. También exigieron usura por todo el dinero prestado. Este proceder pronto redujo a los desafortunados deudores a la más profunda pobreza, y muchos se vieron obligados a vender a sus hijos e hijas a la servidumbre. No parecía haber ninguna esperanza de mejorar su condición, ninguna manera de recuperar sus tierras o a sus hijos, ninguna perspectiva ante ellos excepto la de la esclavitud

perpetua. Y, sin embargo, eran de la misma nación, hijos de la alianza al igual que sus hermanos más favorecidos. Sentían por sus hijos el mismo afecto que los demás. Su angustia no había sido causada por la indolencia o la prodigalidad. Se habían visto obligados a contraer deudas a causa de las malas cosechas y a pagar pesados impuestos.

Como último recurso, presentaron su caso ante Nehemías. El alma de este hombre de Dios se llenó de indignación al enterarse de la cruel opresión que existía entre su propio pueblo. Decidió hacer justicia, pero no se precipitó. Sentía que Dios había puesto sobre él graves responsabilidades, y debía ser fiel a su confianza. "Me enojé mucho", dice, "cuando oí su clamor y estas palabras. Entonces lo consulté conmigo mismo". Se tomó su tiempo para sopesar todo el asunto y elaborar sus planes. Luego, con la energía y determinación que lo caracterizaban, ejerció su influencia y autoridad para aliviar a sus hermanos oprimidos.

El hecho de que los opresores fueran hombres ricos, cuyo apoyo era muy necesario en la obra de restaurar la ciudad y sus defensas, no le desvió ni por un momento de su propósito. Después de haber reprendido duramente a los nobles y gobernantes, presentó el asunto en una asamblea del pueblo, mostrando claramente cuáles eran las exigencias de Dios en relación con el caso, e instándolas a la atención de sus oyentes.

Citó al pueblo los acontecimientos ocurridos en el reinado del apóstata Acáz, y el mensaje que Dios envió entonces a Israel reprendiendo su crueldad y opresión. Los hijos de Judá, a causa de su idolatría, habían sido entregados en manos de sus hermanos más idólatras, el pueblo de Israel. Estos últimos habían dado rienda suelta a su cruel enemistad matando en batalla a muchos miles de hombres de Judá y apresando a todas las mujeres y niños, con la intención de mantenerlos como esclavos o venderlos como esclavos a los paganos. A causa de los pecados de Judá, el Señor no se había interpuesto para impedir la batalla; pero por boca del profeta Oded reprendió el cruel designio del ejército victorioso: "Vosotros queréis tener a los hijos de Judá y de Jerusalén por siervos y siervas vuestros; pero ¿no hay entre vosotros, incluso entre vosotros, pecados contra el Señor, vuestro Dios?". Y el profeta les aseguró que la furiosa ira del Señor estaba sobre ellos, y que su conducta de injusticia y opresión haría caer sus juicios. Al oír estas palabras, los hombres armados abandonaron a los cautivos y el botín ante los príncipes y toda la congregación. Entonces algunos hombres principales de la tribu de Efraín "tomaron a los cautivos, y con el botín vistieron a todos los que estaban desnudos entre ellos, y los vistieron, y los

calzaron, y les dieron de comer y de beber, y los ungió, y cargaron sobre asnos a todos los débiles de ellos, y los llevaron a Jericó, la ciudad de las palmeras, a sus hermanos."

Después de relatar estos hechos de la historia, Nehemías procedió al caso que nos ocupa. Deseaba hacer ver a los infractores el verdadero carácter de su obra opresiva, y que se avergonzaran de ella. Dijo: "Nosotros, según nuestra capacidad, hemos redimido a nuestros hermanos los judíos, que fueron vendidos a las naciones; ¿y vosotros venderéis aún a vuestros hermanos? o ¿serán vendidos a nosotros?". Nehemías y otros habían rescatado a algunos de los judíos que habían sido vendidos a los paganos, y ahora ponía este proceder en contraste con la conducta de aquellos que por ganancias mundanas esclavizaban a sus hermanos. El temor de Dios debía refrenarlos de tal injusticia. Nehemías declaró a los gobernantes judíos -algunos de los cuales habían sido culpables de estas prácticas- que en vez de juzgar y castigar a otros criminales, debían investigar su propia obra, y cesar de inmediato su inicua extorsión, no fuera que se convirtieran en un oprobio, incluso entre los paganos.

Les demostró que él mismo, investido con la autoridad del rey persa, podría haber exigido grandes contribuciones para su beneficio personal. En lugar de eso, no había tomado lo que justamente le pertenecía, sino que había contribuido generosamente a aliviar al pueblo en su gran necesidad. Aquellos extorsionadores no tenían más razón que él para seguir su camino. Les instó a cesar de inmediato en su opresión, a restituir las tierras de los pobres, así como el aumento de dinero y provisiones que les habían exigido, y a prestarles sin garantía ni usura.

"Entonces dijeron: Los restituiremos, y nada les exigiremos; así haremos como tú dices". "Entonces", dice Nehemías, "llamé a los sacerdotes y les tomé juramento de que harían conforme a esta promesa".

Estas porciones de la historia sagrada enseñan una lección importante. Los que profesan amar y temer a Dios deben abrigar simpatía y amor unos por otros, y deben velar por los intereses de los demás como por los suyos propios. Los cristianos no deben regular su conducta según las normas del mundo. En todas las épocas el pueblo de Dios es tan distinto de los mundanos como su profesión es más elevada que la de los impíos. Desde el principio hasta el fin de los tiempos, el pueblo de Dios es un solo cuerpo.

El amor al dinero es la raíz de todos los males. En esta generación, el afán de lucro es la pasión absorbente. Si la riqueza no puede ser asegurada por la

industria honesta, los hombres tratan de obtenerla mediante el fraude. A las viudas y a los huérfanos se les roba su escasa miseria, y a los pobres se les hace sufrir por las necesidades de la vida. Y todo esto para que los ricos puedan mantener su extravagancia o satisfacer su deseo de acaparar. El terrible registro de los crímenes que se cometen a diario en aras de la ganancia, es suficiente para helar la sangre y llenar el alma de horror. El hecho de que incluso entre los que profesan la piedad existan los mismos pecados en mayor o menor grado, exige una profunda humillación del alma y una acción seria por parte de los seguidores de Cristo. El amor a la ostentación y el amor al dinero han hecho de este mundo una cueva de ladrones y salteadores. Pero los cristianos profesan no ser moradores de la tierra; están en un país extraño, deteniéndose, por así decirlo, sólo por una noche. No deben estar movidos por los mismos motivos y deseos que los que tienen aquí su hogar y su tesoro. Dios ha querido que nuestras vidas representen la vida de nuestro gran Patrón; que, como Jesús, vivamos para hacer el bien a los demás.

Las costumbres del mundo no son criterio para el cristiano. No debe imitar sus prácticas bruscas, sus extralimitaciones y sus extorsiones, ni siquiera en los asuntos pequeños. Todo acto injusto hacia un semejante, aunque sea el más pecador, es una violación de la regla de oro. Todo mal hecho a los hijos de Dios, es hecho a Cristo mismo en la persona de sus santos. Todo intento de aprovecharse uno mismo de la ignorancia, debilidad o desgracia de otro, se registra como fraude en el Libro Mayor del Cielo.

El que verdaderamente teme a Dios, prefiere trabajar día y noche, y comer el pan de la pobreza, que entregarse a una pasión por la ganancia que oprimiría a la viuda y al huérfano, o desviaría al extranjero de su derecho. Nuestro Salvador trató de inculcar a sus oyentes que un hombre que se atreviera a defraudar a su prójimo en lo más pequeño, se excedería, si la oportunidad fuera favorable, en asuntos mayores. La menor desviación de la rectitud rompe las barreras y prepara el corazón para cometer mayores injusticias. Por precepto y ejemplo, Cristo enseñó que la más estricta integridad debe regir nuestra conducta hacia nuestros semejantes. Dijo el divino Maestro: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos".

Sólo en la medida en que el hombre se beneficie a sí mismo en perjuicio de otro, su alma se volverá insensible a la influencia del Espíritu de Dios. La ganancia obtenida a tal precio, es una pérdida temible. Más vale carecer que mentir; más vale pasar hambre que defraudar; más vale morir que pecar. La extravagancia, la extralimitación, la extorsión, consentidas por quienes profesan la piedad,

están corrompiendo su fe y destruyendo su espiritualidad. La Iglesia es en gran parte responsable de los pecados de sus miembros. Si no levanta su voz contra el mal, lo consiente. La influencia que más debe temer no es la de los opositores abiertos, los infieles y los blasfemos, sino la de los profesantes inconsecuentes de Cristo. Estos son los que retienen la bendición del Dios de Israel.

Todos los que quieran formar caracteres para el Cielo deben ser cristianos bíblicos. Deben ser diligentes en el estudio de la Carta de la vida, y deben examinar cuidadosamente y en oración los motivos que los impulsan a la acción. El mundo de los negocios no está fuera de los límites del gobierno de Dios. La verdadera religión no debe exhibirse solamente el sábado y en el santuario; es para todos los días y para todos los lugares. Sus exigencias deben ser reconocidas y obedecidas en cada acto de la vida. Los hombres que poseen el artículo genuino mostrarán en todos sus negocios una percepción tan clara del derecho como cuando ofrecen sus súplicas en el trono de la gracia.

Dios no puede ser excluido de ninguna transacción en la que estén en juego los derechos de sus hijos. Sobre todo aquel que le sirve con sinceridad, su mano está extendida como un broquel. Nadie puede herir al más humilde discípulo de Jesús sin herir esa mano que sostiene la espada de la justicia.

El apóstol Santiago, mirando hacia los últimos días, dirige una solemne y temible advertencia a los que han amontonado riquezas mediante el fraude y la opresión: "Ahora, ricos, llorad y aullad por las miserias que os sobrevendrán. Vuestras riquezas están corrompidas y vuestros vestidos apolillados. Vuestro oro y vuestra plata están podridos; y la herrumbre de ellos será testigo contra vosotros, y comerá vuestra carne como si fuera fuego. Habéis amontonado tesoros para los últimos días. He aquí que grita el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, el cual es de vosotros retenido por fraude; y los gritos de los que han segado han entrado en los oídos del Señor de Sabbaot."

3 de enero de 1884

Complots paganos contra Nehemías

EGW

Sanbalat, Tobías y sus confederados no se atrevían a hacer abiertamente la guerra a los judíos; pero con creciente malicia continuaban sus esfuerzos secretos para confundirlos, herirlos y desalentarlos. El muro alrededor de Jerusalén se acercaba rápidamente a su terminación. Cuando estuviese

terminada y sus puertas levantadas, estos enemigos de Israel no podrían esperar forzar la entrada en la ciudad. Por lo tanto, estaban más ansiosos y decididos en sus esfuerzos por detener la obra sin demora. Al fin idearon un plan para sacar a Nehemías de su puesto, y matarlo o encarcelarlo mientras lo tuvieran en su poder.

Fingiendo desear un compromiso de las partes enfrentadas, propusieron una conferencia con Nehemías, y le invitaron a reunirse con ellos en una aldea de la llanura de Ono. Pero el Espíritu de Dios, iluminando la mente de su siervo, le permitió discernir su verdadero propósito. Dice Nehemías: "Les envié mensajeros, diciendo: Estoy haciendo una gran obra, de modo que no puedo bajar; ¿por qué ha de cesar la obra, si yo la dejo y bajo a vosotros?". Pero estos emisarios de Satanás fueron persistentes. Cuatro veces enviaron mensajes de igual importancia, pero recibieron la misma respuesta.

Al no tener éxito este plan, tuvieron que recurrir a una estratagema más peligrosa. Sanbalat envió a Nehemías un mensajero portador de una carta abierta en la que estaba escrito: "Se cuenta entre los paganos, y lo dice Gasmú, que tú y los judíos pensáis rebelaros; por lo cual construyes el muro, para que seas su rey, según estas palabras. Y también has puesto profetas que prediquen de ti en Jerusalén, diciendo: Hay un rey en Judá; y ahora se informará al rey conforme a estas palabras. Ven, pues, ahora, y consultemos juntos". Si los informes mencionados hubieran circulado realmente, habría habido motivo de aprensión, pues pronto habrían llegado a oídos del rey, a quien una leve sospecha podría provocar las medidas más severas. Pero Nehemías estaba convencido de que la carta era totalmente falsa, escrita para despertar sus temores y hacerle caer en alguna trampa preparada por sus enemigos. Esta conclusión fue reforzada por el hecho de que la carta fue enviada abierta, evidentemente para que el contenido pudiera ser leído por el pueblo, y así intimidarlo también.

Por lo tanto, le respondió prontamente: "No se hacen tales cosas como tú dices, sino que las finges de tu propio corazón". No ignora las artimañas de Satanás, y se siente seguro de que todos estos intentos se hacen con el propósito de debilitar las manos de los constructores, para que su obra no se lleve a cabo. Se dirige a la Fuente de la fuerza, con la oración: "Ahora pues, oh Dios, fortalece mis manos".

Satanás había sido derrotado una y otra vez; y ahora, con malicia más profunda y mayor astucia, procedió a urdir una trampa aún más sutil y peligrosa para el

siervo de Dios. Sanbalat y sus compañeros fueron movidos a contratar hombres, que profesaban ser amigos de Nehemías, para que le dieran malos consejos como palabra del Señor. La principal persona comprometida en este nefasto trabajo era un tal Semaías, a quien Nehemías había tenido anteriormente en buena estima. Este hombre se encerró en una cámara cerca del santuario, como si temiera que su vida estuviera en peligro, y allí fue Nehemías a consultarlo como alguien que era especialmente favorecido por Dios. En aquel tiempo el templo estaba protegido por murallas y puertas, mientras que las puertas de la ciudad aún no se habían levantado. Por lo tanto, este engañador profesó gran preocupación por la seguridad de Nehemías, y le aconsejó que buscara refugio en el templo: "Reunámonos en la casa de Dios, dentro del templo, y cerremos las puertas del templo, porque vendrán a matarte; sí, de noche vendrán a matarte". La intrépida respuesta del héroe fue: "¿Acaso ha de huir un hombre como yo? ¿Y quién hay que, siendo como soy, entre en el templo para salvar su vida? Yo no entraré".

Si Nehemías hubiera seguido ese consejo traicionero, habría sacrificado su reputación de valiente y su fe en Dios, y habría parecido cobarde y despreciable. La alarma se habría extendido entre el pueblo, cada uno habría buscado su propia seguridad, y la ciudad habría quedado desprotegida, para caer presa de sus enemigos. Ese movimiento imprudente habría sido una rendición virtual de todo lo que se había ganado.

Nehemías no tardó en penetrar el verdadero carácter y objeto de su consejero: "Y he aquí, comprendí que Dios no lo había enviado, sino que él pronunció esta profecía contra mí; porque Tobías y Sanbalat lo habían contratado. Por eso lo contrataron, para que yo temiera, y lo hiciera, y pecara, y para que ellos tuvieran motivo de maledicencia, a fin de vituperarme."

En vista del importante trabajo que Nehemías había emprendido, junto con la integridad de su carácter y la confianza en Dios que profesaba sentir, sería muy incoherente que se escondiera como si tuviera miedo. La preservación de la vida misma no sería excusa suficiente para semejante proceder. El infame consejo que se le dio fue secundado por más de un hombre de alta reputación, quien, mientras profesaba ser su amigo, estaba secretamente aliado con sus enemigos. Las mujeres también, mientras pretendían haber recibido gran luz de Dios, se vendieron vilmente para servir a la causa de los paganos. Nehemías ruega a Dios que descubra sus malos designios y los recompense según sus obras.

A pesar de todas las conspiraciones de los enemigos, abiertas y secretas, el trabajo de construcción avanzó con firmeza, la muralla se elevó a la altura adecuada, y en unos dos meses después de la llegada de Nehemías a Jerusalén, la ciudad santa estaba ceñida con sus defensas, y los constructores podían caminar sobre sus muros, y mirar hacia adelante a sus asombrados adversarios. Dice Nehemías: "Cuando lo oyeron todos nuestros enemigos, y vieron estas cosas todas las gentes que estaban en derredor nuestro, se abatieron en gran manera a sus propios ojos, porque entendieron que esta obra era hecha por nuestro Dios".

Sin embargo, la sorprendente evidencia de que la mano del Señor estaba con Nehemías no fue suficiente para refrenar el descontento, la rebelión y la traición. "En aquellos días los nobles de Judá enviaron muchas cartas a Tobías. Porque había muchos en Judá que le habían jurado por ser yerno de Secanías". Aquí se ven los malos resultados del matrimonio mixto con idólatras. En esta unión, Satanás había obtenido la victoria. Una familia de Judá se había unido con los enemigos de Dios, y la relación había resultado ser una trampa para el pueblo. Muchos otros también se unieron en matrimonio con paganos. Éstos, como la multitud mixta que subió con Israel de Egipto, eran una fuente constante de problemas. No servían a Dios de todo corazón. Cuando su obra exigía un sacrificio, estaban dispuestos a violar sus propios juramentos solemnes de cooperación y apoyo. Todo esto había tendido a debilitar y desalentar a los que procuraban edificar la causa de Dios.

Algunos de los que habían sido los principales conspiradores contra los judíos, y se habían esforzado por todos los medios posibles para causar su ruina, profesaban ahora un gran deseo de mantener relaciones amistosas con ellos. Algunos de los nobles de Judá que se habían enredado en matrimonios idólatras, habían mantenido correspondencia traidora con Tobías, y habían jurado servirle. Ahora se atrevían a presentar a este agente de Satanás como un hombre hábil, sabio y previsor, e insistieron en que una alianza con él sería muy ventajosa para los judíos. Al mismo tiempo, le revelaron los planes y movimientos de Nehemías. De este modo, la obra de Dios quedó expuesta a sus enemigos, y se les dio la oportunidad no sólo de tergiversar las palabras y los actos de Nehemías, y de hacer circular falsos informes acerca de él, sino también de trazar planes para contrarrestar sus esfuerzos y obstaculizar su obra. Sin embargo, este hombre, que con tanta valentía había defendido a los oprimidos, no ejerció la autoridad de que estaba investido y castigó a los traidores del campamento. Con calma y desinteresadamente siguió adelante en

el servicio de su pueblo, sin soñar nunca en cejar en sus esfuerzos aunque éstos sólo fueran recompensados con ingratitud y traición.

Todo el poder y la política de Satanás han estado siempre dirigidos contra los que procuran celosamente hacer progresar la causa y la obra de Dios. Aunque a menudo es frustrado, con la misma frecuencia renueva sus ataques. Pero cuando obra en secreto es cuando más hay que temerle. Los defensores de la verdad impopular deben esperar la oposición de sus enemigos abiertos; ésta es a menudo feroz y cruel, pero es mucho menos peligrosa que la enemistad secreta de los que profesan servir a Dios cuando en el fondo son siervos de Satanás. Mientras aparentemente se unen en la obra de Dios, muchos están conectados con su enemigo; y si de alguna manera se les cruza en sus planes, o se les reprende por sus pecados, cortejan el favor de los enemigos de la verdad, y les abren todos los planes de los siervos de Dios y los trabajos de esta causa. Así ponen toda ventaja en manos de los que usan todo su conocimiento para obstaculizar la obra de Dios y perjudicar a su pueblo. Así, estos hombres de dos mentes y dos propósitos pretenden servir a Dios, y luego se pasan al enemigo y le sirven, como mejor conviene a su inclinación.

Todo artificio que pueda sugerir el príncipe de las tinieblas será empleado para inducir a los siervos de Dios a transigir con los agentes de Satanás. Repetidas veces se nos pedirá que abandonemos nuestro deber; pero, como Nehemías, debemos responder con firmeza: "Estoy haciendo una gran obra, de modo que no puedo bajar". No tenemos tiempo para buscar el favor del mundo, ni siquiera para defendernos de sus tergiversaciones y calumnias. No tenemos tiempo que perder en auto-reivindicarnos. Debemos mantenernos firmes en nuestro trabajo, y dejar que eso refute las falsedades que la malicia pueda acuñar en nuestro perjuicio. Las calumnias se multiplicarán si nos detenemos a responderlas. Si permitimos que nuestros enemigos se ganen nuestra amistad y simpatía, y con ello nos aparten de nuestro deber; si por cualquier acto imprudente exponemos la causa de Dios al reproche, debilitando así las manos de los obreros, traeremos sobre nuestros caracteres una mancha difícil de quitar, y pondremos un serio obstáculo en el camino de nuestra propia utilidad futura.

Las tentaciones más peligrosas provienen de los que profesan ser siervos de Dios y de nuestros amigos. Cuando personas que se están uniendo al mundo, pero que afirman tener gran piedad y amor, aconsejan a los fieles obreros de Dios que sean menos celosos y más conservadores, nuestra respuesta debe ser una apelación a la palabra de Dios. Cuando abogan por la unión con aquellos que han sido nuestros decididos opositores, debemos temerlos y rechazarlos tan

decididamente como lo hizo Nehemías. Aquellos que se apartan de los antiguos puntos de referencia para formar una conexión con los impíos, no pueden ser enviados del Cielo. Cualquiera que haya sido su posición anterior, su curso actual tiende a perturbar la fe del pueblo de Dios.

Tales consejeros son incitados por Satanás. Son servidores del tiempo. Los testimonios, las reprensiones y las advertencias de los siervos de Dios les resultan desagradables, pues son una reprensión a sus propensiones mundanas y amantes del placer. Debemos rehuir a esta clase tan resueltamente como lo hizo Nehemías.

Al ser acosados con los argumentos y sugerencias de tales consejeros, sería bueno que cada uno de nosotros se preguntara: "Yo, que soy un cristiano, un hijo de Dios; uno llamado a ser la luz del mundo, un predicador de la justicia; que he expresado tan a menudo mi confianza en la verdad y en el camino por el que el Señor nos ha guiado, ¿debería unir mi influencia a la de aquellos que se oponen amargamente a la obra de Dios? ¿Debo, como administrador de los misterios de Dios, abrir a sus peores enemigos los consejos de su pueblo? ¿No envalentonaría tal proceder a los impíos en su oposición a la verdad de Dios y a su pueblo guardador del pacto? ¿No me impediría tal concesión abrir mis labios en exhortación, advertencia o súplica, en mi propia familia o en la iglesia de Dios? Si Pablo o Pedro se encontraran en circunstancias similares, ¿traicionarían así una confianza sagrada? ¿No me despreciarían incluso los hombres del mundo? ¿No despreciarían ser desviados del trabajo de su vida por dificultades o peligros?".

Satanás obrará por todos los medios que pueda emplear para desanimar a los siervos activos de Dios. Si el pastor puede ser desviado de su deber, entonces el camino está libre para que los lobos dispersen y devoren a las ovejas.

Todo éxito de la verdad desanima a los enemigos de Dios; y a veces se ven obligados a reconocer que es obra suya, mientras que por eso mismo la odian más. Los falsos hermanos seguirán aumentando. Aquellos a quienes Dios ha enviado advertencias y reprensiones, pero que, rechazando el mensaje enviado por el Cielo, prestan atención al consejo de sus enemigos, son la prueba más severa para sus siervos fieles. "Los que abandonan la ley, alaban a los impíos".

10 de enero de 1884

Nehemías hace que el pueblo se instruya en la Ley de Dios

EGW

Mientras Nehemías trabajaba diligentemente para restaurar las defensas materiales de Jerusalén, no olvidaba que el Dios de Israel era su única defensa segura, y que sólo en la obediencia a sus mandamientos estarían seguros. Por lo tanto, prestó diligente atención a la instrucción del pueblo en la ley de Dios.

En el tiempo de la fiesta de las trompetas, cuando muchos estaban reunidos en la santa ciudad, el pueblo se congregó en la plaza que estaba delante de la puerta de las Aguas; "y dijeron a Esdras el escriba que trajese el libro de la ley de Moisés, que Jehová había mandado a Israel. Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres, y de todos los que podían oír con entendimiento, el primer día del mes séptimo. Y leyó en ella delante de la plaza que estaba delante de la puerta de las Aguas, desde la mañana hasta el mediodía." "Y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley." "Y Esdras bendijo al Señor, el gran Dios. Y todo el pueblo respondió: Amén, Amén, alzando las manos; e inclinando la cabeza, adoraron al Señor con el rostro en tierra." Algunos de los sacerdotes y levitas se unieron a Esdras para explicar al pueblo los principios de la ley divina. "Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y daban el sentido, y hacían entender la lectura".

La escena era de lúgubre interés. La muralla de Jerusalén había sido reconstruida, y las puertas levantadas; hasta aquí se había logrado una gran victoria; pero una gran parte de la ciudad estaba todavía en ruinas. En un púlpito de madera, erigido en una de las calles más anchas, y rodeado por todas partes de tristes recuerdos de la gloria desaparecida de Judá, estaba Esdras, ya anciano. A su derecha y a su izquierda estaban reunidos sus hermanos levitas, consagrados al servicio de Dios, cuya presencia daba dignidad y solemnidad a la ocasión. Con el corazón apesadumbrado pensaban en los días de sus padres, cuando el salmista real había cantado: "Caminad alrededor de Sión, y rodeadla; contad sus torres. Mirad bien sus baluartes, considerad sus palacios". "Hermoso para la situación, la alegría de toda la tierra, es el monte Sión, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey".

Mirando hacia abajo desde la plataforma elevada, el ojo recorrió un mar de cabezas. De todo el país circundante se habían reunido los hijos de la alianza; y como un solo hombre escuchaban, atentos y reverentes, para oír una vez más

las palabras del Altísimo. Pero incluso aquí la evidencia de su pecado era evidente. Al mezclarse con otras naciones, la lengua hebrea se había corrompido, y por lo tanto era necesario un gran cuidado por parte de los oradores para explicar la ley en la lengua del pueblo, y presentarla de manera que pudiera ser entendida por todos.

Mientras se leía y explicaba la ley de Dios, el pueblo se convencía de su culpa y peligro, y con tierna conciencia y lágrimas penitentes se lamentaban por sus transgresiones. Pero como ese día era una fiesta, un día de santa convocación, un día que el Señor había ordenado que se celebrara con alegría y regocijo, sus maestros les pidieron que contuvieran su dolor y se regocijaron en vista de la gran misericordia de Dios hacia ellos. "Porque", dijo Nehemías, "este día es santo para nuestro Señor; no os entristezcáis, porque la alegría del Señor es vuestra fortaleza".

Por consiguiente, después de haber dedicado la primera parte del día a los ejercicios religiosos, el pueblo dedicó el resto a contar con gratitud las bendiciones de Dios y a disfrutar de las bondades que les había concedido, acordándose también de enviar porciones a los pobres que no tenían nada que preparar. Y hubo gran regocijo, porque comprendieron las palabras de la ley que les había sido declarada.

El trabajo de leer y explicar la ley al pueblo continuaba al día siguiente. Los servicios solemnes del día de la expiación se celebraban a la hora señalada, el décimo día del séptimo mes, de acuerdo con el mandato de Dios. Y del quince al veintidós del mismo mes, el pueblo y sus gobernantes celebraron una vez más la fiesta de los tabernáculos.

Se publicó "en todas sus ciudades y en Jerusalén, diciendo: Salid al monte, y traed ramas de olivo, de pino, de mirto, de palmera y ramas de árboles frondosos, para hacer cabañas, como está escrito. Y salió el pueblo, y trajéronlas, y se hicieron cabañas, cada uno sobre el terrado de su casa, y en sus atrios, y en los atrios de la casa de Dios." "Y toda la congregación de los que habían vuelto de la cautividad hicieron cabañas, y se sentaron debajo de las cabañas; porque desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo muy grande alegría. Y cada día, desde el primero hasta el último, leía [Esdras] en el libro de la ley de Dios."

Pasada esta fiesta, y habiendo transcurrido sólo un día, los hijos de Israel guardaron un solemne ayuno. Este ayuno se celebraba no sólo por orden de los gobernantes, sino por deseo del pueblo. Al escuchar día tras día las palabras de

la ley, se habían convencido profundamente de sus propias transgresiones y también de los pecados de su nación en las generaciones pasadas. Vieron que, debido a su alejamiento de Dios, se les había retirado su protección y habían sido dispersados por tierras extranjeras. Y ahora decidieron buscar la misericordia de Dios, y comprometerse a caminar en adelante en sus mandamientos.

Antes de comenzar los servicios del día, se separaban cuidadosamente de los paganos que estaban mezclados con ellos. Hecho esto, "se levantaban en su lugar, y leían en el libro de la ley de Jehová su Dios la cuarta parte del día; y la otra cuarta parte confesaban y adoraban a Jehová su Dios".

El pueblo se postró ante el Señor, confesando humildemente sus pecados e implorando misericordia y perdón, cada uno por su cuenta y para toda la congregación. Entonces sus líderes les animaron a creer que Dios, según su promesa, había escuchado sus oraciones. Les mostraron que no sólo debían lamentarse y llorar y arrepentirse de sus transgresiones, sino confiar en que Dios los había perdonado, y manifestar su fe relatando sus misericordias y alabándolo por su bondad. Dijeron estos maestros: "Levántate y bendice al Señor, tu Dios, por los siglos de los siglos".

Entonces, de la multitud reunida, de pie con las manos extendidas hacia el cielo, surgió el cántico de alabanza y adoración: "Bendito sea tu glorioso nombre, que es excelso sobre toda bendición y alabanza. Tú, tú, eres el único Señor; tú hiciste el cielo, el cielo de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que hay en ella, los mares y todo lo que hay en ellos, y tú los conservas a todos, y el ejército del cielo te adora".

En esta porción de la historia sagrada hay una preciosa lección de fe para todos los que están convictos de pecado y agobiados por el sentimiento de su indignidad. Cuando comparan su carácter con la gran norma de Dios, se ven condenados como transgresores. No hay poder en la ley para librarlos de su culpa. Pero al confesar sus pecados, pueden encontrar perdón por medio de Cristo. De Él fluye la corriente purificadora que puede lavar las manchas del pecado. Cuando el pecador ha venido a Cristo con contrición de alma, confesando sus transgresiones, es entonces su deber apropiarse de la promesa de perdón del Salvador al arrepentido y creyente. El que busca en sí mismo la bondad y el motivo de regocijo, siempre estará desesperado; pero el que mira a Jesús, el autor y consumidor de su fe, puede decir con confianza: "Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí."

Tras el canto de alabanza, los jefes de la congregación presentaron la historia de Israel, mostrando los grandes beneficios de Dios y su ingratitud. Trazando el registro desde los días de Abraham, llamaron la atención sobre el designio de Dios de preservar su nombre sobre la tierra conservando para sí un pueblo puro en medio de la corrupción general; relataron las poderosas manifestaciones de su poder en su liberación de la esclavitud en Egipto, y mostraron también cómo la rebelión y la apostasía habían hecho que la bendición del Señor se retirara de Israel.

Entonces toda la congregación hizo un pacto de guardar todos los mandamientos de Dios; y para que la transacción fuese lo más eficaz posible, se escribió este pacto, y los que estaban completamente decididos a la obra de la reforma, pusieron sus nombres y sellos. Deseaban conservar para referencia futura un memorial de la obligación que acababan de contraer, como recordatorio del deber y como barrera contra la tentación. Así fue como el pueblo hizo el solemne juramento de "andar en la ley de Dios, la cual fue dada por Moisés siervo de Dios, y de guardar y poner por obra todos los mandamientos de Jehová nuestro Señor, sus decretos y sus estatutos". El juramento prestado también incluía la promesa de no casarse con "los pueblos de la tierra". Esto había sido hecho a menudo por el pueblo; y a veces los gobernantes, como Salomón y Acab, habían formado tales uniones; y estos matrimonios, al introducir la idolatría, habían resultado en la ruina de miles de personas.

El Señor había prohibido estrictamente el matrimonio de su pueblo con otras naciones. Esto evitaría que los hebreos se casaran con idólatras, formando así conexiones con familias paganas. La razón que Dios dio para prohibir esos matrimonios fue: "Harán que tu hijo deje de seguirme". Pero los paganos eran menos culpables que los impenitentes de esta época, quienes, teniendo la luz del Evangelio, se niegan persistentemente a aceptarla. Aquellos del antiguo Israel que se aventuraron a hacer caso omiso de la prohibición divina, lo hicieron sacrificando sus principios religiosos. Cuando los que ahora profesan ser el pueblo de Dios se unen en matrimonio con los impíos, forman un lazo que los une al mundo, y probablemente pronto serán uno con ellos, a pesar de su profesión actual.

Antes de que terminara el día de ayuno, el pueblo manifestó aún más su determinación de volver al Señor. De común acuerdo, todos se comprometieron a dejar de profanar el sábado. Nehemías no ejerció en ese momento, como en fecha posterior, su autoridad para impedir que los mercaderes paganos entraran

en Jerusalén en sábado, para la venta de provisiones y otros artículos; pero para evitar que el pueblo cediera a la tentación, los comprometió, mediante un pacto solemne, a no transgredir la ley del sábado comprando a esos vendedores, con la esperanza de que esto los desalentaría y pondría fin a su tráfico.

También se tomaron medidas para sostener el culto público a Dios. La congregación se comprometía a contribuir anualmente con una suma determinada para el servicio del santuario, así como a traer los diezmos y las "primicias de nuestra tierra, y las primicias de todos los frutos de todos los árboles, año tras año, a la casa del Señor, también los primogénitos de nuestros hijos y de nuestros ganados, como está escrito en la ley, y los primogénitos de nuestras vacas y de nuestros rebaños, para traerlos a la casa de nuestro Dios".

La liberalidad de los judíos en sus ofrendas para fines religiosos bien podría ser imitada por los cristianos. Si hace miles de años se exigían diezmos y ofrendas, ahora son mucho más esenciales. Las labores de los siervos de Dios estaban entonces confinadas casi totalmente a la tierra de Palestina; pero los apóstoles y sus sucesores fueron comisionados para predicar el evangelio por todo el mundo. El pueblo de esta dispensación ha sido favorecido con mayor luz y bendición que los judíos; por lo tanto, tiene una obligación aún mayor de honrar a Dios y promover su causa.

Los esfuerzos de Nehemías por restaurar el culto del Dios verdadero se habían visto coronados por el éxito. Si Israel era fiel al juramento que había hecho, tenía ante sí un futuro brillante; porque el Señor siempre ha magnificado su ley ante su pueblo, derramando sobre él ricas bendiciones mientras ha sido obediente. La historia del antiguo pueblo de Dios está llena de enseñanzas para la Iglesia de hoy. Mientras la Biblia presenta fielmente el resultado de su apostasía como una advertencia para todas las generaciones futuras, describe, como un digno ejemplo, la profunda humillación y arrepentimiento, la ferviente devoción y el generoso sacrificio, que marcaron sus épocas de retorno al Señor. También hay aliento en el registro de la voluntad de Dios de recibir a su pueblo rebelde pero arrepentido. Sería una escena agradable a Dios y a los ángeles, si sus profesos seguidores de esta generación se unieran, como lo hizo el Israel de antaño, en un pacto solemne de "guardar y poner por obra todos los mandamientos de Jehová nuestro Señor, sus decretos y sus estatutos".

17 de enero de 1884

La reforma del sábado bajo Nehemías

EGW

Bajo los trabajos de Esdras y Nehemías, el pueblo de Judá se había comprometido de la manera más solemne y pública a obedecer la ley de Dios. Pero cuando la influencia de estos maestros se retiró por un tiempo, hubo muchos que se apartaron del Señor. Durante la ausencia de Nehemías de Jerusalén, los idólatras no sólo se afianzaron en la ciudad, sino que contaminaron con su presencia los mismos recintos del templo. Ciertas familias de Israel, habiéndose casado con la familia de Tobías el amonita, habían trabado amistad entre este hombre, uno de los más acérrimos y decididos enemigos de Judá, y Eliasib el sumo sacerdote. Como resultado de esta alianza profana, a Tobías se le había permitido ocupar un cómodo departamento conectado con el templo, que había sido dedicado al almacenamiento de varias ofrendas traídas para el servicio de Dios.

Así, no sólo se profanaba el templo del Señor, sino que su pueblo estaba constantemente expuesto a la influencia corruptora de este agente de Satanás. A causa de su crueldad y traición hacia Israel, los amonitas y moabitas habían sido excluidos para siempre de la congregación por palabra del Señor. Y sin embargo, desafiando este solemne interdicto, el sumo sacerdote mismo arroja las oblações consagradas de la cámara de la casa de Dios, para hacer lugar a los más violentos y traicioneros de un pueblo proscrito. No podría haberse manifestado mayor desprecio por Dios que el expresado en este favor conferido a este enemigo de Dios y de su verdad.

Cuando Nehemías se enteró de esta atrevida profanación, ejerció prontamente su autoridad para expulsar al intruso. "Me dolió mucho, y eché de la cámara todos los enseres domésticos de Tobías. Entonces ordené que limpiaran las cámaras, y volví a llevar allí los utensilios de la casa de Dios, con la ofrenda y el incienso."

No sólo se había profanado el templo, sino que las ofrendas se habían aplicado mal. Esto tendió a desalentar la liberalidad del pueblo. Perdieron su celo y fervor en la causa de Dios, y se mostraron renuentes a pagar sus diezmos. Los tesoros de la casa del Señor estaban escasamente abastecidos; y los cantores y otros empleados en el servicio del templo, al no recibir un apoyo suficiente, muchos abandonaban la obra de Dios para trabajar en otra parte en el mantenimiento de

sus familias. Nehemías corrigió prontamente estos abusos. Reunió a los que habían abandonado el servicio de la casa de Dios, e hizo que se restablecieran los diezmos y las ofrendas. Se nombraron hombres fieles para hacerse cargo de los medios recaudados, se restableció la confianza, y todo Judá aportó sus diezmos a las arcas del Señor.

Otro resultado de las relaciones con los idólatras fue el desprecio del sábado. Los mercaderes y comerciantes paganos de los alrededores habían tratado de inducir a los hijos de Israel a traficar en sábado. Aunque había algunos que no se dejaban inducir a sacrificar sus principios y a transgredir el mandamiento de Dios, otros eran más fácilmente influenciados y se unían a los paganos en su esfuerzo por vencer los escrúpulos de sus compatriotas más conscientes; y los idólatras se jactaban del éxito que habían tenido sus esfuerzos. Muchos se atrevían abiertamente a violar el sábado. Mientras unos traficaban con los paganos, otros pisaban lagares y otros traían gavillas en sábado.

Si los gobernantes hubieran ejercido su influencia y ejercido su autoridad, este estado de cosas podría haberse evitado; pero su deseo de promover su propio interés secular los llevó a favorecer a los impíos. Es mezclar nuestro interés con el interés de los incrédulos lo que conduce a la apostasía y a la ruina del alma.

Nehemías los reprendió por su vergonzoso descuido del deber, que era en gran parte responsable de la apostasía que se extendía rápidamente. "¿Qué maldad es ésta que hacéis, profanando el día de reposo?", les preguntó severamente. "¿No hicieron así vuestros padres, y no trajo nuestro Dios todo este mal sobre nosotros y sobre esta ciudad? sin embargo, vosotros traéis más ira sobre Israel profanando el sábado". Ordenó que "cuando oscureciera antes del sábado", se cerraran las puertas de la ciudad, y que no se abrieran hasta que pasara el sábado; y, teniendo más confianza en sus propios siervos que en los que pudieran designar los magistrados de Jerusalén, los apostó a la puerta para que velaran por el cumplimiento de sus órdenes.

Los mercaderes no estaban dispuestos a abandonar su propósito; y varias veces se alojaron fuera de las puertas de la ciudad, esperando encontrar la oportunidad de traficar, ya fuera con ciudadanos o con gente del campo. Al ser informado de esto, Nehemías les advirtió que serían castigados si continuaban con esta práctica. También ordenó a los levitas que custodiasen las puertas, sabiendo que, por su posición más elevada, infundirían más respeto que el pueblo llano; además, por su estrecha relación con el servicio de Dios, era razonable esperar que fuesen más celosos a la hora de imponer la obediencia a su ley.

Por la observancia del sábado los israelitas debían distinguirse de todas las demás naciones como adoradores del Dios verdadero, el Creador de los cielos y de la tierra. El sábado era el memorial divinamente designado de la obra creadora, y el día en que debía celebrarse no era indefinido. No era cualquier día que los hombres pudieran elegir ni ningún día en particular, sino el mismo día en que el Creador descansaba, que era santificado y santificado. En este día Dios se acercaría mucho a su pueblo obediente y amante de los mandamientos.

Dios tiene en muy alta estima su ley. Moisés y Josué ordenaron que se leyera públicamente en períodos determinados, para que todo el pueblo se familiarizara con sus preceptos y los pusiera en práctica. Si hacían esto, tenían el exaltado privilegio de ser contados como hijos e hijas del Altísimo, y podían confiar en él como hijos queridos. En los días de Nehemías, el adversario de las almas, obrando por medio de los hijos de la desobediencia, y aprovechándose de la infidelidad de los hombres que desempeñaban cargos sagrados, estaba adormeciendo rápidamente a la nación para que olvidara la ley de Dios, el mismo pecado que había provocado su ira contra sus padres; y por un tiempo pareció que todo el cuidado, el trabajo y los gastos que implicaba la reconstrucción de las defensas de Jerusalén se perderían.

David oró: "Es tiempo de que tú, Señor, trabajes; porque han invalidado tu ley". Esta oración no es menos pertinente en el tiempo presente. El mundo se ha extraviado de Dios, y su estado sin ley debe infundir terror en el corazón, y llevar a todos los que son leales al gran Rey a trabajar por una reforma. El poder papal ha pensado cambiar la ley de Dios sustituyendo el sábado de Jehová por un sábado espurio; y en todo el mundo religioso se venera el falso sábado, mientras que el verdadero es pisoteado bajo pies impíos. Pero, ¿degradará el Señor su ley para satisfacer la norma del hombre finito? ¿Aceptará un día que no posee ninguna santidad, en lugar de su propio sábado, que él ha santificado y bendecido? No; es sobre la ley de Dios que vendrá la última gran lucha de la controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles, y será decisiva para todo el mundo. Esta es la hora de la tentación para el pueblo de Dios; pero Daniel los vio librados de ella, a todos aquellos cuyo nombre está escrito en el libro de la vida del Cordero.

Los hombres en puestos de responsabilidad no sólo ignorarán y despreciarán el sábado ellos mismos, sino que desde el escritorio sagrado instarán al pueblo a la observancia del primer día de la semana, alegando tradición y costumbre en favor de esta institución hecha por el hombre. Señalarán calamidades en tierra y mar -las tormentas de viento, las inundaciones, los terremotos, la destrucción

por el fuego- como juicios que indican el desagrado de Dios porque no se observa sagradamente el domingo. Estas calamidades aumentarán más y más, un desastre seguirá de cerca a otro; y los que anulan la ley de Dios señalarán a los pocos que guardan el sábado del cuarto mandamiento como los que están trayendo ira sobre el mundo. Esta falsedad es un ardid de Satanás para atrapar a los incautos.

Necesitamos Nehemías en 1884, que despierten al pueblo para que vea lo lejos que está de Dios a causa de la transgresión de su ley. Nehemías fue un reformador, un gran hombre levantado para un tiempo importante. Al entrar en contacto con el mal y con todo tipo de oposición, se despertó en él un nuevo valor y celo. Su energía y determinación inspiraron al pueblo de Jerusalén, y la fuerza y el valor sustituyeron a la debilidad y el desaliento. Su santo propósito, su elevada esperanza, su alegre consagración a la obra, eran contagiosos. El pueblo se contagió del entusiasmo de su líder, y en su esfera cada hombre se convirtió en Nehemías, y ayudó a fortalecer la mano y el corazón de su vecino. He aquí una lección para los ministros de hoy. Si son apáticos, inactivos, desprovistos de celo piadoso, ¿qué se puede esperar de las personas a quienes ministran?

La responsabilidad personal del hombre ante Dios debe ser objeto de especial atención. La ley nunca puede perdonar. Su competencia no es salvar al transgresor, sino condenarlo. Es de largo alcance, y todo lo que hacemos lleva el sello de su aprobación o condenación. Los hombres que profesan piedad a menudo consideran muy a la ligera los pecados secretos del alma; pero son los motivos secretos del corazón los que determinan el verdadero carácter, y Dios los someterá a juicio. Los peligros que resultan de desobedecer a Dios y buscar la amistad del mundo no han disminuido con el transcurso del tiempo. Hay un trabajo serio que hacer; y el atalaya fiel, que está animado por el amor a Dios y el deseo de salvar a los pecadores, cosechará la recompensa de sus labores; pero el atalaya infiel, cuya influencia tiende a la unión con el mundo, causará la ruina de muchas almas.

24 de enero de 1884

Nehemías separa a Israel de los idólatras

EGW

Resultados de casarse con impíos

Otro tema sobre el cual se llamó la atención de Nehemías a su regreso a Jerusalén, fue el peligro que amenazaba a Israel por los matrimonios mixtos y la asociación con idólatras. "En aquellos días", dice Nehemías, "vi a judíos que se habían casado con mujeres de Asdod, de Amón y de Moab; y sus hijos hablaban la mitad en el lenguaje de Asdod, y no podían hablar en la lengua de los judíos, sino según la lengua de cada pueblo." Esta asimilación a la lengua de los paganos era un indicio de las incursiones realizadas por el paganismo. En muchas familias, los niños, educados por madres paganas, parlotearon a su alrededor en la lengua de las diversas naciones idólatras con las que los israelitas se habían casado. Estos niños, al crecer en los hábitos y costumbres del paganismo, se convirtieron en idólatras de la clase más peligrosa, porque estaban relacionados con el pueblo de Dios.

Estas alianzas ilícitas causaban gran confusión, pues algunos de los que las concertaban eran personas de alta posición, gobernantes del pueblo y hombres relacionados con el servicio de Dios, a quienes, en ausencia de Nehemías, el pueblo tenía derecho a pedir consejo y ejemplo correcto. Dios había excluido cuidadosamente a los paganos de unirse con sus fieles adoradores; pero las barreras divinamente erigidas habían sido derribadas, y como consecuencia de mezclarse y casarse con otras naciones, el Israel de Dios estaba perdiendo rápidamente su carácter peculiar y santo. Nehemías sabía que la nación estaba condenada a la ruina si no se erradicaba este mal, y razonó con estos hombres sobre el tema. Declaró con firmeza y sin temor: "No daréis vuestras hijas a sus hijos, ni tomaréis sus hijas para vuestros hijos, ni para vosotros". Presentó el caso de Salomón, y les recordó que entre muchas naciones no había surgido un rey como este hombre, a quien Dios había favorecido, y a quien había dado gran sabiduría. Pero las mujeres idólatras que unió a su casa por matrimonio, desviaron su corazón de Dios, y su ejemplo ejerció una influencia corruptora sobre todo Israel. Los mandamientos y las amenazas del Señor, y los terribles juicios infligidos a Israel en las generaciones pasadas, despertaron las conciencias del pueblo. Se rompieron los lazos más fuertes y entrañables que

los unían a los idólatras. No sólo se prohibieron los matrimonios futuros con los paganos, sino que se disolvieron los matrimonios ya formados.

Algunos hombres con cargos sagrados abogaron por sus esposas paganas, declarando que no podían separarse de ellas. Nehemías replicó, con solemne severidad: "¿Os escucharemos, pues, para hacer todo este gran mal de transgredir contra nuestro Dios casándonos con mujeres extranjeras?"

Un nieto del sumo sacerdote, habiéndose casado con una hija del tristemente célebre Sanballat, no sólo fue destituido de su cargo, sino desterrado inmediatamente de Israel. "Acuérdate de ellos, oh Dios mío", exclamó Nehemías, "porque han profanado el sacerdocio y el pacto del sacerdocio y de los levitas". Y añade: "Así los limpié de todos los extraños, y puse a los guardas de los sacerdotes y de los levitas, cada uno en su oficio". No se mostraba ningún respeto por el rango o la posición. No se hacía distinción alguna. Quienquiera entre los sacerdotes y gobernantes que se negara a romper su conexión con los idólatras, era inmediatamente separado del servicio del Señor.

Cuánta angustia de alma costó esta necesaria severidad a los fieles trabajadores de Dios, sólo el Juicio lo revelará. Cada paso adelante sólo se conseguía mediante el ayuno, la humillación y la oración. Hubo una lucha constante con elementos opuestos.

Muchas que se habían casado con idólatras optaron por ir con ellos al exilio; y, con los que habían sido expulsados de la congregación, se unieron a los samaritanos, un pueblo pagano que había combinado con su culto idólatra muchas de las costumbres de los judíos. Algunos que habían ocupado altos cargos en la obra de Dios encontraron ahora su camino, y después de un tiempo se unieron plenamente a ellos. Deseosos de fortalecer esta alianza, los samaritanos prometieron adoptar más plenamente la fe y las costumbres judías; y los apóstatas, decididos a superar a sus antiguos hermanos, erigieron un templo en el monte Gerizim, en oposición a la casa de Dios en Jerusalén. Esta religión espuria continuó siendo una mezcla de judaísmo y paganismo; y sus pretensiones de ser el pueblo de Dios fueron fuente de cisma, emulación y enemistad entre las dos naciones de generación en generación.

Los siervos de Dios se enfrentan hoy a dificultades muy similares a aquellas contra las que luchó Nehemías. La naturaleza humana sigue siendo la misma. Y Satanás es tan activo, ferviente y perseverante ahora como en cualquier período del pasado. Más aún, la palabra de Dios declara que su poder y enemistad aumentan a medida que nos acercamos al fin de los tiempos. El

mayor peligro del antiguo pueblo de Dios provenía de su inclinación a desatender sus exigencias directas y a seguir, en cambio, sus propios deseos. Tal es el pecado y el peligro de su pueblo en la actualidad. La indolencia, la recaída y la degeneración de nuestras iglesias pueden atribuirse, en gran parte, a los sentimientos laxos que han ido surgiendo como resultado de la conformidad con el mundo. El sábado no se considera tan sagrado como debiera. Los matrimonios impropios, con su serie de males, han arrastrado a algunos de los hombres más útiles a la apostasía y la ruina.

Antes de contraer matrimonio, toda persona sabia considerará el asunto en todos sus aspectos: "¿La relación que estoy a punto de formar me llevará al cielo o a la perdición? ¿Aportará influencias sagradas y devocionales, o la influencia corruptora del mundo?".

En el estado actual de decadencia religiosa, hay una necesidad imperiosa de Nehemías y Esdras sinceros y fieles, hombres que no se abstengan de llamar al pecado por su nombre correcto, y que no rehúyan vindicar el honor de Dios. Aquellos sobre quienes Dios ha puesto la carga de su obra no deben callar y cubrir los males prevalecientes con un manto de falsa caridad. Se necesitan hombres de valor y energía para exponer los pecados de moda. No se debe paliar ni excusar la iniquidad. Los que llevan a la Iglesia de Dios a seguir las costumbres y prácticas del mundo, no deben ser alabados ni exaltados. Ninguna consideración por la familia o la posición impedirá que los siervos fieles de Cristo protejan los intereses de su pueblo. Dios no hace acepción de personas. La gran luz y los privilegios especiales traen consigo una mayor responsabilidad. Cuando los que han sido favorecidos u honrados por Dios cometen pecado, su influencia llega muy lejos para alentar a otros en la transgresión. Y si, por su ejemplo, se debilita la fe de otro, y se quebrantan los principios morales y religiosos, la ira de Dios vendrá ciertamente sobre esos traidores de su sagrada confianza.

La severidad con unos pocos será a menudo misericordia para muchos. Sin embargo, debemos tener cuidado de manifestar el espíritu de Cristo, y no nuestra propia disposición precipitada e impetuosa. Debemos reprender el pecado, porque amamos a Dios y amamos a las almas por las que Cristo murió.

Esdras y Nehemías se humillaron repetidamente ante Dios, confesando los pecados de su pueblo y pidiendo perdón como si ellos mismos fueran los ofensores. Pacientemente trabajaron, oraron y sufrieron, a causa del desafecto de aquellos que deberían haberse unido a ellos, pero cuyas simpatías estaban

más frecuentemente con sus adversarios. Lo que hizo su trabajo más difícil y duro no fue la hostilidad abierta de los paganos de afuera, sino la oposición secreta de los traidores en el campamento, e incluso entre los sacerdotes y gobernantes. Al prestar sus talentos e influencias al servicio de los malhechores, estos hombres de corazones divididos multiplicaron por diez la carga de los siervos fieles de Dios. Proporcionaron a los enemigos del Señor material para usar en su guerra contra su pueblo. Las pasiones malignas y las voluntades rebeldes estaban siempre en guerra con los requerimientos claros y directos de Dios.

El espíritu de la verdadera reforma se encontrará en nuestros días como en los tiempos antiguos. Aquellos que son celosos por el honor de Dios, y que no tolerarán el pecado ni en los ministros ni en el pueblo, no necesitan esperar descanso ni placer en esta vida. La vigilancia incansable debe ser la consigna de todos los que protegen los intereses de la iglesia de Cristo. Durante la ausencia de Nehemías de Jerusalén, se introdujeron males que amenazaron pervertir la nación. Los mismos peligros existen en nuestro tiempo. Si los que tienen la supervisión de la iglesia dejan su cargo, los no consagrados, que dicen creer en la verdad, pero que no tienen conexión con Dios, aprovecharán su ausencia para hacer mucho daño. Al ser quitada la restricción de estos espíritus egoístas y turbulentos, sus rasgos peculiares de carácter se hacen prominentes, y por sus insinuaciones, insinuaciones y acusaciones engañosas, crean duda, incredulidad y disensión entre el pueblo del Señor. Los tales olvidan que las cosas espirituales se discernen espiritualmente. Juzgan el carácter y los motivos de los siervos de Dios según su propia ignorancia de la verdad y de los caminos de la justicia. Su ejemplo, sus palabras y su influencia debilitan la fuerza de los requerimientos de Dios, y dividen y dispersan la iglesia de Cristo.

La palabra de Dios abunda en contrastes agudos y sorprendentes. El pecado y la santidad se colocan uno al lado del otro, para que, al contemplar, podamos odiar y evitar el uno, y amar y abrazar el otro. Las páginas que describen el odio, la falsedad y la traición de Sanbalat o Tobías, describen también la nobleza, la devoción y la abnegación de Nehemías o Esdras. Se nos deja la libertad de copiar a cualquiera de ellos, segúnelijamos. Los temibles resultados de transgredir los mandamientos de Dios se contraponen a las bendiciones que resultan de la obediencia a los mismos. Nosotros mismos debemos decidir si vamos a sufrir lo uno o disfrutar de lo otro. La ley de Dios no cambia. Como Él mismo, es pura, perfecta y eterna. No basta con profesar ser guardianes de esa ley. La pregunta es: ¿Estamos llevando a cabo sus principios en nuestra vida diaria? "La justicia enaltece a una nación; pero el pecado es un oprobio para

cualquier pueblo". Dice la voz de la Sabiduría: "Recibid mi instrucción, y no plata; y ciencia más que oro escogido. Porque la sabiduría es mejor que los rubíes; y todas las cosas que se pueden desear no se le pueden comparar."

31 de enero de 1884

Responsabilidad parental

EGW

Los padres son en gran medida responsables del molde dado al carácter de sus hijos. Deben buscar la simetría y la proporción. Hay pocas mentes bien equilibradas, porque los padres son perversamente negligentes de su deber de estimular los rasgos débiles y reprimir los fuertes. No recuerdan que están bajo la obligación más solemne de vigilar las tendencias de cada niño; que es su deber formar a sus hijos en hábitos correctos y formas correctas de pensar.

A veces los padres esperan a que el Señor haga precisamente el trabajo que les ha encomendado. En vez de refrenar y controlar a sus hijos como debieran, los acarician y consienten, y gratifican sus caprichos y deseos. Cuando estos niños salen de sus primeros hogares, es con caracteres deformados por el egoísmo, con apetitos ingobernables, con una fuerte voluntad propia; están desprovistos de cortesía o respeto por sus padres, y no aman la verdad religiosa ni el culto a Dios. Han crecido con rasgos que son una maldición de por vida para ellos mismos, y son susceptibles de reproducirse en otros. El hogar es cualquier cosa menos feliz, si las malas hierbas de la disensión, el egoísmo, la envidia, la pasión y la hosca obstinación se dejan florecer en el descuidado jardín del alma.

Los hijos imitan a sus padres, por lo que hay que procurar darles modelos correctos. Los padres no deben mostrar ninguna parcialidad, sino que deben tratar a todos sus hijos con ternura, recordando que son la compra de la sangre de Cristo. Los padres que son amables y corteses en casa, al mismo tiempo que firmes y decididos, verán manifestarse los mismos rasgos en sus hijos. Si son rectos, honrados y honorables, es muy probable que sus hijos se asemejen a ellos en estos aspectos. Si reverencian y adoran a Dios, sus hijos, educados de la misma manera, no olvidarán servirle también.

A menudo sucede que los padres no tienen cuidado de rodear a sus hijos de influencias correctas. Al escoger un hogar, piensan más en sus intereses mundanos que en la atmósfera moral y social; y los hijos forman asociaciones desfavorables para el desarrollo de la piedad y la formación de un carácter recto.

Entonces los padres permiten que el mundo absorba su tiempo, su fuerza y su pensamiento; y cuando llega el sábado, los encuentra tan completamente agotados que no tienen nada que rendir a Dios en su día santo, ninguna dulce piedad que adorne el hogar y haga del sábado un deleite para sus hijos. Rara vez reciben la visita de un ministro, porque se han colocado fuera del alcance de los privilegios religiosos. Una apatía se apodera del alma. Los niños son contaminados por comunicaciones malignas, y la ternura de alma que una vez sintieron muere y es olvidada.

Padres que denunciáis a los cananeos por ofrecer sus hijos a Moloc, ¿qué estáis haciendo? Estáis haciendo una ofrenda muy costosa a vuestro dios Mammón; y luego, cuando vuestros hijos crecen sin amor y sin carácter, cuando muestran una decidida impiedad y tendencia a la infidelidad, culpáis a la fe que profesáis porque fue incapaz de salvarlos. Estáis cosechando lo que sembrasteis, el resultado de vuestro amor egoísta por el mundo y la negligencia de los medios de gracia. Llevasteis a vuestras familias a lugares de tentación, y el arca de Dios, vuestra gloria y defensa, no la considerasteis esencial; y el Señor no ha obrado un milagro para librar a vuestros hijos de la tentación.

Vosotros que profesáis amar a Dios, llevad a Jesús con vosotros dondequiera que vayáis; y, como los patriarcas de antaño, erigid un altar al Señor dondequiera que levantéis vuestra tienda. Se necesita una reforma a este respecto, una reforma que sea profunda y amplia. Los padres necesitan reformarse; los ministros necesitan reformarse. Necesitan a Dios en sus hogares. Necesitan edificar los baldíos de Sión; levantar sus puertas, y hacer fuertes sus muros para defensa del pueblo.

Hay un trabajo serio que hacer en esta época, y los padres deben educar a sus hijos para que participen en él. Las palabras de Mardoqueo a Ester pueden aplicarse a los hombres y jóvenes de hoy: "¿Quién sabe si has venido al reino para un tiempo como éste?". Los jóvenes deben adquirir solidez de carácter, para que puedan ser útiles. Daniel y José eran jóvenes de principios firmes, a quienes Dios podía usar para llevar a cabo sus propósitos. Recorred su historia y ved cómo obró Dios en favor de ellos. José pasó por diversas experiencias que pusieron a prueba al máximo su valor y rectitud. Después de ser vendido a Egipto, al principio fue favorecido y se le confiaron grandes responsabilidades; pero de repente, sin ninguna culpa de su parte, fue acusado injustamente y echado en la cárcel. Pero no se desanima. Confía en Dios, y el propósito de su corazón, la pureza de sus motivos, se ponen de manifiesto. El ojo de Dios está

sobre él, una mano divina lo guía, y pronto lo vemos salir de la prisión para compartir el trono de Egipto.

La accidentada vida de José no es un accidente; está ordenada por la Providencia. Pero, ¿cómo se le capacitó para dejar constancia de tal firmeza de carácter, rectitud y sabiduría? Fue el resultado de una cuidadosa formación en sus primeros años. Había consultado el deber antes que la inclinación; y la pureza y la sencilla confianza del niño dieron fruto en los hechos del hombre. Los talentos más brillantes carecen de valor a menos que se mejoren; los hábitos laboriosos y la fuerza de carácter deben adquirirse mediante el cultivo. Un alto tono de carácter moral y finas cualidades mentales no son el resultado de un accidente. Dios da oportunidades; el éxito depende del uso que se haga de ellas. Las aperturas de la Providencia deben discernirse rápidamente y aprovecharse con entusiasmo.

Jóvenes, si queréis ser fuertes, si queréis tener la integridad y la sabiduría de un José o un Daniel, estudiad las Escrituras. Padres, si quieren educar a sus hijos para que sirvan a Dios y hagan el bien en el mundo, hagan de la Biblia su libro de texto. Expone las artimañas de Satanás. Es el gran elevador de la raza, el reprobador y corrector de los males morales, el detector que nos permite distinguir entre lo verdadero y lo falso. Independientemente de lo demás que se enseñe en el hogar o en la escuela, la Biblia, como la gran educadora, debe ocupar el primer lugar. Si se le da este lugar, se honra a Dios, y él obrará por ustedes en la conversión de sus hijos. Hay una rica mina de verdad y belleza en este libro sagrado, y los padres tienen la culpa si no lo hacen intensamente interesante para sus hijos.

Para muchos, educación significa conocimiento de libros; pero "el temor del Señor es el principio de la sabiduría". El verdadero objeto de la educación es restaurar la imagen de Dios en el alma. El primer y más precioso conocimiento es el conocimiento de Cristo; y los padres sabios mantendrán este hecho siempre ante la mente de sus hijos. Si un miembro se rompe o se fractura, los padres intentarán todos los medios que el amor o la sabiduría puedan sugerir para restaurar el miembro afectado a su belleza y salud. Esto es correcto, es su deber; pero el Señor requiere que se emplee aún más tacto, paciencia y esfuerzo perseverante para remediar las imperfecciones del alma. Es indigno de ese nombre el padre que no es para sus hijos un maestro cristiano, un gobernante y un amigo, uniéndolos a su corazón por los fuertes lazos del amor santificado, un amor que tiene su fundamento en el deber fielmente cumplido.

Los padres tienen una gran y responsable labor que hacer, y bien pueden preguntarse: "¿Quién basta para esto?". Pero Dios ha prometido dar sabiduría a los que piden con fe, y hará tal como dijo que haría. Se complace en la fe que le toma la palabra. La madre de Agustín rezaba por la conversión de su hijo. No veía indicios de que el Espíritu de Dios impresionara su corazón, pero no se desanimó. Puso su dedo sobre los textos, presentando ante Dios sus propias palabras, y suplicó como sólo una madre puede hacerlo. Su profunda humillación, sus fervientes importunidades, su fe inquebrantable, prevalecieron, y el Señor le concedió el deseo de su corazón. Hoy está igualmente dispuesto a escuchar las súplicas de su pueblo. "No se ha acortado su mano para salvar, ni se ha agravado su oído para oír"; y si los padres cristianos le buscan con fervor, llenará sus bocas de argumentos y, por amor de su nombre, obrará poderosamente en su favor para la conversión de sus hijos.

7 de febrero de 1884

La regla cristiana en el trato

EGW

"Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿quién morará en tu santo monte? El que camina rectamente, y obra con rectitud, y dice la verdad en su corazón.... El que no pone su dinero a usura, ni toma recompensa contra el inocente. El que hace estas cosas nunca será conmovido".

El salmista describe aquí algunas de las características de aquellos a quienes Dios acepta, y a quienes se permitirá unirse a su culto en los atrios celestiales.

El primero es: "El que camina en integridad y obra justicia". El primer paso en el camino de la vida es mantener la mente fija en Dios, tener su temor continuamente ante los ojos. Una sola desviación de la integridad moral embota la conciencia y abre la puerta a la siguiente tentación. "El que camina rectamente anda seguro; pero el que pervierte su camino será conocido". Se nos ordena amar a Dios en grado sumo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; pero la experiencia diaria de la vida demuestra que esta ley es desatendida. La rectitud en el trato y la integridad moral asegurarán el favor de Dios, y harán de un hombre una bendición para sí mismo y para la sociedad; pero en medio de las variadas tentaciones que asaltan a uno cualquiera que sea el camino que tome, es imposible mantener una conciencia limpia y la aprobación del Cielo sin la ayuda divina y un principio de amar la honestidad por el bien del derecho.

Un carácter aprobado por Dios y por los hombres debe preferirse a la riqueza. Los cimientos deben ser anchos y profundos, descansando sobre la roca de Cristo Jesús. Hay demasiados que profesan trabajar desde el verdadero cimiento, cuyo trato suelto muestra que están construyendo sobre arena resbaladiza; pero la gran tempestad barrerá sus cimientos, y no tendrán refugio.

Muchos alegan que, a menos que sean perspicaces y procuren beneficiarse, sufrirán pérdidas. Sus vecinos sin escrúpulos, que toman ventajas egoístas, son prosperados; mientras que ellos, aunque tratan de actuar estrictamente de acuerdo con los principios bíblicos, no son tan favorecidos. ¿Ven estas personas el futuro? ¿O son sus ojos demasiado oscuros para ver, a través de las nieblas cargadas de miasma de la mundanalidad, que el honor y la integridad no se recompensan con la moneda de este mundo? ¿Recompensará Dios la virtud con el mero éxito mundano? Él tiene sus nombres grabados en las palmas de sus manos, como herederos de honores perdurables, de riquezas que son imperecederas. ¿Qué ganó aquel hombre deshonesto con su política mundana? ¿Qué alto precio pagó por su éxito? Ha sacrificado su noble hombría y ha emprendido el camino que conduce a la perdición. Puede que se convierta; puede que vea la maldad de su injusticia hacia sus semejantes, y, en la medida de lo posible, haga restitución; pero las cicatrices de una conciencia herida permanecerán siempre.

¡Qué lección tenemos en el curso seguido por Abraham! Llega la noticia de que Lot y su familia están prisioneros. El afecto de Abrahán por su sobrino se despierta y decide rescatarlo. Reúne apresuradamente un ejército y pronto alcanza al enemigo. El Señor le ayuda y obtiene la victoria. La escena enciende las peores pasiones del corazón. El campo está sembrado de cadáveres, y los gemidos de los moribundos se mezclan con la voz del triunfo. Los ricos despojos del enemigo yacen esparcidos en profusión y, de acuerdo con los usos de la guerra, una gran parte corresponde a Abraham. El rey de Sodoma ruega por sus súbditos, pero cede libremente los bienes. ¡Cuántos habrían aprovechado esta oportunidad para asegurarse un rico botín, sin tener en cuenta las exigencias de la justicia o los derechos de los demás! Pero ¡qué noble y desinteresada disposición manifiesta Abraham en esta ocasión! Su ejemplo es un reproche para los espíritus mercenarios.

Abraham considera las exigencias de la justicia y la humanidad. Obedece la regla: "Como queráis que os hagan los demás, así haced vosotros con ellos". Dice al rey de Sodoma: "He levantado mi mano al Señor, Dios altísimo, poseedor del cielo y de la tierra, que no tomaré desde un hilo hasta una correa

de zapato, y que no tomaré nada que sea tuyo, para que no digas: Yo he enriquecido a Abram." Este es un ejemplo digno de imitación; ilustra la máxima cristiana: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

El que "dice la verdad en su corazón". Algunos, cuando sus pies se desvían una vez del camino recto, siguen y siguen en la degradación moral. El hecho puede ocultarse a todos los demás, pero el hombre mismo sabe que ya no camina rectamente. Sus anuncios son engañosos; es exigente en el trato con sus obreros. Se aferra a su moneda con avaricia, pues ¿no ha sacrificado para obtenerla todo aquello por lo que valía la pena vivir? Otros, en su ansia de ganancia, practican el fraude secreto, actúan la mentira; y no ven que su proceder es pecaminoso si no son detectados. Pero Dios lee los corazones de los hombres como un libro abierto, y el registro de sus actos se hará manifiesto ante todos los hombres. "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Puede parecer que esta política deshonesta tendrá algún éxito por un tiempo; pero, ¿pagará? ¿Se desprenderá de la rectitud y de la conciencia tranquila por un poco de riqueza mundana?

"El que no pone su dinero a usura". Exigir usura se opone directamente a la regla de Dios dada en Éxodo 22:21-26: "No vejarás al extranjero, ni lo oprimirás; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto. No afligirás a ninguna viuda ni huérfano. Si en alguna manera los afligieres, y clamaren a mí, ciertamente oiré su clamor; y se encenderá mi ira, y os mataré a espada; y vuestras mujeres serán viudas, y vuestros hijos huérfanos. Si prestares dinero a alguno de mi pueblo que fuere pobre de ti, no serás para él como usurero, ni le impondrás usura. Si tomas en prenda la ropa de tu prójimo, se la entregarás al ponerse el sol". Deuteronomio 23:19, 20: "No prestarás con usura a tu hermano; usura de dinero, usura de víveres, usura de cualquier cosa que se preste con usura. Al extranjero podrás prestarle con usura, pero a tu hermano no le prestarás con usura, para que el Señor tu Dios te bendiga en todo lo que emprendas en la tierra a la que vas para poseerla."

Así, Dios ordenó a su pueblo que no se aprovechara de las necesidades de los pobres, para enriquecerse empobreciendo a sus hermanos más pobres. De los gentiles podían tomar usura; pero no les estaba permitido ser exorbitantes u opresores. Dios es el legítimo rey del universo. Y pregunta a Israel: "¿Qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y juicios tan justos como toda esta ley, que yo pongo hoy delante de vosotros?". Hoy podría hacer el mismo desafío. Las leyes que dio a su antiguo pueblo eran más sabias, mejores y más humanas que las de las naciones más civilizadas de la tierra. Las leyes de las

naciones llevan marcas de las debilidades y pasiones del corazón no renovado; pero las leyes de Dios llevan el sello de lo divino, y si son obedecidas, conducirán a una tierna consideración por los derechos y privilegios de los demás. El Señor apela a la compasión del hombre por sus semejantes. Él vela por todos los intereses de sus hijos y declara que se hará cargo de la causa de los afligidos y oprimidos. Si claman a él, dice: "Yo oiré, porque soy clemente".

Un hombre de recursos, si posee una estricta integridad, y ama y teme a Dios, puede ser un benefactor de los pobres. Puede ayudarlos, y no tomar más interés que el que pueda ser misericordiosamente exigido. De este modo no sufre ninguna pérdida, y su desafortunado prójimo se beneficia enormemente, pues se salva de las manos del intrigante deshonesto. Los principios de la Regla de Oro no deben perderse de vista ni por un momento en ninguna transacción comercial. Todo hombre que presta dinero al diez o doce por ciento de interés es un ladrón a los ojos de Dios. Aunque las leyes del hombre lo justifiquen, la ley de Dios lo condena. Actúa injustamente, y Dios le recompensará según sus obras. Dios nunca ha querido que un hombre se aproveche de otro. Él guarda celosamente los derechos de sus hijos, y en los libros del Cielo se establece una gran pérdida del lado del comerciante injusto.

En las Sagradas Escrituras se pronuncian temibles denuncias contra el pecado de la codicia. "Ningún codicioso, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios". El salmista dice: "El impío se jacta del deseo de su corazón, y bendice al codicioso, a quien el Señor aborrece." Pablo clasifica a los hombres codiciosos con los idólatras, adúlteros, ladrones, borrachos, injuriadores y extorsionadores, ninguno de los cuales heredará el reino de Dios. Estos son los frutos de un árbol corrupto, y Dios es deshonrado por ellos. No debemos hacer de las costumbres y máximas del mundo nuestro criterio. Hay que hacer reformas; hay que acabar con toda injusticia.

Se nos ordena "escudriñar las Escrituras". Toda la Palabra de Dios es nuestra regla de acción. Debemos poner en práctica sus principios en nuestra vida diaria; no hay marca más segura de cristianismo que ésta. Debemos poner en práctica los grandes principios de justicia y misericordia en nuestro trato mutuo. Debemos cultivar diariamente aquellas cualidades que nos harán aptos para la sociedad del Cielo. Si hacemos estas cosas, Dios se convierte en nuestro fiador, y promete bendecir todo lo que emprendamos; y "nunca seremos conmovidos".

28 de febrero de 1884

El Sabbat de la Creación

EGW

Cuando Dios creó la tierra y puso al hombre sobre ella, dividió el tiempo en siete períodos. Seis los dio al hombre para su propio uso, para emplearlos en negocios seculares; uno lo reservó para sí mismo. Habiendo descansado el séptimo día, lo bendijo y santificó. En adelante, el séptimo día debía ser considerado como el día de descanso del Señor, y ser sagradamente observado como el memorial de su obra creadora. No fue el primero, el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto o el sexto día el que fue santificado, o apartado para un uso santo, ni tampoco fue una séptima parte del tiempo ni ningún día en particular; sino que fue el séptimo día, el día en que Dios había descansado. Todos los días debemos pensar en Dios y vivir como en su presencia; pero cuando se terminan los seis días de trabajo, debemos "acordarnos del día de reposo para santificarlo", dejar de trabajar y dedicar el día exclusivamente a la meditación y el culto.

Cuando la ley fue dada en el Sinaí, el sábado fue colocado en medio de los preceptos morales, en el seno mismo del decálogo. Pero la institución del sábado no se dio a conocer entonces por primera vez. El cuarto mandamiento sitúa su origen en la creación. El día de descanso del Creador fue santificado por Adán en el santo Edén, y por los hombres de Dios a lo largo de las edades patriarcales. Durante la larga esclavitud de Israel en Egipto, bajo capataces que no conocían a Dios, no pudieron guardar el sábado; por eso el Señor los sacó de allí, donde podían recordar su día santo.

Antes de llegar al Sinaí, entendían que el sábado era obligatorio para ellos. Después de la entrega del maná, el pueblo, por su propia voluntad, recogió una cantidad doble el sexto día como preparación para el sábado. Y Moisés, al ser consultado por los gobernantes, declaró: "Esto es lo que el Señor ha dicho: Mañana es el descanso del santo sábado para el Señor". El séptimo día les ordenó comer lo que habían provisto. "Porque -dijo- hoy es sábado para el Señor; hoy no lo encontraréis en el campo. Seis días lo recogeréis; pero el séptimo día, que es sábado, no habrá en él." Cuando algunos del pueblo salieron el séptimo día a recoger, no encontraron maná. Entonces el Señor dijo a Moisés: "¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandamientos y mis leyes? Mirad que

el Señor os ha dado el sábado, por eso os da en el sexto día el pan de dos días; quedaos cada uno en su lugar, que nadie salga de su lugar en el séptimo día."

Se obró un triple milagro en honor del sábado, aun antes de que se diera la ley en el Sinaí. Cayó una cantidad doble de maná en el sexto día, ninguna en el sábado, y la porción necesaria para el sábado se conservó dulce y pura, cuando si se guardaba alguna en cualquier otro momento, se volvía impropia para alimento. He aquí una prueba concluyente de que el sábado fue instituido en la creación, cuando se pusieron los cimientos de la tierra, cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas y todos los hijos de Dios gritaban de alegría. Y su carácter sagrado permanece inalterado, y así permanecerá hasta el fin de los tiempos. Desde la creación, cada precepto de la ley divina ha sido obligatorio para el hombre, y ha sido observado por aquellos que temen al Señor. La doctrina de que la ley de Dios ha sido abolida es una de las artimañas de Satanás para lograr la ruina de la raza.

El profeta Isaías, anticipándose a la dispensación evangélica, expone de la manera más impresionante la obligación del sábado y las bendiciones que acompañan su observancia: "Así dice el Señor: Guardad el juicio y haced justicia, porque mi salvación está próxima a venir y mi justicia a manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que se aferra a ello; que guarda el sábado de contaminarlo, y guarda su mano de hacer mal alguno. Ni hable el hijo del extranjero que se ha unido al Señor, diciendo: El Señor me ha apartado totalmente de su pueblo; ni diga el eunuco: He aquí que yo soy un árbol seco. Porque así dice el Señor a los eunucos que guardan mis sábados, y escogen lo que me agrada, y se aferran a mi pacto, a ellos daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que el de hijos e hijas. Les daré un nombre eterno, que no será cortado".

Bajo la ley mosaica, los extranjeros y los eunucos estaban excluidos del pleno disfrute de los privilegios concedidos a Israel. Pero el profeta declara que se acerca un tiempo en que cesarán estas restricciones. Los oráculos sagrados estaban especialmente confiados a los judíos; no ser israelita era no pertenecer al pueblo favorecido de Dios. Los judíos habían llegado a considerarse cada vez más superiores por derecho divino a todos los demás pueblos de la tierra; sin embargo, no habían tenido cuidado de mantener su carácter separado y santo prestando obediencia a todos los mandamientos de Dios. Ahora el profeta declara que el extranjero que ame y obedezca a Dios gozará de los privilegios que han pertenecido exclusivamente al pueblo elegido. Hasta ahora, la circuncisión y la estricta observancia de la ley ceremonial habían sido las

condiciones para que los gentiles pudieran ser admitidos en la congregación de Israel; pero estas distinciones iban a ser abolidas por el Evangelio. "A todos los que guardan el sábado de contaminarlo, y se aferran a mi pacto, yo los traeré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos. El Señor Dios, que reúne a los desterrados de Israel, dice: Aún reuniré a otros con él, además de los que están reunidos con él."

De nuevo, después de reprender el egoísmo, la violencia y la opresión de Israel, y de exhortarles a obras de justicia y misericordia, declara: "Y los que serán de ti reedificarán los antiguos yermos; tú levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado reparador de brechas, restaurador de sendas para habitar. Si apartares tu pie del sábado, de hacer tus placeres en mi día santo, y llames al sábado delicia, el santo del Señor, honorable, y le honreres, no haciendo tus caminos, ni hallando tus placeres, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en el Señor, y yo te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré con la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha dicho."

La primera parte del capítulo nos presenta a un pueblo que aparentemente se deleita en el servicio de Dios; lo buscan diariamente, "como una nación que hizo justicia, y no abandonó la ordenanza de su Dios". Sin embargo, sus vidas no son rectas ante el Señor, porque él ordena a su profeta: "Grita, no te detengas, alza tu voz como trompeta, y muestra a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob sus pecados". Declara que si se vuelven al Señor de todo corazón, serán llamados reparadores de la brecha, restauradores de sendas donde habitar. Luego les muestra claramente cuál es esta brecha. "Si apartas tu pie del sábado" -pues lo habían estado pisoteando como cosa despreciada- "entonces te deleitarás en el Señor; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha dicho".

Esta profecía llega a través de los siglos hasta el momento en que el hombre de pecado intentó anular uno de los preceptos de la ley de Dios, pisotear el sábado original de Jehová y en su lugar exaltar uno de su propia creación. Y cuando el mundo cristiano hace a un lado el santo sábado de Dios, y en su lugar acepta un día de trabajo común, no sancionado por un solo "Así dice el Señor", están alentando la infidelidad, y virtualmente reconociendo la supremacía de ese poder por cuya sola autoridad se ha efectuado el cambio. El rechazo del sábado

ha conducido al rechazo de toda la ley, y miles de profesos cristianos la declaran ahora audazmente nula.

La ley de los diez mandamientos, que ha sido tan ligeramente desatendida, es el fundamento de muchas generaciones; y ningún hombre o cuerpo de hombres ha sido autorizado para dejar de lado, o variar en el más mínimo particular, uno de los diez preceptos de Jehová. Dios pronunció esta ley desde el Sinaí con terrible grandeza, a oídos de todo Israel, y la escribió con sus propios dedos sobre tablas de piedra, no sólo para su pueblo elegido, sino para todos los hombres, hasta el fin de los tiempos. Cristo mismo declara que mientras permanezcan los cielos y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de esta santa ley.

Hubo dos instituciones fundadas en el Edén que no se perdieron en la caída: el sábado y la relación matrimonial. Éstas fueron llevadas por el hombre más allá de las puertas del paraíso. Quien ama y observa el sábado, y mantiene la pureza de la institución matrimonial, demuestra ser amigo del hombre y amigo de Dios. Aquel que por precepto o ejemplo disminuye la obligación de estas sagradas instituciones es enemigo tanto de Dios como del hombre, y está usando su influencia y los talentos que Dios le ha dado para traer un estado de confusión y corrupción moral.

6 de marzo de 1884

El camino cristiano

EGW

Cristo promete: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". El camino es llano; la voluntad de Dios es manifiesta. No hemos de vivir en la duda y la incertidumbre, y descansar satisfechos mientras andamos a tientas sin guía. Jesús, después de darnos indicaciones generales, no nos deja adivinar el camino entre senderos y pasos peligrosos. Nos conduce por un camino recto; y mientras le sigamos, nuestros pasos no resbalarán. Fue Jesús quien guió al antiguo Israel, aunque la nube de día y la columna de fuego de noche lo ocultaban a su vista; y en este importante período de la historia del mundo, guiará a su pueblo de manera tan manifiesta. El camino no es incierto. El camino está marcado, y cada paso es ordenado por el Señor.

Dios tiene abundante luz y gracia para conceder a todos los que le temen. Especialmente ayudará a su pueblo en estos últimos días, cuando las artimañas de Satanás son tan abundantes, tan engañosas y tan corruptoras. A los que anden

en la verdad, el Dios de la verdad les dará gracia según sus necesidades. Llenará sus corazones de paz, valor y confianza. Pero la misericordia y la verdad sólo se prometen a los contritos y obedientes. Dios ha dicho que la justicia y el juicio son la morada de su trono; y los desobedientes y rebeldes no escaparán a la visitación de su justa ira.

No podemos permitirnos separarnos de Jesús ni una sola hora. Sin él corremos el peligro de ser vencidos por Satanás, que siempre está alerta para sugerirnos la duda, la incredulidad y el error. El mundo está inundado de error; nos sale al encuentro por todas partes. Se enseña desde el escritorio sagrado, y acecha en la teología, en la literatura, en la filosofía, en la ciencia. El error pervierte el juicio y abre la puerta a la tentación, y por medio de su influencia Satanás trata de apartar los corazones de la verdad; pero un amor inteligente a la verdad santifica al receptor, y lo guarda de las trampas engañosas del enemigo.

Satanás usa a algunos cristianos profesos para apartar a las almas de la sencillez del evangelio de Cristo. Las asociaciones y diversiones mundanas siembran las semillas de la duda y el escepticismo. El sentimiento de muchos profesantes mundanos es: "Haz que el Santo de Israel cese de estar delante de nosotros". "Habladnos cosas suaves; profetizad engaños". Muchos engañan diariamente a sus almas con una forma de piedad sin el poder; pero el Señor les ha quitado su sonrisa y la inspiración de su Espíritu. Su desagrado es contra ellos, porque sus obras son malas. Exige cambios decididos en la vida y el carácter. Las buenas intenciones, las buenas resoluciones, los buenos actos, no pueden aceptarse como sustitutos del arrepentimiento, la fe y la obediencia voluntaria.

La gente está demasiado dispuesta a creer a sus maestros sin una reflexión cuidadosa y una investigación en oración de la palabra de Dios. Les encanta que se tranquilice su conciencia, les encanta que se les duerma en la cuna de la seguridad carnal. En su ciego egoísmo, se engañan a sí mismos en aquellas cosas en las que están dispuestos a ser engañados. Nuestro Salvador declaró a los fariseos: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". Y en su conversación con Nicodemo dijo: "Todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas". Así en esta edad; la iglesia no escudriñará las Escrituras ni escuchará la verdad, para que sus obras no sean reprendidas. Está más dispuesta a apartarse de los mandamientos de Dios que de las costumbres y de la amistad del mundo. Y porque los grandes hombres y los sabios mundanos están a su favor, porque los números y la prosperidad temporal son suyos, se cree favorecida por Dios, "rica, y aumentada de bienes, y de ninguna cosa tiene necesidad".

Pero la prosperidad terrenal no es prueba del favor de Dios. Cristo y sus apóstoles nos enseñan, tanto por precepto como por ejemplo, que el verdadero hijo de Dios no puede gozar de la amistad del mundo. Si la busca, se convertirá en una trampa para él; adoptará las costumbres, preceptos y normas del mundo, y finalmente llegará a ser como ellos en espíritu. Pero no puede haber comunión entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. Dice el apóstol Juan: "El mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios". Son desconocidos, no reconocidos por el mundo; pero sus nombres, desechados como malos por los amantes del pecado, están escritos en el libro de la vida. Son los herederos adoptivos de Cristo, la nobleza del Cielo. "Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero".

Muchos no están creciendo fuertes, porque no toman a Dios en su palabra. Se conforman al mundo. Cada día levantan sus tiendas más cerca de Egipto, cuando deberían acampar a un día de marcha más cerca de la Canaán celestial. Necesitamos individualmente pedir fuerza y gracia al Cielo, para que podamos resistir la tentación de asimilarnos al mundo. No podemos permitirnos estar divididos en corazón y propósito, primero sirviendo a Dios, y luego cediendo a las tentaciones y rindiendo homenaje al mundo. Muchos de nosotros hemos encanecido al servicio de Cristo, empujando los triunfos de su cruz. Hemos luchado las batallas del Señor demasiado tiempo, y soportado demasiado, para permitir que Satanás obtenga la victoria sobre nosotros. La voz de nuestro Líder nos ordena: "Avanzad", y debemos obedecer, diciendo, como Caleb: "Si el Señor se complace en nosotros, nos introducirá en esta tierra."

Si encomendamos a Dios la custodia de nuestras almas en el ejercicio de una fe viva, sus promesas no nos fallarán; porque no tienen más límite que nuestra fe. "Todo es posible para el que cree". Podemos hacer o estropear nuestra propia felicidad. Muchos acarician y excusan los defectos de su carácter; pero todos ellos deben ser remediados. Toda desviación del bien es pecado, y el pecado debe ser eliminado. No podemos darnos el lujo de andar descuidadamente ante nuestros hermanos o ante el mundo.

Muchos confiesan sus pecados una y otra vez, pero no los apartan mediante un arrepentimiento genuino. A menos que tengamos un propósito firme y la ayuda de la gracia de Dios, las resoluciones firmes y la vigilancia vigilante serán vanas e impotentes cuando las tentaciones asalten el alma; y en tales circunstancias algunos se dan por vencidos en la desesperación, temiendo que deben permanecer para siempre esclavos del pecado. Estos no tienen una fe viva en

Jesús. No podemos confiar en nosotros mismos; si lo hacemos, fracasaremos. Jesús ha destruido los poderes de las tinieblas; y es por la fe en su poder que seremos fortalecidos. Él levantará un estandarte contra Satanás en favor de toda alma confiada y creyente. Tenemos la seguridad de que su gracia nos basta, y de que no seremos tentados más de lo que podamos resistir. Esta es nuestra única esperanza.

El apóstol dice: "Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia cristiana en Pentecostés, gran sabiduría y gracia descansaron sobre todo el cuerpo de creyentes. Esta bendición fue dada en respuesta a la oración ferviente y perseverante; y hoy Dios está igualmente dispuesto a escuchar las peticiones de su pueblo. "Fiel es el que os llama, que también lo hará".

"El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza". Cuando estos frutos aparezcan en la vida, se ejercerá una influencia reveladora sobre el mundo. El hombre verdaderamente convertido dejará de aspirar a ser considerado grande. No buscará el honor mundano, ni el lujo, la comodidad o la riqueza; tampoco será sensible al reproche o al descuido. "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". El yo ya no es el objeto supremo del amor; la familia y los amigos ya no son el límite. Su corazón se ensancha. Jesús ocupa el primer lugar en sus afectos; ama a los cristianos, porque ve en ellos la imagen de su Maestro, y a toda la humanidad con un amor que le impulsa a hacerles el bien. Este es el fruto que crece en la Vid verdadera, más precioso a los ojos de Dios que toda la riqueza y la erudición de los grandes hombres de la tierra.

La incomparable exhibición de amor que se hizo en el Calvario muestra cómo estima Dios a las almas. Si tenemos este amor en nuestros corazones, procuraremos ganar pecadores para Jesús, para que por ellos este gran sacrificio no haya sido hecho en vano. El lenguaje del corazón será: "Venid y oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho por mi alma." Diremos con el salmista: "No he escondido tu justicia dentro de mi corazón; he declarado tu fidelidad y tu salvación; no he ocultado tu misericordia y tu verdad a la gran congregación." Nos regocijaremos al hablar de la sabiduría y la bondad de Dios, tal como se muestran en el camino por el que ha guiado a su pueblo; porque

habremos comprobado que "el camino del justo es como la luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto."

13 de marzo de 1884

Ciencia y revelación

EGW

"El necio ha dicho en su corazón: No hay Dios". Los intelectos más poderosos de la tierra no pueden comprender a Dios. Si se revela a los hombres, es velándose en el misterio. Sus caminos no se pueden descubrir. Los hombres deben estar siempre buscando, siempre aprendiendo; y sin embargo hay un infinito más allá. Si pudieran comprender plenamente los propósitos, la sabiduría, el amor y el carácter de Dios, no creerían en él como un ser infinito, ni le confiarían los intereses de sus almas. Si pudieran comprenderlo, dejaría de ser supremo.

Hay hombres que creen haber hecho descubrimientos maravillosos en ciencia. Citan las opiniones de hombres eruditos como si las consideraran infalibles, y enseñan las deducciones de la ciencia como verdades que no pueden discutirse. Y la palabra de Dios, que es dada como una lámpara a los pies del viajero cansado del mundo, es juzgada por esta norma, y declarada deficiente. La investigación científica en la que estos hombres se han complacido ha demostrado ser una trampa para ellos. Les ha nublado la mente y han caído en el escepticismo. Tienen conciencia de su poder, y en vez de mirar a la Fuente de toda sabiduría, triunfan con los pocos conocimientos que han adquirido. Han exaltado su sabiduría humana en oposición a la sabiduría del Dios grande y poderoso, y se han atrevido a entrar en controversia con él. La palabra inspirada declara a estos hombres "necios".

Dios ha permitido que un torrente de luz se derrame sobre el mundo en los descubrimientos de la ciencia y el arte; pero cuando los hombres que profesan ser científicos dan conferencias y escriben sobre estos temas desde un punto de vista meramente humano, sin duda llegarán a conclusiones erróneas. Las mentes más brillantes, si no son guiadas por la palabra de Dios en sus investigaciones, se desconciertan en sus intentos de investigar las relaciones entre la ciencia y la revelación. El Creador y sus obras están más allá de su comprensión; y como no pueden explicarlas mediante leyes naturales, la historia bíblica se considera poco fiable. Aquellos que dudan de la fiabilidad de los registros del Antiguo y Nuevo Testamento, serán llevados a ir un paso más allá, y dudar de la existencia

de Dios; y entonces, habiendo soltado su ancla, se les deja golpear sobre las rocas de la infidelidad. Moisés escribió bajo la guía del Espíritu de Dios, y una teoría correcta de la geología nunca reclamará descubrimientos que no puedan conciliarse con sus declaraciones. La idea con la que muchos tropiezan, de que Dios no creó la materia cuando trajo el mundo a la existencia, limita el poder del Santo de Israel.

Muchos, cuando se ven incapaces de medir al Creador y sus obras por su propio conocimiento imperfecto de la ciencia, dudan de la existencia de Dios y atribuyen un poder infinito a la naturaleza. Estas personas han perdido la simplicidad de la fe, y están alejadas de Dios en mente y espíritu. Debe haber una fe asentada en la divinidad de la santa palabra de Dios. La Biblia no debe ser probada por las ideas que los hombres tienen de la ciencia, sino que la ciencia debe ser sometida a la prueba de esta norma infalible. Cuando la Biblia hace afirmaciones sobre hechos de la naturaleza, la ciencia puede compararse con la palabra escrita, y una comprensión correcta de ambas demostrará siempre que están en armonía. Una no contradice a la otra. Toda verdad, ya sea en la naturaleza o en la revelación, concuerda. La investigación científica abrirá a las mentes de los verdaderos sabios vastos campos de pensamiento e información. Verán a Dios en sus obras y lo alabarán. Él será para ellos lo primero y lo mejor, y la mente se centrará en Él. Los escépticos, que leen la Biblia para cavilar, por ignorancia pretenden encontrar contradicciones decididas entre la ciencia y la revelación. Pero la medida que el hombre haga de Dios nunca será correcta. La mente no iluminada por el Espíritu de Dios estará siempre en tinieblas con respecto a su poder.

Las cosas espirituales se discernen espiritualmente. Los que no tienen unión vital con Dios se dejan llevar de un lado a otro; ponen las opiniones de los hombres en primer plano, y la palabra de Dios en segundo plano. Se aferran a las afirmaciones humanas de que el juicio contra el pecado es contrario al carácter benevolente de Dios y, mientras se detienen en la benevolencia infinita, tratan de olvidar que existe la justicia infinita.

Cuando tengamos una visión correcta del poder, la grandeza y la majestad de Dios, y de la debilidad del hombre, despreciaremos las suposiciones de sabiduría hechas por los llamados grandes hombres de la tierra, que no tienen nada de la nobleza del Cielo en sus caracteres. No hay nada por lo que los hombres deban ser alabados o exaltados. No hay razón para confiar en las opiniones de los sabios, cuando están dispuestos a medir las cosas divinas según sus propias concepciones pervertidas. Aquellos que sirven a Dios son los únicos

cuya opinión y ejemplo es seguro seguir. Un corazón santificado aviva e intensifica las facultades mentales. Una fe viva en Dios imparte energía; da calma y reposo de espíritu, y fuerza y nobleza de carácter.

Los hombres de ciencia piensan que con sus conceptos ampliados pueden comprender la sabiduría de Dios, lo que ha hecho o puede hacer. Prevalece ampliamente la idea de que está limitado y restringido por sus propias leyes. Los hombres niegan e ignoran su existencia, o piensan explicarlo todo, incluso las operaciones de su Espíritu sobre el corazón humano, por leyes naturales; y ya no reverencian su nombre ni temen su poder. Mientras creen que lo están ganando todo, persiguen burbujas y pierden preciosas oportunidades de conocer a Dios. No creen en lo sobrenatural, sin darse cuenta de que el Autor de las leyes de la naturaleza puede obrar por encima de esas leyes. Niegan las pretensiones de Dios, y descuidan los intereses de sus propias almas; pero su existencia, su carácter, sus leyes, son hechos que el razonamiento de hombres de los más altos logros no puede derribar.

La pluma inspirada describe así el poder y la majestad de Dios: "¿Quién midió las aguas en el hueco de su mano, y midió el cielo con el palmo, y comprendió el polvo de la tierra en una medida, y pesó los montes en balanzas, y las colinas en una balanza? ... He aquí que las naciones son como la gota de un balde, y se cuentan como el polvillo de la balanza; he aquí que él toma las islas como cosa muy pequeña. Y el Líbano no basta para arder, ni sus bestias bastan para holocausto. Todas las naciones delante de él son como nada; y le son tenidas por menos que nada, y vanidad.... Es él quien se sienta sobre el círculo de la tierra, y sus habitantes son como saltamontes; quien extiende los cielos como una cortina, y los extiende como una tienda para habitar."

La naturaleza es un poder, pero el Dios de la naturaleza es ilimitado en poder. Sus obras interpretan su carácter. Aquellos que lo juzgan por sus obras, y no por las suposiciones de los grandes hombres, verán su presencia en todo. Contemplan su sonrisa en el alegre sol, y su amor y cuidado por el hombre en los ricos campos del otoño. Incluso los adornos de la tierra, como se ve en la hierba de verde vivo, las hermosas flores de todos los colores, y los altos y variados árboles del bosque, dan testimonio de la ternura, el cuidado paternal de nuestro Dios, y de su deseo de hacer felices a sus hijos.

El poder del gran Dios se ejercerá en favor de los que le temen. Escucha las palabras del profeta: "¿No has sabido? ¿No has oído que el Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra, no desfallece ni se cansa? No hay

escudriñamiento de su entendimiento. Él da poder a los débiles, y aumenta las fuerzas a los que no tienen fuerza. Aun los jóvenes desfallecerán y se fatigarán, y los mozos caerán por completo. Pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán."

En la Palabra de Dios se plantean muchas cuestiones que los sabios más profundos nunca podrán responder. Se llama la atención sobre estos temas para mostrarnos cuántas cosas hay, incluso entre las cosas comunes de la vida cotidiana, que las mentes finitas, con toda su presumida sabiduría, nunca pueden comprender plenamente.

Todos los sistemas de filosofía ideados por los hombres han llevado a la confusión y a la vergüenza cuando Dios no ha sido reconocido y honrado. Perder la fe en Dios es terrible. La prosperidad no puede ser una gran bendición para las naciones o los individuos, cuando una vez se pierde la fe en su palabra. Nada es verdaderamente grande sino aquello que es eterno en sus tendencias. La verdad, la justicia, la misericordia, la pureza y el amor de Dios son imperecederos. Cuando los hombres poseen estas cualidades, se ponen en estrecha relación con Dios, y son candidatos a la más alta exaltación a la que la raza puede aspirar. No tendrán en cuenta las alabanzas humanas, y serán superiores al desengaño, al cansancio, a la lucha de lenguas y a las contiendas por la supremacía.

Aquel cuya alma esté imbuida del Espíritu de Dios aprenderá la lección de la confianza confiada. Tomando la palabra escrita como su consejera y guía, encontrará en la ciencia una ayuda para comprender a Dios, pero no se exaltará, hasta que, en su ciego engreimiento, sea un necio en sus ideas de Dios.

20 de marzo de 1884

La ciencia y la Biblia en la educación

EGW

El fundamento de toda educación correcta es el conocimiento de Dios. Muchos padres que hacen grandes sacrificios para educar a sus hijos, parecen pensar que un intelecto bien entrenado es más esencial que el conocimiento de Dios y su verdad. Descuidan educar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor, y actúan como si supusieran que esta parte importante de la educación vendría naturalmente, como algo natural. Pero la primera y más importante lección que

debe inculcarse en las mentes jóvenes es el deber de regular la vida según los principios de la Palabra de Dios.

Padres y maestros deben poner a Dios en primer lugar. La influencia de su Espíritu purifica el corazón y estimula el intelecto. Si el temor de Dios se convierte en la base de la educación, el resultado será un carácter bien desarrollado y simétrico, que no es ni enano ni unilateral. Se debe tener cuidado de mantener constantemente ante la mente el hecho de que dependemos de Dios, y que le debemos obediencia voluntaria, una vida entera de servicio amoroso. El verdadero objeto de la educación es capacitarnos para este servicio, desarrollando y poniendo en ejercicio activo todas las facultades que poseemos. Satanás desea frustrar este objetivo. Es el gran enemigo de Dios, y su objetivo constante es apartar a las almas de su lealtad al Rey del Cielo. Quiere que las mentes se entrenen de tal manera que los hombres y las mujeres ejerzan su influencia del lado del error y la corrupción moral, en vez de usar sus talentos al servicio de Dios, para salvar almas y bendecir a la sociedad. Su objetivo se logra eficazmente cuando, al pervertir sus ideas sobre la educación, consigue alistar a padres y maestros de su lado; porque una educación equivocada a menudo inicia la mente en el camino de la infidelidad.

Las conclusiones a las que han llegado los eruditos como resultado de sus investigaciones científicas se enseñan cuidadosamente y se explican en su totalidad; mientras que se da claramente la impresión de que si estos eruditos están en lo cierto, la Biblia no puede estarlo. Estos filósofos nos harían creer que el hombre, la obra cumbre de la creación, surgió por lentos grados del estado salvaje, y que más atrás, evolucionó a partir de la raza de los brutos. Están tan empeñados en excluir a Dios de la soberanía del universo, que rebajan al hombre y lo defraudan de la dignidad de su origen. La naturaleza es exaltada por encima del Dios de la naturaleza; es idolatrada, mientras que su Creador es enterrado y ocultado a la vista por la falsamente llamada ciencia.

Las frías especulaciones filosóficas y las investigaciones científicas en las que no se reconoce a Dios son un perjuicio positivo. Las espinas del escepticismo se disfrazan; se ocultan y se hacen atractivas por la floración y el verdor de la ciencia y la filosofía. El escepticismo es atractivo para la mente humana. Los jóvenes ven en él una independencia que cautiva la imaginación, y son engañados. Satanás triunfa; todo es como él quería que fuera. Él alimenta cada semilla de duda que se siembra en los corazones jóvenes. La hace crecer y fructificar, y pronto se recoge una abundante cosecha de infidelidad. Los maestros que siembran estas dudas no conducen la mente a través de la niebla

de la incredulidad a la fe en la palabra inspirada. Pero la ignorancia de Dios, de su poder, su infinitud y su majestad, es la verdadera razón de que haya infieles en el mundo.

Muchos enseñan que la materia posee un poder vital. Sostienen que ciertas propiedades son impartidas a la materia, y entonces se le deja actuar a través de su propio poder inherente; y que las operaciones de la naturaleza se llevan a cabo en armonía con leyes fijas, que Dios mismo no puede interferir. Esto es ciencia falsa, y no se sostiene por nada en la palabra de Dios. La naturaleza no actúa por sí misma, sino que es sierva de su Creador. Dios no anula sus leyes ni obra en contra de ellas, sino que las utiliza continuamente como instrumentos suyos. La naturaleza da testimonio de una inteligencia, de una presencia, de una agencia activa, que obra en, y a través de, y por encima de sus leyes. Hay en la naturaleza la obra continua del Padre y del Hijo. Dijo Cristo: "Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro".

Dios ha terminado su obra creadora, pero su energía sigue ejerciéndose en mantener los objetos de su creación. No es porque el mecanismo que una vez se ha puesto en movimiento continúa su trabajo por su propia energía inherente que el pulso late y la respiración sigue a la respiración; pero cada respiración, cada pulsación del corazón, es una evidencia del cuidado omnipresente de Aquel en quien vivimos y tenemos nuestro ser. No es debido a un poder inherente que año tras año la tierra produce sus bondades y continúa su movimiento alrededor del sol. La mano de Dios guía a los planetas y los mantiene en posición en su marcha ordenada a través de los cielos. Gracias a su poder florece la vegetación, aparecen las hojas y florecen las flores. Su palabra controla los elementos, y por ella los valles se hacen fructíferos. Cubre los cielos de nubes y prepara la lluvia para la tierra; "hace crecer la hierba sobre los montes". "El da la nieve como lana; esparce la escarcha como ceniza". "Cuando pronuncia su voz, hay multitud de aguas en los cielos, y hace subir los vapores de los confines de la tierra; hace relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus tesoros."

Los padres y los maestros deben procurar impresionar las mentes con la belleza de la verdad. Deben darse cuenta de que la seguridad de los jóvenes depende de la combinación de la cultura religiosa con la educación general, para que puedan escapar de la trampa del conocimiento no santificado. ¿Quiénes y qué son los sabios para que sus ideas moldeen la mente y el carácter de los jóvenes? No están conectados con la gran Fuente de la sabiduría; y si no niegan realmente a Dios, por lo menos pierden de vista su acción directa en las operaciones de la

naturaleza. Pero su cuidado está sobre todas las obras de sus manos. Nada es demasiado grande para ser dirigido por Él; nada es demasiado pequeño para escapar a su atención.

Dios es el fundamento de todo. Toda verdadera ciencia está en armonía con sus obras; toda verdadera educación conduce a la obediencia a su gobierno. La ciencia abre a nuestra vista nuevas maravillas, se eleva a lo alto y explora nuevas profundidades; pero de sus investigaciones no saca nada que entre en conflicto con la revelación divina. La ignorancia puede tratar de apoyar falsas visiones de Dios apelando a la ciencia; pero el libro de la naturaleza y la palabra escrita no están en desacuerdo; cada uno arroja luz sobre el otro. Bien entendidos, nos hacen conocer a Dios y su carácter, enseñándonos algo de las leyes sabias y benéficas por medio de las cuales obra. Esto nos lleva a adorar su santo nombre y a confiar inteligentemente en su palabra.

La Biblia debe leerse todos los días. Es la norma correcta del bien y del mal y de los principios morales. Una vida de devoción a Dios es el mejor escudo para los jóvenes contra las tentaciones a las que están expuestos mientras adquieren una educación. La primera consideración debe ser honrar a Dios; la segunda, ser fiel a la humanidad, cumpliendo los deberes y afrontando las pruebas que cada día trae consigo, y soportando sus cargas con firmeza y valor. El esfuerzo sincero e incansable, unido a un firme propósito y a una entera confianza en Dios, ayudará en todas las emergencias y calificará para una vida útil. Una vida así es una serie de triunfos, no siempre vistos y comprendidos, pero que llegan lejos en el futuro, cuando veremos como somos vistos y conoceremos como somos conocidos.

Si trabajamos en armonía con el Espíritu de Dios, veremos de su salvación. La educación comenzada aquí no se completará en esta vida; avanzará por toda la eternidad, progresando siempre, sin completarse nunca. Día tras día, las maravillosas obras de Dios, las evidencias de su milagroso poder al crear y sostener el universo, se abrirán ante la mente con nueva belleza y grandeza. A la luz que brilla desde el trono, los misterios desaparecerán, y el alma se llenará de asombro ante la simplicidad de las cosas nunca antes comprendidas.

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>

